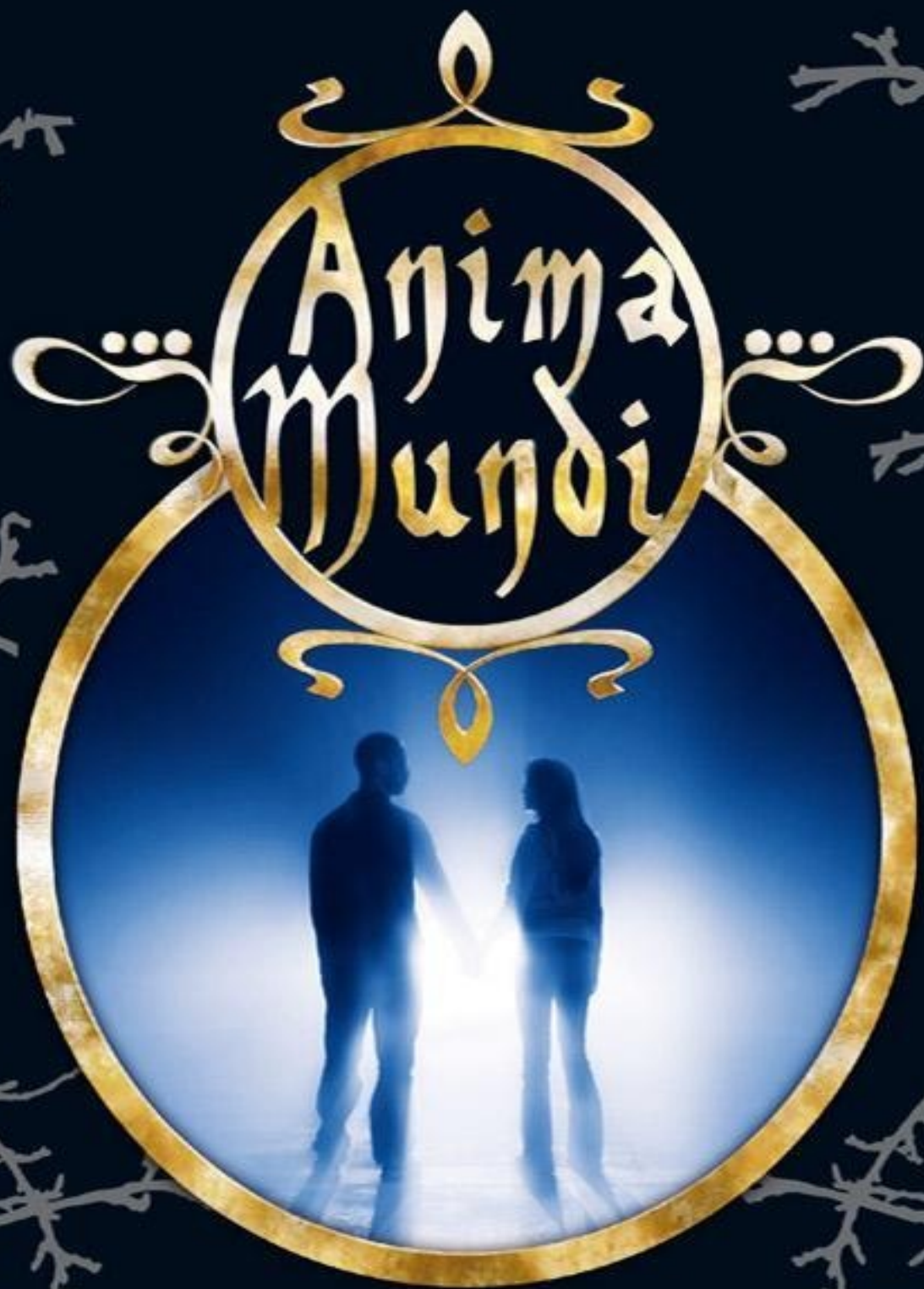


ELIA BARCELÓ



# HIJOS de ATLANTIS

Una conjura de la que depende  
la supervivencia de la humanidad

Lectulandia

Lena, la heroína que nunca quiso serlo, experimenta aquí con sus habilidades recién descubiertas y cuenta, además con la ayuda de un grupo de yamakasi, para enfrentarse a Karah y su afán por abrir la puerta que puede conectarlos con otra realidad. ¿Hay algo de cierto en las leyendas que dicen que proceden de otro mundo? ¿Qué es el Anima Mundi? Todo es aún más complejo y peligroso de lo que imaginan. Y Lena, dividida entre dos amores, entre haito y karah, tendrá que tomar una decisión trascendental mientras lucha por su vida y por su mundo, que es el nuestro.

**Lectulandia**

Elia Barceló

# **Hijos de Atlantis**

**Anima Mundi-2**

ePub r1.0

fenikz 10.02.14

Elia Barceló, 2013

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mis hijos, Ian y Nina,  
sin los que esta novela no habría existido.  
Con todo mi amor y mi agradecimiento.

# Dramatis personae

## KARAH

### Clan rojo:

Elemento: Tierra ◊ Palo: Oros ◊ Piedra: Rubí

#### Personaje:

El Shane (*mahawk* de su clan)  
Dominic von Lichtenberg  
Eleonora Lavallo  
Dr. Gregor Kaltenbrunn

Miles Borman  
Mechthild Kaiser  
Flavia Brunelleschi

Arek von Lichtenberg

#### Arcano:

0 El Loco  
I El Mago  
XIX El Sol  
XIII (carta sin nombre:  
es el Segador, la Muerte)  
No está representado por un Arcano  
No está representada por un Arcano  
XVIII La Luna  
X La Rueda

### Clan negro:

Elemento: Fuego ◊ Palo: Bastos ◊ Piedra: Ónix

#### Personaje:

Imre Keller  
(*mahawk* de su clan)

Nils Olafson  
Alix Black

Iker Mendivil (Luna)

#### Arcano:

IV El Emperador  
VII El Carro  
XV El Diablo  
XVII La Estrella

### Clan blanco:

Elemento: Aire ◊ Palo: Espadas ◊ Piedra: Piedra luna

#### Personaje:

Lasha Rampanya  
(*mahawk* de su clan)

Emma Uribe  
Albert de Montferrat  
Tanja Kurova-Gutridóttir  
Bianca Bloom  
Aliena Wassermann-Lena

#### Arcano:

XVI La Torre  
II La Emperatriz  
VI Los Amantes  
IX El Eremita  
XI La Fuerza  
XXI El Mundo

### Clan azul:

Elemento: Agua ◊ Palo: Copas ◊ Piedra: Aguamarina

#### Personaje:

Joelle (*mahawk* de su clan)  
Yerek  
Nagai  
Arúa  
Nele  
Eringard

#### Arcano:

II La Sacerdotisa  
XX El Juicio  
XII El Colgado  
XIV La Templanza  
No está representada por un Arcano  
VIII La Justicia

## **HAITO**

Jara Mendívil Ferrari  
Princesa Karla  
Alejandro Andrade (Gran Maestro de la *Lux Aeterna*)

### **Yamakasi:**

Anaís	Lily
Maël	Alex
Gigi	Nico
Eric	

### **Familiares del clan blanco:**

Joseph Fleury	Chrystelle Fleury
Willy Bauer	Max Wassermann
Daniel Solstein	Dr. Richard Thomas Brown

### **Familiares del clan negro:**

Miss Fu	Mr. Chang
---------	-----------

## **OTROS SERES**

Sombra  
*Urruakhim*  
Israfel/Aliel

*Te encontrarás en un lugar extraño. No sabrás cómo has llegado hasta allí porque tus recuerdos se difuminan como árboles en la niebla. Tus pasos crean ecos en el pavimento de adoquines, y las fachadas antiguas, en sepia, en blanco y negro, te miran con ojos hostiles desde sus ventanas oscuras. Sabes que estás sola. No hay nadie más.*

*Sigue caminando. Aunque oigas otros pasos que te siguen y no veas a nadie. Avanza confiada porque estás en el camino que te lleva a casa.*

*Cruza la verja de hierro oxidado; chirría al abrirse y un pájaro negro levantará el vuelo cuando te internes en el cementerio de mármoles caídos y olvidados. Síguelo. Te esperará posado en alguno de los árboles desnudos que podrían ser castaños.*

*Busca la tumba donde una mujer sin rostro llora bajo su pelo suelto. Lleva varios siglos esperando a que llegues y te dejará pasar.*

*A su espalda se abre la puerta de una pequeña cripta. Entra, cierra tras de ti y, si alguien quiere saber cómo te llamas, dile que tu nombre es Lan Rheis.*

*Frente a ti se descorrerá un muro. Baja la escalera que, como una serpiente, se enrosca sobre sí misma; siente las verdes escamas bajo la palma de tu mano.*

*El pasillo será largo y está lleno de puertas. Siempre es la última y siempre hay una que no puedes ver.*

*Si tienes que elegir una piedra, coge sin dudar la piedra de luna. Si no hay piedra de luna, toma el ónix. Si te encuentras con alguien que ha sido privado de libertad, ayúdalo a alcanzarla si está en tu mano. Si te hacen una pregunta, di la Verdad.*

*Hay lugares que están llenos de preguntas y otros en los que no hay más que respuestas. Debes saber qué sed has venido a saciar.*

*Las voces surgirán en las cavernas, voces antiguas que pueden confundirte. No las escuches, ellas no saben del presente, que es su futuro. Los animales del bosque se acercarán a olerte; descubrirás sus ojos amarillos en las tinieblas, pero no debes tener miedo, tú eres la niña blanca y negra, y ellos lo saben.*

*Sabrás lo que buscas cuando lo veas. Tómalo. Agradece. Agradece a todos los que con su vida, siglo tras siglo, prepararon tu llegada.*

*Regresa entonces, confiada y serena, a cumplir tu destino de luz.*

LAN NANNA PARA LAN RHEIS  
EN EL PRINCIPIO





# PRIMERA PARTE



## Lena. Innsbruck. Haito. En vuelo

Lena terminó de lavarse las manos, se vio reflejada en el espejo y se quedó mirándose fijamente como si fuera la primera vez que se enfrentaba a su rostro. Era ella y a la vez no lo era. Algo había cambiado en su expresión, en su mirada, casi podría decirse que en sus rasgos.

Seguía llevando la hermosa melena castaño claro que Sombra le había regalado para cubrirle la cabeza, seguía teniendo los ojos brillantes de color de miel —color león, como lo llamaba siempre su padre con una sonrisa—, pómulos altos, cejas bien dibujadas, buen color de piel. Seguía pareciendo una chica joven y bonita, pero algo había desaparecido, quizá la confianza en la vida, la ingenuidad de la adolescencia, parte de su alegría.

Todo lo que había sucedido en los últimos meses, sobre todo en los últimos días, la había hecho cambiar profundamente y ahora se daba cuenta de que esa transformación no era sólo interior sino que se extendía a su aspecto físico. Ahora parecía, de golpe, no sólo mayor sino casi más vieja. Aunque su piel siguiera siendo joven y su cuerpo siguiera siendo el mismo, algo se había instalado en su mirada; algo que antes no estaba allí: un destello diferente que daba miedo, igual que esa aura de peligro que ahora la rodeaba.

Si la gente de su alrededor no se fijaba mucho, aún podía pasar por una chica normal que, con una mochila a la espalda, se marcha de casa después de terminar el curso, sola, a recorrer países, a la aventura. Como habría hecho si en los dos últimos años no le hubieran pasado tantas cosas que lo habían cambiado todo. Porque su transformación, ahora se daba cuenta, había empezado casi dos años atrás.

Si todo hubiera sido distinto, ahora estaría quizá en el mismo avión, dirigiéndose al mismo lugar, Bangkok, Tailandia, pero no sola sino con Clara, su mejor amiga desde la guardería. Y sus ojos brillarían de pura excitación por estar comenzando un viaje mágico, por tener diecinueve años, por estar entrando en la vida adulta dispuesta a comerse el mundo.

Pero ya nunca podría ser así.

Todo había empezado con el accidente en el que había muerto su madre casi dos años atrás. Ese había sido el primer golpe de su vida. Luego el alejamiento de su padre, destrozado por la pérdida. Y, aunque ahora sabía que ese alejamiento tenía otro tipo de razones y se habían vuelto a comprender y aceptar, esos meses de sufrimiento y soledad también la habían marcado, a pesar de que su amiga Clara siempre había estado apoyándola, siempre dispuesta a dejarle un hombro sobre el que llorar. Se habían ayudado la una a la otra, porque Clara también había pasado un año terrible: primero su padre se había marchado de la noche a la mañana sin que nadie supiera por qué, y además se había enamorado de un chico que la maltrataba psíquicamente, que alternaba fases de amor absoluto con absoluto desprecio.

Habían llorado juntas montones de veces y se habían reído histéricamente, y se habían metido en la cama, abrazadas, despotricando de los hombres y haciendo planes para un futuro esplendoroso. Un futuro que para Clara ya no existía.

Con una última mirada a su rostro tenso, Lena regresó a su asiento después de beberse de un trago un vaso de zumo de manzana que las azafatas habían dejado en una bandeja para los viajeros que no conseguían dormir. Como tenía el asiento de la ventanilla, tuvo que pedirles a los otros dos —un chico un poco mayor que ella y un hombre gordo de aspecto desagradable y baboso— que la dejaran pasar.

Echó una mirada a las películas que se ofrecían y acabó por apagar la pantalla. Le habría gustado dormir, pero no conseguía tranquilizarse. No se le iba de la cabeza la imagen de Clara en el quirófano, muerta, asesinada por el clan rojo. La furia no la dejaba pensar con claridad. No había podido evitarlo, no había podido ni siquiera vengarse de ellos. Aún no.

Se removió en el asiento, incómoda, subió las piernas y se abrazó las rodillas con la mirada perdida en la pantalla oscura del monitor que tenía delante. Se había convertido en un monstruo. Por fuera seguía siendo Aliena Wassermann, pero era pura apariencia. Se había convertido en otra cosa, algo que la asustaba profundamente. Aunque tenía que reconocer que también le gustaba, y que le gustaba cada vez más.

¿Dónde estaría Sombra, el extraño ser que le había enseñado a hacer cosas que el año anterior le habrían parecido fantasías de cómic de superhéroes? La había dejado sola cuando más lo necesitaba. Todos la habían dejado sola: su padre, su maestro, Clara, Daniel... Daniel, que había empezado apenas a quererla, a ser su novio, y antes de que pudieran llegar a más, se había tenido que apartar de su camino porque ella se había convertido en una pieza clave en el juego de *karah* y, al parecer, su vida sólo podía ser una huida constante, sin poder confiar en nadie, sin saber casi nada de lo que se esperaba de ella. Lo que *karah* esperaba de ella.

*Karah*. Los cuatro clanes. Aquellas misteriosas personas que ni siquiera eran humanos, que vivían más de mil años, que, desde la sombra, con su poder y su

riqueza, lo controlaban y lo decidían todo, sin que los humanos de verdad —*haito*, como ellos los llamaban— supieran de su existencia.

Se le escapó un gemido y tuvo que taparse la boca con las manos, pero todos estaban dormidos a su alrededor; nadie se dio cuenta.

Ella era también *karah*, por parte de su madre, Bianca, del clan blanco, pero hacía tan poco tiempo que se había enterado de ello que aún no había conseguido interiorizarlo de verdad, aunque mientras tanto hubiese aprendido a hacer cosas como atravesar objetos sólidos o saltar físicamente de un punto a otro con sólo desearlo, o subir hasta el cielo por encima del mar.

Estaba agotada. Por dentro y por fuera. Y no se sentía como *supergirl*, sino más bien lo contrario: se sentía como una pobre niña asustada, abandonada, dirigiéndose a un país extraño en el que no conocía a nadie, con un pasaporte falso y una mochila llena de cosas absurdas que su madre le había dejado en herencia y le había hecho prometer que llevaría siempre consigo.

Se puso los auriculares con música de piano, se acomodó lo mejor que pudo en el incómodo asiento, cerró los ojos y, lentamente, se fue quedando dormida.

El avión entró en una zona de turbulencias y Lena abrió los ojos de golpe, sin saber dónde estaba, pero medio segundo después había recuperado los recuerdos de los dos últimos días y se relajó de nuevo en la butaca, cerrando los ojos otra vez.

Volaban en mitad de la noche, hacia el este, a una altura que no habría permitido ver casi nada del suelo aunque hubiera sido de día. La mayor parte de los pasajeros dormían, pero prácticamente todos los ordenadores seguían encendidos mostrando películas, videojuegos, videoclips, documentales, solitarios... todas las formas posibles de entretener un vuelo de más de diez horas. No sabía qué hora era, pero tampoco era importante; ya llegarían cuando tuvieran que llegar. Al fin y al cabo daba igual, no la esperaba nadie, no había ninguna prisa. Si lo que había aprendido sobre *karah* era verdad, y parte de su dotación genética era *karah*, tenía mucho, pero realmente mucho, mucho tiempo por delante y aún no estaba segura de que le gustara la idea. Aunque, por otro lado, si lo que le habían enseñado en las clases de biología seguía siendo cierto, y si, siendo hija de Bianca y de Max, que era *haito*, sólo la mitad de sus genes eran *karah*, eso podría significar que su vida sería larga, pero normal.

Apretó los ojos y los labios. ¡Había tantísimas cosas que no sabía y que necesitaba preguntar! Pero ¿a quién? Su madre le había explicado mucho, pero no podía haberlo previsto todo y no tenía más que los documentos del lápiz de memoria que le había dejado oculto en el león de peluche. Cuando hubiera terminado de leerlos todos, no habría más. Y lo que ella habría necesitado realmente era una persona viva a quien preguntar todo lo que le pasaba por la cabeza, a quien poder presionar cuando la información no fuera suficiente, con quien poder discutir.

Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas sin que ella hiciera nada por detenerlas ni secarlas. Se sentía infinitamente sola y estaba agotada. A pesar de los casi dos días en los que no había hecho más que comer, dormir y aprender cosas, estaba agotada por dentro, y no creía que la situación fuera a mejorar próximamente.

«No seas idiota —se dijo a sí misma—. Saltar agota, ya te has dado cuenta. Es normal que estés hecha polvo, ya se te pasará».

Dos días atrás, cuando saltó desde el aparcamiento del restaurante donde Joseph y Chrystelle se quedaron con Arek, tuvo la sensación de que no lo conseguiría, de que iba a morir en el intento. Fue como si su cuerpo estuviera formado por miles de millones de bolitas de poliestireno que, de repente, perdieran la cohesión y salieran disparadas en todas direcciones, empujadas por un huracán, mientras ella trataba con todas sus fuerzas de mantenerlas unidas y moviéndose a la vez hacia una meta común, desconocida para ella.

Tenía la convicción de que había estado muy cerca de no conseguirlo, de no reintegrarse y, por tanto, de dejar de ser, disparada sin más a los cuatro vientos, como si los granos de arena que han estado formando un castillo con sus torres y sus almenas explotaran de golpe al pasar un tornado y acabaran cayendo cada uno en una playa sin tener recuerdo de que alguna vez estuvieron juntos formando parte de algo común.

Había sido una temeridad intentarlo de nuevo después de los dos pequeños saltos que la habían sacado de Villa Lichtenberg y que ni siquiera había planeado. No estaba preparada todavía. Sombra aún no se lo había enseñado todo. Fue una maniobra fruto de la simple desesperación que, sin embargo, había funcionado, aunque cuando se reintegró estuvo a punto de desmayarse.

Después de haber sentido cómo todo en ella se soltaba y salía volando por su cuenta, sin ningún control, apareció de rodillas y vomitando bilis en un lugar desconocido, en la oscuridad.

Era de noche, igual que en la costa de Amalfi, y se trataba del interior de un edificio, pero, como las persianas estaban bajadas y sólo entraba algo de luz naranja de las farolas de la calle, no conseguía reconocer el lugar donde se encontraba y sintió una ola de miedo pasarle por encima. ¿Y si había aparecido en el piso de una familia desconocida que ahora saldría en pijama a ver qué había pasado? Pero en cuanto dejó de vomitar y sus ojos se acostumbraron un poco a la luz, reconoció la distribución de los muebles y, si no hubiera estado tan agotada, se habría puesto a aullar de alegría porque su salto la había llevado a casa, a la alfombra de la sala de estar de su casa, en Innsbruck, donde no había estado desde hacía meses. Olía a cerrado, pero por debajo de ese primer olor también olía a casa, a todos los años de vida compartida con sus padres, a los productos de limpieza que siempre habían usado, a los champús, y al masaje de afeitarse de su padre, perfumes de su madre y de

ella, a cientos de comidas, a polvo..., a infancia y seguridad.

No llegó a ponerse de pie porque, al intentarlo, sintió que se mareaba, así que se estiró sin más sobre la alfombra, alejándose de la zona donde había caído la poca bilis que tenía en su estómago. Luego debería limpiarla, pero por el momento lo mejor era quedarse quieta, reponerse, disfrutar de la sensación de estar en un lugar conocido y amado donde, sin embargo, a nadie se le ocurriría buscarla.

Debió de quedarse dormida porque, cuando despertó, arrebujada en la manta del sofá que no recordaba haberse echado por encima, ya había mucha luz y se oía cantar a los pájaros. Se puso de pie con cuidado, como temiendo que sus músculos hubieran dejado de funcionar, se estiró bien y dio la vuelta al piso, entrando en todas las habitaciones, llenándose los ojos con los objetos cotidianos que la habían acompañado toda su vida y que nunca le habían parecido particularmente interesantes ni gloriosos: el viejo sofá de cuero del estudio; la lámpara de pantalla naranja; los lomos de los libros que parecían alegrarse de verla, como si se acabaran de vestir de colores para darle la bienvenida; la cama de sus padres, con la mullida colcha blanca y esa sensación de serenidad que siempre se había respirado en el dormitorio; las fotos de la mesa de la entrada en sus marcos plateados; el paragüero, lleno a rebosar de paraguas de todos los tamaños y colores; los mapas en las paredes del pasillo... Plantas ya no había ninguna. Su padre debía de haberlas regalado a los vecinos; o se habría limitado a tirarlas a la basura, sabiendo que tardaría mucho en regresar.

Curiosamente, eso no la entristeció tanto como hubiera pensado en otros tiempos. Todo lo que vive tiene que morir, pensó, y siguió recorriendo la casa.

En su habitación todo estaba igual que el día en que salió de casa para ir al instituto por última vez. El día en que mataron al profesor Alexander y empezó la locura. Parecía que hiciera años. Parecía que le hubiera sucedido a otra persona, en otro tiempo, en otra vida.

Pensó abrir las persianas para que entrara el sol pero en seguida se dio cuenta de que no era conveniente que nadie se fijara en que había alguien en casa, así que se desnudó a la poca luz que entraba por los agujeritos de la persiana, fingiendo lanzas de luz dorada que se estrellaban contra la pared que ella había llenado de fotos de amigos y familia, y se metió en el cuarto de baño.

Después de una ducha caliente, con el pelo limpio y arropada en el viejo albornoz, fue a la cocina y encontró leche de larga conservación, galletas y Nutella. Ser hija de unos padres raros tenía la ventaja de que al menos sabían que era fundamental que siempre hubiera en casa cosas de comer que pudieran aguantar mucho tiempo.

Terminó el desayuno, fue a la sala de estar a limpiar la alfombra, fregó los pocos trastos, los secó, los guardó en su sitio y secó también el fregadero. Así, si entraba alguien en la casa cuando ella se hubiera marchado, nadie sabría que había pasado

por allí. Luego secaría también la ducha; en ese momento había algo más urgente que hacer.

Volvió a su cuarto y, con un largo suspiro de alivio, abrió su portátil, que tanto había echado de menos durante tantos meses, temiendo que no se encendiera cuando apretara el botón. Lo hizo mordiéndose los labios y esperó...

¡Funcionaba!

Por un instante, la tentación de mirar su correo o de entrar en Facebook fue terrible, pero recordó a tiempo que no era conveniente dejar ese tipo de rastro, y menos desde su aparato y desde su casa, de manera que, resignándose a seguir desconectada del mundo, se limitó a hacer lo que llevaba tanto tiempo deseando: metió en la ranura el lápiz de memoria que su madre había ocultado dentro de Alex, su león de peluche, que ahora estaría esperándola en vano en aquel pequeño hotel de Amalfi y que iba a perder por segunda vez. ¡Pobre Alex!

Sonó un tono electrónico y en la pantalla aparecieron unos cuantos nombres de archivos: había textos, fotos, audio y vídeo. No se le podía reprochar a Bianca no haber sido consciente de la cantidad de preguntas que se le plantearían a su hija llegado el momento. Esperaba que allí estuvieran las respuestas, o al menos parte de ellas.

Pasó la mirada ávidamente por la lista de documentos sin saber cómo decidir cuál abrir primero. Había un vídeo con el título «París», pero ese estaba pensado probablemente para la primera parte de su viaje, la que ya había hecho meses atrás, y no le daría mucha información o le diría cosas que ya no era posible cumplir, pero un poco más arriba había otro llamado «Después de París», y ese sí que podría resultarle útil. No tenía ni idea de qué planes había trazado su madre, pero «Después de París» era suficientemente explícito como para que pudiera usarlo en ese momento, de manera que, sin pensarlo más, hizo clic sobre el nombre, inspiró profundamente y clavó los ojos en la pantalla.

El rostro de su madre, el mismo que ella recordaba de la época anterior al accidente, apareció de repente frente a ella, sonriéndole; detrás no había más que una pared blanca, era imposible saber dónde lo había filmado. Lena sintió un ahogo en la garganta y se forzó a tragar saliva para oír el mensaje sin que se le taponaran los oídos.

—Hola, cariño. —Su voz sonaba igual que siempre también, viva y alegre—. Espero que estés bien y que seas de verdad tú quien está delante de la pantalla. Por si acaso, ahora esta grabación se interrumpirá. Buscarás el archivo «Después de París 2» y escribirás una contraseña con el nombre del lugar donde vimos aquellas alfombras que te gustaron tanto en el viaje a Túnez, ¿te acuerdas?, donde se te subió una rana a la zapatilla y todos empezamos a tomarte el pelo con que era tu príncipe azul y tú le habías dado la patada. Pon el nombre del pueblo de las alfombras. ¡Hasta

ahora mismo, sol!

La pantalla se oscureció y Lena se quedó mirando el ordenador con la cabeza ladeada. Recordaba perfectamente la anécdota y el lugar, a pesar de que ella debía de tener sólo siete u ocho años, pero de lo que también estaba segura era de que no se trataba de Túnez. ¿Se había equivocado su madre o estaba hecho a propósito para evitar que alguien encontrara la clave por casualidad, introduciendo nombres de ciudades tunecinas famosas por sus alfombras? Era más que posible. Sonrió, abrió el siguiente archivo y tecleó DENIZLI, un pequeño pueblo en Turquía, cerca de Pamukkale, donde les enseñaron una preciosidad de alfombra de seda en tonos azules que valía tanto como un coche deportivo.

Inmediatamente, la sonrisa de Bianca iluminó la pantalla.

—¡Bien, cielo! ¡Eres una chica muy lista! ¡Cuánto me gustaría poder abrazarte ahora y que me contaras dónde estás y qué ha pasado, y que pudieras preguntarme lo que quieres saber! Pero hay que tomar las cosas como vienen cuando no se pueden cambiar. ¡Y mira que yo me he pasado la vida intentando cambiarlo todo, incluso sabiendo que siempre hay límites! —Se echó a reír—. Si estás viendo este clip, ahora ya has conocido a Joseph y a Chri-Chri y sabrás mucho del clan blanco, todo lo que ellos te habrán explicado. Si todo sale como yo espero, también habrás encontrado a Sombra y, como te decía en el primer clip, le habrás dicho dónde encontrar el símbolo que hará que él te reconozca. Te habrás dado cuenta también de que te lo puse en el lugar menos conspicuo posible.

Lena sonrió. Su madre usaba palabras elegantísimas con mucha frecuencia, pero no se daba cuenta de ello, y luego se extrañaba de que la gente la mirara raro. Sí, la verdad era que le había tatuado aquel símbolo en un lugar muy poco conspicuo. Se tocó el cráneo por debajo del pelo preguntándose cuándo volvería a tener el valor necesario para raparse de nuevo la melena y observar con detalle qué era aquello que la acompañaba siempre.

La verdad es que se habría ahorrado mucho sufrimiento y mucho terror si hubiera visto ese vídeo antes de encontrarse con Sombra; le habría podido decir dónde llevaba el tatuaje y no habría tenido que pasar aquel espantoso rato en el hotel de París que no olvidaría jamás. Incluso ahora que ya conocía a su maestro y sabía con toda seguridad que él no le haría daño jamás, aún sentía un ahogo cuando recordaba la escena.

—Ahora —siguió diciendo Bianca—, por las razones que sean, has terminado la etapa de París y por eso has abierto este documento, con la esperanza de que yo te diga dónde tienes que ir.

»Recuerda que, por razones de seguridad (ya tienes costumbre, pequeña, ¿te acuerdas de nuestros juegos de toda la vida?), sólo podrás ver cada vídeo una sola vez, de manera que apréndete bien lo que oigas y veas. —A Lena se le escapó un



sollozo; le daba espanto pensar que no podría ver a su madre una y otra vez, ahora que lo había conseguido—. Pero como te conozco bien, hay tres clips en los que no te explico nada secreto, que he grabado sólo para ti, para que hablemos, para que me oigas y me puedas ver todas las veces que quieras. Son los del archivo “For your eyes only”. —Bianca sonrió esplendorosamente—. A ver, ¿por dónde íbamos? Las circunstancias pueden haber cambiado tanto que quizá ya no sea aconsejable hacer lo que estoy a punto de decirte, pero como antes o después tendrás que ir allí, si en estos momentos no sabes qué hacer o adónde ir y no tienes quién te guíe, coge un avión a Bangkok y, una vez allí, ve al apartamento que abre la llave de la cinta azul.

En la pantalla, su madre, en perfecto silencio, le mostró una hoja con una dirección que ella intentó memorizar de inmediato, como siempre le había enseñado: «43 Soi Tantawan, Surawongse Rd., *Bangkok* 10500. Ap. 7 K. Cerca del *Mango Tree*».

—Procura llegar de noche, sobre las ocho o las nueve. Hay un mercadillo y estará todo lleno de gente; te será más fácil pasar desapercibida. Una vez en el piso, espera hasta que alguien se ponga en contacto contigo de parte de Él; luego ve a donde te digan. Puedes confiar bastante en el clan azul, dentro de que los clánidas..., ya sabes, cielo, los clánidas nunca acabamos de fiarnos de nadie. Ellos te guiarán cuando no haya nadie más. De nuestro propio clan... es difícil aconsejarte... Yo, personalmente, desconfío de Lasha, aunque es nuestro *mahawk*. Albert parece muy buen chico, pero nunca se sabe; siempre he pensado que tiene sus planes. Emma..., la he querido mucho y la echo mucho de menos. Es muy fuerte y muy lista, pero tan testaruda como yo. Hará cualquier cosa por conseguir lo que quiere, pero si la necesitas y le dices que eres hija mía, estoy segura de que te ayudará.

Hizo una pausa. Como si se le acabara de ocurrir algo pero no estuviera segura de si era conveniente decirlo. Al cabo de unos segundos en los que, conociéndola, podía notarse cómo luchaba consigo misma, se decidió a hablar.

—Hay alguien más. Pero sólo para un caso extremo y sería preferible no hacerlo. Aunque nunca se sabe... —Casi daba la impresión de que Bianca hablaba más para sí misma que para Lena—. Si estás desesperada... o, no sé..., si se presenta un caso..., ¿cómo definirlo?..., improbable..., realmente incomprensible..., o bien estás en peligro, en un gran peligro..., ve a ver a Imre Keller, a Shanghai. —Una extraña expresión pasó por el rostro de su madre, algo que ella no había visto nunca y que desapareció en un instante—. Es el *mahawk* del clan negro. Un hombre muy poderoso. Lo llaman el Presidente. —Volvió a callar—. Dile que eres hija mía. Dile que te envío yo. Te ayudará. —Una vez dicho eso, Bianca inspiró hondo y volvió a convertirse en la mujer rápida y pragmática de siempre—. A ver..., ¿qué más? Si no te queda dinero y estás en casa, encontrarás más dentro de mis patines de hielo. Si no estás en casa, saca lo que necesites del cajero con la tarjeta canadiense y la siguiente

vez en otro país con otra tarjeta. ¡Suerte, amor mío!

La grabación terminaba con su madre lanzándole un beso a través del tiempo. Lena se abrazó a sí misma unos segundos y luego escribió la dirección de Bangkok en un papelito que quemaría cuando supiera seguro que no iba a olvidarla.

Y ahora iba camino de Bangkok, con un pasaporte falso que, sin embargo no había llamado la atención, con suficiente dinero en el bolsillo, a un piso cuya existencia siempre había ignorado, a encontrarse con desconocidos en los que, por mucho que su madre le hubiera dicho en el vídeo, no conseguía confiar en absoluto, y sabiendo que el clan rojo pensaba que ella tenía el bebé y estarían dispuestos a cualquier cosa por recuperarlo. No era precisamente un viaje de placer.

Además, lo que había visto hasta ese momento del comportamiento de *karah* no era nada tranquilizador y había veces en las que le daba entre horror y vergüenza pertenecer a esa especie de seres capaces de engañar así a una pobre chica y luego quitarle a su hijo y asesinarla sin pestañear. Habría preferido seguir siendo lo que había sido toda su vida: humana, simplemente humana. *Haito*, como decían ellos, igual que su padre, que Clara y que Dani. Ningún humano habría sido capaz de hacerle eso a Clara.

Con los ojos cerrados, aún veía la imagen de su amiga muerta, abandonada en aquel quirófano sin nadie que se hubiera preocupado de cerrarle los ojos y acostarla en la cama. ¿Cómo estaría ahora Brigitte, sabiendo que su hija había muerto de parto y que nunca llegaría a ver a su nieto? ¿Le habrían dicho que también el bebé había muerto? Era lo más probable, para ahorrarse problemas. El clan rojo habría pagado un entierro espectacular, se habrían disfrazado de millonarios normales y habrían hecho teatro delante de Brigitte el tiempo necesario para convencerla. Luego la habrían ascendido en su trabajo, con mejor sueldo y más privilegios, y se habrían olvidado del asunto. ¿Qué importancia podía tener una *haito* más o menos, aunque sólo tuviera dieciocho años y toda la vida, su corta vida comparada con *karah*, todavía por delante?

No quería seguir pensando en ese tipo de cosas y tampoco se sentía capaz de volverse a dormir, de modo que sacó su portátil, dispuesta a leer unos cuantos de los documentos que su madre le había dejado y ella había pasado al disco duro, uniéndolos entre sí como si se tratara de una novela que podía leer cuando estaba de viaje.

Quedaban todavía vídeos y audios, pero sabiendo que lo más probable era que sólo pudiera abrirlos una vez, había decidido esperar a necesitarlos desesperadamente. Por tanto, de momento sólo contaba con los documentos de texto. En el primero, Bianca le explicaba que a lo largo de varios años había ido escribiendo fragmentos de las memorias de gentes de su clan, para que no se perdieran los recuerdos de los antepasados y para que ella, Lena, pudiera saber quiénes fueron los

conclánidas que vivieron antes que ella y de los que descendía.

»No te voy a decir qué parentesco te une a ellos porque me parece importante que sepas primero y sobre todo que se trata de gentes de tu clan que he pensado que debías conocer. Además, *karah* no considera importantes las mismas cosas que *haito*. Lo único fundamental es a qué clan perteneces; la relación con sus miembros individuales no importa.

»Lee sus historias como si estuvieras leyendo una novela y no olvides nunca que tú eres de su sangre, que les perteneces y te pertenecen. No lo olvides nunca, mi niña blanca y negra. Poco a poco, línea a línea, cada vez sabrás más de ellos y, por tanto, de ti misma, pues sólo sabiendo de dónde procedes puedes decidir adónde irás».

Esas habían sido las primeras palabras escritas de Bianca, antes de comenzar el documento fechado «Viena. 1872» que Lena iba a empezar a leer cuando llegó la azafata con los formularios de inmigración para rellenar.

Cogió el bolígrafo, hizo una pausa para recordar con qué papeles estaba viajando, se dio cuenta de que de todas formas era necesario sacar el pasaporte para poder copiar el número, se agachó a buscarlo en la mochila y, al hacerlo, tocó la pierna del hombre que iba sentado a su lado y que la miró con odio mal disimulado porque lo había empujado mientras estaba rellenando su formulario, y había hecho una raya en el papel.

Era un tipo grande, pero más bien blando y gordo, con muy poco pelo, ojos saltones y una expresión colérica que ya había hecho que le acudiera la sangre a las mejillas, en dos rosetones bajo los ojos.

—Perdone —murmuró ella, apartando la vista en seguida.

Algo había sucedido, bien al rozar su pierna, bien en el momento en que sus ojos se habían cruzado, y a Lena se le había puesto carne de gallina en todo el cuerpo. Sin saber cómo, de un instante a otro, en su mente había aparecido una imagen que no conseguía apartar: el mismo tipo gordo, pero ahora desnudo, arrodillado en una cama con sábanas de seda granate violando a un niño pequeño que se mordía los labios para no gritar.

El *shock* fue tan grande que, sin darse cuenta, se encontró mirándolo fijamente, horrorizada. No eran figuraciones suyas. Ella no tenía una mente tan sucia. Jamás se le habría pasado por la cabeza inventarse algo así sobre su vecino de asiento. Y además, la calidad de la imagen era diferente a cuando ella misma imaginaba algo. Se habría apostado la mano derecha a que lo que había aparecido en su mente era un recuerdo que en ese mismo instante desfilaba una y otra vez por la imaginación del hombre mientras se pasaba la lengua por los labios al contestar la pregunta ¿Cuántas

veces ha visitado Tailandia?: Siete veces. Motivo del viaje: Turismo.

Sí. Turismo. No podía apartar la vista de aquel cerdo que seguía contestando con total tranquilidad mientras su mente seguía ofreciéndole imágenes que le aceleraban la respiración y que pensaba hacer realidad de nuevo en cuanto se instalara en su hotel. Veía con total claridad cómo sacaba la tarjeta de Charlie, el tailandés flaquito y sonriente que le conseguía todo lo que necesitaba, marcaba el número sentado en la cama del hotel y quedaba con él en The Blue Lagoon, el local donde iba en todos los viajes a examinar la mercancía antes de decidir.

El asco no la dejaba respirar. Y la furia. La misma furia roja que había sentido frente al cuerpo sin vida de su amiga.

Apenas unos minutos atrás, ella había pensado que no quería ser *karah*, que ningún humano haría lo que *karah* había hecho con Clara, aunque sabía, ¿cómo no iba a saberlo?, que los humanos también son capaces de matar, de violar, de las peores monstruosidades sin dejar de ser humanos. Y ahora tenía la prueba allí mismo.

El hombre se volvió hacia ella y preguntó de malos modos, con fuerte acento bávaro:

—¿Qué pasa? ¿Tengo monos en la cara? ¿Qué me estás mirando, mocosa maleducada? Métete en tus asuntos y deja de mirarme como una imbécil.

—Nada —contestó con un hilo de voz, notando que la rabia la ahogaba—. Tengo que salir. Déjeme pasar.

—¿Ahora? ¿No puedes esperar?

—No, no puedo esperar. Tiene que ser ahora.

El chico que estaba sentado al lado del hombre se levantó frotándose los ojos, luego lo hizo el gordo refunfuñando y Lena pasó a su lado tratando de no tocarlo, de que nadie la viera ni siquiera rozarlo al pasar porque, para lo que quería hacer, era fundamental que quedase claro que ella no tenía la culpa de nada. De manera que caminó hasta el baño más alejado de su asiento procurando saludar a las azafatas con las que se topaba para que se acordaran de ella. Pidió un agua mineral y esperó en la cola a que quedara libre una cabina, sonriendo a una madre joven con una niña pequeña.

Cuando consiguió quedarse sola en la cabina, se sentó en el váter y, como le había enseñado Sombra, empezó a concentrarse en llegar al hombre, buscando su mente entre todas las que llenaban el avión parloteando, inventando, soñando, pensando en diferentes lenguas. Era como abrirse paso en una jungla enmarañada, luchando con las ramas que se le cruzaban por delante, desenganchándose de las espinas que la frenaban, invitándola a quedarse un momento en cada conversación, en cada plan esbozado para el futuro próximo, en cada recuerdo de otras vacaciones, de otro amor, de un acto de violencia, de un engaño, de mil mentiras. Pero siguió avanzando, buscando esas imágenes sucias, teñidas de un resplandor rojo sangriento donde el

dolor del niño era un relámpago amarillo.

Las encontró.

Lentamente, con mucho cuidado, dejándose guiar simplemente por su intuición, ya que nunca había intentado algo así, fue tanteando el interior del hombre que, con las piernas abiertas y los brazos sólidamente apoyados en los dos reposabrazos del sillón, disfrutaba de los recuerdos de otros viajes y de imaginar cosas que aún no había hecho y estaba deseando probar. Notó lo rápido que circulaba la sangre dentro de él y cómo se iba produciendo una erección que disimuló echándose por encima la mantita que les habían dado para la noche, mientras dejaba una mano dentro para poder tocarse la bragueta.

Lena se concentró con toda su rabia hasta sentir los testículos del hombre al alcance de su mano inventada. Primero fue sólo un leve roce que hizo que al cerdo se le escapara un pequeño suspiro de satisfacción. El chico que estaba sentado a su lado lo miró con asco y apartó la vista.

Entonces Lena cerró el puño con toda su fuerza en un solo apretón salvaje.

El alarido del hombre se oyó en todo el avión. De un segundo a otro, todas las azafatas echaron a correr en dirección al pasajero que gritaba como si lo estuvieran asesinando y que se había tirado al suelo con las manos entre las piernas y se revolcaba en el pasillo, mordiéndose la lengua y soltando espumarajos.

—¿Un ataque de epilepsia? —susurró una de las azafatas.

—Busca a un médico, de prisa.

Lena, dentro de la cabina, oía el ruido y los gritos como desde lejos. Estaba ocupada recorriendo el interior del hombre hasta que encontró lo que buscaba, dio un pequeño tirón y se quedó observando cómo la sangre abandonaba su curso natural y se iba encharcando en lo que luego el médico llamaría hemorragia interna.

Sólo cuando estuvo segura de que el cerdo aquel no volvería a hacer daño a nadie, aflojó. Temblaba de agotamiento, pero estaba satisfecha. Se había acabado.

Sin ser realmente consciente de lo que hacía, dejó abierta la mente y la paseó por los alrededores, como si planeara ingrávida sobre un paisaje del que ha desaparecido el monstruo al que todos temían.

Abrió los ojos de repente, boqueando como un pez fuera del agua. No podía creerlo. Había más gente en el avión con el mismo tipo de planes y recuerdos dando vueltas por sus cerebros. No era sólo el cerdo que ahora estaba dando los últimos suspiros mientras el médico sacudía la cabeza y decía que nunca había visto nada así; había varios más, todos hombres, que totalmente despiertos o medio dormidos, pasaban revista a imágenes, recordadas o deseadas, de violencia sexual contra niños y niñas tailandeses, tan bellos, tan frágiles; niños y niñas que habían perdido su infancia, que no tenían más que miedo y dolor en el fondo de la mirada.

Lena sintió una furia en su interior que la sacudía como un calambre eléctrico. No

pensaba permitirlo. Pero tampoco podía volver a montar un espectáculo como el que aún se estaba desarrollando en el pasillo junto a su asiento. Si lo repetía, los pondrían a todos en cuarentena nada más aterrizar.

No había podido hacer nada por Clara, pero no iba a permitir que todos aquellos cerdos hicieran el daño que tenían planeado.

Lo pensó unos instantes, esforzándose por llegar a una solución aceptable hasta que se le ocurrió: se limitó a ir pasando de uno a otro, con ligereza, con precisión de orfebre, y adelgazar hasta hacer casi transparentes todas las arterias que salían del corazón de cada uno de aquellos criminales. Era mucho más fácil de lo que habría creído; como cuando uno extiende un montoncito de arena sobre una mesa: vas pasando la mano una y otra vez hasta que los granos cubren una superficie mayor, unos junto a otros en lugar de estar unos sobre otros.

En el momento en que cualquiera de aquellos criminales hiciera un mínimo esfuerzo, su corazón explotaría. Y si alguno conseguía sobrevivir, el médico le dejaría muy claro que sus días de actividad sexual habían terminado.

Apoyó la cabeza contra la pared de la cabina y ya estaba a punto de quedarse dormida cuando sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Está usted bien? ¿Necesita ayuda?

Abrió los ojos, parpadeando enloquecidamente y echó una mirada al reloj: llevaba casi media hora dentro.

—Gracias. Salgo en seguida —contestó.

Se echó agua a la cara y salió de la cabina. La azafata la miraba como esperando una explicación. Lena se forzó a sonreír.

—Debe de haberme sentado mal algo de lo que he comido. —Y añadió bajando la voz—: Una diarrea terrible.

La azafata sonrió, aunque estaba tan pálida y parecía tan cansada que la sonrisa fue más bien una mueca, y Lena volvió a su asiento. El gordo había desaparecido. Estuvo tentada de preguntarle al chico qué había pasado pero desistió; no tenía ganas de hablar. Se arrellanó en el sillón y unos minutos más tarde estaba dormida.



## Negro. Shanghai (China)

La noche anterior, cuando Nils le había telefoneado para informarle del fracaso de la misión y pedirle una cita para poderle narrar los acontecimientos que habían llevado a ello, por un momento estuvo tentado de decirle que no tenía tiempo para recibirlo. La misión había fracasado. Punto. Eso era, en el fondo, todo lo que importaba. No quería saber nada más.

Se estaba volviendo cada vez más misántropo, se las arreglaba para pasar días sin ver a nadie más que a Fu, su secretaria, y a Chang, su mayordomo, los dos familiares más antiguos que poseía, y esos días eran los más agradables de su vida cotidiana.

Tenía ya cerca de ochocientos años y, a esa edad, la sensación de que uno lo ha visto y oído todo ya más de tres veces era aplastante. La gente, con el paso de los siglos, cambiaba de moda e incluso, lentamente, también de modos y de modales, pero en el fondo siempre quedaba lo mismo: el afán de poder, la avaricia, la crueldad, las pequeñas mezquindades. En su juventud, en el que seguía considerando su propio siglo, el XIII, también era así, pero para él, entonces, todo era nuevo aún: la primera vez que se enfrentaba con un enemigo, que trataba de cumplir sus planes y deseos, que tenía que encajar una derrota, que aprendía a intrigar, a conspirar, a ocultarse, que deseaba conquistar a una mujer... Sin embargo, ahora... la novedad se había perdido para siempre. El mundo ya no le traería nada nuevo en lo que le quedaba de vida. A menos que...

A menos que los rumores fueran ciertos y el Shane, aparte de estar totalmente loco, tuviera algo de razón en lo que contaba. En ese caso quizá llegaría a ver algo que nadie había visto en los últimos dos o tres mil años. Quizá podría incluso tomar a Ennis en brazos y cruzar ese umbral hacia lo desconocido, poniendo en ello toda su esperanza.

Si eso significaba dejar atrás un planeta envenenado, condenar a muerte a millones de *haito* y masacrar a *karah*, el precio era efectivamente alto, pero no excesivo. No era necesariamente lo que él desearía hacer, pero era lo que pedía el

Shane a cambio de proporcionarle la posibilidad de abrir esa puerta que tantas veces había creído inexistente, legendaria, y ahora, quizá por su absoluta necesidad de creer en un milagro, estaba dispuesto a aceptar como posible.

El único problema, o quizá no el único pero sí uno de los más importantes, era que necesitaban a ese niño recién nacido que, al parecer, se le había escapado de las manos a Nils en el último momento. Imre esperaba que, al menos, supiera dónde estaba para poder recuperarlo y empezar a dirigirse hacia su objetivo final que, por supuesto, ni Nils ni Alix conocían aún.

Se preguntó, como llevaba meses haciendo, si Luna seguiría existiendo y si, caso de existir, estaría dispuesto a ayudar a su clan. Había llegado el momento de intentarlo, pero la cosa podía esperar hasta el día siguiente. Ahora Nils estaba a punto de llegar, una cena íntima en su propia casa, solos Alix y ellos dos, para oír lo que Nils tenía que contarles, hacer balance de la pérdida y decidir sobre el curso futuro de los acontecimientos. Le había parecido curioso que, a pesar del fracaso, el muchacho no parecía tan alicaído como habría sido normal; algo había que lo animaba y que él tendría que intentar descubrir, aunque Nils podía ser una tumba cuando se trataba de algo personal y que él consideraba que no afectaba al clan. Trataría de sonsacárselo a lo largo de la cena.

Imre pasó al comedor a supervisar la mesa que, como siempre, estaba perfecta, en blanco, negro y plata con una única orquídea de un rosa pálido por toda decoración. En otros tiempos lo habría hecho ella, Ennis, cuando se conocieron, cuando vivieron juntos, cuando aún se llamaba Alma von Blumenthal, en Viena, a finales del siglo XIX, en 1872. Él, entonces, era el Gran Duque Ivan Nikolaievich Iliakof. Recordaba con una intensidad casi dolorosa el primer momento en que la vio.

Alma estaba reclinada en una *recamière*, vestida con una *robe de chambre* blanca, llena de puntillas y adornada con cintas de un verde tan claro que parecían brotes primaverales. Llevaba el pelo —esa espectacular melena del color de las castañas maduras— semirrecogido en lo alto de la cabeza y en sus lóbulos destellaban al sol dos diamantes solitarios. Sus ojos brillaban casi tanto como las piedras preciosas y sus labios sonreían.

A sus pies, tendido en el suelo, un joven bebía la sangre que manaba del brazo derecho de Alma. El muchacho levantó un instante los ojos y siguió sorbiendo mientras el duque se acercaba a presentar sus respetos.

—Por fin nos conocemos, Alteza —dijo ella, tendiéndole la mano izquierda con toda naturalidad para el besamanos.

—¿Sabíais de mi existencia? —preguntó él, sorprendido.

Ella sonrió de nuevo.

—Desde el momento mismo de vuestra llegada a Viena. Esto es un pañuelo, y hasta que empiece la temporada de los bailes no hay mucho que hacer. Tomad



asiento, por favor. ¿Por qué habéis tardado tanto en venir a visitarme?

—No sabía que tenía el honor de compartir ciudad con una bella *karah*.

—*Karah* siempre es bella. —La baronesa lo miró de arriba abajo, sonriendo como si le gustara lo que veía—. ¿Clan negro, presumo?

—Así es. ¿Clan blanco?

Ella hizo una graciosa inclinación de cabeza.

—¡Honor a los cuatro! ¡Honor a tu clan!

—¡Honor a tu clan, conclánida! —contestó con una sonrisa. Dirigió una mirada hacia abajo, que pasó por sus pies calzados con medias blancas y chapines de satén verde pálido y se detuvo en el muchacho reclinado sobre el parqué y apoyado en la *recamière*—. Este es Joseph, mi familiar de confianza.

Joseph apartó los labios llenos de sangre de la herida y murmuró «Alteza».

—Vamos a dejarlo ya, Joseph. Tengo que hablar con Ivan Nikolaievich. Seguiremos después.

El chico se levantó, fue hasta una cómoda de grandes cajones de madera rubia y volvió a arrodillarse frente a ella para vendarle el brazo herido antes de marcharse.

—Gracias, ama —susurró. Se puso en pie, hizo una reverencia frente a ambos y salió de la habitación.

—Guapo mozo —comentó él.

—Y muy inteligente, rápido, valiente... lástima que no sea *karah*, pero me sirve bien y espero mantenerlo muchos años a mi lado.

«¿Qué habría sido de aquel Joseph?», pensó Imre de pronto. Estaría muerto probablemente. Hacía casi ciento cincuenta años de aquello.

Pasó las yemas de los dedos, con delicadeza, por los pétalos de la orquídea que adornaba la mesa del comedor, tan suaves como la piel de Alma, de Ennis.

—Las viejas costumbres tardan en morir —sonó la voz de Nils desde el rincón en penumbra opuesto a la chimenea—. No hace falta que lo controles todo; está perfecto, como siempre.

Imre se sobresaltó, pero hizo lo posible por no mostrar su sorpresa. Lo había vuelto a hacer. Había entrado sin que nadie se diera cuenta de su presencia. La cosa estaba empezando a resultar inquietante y no tendría más remedio que pedirle explicaciones. Se volvió despacio hacia él, con una media sonrisa.

—Te estás volviendo cada vez más invisible, Nils. Lástima que tus nuevas habilidades no hayan bastado para llevar a buen término tu misión.

Pasó una sombra por el rostro de Nils, que apretó los labios, molesto, antes de recuperar su expresión plácida de invitado a cenar.

—Cuando te cuente las últimas novedades quizá me juzgues con menos dureza. ¿No vas a ofrecerme un aperitivo, al menos?

—Sírvelo tú mismo. —Imre señaló hacia una mesa lateral cubierta de botellas y

vasos—. Y, por supuesto, querido, bienvenido a casa.

—Más de seis meses disfrazado de adolescente, casi tres meses de clases en un instituto de secundaria..., tú no sabes lo que es eso, Imre. Te juro que ya se me había olvidado lo duro que es ser joven. Todo el mundo se cree con derecho a decirte lo que tienes que hacer, no eres nadie, nadie te respeta..., es una provocación constante. — Se sirvió un gin- tonic mientras hablaba y, sin preguntar, llenó una copa de jerez y se la entregó a Imre.

—Nunca has sabido acatar órdenes. Gracias.

—Siempre he sabido acatar órdenes de un superior al que respeto. Tú deberías saberlo, Presidente.

—En una jerarquía no siempre se respeta al que está por encima, pero hay que obedecer igual.

—Hay sistemas así, efectivamente. El ejército, por ejemplo, como ambos sabemos, pero en una institución de enseñanza de un mundo que se pretende ilustrado es una contradicción constante que se les diga a los jóvenes que son seres de pleno derecho y luego se les ninguneen de esa manera, sólo porque aún no son oficialmente adultos. Ha sido muy instructivo. —Eché una mirada a los tres cubiertos de la mesa —. Va a venir Alix, supongo.

El Presidente asintió con la cabeza.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Imre?

—Por supuesto.

—¿Cuántos miembros tiene actualmente el clan negro? ¿Hay alguien más en activo, aparte de nosotros? ¿Somos todo lo que queda?

Imre se pasó la mano por la frente como si de repente se hubiera dado cuenta del peso de la cabeza y lo encontrara excesivo.

—No sé si recordarás que yo empecé a venir a Shanghai en los años veinte del siglo pasado, del siglo xx, porque ya entonces tenía la sensación de que necesitábamos cambiar de ambiente o al menos abrir otras posibilidades comerciales y espaciales fuera de Estados Unidos, que desde el siglo xviii, después de la Revolución en Francia, había sido nuestra base central. Fue entonces cuando, básicamente, dejamos Europa al clan rojo y nos fuimos a buscar nuevos territorios. Una hermosa época. ¿No fue por entonces cuando naciste tú?

Nils sonrió.

—Lo sabes perfectamente. Yo nací en 1791, en el barco que nos llevaba de Southampton al nuevo mundo.

—Siempre has sido un original.

—Continúa.

—En 1928, después de la masacre de Shanghai del 27, cuando Chang Kai-Shek empezó a matar a todo el que se moviera y pudiera pasar por comunista, los que

estábamos aún en China nos dispersamos. Algunos volvieron a nuestra sede de Nueva York, otros fueron a Europa, donde las cosas apuntaban con toda claridad hacia varias próximas guerras que por un lado nos sirvieron para hacernos aún más ricos de lo que ya éramos, pero por otro lado nos obligaron a volver a desplazarnos. Creo que fue también por entonces cuando el clan blanco desapareció de nuestras vidas. Empezaron a dedicarse a la ciencia, supongo que para tener una justificación para enterrarse entre los hielos, aún no he conseguido explicarme por qué, y prácticamente nadie ha vuelto a verlos desde entonces.

—Yo acabo de ver a dos miembros del clan blanco, pero te lo contaré cuando llegue Alix.

Era evidente que la noticia había impresionado a Imre, pero su inclinación de cabeza dejó muy claro que aceptaba la dilación y mientras tanto pensaba terminar de contestar a la pregunta que Nils le había hecho y que no era tan fácil de responder como pudiera pensarse.

—Como te decía, después de la masacre del 27, el clan negro volvió a Estados Unidos, a pesar de que el país se encontraba en plena Gran Depresión, como recordarás.

—Vagamente. Comprenderás que yo entonces tenía otras cosas en que pensar. Era muy joven.

—Yo ya no... —dijo Imre, pensativo—. No importa. Por entonces, entre los que estábamos en Estados Unidos, los de Europa, los casos raros que andaban aún por China y una conclánida que nos abandonó dos siglos atrás pero que supuestamente seguía viva, éramos once. Luego entre los años veinte y los cuarenta perdimos a tres miembros, uno de ellos, como recordarás, Gilraen, la clánida de la que naciste. —Nils asintió con la cabeza, sin comentar nada. Imre continuó—: Incomprensiblemente, se empeñó en quedarse en Europa en plena hegemonía nazi. Ni siquiera sabemos qué fue de ella.

—¿Y ahora?

—Nosotros tres. Luna debería de seguir vivo, pero hace tiempo que le perdí la pista. De hecho hace siglos que todo el mundo le ha perdido la pista, porque cuando se fue dejó claro que no deseaba ser encontrado. La conclánida de la que te hablaba, Jeanette, se marchó hacia el Oeste al poco de establecernos en Nueva Orleans y nunca más hemos vuelto a saber de ella, pero por edad debería de seguir viva y, si no me equivoco, tenía una hija o un hijo cuando se marchó. Ragiswind y Eringard son prácticamente una leyenda; ya eran viejos cuando yo vivía en la Roma de Julio II y creo que se marcharon hacia el norte cuando el Saqueo de Roma, en 1527, porque estaban hartos de guerra y de suciedad. Mucho después me llegaron rumores de que habían tenido contacto con el clan azul en algún lugar del Pacífico, pero ni siquiera sé si es verdad ni si siguen vivos. Me figuro que se cansarían de pasar frío y decidirían

probar en los mares del Sur. ¿Sabes, Nils?, cuando uno empieza a hacerse viejo, necesita que el sol le caliente el corazón.

—¿Tú tienes corazón, viejo? —preguntó Nils, sonriendo, poniéndole una mano en el hombro.

—Llevo tanto tiempo fingiéndolo que he acabado por creérmelo —contestó con una sonrisa pícaro y teatral, que Nils, sin embargo, pareció creer sincera. Los asuntos que afectaban a su corazón eran lo más secreto de la vida de Imre. En eso, ambos se parecían.

En ese momento se abrió la puerta del comedor y Chang dejó entrar a Alix. Los dos hombres se acercaron a recibirla.

—Sé que no digo nada original, niña, pero estás bellísima. —Imre le besó la mano y se la sostuvo durante unos segundos, mirándola a los ojos.

Alix era una mujer alta y delgada, extremadamente elegante y sofisticada, como un galgo o un perro afgano o un caballo árabe. Aparentaba unos veinticinco años, tenía la piel muy pálida, suave, cremosa y perfecta, como el pétalo de una magnolia, y el pelo abundante, liso y negrísimo. Lo llevaba en una melena hasta los hombros, con flequillo, que a veces la hacía parecer una estrella de cine mudo o una imagen de Cleopatra. Esa noche se había colocado también varias extensiones azules y violeta estratégicamente repartidas por la melena. Sus ojos eran de un extraño color índigo, rodeados de largas pestañas, y estaban pesadamente sombreados de kohl. Sus labios rosados, perfectos en forma y tamaño, sonreían raramente.

Era aficionada a las prendas de cuero, pero para la cena en familia había elegido un vestido de cóctel, una especie de túnica corta inspirada en la época del charlestón que ponía de relieve sus largas piernas enfundadas en medias de seda negra, como el vestido en el que brillaban discretamente algunas lentejuelas.

—¿Tú también me encuentras bella, pariente? —preguntó Alix a Nils mientras se acercaba para besarlo en los labios—. Hace siglos que no nos vemos.

—El invierno es frío, el verano cálido, y Alix es bella. Son verdades universales, querida prima.

—¿Nos sentamos?

Se acomodaron alrededor de la mesa, Imre hizo sonar una campanilla de plata y, unos segundos después, entraba Chang empujando un carrito con los *hors d'œuvres*. Alix esperó a que el mayordomo cerrara la puerta tras de sí para contestar.

—Curioso que me llames prima. Más bien somos como los antiguos faraones egipcios. Hermanos y destinados a ser esposos, considerando que no hay nadie más y que, si no queremos que se extinga el clan negro o que el clan rojo nos supere cada vez más en número, deberíamos empezar a pensar seriamente en la cuestión de la descendencia.

—¡Ay, Alix! Otra vez con la cuestión de la descendencia —dijo Nils, con una

mueca de fastidio, metiéndose en la boca un diminuto rollito de verduras—. Precisamente vengo del nacimiento del nuevo miembro del clan rojo. Todo el mundo habla de niños, ¡qué hastío! Y no somos hermanos, por mucha ilusión que te haga sentirte incestuosa y sofisticada. Te recuerdo que nos conocimos hace sólo ochenta años. Por lo demás, no veo la necesidad de procrear entre nosotros.

—Soy la única hembra del clan, descontando a Eringard, que debe de ser ya una auténtica momia si aún vive.

Nils miró a Imre por un segundo. Al parecer Alix nunca había oído hablar de esa conclánida que se marchó de Nueva Orleans con una hija, o hijo, a principios del siglo XIX. Se preguntó si, en el caso de llegar a enterarse, le gustaría la idea de no ser la única mujer del clan. Para la naturaleza luchadora de Alix, tener con quien medirse era fundamental, pero por otro lado su egocentrismo la llevaba a desear ser única y a querer destruir cualquier cosa que pudiera hacerle sombra. Decidió no tematizar el asunto de la posible existencia de otra o incluso otras clánidas negras.

—Hay otros clanes —contestó él en un tono que dejaba bien claro que le gustaría dejar zanjada la cuestión.

—¿Te unirías a alguien de otro clan? —Alix sonaba realmente escandalizada.

—¿Por qué no?

—Porque el clan negro siempre ha sido puro.

Nils se echó a reír.

—¡Qué ingenuidad la tuya, Alix! Como si el clan negro no hubiera producido o al menos intentado producir vástagos mezclándose con otros clanes o incluso con *haito*, como han seguido haciendo los parientes del clan rojo. Descontando que así nos va con esa obsesión de conservar nuestra «pureza». No quedamos más que nosotros tres.

—Dejadlo ya, hijos —intervino Imre, que había estado oyéndolos discutir sin participar, como quien presencia un partido de tenis—. Antes me has dicho que has conocido a alguien del clan blanco. Cuéntanos.

Nils hizo una inspiración, se limpió los labios con la servilleta, esperó a que Chang hubiese terminado de servir la sopa y les hizo un resumen bastante detallado de todo lo que había ocurrido en Villa Lichtenberg hasta la aparición del *urruahk*.

Alix se llevó la mano a la boca.

—Entonces... ¡existen de verdad!

Nils asintió sin palabras.

—¿Y qué quería?

—El mensaje no se expresó con palabras. Era simplemente una prohibición.

—¿Prohibición de qué?

—De estar allí, de estar juntos..., no sé, quizá simplemente de estar. De ser. Quizá se hubieran olvidado de que existimos y de pronto se han dado cuenta de nuestra presencia y han mandado a uno de ellos a advertirnos. Aunque no creo; es una

estupidez. Si fuera ese el caso nos habrían exterminado sin más.

Quedaron en silencio durante un par de minutos en los que sólo se oía el tintineo de las cucharas contra los platos.

—Sigue contando, Nils, por favor —habló Imre por fin.

Nils continuó explicando lo sucedido: su nueva entrada en la casa del clan rojo, cómo se había escondido en la habitación, su sorpresa al reconocer al Shane que estaba llenando la cama de cuchillas, su perplejidad al ver llegar a Lena vestida de blanco y negro, con la ropa manchada de sangre y una expresión de *shock* en el rostro, la aparición del padre de ella, el intento de ambos de salvar a Lena, sus propias heridas, ahora ya curadas, producidas por las cuchillas del Shane y cómo, antes de marcharse, Max le había dicho que ambos pertenecían al clan blanco. Luego les contó cómo se había ocultado junto a la puerta de salida, calculando que quienquiera que tuviese al bebé tendría que salir por allí para ponerse a salvo.

Dudó por un instante si debía contarles la manera en que Lena había conseguido fundirse y atravesar la puerta de madera y acero con el bebé en brazos. Quizá pensarían que estaba mintiendo para justificar su fracaso, pero llegó a la conclusión de que era necesario arriesgarse.

—No es posible, Nils —dijo Alix, apretando los labios como hacía siempre que tenía la sensación de que alguien estaba tratando de burlarse de ella—. Si es una broma, no tiene gracia. Si no lo es, se trata simplemente de que no lo viste bien. La puerta debía de haber quedado entreabierta.

—Sí, claro. Tan abierta que tuve que disparar un cargador para conseguir agujerearla lo bastante como para romperla a patadas y poder salir.

—Pero... —Imre se pasó la servilleta por la boca, como si tratara de ganar tiempo antes de hablar, como si no supiera con claridad qué pensaba decir—. En ese caso..., eso vendría a significar que esa muchacha es... algo..., alguien... especial.

Nils asentía con la cabeza mientras Imre hablaba.

—Pero ¿quién es? ¿De dónde ha salido? ¿Cómo es posible que diga que pertenece al clan blanco? E incluso si fuera hija de uno de los conclánidas de los que no sabemos nada desde mediados del siglo xx o incluso desde antes, eso no explicaría que sea capaz de atravesar puertas cerradas.

—Eso no, pero quizá la explicación nos resulte más fácil de comprender si pensamos que, unos días antes, la aparición del *urruahk* coincidió con la visita de otro ser del que sólo tenemos noticia a través de las leyendas y que, evidentemente, acompañaba a Lena esa noche y fue quien la sacó de allí, no sé cómo, cuando todos estábamos arrastrándonos por el suelo enloquecidos por el *urruahk*.

—¿A quién te refieres? —preguntó Alix con su tono más frío.

—En las leyendas antiguas, que quizá jamás te hayas molestado en escuchar —Nils miraba fijamente a la mujer—, se le llama Sombra.

—¿Sombra? ¿El... Maestro? ¿El... Mentor?

—El mismo.

—Entonces, también según la leyenda, esa muchacha que dice pertenecer al clan blanco estaría destinada a educar al nexo hasta que esté preparado para intentar establecer el contacto —resumió Imre mientras trataba de recordar algo que había dicho el Shane sobre el nexo y el clan rojo. Seguramente que el niño que esperaban, como todos creían, era el que, debidamente entrenado, les permitiría abrir las puertas.

—Algo así —dijo Nils.

—Volvemos a lo mismo, entonces. ¿Quién es ella?

—Es hija de Max Wassermann, un abogado austríaco. Su madre murió hace unos dos años y ahora, a la luz de los últimos acontecimientos, resulta bastante evidente que debía de pertenecer al clan blanco y era una de las desaparecidas voluntarias de las últimas décadas, como nuestros Ragiswind y Eringard, como Luna.

—Sí —casi escupió Alix—, los cobardes que se cansan de sus obligaciones, a quienes ser *karah* les parece una carga y lo tiran todo por la borda sin pensar en el resto de su clan.

Ni Alix ni Nils se habían dado cuenta de que Imre se había puesto pálido de golpe. Hasta sus labios habían perdido el color, y sus ojos se perdían en la nada, más allá del cuadro que cubría la pared del fondo.

Ese nombre, Max Wassermann, había sido como un cuchillo clavado en su espalda. Pensaba que nunca más tendría que volver a oírlo. Le había jurado a Ennis no hacer nada, no investigar, no querer saber nada que tuviera relación con él. Le había jurado darle cien años de distancia, de alejamiento total, el tiempo suficiente para que el maldito *haito* hubiera desaparecido de la superficie de la tierra. Y apenas se habían cumplido veinticinco cuando el odiado nombre reaparecía en su vida y, con él, la noticia más demoledora que pudiera imaginar: había tenido una hija. Una hija que, al parecer, ni siquiera se limitaba a haber heredado los genes *karah* de su madre, sino que, además, se había convertido o se estaba convirtiendo en algo más, en algo que él necesitaría por encima de todo para, una vez reunidas las piezas necesarias —tantas y de tan difícil acceso—, poder atreverse a reunir a los clanes y dar el paso final.

Se pasó la mano por la frente, sin acordarse de que no estaba solo, sin darse cuenta de que, de golpe, la conversación había cesado y sus dos invitados lo miraban con preocupación.

—¿Hay algún problema, Imre? —estaba preguntando Nils.

Sacudió la cabeza lentamente, carraspeando.

—Ninguno. Perdonad. Uno de esos ataques de recuerdos que sin duda ambos conocéis, cuando una cosa lleva a otra y uno se siente de pronto como aplastado por una ola de tiempos pasados contra la que apenas puede intentar seguir a flote, pero ya

pasó. ¿Sabemos dónde está esa muchacha?

Nils negó con la cabeza.

—¿Y el niño?

Volvió a negar.

—Aunque podemos suponer, por pura lógica, que lo tiene el clan blanco —añadió.

—Sin embargo —interrumpió Alix—, me apostaría un millón a que nuestros amigos del clan rojo están seguros de que lo tenemos nosotros. Desde que el clan blanco se ocultó entre los hielos y el clan azul quedó reducido a un puñado de exóticos salvajes marinos, no hay nada que suceda en *karah* que los rojos no piensen que es de nuestra cosecha.

—Nos hemos ganado la fama, querida —sonrió Nils—. Llevamos décadas fastidiándonos unos a otros por pura diversión. Va a ser difícil convencerlos de que esta vez va en serio, que nosotros no tenemos nada que ver con el secuestro...

—Lamentablemente —interrumpió Imre.

—Lamentablemente, sí. Yo hice lo que pude, aunque no bastó. —Continuó la frase que había dejado a medias—: Va a ser difícil convencerlos de que a todos nos conviene recuperar a esa criatura y ponernos a investigar muy en serio si se trata de verdad de algo especial y, en caso de serlo, qué queremos hacer. Y eso es algo que nos afecta a todos, a los cuatro clanes. Incluso sería posible que *haito* se viera afectado, pero, evidentemente, a ellos no vamos a consultarlos.

—¡Faltaría más! —comentó Alix, con una mueca de indignación y desprecio.

—En ese caso —dijo Imre, que parecía haberse repuesto de su ataque de recuerdos—, la prioridad es localizar a la muchacha y averiguar cuál es su papel en el asunto. Si ella está destinada a educar al pequeño, encontrándola a ella lo encontramos a él.

—Me pondré en marcha mañana mismo —dijo Nils de inmediato.

—¿No prefieres descansar unos días? Podría encargarse Alix.

—Yo he fracasado en la misión, Imre. Yo lo arreglaré.

—Como quieras. ¿Tienes idea de adónde dirigirte?

Él se encogió de hombros y les regaló su sonrisa de buen chico.

—Ninguna, pero de aquí a mañana estoy dispuesto a considerar cualquier idea que tengáis vosotros. Consultadlo con la almohada y llamadme.





## Blanco. Negro. Provincia de Ávila (España)

Lasha Rampanya, con su propio nombre y pasaporte indio, había aterrizado en Madrid tres horas atrás, procedente de Nassau, había ido a buscar el todoterreno que había reservado antes de salir de Bahamas y ahora estaba a casi 1400 metros, en el mirador del puerto del Pico, echando un vistazo a los valles que se extendían al sur de la sierra de Gredos, a la calzada romana que serpenteaba hacia abajo, en dirección a Andalucía, a los bosques de pinos a izquierda y derecha, azulándose en la distancia.

Iba vestido con pantalones y botas de *trekking*, y una camiseta blanca de algodón que dejaba ver los músculos de sus brazos. Llevaba la larga melena plateada recogida en una trenza a la espalda y se cubría la cabeza con una gorra azul marino, como cualquier turista o escalador que hubiese decidido acercarse a Gredos a pasar un par de días en estrecho contacto con la naturaleza. Unas gafas de sol ligeras pero muy oscuras protegían sus clarísimos ojos de la potente luz de mediodía.

Hizo una inspiración profunda y relajó los músculos de la cara, lo que en cualquier otra persona habría equivalido a una sonrisa de satisfacción. Hacía tiempo que no se encontraba en un lugar que oliese tan bien. El sol calentaba las rocas y la vegetación, sacando de cada planta lo mejor que tenía dentro, las mejores esencias de las hierbas del monte, del agua de los arroyos, del olor apenas perceptible de algunos animales —ovejas, caballos— que le traían hermosos recuerdos de vidas pasadas.

Había sido una buena elección; seguramente mucho mejor que vivir entre los hielos del norte, pero uno no siempre puede elegir y el descubrimiento de aquel artefacto que aún no habían conseguido comprender los había llevado a tener que alejarse de la compañía humana en lugar de buscar un lugar de retiro como el que lo rodeaba, donde el aire fuera cálido y oliera bien.

Cada clan llevaba su carga.

Consultó de nuevo el mapa antes de continuar su camino. No se fiaba de los navegadores ni le gustaba que una máquina le dijera lo que tenía que hacer, además de que le parecía rastrero el que la máquina conservara memoria de los lugares en los que uno había estado, a menos que uno se molestara en borrar la historia. Mejor un

mapa de papel, mucho mejor.

Lo que él buscaba estaba cerca de un pueblo llamado Candeleda, en la zona de El Raso donde, en tiempos, hubo un castro celta del que le había hablado en su infancia uno de sus conclánidas, a quien probablemente debería llamar su abuelo, si *karah* se preocupara igual que *haito* de recordar los meandros de sus antepasados. Le resultaba curioso pensar que después de más de dos mil años, ahora, por circunstancias, él regresaba a un lugar donde uno de los miembros de su clan vivió una de sus vidas.

Salvo las construcciones y el estilo de las carreteras, nada parecía haber cambiado mucho desde entonces en el paisaje. Probablemente en el siglo II antes de Cristo hubiera sido mucho más verde y más frondoso que ahora, pero por lo demás los colores seguirían siendo los mismos: un cielo inmenso violentamente azul, casi añil a mediodía, el amarillo anaranjado de las tierras altas, el verde tierno en las cañadas y junto a los arroyos. Una delicia para los ojos y para la nariz.

Cruzó varios de los pueblecillos del Valle del Tiétar y, antes de llegar a Candeleda, se desvió por una carretera que subía a su derecha y se iba haciendo más difícil y empinada. Torció varias veces, cogiendo caminos sin señalizar, cada vez más estrechos, hasta que el firme desapareció y la carreterilla asfaltada que iba siguiendo se convirtió en una pista forestal que, al cabo de un par de kilómetros, volvió a internarse en el bosque. La vista era impresionante. Daba la sensación de que, a pesar de estar en el centro de la península Ibérica, se podía ver hasta el mar.

Le habría gustado haber venido por placer, simplemente a pasar unos días en la zona, a olvidar los deberes y las obligaciones, a ser de nuevo un ser natural entre otros seres naturales, a cazar, a pescar, a escalar y caminar por el gozo de hacerlo, a encender una fogata por las noches y tumbarse boca arriba a contar estrellas en un cielo tan negro como el carbón, pero no era posible. Tenía una misión que cumplir y, aunque no era de las peores, tampoco era agradable. Nunca le había gustado suplicar.

Dejó el todoterreno a la sombra de unos pinos, cogió su *bokken* favorito, una arma ligera de madera de *shirokashi*, roble blanco japonés, y su cuchillo de monte; cerró el vehículo y echó a andar con rapidez. No quería presentarse armado, pero tampoco podía ir con las manos desnudas; el *bokken* era un término medio y estaba seguro de que la persona a quien iba a visitar lo comprendería así.

Cruzó un bosquecillo entre el fragor de las cigarras, enloquecidas por el calor de mediodía y se detuvo en la ladera mirando la casita a la que se dirigía: pequeña, en buen estado de conservación, tejado rojo, contraventanas verdes, un huertecillo de verduras, un par de macizos de flores, el bosque de pinos detrás, como arropándola por la espalda, y todo el valle delante, a sus pies, con el espejeo azul de un lago o un pantano en la distancia. Bajo un techado, un todoterreno no muy nuevo pero claramente en buen uso. Un buen lugar para vivir, para ocultarse.

—No está mal mi humilde morada, ¿no es cierto? —dijo una voz detrás de Lasha

—. No os mováis aún. Esa punta fría que quizá sintáis en el cuello es mi espada. Sé que sois bueno con el palito ese que lleváis para pasear por el bosque, pero supongo que si no habéis venido realmente armado es porque queréis conversar conmigo, no matarme. ¿Me equivoco?

—No te equivocas.

—Habéis perdido reflejos, distinguido pariente. No os sienta nada bien vivir en la civilización. ¿O me habéis sentido acercarme y no habéis hecho nada para no herir mis sentimientos?

Lasha se echó a reír y a él mismo le sorprendió su reacción. Hacía mucho que no soltaba una buena carcajada. La punta de la espada se retiró de su cuello y, cuando se le pasó el ataque de risa, se dio la vuelta y miró a su interlocutor.

Estaba casi igual que en su recuerdo, quizá un poco más viejo y más descuidado, pero seguía teniendo ese aire zumbón, mezcla de chulería y elegancia, que aún conservaba a pesar de que hacía ya mucho que no se llevaban las casacas de cuero blando y las camisas de Holanda con volantes en el cuello y encajes en las mangas. Tampoco estaba de moda el pelo ondulado hasta los hombros con raya en medio y el bigote de mosquetero que seguía luciendo, pero su sonrisa era igual de burlona, desafiante y cálida que cuatro siglos atrás.

—¿No te persiguen los niños a pedradas cuando te ven vestido de ese modo?

—Aquí no hay tiernos infantes. Además, me he vestido así en vuestro honor, para que pudierais reconocerme con mayor facilidad.

—¿Me esperabas?

—¿Desde cuándo nos tuteamos? —preguntó, algo picado.

—Desde que estuvieron a punto de colgarnos juntos cuando fuimos a Chambord a recuperar un collar propiedad de mi conclánida, la condesita Isabelle de Montfleury, que podría haberle traído problemas de haber caído en malas manos. Tres siglos después, Alejandro Dumas convirtió una versión de esa historia en una novela famosa, cambiando el reinado. De paso, también me ayudasteis a liberar a Philippe de Clairveaux, que tenía el honor de ocupar temporalmente las mazmorras del rey Francisco. Pero hace tiempo, lo concedo, quizá no lo recordéis.

Ahora fue el otro quien se echó a reír estentóreamente.

—¡Qué tiempos aquellos! Ven conmigo, camarada. Tengo un buen vino al fresco y algo de yantar. ¿Cómo has dado conmigo?

Dejaron las armas en el pequeño vestíbulo de la casa, se quitaron las botas y se instalaron a la mesa en el pequeño cuarto de estar que ocupaba la esquina suroeste y comunicaba con la cocina. Todo era rústico y sencillo; si Lasha cerraba los ojos y no se fijaba en el aparato de radio, podía creer que estaba en otro siglo.

—No ha sido fácil seguirte la pista. Hace demasiado tiempo que desapareciste y no quedaba casi rastro de don Juan de Luna más que en los archivos históricos.

—Justo donde debe estar. Ya no soy don Juan de Luna.

—Lo supongo.

—Igual que tú ya no eres Silber Harrid, el terrible Harrid el Blanco, el más temido de los jefes vikingos. Ni siquiera el gran Fürst Ulrich von Finsterthal, que fue el caballero a quien don Juan ayudó en Chambord, creo recordar. ¿Quién eres ahora, hermano?

—Ahora soy el doctor Lasha Rampanya, glaciólogo.

—¿Estudiaste por fin?

Lasha movió la comisura izquierda en un amago de sonrisa.

—Eran demasiados siglos de acción con poca reflexión. Rectificar es de sabios.

—Yo ya lo hice en el XVIII y el XIX. Desde entonces me he dedicado simplemente a vivir, a ser libre. He cambiado de nombre unas cuantas veces, he cambiado de lugar... lo normal entre *karah*. Ahora me llamo Iker Mendivil. Sólo con oír mi nombre, todo el mundo supone que soy vasco, la mayor parte de la gente piensa que los vascos son raros, que son una especie de raza aparte, y aguantan mucho mejor mis rarezas y mi misantropía. «Es que es vasco...», les oigo decir cuando mi comportamiento no es el que esperan. Me resuelve muchos problemas.

—Y ¿qué haces todo el día?

Iker sonrió mientras colocaba dos copas en la mesa y se movía entre la sala de estar y la cocina trayendo cosas de picar.

—Camino, cazo, pescó, toco el violín, traduzco poemas de amor medievales del alemán a la lengua que me apetece cada vez..., sigo entrenándome con la espada, soy *aikidoka*..., leo mucho..., siempre hay algo que hacer. Pero estoy seguro de que no has venido hasta aquí para asegurarte de que estoy bien y soy feliz. ¿Qué quieres de mí, Ulrich?

Se miraron a los ojos con las copas levantadas y bebieron hasta el fondo, como en otros tiempos en los que los vasos no eran de cristal.

—Quiero saber cuál es tu posición frente a las puertas. Somos de clanes diferentes, lo sé. Sé que no tengo derecho a preguntar, pero una vez fuimos amigos.

—Lo fuimos. Quizá aún lo seamos.

—¡Honor a *karah*! ¡Honor a tu clan!

Luna le obsequió con una leve sonrisa irónica.

—Hacía tiempo que no oía eso. Hacía tiempo que trataba de no recordar que fui *karah*, que pertenezco al clan negro.

—No fuiste *karah* —dijo Lasha enfatizando el «fuiste»—. Sigues siéndolo. No es posible dejar de ser *karah*, por mucho que te escondas. Que nos escondamos.

—Ya. —Volvió a servir dos copas y se metió en la boca un puñado de cacahuetes tostados para ganar unos segundos—. Preguntabas por las puertas...

—¿Crees en ellas?

Luna levantó la vista que había perdido en los círculos húmedos que las copas habían dejado en la superficie de la mesa.

—Sí. Creo en ellas. Lo que no sé es si quiero que existan. Llevamos mucho tiempo olvidándolas, convenciéndonos de que no son más que mitos que *karah* ha inventado al correr de los tiempos para justificar su existencia, para explicar su superioridad. Ya no queda nadie que recuerde si alguna vez fue cierto que existía una puerta que comunicaba con otro mundo, con otra realidad; no quedan ni siquiera mitos que intenten narrar qué había al otro lado, pero yo siempre he temido que el que sea capaz de abrir una puerta que comunica dos existencias, y no me refiero a abrirla una vez que ha sido construida, sino a hacerla, a fabricarla, el que sea capaz de una cosa así... no tiene que ser necesariamente de fiar.

Lasha asintió con la cabeza. Luna continuó.

—Quizá sea mi entrenamiento de guerrero. Cuando yo nací, cuando tú y yo nacimos —se corrigió—, un varón tenía que saber luchar, matar, defender, arriesgarse..., eso marca. Hoy se diría que me he vuelto paranoico. Puede darse el caso de que quienes hayan creado esa puerta sean puros seres angélicos que no quieren más que nuestro bien y se limitan a esperar a que estemos preparados para comunicarnos con ellos..., pero, no sé bien por qué, no me lo creo. Abrir esa puerta sería como sacar el dedo de la jaula para que la bruja vea si hemos engordado ya lo suficiente como para ir calentando el horno.

Lasha dio una palmada sobre la mesa.

—Es justo lo que yo pienso. Y en cuanto a seres angélicos... No hay nada más terrorífico que un ángel, créeme.

—¿Para qué has venido, Lasha, qué quieres de mí?

—¿Recuerdas a la condesita de Montfleury?

—Un caballero jamás olvida a una dama como Isabelle, la dulce Fiordiligi, como la llamaba Philippe. Nunca he visto a un hombre tan enamorado de una mujer.

—Ahora sigue igual de bella, pero es paleoarqueóloga y se llama Emma Uribe. Vive conmigo. —Luna enarcó una ceja—. No como tú piensas, vive conmigo y con Philippe, que ahora es Albert, y con Tanja, a quien nunca llegaste a conocer, en una estación científica cerca del Polo Norte. Ellos dos, Emma y Albert, están convencidos de que ha llegado el momento de intentar abrir la puerta. El clan rojo ha tenido un niño que, según los rumores, podría ser el nexo que todos llevan tantos siglos esperando y además, y eso es lo inquietante, en el mismo momento ha aparecido una muchacha que podría ser su mentora. No me gustan las casualidades, Luna.

—Iker.

—Perdona.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—Yo intenté eliminar a la madre de ese bebé antes de que las cosas llegaran más

lejos, pero fallé. Luego el clan rojo la escondió y ahora el niño está en el mundo. Envié a alguien a matar a la otra muchacha... cerca de aquí, en Madrid.

—¿Y...?

Lasha vació la copa de un trago.

—Tampoco funcionó. —Hizo una pausa, perdiendo la vista en la lejanía—. Sombra la acompaña y la protege.

—¿Sombra existe? —Una sonrisa de admiración se pintó en el rostro de Iker, como si de pronto, sin esperárselo, se hubiera encontrado a la vuelta de un recodo con un castillo de fuegos artificiales. Lasha asintió.

—Lo he sentido yo mismo. Cuando mandé a ese hombre a matar a la chica, yo también andaba cerca.

—Entonces, quizá no sea tan mala idea dejar que sucedan las cosas y ver qué pasa. Si Sombra existe, puede que todo lo demás también sea cierto.

—Y que los monstruos estén esperando detrás de la puerta.

—Sí —afirmó Luna lentamente—, eso también.

En ese momento sonó el timbre de un teléfono y el anfitrión se levantó instantáneamente.

—Perdona. Tengo que cogerlo.

Salió de la cocina antes de contestar y Lasha, por la ventana, lo vio alejarse hasta la valla que limitaba el jardín sujetando el móvil contra la oreja.

Lasha salió también, despacio, como si estuviera simplemente dando una vuelta por el exterior, mientras esperaba a que Luna terminara de hablar, lo bastante lejos de él para no interferir en la conversación. De paso, se acercó durante menos de dos segundos al todoterreno que su antiguo camarada tenía bajo el techado de paja, palmeó la chapa afectuosamente y pegó en el capó un diminuto emisor que le permitiría localizar el coche en toda circunstancia.

Cuando Luna regresó, Lasha había dado casi una vuelta completa a la casa.

—Lo lamento, compañero. Tengo que irme ya mismo.

—Aún no te he dicho exactamente para qué he venido.

—Lo sé, pero ahora no hay tiempo. ¿Cuánto piensas quedarte por la zona?

—Hasta que hablemos y me contestes, pero corre prisa.

—Entonces nos vemos en el castro celta a la salida de la luna.

—¿No te gusta la idea de que nos vean juntos?

—No. Esta es mi vida, Ulrich, y en mi vida de ahora no hay lugar para ti.

Lasha inclinó la cabeza formalmente.

—Lo comprendo y lo acepto.

Luna se quedó a la puerta de la casa hasta que Lasha se perdió en el bosquecillo, y no entró a cambiarse hasta que hubo oído el motor del coche desaparecer en la distancia.



## Lena. Haito. Bangkok (Tailandia)

Lo primero que Lena sintió al salir a la calle nada más llegar al aeropuerto de Bangkok fue el calor pegajoso y la humedad, pero no le parecieron desagradables, ya que siempre le había gustado el verano. Estaba cansada, un poco mareada por la falta de sueño y el *jet-lag*, y a la vez enormemente excitada, como si alguien hubiera tensado todos los nervios de su cuerpo igual que se tensan las cuerdas de una guitarra. Nunca había estado en Asia y, mientras esperaba en la parada del autobús que llevaba a la ciudad, no hacía más que mirar en todas direcciones esperando ver algo realmente exótico que le dejara claro que estaba al otro lado del mundo, pero la mayor parte de las personas que había a su alrededor eran europeos como ella o quizá americanos. Todos parecían agotados, pero casi todos sonreían, seguramente porque casi todos ellos estaban empezando sus vacaciones en Tailandia y eso era suficiente motivo para estar contento.

Se había puesto en la cola del autobús por puro reflejo, pero mirando la cantidad de gente que esperaba también para tomar un taxi, se preguntó cuánto costaría y si valdría la pena. Al fin y al cabo, dinero no le faltaba, y el taxi la dejaría directamente en el barrio donde se encontraba el apartamento misterioso, pero, por otro lado, su madre le había sugerido que llegara al atardecer, cuando las calles estaban llenas de gente y le resultara más fácil pasar desapercibida. No tenía ni idea de cómo hacer tiempo hasta entonces ni de si iba a ser capaz de aguantar tantas horas sin tumbarse un rato.

Llegó el autobús y la fila empezó a moverse. La gente iba colocando como podía las maletas que arrastraba y muy pronto quedó claro que tendría que esperar al siguiente autobús, que era imposible que cupieran todos. Justo cuando le tocaba por fin a ella y se estaba preguntando si aún podría apretujarse de modo que, una vez dentro, las puertas se cerraran a medio centímetro de su espalda, un hombre corpulento le pasó por delante, dándole un empujón con el hombro, se metió a viva fuerza en el autobús y, desde arriba, le regaló una sonrisa de triunfo cuando la puerta se cerró en las narices de ella.

—¡Será cerdo! —gritó sin poderse contener.

Sus compañeros de cola cabecearon dándole la razón o sonriendo para darle ánimos, pero Lena estaba tan furiosa que ya había empezado a intentar alcanzar al hombretón con sus nuevas habilidades mentales, cuando notó que alguien le tiraba de la manga de la chaqueta. Era una chica más o menos de su edad, de pelo corto oscuro y aspecto deportivo.

—Vas al centro, ¿no?

Lena asintió con la cabeza y medio segundo después se dio cuenta de que le había hablado en inglés con acento francés.

—Si quieres venir con nosotros, nos sobra una plaza.

—¿Quiénes son «nosotros»? —preguntó, lanzando la vista por encima del hombro de la chica.

—Aquellos locos de la furgoneta azul.

Unos metros más allá, un pequeño grupo de gente de su edad, chicos y chicas, estaban cargando unas mochilas enormes en una furgoneta de ocho plazas. El conductor tailandés trataba de poner un poco de orden para que cupiera todo el equipaje.

—Vamos a Patpong, a un hostel para jóvenes, ¿te va bien?

Lena sonrió.

—En el fondo me da igual.

—¿Aún no sabes dónde te quedas?

—He quedado para la noche con unos amigos que llegan más tarde y tengo que hacer tiempo hasta entonces.

—Genial. Entonces te vienes con nosotros. ¿Puedes aportar cinco euros?

—Claro.

La otra chica le tendió la mano.

—Soy Anaís, de París.

Por un momento, Lena no supo qué nombre dar. No recordaba con qué pasaporte de los tres que poseía acababa de pasar la frontera.

—Yo soy Alba, española, aunque mi padre es austríaco y soy bilingüe. —Le parecía necesario dar una pequeña explicación para que nadie empezara a hacerse preguntas acerca de su acento.

Llegaron a la furgoneta y Anaís la presentó a toda velocidad, porque el conductor ya les estaba haciendo señas para que se apresuraran.

—Maël y Lily, franceses como yo; Eric, holandés; Gigi, italiano; Alex, español; y Nico, español a medias, como tú. ¿Comprendes por qué hablamos inglés entre nosotros?

Todos se echaron a reír y fueron dándole o chocándole la mano con ciertas dificultades porque ya se habían abrochado el cinturón de seguridad.



—¿Y cómo os habéis venido juntos de vacaciones? —preguntó—. ¿De qué os conocéis? ¿Estabais juntos de Erasmus o algo así?

—No, nada tan «intelectual» —contestó Maël, dejando clara la ironía. Los otros soltaron la carcajada—. Somos *traceurs*.

—¿Sois qué?

—*Traceurs. Yamakasi*. ¿Nunca has oído hablar del *parkour*?

Todos miraban a Lena casi perplejos. Ella les devolvía la mirada sin saber qué decir; le sonaba la palabra, pero no era capaz de ponerla en relación con nada. *Parcours* en francés significa «circuito», «recorrido», pensó.

—¿Es un deporte? —preguntó por fin.

Volvieron a reírse. Sonaron respuestas variadas, tanto «sí», como «no», como «según se mire». Nico, que iba sentado junto al conductor, le pasó un móvil para que pudiera ver un pequeño vídeo.

En el clip se veía a dos chicos que saltaban como monos por un paisaje urbano, dando volteretas, saltando muros, descolgándose por fachadas, trepando, entrando a toda velocidad por ventanucos tan estrechos como sus mismos cuerpos, saltando de balcón en balcón, hasta aterrizar en la hierba de un parque y chocar las manos, con una sonrisa de triunfo.

—Esos somos Alex y yo.

—¡Es... increíble!

—Es lo mejor del mundo —dijo Lily, y esta vez todos asintieron con la cabeza.

—Nos conocimos en un encuentro en París hace tres años y como ahora todos vivimos allí nos entrenamos juntos. Después de mucho ahorrar y con un poco de *sponsoring* que hemos conseguido, hemos decidido participar en este encuentro mundial. Sólo para divertirnos y conocer gente; lo de competir no nos gusta nada y discutimos muchísimo hasta llegar a la conclusión de que valía la pena, por ser en Tailandia —le explicó Anaís, que estaba sentada junto a ella—. ¿Y tú a qué has venido? ¿De vacaciones?

—Sí —mintió, aliviada de que Anaís le hubiera dado la pregunta ya formulada de modo que bastaba con un sí.

—Pues cuando te reúnas con tu gente, si os apetece, podéis venir a vernos a Koh Samui. Va a ser una caña. Dame tu número y te hago una pérdida.

Lena acababa de comprar en el aeropuerto de Múnich un móvil de tarjeta con su pasaporte suizo y ahora se alegraba de haber tomado esa decisión. Habría resultado realmente raro decir que no tenía móvil; aunque siempre podría haber explicado que las llamadas a Europa eran tan caras que había decidido no traérselo a Tailandia. Pero no sería comprensible que tuviera que reunirse con unos amigos y no llevara móvil, de modo que buscó por la mochila que llevaba encima de las piernas y leyó el número.

—Es que es nuevo y aún no me lo sé. Me robaron el mío una semana antes del viaje, figúrate. —Inventar mentiras era un juego que conocía desde su primera infancia y nunca le había parecido ni difícil ni inmoral, más bien al contrario, le hacía sentirse más cerca de su madre, de su mundo.

Poco a poco iban acercándose al centro de la ciudad y Lena se iba dando cuenta de que, efectivamente, estaban en Asia: las casas de madera con gráciles palmeras rodeándolas, las bicicletas por todas partes cargadas hasta los topes, el brillo dorado de las pagodas entrevisto al pasar por avenidas flanqueadas de rascacielos, los cientos de puestos de venta y los carritos de comida, los sombreros de caña con forma de pagoda también, los rostros orientales, y por fin el río, el enorme Chao Phraya, como una perezosa serpiente parda y verdosa atravesando la gigantesca ciudad, salpicado de grandes barcos de carga, elegantes barcos de turistas y cientos de barcas pequeñas muy planas.

—Es precioso —dijo casi para sí misma.

Maël le sonrió, asintiendo. Tenía la cabeza llena de rastas rubias recogidas a la altura de la nuca y una cinta de colores.

Tuvieron apenas un vislumbre del Palacio Real, con sus colores brillantes, verdes, rojos, azules y dorados, y al cabo de muchas calles llenas de un tráfico increíblemente paciente —nadie parecía demasiado molesto si había que esperar un poco porque un hombre había decidido cambiar de acera empujando un carro lleno de cosas comestibles— llegaron a un barrio que el chófer identificó como Patpong, y un par de minutos después frenaban delante de un hostel.

Bajaron sus equipajes, cruzaron un pequeño jardín interior, casi un patio, lleno de cocoteros, hibiscos y orquídeas, y, siguiendo a una señora tailandesa, pequeña y grácil, llegaron a una habitación con ocho colchones en marcos de bambú, a apenas diez o doce centímetros del suelo. Las ventanas estaban abiertas para dejar pasar una brisa que, de momento, era inexistente, y a pesar de que en la parte exterior habían visto los cajones metálicos del aire acondicionado, en la habitación había unos cuarenta grados.

—*No cool air* —dijo la mujer, sonriendo como si les estuviera dando una buena noticia—. *Not working.*

El baño, común, estaba en el pasillo y consistía en dos cabinas de váter y una ducha muy grande donde dos o tres personas podían ducharse a la vez, siempre que se conocieran lo bastante o que no tuvieran nada en contra de conocer bajo el agua a varios desconocidos.

—*Seven* —dijo la mujer sin dejar de sonreír—; *no eight. Booking for seven.*

Lena sacó la cartera y le mostró sus dólares.

—*I can pay.*

—*Okay.*

—¿Te quedas con nosotros? —preguntó Lily.

—Sólo de momento, si no os importa, simplemente para tener derecho a estar aquí. Creo que necesito tumbarme antes de que me dé un pasmo.

—¡Pues claro que puedes quedarte! —dijo Maël.

—Un momento. —Anaís miró a Lena como disculpándose—. Yo también estoy a favor de que se quede el tiempo que quiera, Maël, pero nos pusimos de acuerdo en que las decisiones que afecten al grupo se toman en grupo. ¿Quién está a favor de que se quede Lena?

Todos levantaron la mano, salvo Gigi que se limitó a encogerse de hombros.

—Gracias —dijo Lena.

Las tres chicas entraron juntas en la ducha y cinco minutos después estaban tumbadas en los colchones y casi dormidas a pesar de la luz que entraba por las ventanas. Lena pensó por un momento que era una auténtica temeridad dormirse junto a aquellos desconocidos, pero estaba demasiado cansada para cambiar de opinión, de modo que metió sus pertenencias más preciadas en la mochila y se la puso de almohada, esperando que nadie se sintiera ofendido por la desconfianza. Luego, casi de inmediato, se durmió.



## Blanco. Negro. Provincia de Ávila (España)

La noche era dulce en la colina del castro celta. El cielo, aún negro, estaba lleno de estrellas que titilaban como si hablaran una lengua hecha de guiños y destellos para quien pudiera comprenderla; los grillos cantaban su eterna canción y el suelo estaba aún caliente del sol que había estado todo el día calcinando la roca sobre la que se había sentado a esperar.

Inspiró hondo y, al espirar, tuvo la sensación de que parte del peso que le había oprimido el pecho en los últimos tiempos, se liberaba y se perdía en el aire nocturno. Comprendía muy bien que Luna hubiera decidido instalarse en aquellos valles; es lo que él debería hacer también, en lugar de seguir obcecado en impedir que alguien de los clanes llegase por fin a averiguar cuáles eran los pasos necesarios para intentar abrir la puerta que llevaba a ese hipotético mundo original del que *karah* procedía.

Estaba cansado, pero no tenía más remedio que continuar lo que había comenzado tanto tiempo atrás. Cuando lograra eliminar a la muchacha y al niño, se tomaría un buen descanso. Quizá luego, en el tiempo que le quedara de vida, ya no volviera a ser necesario; entonces el peso de los secretos recaería sobre otros hombros más jóvenes, más fuertes. El problema era que no se le ocurría qué hombros podrían ser. Con Ennis había desaparecido el miembro más joven del clan blanco y ella, de todas formas, no servía, no era más que una mediasangre, bastarda de Albert y una *haito* desconocida. Y ninguno de los que quedaban estaba en posición de procrear, así que la misión de mantener las puertas cerradas tendría que recaer en un miembro de otro clan y esa sería la tarea que tendría que emprender en cuanto la primera estuviese solucionada: encontrar a un sucesor. Luna no servía; era casi tan viejo como él. Y su hija..., si era su hija la muchacha que había visto unas horas antes..., ¿podría convencerla?

Era una chica joven, de unos dieciocho o diecinueve años a juzgar por el aspecto, delgada, de largo pelo ondulado castaño rojizo, y nada más bajarse del autobús que la había traído desde Madrid, se había abrazado a Luna sollozando. Tenía que ser su hija. Él había visto con toda claridad, desde el bar de la acera de enfrente de la estación de autobuses, esa mirada protectora de Luna, esa forma de rodearla con el

brazo como para defenderla del mundo. Pero si Luna era su padre, ¿quién era la madre? ¿También una mujer del clan negro? Los miembros del clan negro no se mezclaban con *haito*...

En cualquier caso, era una casualidad magnífica. Si Luna tenía una hija o una persona que le importaba, cualquiera que fuese el parentesco, sería más fácil de manejar. De alguna manera tendría que conseguir separar a la muchacha de su antiguo hermano de armas y, con una excusa plausible, llevarla a su propio terreno. Lo ideal sería la isla de la Rosa de Luz, un lugar del que le resultaría imposible salir por sus propios medios.

A don Juan de Luna nunca le había importado nadie y eso lo había hecho inmune a todo tipo de presión o chantaje. Pero las cosas habían cambiado, por lo que parecía. Ahora Iker Mendivil sí que quería a alguien. Y el amor volvía débil.

No oyó ningún ruido, ni siquiera el leve crujido de una rama. Simplemente el aire se desplazó a su espalda y de repente Luna estaba a su lado, con la cadera apoyada en la enorme piedra aún caliente del sol. El filo plateado de la luna remontaba el horizonte a su izquierda.

—¡Qué puntualidad, don Juan! —bromeó Lasha—. Hacía siglos que nadie me citaba a la antigua.

—No me gustan los inventos modernos.

—¿Te refieres al reloj?

Luna sonrió y no dijo nada.

—¿Tienes aún la fuerza de transformarte? —preguntó Lasha, dejando aparte las bromas.

—No lo sé. Hace mucho que no lo intento; no me hace falta aquí. La verdad es que no me importa envejecer exteriormente.

—¿Cuánto crees que tardarías en rejuvenecer por fuera unos veinte o veinticinco años hasta tener el aspecto de un chico de unos veinte?

Luna lanzó un silbido.

—Ni idea. Sobre una semana, quizá.

—Pues empieza esta misma noche. Yo he empezado esta tarde.

—¿Esta tarde? ¿Después de haberme visto con Jara?

Lasha soltó una risilla.

—Llevo tanto tiempo midiéndome sólo con *haito* que he olvidado lo finos que son los sentidos de *karah*. Es tu hija, ¿verdad?

Luna suspiró.

—No la metas en esto, Ulrich.

—¿Quién es la madre?

—Jara es una muchacha maravillosa pero no es más que *haito*. No te concierne.

—¿*Haito*?

—Su madre fue mi esposa. No tuvimos hijos. Jara es hija del primer matrimonio de ella. Yo la he criado desde que tenía tres meses y, desde que Analía murió, la he educado yo solo. A todos los efectos es mi hija, pero no sabe nada de mí ni de *karah*. —Luna hablaba a regañadientes, con frases cortantes que sólo daban la información esencial.

—¿No la has... alimentado nunca?

—Jamás. ¡Por Júpiter, Ulrich, aún no tiene diecinueve años! ¿Qué necesidad tiene una criatura así de recibir mi sangre maldita? Jara es inocente, hermosa...

—*Haito* —lo interrumpió Lasha.

—Eso no importa.

—Importa mucho y tú lo sabes. No es más que un animal, por mucho que la quieras; y dentro de un parpadeo, cuando tú aún estés pensando en cuál va a ser tu próximo nombre y tu próxima vida, ella habrá muerto, Luna. Lo sabes perfectamente.

Hubo un largo silencio punteado por el cri-cri de los grillos y el susurro del viento entre las hojas.

—Se me ha ocurrido un plan para acercarnos a nuestro objetivo y neutralizarlo. —Lasha hablaba suavemente, con su voz grave y persuasiva de Ulrich von Finsterthal—. Pero para eso necesito que ambos volvamos a parecer muchachos jóvenes y también sería necesaria una chica de su edad, de total confianza. No tiene que saber nada de lo que pretendemos; sólo acercarse a Aliena y decirnos dónde están en cada momento. O bien llevar un emisor sin siquiera saberlo, de modo que nosotros sí podamos saber dónde están ellas. Entonces Jara se alejaría de Aliena y apareceríamos nosotros. Así de simple.

—No.

—No habría ningún peligro para Jara. Además, por su forma de llorar de hoy, yo diría que se alegrará de tener una excusa para alejarse de aquí. ¿Penas de amor?

Luna se limitó a resoplar por la nariz, como un caballo.

—Ya aprenderá. Pero le vendría bien hacer un viaje; ese ha sido siempre el mejor antídoto contra el dolor de corazón.

—¿Adónde?

—No lo sé con seguridad, pero puedo figurarme que Aliena ha ido a buscar al clan azul.

—¿Oceanía, entonces?

—Aún hablas a la antigua, amigo. Sí, eso es. Algún lugar del Pacífico. Aunque también podría tratarse del Caribe. Me han llegado ciertos rumores. Me informaré.

Hubo otro silencio, tenso. La luna seguía subiendo, como ingrávida, en un cielo sin nubes, desplazando las estrellas en la estela de su luz de plata.

—Si arreglas la ayuda de Jara, te prometo que nunca se enterará de quién eres, que nunca oirá hablar de *karah* y podrá volver con toda tranquilidad a su vida normal.

—Y ¿si me sigo negando?

—Entonces le contaré muchas cosas que debería saber. Sabrá, por ejemplo, quién es realmente su padre.

—No te creerá. O le dará igual. Jara me quiere por encima de todo.

—¿No le importará que le hayas mentido toda la vida?

—Esto no es una película americana.

—Piénsalo. Si aceptas, no serán más de dos semanas; luego puedes volver a enterrarte aquí sin que nadie se haya enterado de nada. Para ella serán unas vacaciones; para ti, un pequeño regreso a los viejos tiempos. ¿No estás harto de estar aquí metido, sin nada que hacer? Sería volver a cazar, volver a luchar..., hacer algo que importa, Luna. Recuerda: primero es *karah*.

—No sé. No me gusta la idea de implicar a Jara.

Lasha sabía que había ganado. Desde el principio había contado, más que nada, con que Luna siguiera conservando algo de su antiguo carácter intrépido, con que llevara un par de siglos de aburrimiento y siguiera dejándose tentar para meterse en un buen lío de vez en cuando. Eso lo había conseguido. Lo de que tuviera una hija de la edad adecuada había sido sencillamente un extraordinario golpe de suerte.

—En cuanto consiga hacerme una idea de adónde vamos, voy a visitaros y le cuento a tu hija una historia plausible.

—¿Por qué no me la cuentas ahora a mí?

—Porque quiero que para ti también sea nueva. Nunca has sido muy buen actor.

—Extendió la mano hacia Luna—. ¿Trato hecho?

—Primero es *karah* —dijo Luna en voz ronca—. ¡Honor a *karah*!

—¡Honor a tu clan! —terminó Ulrich.

Se estrecharon los antebrazos a la romana, mirándose a los ojos bajo la luz plateada de la noche.

Luego brilló la hoja de un cuchillo entre ambos y las sangres del clan blanco y del clan negro se unieron un instante y cayeron sobre la tierra reseca, que las bebió con avidez.



## Negro. Shanghai (China)

Miss Fu le entregó un sobre violentamente rojo en una pequeña bandeja de plata y se quedó de pie frente a su mesa, con las manos serenamente cruzadas sobre la falda de seda negra, esperando por si la carta requería respuesta urgente. Tenía los ojos bajos y su mirada se perdía en las volutas de la hermosa alfombra china, que mostraba la lucha de dos gigantescos dragones cubiertos de escamas verdes y azules sobre un rico fondo amarillo.

—¿Quién ha entregado esto? —preguntó el Presidente.

—Un recadero del servicio habitual, señor.

—Entonces es que no espera respuesta. Puede seguir con su trabajo, Fu. La llamaré si necesito algo más.

Esperó unos instantes hasta encontrarse de nuevo solo y rasgó el sobre. Dentro no había más que el nombre de una ciudad escrito en blanco sobre fondo escarlata. En el rostro de Keller se dibujó una sonrisa; levantó el teléfono pensando en el Shane, complacido a su pesar; siempre había sido un zorro, un zorro muy rápido, además.

—Miss Fu, póngame con el señor Nils Olafson. Si no contesta, siga insistiendo.

Sus muchos años le habían enseñado no sólo a tener paciencia, sino a confiar en la casualidad y en el trabajo de los demás. No había nadie en el planeta que tuviese más interés que el *mahawk* del clan rojo en localizar a la muchacha que les había robado a su nuevo miembro; por tanto no había nada más efectivo que esperar a que él se pusiera en contacto y le suministrara la información que todos necesitaban para encontrar al nexo. Al fin y al cabo, en esos momentos jugaban en el mismo equipo.

—¿Imre? ¿Querías hablarme? —La voz de Nils sonaba ligeramente sorprendida, como si no hubiera esperado una llamada del Presidente antes de marcharse de Shanghai.

—Esta vez no va a ser tan largo el viaje —dijo Imre, sonriendo.

—¿Sabes dónde está? ¿La has localizado? —Le encantaba oír el tono de admiración que acababa de usar Nils—. ¿Cómo?

—Tengo mis fuentes, querido. Podría ser una información falsa, pero me inclino a



pensar que es cierta.

—¿Dónde?

—Bangkok.

—Hermosa ciudad. Algo grande, eso sí. ¿Sabemos algo más?

—De momento, no.

—Te tendré informado.

—Buen vuelo, joven halcón.

—Gracias, Presidente.



## Lena. Bangkok (Tailandia)

Cuando Lena llegó a la zona de Silom, donde debía de estar el apartamento, eran ya las nueve de la noche y, efectivamente, las calles estaban llenas de gente, extranjeros en su mayoría, en busca de copias de marcas famosas a precios tirados o de diversiones nocturnas también a buen precio.

Le había costado un poco deshacerse de sus nuevos amigos que querían acompañarla para que no tuviera que ir sola de noche en una ciudad como Bangkok, y al final había tenido que inventarse otra mentira para convencerlos. Les había dicho que tenía que encontrarse con una pareja de amigos y quizá con su novio, pero de eso no estaba segura porque se habían peleado seriamente unos días antes del viaje y cabía en lo posible que él no quisiera verla o incluso que hubiera cambiado el billete y en lugar de estar en Bangkok se hubiera ido a otra parte. Por eso prefería ir sola. Ya los llamaría y les explicaría qué planes tenía para las próximas semanas.

Maël le había lanzado una mirada curiosa, pero por fortuna no había dicho nada. No le apetecía tener que pensar en nadie más de momento; su vida ya era lo bastante complicada con todo lo que le estaba pasando. Y con Daniel y Lenny (Lenny que era Nils y pertenecía al clan negro), lo último que necesitaba ahora era que alguien más, por muy simpático que fuera, se interesara también por ella.

Los olores del mercado eran casi insoportablemente fuertes. Ya había comido algo con el grupo de *traceurs* y los efluvios de los mil curries que la rodeaban eran casi un ataque físico; todo el mundo a su alrededor estaba comiendo o cocinando algo a la luz de las farolas del alumbrado público y de las lámparas amarillentas colgadas de todos los carritos que flanqueaban la calle. En los bajos de casi todas las casas había salones de masajes, iluminados con una luz fluorescente muy blanca que contrastaba con la anaranjada de la calle, y docenas de jóvenes tailandesas esperaban clientes de ambos sexos para masajearles los pies y las espaldas. En muchos de los sillones, que le recordaban a los antiguos de las barberías, los extranjeros contemplaban el tráfico y el ir y venir de la gente mientras una muchacha arrodillada frente a ellos les daba masaje en los pies, destrozados de todo el día de andar de

pagoda en pagoda.

Los puestos del famoso mercado nocturno de Patpong ofrecían toda clase de mercancías, desde recuerdos de dudoso gusto hasta copias de bolsos de grandes marcas, camisetas, estilográficas, móviles, cámaras... Todo falso y brillante para deleite de los turistas que regateaban enardecidamente en un inglés tan macarrónico que apenas si resultaba reconocible.

A su paso, tailandeses flaquitos y sonrientes iban ofreciéndole todo tipo de servicios sexuales señalando hacia las callejas que, oscuras y salpicadas de lucecitas de colores, se abrían a izquierda y derecha de la calle principal.

*Ping-pong pussy, ofrecían, young boys, beautiful girls, all colours, golden rain, striptease, transformers, come lady, come, great boys; what do you want?,* preguntaban sin perder la sonrisa, *what do you want? I have everything, tell me what you want.*

Lena, como le habían enseñado sus padres a lo largo de sus viajes, se limitaba a ignorarlos y, cuando se ponían realmente pesados o intentaban agarrarla del brazo, se volvía hacia ellos sin un mínimo asomo de sonrisa y decía «no» del modo más claro y desagradable posible, mirándolos a los ojos. Normalmente eso bastaba, pero estaba empezando a pensar que habría preferido que la hubieran acompañado los *yamakasi*; no parecía haber muchas chicas extranjeras, jóvenes y solas por la zona. Los hombres solos sí abundaban, parados delante de los locales que ofrecían *ping-pong pussy* y *striptease*, discutiendo precios con los *pushers* o mirando, como en una feria de ganado, a las chicas sudorosas que habían salido de los locales nocturnos a fumar o a refrescarse un poco antes de volver al trabajo. Unas llevaban vestidos ajustados de seda, al estilo oriental, con largos cortes en el costado para mostrar la pierna, y el pelo recogido y adornado con orquídeas; otras iban vestidas de muñeca tirolesa con pelucas de trenzas rubias enmarcando un rostro asiático, o de princesa, con enormes faldas de tul en colores pastel y grandes escotes cubiertos con collares de diamantes falsos. Todas parecían cansadas y sólo sonreían cuando un posible cliente las miraba con interés.

Al cabo de unos minutos de andar abriéndose paso por el mercado nocturno y de haber dicho «no» cientos de veces, la misma calle la llevó frente a un restaurante muy bien iluminado, con un delicioso jardín tropical, y el rótulo «The Mango Tree» destellando en la noche.

Se quedó un momento parada, orientándose, y se dirigió a la izquierda, buscando la dirección que ya había investigado en Internet. Si el número medio borrado que había junto a la puerta no mentía, el apartamento que buscaba debía de encontrarse en el bloque amarillento que tenía enfrente, de modo que sacó las llaves de la cinta azul del bolsillo delantero del pantalón, donde las había puesto para no tener que ponerse a rebuscar por la mochila en medio de la calle, y se acercó al portal. Un mendigo

dormía atravesado en el umbral de la casa. Lena se inclinó por encima de él notando el olor a alcohol y suciedad que emanaba de su cuerpo, dio la vuelta a la llave y saltó por encima del hombre, que no se movió un centímetro. La escalera era estrecha y estaba oscura porque casi todas las bombillas estaban rotas, pero la luz anaranjada de la calle se filtraba a través de las ventanas que había en cada descansillo y, una vez acostumbrados los ojos a la falta de luz, todos los contornos eran visibles, como en una fotografía de tonos sepia.

El apartamento número siete estaba en el tercer piso. La llave era la correcta.

Por un instante estuvo tentada de dar la vuelta y marcharse al hostel donde sus nuevos amigos estarían reunidos en el jardín, charlando o jugando a las cartas, pero no era posible; tenía que quedarse allí hasta que la descubrieran y pasara algo.

Encontró un interruptor, encendió la luz y se quedó de piedra. La cutrez del edificio le había hecho esperar un interior decrepito, lleno de trastos viejos, humedad y cucarachas, y ya se estaba preparando para soportarlo cuando la luz iluminó un apartamento pequeño pero perfectamente limpio y amueblado con muebles de teca y bambú, y batiks tailandeses en blanco y marrón con toques azules. La impresión de que se trataba de un territorio de Bianca no era tan intensa como en el piso de París, pero Lena había reconocido el toque de su madre en más de la mitad de los objetos y en la distribución de los muebles. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella, agradecida por haber llegado a un lugar que podría convertirse en un sucedáneo de hogar durante el tiempo que le tocara vivir en él. Llevaba demasiado tiempo en hoteles y la posibilidad de tener un lugar sólo para ella la hacía sentirse más relajada y casi feliz.

Dejó la mochila en el suelo, cerró la puerta con todos los cerrojos y fue a investigar a la zona de la cocina, que era sólo una parte de la salita. Había latas, leche de larga conservación, pasta y paquetes de comida precocinada, todos aún en fecha de uso. Al día siguiente saldría a comprar verdura y fruta fresca y se pondría cómoda en el piso esperando a su contacto. Lo que pasaría después era algo que ya no podía imaginar.



## Negro. Shanghai (China)

Aún no había salido el sol cuando un chófer de la compañía le abrió la puerta de la limusina que lo llevaría al aeropuerto. En el interior del coche, los ojos de Alix destellaron ante la expresión de Nils que, por un instante, pareció querer bajarse de nuevo al verla allí.

—¿A qué debo esta maravillosa sorpresa? —preguntó, en vez de decir: «¿Qué rayos haces tú aquí?».

—*Surprise, surprise!* —exclamó ella, traviesa, agitando los dedos como si fueran campanillas—. Quería hablar otra vez contigo sin que Imre se entere de todo —explicó poniéndose seria y bajando la voz—, y como te vas y no sé cuándo vuelves...

—Por supuesto. Dime.

Alix sabía perfectamente lo que quería decirle, pero, como le pasaba tantas veces, la misma presencia de Nils la dejaba sin palabras, y más cuando adquiría otro aspecto, cuando se convertía en un tipo de hombre que le resultaba repugnante.

—¿Se puede saber por qué has decidido disfrazarte de niño? —Como siempre que estaba molesta, sonaba como una vieja maestra solterona.

—No estoy disfrazado de niño. Según mi pasaporte y mi aspecto, como puedes ver, tengo veinte años cumplidos en enero. Para lo que tengo que hacer es la edad adecuada.

—A mí me gustas más cuando tienes treinta y tantos, o incluso cuarenta y tantos.

Nils se encogió de hombros y miró hacia afuera, hacia el paisaje de rascacielos, ahora casi todos apagados, que recortaban su silueta contra el cielo del amanecer, de un rosa violento.

—¿Puedo hablarte claro? —continuó Alix.

—Te lo agradecería.

—Quiero tener un hijo. Necesito desesperadamente tener un hijo para el clan negro antes de que sea demasiado tarde. Y sólo puedo tenerlo... —Soltó una corta carcajada intempestiva que sonó como un ladrido—. Más bien «intentar» tenerlo contigo. No hay nadie más, y tú lo sabes. Ya me gustaría tener otra opción —dijo

bajando la voz y evitando mirarlo—, para no tener que humillarme de este modo, pero no hay salida. Está claro que tú, por lo que sea, no quieres ni siquiera intentarlo. No sé ni quiero saber si se trata de que te doy asco o si tienes motivos más filosóficos, no me importa. No, déjame acabar —dijo al darse cuenta de que Nils pensaba contradecirla caballerosamente—. Dime qué quieres a cambio. Estoy dispuesta a darte lo que quieras; cualquier cosa que me pidas. Sería bueno para todos, Nils, para el clan, para mí, yo creo que incluso para ti podría ser una gran cosa. ¡Nos estamos extinguiendo, maldita sea! ¿Es que te da igual?

El primer filo de sol asomó por el horizonte y, de repente, el interior del coche se inundó de una luz dorado-rojiza que permitía ver los mínimos detalles de los objetos como si estuvieran bajo una lupa. Nils se puso las gafas de sol que llevaba en el bolsillo y se quedó mirando la perfección de la piel de Alix, sin rastro de arrugas en torno a los ojos, la turgencia de los labios, la firmeza de su pecho que se adivinaba bajo la blusa negra semitransparente que llevaba puesta. Era bellísima.

Y le daba un asco insoportable.

—Te prometo pensarlo, Alix —dijo, tratando de que ella no notara lo que sentía—. Quizá tengas razón y el clan negro necesite realmente un nuevo miembro. Te daré mi respuesta al volver, ¿de acuerdo?

Ella se mordió los labios, sintiéndose más humillada que en todos los días de su vida, pensando lo idiota que resultaba que quien le hablaba así fuera alguien que cualquier observador externo consideraría un adolescente, y que además de él dependiera la supervivencia del clan: ...pero no debía enfurecerse ni insultarlo. No era recomendable darle una justificación para que se negara a ayudarla, de manera que suspiró, se forzó a sonreír y le apretó la mano cariñosamente.

—Gracias, Nils. Esperaré.



## Blanco. Negro. Haito. Provincia de Ávila (España)

La mirada de Jara iba de su padre al amigo de su padre, como en un partido de tenis, mientras se comía la ensalada que había pedido y ellos hablaban de recuerdos de cuando, al parecer, habían participado en el rodaje de una película de capa y espada. Le extrañaba que su padre nunca le hubiese hablado de ello, pero Ulli —el amigo se llamaba Ulrich, pero prefería que lo llamasen Ulli— decía que era simplemente por timidez y porque ahora, después de tantos años, le parecía poco serio y no había querido que su hija supiera que él también había hecho locuras a los veinte años.

Era un tipo un poco raro: alto y enorme, con unas espaldas anchísimas y unos músculos prominentes que, sin embargo, no parecían de gimnasio, el pelo largo y plateado recogido en una trenza y la piel ligeramente bronceada, aunque muy pálida de natural. Sus ojos eran casi transparentes y, a pesar de sus frecuentes risas y sonrisas, daban escalofríos; si un cuchillo tuviera ojos, serían así.

Jara se reprendió en cuanto lo hubo pensado. Últimamente, y sobre todo desde que Víctor había cortado con ella, tendía a pensar mal de todo el mundo y a ver crueldades por todas partes. El pobre hombre estaba haciendo lo posible por ser simpático y procurar que ella no se aburriera en su compañía, así que lo mejor sería colaborar.

—¿Tienes hijos? —preguntó, para darle conversación.

Él negó con la cabeza porque en ese momento tenía la boca llena de cordero a la miel.

—Nunca he tenido tiempo —dijo cuando pudo hablar—. Pero tengo una sobrina que me lleva a maltraer.

—¿Por qué? —La pregunta anterior había sido de pura cortesía, pero ahora sí le interesaba la respuesta.

—Es hija de una hermana divorciada a la que hace bastante que no veo, pero desde siempre, cuando hay algún problema con la niña, me llama y entre los dos buscamos una solución. O sea que, hasta cierto punto, he hecho de padre, aunque a distancia. Ahora resulta que se ha largado por ahí, ella sola y sin decirle nada a mi

hermana. Está preocupadísima, como os podéis imaginar, pero al parecer es que se ha peleado con el novio, o él ha cortado, no lo sé bien, y ella, por pura rabia, ha cogido el primer avión y se ha ido. Y ahora, según mi hermana, como ella no puede dejar el trabajo y yo estoy de vacaciones, debería ir a buscarla. ¡Y ni siquiera sabemos dónde está! En Tailandia o en el Caribe, al parecer. Hay que estar muy mal de la olla para pedirme que me vaya por el mundo a buscar así, sin más.

—Sí, la verdad es que sí —dijo Jara—. ¿Cuántos años tiene?

—¿Mi hermana?

—Tu sobrina.

—Dieciocho, cerca de diecinueve, si no recuerdo mal.

—O sea, que es mayor de edad.

—Claro. Si no, no habría podido salir de Europa sola.

Siguieron comiendo unos momentos en silencio.

—¡Si al menos estuviera con una amiga! —dijo Ulli—. Siendo dos ya no es lo mismo. ¡Oye! ¿Tú no te animarías a ir?

Jara lo miró como si se hubiera vuelto loco y en seguida miró a su padre que, para su enorme sorpresa, no estaba escandalizado como sería lo normal, sino que tenía una expresión bastante neutra.

—¿Adónde quieres ir a parar, Ulrich? —estaba preguntando en ese momento.

—Si Jara estuviera dispuesta, yo correría con todos los gastos. Estoy seguro de que dentro de uno o dos días, Lena, mi sobrina se llama Lena, le mandará a su madre un SMS o un *mail* y le dirá dónde está, la conozco. Entonces tú ya no irías a ciegas. — Se volvió hacia Jara, sonriente—. Vas allí, dices que vas de parte de su madre, os hacéis amigas y te pasas unas vacaciones estupendas a mi costa, ahorrándome a mí, de paso, el horror de tener que perderme los primeros días libres que me he tomado en años. ¿Qué dices?

—Pero..., pero —balbuceó Jara—. ¿Para qué voy a ir?

—Para tranquilizarnos a todos y para que Lena tenga una buena influencia.

—¿Cómo sabes que soy una buena influencia?

—Tu padre me ha hablado mucho de ti. —Bajó la voz—. Y sé que en estos momentos..., en fin..., que a ti tampoco te vendría mal irte una temporada. ¿Me equivoco?

Jara miró a su padre, perpleja. No podía creerse que le hubiera contado a aquel tipo, por muy amigos que hubieran sido treinta años atrás, sus problemas sentimentales. Su padre no era así, no había sido así jamás.

Lasha observaba a Jara y casi podía seguir el hilo de sus pensamientos. Estaba desagradablemente sorprendida de que Luna se hubiera ido de la lengua. Era una muchacha muy bonita, con un rostro muy expresivo en el que se marcaba cada sentimiento, cada pensamiento y reacción con toda claridad.



—Le he contado a Ulrich que estás harta de la universidad y que no estás segura de que la carrera que has elegido sea la mejor para ti; que estabas pensando en volver de Madrid y pasarte aquí una temporada hasta que tomes una decisión. Perdona si he dicho demasiado, hija.

Jara sonrió, aliviada. Era una mentira perfectamente plausible la que su padre le había soltado a Ulli y no le había dicho nada de sus penas de amor.

—¿Qué? —insistió—. ¿Te animarías?

—No sé, Ulli. Tengo que pensarlo y hablarlo con papá.

—Bien, bien. Así damos tiempo a la cabeza loca de mi sobrina de ponerse en contacto con su madre y decirnos exactamente dónde está, porque tampoco se trata de que vayas buscando a ciegas. A ver, ¿quién quiere postre?

Les trajeron de nuevo la carta y Lasha se relajó en el sillón mientras los otros dos elegían. Estaba seguro de que acabaría por aceptar. Miró a la muchacha tratando de descubrir en su aspecto algo que pudiera darle una pista de si Luna le había mentado al decirle que era sólo *haito*. Tenía el pelo largo, rizado, teñido de un rojizo que sólo a la luz del sol resultaría llamativo, los ojos alegres y expresivos, muy oscuros, las facciones regulares y las orejas pequeñas y bien formadas. Podría ser parcialmente *karah*. Incluso se parecía algo a Luna, en los gestos especialmente, pero eso podía deberse a los años que habían pasado juntos, a su educación. Suspiró como si le costara decidirse respecto al postre. Ya lo averiguaría.

Igual que había averiguado el paradero de Lena; había sido ridículamente fácil. Se había limitado a ponerse en contacto con Albert y había fingido un acto de contrición. Le había dicho que llevaba un tiempo por Europa recogiendo información sobre esos rumores respecto al nexo y al nuevo miembro del clan rojo y que llamaba para saber si ellos podían aportar algo, ya que estaba empezando a sentirse dispuesto a aceptar que quizá las leyendas de los clanes pudieran ser algo más que simples cuentos de viejas.

Albert, encantado de que Lasha estuviera dispuesto a cambiar de opinión, le había contado todo lo que sabía, que era mucho, incluyendo que el clan blanco había conseguido apoderarse del bebé del clan rojo, el posible nexo, y que Lena, su mentora cuando terminase su educación con Sombra, se ocultaba probablemente en Bangkok, donde esperaba ponerse en contacto con el clan azul. Hasta había podido conseguir su número de móvil.

Había sido la llamada más productiva de toda su vida, desde la invención del teléfono.

Lo más probable era que Emma, cuando Albert se lo contara, tuviera sus dudas respecto al súbito cambio de opinión de su conclánida, pero ya no se podía hacer nada. Emma nunca había confiado plenamente en él, con toda la razón, tenía que admitirlo; precisamente por eso él no la había llamado a ella para preguntar, sino que

se había puesto en contacto con Albert.

Por supuesto, no le había dicho a Luna que sabía con toda seguridad que Aliena Wassermann estaba en Bangkok.

Al contrario, pronto le diría que Lena se había metido en una secta rara en el Caribe, que su madre estaba desesperada y que era fundamental que Jara fuera cuanto antes a esa isla para ver qué estaba haciendo Lena.

Mientras tanto contactaría con Andrade, le diría que iba a recibir una postulante muy especial, una postulante que había sido atraída por el mismísimo ángel Aiel y en la que el Ejecutor tenía gran interés. Con eso, Jara tendría un estatus especial en la comunidad, Andrade se abstendría de intentar llevarla a su cama, lo que tranquilizaría a Luna, y estaría en posición de observar todo lo que sucediera en la isla e informar puntualmente. Claro que pronto se daría cuenta de que Lena no estaba allí, pero podría convencerla de que quizá la tuvieran escondida. Luego, ya se vería.

Una vez que Jara se hubiese instalado en la isla de la Rosa de Luz, le diría a Luna que había recibido otra información contradictoria y que debían ir a Tailandia a confirmarla antes que nada, mientras Jara estuviese aún investigando en la isla. Una división del trabajo, por así decirlo.

De ese modo, si Luna decidía traicionarlo, siempre podría presionarlo con su amada niña. Mientras tanto Luna y él se encargarían de hacer desaparecer a Aliena.

Tenía la sensación de que su plan era perfecto.

—¡Natillas! —dijo, dejando la carta sobre la mesa como si le hubiera costado un inmenso esfuerzo tomar la decisión—. Hace siglos que no como natillas.

Luna y Jara lo miraron indulgentes, como se mira a un niño inocente y feliz.



## Haito. Bangkok (Tailandia)

Los *traceurs* estaban haciendo una pausa en su entrenamiento y, después de dos horas de correr y practicar caídas y volteretas, se habían tumbado en la hierba del Lumpini Park, en mitad de Bangkok, rodeados por rascacielos gigantes y árboles intensamente verdes. La humedad era altísima pero no llovía, aunque el cielo era una capa que casi parecía sólida, de un gris uniforme.

Habían enviado a Alex y a Nico a comprar bebidas y algo de picar, y ya estaban impacientes porque, como siempre, el ejercicio les había abierto el apetito.

—¿Has sabido algo de Alba? —preguntó Maël a Anaís.

Ella sacudió la cabeza.

—Puedo darle un toque yo, si quieres. Así, si le apetece vernos, me llama ella y, si no, puede pasar de nosotros. ¿Por qué no la llamas tú?

—Porque no quiero que crea que tengo demasiado interés.

—¡Ah! ¿Y no lo tienes?

—No, lista. Es sólo que me tiene intrigado.

—Es muy guapa, sí.

—¿Vosotros habéis oído eso? —preguntó Maël hacia los demás—. Le digo que la chavala me intriga y ella dice que es guapa, como si fuera eso lo que yo había querido decir.

—Gracias por la traducción, Maël. No es por nada, pero si habláis en francés entre vosotros, los demás no nos enteramos —dijo Gigi, algo picado. Era el único que, además de su propia lengua, sólo hablaba inglés—. ¿Qué quieres decir con eso de que te intriga?

Maël empezó a darle vueltas con el dedo a una de sus rastas, como siempre que no tenía realmente claro lo que quería decir.

—No sé bien. La encuentro rara. Como si estuviera haciendo un papel que aún no tiene bien aprendido, y unas veces le sale y otras no.

—A mí me parece normal que si viaja sola, y parece que tiene costumbre, que no se abra de golpe y completamente al primer grupo de desconocidos que se encuentra

—dijo Anaís.

—Yo estoy con Maël —dijo Gigi—. Por eso no voté a favor de que se quedara con nosotros. No me fío de ella.

—Pero ¡qué peliculeros sois cuando se trata de chicas! —Lily se levantó, se estiró concienzudamente y, sin ningún esfuerzo aparente, se dio un pequeño impulso y se volteó en el aire con un perfecto aterrizaje—. Si fuera un tío no estaríais hablando de él.

—No irás a acusarnos ahora de misóginos. —Eric se puso también de pie, unió las manos haciendo estribo y se las ofreció a su novia para que pudiera practicar volteretas hacia atrás—. Sabes muy bien que entre nosotros nunca ha habido diferencias entre hombres y mujeres. Todos somos *yamakasi*.

—Sí. Ahora sí, pero no me negarás que al principio, en cuanto Anaís o yo hacíamos cualquier chorrada, como saltar un murete así de alto —señaló a la altura de las rodillas— todos os volvíais locos aplaudiendo y diciendo lo estupendas que éramos. Y eso es discriminación. Positiva, pero discriminación.

Eric miró a Maël y a Gigi, que cabecearon al unísono como diciendo «pasa, tío, no vale la pena entrar al trapo», y no contestó.

—Venga, en serio, no me diréis que si Lena fuera un chaval, también encontraríais raro que viaje sola y que vaya a encontrarse aquí con unos amigos.

—Es que no es por eso... No sé explicarlo bien.

—Venga, tío... —animó Eric—. Aclárate.

—¿No os habéis dado cuenta de cómo mira las cosas? Como si las estuviera fotografiando, almacenando. Y siempre, pero siempre, mira en todas direcciones, sobre todo lo que hay a su espalda, y se vuelve constantemente, y busca con los ojos las posibilidades de salida de donde está.

Todos se quedaron unos instantes en silencio, pensándolo.

—Bueno —contestó Anaís por fin—, es como hacemos nosotros cuando miramos cualquier parque, cualquier edificio..., un *traceur* siempre mira los sitios desde el punto de vista de si pueden ser un buen *spot*.

—Pues eso es lo que digo —se animó Maël—, que igual que una persona observadora se da cuenta de que nosotros tenemos una forma especial de mirar porque somos *traceurs* por encima de todo, Lena tiene una forma de mirar que no sé qué significa, y eso me intriga. Que sea guapa..., pues sí, claro, es un valor añadido, pero sobre todo tengo curiosidad.

—Pues pregúntale —dijo Lily, zanjando el tema—. ¡Ah! Por fin llegan..., me ruge el estómago.

Alex y Nico se acercaban llevando cada uno una bolsa. Empezaron a repartir latas de bebida y diferentes cajitas de cosas de comer que habían comprado en un puestecito de venta ambulante.

—¿Estáis locos? —casi gritó Lily, escandalizada—. ¿Cómo se os ocurre comprar de un puesto de la calle sin ninguna garantía de higiene? ¿Y si nos ponemos malos todos? Dentro de tres días tenemos que salir de aquí. Y un día después tenemos que estar totalmente en forma.

—¡Venga ya! Es lo que comen los tailandeses, y huele estupendamente.

—Pues yo no pienso probarlo. No me importa comer tailandés, de hecho me encanta, pero en un restaurante en condiciones. ¿Vienes, Eric?

Eric echó una mirada por el grupo, como disculpándose de nuevo por la sibarítica actitud de su novia, y recogió su mochila.

—Nos vemos luego en el hostel.

—Nosotros pensábamos ir al Wat Arun esta tarde —dijo Maël, refiriéndose a él y a Anaís.

—Yo paso de pagodas —dijo Gigi—. No quiero irme de Bangkok sin pasar por el MBK.

—¿Qué es eso? —preguntaron Nico y Alex.

—Es un centro comercial enorme que tiene muy buena fama. Tengo que comprar un montón de regalos y, con suerte, si me meto ahí un par de horas, ya no me tengo que preocupar de nada el resto del viaje.

—Yo preferiría ir al Night Market —dijo Anaís—. Es más original.

—Bueno —concluyó Maël—, pues ahora, cada uno se va a donde más le apetezca y nos vemos en el hostel a eso de las seis. El que no haya llegado a las siete, que se busque la vida, y con los que aparezcan nos vamos al Night Market, ¿vale?

Extendieron las manos al centro del círculo, las chocaron, y se separaron en tres grupos.



## Blanco. Viena (Austria)

Albert miraba con embeleso la carita del bebé dormido, la diminuta gota de sangre que aún tenía en la comisura de los labios y que él enjugó con un dedo que luego se llevó a la boca. *Ikhôr* de Emma.

Levantó la vista hacia el espejo de la pared del fondo y sonrió divertido. Llevaba tanto tiempo siendo un científico de mediana edad en una estación polar que apenas si se reconocía en aquel hombre joven y flaco que lo miraba sonriendo desde la superficie de cristal. Se había preocupado de que los ojos recuperaran el brillo de la juventud y de que el pelo fuera fuerte y abundante, rubio oscuro, como antes, pero aún no había conseguido quitarse de encima la sensación de andar disfrazado y, cuando la gente en la calle o en una tienda le preguntaba algo, aún le extrañaba que lo trataran como a un joven. Pero no le desagradaba.

Ahora él y Emma, una Emma de treinta y pocos años, eran los padres oficiales de Leo, el diminuto bebé que dormía en la cuna en aquel enorme piso vienés, antiguo y recién renovado, en el primer distrito. Joseph y Chrystelle, sus «abuelos», estaban también allí de momento, hasta que entre todos decidieran qué convenía hacer en el futuro próximo. Una familia bien avenida.

Para justificar frente a los vecinos la falta de horarios regulares, habían hecho correr el rumor de que él era escritor y estaba trabajando en una novela histórica que sucedía en Viena y, aprovechando que su mujer tenía el permiso de maternidad, y los padres de ella ya estaban jubilados, se habían trasladado todos a Austria y pensaban quedarse un par de meses.

Acarició con el dorso de un dedo la mejilla del pequeño, maravillado por su suavidad, por su mera existencia. *Karah* había sido capaz de producir un nuevo miembro; aún no estaba todo perdido. Pertenecía al clan rojo, pero eso estaba dejando de ser importante. Si de verdad el niño era el nexo..., y aunque no lo fuera, lo que realmente contaba era que no habían llegado a la esterilidad total. Aún no.

Albert nunca había sido tan feliz. Después de varios siglos era la primera vez que tenía un bebé *karah* en brazos. En los tiempos en que él y Emma, que entonces se

llamaba Isabelle o Fiordiligi, habían estado enamorados, habían intentado tener un hijo propio, pero él nunca había sido capaz de engendrar y, al final, después de mucho tiempo de amor y convivencia, habían acabado por tomar caminos diferentes, como era habitual en *karah*, y no se habían visto durante siglos. Luego había venido la fase de estudiar y trabajar juntos, del descubrimiento del artefacto enterrado en los hielos y de la vida en la estación polar. Y ahora..., por fin..., lo que nunca se hubiera atrevido a esperar: otra vez él y Emma juntos, con un niño que, aunque no fuera propio y probablemente no pudieran quedarse para verlo crecer, de momento parecía suyo y los unía de un modo extraordinario.

Nunca había dejado de querer a Emma, pero ahora se estaba volviendo a enamorar de ella otra vez: de su mirada, de sus sonrisas, de su forma de andar, de las arrugas que se le formaban entre las cejas cuando pensaba intensamente o algo la dejaba perpleja, de la suave piel de la cara interna de su brazo, donde se cortaba para hacer salir la sangre que necesitaba el pequeño hasta que pudiera tomar otro tipo de alimento.

Oyó el ruido de una llave en la cerradura y salió al pasillo. Emma venía cargada con dos bolsas del supermercado que en seguida le pasó a él antes de ir a la cocina a servirse un vaso de agua.

—Me ha escrito Tanja —dijo volviéndose hacia él y apoyando la cadera en el fregadero—. Adivina quién está intentando ponerse en contacto con nosotros.

—El clan rojo, supongo.

—*The Shane himself* —dijo con una sonrisa de triunfo—. Mal tienen que estar para que el Shane se rebaje personalmente a preguntarnos en qué andamos.

—Es natural, ¿no?

—Psé... ¿Por qué suponen que lo tenemos nosotros y no el clan negro?

—Porque Lena estuvo con ellos y me figuro que saben, o bien ella misma les dijo, que pertenece al clan blanco. Pero no hay que preocuparse, no teníamos ningún interés en ocultarlo. Lo importante es ver qué hacemos ahora.

—De momento seguir ocultos y esperar a ver qué pasa con Lena en Bangkok. Ni sabemos dónde se ha metido Sombra ni tenemos ni idea de si Él querrá verla.

—Pero Max sigue tras ella, ¿no?

—Sí, pero discretamente. Le he dicho que ni se le ocurra mostrarse; ya tuvimos bastante lío en Villa Lichtenberg. A todos los efectos, Lena está sola.

—¿Y el muchacho *haito*? ¿Daniel?

—Según Max, está empeñado en acompañarlo a donde vaya para proteger y ayudar a Lena si hace falta. Empieza a resultar molesto. Creo que no vamos a tener más remedio que librarnos de él.

—También podemos convertirlo en familiar nuestro. Hemos descuidado mucho el asunto de los familiares. Hablamos de admitir a ese Ritch, pero no hemos hecho nada

todavía, y no nos quedan más que Willy, Joseph y Chrystelle, que ya no son precisamente jóvenes.

Emma empezó a guardar los comestibles en la nevera y los armarios.

—Es que a uno se le olvida lo rápido que pasa el tiempo para ellos. Figúrate, yo vivía aquí, en Viena, hace apenas ciento treinta años y entonces Joseph era casi un adolescente.

—En esa época yo vivía en Egipto y me interesaba por la arqueología, como buen caballero británico.

Ella sonrió.

—Ahora soy yo la arqueóloga. —Volvió a apoyarse en el banco de cocina con el vaso en la mano.

—Da igual. —La miró a los ojos, dejando que su mirada expresara toda su admiración, todo su amor—. ¿Sabes que estás preciosa?

Ella desvió la vista un segundo y luego volvió a mirarlo. ¿Qué quería Albert? ¿Volver a fingir algo que ya se había hecho imposible? ¿O era remotamente imaginable que fuera sincero, que él también hubiese estado esperando el momento adecuado los últimos cincuenta años? ¿Podía ser ahora el momento adecuado, en la cocina de un piso de Viena a principios del siglo XXI, con un niño robado durmiendo unos metros más allá y dos *haito* ancianos haciendo de abuelos a su alrededor?

Muy romántico no era.

O quizá sí.

Un rayo de sol violentamente amarillo hacía brillar el ramillete de rosas que había en el alféizar de la ventana, el reloj desgranaba los segundos poniendo ritmo al silencio, del frutero emanaba un perfume tropical a mango, a piña, a plátano. Los ojos de Albert lo llenaban todo.

Despegó la cadera de donde la tenía apoyada contra el banco de cocina y dio un paso hacia él, sin dejar de mirar sus ojos que ahora parecían hechos de agua y sol. Él también se acercó y, de pronto, se encontraron besándose con la misma urgencia de la primera vez, como si el tiempo, que era lo único que tenían en abundancia, se les fuera a acabar.

Los gritos del bebé los sacaron de su ensueño y, por unos segundos, se miraron casi mareados, sin comprender bien qué estaba pasando.

—El niño —balbuceó ella.

—Tiene hambre —dijo Albert—, como yo. —Y volvió a besarla.





## Lena. Haito. Bangkok (Tailandia)

Lena llevaba ya dos días esperando que alguien se pusiera en contacto con ella y empezaba a sentirse abandonada. Desde que había salido de su casa, tantos meses atrás, para lanzarse a la locura que ahora llamaba vida, siempre había estado en marcha, siempre había estado sucediendo algo o bien cumplía una rutina de aprendizaje tan exigente que apenas si le daba tiempo a pensar por sí misma o en otra cosa que no fuera tumbarse a dormir hasta el día siguiente. Por eso ahora, después de dos noches y todo un día de descanso, estaba empezando a ponerse realmente nerviosa.

La primera noche que había pasado en el apartamento había recibido un mensaje de Anaís diciendo que pensaban ir al Night Market y si le apetecía acompañarlos, pero no había contestado porque no tenía ni idea de si estaría libre para hacerlo, a pesar de que desde el balconcito de su piso veía las luces del Night Market extendidas a sus pies.

Al día siguiente le habían propuesto ir con ellos al Palacio Real y, como no podía moverse del piso pero, siguiendo el entrenamiento de su madre, sabía que era necesario no cerrarse nunca a una opción, contestó diciendo: «Mi novio no ha venido y aún no estoy de humor para ver a nadie. Os llamo cuando me encuentre mejor. Pasadlo bien».

Mientras tanto había visto en Internet un montón de clips de *parkour* y *freerunning* y se había hecho una idea bastante clara de lo que eran sus nuevos conocidos. Si conseguía que alguna vez su vida volviera a ser normal, empezaría a entrenarse. Le encantaría ser capaz de escalar fachadas, saltar obstáculos y no dejarse detener por nada que pudiera cruzarse en su camino, pero de momento tenía suficiente con seguir practicando las habilidades que le había enseñado Sombra, para que, cuando volviera, la encontrara al menos tan preparada como cuando la dejó.

Estaba empezando a preocuparse seriamente por Sombra y le estaba dando vueltas a la idea de intentar de nuevo acercarse a él y ver cómo estaba, pero le costaba tanta energía y le daba tanto miedo entrar en esa especie de edificio oscuro y

enloquecedor que era la mente de Sombra que lo iba dejando de un día para otro. Si de verdad alguien iba a ponerse en contacto con ella, le convenía estar lúcida y fuerte.

Leyó algunas páginas más de la historia vienesa de aquellos clánidas del siglo XIX sin acabar de enterarse de por qué su madre se había molestado en escribirla y por qué había querido que ella la leyera. Era interesante, sí, y tenía su gracia ir viendo como aquellos dos *karah*, Alma von Blumenthal, del clan blanco, y el gran duque Ivan Nikolaievich Iliakof, del clan negro, se iban enamorando poco a poco, y además de empezar a compartir su vida, empezaban a compartir también secretos. Alma tenía, al parecer, ciertos documentos de *karah* que había ido reuniendo a lo largo de varios siglos y el gran duque tenía otros que, si eran aportados a la colección, podían desvelar cómo abrir una especie de puerta entre mundos que, de momento, no se mencionaba más que con insinuaciones.

En otra época de su vida seguramente lo habría encontrado apasionante y se lo hubiera leído todo de una sentada, después de clase, metida en la cama, con una música agradable sonando de fondo y una vela aromática encendida en la mesita, pero ahora, no lograba explicarse por qué, sentía dentro una impaciencia que no la dejaba concentrarse en nada, ni en leer, ni en historias antiguas que, aunque posiblemente tuvieran algo que ver con ella, de momento no le interesaban en absoluto.

Estaba harta de dar vueltas por el minipiso como una pantera en la jaula de un zoo. Necesitaba salir, que le diera el aire, cansarse de hacer algo físico.

Se aseguró de llevar en la mochila toda la herencia de Bianca, metió también el *netbook* y el ligero saco de dormir que había comprado la única vez que había salido para traer un poco de fruta y ensalada, echó una mirada circular por si se estaba olvidando de algo importante, decidió que no, y cerró la puerta con un alivio tan grande que casi le dio risa. Si alguien quería de verdad localizarla, lo haría. Ella había tenido la luz encendida casi todo el tiempo, la ventana abierta, una toalla en el diminuto balcón; si estaban observando el apartamento se habrían dado cuenta de que había llegado a Bangkok. Ahora les tocaba a ellos mover ficha.

En la calle, inspiró hondo y antes de decidir adónde quería ir, mandó un SMS a los *traceurs*. «¿Tenéis planes para hoy? Ya me he cansado de hacer el imbécil».

La respuesta la alcanzó en el taxi que la llevaba al Palacio Real, que había sido la opción más evidente para empezar a conocer las maravillas que Bangkok podía ofrecer a sus visitantes.

«Vamos de excursión a Ayutthaya, en barco. Salimos a las 11.30 del embarcadero que está debajo del Hilton. ¿Te animas?». Contestó rápidamente con un «Sí. Esperadme, por favor».

Avisó al taxista del cambio de planes, consiguió que comprendiera adónde quería ir y se puso cómoda en el asiento. La verdad era que le hacía ilusión encontrarse de

nuevo entre gente de su edad, normales, de los que se reían y hacían el tonto sin más, y no tenían planes tremendos que afectaban a la vida de otras personas ni secretos que guardar celosamente. Quizá al día siguiente ya no pudiera disfrutar de algo tan simple, pero ahora al menos sentía que se había ganado el derecho y que esas horas le pertenecían.

Mientras miraba el paisaje de Bangkok, con sus palmeras tropicales, sus tejados picudos y sus cientos de motos que entraban y salían como mosquitos del flujo del tráfico, sus pensamientos giraban en torno a todas las personas que le importaban y que, desde que su vida se había convertido en un torbellino, aparecían y desaparecían de un momento a otro sin que ella supiera nunca cuándo iban a volver a verse. ¿Dónde estaría ahora su padre? ¿Y Dani? ¿Estarían juntos o habrían vuelto cada uno a su casa, a su rutina de todos los días? Dani ya había terminado el servicio militar y ahora seguramente estaría buscando un trabajo para el verano, para sacarse algo de dinero antes de volver a la universidad en octubre. ¿Y Lenny? Bueno, ahora ya no era Lenny, pensó, esa había sido sólo su fachada. Ahora era Nils, del clan negro, y aunque en su recuerdo siguiera siendo un chico de su edad, no podía evitar pensar que quizá le había mentado también en eso. No podía olvidar al otro hombre, que tanto se le parecía, a quien había visto mientras cenaba en la trattoria de Amalfi y que Lenny había dicho que era su hermano mayor, pero que quizá no lo fuera, quizá fuera él mismo sin el disfraz.

Cerró los ojos unos instantes y vio con toda claridad a Nils, en Villa Lichtenberg, apuntándola con una arma para que le entregara al bebé. Y se acordó también de cuando se habían besado en el acantilado, antes de entrar en casa la noche del *urruahk*, y de Nils, herido por las cuchillas de la cama para salvarla a ella, que ahora estaría muerta si no hubiera sido por él.

No entendía por qué Nils se había disfrazado de Lenny durante tanto tiempo, desde el principio del curso, y la había rechazado cuando ella le había demostrado su interés, mientras que más tarde, cuando ella ya tenía a Dani, empezó a quererla. ¿O no la había querido nunca? ¿O no era más que una estrategia para conseguir algo? ¿Para conseguir qué? ¿El niño de Clara?

Suspiró profundamente, volvió a abrir los ojos y miró el reloj. No quedaba mucho tiempo y no estaba demasiado segura de que la esperaran si no llegaba a las once y media. Al fin y al cabo, tampoco eran amigos todavía y si no aparecía se marcharían sin ella.

Pensar en Lenny, o en Nils, la llevó, curiosamente, a pensar en Daniel, en su mirada de preocupación, de angustia, cuando se separaron en el aparcamiento de aquel restaurante de la costa, en mitad de la noche. Sus ojos tan dulces, su pelo tan corto.

Se enderezó en el asiento del taxi como si le hubiese dado un calambre.

¡Dani! ¡Dani le había dado algo cuando se separaron! Un regalo, una caja pequeñita. ¿Dónde lo había puesto? ¿Cómo era posible que no se hubiese acordado hasta ese instante y no lo hubiera buscado antes? ¿Y si se lo había dejado en Innsbruck, o en el apartamento del que acababa de salir? De un segundo a otro no le parecía que hubiera nada más importante en el mundo que encontrar esa cajita y averiguar qué era lo que Dani había puesto dentro.

¿Qué le había dicho al dársela? ¿Qué palabras había usado? No conseguía acordarse. ¿Cómo se iba a acordar si cuando él le dio la cajita, a toda prisa, ella estaba agotada, muerta de miedo, en *shock*, con el bebé de Clara recién nacido abrazado contra el pecho sin saber qué hacer con él, y a punto de volver a saltar? ¿Cómo iba a acordarse? ¿Cómo se le había ocurrido a Dani elegir ese preciso momento para regalarle algo que, al parecer, era importante para él? Y ¿dónde lo había metido? ¿Dónde?

—*Here* —dijo el taxista, sonriendo de oreja a oreja—. *We are here.*

Efectivamente, estaban a la orilla del río y los gestos del taxista dejaban claro que sólo se trataba de bajar unos escalones hasta el embarcadero donde estaba atracado un barco de madera con la cubierta techada de rojo en forma de pagoda.

Pagó y bajó a toda velocidad a comprar el billete. Cinco de los *traceurs* estaban aún en el embarcadero echando miradas de preocupación hacia la escalera. Rompieron en palmadas y silbidos al ver llegar a Lena, que les hizo una reverencia teatral, ante la mirada divertida de los demás turistas.

—¡Qué lujo de bienvenida, chicos! ¡Qué bien sienta que alguien se alegre de verla a una!

Lena pasó por todos ellos dando tres besos, a la francesa, y mientras compraba el billete preguntó:

—¿Y los demás?

—Eric y Lily han decidido quedarse en Bangkok —dijo Nico—. Bueno —añadió—, lo ha decidido Lily, claro.

Todos soltaron una carcajada y subieron al barco, donde se apretujaron en la misma proa para disfrutar del viento de la marcha y ser los primeros en llenarse los ojos del paisaje que pronto se desplegaría frente a ellos. El río era enorme, amarronado y lento. En su superficie flotaban unas plantas que a Lena le parecieron primero flores y ramas arrancadas de algún arbusto y que luego se dio cuenta de que eran una especie de lotos que vivían directamente en el agua, arrastrando sus raíces a su alrededor, como pulpos vegetales.

—Son flores viajeras —dijo Maël, inventándose el nombre sobre la marcha.

—Más o menos como Alba y yo —añadió Anaís—. Flores —puso cara de estrella de cine— y viajeras.

Todas volvieron a reírse. El barco desatracó y se puso en marcha, remontando el

Chao Phraya bajo un cielo que no acababa de despejarse.

—Si se pone a llover —dijo Alex mirando hacia arriba—, aquí nos vamos a empapar.

—Tampoco somos de azúcar —dijo Gigi, encogiéndose de hombros.

—¿Estás mejor? —preguntó Maël a Lena apoyándole una mano en el hombro.

Lena seguía pensando en la cajita perdida y los nervios no la dejaban fingir bien.

—Sí, mucho mejor, gracias. De hecho casi sabía que el muy imbécil no iba a venir. Quiero decir, que me lo figuraba y lo que me habría extrañado es que hubiese aparecido, pero de todas formas ha sido un *shock*. No lo creía tan rencoroso. Figúrate, nos peleamos por una estupidez unos días antes, y ahora, después de un año de preparar estas vacaciones, me hace esto. Pero se acabó. No pienso volver a dirigirle la palabra.

—¿Cómo se llama? —preguntó Anaís—. Bueno..., se llamaba.

Lena estuvo a punto de contestar «Daniel» porque no conseguía dejar de pensar en él y en el último momento en que se habían visto, en su regalo y en que no podía recordar qué le había dicho.

Anaís interpretó mal su retraso en contestar, pensó que le parecía una pregunta demasiado íntima y se apresuró a decir:

—Es igual, Alba, al fin y al cabo, no es asunto mío.

—No, no es eso, mujer. Es que no... —Se interrumpió sin saber cómo seguir—. David. Se llama David, o se llamaba, tienes razón —terminó con una sonrisa animosa. En su desesperación no se le había ocurrido otro nombre que el del ex novio de Clara, el que tanto la había hecho sufrir con sus indecisiones y sus idas y venidas hasta que ella había conocido a Dominic y eso había significado primero una inmensa felicidad y luego, al cabo de unos meses, su muerte. ¡Pobre Clara! ¡Qué mala suerte había tenido en la vida! Y ¿qué habría sido de David? Estaría haciendo sufrir a otra chica, seguro, esos tipos nunca aprenden.

—¿Vosotros tenéis novia o novio? —preguntó por preguntar algo y que fueran los demás los que llevaran el peso de la conversación.

Anaís sacudió la cabeza.

—Nunca he salido en serio con nadie.

—¿Por qué? ¿No has encontrado a tu príncipe azul? —Lena trataba de mantener la conversación ligera, para que nadie se viera obligado a contar intimidades a una extraña si no le apetecía.

Nico contestó por ella.

—Como hay bastantes chicas que vienen a nuestra asociación, bueno, a todas las asociaciones de *traceurs*, solamente a buscar novio, Anaís quiso dejar claro desde el primer momento que, cuando estamos juntos, ella es sólo *yamakasi*, como todos, no una mujer con la que se pueda ligar. Nos lo dejó siempre tan claro que nadie se ha

atrevido nunca.

Ella le sacó la lengua.

—Si no me he liado con nadie aún, por algo será.

—Por orgullo —dijo Gigi, sin mirarla, con la vista perdida en la orilla—. Sé de qué hablo, Anaís, yo también soy así.

—Porque no le gustamos, chavales, dejaos de tonterías —añadió Alex—. Cuando encuentre a un tipo que le guste de verdad, ya veréis como se deja.

—¿Y vosotros? —volvió a preguntar Lena.

—Es difícil ser *traceur* y tener novia, a menos que encuentres a una chica que haga lo mismo que tú, como le ha pasado a Eric. No es sólo un deporte, es una manera de ver el mundo y, si no puedes compartirlo, la cosa no funciona —siguió explicando Alex—. Pero no pierdo las esperanzas; ya llegará el momento. Gigi lo tiene algo más fácil.

El italiano le lanzó una mirada incendiaria, miró a Lena, que no se animó a preguntar de qué estaban hablando, y volvió a su contemplación del horizonte. Hubo un silencio extraño que rompió Nico.

—Yo tenía novia, pero lo dejamos hace un par de meses. La verdad es que ninguno de los dos estábamos muy entusiasmados. Desde entonces me concentro en el *parkour* y en estos locos, que son mis mejores amigos.

—¿Y tú, Maël?

—Tuve una primera novia siendo muy joven. La dejé porque no me sentía capaz de llevarlo todo y porque era una mujer tan maravillosa que me aplastaba. Me pasaba la vida oscilando entre el no poderme creer la suerte que tenía de que una chica como ella estuviera enamorada de mí y sintiéndome el hombre más afortunado del mundo, y por otro lado la sensación de que era demasiado para mí, de que me abandonaría ella cuando yo ya no pudiera vivir sin tenerla. Es difícil de explicar. Desde entonces no ha habido nada serio y, la verdad, hay veces que pienso que aquella relación me jodió la vida, que hizo imposible que algún día me enamore de verdad de otra mujer que le llegue a ella a la suela del zapato; que siempre tendré la sensación de que me estoy conformando con poco porque no fui capaz de retenerla a ella.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Tres años y unos meses.

Lena se rio para quitarle importancia a la confesión de Maël. Estaba claro que aquello le seguía doliendo y que, por lo que fuera, había decidido contárselo a ella, quizá precisamente porque era una extraña a la que no volvería a ver más.

—¡Qué exactitud!

—Tres años, siete meses y dieciocho días. Podría calcular las horas y los minutos, pero no creo que sea fundamental.

—Y ¿por qué no hablas con ella y le dices todo eso, le pides perdón y volvéis a

intentarlo?

—Porque tengo dignidad, y porque ya lo hice en tres ocasiones. Sí, no me mires de esa forma, volví tres veces y tres veces corté. No, no es verdad, una vez cortó ella y luego volvimos a empezar. No sé ya lo que digo. Y porque sé seguro que no hay nada que hacer. Ella ahora está enamorada de alguien que es mucho mejor que yo. — Calló un momento, como saboreando lo último que había dicho—. Y porque un hombre tiene que aceptar las consecuencias de sus actos y de sus decisiones. Si en un *parkour* hay un *drop* de cuatro metros y decido saltar, sé que es posible que me rompa algo. Calculo el riesgo, sopeso y, si salto y me rompo una pierna, es asunto mío, mi responsabilidad, mi pierna, mis seis semanas de muletas. Eres imbécil, ergo te rompes, ergo te jodes. Es lo que tiene jugar a Superman.

Todos se quedaron sumidos en sus pensamientos, mirando el río, las flores viajeras, los grandes rascacielos que flanqueaban el Chao Phraya, los tejados picudos de las pagodas que les salían al paso. Empezó a llover tan suavemente que parecía sólo una fina niebla envolviéndolos, como un velo cálido y húmedo que suavizaba los contornos de las cosas. Al cabo de un rato, Maël volvió a hablar.

—Bueno, pues ya te hemos abierto todos el alma, compañera. Dinos ahora tú qué es lo que ocultas.

Lena tuvo la sensación de que le habían dado un latigazo. Se encontraba tan a gusto entre aquellos nuevos amigos que hablaban con tanta naturalidad de sus dolores y problemas, y que se reían y hacían cosas juntos, que se había relajado por completo y casi había conseguido olvidar qué hacía ella en Bangkok; olvidar que en ese mismo instante podía estar siendo observada por alguien que establecería contacto en cuanto se encontraran en el lugar adecuado y luego se la llevaría a algún sitio, que no podía imaginar, a entrevistarse con alguien del clan azul que decidiría si era digna de presentarse ante Él, fuera quien fuese.

Se quedó mirando a Maël como si no lo hubiera visto nunca.

—¿Qué quieres decir?

Los demás la miraban también, expectantes.

—Me has entendido perfectamente: ¿cuál es tu secreto? ¿Por qué miras siempre por encima del hombro? ¿Por qué te traes casi todas tus cosas en la mochila para una excursión que sólo va a durar unas horas? ¿Por qué no te acuerdas del nombre de ese novio que tenía que haber llegado a Bangkok? ¿Por qué tu inglés no tiene acento español?

Lena cogió todo el aire que le cabía en los pulmones mientras calibraba la situación. Podía limitarse a ponerse de pie y marcharse de allí, pero no llegaría muy lejos porque estaban en un barco que aún tardaría más de una hora en llegar a su destino. Podía decir parte de la verdad, algo así como «no quiero ponerlos en peligro y no vale la pena que os cuente nada porque no me ibais a creer», pero eso haría que

tuvieran mucha más curiosidad. Podía mentir sin más, si se inventaba algo coherente lo bastante rápido. Decidió improvisar sobre la marcha.

—De acuerdo —dijo, soltando el aire—. No tengo acento español porque, aunque es verdad que hablo español, no es mi lengua materna. Mi lengua es el alemán, pero últimamente no me hace ninguna gracia ser austríaca. Lo del novio es mentira, tienes razón, una mentira imbécil. El nombre que os he dado es el del tipo que hizo sufrir a mi mejor amiga durante más de un año. Si me paso el rato mirando por encima del hombro y llevo encima casi todo lo que tengo es porque no quiero que me encuentren y he pensado que, yendo en grupo, con vosotros, tengo más posibilidades de pasar desapercibida.

—¿Quién te busca? —preguntó Anaís, cogiéndole la mano.

—Mi padre. O la agencia de detectives que haya contratado para encontrarme. Mi madre murió hace casi dos años y desde entonces las relaciones con mi padre se han hecho muy difíciles —dijo. Las mentiras le salían con toda fluidez, como si hubiera pasado mucho tiempo ensayándolas, o bien porque no eran mentiras completas, sino sólo medias verdades—. Se ha echado una novia insoportable que me odia, lo que es totalmente recíproco. Cuando le dije que me iba de casa, que al fin y al cabo soy mayor de edad y puedo hacer lo que me dé la gana, me dijo que no lo permitiría. Es abogado.

—Y tiene pasta, supongo, si puede contratar a un detective para seguirte a Bangkok —dijo Gigi.

—Supongo que sí. La verdad es que nunca había pensado que fuéramos ricos, pero soy hija única y mi padre tiene un buen empleo, aparte del seguro de mi madre, que murió en un accidente.

»Sé que en el fondo no puede hacer nada —continuó Lena—, pero me asusta igual. Y ayer oí decir a unos turistas que en Tailandia hay que llevar mucho cuidado con la ley y tener controladas tus cosas todo el tiempo, porque si alguien te mete droga en la mochila o donde sea, y te pillan, te meten en la cárcel y aquí hay pena de muerte. La verdad es que estoy bastante asustada.

Bajó la cabeza cuando terminó de hablar y, para su propia sorpresa, se dio cuenta de que le temblaban las lágrimas en los ojos y que lo que acababa de decir era la pura verdad: estaba horriblemente asustada.

—Te enseñaremos a correr y a saltar obstáculos —dijo Nico, dándole una palmada en el hombro.

Lena sonrió temblorosamente.

—De momento —continuó Maël— te vienes con nosotros al hostel. No te dejaremos sola en ningún momento. Mañana vamos a una agencia de viajes y te sacamos un billete para que vengas con nosotros a la isla. Luego ya iremos viendo.

Ella sabía que en cuanto volvieran a Bangkok tendría que desaparecer de nuevo



para volver al apartamento y esperar a su contacto, pero no podía hacer otra cosa que sonreír entusiasmada, dejar caer las lágrimas que llevaban un buen rato emborronándole la visión y abrazar incómodamente, porque estaban todos sentados, tumbados o acucillados en cubierta, a sus cinco nuevos amigos.

—¡Ánimo, Alba! —le dijo Maël al oído cuando se abrazaron—. Ya verás como todo se arregla.

—Me llamo Lena —confesó—. Alba es mi segundo nombre, pero mis amigos me llaman Lena.

Todos sonrieron y, aunque la lluvia no había dejado de caer, por un instante fue como si hubiera salido el sol.



## Azul. Bangkok (Tailandia)

Llevaba todo el día esperando delante del apartamento y la muchacha no regresaba. Había estado a punto de contactar con ella el día anterior, pero aún no había recibido luz verde y, después de pensarlo bien, había decidido aguardar a que le autorizaran a hacerlo, aunque estaba segura de que sería así.

La había visto salir por la mañana cargada con la mochila y por un momento había sentido la tentación de seguirla por temor a que desapareciera, pero sus órdenes eran simplemente vigilar y esperar, no seguir a nadie, y eso había hecho, aunque ahora se estaba preguntando si no debería haber mostrado más iniciativa. ¿Y si no volvía? ¿Y si, mientras tanto, la interceptaba alguien y la secuestraban?

Le habían dicho con toda claridad que no pensara por su cuenta y, sobre todo, que no se dejara llevar por la imaginación, pero resultaba muy difícil y sobre todo aburrido estar dando cortos paseos por la misma calle sin nada que hacer, tratando de no llamar demasiado la atención, mirando una y otra vez hacia arriba, al mismo balcón, repasando lo que le diría cuando por fin volviera a verla. Si volvía a verla. Porque cuando uno sale de casa con todo lo que tiene, cabe la posibilidad de que piense no regresar.

Estaba muy tensa porque era la primera vez en mucho, mucho tiempo, que pasaba algo especial. Durante varias décadas el clan azul se había limitado a vivir en su refugio marino sin mezclarse en absoluto con los otros clanes e incluso aislado de la vida social y política del mundo en general. Él había procurado rodearse de una buena corte de familiares que solucionaban cualquier asunto pendiente y así había podido dedicarse junto con sus conclánidas a otras cosas que para ella, como simple familiar, eran secretas y en casi todos los casos altamente misteriosas. A veces, se preguntaba por qué se habían molestado en ofrecerle la posibilidad de entrar en la familia cuando podían haber contratado sus servicios sin más, como simple detective normal y corriente. Solía responderse pensando que Él era extremadamente inteligente y lo más probable era que, uniendo a su gente con el vínculo de la sangre, no tuvieran que preocuparse de dosificar tanto la información y se aseguraran del

modo más completo la lealtad de los que trabajaban para el clan. Si tu pago no sólo es el dinero, sino la salud garantizada y la prolongación de la vida, estás más que dispuesto a hacer cualquier cosa que quieran de ti. Y hasta el momento esto era lo más excitante que le habían pedido: esperar en una calle hasta que apareciera la muchacha de la foto que llevaba en el bolso, darle un mensaje y acompañarla hasta que otro familiar se hiciera cargo de ella. Tampoco era como para ponerse a dar saltos de alegría, pero al menos tenía la sensación de que contaban con ella, que servía para algo y que, aunque fuera muy modestamente, estaba haciendo algo para ganarse lo que le pagaban.

Acababan de encenderse las farolas de la calle cuando la distinguió entre los grupos de turistas que empezaban a acudir al Night Market, cargada con la misma mochila con la que había salido pero, sorprendentemente, flanqueada por otros dos jóvenes, un chico con rastas rubias y una chica de pelo corto y oscuro con los que charlaba animadamente.

Se refugió en la oscuridad de un portal, confusa. Sus órdenes eran acercarse, comunicarle el mensaje y acompañarla a un edificio cercano, donde la estaría esperando su contacto. Nadie le había dicho qué tenía que hacer si no aparecía sola, de modo que se arriesgó a preguntar por teléfono porque, al confiarle la misión, le habían dado a entender que se trataba de algo importante y no quería que nada fracasara por su culpa.



## Lena. Haito. Azul. Bangkok (Tailandia)

Conforme se iban acercando al apartamento, Lena se iba poniendo más tensa y distanciándose de la conversación de Anaís y Maël. Después de la ronda de confesiones en el barco y de todo el día charlando no había conseguido quitárselos de encima para poder volver sola al piso, a ver si había algo nuevo, de modo que había vuelto a inventar una mentira creíble: había fingido que le acababa de llegar un sms en el que su padre le decía que estaba en Bangkok y que la esperaba a las siete en el Mango Tree para que pudieran tener una conversación civilizada.

Sus amigos se habían negado a dejarla sola y se habían empeñado en acompañarla al menos hasta la calle del restaurante. Luego esperarían en algún bar cercano hasta que ella volviera, a contarles cómo había ido la cosa y a decirles en qué había quedado con su padre y qué pensaba hacer. Y ella llevaba ya tanto tiempo necesitada de compañía y de personas normales a su alrededor que no había querido desaparecer sin más, como había pensado hacer al principio. Ya lo haría cuando no tuviera más remedio; ahora le encantaba poder ir con Maël y Anaís por la calle, riéndose y charlando de cosas sin importancia, olvidándose de vez en cuando de que, desde hacía ya tantos meses, su vida había dejado de ser normal.

Ya desde la esquina de la calle se dio cuenta de que había alguien en el portal del apartamento. Alguien que la miraba con una intensidad especial y en quien sus dos amigos aún no habían reparado. Era una mujer grande y fuerte, tanto que la habría tomado por un hombre si no fuera porque el vestido que llevaba era claramente femenino.

Lena le devolvió la mirada y luego, varias veces seguidas, movió los ojos de la puerta del bloque de apartamentos a las luces del restaurante, que brillaban un poco más allá. A la segunda vez la desconocida pareció comprender, se apartó de la puerta y, lentamente, paseando, empezó a caminar hacia el Mango Tree como si no se hubiera decidido aún a cenar en aquel sitio.

—¿No quieres que entremos contigo? —le estaba preguntando Anaís—. Al fin y

al cabo, no tiene nada de raro que vengas con unos amigos.

Lena, que tenía la sensación de que acababa de tragarse una bola de hierro, fingió una sonrisa y sacudió la cabeza.

—No. Yo le he pedido que venga solo, sin la imbécil de Isabella, así que no puedo presentarme con refuerzos.

—Tienes razón —dijo Maël—. Pero si nos necesitas, estamos ahí, ¿ves? En ese puestecillo que tiene unas cuantas mesas. Comeremos algo mientras.

—Pero pagaremos ya, por si hay que salir cortando —dijo Anaís.

—¡Esperad! —Lena los detuvo cuando ya estaban separándose—. No creo que vaya a pasar nada, pero estoy muy nerviosa, y es mejor prevenir. Si pasara algo..., si no nos viéramos..., no sé..., ¿dónde os encuentro?

—En el hostel, claro.

Lena sacudió la cabeza, impaciente.

—No. Después. Después de Bangkok, ¿adónde vais?

—A Koh Samui, al encuentro de *traceurs*. Mira, te doy mi hoja de información. Tú tienes la tuya, Maël, ¿no? —Él asintió con la cabeza—. Ahí lo tienes todo, pero no va a pasar nada, estamos aquí mismo.

La sonrisa de Lena era tensa.

—Nunca se sabe. Si dentro de dos horas no sabéis nada de mí, marchaos al hostel. Si puedo, vengo. Si no, nos vemos en la isla.

Se lanzó a abrazarlos, incómodamente, porque llevaba la mochila cargada, y un segundo después había desaparecido en el interior del restaurante dejando a sus amigos bastante perplejos.

La mujer estaba acodada en la barra, con una bebida intensamente verde en un vaso lleno de cañitas y pedazos de fruta en el borde. Tenía un rostro ancho, oriental, de nariz chata, y el pelo, lacio y corto, muy negro, como de indio americano. El vestido de flores que llevaba resultaba totalmente incongruente con sus brazos musculosos y bronceados. Lena se dirigió hacia ella y ocupó el taburete a su lado después de dejar la mochila en el suelo, entre sus piernas.

—¿Qué tomas? —preguntó la mujerona.

Le extrañó tanto que le hablara en español que, por un instante, no estuvo segura de haberla entendido.

—¿Qué? No sé. Cerveza.

—¿Quiénes eran esos?

—Amigos. Se han empeñado en acompañarme. Están esperando ahí enfrente. He tenido que mentirles.

—Claro. —La mujer era obviamente oriental, pero debía de haber alguna otra nacionalidad en su herencia genética porque no tenía nada de grácil ni de delicado como la mayoría de los tailandeses, tanto hombres como mujeres—. No veo dónde

está el problema. ¿Quién te dice que ellos no mienten?

Lena se quedó mirándola. No se le había ocurrido que sus nuevos amigos pudieran no ser lo que decían que eran. Ni se le había pasado por la cabeza que pudieran haber sido enviados por alguno de los otros clanes para vigilarla y enterarse de adónde iba y qué se proponía. Desde que había entrado en aquella locura, daba la sensación de que todo el mundo a su alrededor se había vuelto paranoico y estaba tratando de contagiarla a ella.

—Todos mienten. Siempre. Créeme —dijo su contacto con absoluta convicción.

Lena se echó a reír y en la ancha cara de la mujer apareció también una sonrisa.

—Sí, ya —concedió—. Supongo que estás pensando en la famosa frase clásica. Si alguien dice: «Todos los cretenses son mentirosos. Yo soy cretense», ¿está diciendo la verdad? —Tomó un sorbo de su vaso y se chupó los labios con delectación; parecía estar disfrutando. Su español era perfecto, nativo, con un acento latinoamericano que no podía precisar. Quizá fuera hija de tailandesa y peruano, o boliviano. O al contrario.

Lena se bebió media cerveza de un trago, paseó la mirada por el bar y volvió a fijarla en su interlocutora, que la observaba como si se estuviera planteando si debía comprarla o no. Por fin la mujer se inclinó hacia ella y le habló suavemente al oído, lo que no era necesario porque la música estaba bastante alta y nadie parecía estar haciéndoles ningún caso.

—Él quiere verte.

Sin poder evitarlo, Lena tragó saliva.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

La mujer se encogió de hombros.

—Yo te llevaré a un lugar donde otro familiar te recogerá. No sé más.

—¿Ahora?

—Puedes acabarte la cerveza. No corre tanta prisa y estamos al lado.

—¿Qué hago con mis amigos?

—Puedo matarlos si quieres —dijo con toda naturalidad. Lena sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Unos segundos después, la mujer estaba partida de risa, dando palmadas sobre la barra mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¡Te lo has creído! ¡Te lo has creído!

Lena sacudió la cabeza, tratando de aclararse las ideas. ¿Había sido una broma de verdad o sólo se estaba riendo de su expresión horrorizada?

—Ven. Haremos algo mejor. Dame la mochila, te la llevaré.

—No —dijo Lena tajantemente—. Mi mochila la llevo yo.

—Como quieras. Póntela. —La mujerona pagó las dos bebidas y con un movimiento suave y fluido, como de prestidigitador, sacó una pequeña pistola

plateada que casi se perdía en su enorme mano. Cuando pasemos por delante de ellos pon cara de susto; yo haré lo necesario para que vean el arma.

—Pero entonces llamarán a la policía.

—Lo dudo. Ningún extranjero joven y con pinta de poder estar en posesión de alguna droga llamaría a la policía tailandesa, sobre todo si tienen planes para los próximos días. Las cosas pueden tardar mucho en aclararse. Y si de todas formas lo hacen, hasta que consigan explicar lo que creen haber visto, nosotras ya estaremos lejos. Así te dejarán en paz.

—Pero déjame al menos decirles que todo va bien.

—Como quieras.

—¿A todo esto, cómo te llamas?

—Miss Tittiporn. Y no se te ocurra reírte. En Bangkok es un nombre perfectamente normal.



## Haito. Bangkok (Tailandia)

Maël y Anaís se habían sentado de modo que entre los dos controlaban las posibles salidas del local. Ya habían comido unos rollitos con salsa de chile dulce y se habían tomado unas cervezas cuando vieron salir a Lena con un hombre disfrazado de mujer pegado a su espalda, hablándole al oído, un hombre que no podía ser su padre.

—Tenemos que hacer algo —dijo Anaís poniéndose de pie.

—Espera. Quizá Lena no le haya dicho que estamos aquí y entonces podríamos seguirlos. Siéntate y disimula, no mires mucho.

—Pero vienen hacia acá, van a pasar justo a nuestro lado.

Efectivamente, la extraña pareja se acercaba a ellos y ahora estaba claro que el hombre de rostro asiático tenía a Lena bien agarrada y dirigía sus movimientos.

—Tiene una pistola —susurró Anaís, horrorizada.

Al pasar por su lado, oyeron a Lena decirles en inglés:

—No os preocupéis, no es lo que parece. Estoy bien. Marchaos.

Una mirada del gorila, que visto de cerca ya no estaba claro si era hombre o mujer, los disuadió de contestar.

—*Forget what you've seen and piss off! Don't even dream of following us!* —dijo en voz ronca.

Los vieron dar la vuelta a la esquina y, sin ponerse de acuerdo, los dos se levantaron a la vez, dispuestos a seguirlos, dejando la distancia necesaria para que no se notara demasiado.

—Vamos. Tampoco se puede poner a dispararnos aquí en medio como si nada —dijo Maël, resuelto.

—¿Tú crees?

Asomando la cabeza por la esquina vieron que caminaban por la acera izquierda de una larga avenida recta flanqueada a un lado por puestecillos de comida y a otro por restaurantes, salones de masaje, agencias de viajes y hoteles de distintas categorías. Cada vez había más gente y, si era cómodo para pasar desapercibidos, era realmente difícil no perderlos de vista.



Por fin los vieron cruzar la avenida y entrar en un edificio grande y blanco con dos palmeras en la puerta, dos guardaespaldas uniformados, con casco blanco y pistola al cinto, y un ascensor de cristal que recorría la fachada como una gota de agua.

Se detuvieron sin saber qué hacer y la espera quedó recompensada cuando vieron a Lena y a su secuestrador subiendo en el ascensor iluminado. El gorila escrutaba la calle, pero ellos se habían refugiado en un portal donde no llegaba tan intensamente la luz de las farolas.

Desde donde estaban no podían leer la placa con el nombre de la empresa o el consorcio propietario de aquel edificio, pero los guardias dejaban bastante claro que no estaba abierto a cualquiera que quisiera entrar, como si se tratara de un hotel para turistas. A un lado de la puerta, una enorme valla publicitaria mostraba a Su Majestad el Rey de Tailandia pilotando un velero.

Maël y Anaís siguieron con la vista el recorrido del ascensor iluminado a lo largo del edificio, hasta que se detuvo en la quinta planta y sus ocupantes lo abandonaron; luego los vieron caminar a lo largo de un pasillo, ventana tras ventana, hasta llegar a una habitación de la que salía una luz azulada.

Intercambiaron una mirada.

—¿Subimos? —dijeron casi a la vez.

Sonrieron, chocaron las manos extendidas y echaron a correr directamente hacia la fachada, como si no fuera un obstáculo que se interpusiera en su camino. Porque no lo era.



## Rojo. Innsbruck (Austria)

En Innsbruck, después del entierro de Clara, al que habían acudido casi todos sus antiguos compañeros y profesores, además de la familia, los tres miembros del clan rojo que habían estado presentes, Dominic, Eleonora y Gregor Kaltenbrunn, estaban reunidos en la salita de la *suite* de Eleonora. No les había parecido prudente compartir habitación, teniendo en cuenta que, para Brigitte, la madre de Clara, ellos dos seguían siendo hermanos.

La pobre mujer estaba realmente enferma y apenas había podido soportar el funeral de pie, a pesar de que Dominic la había sostenido todo el tiempo frente a la tumba abierta. Él tampoco tenía muy buen aspecto, lo que no había sido difícil de fingir porque se encontraba peor con cada día que pasaba sin noticias de Arek y tampoco había ayudado mucho el hecho de haber presenciado el entierro de un bebé desconocido que él no sabía de dónde había salido porque todo había sido arreglado por Gregor sin dar explicaciones.

Eleonora se había apoyado en el brazo del doctor Kaltenbrunn durante la ceremonia y ahora estaba tumbada en una de las otomanas de la salita, con un brazo tapándole los ojos y la otra mano sobre el corazón, para tratar de sosegar las palpitaciones.

Dominic paseaba de una pared a otra, como una fiera en su jaula, pensando. Lo único que de momento había quedado claro era que Arek estaba en manos del clan blanco, si Lena no había elegido arbitrariamente el color de su traje. Y del clan blanco hacía años, muchos años, que no sabían prácticamente nada, salvo que estaban radicados en algún lugar cercano al Polo Norte. Por eso nunca habían tomado medidas en su contra y siempre habían pensado que, en caso de temer a alguien, su enemigo natural era el clan negro.

La noche del nacimiento de Arek, cuando todos los pájaros se volvieron locos y los atacaron para permitir que alguien pudiera hacerse con el bebé y salir de Villa Lichtenberg, ninguno de los rojos pudo ver quién se lo llevaba, aunque lo lógico era suponer que la secuestradora había sido Lena, que estaba en la casa y a la que habían

visto en el mismo salón de la ceremonia de integración de Arek.

No conseguía explicarse cómo no se había dado cuenta meses atrás de que Lena era algo especial. Si la hubiera elegido a ella para madre de Arek, seguramente ahora no tendrían esos problemas, pero todos los indicios apuntaban a Clara; las pruebas que le hicieron en Roma, en octubre, fueron positivas, y la inseminación funcionó perfectamente. ¿Cómo iba él a pensar que justo esa amiga de Clara, que tan mal lo miraba y tanto sospechaba de él, tenía sangre *karah* y acabaría convertida en su peor enemiga? Y ¿de dónde había salido aquella Lena? ¿Quién había sido su madre? Tenía que investigar por esa línea, aunque sólo fuera para su propia tranquilidad.

El Shane, si lo sabía, no había querido decirle nada. Cuando estaba a punto de marcharse a Austria, aún en Villa Lichtenberg, habían tenido una conversación de la que lo único que había sacado en claro era que el clan blanco, al que suponían que pertenecía Aliena, había dejado de estar localizable.

—He tratado de comunicarme con ellos en la estación polar —le había dicho el Shane—, pero allí no contesta nadie. Sale siempre un mensaje de que están fuera, realizando trabajos de campo, y contestarán a su vuelta. Puede ser y puede no ser, pero no vale la pena ir hasta allá para que nos lo digan en la cara. También puede ser que Aliena nos haya mentido y pertenezca al clan negro, pero no me cuadran las cosas.

—Pero ¡hay que hacer algo! —explotó Dominic, furioso ante la tranquilidad del Shane.

—Sí. Lo que yo llevo días haciendo. Pensar. —Su extraño rostro compuso una mueca que aún lo volvía más extraño y enloquecido. Dominic se acercó y se sentó frente a él con renuencia; cruzó fuerte las manos entre las rodillas, se inclinó hacia él y preguntó intentando poner humildad en el tono.

—Dime, Shane. ¿Sabes dónde está Lena? ¿Sabes dónde está Arek?

La cabeza llena de picos blancos del Shane se agitó de un lado a otro, despacio, mientras sus labios se apretaban en una sola línea.

—Te lo juro por *karah*. No lo sé. Y me molesta profundamente no saberlo. Creo que no voy a tener más remedio que pedir ayuda, lo que también me molesta profundamente.

—¿Ayuda? ¿A quién? ¿Quién crees que lo sabe?

—Eso es asunto mío.

¡Maldito Shane, hablando siempre con enigmas!

—¡Ah! —había añadido, mirándolo fijamente—, no se os olvide que después del entierro de tu «esposa» en Innsbruck —las comillas eran visibles en su tono de voz—, hay que darle a la madre un buen ascenso y algún regalo extra. —Se quedó mirándolo con una chispa de diversión—. Sí, querido, todos pensáis que estoy loco, y no vais muy desencaminados, pero conservo aún una pizca de sensatez. Aprovecha el

viaje para investigar, si quieres, pero haz las cosas bien o tendremos que librarnos también de la madre y tú sabes que no es el mejor sistema. ¿De acuerdo?

Unos golpes en la puerta sacaron a Dominic de sus pensamientos. Gregor fue a abrir al camarero que traía los cócteles que habían pedido al servicio de habitaciones.

—*Caipiriña* para ti, Dominic. Mojito para ti, querida. *Old Fashioned* para mí, evidentemente. Bien. —Levantó su vaso en un brindis circular y, sin esperar más, dio el primer sorbo—. Y ahora ¿qué sugerís, parientes? Estamos otra vez en la primera casilla. Ni Miles ni Mechthild han averiguado nada. Flavia sólo sabe que los blancos parecen haber abandonado el nido de los hielos todos a la vez. Del clan negro no sabemos nada.

—¿Y el azul? —preguntó Dominic.

—Como siempre. Silencio marino.

—¡Alguien tiene que tener a mi hijo! —casi gritó Eleonora—. ¡Algo podremos hacer para recuperarlo! ¡Gregor! Tiene que haber una solución.

—Deja de decir eso de «mi hijo» como si fueras *haito*, hazme el favor. Es algo que me da grima. —Dio un lento sorbo a su vaso, dándole tiempo para que se tranquilizara un poco—. En cuanto a lo de la solución, me honra tu confianza en mis capacidades, pero no se me ocurre qué podemos hacer. Salvo, eso sí, empezar a plantearnos aumentar nuestro contingente de familiares cuanto antes; nos hemos descuidado mucho y llevamos décadas pensando que pagando bien a *haito* no tenemos por qué descubrir nuestro juego alimentándolos con nuestro propio *ikhôr*, pero me temo que ha sido una postura excesivamente arrogante que ahora nos va a traer problemas. No tenemos a quién pedir ayuda en estos momentos.

—Yo no quiero hablar ahora de familiares, Gregor, quiero que tomemos medidas para recuperar a Arek.

—Primero tendremos que plantearnos qué podemos ofrecer a cambio de que nos devuelvan a nuestro conclánida. ¿Tenemos algo que ofrecer?

Dominic clavó la mirada en Kaltenbrunn como si fuera un cuchillo. No sabía qué decir. Cualquier cosa que dijera, la habría pensado ya Gregor y vuelto a rechazar.

—Tenemos dinero, claro —dijo para romper el silencio, sabiendo que decía una estupidez.

—Como todos los otros clanes. No se viven más de mil años sin llegar a hacerse rico. Me temo que el dinero no les va a tentar.

—Poder, influencia...

—No más que el clan negro. Entre ellos y nosotros controlamos la mayor parte de la industria alimentaria del planeta, sin hablar de las empresas farmacéuticas, el petróleo, los consorcios de medios de comunicación, la informática, la armamentística y la industria pesada, por hablar sólo de lo realmente grande.

—¿Y el clan blanco?

—Si te molestas en averiguar quién está en la cima de la pirámide de cualquier rama que valga la pena verás que siempre es *karah*, de uno u otro color. Con dinero, poder e influencia no podemos comprar a ningún conclánida ni persuadirlo de devolvernos al niño.

—Entonces —dijo Eleonora, metiendo las dos manos en su enorme melena roja y tironeándose de los cabellos—, ¿qué quieren? ¿Qué podemos darles?

—Quizá lo que quieren tenga que ver con esas leyendas que nunca hemos querido creer del todo. Estoy especulando, que conste, yo tampoco sé nada, pero... aceptando que esa Aliena pertenezca realmente al clan blanco y que de verdad sea algo especial..., entonces, si nuestro Arek es el futuro nexo y ella debe convertirse en la mentora de nuestro niño para que él, llegado el momento, sea capaz de abrir la puerta a... —hizo un gesto de abanico con la mano que no estaba ocupada con el vaso de whisky— lo que sea..., eso significaría que es fundamental que ambos estén juntos. Lógicamente, ella no quería estar con el clan rojo, la verdad es que no puedo culparla, considerando que se ha educado como *haito* y ha visto lo que nosotros hacemos con *haito*, y, al no querer quedarse con nosotros para entrenar a Arek, no ha tenido más remedio que secuestrarlo para llevarlo con los suyos.

—Pero si es así, Gregor —concluyó Dominic, que estaba mortalmente serio—, entonces no hay posibilidad de que nos lo devuelvan.

—Eso es lo que creo, sí.

Eleonora y Dominic se miraron desolados.

—Aunque... Podríamos intentar ofrecerles información sobre cómo abrir la puerta —siguió Gregor casi para sí mismo.

—¿La tenemos? —preguntó Dominic.

—No. Creo que de momento no, aunque tendría que hablar con el Shane. Pero... si averiguamos quién la tiene, podemos hacernos con ella y usarla como moneda de cambio. —Hizo una pausa, se apretó la frente con la mano y casi sonrió—. Y, si no me equivoco..., más adelante nos necesitarán, si las leyendas no mienten. En alguna parte se dice que, para que se abra la puerta, los cuatro clanes tienen que enviar a un miembro en representación de su color. Podemos dejar claro que jamás contarán con nosotros si no nos devuelven al pequeño.

—¡De acuerdo! —Eleonora se puso de pie, como si quisiera ponerse en marcha de inmediato—. Llama al Shane y dile lo que hemos hablado; que llame a todos los *mahawks* y les informe de nuestra decisión.

En ese momento el teléfono de Dominic dio el pitido con el que se anunciaban los mensajes de texto. Lo leyó y se quedó mirándolo como si no pudiera creer lo que veía.

—¿De quién es? —preguntó Eleonora, preocupada por la expresión del rostro de Dominic.

—No está firmado, pero ha sido enviado desde el móvil de Clara.

—¿De Clara? —preguntaron Gregor y Eleonora a la vez.

Dominic asintió con la cabeza.

—No tengo el menor recuerdo de qué ha sido de ese teléfono. Supongo que sigue en Villa Lichtenberg, aunque también es posible que alguien lo cogiera el día en que nació Arek, cuando los pájaros.

—Y ¿qué dice?

Dominic bajó la vista de nuevo al mensaje y leyó:

—«Lena está en Bangkok, pero no por mucho tiempo».

—¿En Bangkok? —Eleonora hablaba para sí misma—. ¿Y Arek? ¿Está con ella?

—No lo dice, pero si la localizamos, ella sabrá donde está nuestro hijo.

—Bangkok... —Gregor se bebió el último trago de su *Old Fashioned*—. Parece que quiere algo del clan azul. O que el clan azul quiere algo de ella. Tendremos que ir a ver, parientes. Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña.



## Haito. Bangkok (Tailandia)

Colgados como murciélagos en un balcón del quinto piso del edificio en el que se encontraba Lena, Maël y Anaís la vieron esperando en un despacho junto con el gorila del vestido de flores; un par de minutos después entró una señora de traje de chaqueta azul, mandó salir al matón y se quedó contemplando a Lena como si no fuera una persona de carne y hueso, sino simplemente un objeto, una escultura que alguien había dejado en aquel lugar por si le interesaba comprarla.

Su amiga estaba de perfil a ellos mientras la señora, de una elegancia natural que tenía poco que ver con su manera de vestir y mucho con su forma de moverse, daba vueltas a su alrededor como si estuviera fijándose en los detalles. Al cabo de un tiempo, se acercó y cogió el medallón que Lena llevaba al cuello mientras le preguntaba algo que ellos, lamentablemente, no podían oír porque la ventana estaba cerrada para evitar que entraran el calor y la humedad de la noche.

La señora esbozó una leve sonrisa que se repitió en seguida en el rostro de Lena: luego le hizo otra pregunta y su amiga se llevó una mano a la cabeza, se agachó y los *traceurs* tuvieron la impresión de que estaba tratando de enseñarle algo de su cráneo, una cicatriz mal curada tal vez, porque la mujer apartó el pelo de Lena y estuvo un buen rato inclinada sobre su cabeza hasta que pareció darse por satisfecha y, con unas palmaditas en el hombro, la hizo enderezarse de nuevo. Esta vez la sonrisa fue más amplia por parte de las dos.

Daba la impresión de que lo que estaba haciendo aquella mujer era reconocer a Lena por alguna señal particular, y no debía de tener malas intenciones porque la muchacha no parecía asustada ni sorprendida de lo que estaba pasando.

La mujer fue a la mesa de trabajo, cogió un móvil e hizo una llamada corta, apenas una o dos frases. Por un segundo, dirigió la mirada hacia afuera pero en el cristal sólo vio su propio reflejo y la figura de la muchacha al fondo, de pie, apretando el medallón en la mano derecha.

Anaís y Maël, uno a cada lado del balcón, pegados a la fachada y tratando de que no les diera la luz para no ser descubiertos, se miraron entre preocupados y perplejos:

era evidente que Lena estaba esperando una cosa así, por tanto era evidente que les había mentado, si bien era cierto que, al pasar junto a ellos cuando el gorila la encañonaba, les había dicho que aquello no era lo que parecía y que no debían preocuparse. Pero cada vez estaba más claro que la angustia que a veces se pintaba en el rostro de Lena no tenía nada que ver ni con novios perdidos ni con padres coléricos; allí había mucho más de lo que se apreciaba a simple vista.

En el interior del despacho, Lena se había sentado y la señora, después de haber servido dos vasos de algún zumo, también había tomado asiento frente a ella, como esperando algo.

Los *traceurs* volvieron a intercambiar una mirada. No podían pasarse horas enganchados al balcón, esperando sin saber qué ni cuánto tiempo y estaba empezando a quedar claro que Lena no los necesitaba para nada, que más bien estorbarían si se les ocurría aparecer en ese momento y preguntar qué rayos estaba pasando. Además de que el gorila, seguramente, no encontraría nada divertida su presencia.

Maël hizo un gesto evidente con la barbilla hacia arriba: «Vámonos de aquí». Anaís lo pensó un momento, asintió con la cabeza y ya estaba pasando la pierna sobre la pequeña balustrada para emprender el descenso cuando el tableteo de un helicóptero casi encima de ellos hizo que volvieran a agarrarse con toda su alma al precario asidero que los sostenía. El aparato estaba aterrizando en la terraza del edificio, a apenas tres o cuatro pisos de donde ellos se encontraban, una auténtica locura, porque no estaba lo bastante alto como para garantizar que no se engancharía con cables o antenas de otras casas contiguas.

Se miraron sin saber qué hacer. Lo importante, en cualquier caso, era pasar desapercibidos, por tanto lo mejor era quedarse quietos, como moscas pegadas a un cristal, hasta que la situación se tranquilizara y pudieran bajar de allí.

Dentro del despacho, la mujer y Lena se pusieron de pie, fueron hasta el final del cuarto, y el cuadro que hasta ese momento había cubierto la pared del fondo se deslizó a un lado y dejó abierta la puerta de un ascensor en el que entraron y que se cerró tras ellas dejándolo todo como si simplemente hubieran desaparecido.

Anaís empezó a trepar, casi sin pensarlo, por un puro impulso de acompañar a Lena y de ver en qué paraba todo aquello. Maël la siguió.

Llegaron justo a tiempo de ver cómo Lena se despedía de la mujer con un apretón de manos y subía al aparato, acomodándose en el asiento del copiloto, después de haber echado la mochila en los asientos de detrás.

La señora del traje azul se quedó en la terraza siguiendo el helicóptero con la vista hasta que se perdió entre las luces de Bangkok; luego tomó de nuevo el ascensor y la terraza quedó desierta. Los *traceurs* salieron de su escondrijo, se estiraron a conciencia y durante un minuto se limitaron a contemplar el paisaje urbano lleno de luces de todos los colores, tratando de distinguir el aparato en la distancia.



—Bueno —dijo Maël—, pues ya está. Nos ha engañado bien, la muy zorra.

—No sé, Maël.

—¿Cómo que no sabes?

Anáis sacudió la cabeza enérgicamente.

—No, listo, no sé. Es evidente que tiene algo que ocultar, eso sí. Algo gordo. Y que nosotros nos hemos metido en un lío que quizá no nos convenga nada, por eso ella trataba de perdernos de vista.

—Ya. Por nuestro propio bien, ¿no?

—Es posible.

—¡Venga ya! Debe de ser una gilipollas de la *jet set*, hija de algún supermillonario, que encuentra divertido tomarle el pelo a una peña de chavales de periferia, como nosotros.

—Yo no soy una chavala de periferia ni Lena me ha tomado el pelo para nada. Eso son manías tuyas, complejos que no sé de dónde salen. Yo me he metido en esto porque me ha dado la gana y, la verdad, si tengo ocasión, no voy a parar hasta ver dónde acaba la cosa porque me encanta la idea de que, por primera vez en la vida, me está pasando algo realmente especial. ¿Bajamos?

Maël se encogió de hombros, de mal humor. Era posible que Anaís tuviera razón y se tratara de algún complejo, de algún problema de autoestima como le había insinuado el psicólogo del instituto un par de años atrás, pero por el momento se sentía realmente cabreado. Aquella imbécil lo había puesto en ridículo. Él le había ofrecido protección y ayuda, se había sentido por unas horas casi como un caballero de tiempos pasados, como un hombre de verdad, y ahora ella se limitaba a tomarle el pelo, mentirle sin ningún tipo de escrúpulos y abandonarlo a bordo de un helicóptero mientras él se quedaba varado en la terraza de un edificio custodiado por guardias de seguridad. Si Anaís lo encontraba divertido era que estaba realmente loca. Claro que con ella no había jugado igual que con él.

Cuando llegaron abajo, sin incidentes y sin que nadie se diera cuenta, echaron a andar hacia la estación de metro y, sin hablarlo siquiera, se encontraron sentados en uno de los *Sky Bars* de los muchos que los hoteles del centro ofrecían, con una vista esplendorosa de la ciudad a sus pies. Pidieron dos cócteles y se quedaron mirándose sin saber bien cómo seguir.

—¿Se lo vamos a contar a los demás? —preguntó Anaís.

—¿Para qué? ¿Para que sepan que la muy imbécil nos ha dado esquinazo, después de que nos hubiéramos ofrecido a acompañarla, ayudarla y esconderla si era necesario?

—Para que estén al tanto de lo que ha pasado para cuando vuelva.

Maël hizo una sonrisa torcida.

—No me digas que piensas que va a volver.

—Pues claro que pienso que quiere volver. Lo que no sé es si podrá.

—Eres más ingenua de lo que yo pensaba.

Anaís negó lentamente con la cabeza mientras chupaba las cañitas de colores de su cóctel.

—No —contestó cuando tuvo la boca vacía—, no es ingenuidad, es que pensar mal de la gente no es lo primero que se me ocurre. Aparte de que, para mí, está claro que a Lena tampoco le gusta la situación, que de algún modo le viene grande, que no la ha elegido por gusto. Por eso está tan tensa, y se le llenan los ojos de lágrimas de vez en cuando. Mira, le voy a mandar un SMS.

—¿Y qué le vas a decir? ¿Que la echamos de menos? —Maël no podía evitar el tono irónico, como siempre que estaba ofendido.

Anaís tecleó rápidamente.

—Escucha: «Te hemos estado esperando. Hemos visto cómo te marchabas en el helicóptero. Ténos al tanto de lo que pase. Cuenta con nosotros para lo que haga falta. ¡Suerte! Beso».

—Conmigo no cuenta.

—Tú no eres el único del grupo. Estoy segura de que los demás estarán dispuestos a echar una mano si nos llama. Ellos no piensan que todo lo que sucede en el mundo está hecho adrede para humillarlos.

Maël la miró fijo, entre ofendido y furioso.

—¿Tú crees eso de mí?

Anaís apretó los labios y se los mordió mientras asentía una y otra vez.

—Yo creía que éramos amigos —dijo él con voz estrangulada, perdiendo la vista en las luces de la ciudad.

—Claro que somos amigos, idiota. ¿Tú crees que yo le digo esas cosas a gente que no me importa? Pero estoy harta, realmente harta, hasta las mismas narices de que te tengas lástima, de que te desprecies a ti mismo o de que des la vara constantemente con lo de que no te merecías a Vavá ni a ninguna mujer que valga la pena, de que pienses que este mundo es una conjura en tu contra, como si fueras el centro del universo y todo estuviera hecho para fastidiarte. Ya va siendo hora de que espables y dejes atrás las memeces adolescentes, que decidas estudiar algo que de verdad te guste y luches por lo que quieres, que aprecies lo que tienes y no te pases la vida dando saltos de acá para allá porque lo único que deseas es lo que no puedes tener y en cuanto lo tienes, lo tiras a la basura. Quiero que crezcas, imbécil, que no te haga falta estar borracho para reírte, que dejes de ponerte esa máscara de machito, sí, sé lo que digo. —Hizo un gesto y lo interrumpió cuando él quiso hablar—. Eso de «soy claro, soy sincero, digo siempre lo que pienso y lo que siento sin que me importe el daño que puedo hacer a los demás sin ninguna justificación, cargo con las consecuencias de mis actos y sufro en silencio como un hombre», ¿te suena? Si

pensaras un poco más antes de actuar, lo mismo no tendrías que sufrir ninguna consecuencia, gilipollas.

Maël soltó todo el aire de golpe y sonrió.

—¡Uf, chica, qué enjuague! ¿Cuánto tiempo llevabas guardándote todo eso?

—Psé. Supongo que desde que nos conocimos; te calé bastante rápido. Pero siempre pensé que eso no era cosa mía, que te lo tomarías fatal y no serviría de nada, de modo que me lo he callado hasta ahora.

—Nadie me había hablado nunca tan claro.

—Siempre hay una primera vez.

Maël pidió otros dos cócteles, brindaron y sonrieron.

—Gracias, Anaís; creo que me hacía falta.

Bebieron, ella aliviada de que siguieran siendo amigos, él todavía intrigado.

—Oye —preguntó Maël, inclinándose hacia ella—, ¿puedo hacerte una pregunta muy personal?

Ella asintió.

—¿Yo..., en fin..., yo te gusto?

Anaís explotó en una carcajada.

—Vale, no hace falta que me contestes. —Maël volvía a su expresión ofendida. Anaís le cogió una mano, que estaba helada de sujetar el cóctel.

—No te enfades, chico. Es que... no he podido evitarlo, lo siento. Te digo por activa y por pasiva que tu problema es creerte el centro del universo, te doy siete mil explicaciones y ¿qué haces? Preguntar si todo eso es porque estoy enamorada de ti. —Sacudió la cabeza en una negativa sin perder la sonrisa—. No. No lo estoy. Al principio, hace más de un año, sí me gustabas y pensé que a lo mejor teníamos posibilidades, siendo los dos *traceurs* y todo eso, pero me fui dando cuenta de que nunca funcionaría. Tú usas el fantasma de Vavá como barrera frente a las otras chicas. Te gusta flagelarte, le das vueltas a todo y no eres realmente capaz ni de dar ni de tomar. Eres tú, para ti, siempre, solo. —Volvió a sacudir la cabeza—. No, Maël, yo te quiero mucho como amigo, pero como pareja..., yo quiero otra cosa. —Estuvo a punto de decir «como pareja lo que yo busco es un hombre de verdad», pero se dio cuenta a tiempo de que eso destrozaría a Maël y a ella la llevaría a una larguísima discusión sobre lo que es «un hombre de verdad», de manera que volvió a apretarle la mano y cambió ligeramente de tema—. Ya verás como si dejas que desaparezca el fantasma de Vavá, que sea lo que debe ser, un recuerdo precioso, y dejas de medirme con unos y con otros, y dejas de pensar que eres el hombre más desgraciado del planeta, las cosas cambiarán rápido y encontrarás a una chica que quiera cargar contigo. —Terminó con una sonrisa llena de dientes, exagerada a propósito para que se diera cuenta de la broma, pero él no entró al trapo—. ¿Tanto te gustaba Lena?

Ahora fue él quien sacudió la cabeza.

—No. No sé. Supongo que me había hecho ilusiones, que llevo mucho tiempo solo y me gustaría que me pasara algo.

—¡Pues eso! Tengo el pálpito de que si seguimos en contacto con Lena nos pasarán cosas.

Sonó una melodía en el móvil de Anaís.

—¿Qué te decía? De Lena. «No sé adónde me llevan. Os informaré en lo posible. Siento no poder deciros más. Gracias por todo». ¡Venga, termínate el cóctel y vámonos al hostal! ¡Mañana salimos para la isla y tenemos que estar más o menos despiertos!

Esperando el ascensor para bajar a la calle, Maël le pasó un brazo por los hombros y se inclinó hacia su oído.

—¿Por qué eres amiga mía? —preguntó bajito.

—Porque yo también soy masoca, al parecer. —Le dio un abrazo fuerte y rápido y entraron en el ascensor.



## Blanco. Viena (Austria)

Joseph volvió de la calle empujando el cochecito de Arek, dejó al niño, que se había dormido, en su habitación y, sin siquiera quitarse los zapatos, fue a la cocina donde esperaba encontrar a Emma a juzgar por el ruido de cacerolas que se oía desde el pasillo.

—¡Shhh! El pequeño duerme —dijo poniendo un dedo sobre los labios.

Ella puso cara de culpable y sonrió.

—*Mea culpa*. Hace tanto que no hay niños en mi vida que simplemente se me olvida que existe.

—He estado pensando, Emma.

—Dime.

—No es posible que el clan blanco siga adelante en estas circunstancias; se ha quedado casi sin familiares. Chrystelle y yo ya no somos gran cosa...

—Según para qué —lo interrumpió ella.

—Gracias, querida, pero hay cosas que ya no podemos hacer. Está Willy, que no sabe casi nada del clan porque Lasha se ha negado siempre a darle información, aparte de que también tiene sus años, y está Max, a quien Bianca siempre trató de mantener al margen, por su propio bien ya lo sé, pero ahora, precisamente por eso, no nos sirve de tanto como quisiéramos. Necesitamos urgentemente más familiares y he estado pensando que quizá podríamos, ahora que además estamos en Austria, ver si nos convendría ese muchacho que sale con Lena, Daniel. Trabajó muy bien con Max.

Emma se cruzó de brazos y perdió la vista en el póster de la pared, una foto nocturna de la tierra desde el espacio, con todas las luces de las ciudades.

—Yo había pensado en reclutar a Ritch, el chico que hizo la tesis con Lasha y que parece no sólo rápido de mente sino lo bastante curioso y dotado de fantasía como para ser capaz de creer en nuestra existencia. Además, tengo la esperanza de que sea capaz de mirar con ojos limpios y nos ayude a comprender lo que tenemos enterrado en el hielo.

—Daniel también es listo y, por lo que me ha contado Max, estudia física.

Además, él ya sabe de nuestra existencia y unas cuantas cosas sobre *karah*. Podéis ofrecerle el pacto a los dos.

—Sólo estamos Albert y yo para alimentarlos. Y yo ya estoy dándole *ikhôr* a Arek; no sé si vamos a poder.

—Yo puedo colaborar.

Emma sacudió suavemente la cabeza, se acercó a Joseph y lo abrazó con cariño.

—Tú necesitas todo el *ikhôr* que corre por tus venas, querido mío. ¿Cuánto llevas ya sirviendo al clan?

—Desde 1870, me parece, cuando siendo un chiquillo de dieciocho años me enamoré locamente de la baronesa Alma de Blumenthal y en un impulso del que, sin embargo, no me arrepiento, le dije que le entregaba mi vida si la quería. Y ella, en vez de quitarme la vida —dijo sonriendo—, me la dio.

Pasó una nube por los ojos de Emma, como si acabara de recordar algo muy doloroso.

—¿Te he agradecido alguna vez que cuidaras de mi pequeña en España, cuando yo tuve que ocultarme?

—Muchas veces, Emma, no te preocupes. Lo habría hecho de todas formas, por ella, por ti. —Le apretó suavemente el brazo y se apartó de ella—. Voy a quitarme los zapatos. Tú piensa en el asunto de los dos muchachos.

—Ya lo he pensado. Voy a llamar a Ritch ya mismo. Sobre Daniel hablaré con Albert.

—¿Y Lasha? —preguntó desde la puerta, tratando de no darle mucha importancia.

—Lasha es el *mahawk*, sí, pero no le interesa el clan ni sus leyendas ni las posibilidades que nos va a abrir ese niño que tenemos ahí dentro. Va y viene sin darle explicaciones a nadie. Últimamente, de todas formas, su palabra favorita es «no», así que no me siento obligada a pedirle permiso para nada.

—Tú verás, querida, pero no olvides que la unión hace la fuerza y no nos conviene pelearnos con Lasha ahora.

—Lasha no dará su brazo a torcer, Joseph. Insiste en que lo de las puertas son tonterías y no cree en la existencia de un nexo.

—Pues Albert me ha dicho que hace poco habló con él por teléfono y parecía bastante impresionado con los últimos desarrollos. —Se dio cuenta de la expresión de Emma y preguntó—: ¿No lo sabías?

—No. ¿Cuándo ha sido eso?

—No sé bien. Hará un par de días, tres o cuatro como mucho.

—Y ¿qué más quería saber Lasha?

—No sé. Pregúntale a Albert.

—¿Sabes qué le contó?

—A ver..., pues eso que te he dicho..., que parecía impresionado por lo que había sucedido en Villa Lichtenberg y que estaba más dispuesto a aceptar que pudiera haber algo de verdad en lo que él siempre había creído mitos y leyendas sin fundamento.

—Entonces, ¿sabe que tenemos a Arek?

—Creo que sí.

—¿Sabe dónde está Lena?

—Sí. También.

—Y ¿cómo sabe que existe Lena?

Joseph se encogió de hombros y, de repente, su expresión cambió.

—¿Quieres decir que no debería saberlo?

—Quiero decir que me extraña que Lasha, que nunca se ha interesado por esas «estupideces» —las comillas eran visibles en su tono de voz—, y que se rio de nosotros todo lo que quiso cuando, hace meses, le contamos que iba a nacer un niño del clan rojo que se rumoreaba que podría ser el nexo que esperamos desde hace tanto, ahora, de repente, esté dispuesto a creerse eso y más, y que también sepa de la existencia de Lena y probablemente de su papel en el asunto, porque, de lo contrario, no se habría preocupado de saber dónde está. Y el pobre de Albert, que es un ingenuo, se lo ha contado todo sin consultarme.

—Es que últimamente está tan feliz que ya no piensa en nada que no seas tú —dijo Joseph sonriendo. La expresión de Emma se dulcificó.

—¿Cómo te has enterado?

—Porque se nota a kilómetros y yo no nací ayer. Anda, quítate esa arruga de la frente. Lasha es un conclánida, no os traicionará.

Ella resopló.

—No sería la primera vez. Lasha es un depredador.

—Como todos, como *karah* en general. Es como decir que los tiburones o las panteras son depredadores. Lasha es un depredador como lo sois todos. ¿O debo recordarte ciertas cosas que tú misma has hecho con esa carita dulce?

—Nunca he traicionado a los míos.

—Según se mire. ¿Ya no recuerdas las circunstancias de la concepción y el nacimiento de tu única hija?

—A veces puedes ser odioso, Joseph.

—Todo se pega, querida mía.

—¿Crees de verdad que Lasha no va a hacer nada contra Lena?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque si está dispuesto a creer que las puertas existen y que pueden ser abiertas, puede llegar a la conclusión de que si no hay nexo y no hay Lena, tampoco hay peligro. Simplemente para mantener las puertas cerradas.

—Es una buena respuesta. Lo pensaré con cuidado y te diré lo que creo que podemos hacer.

—Pero tú estás en contacto con ella, ¿no?

—Sí. Para ella, de momento y hasta que os conozca a vosotros, Chrystelle y yo somos el clan blanco. Tengo el número del móvil que se compró antes de salir de Europa. En caso de necesidad puedo ponerme en contacto con ella de inmediato.

—¿Sabes si Albert le ha dado el número a Lasha?

—No. No lo sé. Sería posible, claro.

—Dile a Lena que lo apague en seguida y que cuando llegue a un lugar tranquilo te llame desde allí y te dé un número donde localizarla. Lo importante es que nosotros podamos ponernos en contacto con ella pero que nadie más pueda saber dónde está sin que nosotros lo aprobemos. Y cuando digo «nosotros» por el momento excluyo a Lasha, hasta que sepamos con total seguridad de qué lado está. ¿Te parece?

—Sí. Nunca se ha perdido nada extremando la seguridad. Lo haré inmediatamente.

Ya estaba en el pasillo cuando le llegó otra vez la voz de Emma.

—¿Sigues echando las cartas?

Metió la cabeza en la cocina y la miró con seriedad. El Tarot, pensara lo que pensase Emma, era un asunto muy serio.

—Evidentemente. Alma me enseñó y cada vez que las uso es un homenaje.

—Consúltalas, por favor, y dime qué aconsejan.

—Se hará como ordenas, ama.

Emma le sacó la lengua y siguió preparando la comida mientras pensaba que los tiempos estaban cambiando de verdad. Cien años atrás, la respuesta de Joseph le habría parecido totalmente correcta.





## Lena. Azul. Isla de Él (Pacífico Sur)

El piloto no parecía tener ningún interés en comunicarse con ella porque ni siquiera le ofreció los cascos para poder hablar y a Lena le pareció un alivio limitarse a disfrutar de su primer vuelo en helicóptero sin tener que mantener una conversación intrascendente con un desconocido.

Se alegraba de que las cosas se hubieran puesto por fin en marcha y, a la vez, le daba una cierta angustia estar otra vez sola y enfrentada a algo que no podía controlar. Intentaba no perder de vista las palabras de su madre, repetidas una y otra vez en todos los mensajes que había dejado para ella: «Eres una chica maravillosa», «Eres fuerte», «Puedes hacerlo», o «Entenderás», «Te necesitamos». Sólo que ella no se sentía particularmente fuerte ni maravillosa, seguía sin entender nada y no estaba segura de poder hacer lo que fuera que su madre esperaba de ella. Aunque cuando recordaba lo que había sido capaz de aprender con Sombra, no podía evitar que se le escapara una sonrisa de orgullo. Si había aprendido a hacer esas cosas, podría aprender todo lo que hiciera falta, suponiendo que Sombra regresara con ella.

Recordó las palabras que tan perpleja la habían dejado en el último mensaje grabado por su madre para ella, el resumen y la síntesis de lo que tenía que saber para poder enfrentarse a lo que la esperaba. Bianca le había dicho, mirándola fijamente a los ojos desde la pantalla, tan fija y tan seriamente que a veces ni siquiera parecía su madre, la madre que ella había conocido y amado, sino una hermosa mujer desconocida que le hablaba de cosas apenas comprensibles:

«Siempre quise que te educaras como *haito*, pequeña, porque si algo ha estado a punto de perder a *karah* ha sido la arrogancia, la *hybris*, ese orgullo desmedido que hemos heredado de nuestros antepasados y que nos ha hecho pensar que nada más tiene importancia, que nada más merece sobrevivir. No hemos querido darnos cuenta de que la supervivencia de *karah* depende de *haito* y depende también del planeta que nos acoge. Ahora quizá sea tarde ya para *haito*. Están a punto de destruir

definitivamente su planeta, que es lo único que tienen. Por eso tenemos que preocuparnos de que *karah* sobreviva aunque sea fuera de aquí. Por eso es necesario intentar abrir la puerta que nos permitirá pasar al otro lado.

»Yo no quería que pensaras sólo como *karah* y por eso te eduqué como *haito*, para que pudieras comprender su manera de ver el mundo, sabiendo que llegaría el momento en que entrarías en posesión de tu herencia y tendrías lo mejor de las dos especies. Ahora es el momento y por eso tienes que entender y hacer llegar al centro de tu ser, de tu corazón y tu cerebro, el núcleo por el que nos regimos todos: primero es *karah*.

»Recuérdalo, grábalo en tu interior, pase lo que pase, suceda lo que suceda, primero es *karah*.

»¿Te acuerdas de todas las veces que a lo largo de tu vida te he repetido “primero somos nosotros”? No podía hablarte de *karah*, pero intenté inculcarte esa máxima para que cuando llegara el momento no tuvieras más que precisar ese “nosotros”. Supongo que tú pensabas que me refería a la familia: a tu padre, a mí y a ti misma. Tenías casi razón. Ahora simplemente te estás dando cuenta de que esa familia que es primero que cualquier otra cosa es mucho más grande.

»Te he educado para que no seas un depredador absoluto como lo somos todos nosotros, sino sólo cuando te convenga o cuando sea necesario para la salvación de *karah*. Te he concebido y educado para que seas capaz de abrir la puerta que nos salvará a todos. Espero no haberme equivocado.

»Te quiero, Lena. Confío plenamente en ti, con toda mi alma. Tú nos salvarás. Y no lo olvides, mi amor, pase lo que pase: primero es *karah*».

Recitó en voz baja las palabras que ya había repetido tantas veces sin conseguir hacerlas del todo suyas: «Primero es *karah*». Quizá Bianca hubiera pensado iniciar su entrenamiento como *karah* a partir de los dieciocho años y no le había dado tiempo, pero de momento, aunque procuraba entrenarse como su madre le había pedido, tratando de hacer llegar esa consigna a lo más profundo de su ser, no lo lograba. Lo que hasta el momento había visto de *karah* no era precisamente digno de imitación. Si podía elegir, ella no quería tener nada que ver con gente como Dominic y su familia. La cuestión estaba en si la dejarían elegir.

Y quizá no todos los clanes fueran iguales, quizá el clan blanco fuera mejor. O el clan azul. Aquella señora había sido amabilísima con ella y ni siquiera se había empeñado en afeitarle el cráneo, que era lo primero que había temido al decirle dónde tenía el tatuaje.

El vacío en el estómago le dejó claro que estaban perdiendo altura con rapidez, de modo que se concentró en el aterrizaje, apartando todo tipo de pensamientos para fijarse en lo que estaba pasando a su alrededor. El helicóptero se acababa de posar en un pequeño aeropuerto a las afueras de Bangkok después de un silencioso vuelo de

apenas media hora sobre la ciudad enjorada de luces. Allí, sin embargo, estaba bastante oscuro porque habían aterrizado frente a un hangar casi al límite del aeropuerto, donde no había ya más que cocoteros y campos de arroz.

El piloto le indicó por señas que podía bajar y, nada más poner pie en tierra, un tailandés joven y sonriente le abrió la puerta trasera de un cuatro por cuatro negro manchado de barro. Lena se acomodó con su mochila, la puerta se cerró y el vehículo se puso en marcha sin que nadie hubiera pronunciado una palabra.

En ese momento su móvil le indicó que había recibido un mensaje de texto. Lo leyó con una sonrisa y contestó inmediatamente. Era un auténtico placer volver a recibir SMS como cualquier chica normal; en todos los meses que había pasado con Sombra esa era una de las cosas que más había echado de menos. Lo más probable era que no volviera a ver a sus recientes amigos *traceurs*, pero resultaba muy agradable saber que estaban ahí, al alcance de su móvil. Se habían portado muy bien con ella; le daba pena pensar que quizá no volvieran a encontrarse, aunque siempre se podían escribir y quizá más tarde, si alguna vez volvía a recuperar su vida, podrían verse de nuevo en París o en Austria. Podría ir con Dani y presentarle a los *yamakasi*, y que ellos vieran que sí tenía novio y que no era el imbécil que les había hecho creer al principio.

Sería maravilloso recibir un mensaje de Dani, pero debían de habérselo prohibido porque no había vuelto a saber de él desde la noche del nacimiento de Arek. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? Empezó a contar los días con los dedos y el resultado la dejó perpleja. Le salía algo menos de una semana. No era posible. Tenía la sensación de que llevaba siglos moviéndose.

Volvió a intentarlo: la noche de Villa Lichtenberg, cuando su salto la llevó a la sala de estar de su casa, en Innsbruck; dos días oculta en su casa, reponiéndose, leyendo mensajes de su madre, haciendo planes para ir a Bangkok como ella le sugería; un día de viaje entre ir a Múnich y volar a Tailandia; el día que pasó con los *yamakasi* en su hostel; los dos días esperando a que alguien se pusiera en contacto con ella; el día que había empezado esa misma mañana con la excursión a Ayutthaya, el contacto con Miss Tittiporn, la señora elegante vestida de azul, el helicóptero, el coche que ahora la llevaba a un lugar desconocido.

Podía ser cierto que aún no hacía una semana de cuando había visto a Dani por última vez, pero de todas formas, suficiente tiempo para que hubiese intentado ponerse en contacto. ¿Se lo habrían prohibido o sencillamente se habría cansado de todo aquello que a él ni le iba ni le venía? Las dos cosas eran posibles.

O quizá... La idea la golpeó con fuerza física y se enderezó en el asiento, angustiada. Quizá estuviera esperando a que ella lo llamara para decirle algo sobre el regalo que le había dado al despedirse. Estaba claro que se trataba de algo importante para él.

Le habría gustado sacar todo lo que llevaba en la mochila para ver si encontraba la cajita, pero por una parte no le parecía un momento adecuado y por otra tenía auténtico miedo de no llevarla, de que se hubiera quedado olvidada en el apartamento de Bangkok al que seguramente ya no volvería jamás.

Trató de darse ánimos pensando que normalmente no era tonta y hasta ese momento había conseguido no perder nada de lo que tenía que llevar consigo. Aunque no tuviera un recuerdo claro, estaba segura de no haber dejado nada en ninguna parte. Buscaría la cajita en cuanto la llevaran a algún lugar donde pudiera tener un mínimo de intimidad; hacía mucho que era de noche, antes o después la dejarían dormir un rato.

De todas formas, insistía su cerebro, ¿por qué no le había mandado ni un miserable SMS para ver si estaba bien? Ahora que tenía móvil podía, al menos, escribirle un mensaje cariñoso de vez en cuando para que ella supiera que no la había olvidado.

La misma formulación del pensamiento le trajo la respuesta y casi la obligó a reírse de sí misma: «¡Ahora que tenía móvil!», justamente ahí estaba la solución. Llevaba meses sin tener, porque había apagado y abandonado el suyo de siempre para que no pudieran localizarla. Dani se había acostumbrado a no tener dónde llamar y ahora que se había comprado uno en el aeropuerto ni se le había pasado por la cabeza ponerle un SMS dándole el número. ¡Cómo podía llegar a ser tan tonta! ¡Echarle a él la culpa de su propio despiste! Le mandaría el número en cuanto hubiera abierto el regalo. Así, de paso, podría darle las gracias y decirle si le había gustado.

¡Bien! ¡Qué descanso! De repente se encontraba tan feliz que habría podido cerrar los ojos y dormir hasta el día siguiente, pero en ese momento el coche, que había estado circulando por carreteras oscuras y poco frecuentadas, se apartó de la principal y entró por un sendero que debía de ser de arena blanca porque despedía una leve luminosidad en medio de la negrura general. El conductor tenía puesta la radio en una emisora local con un tipo de música que a ella le sonaba exótica y un poco cargante, pero cuando aparcó y cortó el contacto, el silencio le resultó peor que la música y deseó que la radio siguiera funcionando.

No llegaba a tener miedo de verdad, pero de vez en cuando notaba un temblor por debajo de su seguridad y se preguntaba si no irían a matarla simplemente, pegarle un tiro cuando menos se lo esperase y dejar su cadáver en la selva tailandesa que los rodeaba por todas partes y que debía estar llena de bichos y animales de todo tipo que darían buena cuenta de su cuerpo en un par de días. Pero no tenía sentido pensar esas cosas. Si la atacaban, haría lo posible por defenderse. Más no podía hacer.

Se bajaron del cuatro por cuatro y Lena, siguiendo al chófer, rodeó una casa de madera y techo de palma hasta llegar a una extensión lisa abierta en la jungla, obviamente una pista de despegue de estilo casero donde esperaba una pequeña

avioneta.

El vuelo fue corto y sin incidentes, tanto que no le dio tiempo ni a empezar a sentir modorra. Aterrizaron junto a un lago y Lena pasó de la avioneta a un pequeño hidroavión que se balanceaba en las aguas oscuras. Todo punteado de sonrisas y gestos amables pero sin lengua, sin palabras en ningún idioma.

Empezaba a sentirse como un paquete postal que unos desconocidos sin rostro se pasan de unos a otros sin que el posible contenido tenga la menor importancia.

Su móvil volvió a indicar que había recibido un sms del número de *oncle* Joseph:

«Desconecta el teléfono ya. Llama cuando puedas desde otro número para decir dónde estás. No te fíes de nadie. ¡Buena suerte!».

Se quedó mirando fijamente el aparato hasta que se apagó la luz. ¿Quería eso decir que la estaban siguiendo, que corría peligro? «No te fíes de nadie». Sí, esa era la frase que más veces había oído a lo largo de su adolescencia. Debía de haber sido muy difícil para su madre enseñarle a la vez dos cosas tan contradictorias: que el mundo era, en principio, un buen sitio lleno de gente encantadora, y que no debía confiar del todo en nadie, jamás. Sin embargo, de alguna extraña manera, tenía la sensación de que lo había conseguido.

Apretó el botón de desconectar sintiendo un tirón, como si estuviera cortando un cable que la uniera a la civilización, a la seguridad, a las personas que la querían. Era como sacar la cuerda del mosquetón en una escalada. Pero Joseph tenía más experiencia que ella y él sabría por qué.

Miró sin ver la oscuridad que la rodeaba, la cara inexpresiva del piloto que ya había empezado a hacer girar las hélices del avión, los diales luminosos del salpicadero. De momento no había nada que hacer salvo esperar a que el día trajera nuevos acontecimientos, de modo que apenas despegaron se dejó ganar por el agotamiento y la tensión de los últimos días y se quedó dormida sin darse cuenta.

La despertó el amerizaje en algún lugar al que no consiguió poner nombre. Desde el hidroavión, siempre en silencio, la acompañaron a un gran aeropuerto —Yakarta, creyó captar— y, por la zona vip, abordó un avión con destino a Auckland, Nueva Zelanda. Volvió a dormirse nada más despegar, aprovechando que tenía un billete de primera clase y era otra vez de noche. Por un momento pensó que le habían puesto algo en la comida o en la bebida para dejarla como se sentía: atontada y distante de lo que le estaba sucediendo, como si la protagonista de todo aquel viaje fuera otra persona, no ella misma. No lo descartaba, pero en el fondo le daba igual; empezaba a acostumbrarse a no cuestionar demasiado lo que le estaba pasando y al secreto absoluto que parecía rodear todos los movimientos de los clanes. Hasta se sentía bien en ocasiones dejándose llevar de esa manera, como flotando entre el cielo y la tierra, en la nada, sin ayer ni mañana, sin voluntad.

El avión aterrizó en Nueva Zelanda y, antes incluso de poner pie en el edificio del

aeropuerto, un hombre de pequeña estatura, vestido con traje de color azul plomo, sonriente y callado, la recogió en la misma pasarela y, acompañándola por pasillos solitarios después de haberse presentado en inglés como familiar del clan azul, la llevó en coche a un puerto donde otro hidroavión se balanceaba en las tranquilas aguas de la marina.

Seguía siendo de noche y Lena había perdido por completo la orientación. No sabía qué día ni qué hora era ni adónde la llevaban ni casi por qué; se movía por pura inercia y todo su cuerpo se había convertido en una masa de músculos cansados mientras su cerebro no era más que un cúmulo de reacciones automáticas, reflejas.

Se instaló en el asiento del hidroavión, se ajustó el cinturón, saludó con un movimiento de cabeza al piloto, aceptó un vaso de plástico de café con leche y al cabo de unos minutos de vuelo se quedó dormida otra vez.

Cuando volvió a abrir los ojos, había un filo de claridad en el horizonte y volaban sobre el mar que empezaba a cambiar de color con el juego de la luz: primero una superficie gris acero con un filo rosado hacia el este, hacia donde se dirigían; luego, conforme la luz se hacía más intensa, color melocotón. El mar fue poniéndose primero amatista, después rosado, después cada vez más amarillo hasta que, por fin, el disco de fuego apareció frente a ellos en todo su esplendor y la superficie del océano empezó a cabrillar como si la hubieran cubierto de lentejuelas de oro.

El piloto se puso las gafas de sol y siguió volando como si tal cosa mientras ella parpadeaba disfrutando de la sensación de un amanecer en el aire, con el mar debajo y los caprichosos dibujos de las islas salpicando la superficie del agua.

Había docenas de islotes, rocas aisladas y pequeñas islas, todos cubiertos de una vegetación espesa, como si a las rocas grises les hubiera crecido pelo o se hubieran puesto unas pelucas muy verdes. El cielo era cada vez más azul y el mar tenía un color turquesa tan intenso, sobre todo donde contrastaba con las medialunas blancas de las pequeñas playas, que parecía falso, como pintado por encima del color natural. Era una imagen del paraíso y, repentinamente, Lena se sintió feliz y agradecida de estar viviendo todas aquellas experiencias, de sentirse parte de un universo que era capaz de ofrecer tanta belleza.

La modorra que la había llenado durante las últimas horas —¿o eran ya días?— se había disipado por completo y volvía a ser dueña de sí misma, otra vez llena de curiosidad, de entusiasmo, de ganas de llegar a donde fuera que la llevaran.

Se preguntó por qué su madre la había enviado a Bangkok cuando su destino final se encontraba, al parecer, tan lejos de Tailandia, pero hacía ya tiempo que había renunciado a comprender ciertas cosas. *Karah* y sus secretos. Había que tomarlo como venía, no podía hacer otra cosa.

El piloto inclinó fuertemente el aparato en una curva que los llevó por delante de una isla más grande que las otras, donde se apreciaban unas cabañas de madera entre

las palmeras y, con prodigiosa economía, amerizó levantando dos cascadas de espuma blanca.

Unos momentos después, una chica apenas algo mayor que Lena, vestida con un pareo azul y blanco, le tendía la mano desde una canoa amarilla para ayudarle a bajar su mochila y luego a ella a instalarse en el pequeño cascarón que se movía con las olas.

—*Welcome* —dijo con una sonrisa, y se puso a remar con fuerza y suavidad hacia la playa cercana.

La chica arrastró la canoa sobre la arena y caminando con una gracia exquisita un par de pasos delante de ella la guio a la cabaña más grande, donde le indicó con un gesto que se pusiera cómoda en unos sillones de bambú llenos de cojines de batik de colores. Luego juntó las manos en el tradicional gesto que Lena conocía de Tailandia, se inclinó y salió, presumiblemente a buscar a algún miembro del clan azul.

Encima de la mesa había una fuente de madera llena de frutas y Lena peló un plátano y se lo comió a toda prisa. Estaba muerta de hambre y, aunque el plátano no era la fruta que más le apetecía, era la más fácil de pelar y la única que no le dejaría pringosos los dedos en el caso de que en seguida tuviera que estrecharle la mano a su anfitrión.

Por la ventana se veían unos cuantos monos delgados chillando alegremente, saltando de rama en rama y trepando por las esbeltas palmeras, o cocoteros, o lo que fueran aquellos árboles, gráciles y delgados de altísimos troncos, que parecían sacados de una postal de vacaciones. El mar y el cielo eran de un intenso azul, la arena era blanca. Había verde por todas partes y manchas de color de algunas flores que parecían orquídeas pero crecían silvestres a su alrededor. Olía bien: a flores, a la fruta que se iba madurando en el cuenco, a vegetación calentándose al sol, a mar abierto. Le habría apetecido darse un baño en la playa y luego tumbarse en cualquier rincón a la sombra y dormir diez horas, pero suponía que no iba a poder ser, de modo que peló otro plátano y se lo comió en un par de bocados.

—¿Te encantan los plátanos o es que supones que no te vamos a ofrecer nada de desayunar? —dijo una voz divertida a sus espaldas. Misteriosamente, también hablaba en español, como la extraña mujer de Bangkok.

—Es que tenía mucha hambre.

El hombre aparentaba unos treinta años, era moreno, de rasgos occidentales con un leve toque oriental, más alto que ella pero no demasiado, esbelto y fibroso, con cuerpo de escalador. Llevaba el pelo negro recogido en una cola, el pecho desnudo y un *sarong* blanco y azul cubriéndolo de la cintura a los pies. Tenía una sonrisa simpática y era evidentemente *karah*, aunque cualquier otro observador habría reparado sólo en que era condenadamente atractivo.

—Espero que aún te dure, porque hay un desayuno estupendo esperándonos en la

cabaña de aquí al lado. Luego, si te apetece, puedes nadar un poco o al menos refrescarte en el mar, y te llevaré a tu habitación. ¿Suena bien o tienes otros planes?

—Suena perfecto —dijo ella sonriendo de oreja a oreja—. A todo esto, me llamo Lena.

—Lo sabemos. Aliena Wassermann, hija de la bella Bianca, del clan blanco. Yo soy Yerek, clánida azul, y tuve la suerte de conocer a tu madre en una vida anterior. Siento que haya muerto.

Lena asintió con la cabeza mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Hacía casi dos años y le seguía resultando difícil de aceptar que su madre ya no estaba.

Yerek se echó al hombro la mochila de Lena y la precedió para mostrarle el camino.

—Disfruta hoy de todo esto y descansa, Lena. Mañana probablemente, o quizá esta misma noche, tendremos que empezar a trabajar.

—¿Trabajar? —le sonó tan extraño que se detuvo y, cuando Yerek contestó, tuvo que correr un par de pasos para alcanzarlo.

—Ya te lo explicaremos. Ahora disfruta, come, báñate, duerme, no pienses en nada y restaura tu alma. Piensen lo que piensen los demás clanes, no corre aún tanta prisa.

—Sí —dijo ella, echando una mirada a la mesa llena de cosas deliciosas—, Arek aún es pequeño.

Yerek pareció sorprenderse, pero lo disimuló con rapidez.

—Está con el clan blanco, supongo —comentó como sin darle importancia.

—Eso creo, sí. He estado un poco aislada estos últimos días.

—No tiene importancia. Ya hablaremos. Cuando termines, saliendo a la izquierda encontrarás otro pequeño *bungalow* con una orquídea rosa en la puerta; ese es tu cuarto. Y ahora, como dicen en los complejos turísticos tailandeses: «*Enjoy, lady*».

Y con una pequeña reverencia, Yerek salió de la cabaña dejándola sola con los deliciosos manjares y sus propios pensamientos.





## Negro. Bangkok (Tailandia)

Desde la habitación de su hotel, en la vigésima planta del edificio, Nils contemplaba la capital de Tailandia, extendida a su alrededor, borrosa entre la neblina de humedad y gases de escape, grisácea como si en lugar de tratarse de una aglomeración urbana hecha de ladrillo y cemento se tratase de un panorama de nubes en las que uno pudiera adivinar formas y dibujos, adivinar su propio futuro, quizá.

Las ventanas del cuarto eran paneles de cristal que iban del suelo al techo y eso hacía que el ocupante tuviera la sensación de estar colgado en el cielo, aunque sin viento y sin calor. Se descalzó y se sentó en el suelo de moqueta marfil, abrazando sus rodillas y con el mentón apoyado en los brazos, sintiendo el tiempo resbalarle por encima como una lluvia muy dulce y muy suave.

Tenía la sensación de que estaba acercándose a esa fase que, al parecer, les llegaba a todos los clánidas en algún momento de su vida, ese impulso desmedido de abandonar, de olvidarlo todo y marcharse a alguna parte a vivir sin más, a vivir sin ser parte de esa especie de organismo desestructurado que era *karah*, a revolcarse en el fango de simplemente ser, como *haito*, como los animales que no tenían suficiente conciencia de sí mismos para darse cuenta de que la existencia no tenía ningún sentido.

¿Había realmente otra realidad, otro mundo? ¿Era *karah* parte de esa otra realidad? ¿Podían aspirar a alcanzarla o se trataba simplemente de *wishful thinking*, de una especie de pensamiento religioso como el que hacía a *haito* pensar que había un cielo, un infierno, una trascendencia?

No. Él había visto con sus ojos, experimentado con todas las fibras de su ser, la existencia de un *urruahk*. Había sentido la presencia de aquel otro extraño ser, Sombra, el Maestro que acompañaba a Lena. Todo eso no habían sido figuraciones y, si esos seres existían, entonces *karah* tenía sentido y era, como siempre habían creído, algo diferente, algo superior.

Encontrar a Lena no sólo era importante para hacerse con el control de la situación, sino también para comprender quiénes eran ellos, qué sentido tenía su

existencia, cuál era su misión. Lena era la clave de todo lo que le importaba ontológicamente y, ¿por qué negárselo?, también desde un punto de vista mucho más terreno y carnal. Hacía mucho que no encontraba una pareja que le resultara realmente atractiva y a que él, al contrario de otros clánidas, especialmente al contrario de los rojos, siempre había considerado indigno tener ningún tipo de relación física con *haito*. Habría sido como para un humano normal la posibilidad de relacionarse sexualmente con un chimpancé o con un gorila. Se podía hacer, pero no era aceptable.

Y sin embargo, esa falta de prejuicios era la que había hecho que el clan rojo tuviera ahora un heredero, mientras que el clan negro dependía por completo de él, del que en esta vida se llamaba Nils y era presidente de un gran consorcio de medios de comunicación de masas, y de su disponibilidad para Alix, lo que le revolvía el estómago sin poder explicarse el porqué. La detestaba. Siempre la había detestado. Y era la única hembra de que disponía el clan negro. A menos que esa misteriosa Jeanette siguiera viva en alguna parte, lo que tampoco le interesaba particularmente.

Si consiguiera que Lena se interesara por él, entonces todo se arreglaría. Podrían tener un hijo para el clan negro y Alix tendría que buscar otra solución para su problema personal por otro lado. Pero si, en el hipotético caso de que funcionara, Lena declaraba al niño como hijo del clan blanco, entonces volvían a la primera casilla.

Le vino a la mente aquella noche en el cementerio de Mühlau, en Innsbruck, cuando aún pensaba que Lena no era más que una *haito* sin importancia; la amiga de la muchacha en la que el clan rojo parecía tener un interés que él no acababa de comprender.

El misterioso conclánida con el que se había encontrado a la salida de la luna aquella noche de otoño le había pasado la ambigua información de que Lena era una pieza importante en el rompecabezas que *karah* estaba tratando de armar.

Recordaba con toda claridad la voz grave y cultivada, antigua de algún modo, hablándole del futuro próximo, de todo lo que podría suceder si los clánidas, en lugar de ignorarse unos a otros o de combatirse como había sido habitual durante siglos, empezaran a colaborar para intentar el mayor desafío de *karah* desde que habitaban el planeta —¿habían habitado alguna vez otro mundo?, se preguntó, como siempre— y consiguieran reunirse para ponerse por fin de acuerdo en una empresa común.

Si cerraba los ojos y se concentraba un poco, sentía la brisa otoñal en las hayas, en los cipreses de aquel cementerio iluminado por la luna, el sabor del *ikhôr* de aquel conclánida sin nombre que tanto parecía saber de las potencialidades de *karah*. Debía de tratarse de uno de los más viejos, de los que habían abandonado su clan para vivir libres de ataduras, libres de ese rígido código de honor que los ataba a todos y que, sin embargo, ahora quería reunirlos en una empresa común. Se había preguntado

muchas veces quién podría ser, por qué se habría puesto en contacto con él, qué pretendía realmente al darle aquellos consejos; pero no había llegado a ninguna conclusión.

Él le había hablado de Lena. De que era una pieza fundamental en la Trama, de que era importante relacionarse con ella lo antes posible, antes incluso de que ella misma supiera quién era. Recordaba haberle preguntado al misterioso conclánida: «¿Por qué es importante? ¿Quién es? ¿Qué papel tiene en lo que me estás contando?». Porque en aquellos momentos le había parecido una película, una simple ficción. O una trampa.

El hombre oscuro, con su voz de terciopelo, se había limitado a decirle: «No te voy a pedir que confíes en mí, conclánida. *Karah* no confía. No puede. No debe. Pero escucha lo que te digo y, al menos, fórmate tu opinión. Lena será crucial muy pronto. El clan negro la necesitará, igual que los otros tres clanes, y no estaría de más que tú fueras su amigo. Piénsalo, conclánida. No creo que resulte un esfuerzo desmedido».

Por eso se había animado a llamarla el día del asesinato de aquel profesor. Por eso se habían encontrado en el Uni-Café. Porque tenía la curiosidad de tratar de saber quién era ella, por qué iba a ser importante para *karah*.

Cerró los ojos y apretó los puños inconscientemente frente a las luces de Bangkok.

Y había terminado besándola. Primero por puro cálculo y luego... Se odiaba a sí mismo cuando tenía que confesarse que su autocontrol no había sido suficiente al contacto con su cuerpo.

Sí, primero por interés. Luego por puro placer, por deseo, porque le atraía aquella muchacha que ahora se había revelado como una conclánida, como alguien con quien podría cumplir —si ella estaba de acuerdo— el mayor deseo de cualquier clánida del color que fuera: reproducirse, dar un nuevo miembro al clan.

Pero ni siquiera sabía dónde estaba Lena ahora, ni si él era importante para ella ni si —cosa que resultaba extremadamente humillante— por primera vez en su vida fracasaría en una pugna con un miserable *haito*. Se puso de pie, harto de darles vueltas a las mismas cosas, y se metió en la ducha. Luego saldría a intentar que su intuición, que tanto tiempo de práctica le estaba costando, le indicara el camino hacia Lena.



## Rojo. Bangkok (Tailandia)

En otro hotel de Bangkok, perteneciente a la cadena Mystery of Life, de la que eran propietarios, Dominic esperaba en el jardín, donde las luces de colores se acababan de encender, que Eleonora se reuniera con él para la cena.

No habían recibido más noticias ni más mensajes; quien fuera el que tenía ahora el móvil de Clara y que les había pasado la información de que Lena se encontraba en Bangkok había decidido guardar silencio y a partir de ahí ya no sabían adónde dirigirse.

Dominic suspiró y tomó un largo trago del Martini que aún estaba frío, con la mirada perdida en las aguas de la gran piscina que se fundía con la oscuridad del fondo entre las frondas del jardín tropical. Todo había salido mal. Un año atrás estaban en la fase final de la planificación del proyecto Arca y él estaba convencido de que no había nada que pudiera torcerse. La muchacha había sido identificada como posibilidad real y él se estaba preparando para cortejarla y hacer realidad su pobre sueño humano, adolescente, de jovencita elegida por el príncipe azul.

Mientras tanto, su terrible sacrificio había sido en vano. Durante meses había necesitado todo su sentido del deber, toda su lealtad por Eleonora, por su clan, por *karah*, para fingir aquel amor romántico que Clara necesitaba para tener las condiciones ideales y que su hijo se desarrollara felizmente, pero había sido muy duro. Cada vez que recordaba aquellos días pasados en Roma, fingiendo amor y deseo, sentía ganas de vomitar. Por suerte todos habían estado de acuerdo en que Clara recibiera una inseminación artificial en el quirófano que habían montado en Santa Bárbara y luego él sólo había tenido que acostarse con ella una vez, sabiendo que era necesario para que creyera que su embarazo se había producido de forma natural y no empezara a sospechar desde el principio. Por fortuna, las píldoras proporcionadas por Gregor habían sido muy útiles y él apenas se había enterado de nada.

Y al final, cuando por fin había nacido Arek, se lo habían arrebatado en su misma casa, en su misma ceremonia de integración. Lena. La insignificante *haito* que

durante tanto tiempo había despreciado como entrometida y estúpida se había revelado no sólo como un peligro sino como conclánida y, posiblemente, futura mentora de su hijo.

No se explicaba que el Shane no se hubiera dado cuenta de que existía Lena. Y de que vivía en la misma ciudad y era la mejor amiga de Clara. Eso no podía ser casual; tenía que haber alguna explicación, tenía que ser parte de algún plan que se le escapaba por completo, pero ¿plan de quién?, ¿para qué? Cada vez que intentaba comprender qué había sucedido, por qué las cosas habían salido tan mal, se daba contra esa pared de preguntas sin respuesta, pero la base siempre era esa. ¿Cómo era posible que el Shane no hubiera sospechado nada después de todas sus investigaciones esotéricas para encontrar una madre adecuada para el nuevo miembro del clan? ¿Cómo le había pasado desapercibido el hecho de que Lena era *karah*?

Claro, que él, que la había conocido de cerca, tampoco había notado que era una conclánida. Al parecer la habían educado como *haito* de un modo tan consecuente que ni ella misma sabía nada de su filiación. El Shane tenía que saber entretanto de dónde había salido, qué clan la había engendrado, cuál era su papel en el asunto. Y ahora se les había escapado de entre las manos y, por si eso fuera poco, les había arrebatado a Arek.

Eleonora estaba cada vez peor, pero al menos había conseguido convencerla de que no debía preocuparse por el bienestar del niño: cualquiera que lo estuviera cuidando ahora sabía que le convenía tratarlo bien porque los cuatro clanes lo necesitaban.

Lo que no le había dicho a Eleonora y no quería decirse ni a sí mismo, y esperaba que Eleonora no llegara tampoco a pensar, era que cabía la posibilidad de que a algún miembro de otro clan no le gustase la idea de la existencia de un nexo y que estuviera haciendo lo posible por encontrar a Arek y matarlo. En ese caso, confiaba en que Lena hubiera huido con su hijo y estuviera ahora a salvo con el pequeño, bajo la protección de uno de los otros clanes.

Si no recibían alguna indicación, por el momento no podían hacer más que esperar, desesperarse y clavarse las uñas en las palmas de las manos, como estaba haciendo él ahora al ver a Eleonora, pálida como un fantasma y vestida de noche con un conjunto de gasa roja con pequeñas lentejuelas, dirigirse hacia él fingiendo una sonrisa en un rostro quebradizo como papel de arroz.

¡Pobre Eleonora! Tantos siglos esperando, deseando tener ese hijo; tantos meses fingiendo, sufriendo, desesperando de que por fin llegara el momento de cogerlo en sus brazos y empezar su vida juntos, y ahora... nada. De nuevo solos. De nuevo a cero.

Abrazándola fuerte le dijo al oído:

—Lo encontraremos, Nora. Te lo prometo.



## Blanco. Negro. Bangkok (Tailandia)

Luna entró a la habitación que él y Lasha compartían en un hostel de Bangkok, le dio una patada al camastro donde dormía el gigante del pelo blanco y empezó a zarandearlo.

—¡Vamos, despierta, Ulrich! Nos vamos de aquí.

Lasha se sentó en la cama como si tuviera un mecanismo dentro, abrió sus ojos sin color, los fijó en la figura de Luna que se movía por el cuarto recogiendo sus cosas y metiéndolas en la mochila y preguntó:

—¿Adónde?

—Tenemos dos pistas. El móvil de la muchacha ahora está apagado y no tenemos forma de saber dónde puede haberse metido. Hace casi veinticuatro horas, antes de que lo apagara, estaba en la frontera de Camboya, a la altura del lago Ton-Le-Sap.

—Esa es una. ¿Y la otra?

—Envió un mensaje a otro móvil que también está en Tailandia. Cuando se recibió el SMS, ese móvil estaba en Bangkok. No sé aún si sigue aquí, pero es lo más probable.

—Para llevar una vida retirada en un poblacho español estás muy al día de la técnica —comentó Lasha mirando al techo, con los brazos cruzados detrás de la cabeza.

—La supervivencia depende de la capacidad de adaptación, como bien sabes. Mis informaciones son de que el dueño de ese móvil es probablemente alguien que se aloja en un hostel para jóvenes en la zona de Patpong. Propongo que echemos una mirada allí y, si no sacamos nada en limpio, que lo intentemos en Camboya.

—Suenas lógico.

—Pero de todas formas prefiero que nos vayamos de aquí. Ya hemos estado dos noches.

—La paranoia de *karah*. —Lasha sonrió—. No se te cura ni quitándote de en medio durante dos o tres vidas, ¿eh, camarada?

Luna se encogió de hombros.

—Ahora no somos más que dos jóvenes turistas europeos —insistió Lasha—. ¿Quién supones que nos va a buscar o a reconocer? Tú pareces tu propio nieto.

Ahora Luna sí esbozó una leve sonrisa. Seguía llevando una barbita rubia, como de mosquetero, y el pelo largo recogido en una cola, pero su piel y sus ojos habían rejuvenecido hasta alcanzar la tersura de los veinte años, las arrugas habían desaparecido y hasta sus movimientos habían vuelto a adquirir esa ligerísima falta de coordinación de los muy jóvenes, como si las piernas y los brazos, fuertes y flacos, fueran ahora demasiado largos para las proporciones perfectas.

—Es raro volver a sentirse así, pero no está nada mal —concedió por fin, cargándose la mochila al hombro—. Voy a pagar.

—La verdad es que a mí no me gusta —dijo Lasha levantándose del camastro y flexionando los músculos—. Siempre he sido así de grande, me gusta ser así de grande y tener el cuerpo en forma, y me siento un poco idiota con este tamaño y esta envergadura pero siendo casi adolescente. No me acordaba de cómo era y no me acaba de gustar la sensación.

—Te gustará en cuanto tengas ocasión de romperle la cara a alguien. Llevamos demasiado tiempo en un ambiente civilizado. Creo que lo que los dos echamos de menos es la lucha, en lugar de tanta paz y tanta consideración con los demás.

—Siempre puedes irte de mercenario a África cuando acabe todo esto. Allí aún hay acción.

—Tengo una hija en quien pensar. Sí, aunque sea *haito* la considero mi hija. Y eso no es negociable ni discutible. Cuando sea independiente cambiaré de vida otra vez. ¿Estás listo?

Lasha hizo una profunda reverencia que quedó bastante cómica porque iba vestido con bermudas verde oliva y una camiseta blanca sin mangas. Se puso las botas, unas gafas, impenetrablemente negras, y una gorra militar; metió una pequeña pistola en el bolsillo derecho de los pantalones, agarró la mochila y salió detrás de Luna. Dos estudiantes de vacaciones en Tailandia.

El GPS los llevó directamente al hostel donde los amigos de Lena se habían alojado hasta el día anterior y, sin saberlo, ocuparon dos camas en la misma habitación para cinco en la que habían estado los chicos.

La dueña les cobró por adelantado y, toda sonrisas tailandesas que de algún modo lograban parecer sinceras, aunque evidentemente tenían que ser falsas en opinión de Lasha, les dijo cuánta suerte habían tenido porque sin reserva era muy difícil encontrar algo en su casa, pero justo el día anterior se había marchado un grupo de europeos.

—Deben de ser nuestros amigos —dijo Luna con su expresión más inocente—. Teníamos que encontrarnos hoy aquí, pero se ve que han decidido marcharse un poco

antes.

—*The wall climber boys?* —preguntó la dueña en su curioso inglés.

Lasha y Luna intercambiaron una mirada. ¿Cómo que «los chicos que se suben por las paredes»? ¿Qué rayos quería decir aquella mujercilla que le llegaba a Lasha por la cintura?

Luna sonrió y decidió probar suerte.

—*That's it!*

—*They stay four nights. First night one extra girl, too, then just them seven. Two girls, five boys.*

Lasha fingió sorpresa y le dio una palmada brutal a Luna en el hombro que casi lo hizo trastabillar.

—*That must be your girlfriend, Ike!*

Luna captó en seguida el juego de Lasha; lo habían hecho cientos de veces en sus buenos tiempos.

—*Impossible! She said she didn't want to come to Thailand. Do you think she changed her mind?* —Su mirada ansiosa parecía auténtica. La dueña del hostel seguía la conversación con mucho interés.

—*She is pretty, long hair, big* —decía alzando las manos por encima de su cabeza—, *thin. Nice smile. Nice girl.*

Lasha y Luna le enseñaron a la mujer una foto de Lena que llevaban cada uno en su móvil.

—*Yes. That's the girl!* —confirmó la dueña sonriendo y cabeceando—. *Nice girl.*

—*Do you know where she is?*

La mujercilla se encogió de hombros.

—*With her friends, I guess.*

—*In Bangkok?*

Sacudió la cabeza.

—*They left for the islands.*

—*Which island?*

Volvió a encogerse de hombros y, al oír que sonaba la campanilla de la entrada, los dejó solos sin una palabra más y se fue a recibir a los nuevos clientes. Los dos clánidas se miraron unos segundos y casi a la vez se cargaron la mochila al hombro y salieron a buscar un cibercafé donde buscar con tranquilidad alguna información que combinara Tailandia, islas y *wall climbing*.

Una hora después sabían que en Koh Samui se celebraba un encuentro mundial de *parkour*. Tres horas después tenían billetes Bangkok-Koh Samui para la mañana siguiente.





## Haito. Blanco. Innsbruck (Austria)

Daniel estaba tumbado en la cama de su habitación pasando revista, como siempre, a todo lo que le había sucedido en los últimos meses, desde la noche de otoño en que conoció a Lena en el autobús que lo llevaba desde el Instituto de Deportes de la universidad hasta el centro, donde, después del partido, que además habían ganado, pensaba cenar con Tobias y Benedikt y luego tomarse un par de cervezas antes de retirarse a dormir diez o doce horas.

No había tenido ninguna intención de ligar ni se le había ocurrido que precisamente esa noche y en ese autobús conocería a la chica que, desde entonces, había cambiado su vida y había trastocado todos los cuidadosos planes que había hecho para cuando terminara el servicio militar.

Ahora ya lo había terminado, era verano, no tenía ni idea de qué iba a hacer en las próximas semanas y mucho menos a partir de septiembre. Seguía teniendo novia oficialmente, pero había vuelto a desaparecer y no conseguía pensar con la claridad suficiente para decidir qué giro quería darle a su vida.

Hacía una semana de la última vez que había visto a Lena y se había despedido de ella, como siempre, sin saber hasta cuándo. Si cerraba los ojos, aún se veía a sí mismo agarrando el subfusil en aquel aparcamiento en sombras frente a Lena, que llevaba un bebé recién nacido, diminuto y lloroso, atado al pecho con una bufanda. En la penumbra, la cara de ella era un óvalo fantasmal, sus ojos, dos pozos sombríos, sus manos, dos pedazos de hielo tembloroso.

Hacía una semana que él había recogido al bebé para entregarlo al matrimonio de ancianos que esperaba en el restaurante. Recordaba la escena con toda claridad, desde fuera, como si la hubiese visto en una película en lugar de haberla vivido: la mano derecha colgando el arma al hombro por debajo del chubasquero, para que no se viera, la izquierda extendida para coger a la criatura, que apenas pesaba nada y lloraba desesperada, de hambre probablemente, mientras él, que nunca antes había sujetado a un bebé y tenía miedo de romperlo, trataba de apoyarlo contra su pecho para que se sintiera protegido y dejara de llorar. La mirada espantada de Lena clavada

en la suya.

Luego, ella lo había besado ligeramente en los labios, él le había entregado la cajita con la sortija de piedra luna, porque en ese momento había sentido que no podía aguantar más, que necesitaba estar seguro de que había algo fuerte entre los dos que los unía, que ella lo aceptaba, y de un momento a otro se había encontrado corriendo por el aparcamiento hacia las luces del comedor, pensando entregar al bebé y salir a toda velocidad para poder aún acompañarla en su huida.

Pero cuando, apenas tres minutos después, salió de nuevo al aparcamiento, Lena ya había desaparecido y por mucho que se esforzó por distinguirla en la oscuridad no logró imaginar cómo había hecho para marcharse tan rápido sin que él pudiera distinguirla ni de lejos. De modo que volvió al restaurante, se sentó a la mesa de la pareja donde la mujer había cogido al niño en brazos y le daba una leche de color rosa con un biberón que parecía de juguete, y empezó a preguntar todo lo que no sabía.

Como ya era habitual, no le contestaron a todas las preguntas, pero al menos se enteró de quiénes eran, familiares del clan blanco como Max, de cómo se llamaban, Joseph y Chrystelle, y que Max no se reuniría con él porque tenía otras cosas que hacer.

Pasó la noche en la habitación que Lena había cogido en aquel pequeño hotel donde días atrás habían disfrutado de unas horas juntos y habían hecho el amor al amanecer hasta que había aparecido Sombra y se la había llevado de un instante a otro, y cuando despertó, recogió lo poco que Lena se había dejado en el cuarto, pagó con tarjeta, porque no llevaba bastante dinero encima, y cogió un autobús a Nápoles y de ahí un tren que, pasando por Roma, lo dejó en casa, en Innsbruck, casi un día después.

Desde entonces no había hecho mucho, salvo llamar al número de Max a intervalos regulares y enfadarse a intervalos regulares porque nunca estaba localizable.

Su familia se estaba portando muy bien. Suponían que se trataba de penas de amor y lo dejaban en paz hasta que él tuviera ganas de hablar y les explicara qué había pasado, lo que de momento no pensaba hacer.

Tenía costumbre de estar tiempo sin saber nada de Lena, pero esta vez resultaba particularmente doloroso porque, al darle la cajita con el anillo, había estado seguro de que lo llamaría en cuanto tuviera ocasión, aunque se lo prohibiera aquel monstruo que la acompañaba. Una chica no abre una cajita con un anillo sin llamar en seguida, aunque sea para decir que no quiere aceptarlo. La mayoría de las chicas, por lo que siempre había oído y visto en mil películas, se volvían locas cuando el chico que querían les regalaba un anillo. Y sin embargo, había pasado más de una semana y Lena no se había comunicado con él de ningún modo. Ni un miserable SMS. Ni un

*mail* enviado desde el *lobby* de un hotel o de un cibercafé piojoso en alguna ciudad de segunda categoría. Nada. Silencio total. Y eso, aunque le hiciera más daño que nada de lo que había experimentado en su vida, sólo podía significar una cosa: que no lo quería, que no le importaba lo que él sintiera y que no pensaba aceptarlo ni siquiera como amigo.

Quizá se hubiera hecho demasiadas ilusiones con Lena. Al fin y al cabo, contando todas las veces que habían estado juntos y sumando las horas, la cosa no llegaba ni a una semana, aunque oficialmente llevaban casi nueve meses juntos. No habían hecho el amor más que cuatro veces: la primera, que como era de esperar no fue demasiado buena para ella, aunque para él hubiera sido maravillosa; otras dos a principios de otoño, antes de que empezaran todas las cosas extrañas que les habían sucedido; y la última, en el pequeño hotel de Amalfi, cuando Sombra se la llevó.

Era realmente posible que para él aquello hubiera significado mucho más que para ella y que ahora no encontrara en absoluto justificado que él le hubiera dado un anillo, y más así, sin ningún romanticismo, sin decirle lo que sentía por ella, sin nada. Ahora estaba seguro de que había sido un error, pero era demasiado tarde para cambiarlo y estaba harto de darle vueltas y vueltas hasta volverse loco. No tenía ganas de pensar más; prefería moverse, actuar, aunque no sirviera de nada.

Suspiró, se levantó de la cama y empezó a meter un par de cosas en una bolsa. Acababa de decidir que se iba a Viena, a ver si encontraba algo que hacer durante el verano, algún trabajo de cualquier cosa que le permitiera ganar algo de dinero, pero, sobre todo, no tener todo el maldito día libre para pensar. Estaba seguro de que sus padres estarían de acuerdo con que volviera a cambiar de aires. En agosto habían pensado pasar dos semanas juntos los cuatro en algún lugar del Mediterráneo, pero hasta entonces aún le quedaba tiempo para estar solo, ahorrar algo y tratar de aclararse. Y si las cosas no cambiaban mucho, en septiembre volvería a la facultad y continuaría estudiando física.

Joseph y Chrystelle le habían dicho que el clan blanco le daba las gracias por lo que había hecho por ellos y se pondría en contacto con él cuando necesitara sus servicios, pero después de una semana tenía la sensación de que ya había esperado bastante. Necesitaba moverse o acabaría explotando.

Llamaría a Pippi para que lo dejara quedarse en su casa y buscaría algo que hacer. Luego, a lo largo del verano, si no sabía nada del maldito clan, ya pensaría si no sería más sensato dar por terminada la relación con Lena («¿Relación?, ¿qué relación, imbécil? Una trama impenetrable de secretos que ni siquiera tienes muy claro si son verdad; mentiras por todas partes, una chica que se supone que te quiere pero no te llama ni te necesita para nada»). Sí, quizá sería mejor olvidarse de que alguna vez existió y él estuvo enamorado de ella.

Eso era lo mejor, lo más sensato. De hecho debería escribirle un *mail* ya mismo

diciendo eso, con todas las palabras: Que habían terminado, que no aguantaba más, que estaba harto de que lo trataran como si fuera tonto, como si se hubiera colado en una fiesta sin haber sido invitado. Recordaba lo que le había contado Max de cómo se había sentido él tantas veces. Recordaba sus palabras exactas: «Bianca me dijo que me quería y que trataría de estar a mi lado toda la vida, pero que *karah* era primero. Eso ya me hizo bastante daño, pero me lo tragué porque quería estar con ella. Luego, cuando empecé a hacerle preguntas, me contestó con la sonrisa más dulce del mundo: “Max, es mejor así, créeme, cuanto menos sepas, tanto mejor. *You are on a need-to-know basis and you don’t need to know*”. Tenía que haberme puesto hecho una fiera, pero no lo hice; casi comprendí que fuera mejor de ese modo, aunque doliera. Luego me arrepentí, claro, pero ya era tarde». Max se lo había contado en Amalfi, cuando se encontraron antes de ir a vigilar la casa donde vivía la gente del clan rojo. Y él había pensado que Lena sería diferente, porque su padre era un humano normal, porque había sido educada como una chica normal, como él.

Al parecer se había equivocado.

Sacó el portátil de su funda, lo puso en marcha y terminó de recoger sus trastos mientras el ordenador se conectaba al servidor. Lo mejor sería enviar un mensaje breve y claro. Si le contestaba, ya hablarían. Si no le contestaba o si lo hacía un par de meses más tarde, habría quedado bien claro que su relación no le importaba un pepino y que él, como simple humano —*haito* lo llamaban ellos— no tenía ningún derecho a inmiscuirse en los asuntos de los clanes.

En ese momento sonó su móvil. Número desconocido. Tuvo la sensación de que todos sus nervios se quedaban de golpe pelados, a flor de piel.

—Hemos recibido su currículum.

«¿Qué currículum?», fue lo primero que pensó. Él aún no había enviado ningún currículum a ningún sitio.

—Tenemos un trabajo que ofrecerle —dijo una voz femenina que reconoció de inmediato, a la vez que un escalofrío le recorría la espalda. Chrystelle. Era la voz de Chrystelle; podría jurarlo—. Todo legal, nada de trabajo negro, todo blanco, ¿comprende? —insistió, enfatizando «blanco»—. ¿Le interesa?

—Por supuesto. —Tenía la boca tan seca y la garganta tan apretada que eso fue lo único que consiguió articular.

—Seguramente tendrá usted que viajar. ¿Está libre?

—Como un pájaro.

—¿Tiene pasaporte?

—Sí.

—Bien, entonces nos gustaría ofrecerle una entrevista antes de decidir. El desplazamiento corre de nuestra cuenta. ¿Cuándo puede venir a Viena?

—¿A Viena? —No se esperaba que lo citaran precisamente en la capital de su

país, justo la ciudad donde pensaba ir—. Hoy mismo, si hace falta.

—Bien. ¿Qué le parece si nos encontramos delante de la Sezession a las ocho de la tarde? ¿Sabe dónde está?

—Sí. Perfecto. Allí estaré.

—Contamos con usted. No olvide traer su pasaporte, por si acaso. ¡Hasta esta noche!

Colgó con una sonrisa tan amplia que casi dolía. Quizá ellos supieran algo de Lena y, aunque no fuera así, también valía la pena. Por fin empezaban a pasar cosas.

The background is a solid blue color with black silhouettes of tree branches scattered across it. The branches are of various thicknesses and orientations, some crossing each other.

# SEGUNDA PARTE



## Negro. Azul. Bangkok (Taliandia)

Nils salió a la calle cuando ya era de noche. Caía una lluvia suave y tibia que apenas molestaba e incluso resultaba agradable porque permitía echarse la capucha sobre los ojos y caminar con las manos hundidas en los bolsillos, mirando alternativamente al asfalto que se iba poniendo irisado con la humedad y a las farolas del alumbrado público, rodeadas ahora de un halo opalino, como si fueran cabezas de santos o de ángeles. La temperatura era, como siempre, cercana a los treinta grados y quedaba algo mitigada por la humedad del ambiente que potenciaba los olores, de todo tipo, de un modo casi ofensivo.

Resultaba curioso que esa iluminación urbana que todo el mundo consideraba absolutamente normal e indispensable fuera algo tan reciente y que nadie se acordara ya de ello. Era un auténtico lujo poder caminar en plena noche con casi tanta visibilidad como durante el día y sin embargo a nadie parecía llamarle la atención. Él recordaba con toda claridad las épocas en las que uno sólo salía a pie por la noche y sin compañía si era absolutamente necesario o si lo que pensaba hacer no estaba amparado por la ley; y siempre iba armado, por supuesto. Mientras que ahora... todo había cambiado tanto que a veces se preguntaba si el mundo no debería parar un poco, darle un respiro a la gente como él.

Antes de salir del hotel había pasado un buen rato concentrándose en la muchacha que buscaba, tratando de recordar no sólo su rostro y su voz, sino, sobre todo, su emanación, su aura, lo que hacía que ella fuese ella, algo que le permitiera encontrarla en una ciudad de más de diez millones de habitantes. Luego, había desplegado sobre la cama el plano de Bangkok y se había quedado mirándolo un buen rato, como hipnotizado, intentando sentir un tirón, aunque fuera levísimo, al pasar la vista por los nombres de los barrios, de las grandes avenidas, de los monumentos más importantes.

Llevaba ya varios años tratando de mejorar su capacidad de encontrar lo que buscaba con la ayuda de un mapa. Sabía que había gente, al parecer incluso simples *haito*, que eran capaces de hacerlo y por eso, cierto tiempo atrás, se le había ocurrido

que podía al menos probarlo. Hasta el momento sus éxitos corrían prácticamente paralelos con sus fracasos, de modo que no podía decir que realmente hubiera mejorado sus capacidades, pero seguía intentándolo porque, desde que se le había metido en la cabeza la idea de que *karah* no podía seguir sintiéndose superior sin tener algo que lo probara, estaba obsesionado con ver si era capaz de probar esa superioridad. Poder encontrar sin más ayuda a una chica en una ciudad como Bangkok demostraría, al menos a sí mismo, que *karah* sí era algo especial.

No sabía si eran figuraciones suyas o si había algo de verdad en el asunto, pero cada vez que pasaba la vista por el inmenso plano de la no menos inmensa ciudad, sus ojos se quedaban prendidos de Patpong, Night Market.

Podía ser, simplemente, que él sabía que se trataba de uno de los lugares más concurridos por los turistas que pasaban por la ciudad. Dedicaban el día a visitar monumentos y la noche a lo que ellos llamaban «divertirse», pagando por los servicios de todo tipo de prostitutas y acompañantes. No era muy probable que Lena estuviera por esa zona. Y sin embargo, con cada barrido visual que hacía del mapa, sus ojos pasaban por el Night Market y allí se detenían describiendo círculos, como una ave rapaz que abajo, muy abajo, ha descubierto a una posible presa.

No perdía nada por intentarlo. Iría allí, daría una vuelta por el Night Market y las calles adyacentes y, si no encontraba nada, que era lo más probable, regresaría al hotel más tranquilo que si se limitaba a quedarse allí, pedir que le subieran algo de comer y tratar de dormir con la estúpida sensación de no haberse esforzado por encontrarla.

A pesar de la llovizna, el mercado estaba tan concurrido como él lo recordaba de otras veces. Los *pushers* de todos los locales de alrededor seguían pululando en torno a los hombres solos, ofreciéndoles al pasar toda clase de dudosos placeres, y los puestos de comida, a pesar de que era ya más de medianoche, seguían friendo y cociendo al vapor para los hambrientos de última hora. Los chicos y las chicas que en los portales oscuros o en las puertas traseras de los locales de *striptease* intentaban captar clientes por su cuenta le lanzaban miradas profundas, sombreadas de pintura negra, enviándole destellos de sonrisas blancas que se redondeaban con el movimiento de pechos y caderas debajo de los quimonos de seda, de las capas de terciopelo, de los monos de látex negro que cubrían sus cuerpos demacrados.

Le repugnaba estar allí, paseando entre la peor escoria que *haito* podía ofrecer a quien quisiera pagar por ello, pero algo en su interior le decía que no se había equivocado, que aquellas calles miserables, engalanadas con luces de todos los colores, guardaban una pista de la mujer que buscaba.

Lena no estaba allí. Habría podido jurarlo. Pero había estado, había estado poco tiempo atrás y quedaba una especie de emanación, de ectoplasma, como una fina niebla pegajosa que se enganchaba en las esquinas de los lugares por los que había



pasado y se iba espesando conforme se acercaba a un edificio ya considerablemente alejado de los últimos puestos del mercado nocturno, e incluso de los últimos cabarets, una neblina que se condensaba en la puerta de un edificio alto con dos palmeras en la puerta y una pareja de guardias de seguridad.

Sin poder decir por qué, ni siquiera a sí mismo, Nils estaba seguro de que ese edificio tenía relación con Lena y que alguien que trabajaba en alguna de esas oficinas, ahora ya apagadas, sabía dónde estaba ella.

Se quedó parado delante del edificio, en la acera de enfrente, medio oculto entre las sombras de un portal, pensando qué podía hacer. Era totalmente absurdo intentar entrar a medianoche en una empresa desconocida sin saber con quién quería hablar para preguntar... ¿qué? ¿Si conocían a una amiga suya, europea, que se llamaba Aliena Wassermann y que probablemente llevaba consigo un bebé de pocos días?

Se apartó del portal, pasó de largo por la puerta del edificio y empezó a rodear la manzana mirando a todos lados, como esperando ver algo que antes se le hubiera escapado y le diera una pista de qué hacer a continuación.

Sin habérselo planteado siquiera, por puro reflejo desarrollado a lo largo de varios siglos, se agachó de repente, agarró la muñeca derecha de alguien que había intentado cogerlo por el cuello desde atrás, y, el atacante voló por los aires, por encima de él, hasta estrellarse en la acera unos pasos más allá. Se plantó a su lado en dos zancadas y, aprovechando la confusión del hombre, lo agarró en una presa sólo medianamente dolorosa pero de manera que no podía zafarse.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —le preguntó casi al oído, para no llamar la atención de los guardias que custodiaban la puerta del edificio unos metros más allá.

Era un hombre bastante grande, vestido con una especie de bata floreada. Si era un disfraz, era realmente muy burdo. Si no lo era, sólo quería decir que aquella mujer era francamente horrorosa, además de hombruna.

—Suéltame —dijo, y al hablar quedó claro que era mujer—. Te conviene.

—¿Por qué me conviene?

—Porque sé lo que buscas y sé dónde está.

Nils soltó una corta carcajada.

—Ya. Como todos los *pushers* de Patpong: «Dime lo que quieres y te lo consigo».

—Te equivocas, guapito de cara. Sé muy bien a quién buscas porque sé muy bien quién eres.

—¿Quién soy, según tú? ¿*Rumpelstilzchen*? ¿El enano saltarín?

La mujer rio brevemente.

—Ahora te llamas Nils Olafson, y perteneces al clan negro.

Cuando se dio cuenta de que la sorpresa le había hecho aflojar ligeramente su presa, volvió a apretar y oyó un estertor procedente de la garganta de la mujerona. Volvió a soltar un poco para dejarla hablar.

—Pongamos que sea cierto. ¿Qué más puedes decirme?

—Que la chica que buscas está con el clan azul y que, si quieres verla, podemos hacer coincidir todos los deseos. Él quiere verte.

—¿Él? ¿Él sigue con vida? —Sin darse cuenta, le había salido una voz extraña, donde se notaba lo sorprendente que le parecía que una de las figuras míticas de su infancia, tres siglos atrás, pudiera existir aún.

—Eso dicen. Yo no he tenido el placer, evidentemente. No soy más que una humilde familiar. Me han encargado llevarte hasta donde otros familiares te recogerán. Pero no es una orden. Puedes decidir si quieres ir o no.

Nils, a la vista de los acontecimientos, soltó a la mujer que siguió sentada en el suelo frotándose el cuello mientras él se frotaba los brazos.

—De acuerdo. Llévame donde sea.

—Dame tu móvil.

Lo pensó un momento y, sacándolo del bolsillo, se lo entregó.

—Bonito trasto —comentó—. Última generación. —La mujer lo apagó, lo abrió, sacó la batería y se lo devolvió.

—La única garantía de que nadie oiga nada y nadie sepa dónde estás es sacar la batería —comentó con total naturalidad—. No me importa si llevas armas, pero si me matas, no llegarás ni a Él ni a Lena. ¿Estamos?

Nils se limitó a asentir con la cabeza. Ella se alisó el vestido sobre las enormes caderas, se arregló un poco el pelo y le tendió la mano en un saludo formal.

—Perdona que no me haya presentado. Miss Tittiporn. Tu guía mientras estés en territorio tailandés. Sígueme.

Cruzaron la calle y entraron en el edificio. El reloj del vestíbulo marcaba la una menos diez.



## Lena. Azul. Isla de Él (Pacífico Sur)

Cuando Lena abrió los ojos de nuevo todo estaba oscuro a su alrededor y antes de poder plantearse si seguir durmiendo o levantarse a ver qué hora era y si había alguien despierto, sonaron unos golpes en la puerta de su *bungalow* y se encontró sentada en la cama preguntando: «¿Quién es?».

La voz grave de Yerek le contestó y, en cuanto recibió su permiso, entró en la habitación.

—Has dormido casi doce horas. ¿Quieres seguir durmiendo o estás lista para seguir? —le dijo con amabilidad. Llevaba un farol en la mano que daba una luz anaranjada y suavizaba los contornos de las cosas—. Tenemos electricidad en la isla, pero casi todos preferimos otro tipo de luz por la noche —le explicó anticipándose a su pregunta.

Lena se levantó con rapidez sin preocuparse de ir sólo con una camiseta y unas bragas por toda vestimenta. Llevaba ya mucho tiempo despertándose en lugares desconocidos y hablando con gente extraña nada más abrir los ojos; no tenía ninguna importancia.

—Te he traído algo de ropa.

—Yo tengo también —dijo, señalando la mochila.

—Lo supongo, pero no como esta.

Yerek dejó el farol sobre la mesa, fue hasta la puerta y regresó con una cesta de bambú donde había unos paños plegados. Los sacó y los sostuvo frente a ella para que pudiera apreciar de qué se trataba.

Era una especie de *sarong* blanco con dibujos en negro y rojo y bordeado por una cinta azul en el escote y el bajo.

—Ven, te ayudaré a ponértelo. De espaldas a mí y con los brazos levantados, por favor.

Lena se dio la vuelta, se quitó la camiseta de espaldas a Yerek y se quedó en la posición que le había pedido. Él le pasó la tela por delante, la envolvió casi dos veces en torno a su cuerpo y la sujetó doblando el borde y metiéndolo en la espalda de

Lena, entre los omóplatos, donde quedó tan firme como si hubiera cerrado una cremallera.

Luego le tendió un cepillo de pelo y un espejo y, mientras ella se peinaba, sacó de la cesta unas sandalias. Como toque final le ofreció una orquídea blanca con puntitos oscuros y, al ver su cara de incompreensión, se la sujetó él mismo encima de la oreja con una sonrisa de aprobación.

—¿Lista?

Ella asintió, pero se volvió hacia la silla donde había dejado los pantalones y a toda velocidad empezó a meter en la bolsa de tela los objetos, llaves y chismes varios que su madre le había dejado en herencia. Luego, empezó a sacar otras cosas de la mochila y antes de que hubiera conseguido recogerlo todo, la voz divertida de Yerek la interrumpió.

—¿Crees que te vamos a robar los objetos de valor?

Ella sacudió la cabeza sin dejar de rebuscar por los diferentes bolsillos de la mochila.

—Claro que no, pero mi madre me dejó varios mensajes en los que me hacía prometer que nunca, bajo ningún concepto, iría a ninguna parte sin llevar encima todas estas cosas. A mí también me parece absurdo porque hasta ahora no ha sido realmente necesario, pero a lo largo de los años he aceptado que mi madre, en este tipo de asuntos, solía tener razón. Un segundo, acabo en seguida.

De repente sus dedos tocaron una cajita pequeña, cuadrada, y se le hizo un nudo en la garganta. Allí estaba. No la había perdido ni la había soñado. Ese era el regalo de Dani, pero, para variar, no era el momento adecuado para abrirlo, delante de Yerek. Había tenido horas y horas de intimidad para hacerlo y se las había pasado durmiendo. Lanzó un resoplido, metió la cajita en la bolsa y se la colgó al hombro.

—¿Te importa que lleve todo esto, por favor? El ordenador lo dejo ahí y también el resto de mis cosas, pero esto...

Yerek sonrió.

—Como quieras. Vamos. Él te espera.

—¿Quién es Él, Yerek?

Pensaba que no iba a recibir respuesta, pero ya en el exterior de la cabaña, en la oscuridad, Yerek dijo, sin volverse:

—Nuestro *mahawk*. Y algo más..., ya lo verás por ti misma. Lleva mucho tiempo esperándote.

—¿A mí? ¿Cómo sabía que iba a venir?

—Él sabe muchas cosas, Lena.

Cruzaron entre las altas palmeras alumbrándose con el farol de Yerek, en dirección al mar. Aquí y allá se distinguían suaves luces rojizas en el interior de algunas cabañas y, cuando llegaron a las primeras rocas, donde el rumor de las olas

rompiéndose en la arena era ya muy intenso, Lena se volvió un momento y le pareció como un Belén pequeño y tropical, bajo un cielo transparente, tachonado de estrellas que brillaban como joyas en un escaparate, con una luna creciente mínima, apenas una raya curvada cerca del horizonte.

Luego avanzaron unos minutos por la playa, paralelos al mar, junto a la pared de roca que se elevaba a su derecha, hasta llegar a una oquedad por donde entraron sin vacilar, aunque tuvieron que doblarse e inclinarse para caber por debajo de una gran piedra que casi cubría por completo la abertura.

Una vez dentro, siguieron caminando por un túnel estrecho, de apenas un metro de anchura, que se inclinaba ligeramente hacia abajo.

Lena estuvo varias veces tentada de preguntar adónde iban o cuánto faltaba para llegar, pero a ella misma le parecía infantil y le sonaba a las preguntas del asno de *Shrek*, así que decidió callarse y esperar con paciencia a llegar al final del camino.

Al cabo de un tiempo que no podía contar, porque se había dejado el reloj en la habitación, llegaron a un ensanche redondeado de donde partían varios túneles. En la pared había argollas de hierro, presumiblemente para sujetar antorchas u otro tipo de lámpara.

Yerek se encaminó sin dudar hacia una de las entradas en tinieblas y Lena lo siguió, confiada, agachándose más y más hasta que empezó a sentir claustrofobia. Si hubiese ido sola, se habría dado la vuelta inmediatamente porque estaba claro que aquel túnel no podía conducir a ninguna parte, ya que se hacía cada vez más estrecho y más bajo, hasta que tuvieron que ponerse casi a cuatro patas, lo que resultaba particularmente incómodo con el vestido que llevaba, además de ridículo si pensaba también en la flor que le habían puesto en el pelo. No se explicaba adónde quería llegar Yerek y empezaba a creer que se había equivocado de túnel y no quería confesarlo cuando, de repente, se dieron prácticamente de narices con una pared de roca que les cortaba el paso.

—¿Y ahora? —preguntó Lena sin poder evitarlo.

—Hemos llegado.

Lo dijo con tanta seguridad que, de momento, Lena sintió cómo una oleada de pánico le pasaba por encima dejándola débil y temblorosa.

La iba a matar. Estaba segura. La había traído aquí para deshacerse de ella con toda impunidad. Nadie la oiría si gritaba, nadie podría ayudarla, nadie llegaría ni siquiera a oler la putrefacción de su cadáver. Y cuando, muchos años después, se hubiera convertido simplemente en un puñado de huesos, sería muy fácil volver, recogerlo todo en un saco y enterrarlo o tirarlo al mar.

Sintió cómo su fuerza, la misma fuerza que le había permitido lanzar al asesino de Madrid por los aires y clavarlo en un banco de piedra en el Retiro, se alzaba en su interior como un tsunami, y Yerek también debió de notarlo porque de repente gritó.

—¡No! ¡Para, Lena! ¡No lo hagas!

Los ojos del hombre, a la luz amarilla de la lámpara, estaban desmesuradamente abiertos, clavados en los de ella, ambos agachados entre las opresivas paredes de piedra pura que los rodeaban por todas partes.

—No voy a hacerte daño, ¿no lo notas? Mira en mi interior. No voy a hacerte daño.

La mente de Lena, casi sin control, revoloteó por la de Yerek y se dio cuenta de que había estado a punto de asesinar a un clánida perfectamente inocente.

—Lo... o... si... siento —tartamudeó—. Perdona.

Yerek le puso una mano en el hombro y le ofreció una pequeña sonrisa.

—Está bien. Pero confío en que alguien te enseñe a controlar esa fuerza que tienes. Da miedo, de verdad.

Ahora fue Lena la que sonrió y, por un instante, su nostalgia de Sombra fue tan grande que a ella misma le sorprendió. Buscaría a Sombra en cuanto la dejaran un rato sola; no podía seguir así, sin guía, sin mentor, dejándose llevar sin más por sus sentimientos, por sus terrores.

—¿Seguimos? —estaba preguntando Yerek.

Ella asintió con la cabeza y, sin decidirlo, miró por encima del hombro de él a la sólida pared de roca que les cortaba el paso. Era evidente que no se iba a abrir como en las películas de James Bond de los años setenta. Aquello era la realidad y las rocas eran auténticas rocas, no cartón piedra.

—Hay otras formas de entrar, lógicamente. Sería algo incómodo tomar este camino siempre que uno quiere hablar con Él, pero en este caso era necesario. A partir de aquí seguirás sola.

—¿Yo?

Yerek movió la cabeza en una afirmación silenciosa.

—¿Cómo?

—Él dice que puedes hacerlo. Te espera al otro lado de esta pared.

Lena se quedó mirándolo, sin saber qué decir. Daba la sensación de que Yerek también estaba entre perplejo y excitado ante la posibilidad de que fuera cierto, de que aquella muchachita fuera realmente capaz de atravesar una pared de roca.

—¿Él quiere que pase por ahí?

—Al parecer. ¿Puedes? —Había un punto de duda y mucha admiración en la voz de Yerek.

—A veces —contestó, después de un largo silencio.

Lena recordó sus primeros intentos en la Chellah, de Rabat, su mano atravesando el mármol de la columna o el muslo de Sombra; aquel momento en Villa Lichtenberg cuando se encontró con la espalda contra la puerta revestida de acero y, sin saber cómo, la atravesó apretando al bebé entre sus brazos y de golpe se vio fuera,

corriendo hacia la carretera.

Volvió a asentir con la cabeza, más segura con cada afirmación.

—Sí. Creo que sí puedo.

—Entonces, adelante. Nos veremos más tarde. Ah, si en algún momento te encuentras con alguna barrera en el interior, di la verdad, la respuesta es la verdad; la barrera te dejará pasar. Ha sido un honor acompañarte.

—Espera. No te vayas hasta que..., por si no lo consigo —terminó, con una sonrisa tímida. Yerek asintió y se movió de manera que la chica pudiera colocarse justo delante de la pared de roca mientras que él quedaba detrás de ella.

Lena se desentendió del clánida, se quedó mirando fijamente la superficie rocosa y trató de hacer lo que Sombra le había enseñado. «Tú eres todo. Todo es tú». No hay diferencia entre la materia que forma esa roca y la que forma tu cuerpo. Los agujeros entre lo que tú sientes como materia sólida son más numerosos y más grandes que lo sólido. Puedes fundirte con esa roca, puedes pasar a través, como atraviesa el agua una tela. La materia es una ilusión. Pasa. Sin más. Fíltrate por entre los átomos que componen la roca. Pasa. Así.

Durante un segundo fue como si tuviera que atravesar una pared de gasa muy fina, una membrana tensada sobre un bastidor. Hubo una pequeña resistencia que casi le resultó agradable y de pronto se encontró al otro lado, sin dolor, sin miedo. Simplemente al otro lado de la roca. Miró por encima del hombro, aún a cuatro patas, y allí estaba la pared que acababa de atravesar, sólida, perfecta, sin fisuras. Detrás de ese muro estaba Yerek, asombrado, probablemente. Y al otro lado estaba ella. Así de fácil.

Se puso de pie, se sacudió el *sarong* a la altura de las rodillas para limpiarlo de polvo y arena, y se concentró en su entorno.

No había mucha luz, pero sí una suave luminosidad perlada, azulina, que le permitía ver al menos los contornos de las rocas. Estaba en una enorme caverna subterránea, o quizá submarina, llena de formas caprichosas que probablemente millones de años atrás había formado un volcán. No había sombras definidas, lo que significaba que la luz no venía, como en las cuevas que se enseñan a los turistas, de fuentes puntuales de iluminación, sino que era más bien como si todo el aire que llenaba la cueva fuera débilmente luminoso, con una luz azul que convertía su piel en la piel de un cadáver.

Al caminar, la arena blanquecina del suelo se iluminaba por un momento con cada uno de sus pasos y se apagaba cuando retiraba el pie. Y cuando pisaba un lugar que no pertenecía al camino que debía seguir, simplemente no pasaba nada, no brillaba al contacto con su sandalia; de modo que en seguida se dio cuenta de que, para ir en la dirección prevista, sólo tenía que caminar por donde la arena se iluminaba al pisarla.

Así cruzó la cueva, a buen paso, mirando a izquierda y derecha pero sin detenerse en ningún momento, deseando ya encontrarse con aquel misterioso ser que la esperaba.





## Haito. Blanco. Viena (Austria)

Richard Thomas Brown aterrizó puntualmente en el aeropuerto de Schwechat, Viena, y a pesar del *jet-lag* y de que la lluvia que estaba cayendo era bastante más fría de lo que él se habría imaginado para principios de verano en Centroeuropa, no tardó ni quince minutos en depositar su equipaje en el hotel que había reservado, llamó por teléfono para avisar de que había llegado y, tras unos minutos de conversación, salió de inmediato a encontrarse con la doctora Uribe.

Estaba un poco cansado, pero le hacía tanta ilusión la posibilidad de que le ofrecieran un nuevo trabajo que no se imaginaba quedándose en la cama como le había sugerido la doctora y retrasando la entrevista hasta el día siguiente. Ella apenas le había dicho nada cuando lo llamó a la universidad, sólo que, si estaba libre, le gustaría conocerlo personalmente, presentarle a otro colega, nada menos que a Albert de Montferrat, y quizá proponerle algo que podría resultarle profesionalmente interesante. También le había dicho que se había enterado de su existencia a través de un buen amigo, el profesor Lasha Rampanya, que le había proporcionado su dirección y lo había recomendado encarecidamente.

Más no sabía, pero tampoco era necesario. Fuera la que fuese la propuesta, aceptaría. Estaba hasta las narices de trabajar en un lugar donde todo se hacía con seriedad, pero sin pasión. Él era una de esas personas que ardían, que necesitaban estar en un ambiente donde hubiera humor, riesgo científico, mucho, mucho trabajo, entre gente que amaba las mismas cosas, entre científicos traspasados por el aguijón del deseo de saber, de investigar, de encontrar respuestas a preguntas quizá abstrusas, pero apasionantes. Aceptaría cualquier cosa que le permitiera trabajar con ellos, aunque fuera gratis. Con que le dieran un sitio para dormir y tres comidas al día estaba satisfecho. Y, pedir por pedir, que le permitieran echar una mirada a lo que fuera que tenían escondido en aquella remota estación ártica que, mientras tanto, se había convertido en algo tan misterioso y legendario como la tumba de Tutankhamon. Al fin y al cabo, como en la maldición egipcia, también habían muerto todos los que trabajaron en el primer equipo, pero se había tratado de un accidente con explosivos

que estuvo a punto de costarle la vida a todo el personal. Sólo cuatro científicos se habían salvado: Tanja Kurova-Gutridottir, Emma Uribe, Albert de Montferrat y el director de su tesis, Lasha Rampanya. Y desde entonces, por lo que había podido averiguar, no habían vuelto a contratar a nadie. Las instituciones que financiaban la investigación habían cancelado los fondos después del accidente y los cuatro parecían haberse impuesto la tarea de seguir adelante sin ayuda de nadie.

Él había pedido mil veces al profesor Rampanya que lo dejara trabajar con ellos, gratis incluso, pero el glaciólogo nunca se había dejado convencer. Y ahora, de repente, cuando ya se había cansado de insistir y ya no se lo esperaba, la llamada de la doctora Uribe.

Claro que lo había dejado todo para volar a Viena. Había cogido todos los días de vacaciones que le quedaban y, a pesar de que su jefe no había querido firmarle el permiso, el decano de su facultad le había concedido los días que le correspondían y él había hecho una maleta con todas sus posesiones, por si acaso no regresaba, y se había marchado con una sensación de alivio tan grande que casi le resultaba ridícula.

Y ahora estaba caminando por una calle de la vieja Europa, mirando embelesado los hermosos edificios modernistas con sus balcones de hierro forjado y sus cariátides de escayola, sus fachadas amarillas y blancas, o azules, con adornos de color magenta, o verde y gris. Hacía frío pero la lluvia que lo había recibido al llegar a Viena había cesado y ahora acababa de salir el sol. De todas formas, el clima no importaba; había valido la pena. Aunque no lo contrataran, ya iba siendo hora de moverse, de hacer un viaje, de salir de aquel maldito país donde había nacido y que muchos de sus compatriotas consideraban el ombligo del mundo, para ver otras cosas, para ampliar su horizonte.

Buscó el número 73, como le había indicado la doctora Uribe, tocó el timbre, se liberó el resorte de la puerta y, en vez de entrar en el ascensor antediluviano de caja de cristal y madera noble con botones de bronce dorado, subió los escalones de dos en dos hasta un tercer piso que era, de hecho un quinto. Los techos de aquellas nobles viviendas antiguas debían de ser altísimos.

En la puerta abierta, una mujer de unos sesenta años, con el hombro apoyado en la jamba, esperaba su llegada. No se parecía demasiado a ninguna de las dos fotos de ella que había podido encontrar en Internet, pero supuso que ambas imágenes serían ya bastante viejas.

Ritch se acercó a ella con la mano tendida.

—Doctora Uribe, es un honor conocerla.

—Lo mismo digo, doctor Brown, pero yo soy Chrystelle Fleury, una antigua amiga de Emma. Pase, pase, le esperan en la salita.

El pasillo era largo y luminoso, con una ventana que daba a un enorme patio interior ajardinado y unas altísimas puertas dobles pintadas de blanco al fondo. La

mujer que se había presentado como Chrystelle lo precedió, abrió las puertas y, con un gesto de la mano, lo invitó a pasar.

Por un momento no vio nada porque el sol daba de lleno en la sala y le deslumbró al entrar. Se volvió un poco hacia la derecha y se encontró con los ojos risueños de una mujer mucho más joven de lo que esperaba, sobre los cuarenta o menos, calculó. Muy bien llevados.

—Bienvenido, Richard. Soy Emma Uribe. Deje que le presente a Albert de Montferrat.

Un hombre alto y delgado, de la misma edad que la doctora Uribe, se levantó del sofá y le tendió la mano. El apretón fue seco, fuerte y cordial, como el de ella.

Nunca en toda su vida había visto unos colegas tan guapos. Parecían actores de Hollywood haciendo un papel de científicos y, si él no hubiera sabido que eran absolutamente punteros en su especialidad, le habría parecido algún tipo de engaño. Ahora comprendía que no hubiese apenas fotos suyas en Internet; no habrían resultado creíbles.

—Siéntese, por favor, póngase cómodo. ¿Qué le apetece? ¿Té? ¿Café? ¿Una copa de vino?

—¿Vino?

—Es lo que estamos tomando nosotros —dijo Albert con total naturalidad, como si tomar una copa de vino blanco a las once de la mañana fuera lo más normal del mundo.

—Los estadounidenses no toman vino tan temprano, Albert. ¿Café está bien?

Ritch asintió con la cabeza.

—Aún no he desayunado —trató de explicarse—. Por eso me ha extrañado lo del vino. No soy abstemio, no se vayan a creer.

Emma salió del cuarto y volvió un minuto después con una bandeja en la que, además del café, traía panecillos, mantequilla, mermelada y miel.

—Coma, Richard. Después hablaremos de otros asuntos. Hay tiempo.

Él negó vehementemente con la cabeza mientras untaba un panecillo con mantequilla.

—No soy mujer, pero soy perfectamente capaz de comer, pensar y hablar, todo a la vez.

Emma y Albert se miraron y se echaron a reír. Les gustaba aquel muchacho de las pecas y el pelo indomable.

—Entonces iremos al grano.

—Estupendo.

—Lo que pensamos ofrecerle es un trabajo...

—¡Bien! —se le escapó—. Perdonen. Es que estoy muy harto del que tengo ahora y llevo meses haciéndome ilusiones.

—No he terminado la frase —dijo Emma mirándolo a los ojos—. Un trabajo, sí, y... más..., mucho más. Pero no es fácil de entender, ni de creer ni de aceptar.

—No tienen idea de cuántas cosas soy capaz de aceptar.

—Usted es científico, como nosotros. —Ritch asintió, ahora serio. Algo que flotaba en el ambiente se le estaba contagiando y notaba que no era momento de hacer chistes—. Por tanto, tiene usted una idea del mundo que no es..., ¿cómo expresarlo?, que no es necesariamente compatible con lo que vamos a exponerle y con lo que, después, le ofreceremos. Pero puedo asegurarle que todo lo que le vamos a decir es rigurosamente cierto y, si lo hemos elegido a usted, ha sido porque estamos convencidos de que su mente es lo suficientemente flexible y curiosa como para sentirse interesada y atraída por nuestra propuesta.

—Póngame a prueba.

No se había comido más que un panecillo, pero apartó la bandeja a un lado porque, aunque aún tenía hambre, la conversación estaba tomando un giro que no permitía comer, y empezaba a despertarle una curiosidad como no había sentido nunca.

—Si acepta nuestra oferta, no sólo trabajará con nosotros en la estación, sino que le mostraremos algo que casi nadie ha visto en este planeta y que, para serle franca, ninguno de nosotros sabe realmente qué es. Se trata de un... artefacto. No puedo decirle más de momento. Necesitamos una mirada diferente. Llevamos demasiados años sin tener otra opinión, por eso lo hemos elegido a usted.

Ritch estaba a punto de decir que era un honor tan grande que no sabía cómo agradecerlo cuando Emma lo interrumpió con un gesto.

—Pero eso sólo sucederá si acepta. Si acepta convertirse en familiar nuestro.

—No acabo de comprender. ¿Se refiere a formar parte de su familia?

—Sí, digamos familia.

—¿Una... adopción?

Albert se echó a reír y, un segundo más tarde, Emma lo imitó.

—Rápido de mente —comentó Albert—. Muy inteligente, Richard, pero no se trata de eso. De lo que se trata es de..., mmm..., siempre resulta difícil explicarlo. Sobre todo porque, científicamente, la cosa no se sostiene. —Hizo una pausa, tomó un sorbo de vino, perdió la vista en uno de los cuadros que mostraba una copia del bosque de los abedules de Klimt y continuó—: ¿Qué me diría si yo le confesara que bebiendo de mi sangre su organismo se hará más resistente y la capacidad de regeneración de sus células se multiplicará por diez?

—Cualquier otro le diría que eso es una gilipollez y que ha leído usted demasiadas novelas de vampiros adolescentes. Yo, personalmente, le preguntaría si ya ha funcionado en otros casos y, si la respuesta fuera afirmativa, si se sabe cómo funciona.

—Ha funcionado en muchos casos. De hecho funciona siempre, pero no es algo que hagamos con mucha frecuencia. Nuestros familiares son muy longevos y trabajan con nosotros en todo lo que el clan necesita. No son inmortales. Ni siquiera nosotros lo somos, pero lo que le ofrecemos es una larguísima vida dedicada al servicio del clan blanco.

Ritch se inclinó hacia sus interlocutores, encantado, al parecer, de oír lo que le estaban contando.

—¿Quiénes son «nosotros»? ¿Qué es el clan blanco? ¿Qué me va a costar?

Fue Emma quien tomó la palabra.

—Hay cuatro clanes. Cuando decimos «nosotros» nos referimos al clan blanco. Somos muy pocos. De hecho, a lo largo de los siglos, nunca fuimos muchos, pero ahora no llegamos ni a media docena. Hace tiempo teníamos un buen grupo de familiares; ahora sólo tres en sentido estricto, otro del que ya le hablaremos en otro momento, y posiblemente a alguien más que, como usted, está siendo reclutado ahora. En cuanto a su última pregunta, la respuesta es nada. No le va a costar nada.

—*A win-win situation?* —comentó casi para sí mismo.

—Salvo que, cuando uno se convierte en familiar de un clan, es para siempre —añadió Albert—. Una vez que haya recibido nuestro *ikhôr*, nuestra sangre, si prefiere llamarla así, ya no hay vuelta atrás. Tiene que saberlo. Si en algún momento decide huir y deja de recibir nuestro *ikhôr*, la degeneración de sus células se acelerará sin que pueda revertirse el proceso.

—¿Qué son ustedes? —preguntó Ritch, después de una pausa en la que sólo se oía el zumbido de un insecto que chocaba contra los cristales de la ventana.

Emma y Albert se miraron y, juntos, desviaron la vista hacia él.

—Somos *karah*.

Si se esperaban algún tipo de reacción o de reconocimiento, no lo hubo. Era evidente que Richard Thomas Brown jamás había oído hablar de *karah*.

—Nosotros somos *karah*, los demás sois *haito*.

—¿Por qué?

Ambos cabecearon como si hubiera dicho algo particularmente estúpido ahora que pensaban que era inteligente.

—Porque somos otra especie.

—¿Otra «especie»? —enfaticó la palabra con una cierta ironía.

—Puede creernos o no, pero eso es lo que somos —dijo Emma, algo picada.

—De hecho, no lo sabemos con seguridad, Emma —intervino Albert—. Podemos ser otra especie o, simplemente, descender de otro tipo de antepasado, del *Homo neanderthalensis* o incluso de otro tipo de homínido del que no se tiene conocimiento.

—En cualquier caso —continuó ella casi como si Albert no hubiera hablado—, lo

que está claro es que somos otra cosa. Nuestra capacidad de regeneración es prodigiosa comparada con *haito*, nuestra esperanza de vida es diez veces más alta...

—¿También tienen «poderes»? —la interrumpió Ritch con una sonrisa tan expectante que parecía un niño frente al árbol de Navidad.

—No diga tonterías, Richard. No somos superhéroes ni figuras de cómic. — Emma empezaba a estar realmente molesta. La entrevista no se estaba desarrollando como ella había previsto.

—Entonces, en el fondo, salvo lo de vivir más tiempo, no pueden hacer nada más que yo o cualquier ser humano normal —resumió Ritch.

—Podemos rejuvenecer o envejecer a voluntad en el plazo de unos días.

—Eso es lógico; forma parte del mecanismo de regeneración de los organismos vivos que, al parecer, ustedes son capaces de revertir. Pero, por lo que me cuentan, nada de telepatía, ni telequinesia, ni predicción del futuro, ni saltos en el tiempo...

Emma y Albert se miraron, perplejos. Era la primera vez en su larga experiencia que alguien reaccionaba así al enfrentarse con su oferta.

—¿Es así? —insistió Ritch.

—Sí, así es —contestó Albert.

—No quiero parecer maleducado, ¿saben?, pero tengo que saber exactamente qué me están ofreciendo y en seguida querré saber por qué me lo ofrecen y a qué me comprometo. Luego tomaré una decisión. Espero que comprendan que no es algo que se pueda decidir a la ligera. Esto parece peor que casarse —terminó sonriendo.

—Efectivamente —dijo Emma, muy seria—. Este contrato no contempla la posibilidad del divorcio.

—¿Para qué me necesitan? ¿Qué tendré que hacer si acepto?

Ambos *karah* intercambiaron una mirada.

—Cualquier cosa que le pidamos y redunde en beneficio del clan. O, eventualmente, de *karah*. Incluso si va en contra de *haito*. Su lealtad tendrá que cambiar de bando.

—¿Qué le hace pensar que mi lealtad está con... *haito*, como ustedes nos llaman? En fin, eso no hace al caso. Si decido comprometerme, pueden contar con mi lealtad. Pero no me han dicho realmente lo que yo quería saber. ¿Qué tendré que hacer?

—Lo primero, ayudarnos en la investigación de ese artefacto al que me refería antes.

—Perfecto.

—Después..., bueno, en general se trata de pequeñas cosas: viajar a algunos lugares, llevar mensajes que son demasiado importantes para confiarlos a la red mundial, ponerse en contacto con algunas personas, buscar información que podamos necesitar... obviamente no vamos a usarlo como guardaespaldas.

—¿Obviamente? —inclinó la cabeza a un lado y, de repente, la luz hizo brillar

todas sus pecas haciéndolo parecer no sólo más joven, sino mucho más inofensivo.

—No quiero ofenderlo, doctor Brown, pero si se mira atentamente al espejo, se dará cuenta de que no es usted una persona que infunda temor físico con su mera apariencia.

—Puedo contar chistes malos diez horas seguidas. Es una tortura terrible.

Los dos se limitaron a sonreír.

—¿Está previsto que haga algo ilegal?

—No. En principio no. O no demasiado. Quizá viajar con pasaporte falso, por ejemplo, pero tenemos un excelente falsificador, no se preocupe.

—¿También familiar?

—No. No era necesario. ¿Otro café?

—Por favor. —Tendió la taza y se apretó la mandíbula con la mano izquierda, como siempre que pensaba a marchas forzadas. Paseó la vista por el paisaje urbano que se veía a través de los cristales: tejados relucientes de lluvia, brillando al sol de mediodía. Una ciudad europea, antigua, sólida, romántica, a años luz de distancia de su propia experiencia de niño pobre, de eterno becario. Tomó un sorbo mientras Emma y Albert, serenamente sentados en sus sillones, lo miraban reflexionar.

—¿Piensan pagarme un sueldo por mi trabajo?

Albert se dio una palmada en la frente y miró a Emma antes de contestar.

—Perdone, soy un imbécil, esa parte la llevaba yo y se me había pasado. Por supuesto, claro está. De momento le ofrecemos tres mil euros netos al mes. Todos los encargos y desplazamientos que tenga que realizar son aparte, corren por cuenta del clan. —Ritch no pudo controlar la sonrisa que se le derramaba por los bordes de la taza. Le estaban ofreciendo más del doble de lo que ganaba por ponerse a hacer lo que llevaba años deseando—. En la estación tendrá comida y alojamiento como todos nosotros. Fuera de la estación..., dígame, ¿dónde le gustaría vivir? ¿Tiene usted familia en Estados Unidos?

—Soy huérfano. No estoy casado y ni siquiera tengo novia. No me digan que no me han investigado antes de ofrecerme esto.

Albert sonrió en silencio.

—¿Dónde viven ustedes y los demás miembros del clan?

—Ahora aquí, en Viena. Otras veces en París. Pero yo le aconsejo que viva lejos del clan. Es la mejor manera de conservar la cordura —intervino Emma—. He leído en su currículum que estudió un tiempo en Nueva York y tuvo que abandonar la ciudad porque ganó una beca para UCLA, pero que si hubiera tenido dinero se habría quedado allí.

—Es verdad.

—Entonces quizá le interese un piso en Nueva York. Casualmente tenemos uno, pequeño, pero muy céntrico, eso sí, casi al lado del Guggenheim.

—¿Del museo? —Soltó un silbido al ver la expresión de la pareja—. Claro que me interesa.

—Pues no hay más que hablar. ¿Acepta?

Richard Thomas Brown dejó la taza sobre la mesa, se puso de pie y estrechó primero la mano de Emma y luego la de Albert.

—Acepto. Pero eso ya lo sabían de antemano, ¿verdad?

—Siempre puede uno equivocarse —dijo Albert, apartando la mirada.

—Y ¿si hubiera dicho que no?

Emma le sonrió y lo tomó cariñosamente del brazo.

—Lo habríamos matado, por supuesto. Pero usted ya lo sabía, ¿verdad? Venga conmigo, Ritch, voy a presentarle a los demás.





## Lena. Azul. Isla de Él (Pacífico Sur)

Conforme se acercaba a la pared del fondo de la cueva, Lena empezó a sentirse inquieta otra vez. ¿Dónde estaba Él? ¿No se suponía que la esperaba al cruzar la pared de roca? ¿Tenía que atravesar otra pared para dejar claro que era capaz de hacerlo?

El silencio era total, hasta el punto de que, si se quedaba quieta, oía su propia sangre siseando en los oídos. La luz no variaba de intensidad y no había ningún tipo de olor, salvo el de su cuerpo que, extrañamente, en lugar de resultarle desagradable como otras veces, ahora le parecía tranquilizador, como si le dijera: «No te preocupes, si hueles a sudor es que sigues viva». Confiaba en que Él no tuviera muy desarrollado el sentido del olfato.

Llegó a la pared del fondo y se detuvo, pensativa. ¿Era esa una de las barreras que había mencionado Yerek? Y, si lo era, ¿qué verdad tenía que decir? ¿O tenía que esperar a que alguien o algo le hiciera una pregunta?

Creó oír un tintineo a su izquierda y se volvió buscando la fuente del sonido. Una figura alta y grande, envuelta en telas azules y con una gran melena rizada destacaba a contraluz en medio de un pasillo de roca que hasta ese momento no había visto.

Se acercó a pasos lentos, forzando la vista para ver si la figura estaba de frente o de espaldas a ella, si era un ser humano o una estatua. Cuando estuvo a un par de metros de ella, la figura levantó los ojos, que tenía fijos en el suelo, y su mirada se encontró con la de Lena. Incluso en la penumbra se veía que tenía unos ojos tan azules, tan brillantes, que parecían falsos y producían una sensación inquietante, como si fueran dos rayos de luz que pudieran traspasar y quemar a quien se sometiera a su mirada. Lena bajó la vista, pero no antes de haberse fijado en que la gran melena que rodeaba su rostro era gris y había sido tejida con mechadas de distintos tonos de azul, conchas y caracolas marinas. Probablemente era eso lo que había producido el tintineo que había oído unos segundos atrás. Iba vestida con un *sarong* azul oscuro y un manto por los hombros; se apoyaba en una especie de caduceo de madera y oro y

llevaba un collar muy largo de piedras talladas. Era evidentemente de sexo femenino y, a simple vista, parecía tener unos setenta años pero no causaba impresión de fragilidad, sino de una fuerza y energía enormes que emanaban de ella con tanta claridad como el calor emana de una estufa.

—Bienvenida, hija. —La voz era grave y bien modulada. Hablaba en francés. Lena se alegró de haber tenido ocasión de practicar la lengua recientemente con sus amigos *traceurs*.

—Gracias, señora. Estoy buscando a Él. ¿Sabe usted dónde puedo encontrarlo?

La mujer se echó a reír. Una risa gutural, profunda, tranquilizadora en cierto modo.

—Yo soy Él, niña.

—¿Usted? —Lena no conseguía decidir si fiarse de ella o dar media vuelta y seguir buscando.

—Supongo que te sentirías mejor si te explicara que, en algún tiempo, mi nombre fue Joelle y, no recuerdo bien cómo, acabaron por llamarme simplemente Él. Me acostumbré y ahora incluso me gusta. Ya ni pienso que puede ser un pronombre masculino en algunas lenguas. Tú sueles hablar español, dice Yerek.

—Con él sí.

—Podemos hablar español si lo prefieres —dijo cambiando de lengua con toda facilidad y sin rastro de acento extranjero—. Una de las ventajas de *karah* es que vivimos lo suficiente como para aprender muchas lenguas a la perfección y muchas otras lo bastante para entendernos. ¿Nunca has notado que tienes una gran facilidad para las lenguas?

Lena asintió en silencio. Le empezaba a resultar muy raro estar en el fondo de una caverna de pura roca, creada seguramente por la lava de un volcán millones de años atrás y estar hablando de cosas tan cotidianas como la facilidad de *karah* para los idiomas. Él debió de pensar lo mismo porque dio un golpe en el suelo con el caduceo en el que se apoyaba y echó a andar.

—Bien, basta de cháchara. Sígueme, tenemos que hablar. Tenemos mucho de que hablar, pero vamos a hacerlo en otro lugar más cómodo. Haz lo que yo haga, pisa donde yo pise y, en general, no hagas nada que no me hayas visto hacer a mí, ¿de acuerdo? No es peligroso, pero es un poco impresionante la primera vez.

Él la precedió por un angosto pasillo de roca, parecido al primero que habían tomado en la playa, también inclinado hacia abajo y, al cabo de un par de minutos en los que la luminosidad azulada de la cueva fue quedando atrás y empezó a ser sustituida por un resplandor también azul pero más brillante y más violeta, llegaron a una especie de umbral. El túnel acababa ahí y se abría a algo que, de momento, Lena no fue capaz de comprender.

No habían salido al aire libre ni a otra cueva de roca como la que acababan de

abandonar. Lo que se extendía frente a sus ojos era un inmenso espacio abierto iluminado por una luz violeta tan pura y tan bella como la que se consigue poniendo un prisma bajo los rayos del sol. Hacia arriba la luz iba virando al azul cada vez más claro hasta convertirse en un turquesa purísimo y luego, poco a poco en verde vetado de azul.

Estaban en una especie de repisa de roca en una altísima pared, como un acantilado frente al mar, sólo que, delante de ellas, no había mar, o no exactamente. Hacia abajo, casi cien metros más abajo de donde se encontraban, había un pequeño lago en un suelo de arena blanca como la de la playa. Hacia arriba la vista tropezaba con una especie de cielo azul verdoso que bajaba hacia el suelo en unas paredes curvas por donde se deslizaba la luz junto con la mirada. Era como estar en el interior de una inmensa burbuja, de una inconcebible pompa de jabón submarina. Submarina porque, poco a poco, Lena se iba dando cuenta de que aquello que tenía delante era una cavidad cristalina situada debajo del mar, como si se tratara de una pecera invertida que aún conservara el aire en su interior al ser colocada dentro de una bañera llena de agua.

—¡Unguan! —dijo Él en voz sonora a nadie en particular.

Lena no notó que hubiese pasado nada, pero, de repente, Él dio un paso adelante, hacia la nada y, sin ser consciente de lo que hacía, Lena lanzó un grito y se aferró a la ropa de Él para tratar de evitarle la caída.

Él se volvió sonriendo, sus dos pies apoyados aparentemente en la nada.

—No ves el vehículo, eso es lo que da miedo al principio, pero está ahí, te lo prometo. Sígueme y, si ves que te tiemblan las piernas, límitate a ponerme la mano en el hombro y no mirar hacia abajo. En unos segundos nos depositará en el suelo.

Lena miró hacia donde los pies de Él reposaban en el vacío. Cien metros más abajo el lago seguía despidiendo una hermosa luz violeta en el silencio total del lugar donde se encontraban. Quería hacer avanzar la pierna derecha para acercarse a Él, pero no conseguía que sus miembros obedecieran las órdenes de su cerebro. Le temblaba todo el cuerpo y tenía la sensación de que el estómago se le iba a salir por la boca de un momento a otro.

—Nnno... ppuedo... Él.

—Cierra los ojos.

—Nnno..., ees... peor.

—Pues mírame fijamente a mí. Aquí, directo a los ojos. Toma mi mano. Estoy aquí, no te dejaré caer.

Lena prendió su mirada en la de Él y, antes de poder pensar lo que estaba haciendo dio un paso adelante antes incluso de tocar su mano. Entonces ambas se pusieron en marcha, como impulsadas por una fuerza que venía de abajo y de algún modo las hacía flotar sobre el paisaje, como si estuvieran a bordo de un disco o un

*frisbee* que volara paralelo a la superficie del suelo y que fuera descendiendo en amplios círculos hasta depositarlas suavemente junto a una orilla del lago en la que no se había fijado desde arriba. En ella se encontraba una tienda parecida a las jaimas árabes pero hecha de algún material muy ligero y de un azul verdoso. Entre la carpa y el agua del lago había varios sillones y sofás de *rattan* y bambú, una mesita baja y una bandeja con bebidas y cositas que parecían joyas, aunque luego resultaron ser una especie de canapés tan artísticos que daba pena comerlos.

Dieron dos pasos en dirección a los divanes y entonces Él hizo palmas dos veces, dijo: «¡*Unguan, bai!*», y se volvió hacia ella con toda naturalidad.

—Ponte cómoda, hija. Aquí estaremos tranquilas.

—¿Qué es esto, Él? ¿Qué es todo esto?

La mujer se encogió de hombros, sirvió dos copas de vino blanco, le tendió una y contestó.

—¿Qué importa? Es nuestro hogar. El hogar del clan azul. Lo que queda de Atlantis quizá. Nadie lo sabe seguro. Sabemos que quienquiera que construyera esto, y más cosas que verás a lo largo de tu estancia aquí, dominaba una técnica que aún no ha sido igualada por *haito*. Nosotros no la comprendemos y ni siquiera sabemos usarla en su totalidad. Las órdenes, claves, palabras de mando o como quieras llamarlas, para que funcionen muchas cosas han ido pasando de generación en generación. Otras se han perdido y ya no sabemos cómo funcionan o para qué sirven. Por eso tenemos tanto interés en que haya de nuevo un nexo, ¿comprendes?

Lena negó con la cabeza. Se había sentado en uno de los sofás con las piernas cruzadas en posición del loto y miraba hacia arriba y hacia los lados, como si temiera que aquella burbuja que las separaba del océano estuviera a punto de romperse y las dejara a merced de las aguas.

—Los clanes llevan siglos barajando distintas explicaciones: que *karah* procede de otro lugar, de otro mundo, o de otro plano de realidad; que *karah* es otra especie, posiblemente ni siquiera originaria de este planeta; que quizá descendemos de otro tipo de homínido y nos desarrollamos más rápido, alcanzamos más de prisa la civilización, construimos Atlantis y luego fuimos destruidos por una catástrofe natural y nos dispersamos por toda la Tierra. Los clanes rojo y negro creen a veces en cosas así, otras veces tratan de olvidar o deciden que todo son leyendas y fantasías. Los clanes azul y blanco, por el contrario, sabemos que tiene que haber algo más que leyendas. Porque esto es real. No lo comprendemos, no sabemos nada de su origen, pero es real. La mayor parte de ellos, obviamente, nunca han estado aquí y hemos procurado que tampoco sepan demasiado por el momento.

—¿Y el clan blanco? —preguntó Lena con la garganta seca a pesar del vino.

—Ellos encontraron hace poco algo enterrado en los hielos árticos, algo que tampoco saben qué es, pero que deja claro que *karah* es realmente distinta y superior

a *haito*. Y que nos da esperanzas de que exista la posibilidad de contactar con los nuestros, estén donde estén, a través del nexo que, según la tradición de todos los clanes, nunca olvidada, podrá abrir el portal que comunica los mundos.

—¿Cómo?

Él volvió a encogerse de hombros.

—No lo sabemos.

Se inclinó hacia la mesita, cogió la bandeja y se la ofreció a Lena, que eligió un canapé particularmente bonito, dudó un segundo y se lo metió en la boca.

En ese momento la luz empezó a cambiar y, de pronto, luminosas olas amarillas, naranjas, rosadas, rojizas y rojas como la sangre fueron pasando por encima de ellas, llenando la burbuja con sus colores.

—Es el amanecer aquí. No te asustes.

Lena estaba transfigurada ante tanta belleza. Era como una aurora boreal encerrada en una pompa de jabón. Y ella estaba dentro.

—¡Qué preciosidad! —Lena extendía las manos para ver cómo la luz se deslizaba por ellas, y las giraba hacia abajo y hacia arriba intentando retener los colores en el cuenco de sus palmas.

Él volvió a llenarle la copa y no dijo nada. Se puso cómoda en su sofá, gozando de ver a Lena disfrutar del espectáculo de la aurora en el interior de la burbuja.

Unos minutos después, cuando la luz se estabilizó en una gradación como la del arco iris que parecía resbalar por las lejanas paredes donde a veces se perfilaban sombras oscuras, Él se limitó a decir:

—Son peces, hija, no temas, no pueden romper las paredes.

Lena empezó a salir de su asombro y volvió a mirar a su anfitriona.

—¿Nos ayudarás, Lena? —preguntó Él, clavándole su mirada azul.

Ella casi había olvidado de qué habían estado hablando antes del espectáculo del alba.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Creo que tú puedes ayudarnos. Aún no sé cómo. Pero lo primero es preguntarte si quieres ayudar, si estás dispuesta a hacer lo que sea necesario para que *karah* sobreviva.

—Primero es *karah* —dijo sin pensar, sorprendiéndose a sí misma por lo automático de su respuesta.

—Así es. Y tú eres *karah*.

—Sólo a medias, Él.

La mujer le cogió la mano y se la apretó cariñosamente.

—Eres hija de una buena amiga mía. Hace muchos, muchos años de la última vez que nos vimos cara a cara, pero no hace tanto le prometí que yo te cuidaría si fuera necesario. Ahora ha llegado el momento. Voy a contarte algunas cosas que debes

saber. ¿Lista?

Lena hizo una inspiración profunda y trató de concentrarse, aunque estaba otra vez realmente agotada y lo único que le apetecía era darse un baño en aquellas misteriosas aguas violeta, comer unos cuantos canapés y tumbarse allí mismo, en el sofá, dormir, apagar el cerebro que casi le dolía de todas las experiencias vividas en las últimas horas. No hacía mucho que había despertado en el *bungalow*, pero se sentía de nuevo agotada, incapaz de procesar tantos datos.

—Tu madre prometió dejarte toda la información posible para que pudieras sobrevivir hasta ahora, y ha funcionado, lo que significa que ya sabes lo suficiente de *karah* como para poder obviar toda esa parte.

—Yo tengo la sensación de que no sé prácticamente nada, pero si usted quiere puede empezar donde mejor le parezca y si algo no lo entiendo, se lo digo.

—Trátame de tú, Lena. Somos conclánidas y además eres la hija de Ennis. Si fuéramos *haito* yo sería algo así como tu madrina.

—Creo que te equivocas, Él. Mi madre no era Ennis, yo soy hija de Bianca Wassermann.

Él sonrió.

—Parece que olvidas que todo clánida vive muchas vidas, o etapas, a lo largo de sus varios siglos de existencia. En cada una de esas vidas tiene un nombre, una nacionalidad, una profesión diferentes. Tu madre, antes de ser Bianca, fue Ennis, y antes de ser Ennis fue Alma y antes de eso... no lo recuerdo bien, pero tengo su árbol entre mis documentos privados. Supongo que también te lo habrá dejado a ti.

Lena sacudió la cabeza, más para aclararse las ideas que para decir conscientemente que no, aunque no recordaba que su madre le hubiese dejado ningún tipo de árbol genealógico. Lo que más angustiaba le resultaba era darse cuenta de que la madre que la había criado y en la que había confiado ciegamente a lo largo de sus diecinueve años era una persona que llevaba ya varios siglos de existencia cuando ella nació, que había tenido varios nombres, varias vidas, miles de experiencias que nunca había compartido con ella. Recordaba ahora, de golpe, que, en París, Joseph y Chrystelle le habían dicho que ellos habían criado a Bianca en España, e incluso le habían enseñado fotos de su madre de pequeña, para su gran sorpresa, ya que eso trastocaba todo lo que Bianca le había dicho de sí misma. ¿Era también mentira lo que le habían dicho el *oncle* Joseph y Chri-Chri? Y ahora... esto. ¿Quién era realmente su madre?

Él pareció darse cuenta de su confusión porque guardó silencio durante unos minutos, como esperando a que pudiera tranquilizarse antes de seguir.

—Perdona, Lena. Pensaba que eso no sería nuevo para ti. La verdad es que voy un poco a ciegas; no sé lo que ya sabes y por tanto no sé lo que puede resultarte doloroso. Pero, en cualquier caso, lo que sí puedo decirte es que, para tu madre, el

tenerte a ti fue la consagración de su existencia, lo más importante y lo más hermoso de todas sus vidas. Ennis te adoraba, querida mía, créeme.

Lena dijo que sí con la cabeza, tragó saliva y sintió correr dos lágrimas por sus mejillas.

—Fue a finales del siglo XIX cuando decidió tener un hijo costara lo que costara, pero no pudo lograrlo hasta fines del XX, cuando ya casi se había resignado al fracaso, cuando ni siquiera lo esperaba ya y había renunciado al clánida que había escogido como padre.

—Tiene que haber una confusión, Él. Me estás contando cosas que no tienen nada que ver conmigo. Incluso aceptando que sea verdad que mi madre era Ennis antes de ser Bianca y todo eso, mi padre no es clánida, y han estado juntos toda la vida. No se han separado ni ella ha tenido que renunciar a nada.

—¡Ay, cielos, qué complicado es todo, niña! No me arrepiento de nuestra decisión de que fueras educada como *haito*, al fin y al cabo te ha salvado la vida, pero simplificaría mucho las cosas que supieras más de ti misma. No sé cuándo Ennis se había propuesto empezar a enseñarte, pero me temo que lo dejó para demasiado tarde.

—Yo también me lo temo. En uno de sus mensajes me dio a entender que suponía que no iba a vivir mucho más, y sin embargo me dejó a oscuras hasta su muerte. Quizá pensaba que mi padre continuaría donde ella lo había dejado.

—¿Tu padre? Eso es prácticamente imposible. Él ni siquiera sabe que existes.

Lena se quedó mirando a la mujer como si se hubiera vuelto loca y ella tardó unos segundos en darse cuenta del porqué. Un segundo después, Él se mordió los labios y desvió la vista. Acababa de reparar en que quizá habría sido mejor guardar silencio, pero ahora no había más remedio que explicarlo.

—Max no es tu padre biológico, Lena.

Sintió una arcada que le subía desde lo más profundo del estómago y, sin poder evitarlo, vomitó en la arena el canapé y el vino que se había bebido.

—Lo siento. Pensaba que al menos eso lo sabrías o lo habrías imaginado.

Pasaron por su mente todas las veces que, sin querer confesárselo ni siquiera a sí misma, había pensado que Max no la quería de verdad, o no la trataba con el mismo amor que Bianca, pero siempre pensó que su padre era un poco frío y sólo se comportaba apasionadamente con su mujer. Sin embargo, él siempre la había protegido y ayudado, y recientemente, en Villa Lichtenberg, había tenido la sensación de que nunca en toda su vida había sido tan cariñoso con ella.

—Entonces, ¿quién es mi padre?

—No creo que hayas oído hablar de él.

—¿Cómo se llama? Quizá mi madre lo haya nombrado en uno de sus mensajes.

—¿Actualmente? Imre. Imre Keller.

—¿El Presidente?

—¿Lo conoces? —preguntó Él, sorprendida.

Lena meneó lentamente la cabeza.

—Mi madre me dejó un mensaje diciendo que si tengo que huir o necesito protección en un caso realmente extremo, puedo ir a buscar a Imre Keller y decirle que soy hija de Bianca. No me dijo nada más.

—Es un clánida muy poderoso. *Mahawk* del clan negro.

—¿Clan negro? —se le quebró la voz. Acababa de entender lo que su madre le había dicho siempre, las palabras de una de sus historias favoritas, la formulación de la primera carta de su madre, la que leyó en el despacho del falso notario: «Mi niña blanca y negra». Ahora sabía qué significaba. Lo que no sabía era si el interés de Lenny, de Nils como se llamaba ahora, tenía que ver con que él era clánida negro y ahora, al parecer, resultaba que ella también lo era, al menos en parte.

—Eso, como puedes comprender —siguió diciendo Él, sin reparar en que ella necesitaba más tiempo para poder interiorizar todo lo que acababa de oír—, significa que eres *karah*, y heredera de dos clanes.

—Y no soy humana —concluyó Lena con un hilo de voz—. Porque ni mi padre ni mi madre lo son. Ni los padres de mis padres, ¿verdad? —Con cada palabra iba creciendo la monstruosidad de lo que aquello significaba—. ¡No soy humana, Él!

Él le puso la mano en el hombro y luego, con mucha suavidad, le acarició la mejilla.

—Yo tampoco, hija. Somos *karah*, y eso es bueno, créeme. —Hizo una pausa, le tomó la mano y se la apretó, en un intento de darle seguridad a través del contacto—. Comprendo que te asuste un poco, querida. Han sido demasiadas revelaciones en muy poco tiempo. Te dejaré descansar un buen rato. ¿Quieres volver a tu *bungalow* o prefieres quedarte aquí?

Pensó en volver arriba, al aire libre, y el deseo estuvo a punto de hacerla ponerse en pie de un salto, pero en seguida se imaginó recorriendo de nuevo aquellos pasillos de roca, conversando con Él, evitando tocar ciertos temas, hasta llegar arriba, encontrándose con Yerek o quizá con otros clánidas a quienes aún no conocía, y se asustó de la simple idea de tener que relacionarse con gente, como si no pasara nada especial.

—Creo que prefiero quedarme aquí por el momento. Estoy muy cansada.

—En la carpa tienes todo lo que puedas necesitar. Y si quieres verme sólo tienes que gritar mi nombre. De todas formas, volveré en un par de horas a ver cómo estás. Aquí estás a salvo, no tienes que preocuparte de nada. Notarás cambios en la luz, es normal, sucede mucho a lo largo del día e incluso algunos pensamos que los cambios a veces también tienen relación con los sentimientos de los seres que ocupan la burbuja, pero recuerda que aquí dentro no hay nada que pueda hacerte daño. Descansa, hija.



Él se alejó en dirección a la pared, pero mucho antes de llegar, de repente se detuvo y fue como si un gran pincel húmedo hubiera borrado su figura del fondo azul sobre el que, un segundo antes, se recortaba.

Lena estaba demasiado cansada para asombrarse más, así que se limitó a desnudarse y, sin pensarlo siquiera, se tiró a las aguas violeta del lago que tenían un frescor agradable, justo lo que necesitaba para despejarse un poco la cabeza.

Dio unas cuantas brazadas y se dejó flotar boca arriba, mirando la bóveda por encima de ella que ahora tenía un extraño color rosa intenso, con pinceladas amarillas o naranjas, y se iba volviendo verdosa, turquesa, verde, azul y violeta hacia abajo. Era tan extraño que algo en su interior había decidido suspender por completo el juicio y ya había dejado de parecerle bien o mal. Era así. Sin más. Y era hermoso. Como estar dentro de un pisapapeles de cristal rodeada por una aurora boreal constante.

Salió del lago cuando tuvo la sensación de que había conseguido tranquilizarse lo bastante como para poder comer algo y luego dormir. Desde siempre, esa había sido la perfecta trilogía de la felicidad: agua, comida, sueño.

Nada más salir a la orilla, cientos de pequeñas mariposas azules parecieron desprenderse del lago y empezaron a volar erráticamente a su alrededor, contra un «cielo» que se había vuelto de pronto amarillo limón, mientras a través de las «paredes» se adivinaban las sombras de grandes peces que pasaban inquietantes cerca de la membrana que mantenía el océano fuera de la burbuja.

Por un momento se quedó quieta, asombrada, disfrutando de lo que veía, ligeramente asustada a pesar de las palabras tranquilizadoras de Él. Luego sacudió la melena, la escurrió fuerte entre las manos, se dejó secar al aire, que era cálido y agradable, comió un poco y entró en la jaima, a ver qué le esperaba en su interior.

Había varios colchones y cojines de seda, todos en tonos azules, y una especie de pareos grandes, también de seda, que debían de servir como sábanas o mantas. Se tumbó en el más alejado de la entrada con un suspiro de alivio por poder estar sola otra vez. Habría dado diez años de su vida por estar en su propia casa, un par de años atrás, cuando todavía eran una familia y pensaba que era una chica muy desgraciada porque nunca le pasaba nada que valiera la pena.

Ahora le habían pasado tantas cosas que empezaba a tener miedo de estar dejando de ser ella misma. Siempre huyendo. Siempre sola o con desconocidos.

De repente se sentó en la cama como si la hubiera alcanzado un rayo. ¡Ahora! ¡Ahora era el momento!

Salió tropezando por la impaciencia, cogió su bolsa que seguía tirada junto a los sofás del exterior y, casi ahogándose de nervios, metió la mano y rebuscó hasta encontrarla. Apretándola contra su pecho, volvió al interior de la jaima, se sentó en el colchón de seda con las piernas cruzadas y, lentamente, como si temiera una explosión, abrió la cajita que le había dado Dani.

Sin saber por qué, se llevó la mano a la boca como para ahogar un grito.

Dentro de la cajita, sobre un lecho de terciopelo azul marino brillaba suavemente la piedra más bonita que había visto en su vida, como una gota de luz de luna. Estaba montada en plata sobre una trama que, cuando se miraba desde abajo, representaba una flor de cuatro pétalos con un círculo en el centro.

Muy despacio, casi temblando, se puso la sortija en el dedo anular de la mano izquierda. Le iba perfecta y, al mirarla, su mano parecía también perfecta, como si siempre le hubiera faltado ese anillo para ser lo que debía ser.

¿Querría decir lo que ella suponía? ¿Qué le había dicho Dani al dárselo en aquel aparcamiento entre la oscuridad y el terror de la huida? ¿Qué le había preguntado? ¿Era de verdad un anillo de compromiso? ¿O un simple regalo entre amigos?

Habría dado cualquier cosa por poder llamarlo y decirle que sí, que fuera cual fuese la pregunta, la respuesta era sí. Pero no podía llamar. Y ella ni siquiera era ya ella misma, la que siempre había creído ser. Ni siquiera era humana.

De pronto se echó a llorar como nunca en su vida, desesperada, sola, arrancada de su madre, de su padre, de Clara, que había sido su mejor amiga y ahora estaba muerta, de su ambiente, de su vida, de Dani, de todo lo que alguna vez creyó real y sólido. De su misma humanidad.

Nunca supo cuánto tiempo estuvo sollozando en aquella tienda de paredes azules, pero debió de ser mucho porque, cuando ya no pudo más, tuvo que cambiar de cama para no quedarse dormida en un colchón mojado. Ya no tenía a nadie. Todos los salvavidas de su vida se habían desvanecido.

Pero Daniel seguía ahí. Eso seguía siendo sólido y real. Tenía su anillo. Tenía su palabra. De momento tendría que bastar.



## Blanco. Negro. Koh Samui (Tailandia)

El aeropuerto de Koh Samui era pequeño y tan claramente orientado a cumplir las expectativas de los turistas occidentales que Luna y Lasha se miraron, exasperados, al ver la profusión de orquídeas, las pérgolas de bambú y las camisas floreadas de los taxistas, antes de ponerse las gafas oscuras, subir a uno de los coches y pedir que los llevaran al Youth Hostel más cercano. No sabían dónde se alojaba el grupo de *freerunners* que estaban buscando, pero estaban seguros de que no les costaría mucho esfuerzo dar con ellos en cuanto fueran a uno de los primeros encuentros que estaban previstos para esa misma tarde. Se habían documentado un poco sobre la gente que se dedicaba a algo tan extraño como subirse a los edificios por la fachada o saltar por en medio de cualquier edificación que se les pusiera delante y ahora sabían que no estaban acudiendo a un espectáculo o a un concurso, sino simplemente a un encuentro de gente con los mismos intereses, que habían decidido combinar unas vacaciones con unos días para conocer a otras personas que disfrutaban haciendo las mismas cosas.

De momento habían decidido que su estrategia sería fingir que no sabían nada de *parkour* ni del encuentro mundial y sencillamente pasaban por allí «por casualidad». Si tenían suerte, quizá dieran con Lena de inmediato; si no, tratarían de encontrar a la gente con la que había estado en Bangkok y les sonsacarían, con el método que considerasen más oportuno, toda la información que tuvieran sobre su paradero.

Luna ya había recibido una llamada de su hija diciendo que había llegado bien a la isla de la Rosa de Luz y habían quedado en que ella informaría cuando hubiera algo. Lógicamente, la muchacha no tenía ni idea de que su padre estaba en Tailandia y de que, desde hacía unos días, el padre que había conocido toda su vida se había transformado en un chico de su edad, y haría lo posible por no encontrársela cara a cara para que ella no tuviera que darle vueltas a la idea de dónde había visto a este tipo, de qué le sonaba ese muchacho.

Lasha dejó a Luna en la entrada del hostel que habían elegido para no llamar la atención y, nada más dejar la mochila, se fue a buscar un gimnasio donde pasarse un

par de horas haciendo pesas. Siempre se encontraba mejor después de una sesión y tenía la convicción, tal vez estúpida, de que pensaba más claro.

Con un par de dólares quedó arreglada la cuestión de la pertenencia al club que había elegido. Dejó la mochila en el casillero, se cambió de ropa y fue directamente a las pesas. Sabía que muy pronto necesitaría recuperar su aspecto adulto para darse una vuelta por la isla donde los fieles de la Rosa de Luz seguirían preguntándole al Maestro cuándo podían esperar de nuevo la aparición del ángel Israfel. Si quería mantenerlos en estado de excitación y dispuestos a todo, era fundamental mostrarse de vez en cuando y convencerlos de la verdad de sus creencias. Andrade ya había sido castigado por su estupidez al violar el lugar sagrado, pero el terror es algo que va mermando con el tiempo y pensaba que iba siendo necesario mostrarles de nuevo la realidad de la terrible criatura que era un ángel atlante.

Resopló al levantar los ciento cincuenta kilos y, al verse reflejado en el espejo, sonrió. Aún era capaz, a pesar de sus siglos de vida.

Nada más salir de la ducha, echó una mirada al móvil por pura inercia, aunque no esperaba mensajes ni llamadas de nadie, y se encontró con un sms de Andrade, en quien había estado pensando apenas una hora atrás. El texto, cauto y parco como él mismo se había encargado de inculcarle a lo largo de los años, pero con un tono de angustia que mostraba bien a las claras que no sabía cómo actuar y que el terror apenas había disminuido, decía: «Hemos recibido un nuevo postulante. Un personaje MUY inquietante. Necesito instrucciones. Por favor. Humildísimo: Horra, Gran Maestro».

Lasha sonrió al ver el nombre con el que Andrade firmaba el mensaje. Parecía que no se había borrado de su mente el momento en que el Ejecutor, de parte del ángel Israfel, le había arrancado su antiguo nombre y, después de marcarlo en la cara para siempre, le había comunicado el nuevo: «Horra».

Mientras se vestía, empezó a darle vueltas a lo que le preguntaba. ¿Quién podía ser ese inquietante personaje? ¿Cómo de inquietante tenía que ser para que Andrade, que tenía auténtico espanto del Ejecutor, se hubiera decidido de todos modos a escribirle pidiendo instrucciones? ¿Era simplemente algún jefe mafioso que se había enterado de la existencia de la Rosa de Luz y los ángeles atlantes y ahora quería asegurarse un puesto en el otro mundo, cuando le llegara su más que probable muerte violenta? ¿O cabía la posibilidad de que se tratase de un clánida? Y en ese caso, ¿quién podía ser y qué podía estar buscando?

Se alegraba profundamente de haber seguido su primera intuición con la hija de Luna. Ahora tenía unos ojos jóvenes y alertas en la isla, una informadora inteligente que podría tenerlo al tanto de lo que estaba pasando allí hasta que él llegara a verlo por sí mismo. Dejaría a Luna en Koh Samui buscando a Aliena y él se pasaría a visitar a los adeptos de la *Lux Aeterna*. Luego tendría que regresar y quedarse por allí,

con Luna, hasta averiguar dónde se había metido Lena Wassermann y hacerla desaparecer definitivamente. Sin ella, la existencia del bebé era un problema menor, aunque también tratarían de eliminarlo lo antes posible. Luego, una vez fuera de juego los dos actores principales, los documentos seguirían guardados en la cripta de la *Lux Aeterna*, protegidos por toda la congregación, por si en algún momento del futuro cambiaban las circunstancias y se hacía necesario recuperar la información que contenían. Pero de momento, jamás consentiría en que salieran a la luz. Mientras él tuviera vida, no.



## Haito. Viena (Austria)

En Viena, Ritch y Daniel, que se habían conocido apenas dos días atrás pero que, por la fuerza de las circunstancias, ya habían adquirido más confianza que otros compañeros que llevan años de colegio compartido, estaban dando un paseo por el Prater a la caída de la tarde. Había tantas cosas que para los dos eran nuevas y tantas preguntas sin respuesta, que para ambos era tranquilizador tener a alguien con quien compartir las dudas, alguien con quien poder hablar sin tener que explicarlo todo desde el principio y sin temor de estar divulgando información reservada.

Richard había sido alimentado por primera vez el día anterior y Daniel le lanzaba miradas curiosas mientras lo veía caminar decidido entre las mesas del Biergarten, buscando indicios de que algo había cambiado en su personalidad, en su comportamiento o, al menos, en su manera de moverse.

Se sentaron, pidieron dos jarras de cerveza y se quedaron mirándose durante unos segundos.

—¿Notas algo? —preguntó Dani por fin. No era necesario precisar; los dos sabían perfectamente a qué se refería. Hablaban en inglés porque, como Ritch no sabía alemán, aunque hablaba algo de español, no era bastante para mantener una conversación.

Ritch sacudió la cabeza en una negativa.

—De momento, nada, pero Albert dice que es lo normal, que no me espere maravillas ni cosas raras. ¿Y tú?

—Yo no puedo notar nada porque a mí no me han «alimentado», como lo llaman ellos. Aún no he conseguido decidirme. —Se encogió de hombros, como quitándole importancia.

—Y sin embargo sigues vivo. A mí no me dieron elección. Cuando terminaron de explicarme el asunto ya sabía demasiado, al parecer.

Dani se echó a reír.

—¿De verdad pensabas que te matarían si no aceptabas?

Ritch siguió serio.

—Sigo pensándolo. Por lo que me has contado, tú los has visto en acción. A los clánidas, me refiero.

—Sí. Los he visto y puede que tengas razón; en Amalfi las armas eran de verdad, pero se me hace difícil imaginar a esos dos viejecillos, Joseph y Chrystelle, matando gente. Ni a Emma ni al bueno de Albert.

—A mí no se me hace nada difícil. Yo no he tenido una infancia como la tuya, segura, protegida, con un padre y una madre que te quieren y se preocupan por ti; sé perfectamente que la mayor parte de la gente no es lo que parece. He conocido directores y maestros que parecían santos de estampa de catecismo y luego eran auténticos monstruos. Pero da igual; de todas formas pensaba aceptar. ¿A ti no te interesa?

—En principio suena muy bien, pero aún no lo sé seguro. Primero tengo que hablar con Max, creo que él tampoco es familiar en sentido estricto, y luego es fundamental que hable con Lena para saber si le sigo importando lo suficiente. — Llegaron sus cervezas y la conversación se interrumpió para tomar el primer trago—. Y claro, ver también si me sigue interesando a mí. Imagínate que, por lo que sea, lo nuestro no funciona y me veo atado al clan blanco para el resto de mi vida.

—Tampoco te dejarían salir aunque dejaras de estar con Lena; ya es tarde para volverse atrás, créeme. Por lo que nos han contado, llevan milenios ocultando su existencia a la población normal.

—A *haito* —tradujo Daniel.

—Sí. —Richard esbozó una sonrisa—. *Haito*. Me pregunto de dónde habrá salido esa palabra. No pueden dejar cabos sueltos y arriesgarse a que alguien vaya contando que están ahí y tienen el secreto de la eterna juventud. Hay mucha gente, demasiada, que sería capaz de matar, de masacrar a lo grande incluso, para conseguir ese secreto.

—No se me había ocurrido verlo así.

—Los dos somos científicos...

—Sobre todo tú —interrumpió Dani—; yo no soy más que estudiante de física.

—De lo que hablo es, sobre todo, del tipo de mente y de percepción del mundo que tenemos los dos. A mí, personalmente, y supongo que a ti también, lo que más me interesa es saber de dónde sale esa gente, por qué son así, cómo funciona esa regeneración celular, cómo es posible que bebiendo su sangre, a través del estómago, mis células se hagan más resistentes y se regeneren más rápido..., todo eso. Sin embargo, como no soy tonto y me ha costado mucho sobrevivir, tengo muy claro que, en términos de mercado, esa gente vale mucho más que su peso en diamantes. No pueden arriesgarse a que uno de nosotros, vulgares mortales, se le ocurra vender la información a un laboratorio de investigación biológica y que envíen a unos cuantos mercenarios a cazarlos para hacer con ellos análisis y experimentos. Nos matarán en cuanto tengan la sensación de que nuestra lealtad no es absoluta, tenlo por seguro.

Pero no va a ser necesariamente ya. De momento, le veo más ventajas que inconvenientes. ¡Por nosotros, Daniel! —Ritch chocó su vaso con el de Dani—. *Morituri te salutant!* —añadió, usando el saludo ritual de los gladiadores romanos cuando salían a luchar a la arena: «Los que van a morir te saludan».

Hubo un par de minutos de silencio. Cada uno bebía su cerveza a sorbos largos, mirando a su alrededor, a la gente normal que en una tarde de verano había salido a pasear, a llevar a los niños a que montaran en el tiovivo, en la noria, en todas las atracciones que se desplegaban a su alrededor, a las parejas que tomaban sus refrescos cogidos de la mano, mirándose a los ojos, a las luces de colores que se iban encendiendo en la feria por todas partes. La famosa noria del Prater, la que la película de Orson Welles *El tercer hombre* había hecho mundialmente famosa, giraba pausadamente contra un cielo despejado, donde aquí y allá brillaban las estrellas. Hacía una buena noche, cálida y sin viento, una noche de verano, de vacaciones, llena de olores de vida: carne asada, algodón de azúcar, cerveza, flores, serrín empapado de vino, perfumes de mujer...

—Sí que estaría bien que la vida durase mil años, ¿no crees? —dijo el americano.

Dani miró a Ritch con una media sonrisa y se encogió de hombros.

—No sé. Tengo veintiuno. A mí, de momento, me parece que con ochenta o noventa hay bastante. Llegar a los mil debe de ser aburridísimo, y si a la gente de cien ya se le va la cabeza, imagínate con ochocientos...

—Pues Emma y Albert parecen bastante centrados.

—¡Vete a saber! Ya nos iremos enterando, me temo. —Hubo otra pausa. Al cabo de unos segundos Dani hizo la pregunta que le rondaba por la cabeza desde hacía meses—. ¿Por qué crees tú que los clanes se están extinguiendo?

En una conversación anterior le había contado a Richard toda la historia de Arek y el clan rojo y lo poco que sabía de la cuestión de la reproducción entre *karah*, de modo que ya no tenía que empezar desde el principio.

—No soy biólogo, pero supongo que la naturaleza considera que no conviene que se reproduzcan demasiado, quizá precisamente porque son tan longevos. O quizá se trate de que no están preparados para sobrevivir, que su evolución no los ha llevado por el camino correcto, que son un callejón sin salida de la evolución de su especie.

—Pero entonces no serían superiores a nosotros, sino más bien lo contrario.

—Yo creo que lo de superior e inferior no es un criterio objetivo en estos temas. Las cucarachas están infinitamente mejor adaptadas a su medio y tienen muchas más posibilidades de supervivencia y, sin embargo, no consideramos que sean superiores a nosotros. Nos empeñamos en pensar que una especie como la nuestra, aunque viva poco y no sea tan dura, pero que ha dado individuos como Da Vinci, Shakespeare, Mozart, Beethoven, Bernini o Picasso, es claramente superior a las cucarachas. Por no hablar de Halle Berry.



Daniel soltó una carcajada.

—A lo mejor todos los genios que acabo de nombrar lo fueron porque no eran humanos, sino *karah* —añadió de pronto.

—No creo —dijo Dani—. Todos murieron, y algunos muy jóvenes. Me parece que precisamente la conciencia de que tenemos poco tiempo es lo que hace que seamos creativos y que nos esforcemos por dejar algo importante antes de morir. Ellos no tienen prisa.

—Ninguna, tienes razón. Tienen mucho tiempo y muchísimo dinero. Una combinación que estimula extremadamente lo peor que uno lleva dentro. —Suspiró—. Mira, al menos, de eso nos vamos a salvar; no tenemos ni tiempo ni dinero. —Con un gesto, Ritch pidió otra cerveza a la camarera que pasaba cargada de jarras grandes y rubias—. ¿A ti te paga el clan?

Por un instante, Daniel pensó no contestar. Le parecía excesiva la familiaridad y nunca había encontrado de buen gusto hablar de dinero, sobre todo con alguien que no perteneciera a su círculo íntimo. Segundos después, sin embargo, se dio cuenta de que Richard era estadounidense y de que realmente no trataba de sonsacarle información, sino que lo consideraba algo natural entre gente que trabaja en el mismo equipo.

—Sí. Al menos eso me han ofrecido, ahora que oficialmente trabajo para ellos. Nunca había visto tanto dinero junto.

—¿Tres mil al mes?

—Exacto. Mis padres ya me han dicho que me asegure de que no hay gato encerrado. ¡Los pobres!

—¿Por hacer qué?

—La verdad es que no lo sé bien. Al parecer se han dado cuenta de que tienen poquísimos familiares que les puedan resolver cuestiones básicas y se han animado a reclutarnos. Yo, hasta ahora, he hecho de vigilante, de canguro y poco más. Bueno, y he visto cosas que todavía se me aparecen en unas pesadillas horribles.

—¿Qué cosas? —Richard se inclinó hacia él por encima de la mesa.

—Monstruos, Ritch —dijo Daniel muy serio, pasándose la mano por la frente—. A uno lo llaman Sombra. Al otro *urruahk*. ¿Quieres que te lo cuente?



## Lena. Ciudad submarina

Lena abrió los ojos a una extraña luz violeta que, de momento, no supo identificar. Se sentó en la cama, angustiada, y sólo al verse las manos y descubrir el anillo con la piedra de luna se dio cuenta de dónde estaba y qué hacía allí. Los recuerdos de la conversación con Él le cayeron encima como una ducha de agua helada y de un instante a otro se encontró de pie junto a la puerta de la jaima deseando ponerse en marcha hacia donde fuera, lo único importante era moverse, hacer algo, no quedarse allí parada como una roca esperando a que alguien viniera a decirle qué tenía que hacer y pensar. Estaba harta. Su único pensamiento era huir, salir de allí, escapar ya mismo, de modo que salió de la tienda, recogió sus cosas, se colgó la bolsa atravesada sobre el pecho y echó a andar en la misma dirección en la que había desaparecido Él, suponiendo que tenía que haber una puerta, un ascensor o alguna otra forma de salir de aquel lugar maravilloso que de pronto le parecía una cárcel, como si estuviera en el interior de una quesera cerrada.

Conforme se iba acercando a lo que parecía la pared transparente que separaba el habitáculo de las aguas del océano, menos claro tenía que allí pudiera haber una salida. Quizá tendría que haber caminado en la otra dirección, hacia el altísimo acantilado de donde habían bajado montadas en aquella especie de ascensor invisible que ella se imaginaba como un *frisbee* gigante y que las había llevado dando vueltas desde la pared de roca a las arenas de la playa junto al lago. Pero siempre habría tiempo de regresar si no encontraba pronto una salida; de momento había que intentarlo por el camino elegido, ya que al mirar por encima de su hombro se dio cuenta de que la jaima donde había descansado quedaba ya realmente lejos y no le apetecía desandar el camino.

También podía simplemente llamar a Él a gritos, como le había dicho que hiciera si la necesitaba, pero la cuestión era que no la necesitaba. De repente, le había aparecido en la mente una frase que había pronunciado Miss Tittiporn antes de llevarla al edificio del clan azul en Bangkok y, aunque se había referido a los *traceurs*, Lena había tenido la impresión de que se trataba de su filosofía básica de

vida: «Todos mienten. Siempre».

Entonces no le había parecido que pudiera tener razón, pero ¿y si la tenía? ¿No era remotamente posible que Él le hubiera mentido sobre su padre? Quizá, por la razón que fuera, querían convencerla de que no tenía nada de humano, que toda su dotación genética era *karah* y por tanto se esperaba de ella algo especial, algo incluso más importante que ocuparse de la educación del pequeño de Clara.

Se le escapó un resoplido al pensar en eso. No se veía capaz de enseñarle a nadie las cosas que ella apenas si había aprendido de Sombra. No tenía la sensación de dominar nada de lo que supuestamente sabía hacer y tenía muy claro que aún estaba al principio de su aprendizaje, sólo que de momento Sombra seguía desaparecido y quizá ni siquiera fuese capaz de encontrarla donde estaba ahora, en aquel lugar extraño, probablemente extraterrestre, donde pasaban cosas tan raras como que el océano con todo su volumen y toda su fuerza no conseguía romper las paredes de pompa de jabón de la esfera en la que estaba metida.

En su lista mental, mientras seguía caminando, se hizo una nota para intentar acercarse de nuevo a Sombra en cuanto tuviera un rato de tranquilidad. Lo que unos meses atrás le habría parecido impensable, echar de menos la compañía de un monstruo incomprensible como Sombra, ahora la afectaba cada vez más. Comparado con todo lo que le había sucedido desde que andaba sola por el mundo, el tiempo pasado con Sombra se le antojaba familiar, cotidiano, maravilloso: aprender, practicar, descubrir nuevas habilidades, aprender, practicar, comer, dormir..., una vida perfecta. Mucho, muchísimo mejor que la de ahora que, al parecer, consistía en huir, entrar en contacto con desconocidos y recibir noticias e informaciones que podían ser verdad o no, pero que de todas formas la iban alejando de lo que siempre había creído sólido.

Seguía caminando con la vista puesta alternativamente en la delicada pared transparente que se iba acercando poco a poco y en el suelo arenoso, buscando huellas que pudieran indicarle que alguien había pasado por allí o había salido por alguna parte. Mientras andaba, su cerebro repasaba una y otra vez las últimas informaciones, quizá falsas, quizá verdaderas, que Él le había dado el día antes. Pensaba en la conversación con Él como «el día antes» porque donde estaba no tenía claridad sobre el tiempo y había empezado a organizarse contando como un día cada vez que se iba a dormir y el día siguiente cuando abría de nuevo los ojos.

En resumen, la información nueva era: que Max, el que siempre había creído su padre, no lo era desde el punto de vista biológico; que la persona que la había engendrado era Imre Keller, del clan negro, *karah*; que su madre, Bianca, llevaba ya varios siglos de existencia cuando se quedó embarazada de ella, había tenido varias vidas con varios nombres y, al parecer, se llamaba Ennis cuando la concibió; y, por último, que ella misma, y eso era lo que más miedo le daba, no era realmente

humana.

Si todo eso era verdad, tendría que averiguar quiénes eran sus abuelos y qué parte de humanidad había en su herencia genética. Le daba escalofríos la idea de descubrir que no hubiera humanos en su árbol genealógico, pero el miedo de no saber era peor y, al fin y al cabo, había sido criada y educada como humana. No tenía por qué cambiar nada en su personalidad ni en su comportamiento por el mero hecho de averiguar que todos sus antepasados habían sido *karah*. Era como en los cuentos tradicionales, cuando una muchachita se da cuenta de un momento a otro de que pertenece a la nobleza en lugar de ser una simple campesina. Tampoco era tan terrible.

Sacudió la cabeza como si lo que acababa de pensar hubiera sido la opinión de otra persona con la que estaba charlando mientras caminaba sin rumbo.

No. No era lo mismo. Tanto la aristócrata como la campesina eran iguales en su humanidad. Desnudas, sin ropas principescas, sin sirvientes ni guardias, ni coches ni palacios, las dos eran simples mujeres jóvenes cuya vida podía avanzar en cualquier dirección, mientras que en su caso concreto, si de verdad era sólo *karah*, eso tenía muchas más implicaciones de las que todavía era capaz de comprender.

Por eso no podía tratar de huir sin más. No tenía sentido huir del posible enfrentamiento consigo misma. Le gustara o no, era necesario seguir hablando con Él, seguir aprendiendo todo lo que no deseaba saber, para poder tomar una decisión más adelante, cuando tuviera toda la información necesaria. Si entonces se lo permitían..., si entonces estaba aún en posición de decidir.

Pensó en todas las veces en que, leyendo una novela, había deseado encontrarse en una situación extraordinaria, o ser algo más de lo que era, que su destino estuviera marcado de antemano o haber sido elegida para cumplir una misión trascendental que nadie más que ella pudiera llevar a cabo; no tener que pensar qué iba a ser de su vida, qué iba a estudiar, cuál sería su futuro. Sin embargo, ahora no le gustaba el giro que había tomado su existencia y daría cualquier cosa por volver a su rutina normal de clases, exámenes, amigos, profesores, novio...

¡Qué lejos quedaba ya todo aquello! Jamás podría volver porque, aunque volviera, ya nada sería igual. Los meses transcurridos desde aquel día de otoño en que salió de Innsbruck después del asesinato del profesor de música la habían cambiado tanto que a veces ya ni se reconocía a sí misma. La Lena de ahora podía atravesar paredes de roca, había sido capaz de clavar a un hombre en un banco de hormigón y ver casi sin pestañear cómo Sombra le arrancaba el corazón y se lo metía en la boca, había visto el asesinato de su mejor amiga a manos de la gente del clan rojo y había jurado vengarse de ellos, había secuestrado al bebé y lo había entregado al clan blanco sin plantearse siquiera si estaría realmente a salvo, había matado al pedófilo en el avión que la llevaba a Bangkok, había firmado la sentencia de muerte

de otros varios hombres adelgazando sus arterias... se había convertido en una furia, en alguien capaz de decidir sobre la vida y la muerte de otras personas.

Volvió a sacudir la cabeza, irritada contra sí misma porque, a pesar de todo, seguía pensando que había hecho bien, que lo haría de nuevo si se presentaba la ocasión, que era lo correcto; pero otra voz en su interior insistía en decir lo contrario. ¿Quién se había creído que era? ¿Némesis? ¿Kali? ¿Una de esas diosas airadas que golpean a los humanos a placer?

Se detuvo a unos metros de la membrana transparente que contenía el océano, evitando que se precipitara al interior de la burbuja, arrastrándola y ahogándola en un revoltijo de algas, peces, espuma y arena.

Al otro lado, un pez enorme, gris con manchas blancas, la miraba de frente como si estuviera preguntándose qué clase de animal era ella, comestible o no. Eso era lo único que importaba en la naturaleza, quién come y quién es comido, quién es cazador y quién es presa, quién mata y quién se deja matar. Y, por supuesto, quién es macho y quién es hembra, para poder reproducirse, para que los genes se perpetúen por toda la eternidad. Pero ella era humana, o algo similar. En su caso importaban también otras cosas, tenía otros problemas, era fundamental tomar ciertas decisiones y conocerse a sí misma.

El pez movió perezosamente las aletas y se alejó de la burbuja, mostrándole el flanco salpicado de puntos blancos como si llevara un vestido de lunares. Lena alargó la mano hacia la membrana, curiosa y a la vez asustada de pensar si su contacto rompería la pared transparente. Sintió un leve cosquilleo y una resistencia suave, del mismo tipo de cuando se meten las manos en una fuerte corriente de aire cálido, pero el océano siguió al otro lado, imperturbable.

Lena echó una última mirada hacia el mar y se dio la vuelta; la jaima ya se había perdido en la distancia, las huellas de sus pies se marcaban con toda claridad sobre la arena blanca. Sólo forzando la vista se adivinaban los acantilados rocosos al fondo, entre el despliegue de colores que ondulaba en el aire.

Hizo una inspiración profunda y gritó el nombre de Él con todas sus fuerzas.

El castigo a su propio orgullo sería la angustia y el dolor de llegar a saber todo lo que los clanes querían que supiera.



## Negro. Blanco. Haito. Koh Samui (Tailandia)

El Iker Mendivil de veinte años, el antiguo don Juan de Luna, miraba con auténtica admiración cómo los *freerunners* realizaban su recorrido saltando con la agilidad de monos de balcón en balcón, de barandilla en barandilla, dejándose caer más de tres metros, descomponiendo la caída y saltando otra vez hacia arriba, hacia la terraza del siguiente edificio. Nunca había visto una cosa igual, ni siquiera le sonaba el nombre de la especialidad —*parkour*— ni acababa de entender por qué unos se llamaban a sí mismos *freerunners* mientras que otros preferían ser llamados *traceurs* o *yamakasi*. Podría haber hecho una búsqueda en Internet, pero prefería estar allí, cómodamente tumbado bajo unas palmeras, con una cerveza al alcance de la mano, mirando lo que eran capaces de hacer aquellos locos.

Si no fuera porque estaba en la isla con una misión muy concreta, hubiera empezado inmediatamente a entrenarse con ellos ahora que volvía a tener un cuerpo joven y en perfecta forma, pero por desgracia tenía otras cosas que hacer.

Volvió a llamar al número del móvil que había estado en contacto con el de Lena y que debía de pertenecer a alguno de los *traceurs*, con suerte uno de los que en aquel momento se encontraban al alcance de su vista. Lo había intentado ya varias veces sin éxito, pero no desesperaba. Antes o después alguien contestaría y, con un poco de suerte, él mismo podría ver quién era.

—*Allo?* —sonó de pronto una voz en su oído.

—¿Lena? —dijo él por puro reflejo. Sin saber por qué, no se había esperado que contestara una voz femenina y eso lo había descolocado un instante—. ¿Eres tú? —preguntó en español.

—No —contestó la voz en inglés. Mientras tanto él se había puesto de pie e intentaba ver cuál de las chicas que andaban por los alrededores estaba hablando por teléfono. Por fortuna, había menos chicas que chicos, pero aún así no era fácil descubrir a su interlocutora—. Soy Anaís.

—Lena me ha dado este número para comunicarme con ella —mintió él con la soltura que da la práctica—. Parece que su móvil se ha estropeado y me ha puesto un

SMS diciendo que si necesito localizarla al llegar a Tailandia, que llame a este número. ¿Está contigo?

—No. Ahora no. Llama más tarde.

—¿Cuándo te parece?

—A la hora de la cena, a partir de las ocho o así. ¿Cómo te llamas?

—Iker. Lena y yo somos familia, primos segundos o terceros, no sé bien. Soy español.

—Hablas muy buen inglés —dijo ella, y él tuvo que reprimir una carcajada. Dos vidas atrás, había estudiado medicina en Oxford.

—Es que estudio en Inglaterra. ¿Y tú?

—Yo soy francesa. Oye, lo siento, pero tengo que dejarte. Llama luego, ¿vale?

En ese momento la aguda vista de Luna, que había estado pasando como un escáner por toda la extensión de césped frente a la fila de edificios donde estaban reunidos los *freerunners*, descubrió a una muchacha de pelo corto, y negro que, con el móvil pegado a la oreja, le hacía señas con la mano a un chico de rastas que le estaba dando prisas, como indicándole que le tocaba a ella hacer algo.

—Sí, claro, llamaré más tarde. Oye, tienes una voz preciosa, ¿sabes? —Quería retenerla un momento más para asegurarse de que se trataba realmente de la muchacha que él pensaba.

Oyó su risa por el auricular y la vio reírse echando atrás la cabeza. Tenía una sonrisa simpática. Iba vestida con pantalones largos oscuros, de tela blanda, y una camiseta amarilla que se le pegaba al cuerpo, firme y enjuto, de pechos pequeños y brazos fuertes. De sus orejas colgaban pendientes de plumas.

—Gracias, pero tengo que irme, de verdad. Llama luego y seguimos hablando.

Un segundo después le tiró el móvil a un compañero que estaba acucillado en la hierba, chocó las palmas con el chico de las rastas y los dos juntos se dirigieron a la carrera hacia una balastrada de más de un metro de alto que saltaron con total naturalidad. Luego se lanzaron contra la fachada de un edificio y en un par de movimientos se auparon a fuerza de brazos e inercia hasta escalar los primeros balcones y de ahí fueron subiendo en zigzag por la fachada entre los aplausos y silbidos de los compañeros que los seguían con la vista, desde la extensión de hierba y palmeras donde Iker aplaudía también.

Había tenido suerte con la chica; era atractiva, no parecía tonta y, si las cosas salían bien, podía quizá matar dos pájaros de un tiro, aunque si Lasha no había cambiado mucho, no se tomaría demasiado bien que él tuviera interés sexual en una *haito*. A Ulrich, o Lasha, como se llamaba ahora, siempre le había parecido, como a casi todos los clánidas, que tener relaciones con *haito* era algo sucio, despreciable y vergonzoso. Sin embargo, él había descubierto mucho, pero mucho tiempo atrás, que *haito* tenía una intensidad y una profundidad de sentimientos que *karah* no era

siquiera capaz de soñar. Y, todavía mejor, que para *haito* el sexo era una expresión lúdica o amorosa, pero rara vez la horrible compulsión reproductiva que constituía para *karah*.

Si a lo largo de sus vidas había intentado en alguna ocasión relacionarse con una conclánida, de lo primero que habían hablado era de la cuestión de la progenie. Dar un hijo al clan era la prioridad, por encima de la pasión e incluso, simplemente, del divertimento, del juego erótico.

Aún le daba escalofríos el recuerdo de Viola, la bellísima conclánida a la que hacía una vida que le había perdido la pista. Hermosa sí, pero fría como una escultura de hielo; obsesionada con dar un hijo al clan negro, culpable en parte de que él hubiera desaparecido y hubiera dejado de relacionarse con su clan que, seguramente, ya lo habría dado por muerto.

En cuanto al amor..., el amor no era tema para *karah*. Sólo algunas conclánidas, pocos, habían sentido algo aproximado a lo que *haito* llamaba amor, pero en la mayor parte de los casos era más bien una obsesión. Él a veces pensaba que era el único que sabía qué significaba querer a otro ser. Y tal vez Albert, el conclánida blanco, aunque en su caso, esa devoción por Emma, por la antigua Isabelle de Montfleury, podía ser también una fijación obsesiva.

Dejó de pensar al ver acercarse los dos metros de Lasha cargados de músculos. Sonrió, alegrándose de su propia altura de uno ochenta y de su cuerpo fibroso tan normal. Era imposible pasar desapercibido con ese gigantismo y, por mucho que lo intentara, seguía siendo igual que cuando era Silber Harrid o Ulrich von Finsterthal: un auténtico armario de pelo de plata y ojos de hielo. Nadie que lo hubiera visto podría olvidarlo y eso era un grave inconveniente para una especie que sobrevivía mimetizándose.

*Karah* tenía tan poca disposición para la auténtica amistad como para el amor, pero aun así cada vez que lo veía avanzar como un rompehielos entre una masa de *haito*, algo en él se ablandaba. Sería el largo contacto que había mantenido con *haito*, que lo había hecho más empático y sensible a los sentimientos humanos, o quizá la cantidad de recuerdos compartidos durante los cinco siglos en los que estuvieron realmente unidos y llegaron a conocerse relativamente bien, pero por Lasha, a pesar de lo diferentes que eran, sentía algo parecido al afecto.

Ahora estaba seguro de que venía a pedirle o a comunicarle algo. Y a él le convenía quedarse un tiempo solo en la isla para sonsacarle a Anaís la información necesaria y tal vez para entablar una relación no por necesariamente efímera menos placentera.

Oiría lo que Lasha tenía que pedirle y, tras un forcejeo para salvar la cara y convencerlo de que había ganado, se dejaría persuadir de lo que fuera.





## Haito. Koh Samui (Tailandia)

Al atrapar al vuelo el móvil de Anaís para que ella tuviera las manos libres y pudiera lanzarse al *parkour* con Maël, Gigi se volvió hacia atrás y, sin esperárselo, como si lo hubiera recorrido un rayo, descubrió a un chico que le dejó la boca seca. Nunca se le habría ocurrido que las novelorías románticas que hablaban del flechazo, el amor a primera vista y otras estupideces pudieran contener una pizca de verdad; sin embargo, en ese instante, con los ojos clavados en el chico que aplaudía entusiasmado la exhibición de sus dos amigos, sus sentimientos no admitían dudas. Era el hombre más esplendoroso que había visto en toda su vida. Joven, igual que él, sobre los veinte o veintipocos, alto sin exagerar, delgado pero con buen cuerpo, pelo rubio y largo recogido en una coleta a la espalda y barbita picuda. Desde donde estaba no podía verle bien los ojos, pero los imaginaba azules, risueños, inocentes con una chispa de picardía. Sólo tendría que asegurarse de que no fuera heterosexual. Si ahora lo veía abrazar a una de las chicas que pululaban a su alrededor, se le rompería el corazón. Tenía que ser homosexual. Había algo en él que lo hacía diferente, absolutamente diferente de todos los hombres que había conocido en su vida. Era como un semidiós, como un héroe adolescente. Brillaba con un resplandor dorado que lo destacaba de todos los otros, hombres y mujeres, que lo rodeaban.

Estaba seguro de que era la persona a quien había estado esperando desde su nacimiento. ¿Sería también *traceur*? Era lo más probable, a menos que hubiera acudido allí simplemente como espectador. ¿Estaría libre? ¿De dónde sería? ¿Qué idioma hablaría? ¿Sería estudiante? ¿Estaría trabajando ya?

Las preguntas surgían a borbotones en su mente mientras lo miraba reírse, seguir con la vista a los dos *yamakasi* que trepaban por la fachada, aplaudir, tomar un trago de la cerveza que llevaba en la mano, hacer visera en los ojos para ver bien lo que estaba pasando... Sus movimientos eran fluidos, gráciles, sabios. Era simplemente perfecto. Demasiado bueno para ser verdad. Pero tenía que intentarlo.

No podía quedarse quieto allí y arriesgarse a perderlo, de modo que se puso de pie, se estiró la camiseta, se pasó la mano por el pelo inconscientemente y echó a

andar hacia él sin haber pensado todavía cómo abordarlo. Ya se le ocurriría algo.

En ese momento algo cambió en la expresión del muchacho, dejando claro que acababa de descubrir entre la gente a alguien que le importaba; su sonrisa se dulcificó y se hizo soñadora, como si estuviera recordando algo antiguo y hermoso. Gigi se detuvo, esperando. ¿Se habría equivocado? ¿Tenía novia? Esa maravillosa sonrisa ¿estaba destinada a una mujer?

Un segundo después, un gigante de pelo plateado, gorra militar y gafas oscuras que parecía un jugador de fútbol americano con sus enormes hombros y su cuerpo musculoso, se acercó al joven dios, le echó el brazo por los hombros y se lo llevó hacia los chiringuitos de la playa hablándole al oído.

Gigi se quedó clavado en medio de la gente que cantaba y reía, con la conciencia de pérdida y soledad más aguda que había experimentado en su vida. Aunque detestaba incluso pensarlo, se sentía como si hubiera desaparecido el sol de un instante a otro. Era estupendo que a aquel milagro de chico le gustaran los hombres, pero estaba claro que tenía pareja.

Oyó a Alec y a Nico que lo llamaban a gritos, dándole prisas para que fuera a reunirse con ellos, pero no se sentía capaz de moverse. Tenía que averiguar quién era, cómo se llamaba, si había alguna posibilidad de que le hiciera caso, aunque sólo fuera un rato, para conocerse, para formar parte de su vida, aunque fuera solamente de forma marginal.

Eric le puso la mano en el hombro, sobresaltándolo.

—¡Eh! ¿Qué te pasa, tío? Parece que hayas visto un fantasma. Queremos hacer el circuito del aparcamiento, ¿te animas?

Gigi sacudió la cabeza sin saber bien qué le estaba diciendo su amigo hasta que Eric se dio cuenta de que estaba atontado.

—Anda, ve a tomar algo fresco. Creo que este sol de los trópicos te está secando los sesos. Nos vemos luego en el hostel.

Sin saber bien lo que hacía, apenas volvió a quedarse solo, como si fuera una aguja imantada, se dirigió hacia la playa, hacia donde había visto marcharse al gigante junto a su semidiós.



## Lena. Ciudad submarina. Isla de Él (Pacífico Sur)

Cuando se hubieron apagado sus gritos en el interior de la esfera, no sucedió nada. El silencio seguía siendo total, la temperatura constante, el viento nulo, la luz tan cambiante y hermosa como siempre.

Sin embargo, cuando estaba ya a punto de volver a gritar, Lena se dio cuenta de que, a unos cien metros de donde se encontraba, el aire se estaba coagulando en una especie de luminosidad vibrante y circular, parecida a los espejismos de calor que se forman a veces sobre el asfalto en pleno verano, sólo que este era mucho más condensado y brillante.

Fue acercándose paso a paso, algo recelosa de lo que pudiera pasar, porque no tenía la menor seguridad de que aquel remolino de cristal blando fuera necesariamente la respuesta a su llamada.

Cuando se hubo acercado a un par de metros del fenómeno, sin por eso haber comprendido mejor de qué se trataba, el brillante remolino pareció desenvolverse, se lanzó hacia ella, lo que le arrancó un grito, se enrolló en sus tobillos y con absoluta suavidad la levantó del suelo y la transportó por los aires como si estuviera firmemente plantada en una superficie que ella no podía ver. Unos momentos después, lo que fuera aquello la había depositado en el comienzo de un túnel de paredes ligeramente luminosas hechas de un material que parecía orgánico y que se iba curvando de modo apenas perceptible hasta desembocar en una habitación de forma ovalada cuyo suelo estaba salpicado de objetos que parecían enormes coles de distintas formas y tamaños y que, si hubieran estado en una tienda de Nueva York, podrían haber sido curiosas obras de arte o quizá muebles de diseño.

La pared del fondo cambió de color. Había sido de un verde intenso y de repente pareció adelgazarse hasta volverse palidísima, casi blanca, y a su través Lena adivinó la alta figura de Él.

La *mahawk* entró a través de la membrana arrastrando hilos de material reblandecido que se habían enganchado en sus hombros y su pelo, los sacudió sobre uno de los objetos que cubrían el suelo, donde fueron absorbidos de inmediato, y

extendiendo las manos en señal de bienvenida, llevó a Lena a una especie de sofá cama de un profundo color azul, que pareció abrazarlas en cuanto se dejaron caer en él.

—No te preocupes, no te va a comer —comentó Él al ver la cara de susto que se le acababa de poner a Lena—. Sólo está intentando adaptarse a tus necesidades de forma y temperatura.

—¿Está vivo?

—Suponemos que sí, pero no lo sabemos seguro. ¿Te apetece comer algo?

—Sí, pero creo que es mejor que hablemos primero. Hay muchísimas cosas que no sé y creo que tú tienes una larga lista de cosas que quieres contarme, de modo que cuanto antes empecemos, tanto mejor. Si veo que no puedo más, te lo digo y vamos a comer, ¿te parece? Arriba, si es posible.

—¿Arriba?

—Al aire libre. Estoy empezando a agobiarme aquí dentro, la verdad.

—Ven conmigo.

Él se levantó con un ligero ruido de succión producido por el sofá que la acogía y que parecía renuente a dejarla ir. Lena la imitó y caminaron juntas a través de la membrana que cerraba el habitáculo, por otro túnel y otro y otro, cada vez más estrechos. Era como moverse por el sistema circulatorio de un ser vivo, como si fueran entrando y saliendo de venas y arterias que se ensanchaban, se estrechaban, se bifurcaban una y otra vez en un plano tan laberíntico que Lena empezó a preguntarse al cabo de un rato si Él sabría de verdad adónde iban.

De vez en cuando las suaves paredes presentaban zonas donde el tejido parecía arrugarse o estaba cubierto de vainas y objetos redondos, como guisantes de todos los tamaños.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Lena sin dejar de andar junto a Él.

—La ciudad submarina. También puedes llamarla Atlantis, como hacemos nosotros. Lo que los antiguos construyeron, o heredaron, no lo sabemos realmente. Todo funciona sin que nosotros tengamos que hacer nada y hay muchas cosas que podrían funcionar pero que no dominamos. Y la mayor parte de esas cosas ni siquiera sabemos para qué sirven. El conocimiento se perdió sin más. Me temo que muchos conclánidas a lo largo del tiempo no se molestaron en conservar y transmitir los conocimientos heredados a las siguientes generaciones. Por eso ahora nosotros, el clan azul, intentamos descubrir en lo posible, pero sobre todo preservar y pasar a los más jóvenes todo lo que hemos logrado saber y cómo hacer funcionar lo que aún funciona. Ya te lo iré enseñando, si te interesa.

—Es fascinante.

—Sí. Yo llevo varios siglos aquí y aún lo encuentro asombroso.

—Los otros clanes ¿han llegado a ver todo esto?

Él se detuvo un instante, como si pensara volverse hacia Lena y decirle algo importante, pero siguió andando en silencio.

—No —dijo al cabo de unos pasos—. Casi ningún conclánida ha estado aquí. Creo que entre todos ellos sólo quedan uno o dos que vinieron hace casi mil años para el último cónclave del que se tiene noticia y que resultó un fracaso. *Karah*..., ¿qué te voy a contar?, ya te estás dando cuenta tú misma, *karah* tiene un carácter cerrado, amante de los secretos, de guardar los secretos de su propio clan. Nosotros, el clan azul, heredamos todo esto; igual que el clan blanco descubrió... lo que sea que hay enterrado en los hielos del norte, y tampoco se lo han enseñado a nadie.

—¿Y el clan negro? ¿Y el rojo?

—Ellos no tienen nada tangible, que sepamos. Aunque tenemos la esperanza de que al menos posean información sobre el procedimiento que permitirá abrir la puerta.

—¿Qué puerta?

Ahora sí que Él se quedó clavada en mitad del pasillo, mirándola fijamente, sin dar crédito a lo que acababa de oír.

—¿Tampoco sabes nada de eso?

Lena movió la cabeza negativamente.

—Pero tú..., tú has estado con Sombra..., ¿me equivoco? Sombra existe efectivamente y es el Mentor.

Ahora asintió. Por alguna extraña razón tenía un nudo en la garganta, como si alguien la estuviera estrangulando, y no se veía capaz de responder con palabras.

—Y ¿él..., Sombra, no te ha dicho nada?

Volvió a negar.

Él sacudió la melena como un león, movió los hombros como si tuviera los músculos agarrotados y echó a andar de nuevo.

—Entonces, lo primero es que me cuentes qué has estado haciendo últimamente para que yo me haga una idea de lo que sabes y lo que no, y luego yo te contaré bastante más de lo que había creído necesario.

La mujer se inclinó frente a una superficie verdosa estriada de amarillo, pareció hurgar en el suelo con la mano y, de repente, alzó una especie de tela sobre sus cabezas y detrás de ella apareció de nuevo el mundo que Lena había echado tanto de menos.

Habían salido a la superficie entre las frondas de una selva tropical todavía húmeda de la noche, a un amanecer anaranjado y glorioso. Al fondo, a contraluz, como siluetas de cartulina negra, las palmeras se balanceaban ligeramente en la brisa y el mar destellaba frente a ellas. Olía a vegetación, a tierra húmeda, a flores abiertas y frutas maduras.

Lena sintió que había vuelto a nacer y, antes de que Él volviera a enzarzarse en

una explicación, salió corriendo hacia la playa, se quitó la bolsa y el *sarong* casi sin detenerse, y se lanzó desnuda al agua que la acogió, fresca y salada, y se cerró sobre ella.



## Haito. Rojo. Isla de la Rosa de Luz (Mar Caribe)

Nada más quedarse sola en el *bungalow* que le habían asignado en la isla de la Rosa de Luz, Jara Mendivil descorrió las cortinas blancas, abrió la puerta corredera y salió a la terracita de su dormitorio desde la que se veía una preciosa playa, desierta en ese momento, el mar intensamente azul y una zona de los jardines llena de palmas reales y flores tropicales. Un auténtico paraíso, si no fuera porque, según le habían contado Ulli y su padre, aquello era la sede de una de las sectas más selectas, secretas y ricas del mundo.

Aún le parecía raro que su padre hubiese apoyado tanto la idea de Ulli de que fuera allí a buscar a su sobrina y de, prácticamente, enviarla a la boca del lobo fingiendo que tenía interés en entrar en contacto con las ideas de la *Lux Aeterna*. Estaba segura de que algo tramaban, aunque también era posible que su padre hubiera decidido que un tiempo lejos de Madrid y del imbécil de Víctor era necesario para su estabilidad mental. Si eso había coincidido con la oferta de Ulli, que debía de ser rico para poderle pagar el viaje y la estancia allí, tanto mejor. Desde luego, ni ella ni su padre habrían podido permitirse ese nivel y, ahora que ya estaba allí, no pensaba hacerle ascos a vivir en plan millonario durante un par de semanas, hasta que consiguiera localizar a Lena, convencerla de salir de allí y marcharse juntas de la isla. Ulli le había dado un maravilloso móvil tan de última generación que apenas si sabía usar la mitad de sus funciones para que pudiera localizarlo en todo momento.

La habían recibido en el aeropuerto de Nassau, la habían trasladado a la isla en un pequeño hidroavión y el Gran Maestre la recibiría al atardecer, según le habían dicho. De momento podía descansar, que es lo que le había sugerido la novicia que la había acompañado, salir a dar un paseo por los jardines o bajar a la playa.

Siempre le había parecido un poco ridículo eso de «descansar», como si a los veinte años y sin haber hecho ningún esfuerzo, salvo el de viajar como una millonaria, estuviera una ya temblorosa y tuviera que tumbarse antes de poder ponerse presentable para la entrevista con el gurú de la secta, cosa que realmente la intrigaba.

Desde muy joven, siempre había encontrado interesantes las visitas de los Testigos de Jehová, los Hare Khrishnas, los mormones..., todo tipo de creyentes en otras religiones, y siempre los había escuchado con curiosidad y respeto porque, a pesar de que ella se había criado en un país mayoritariamente católico y había recibido una educación más o menos cristiana, jamás había pensado que los «suyos» tenían el monopolio de la verdad y siempre había estado abierta a oír otras verdades, otras formas de encontrar el sentido de la vida y de alcanzar la trascendencia. Por eso, ya en la universidad, se había interesado también por el islam, el hinduismo y el budismo, aunque sin llegar a estar realmente convencida de que esos caminos pudieran ser el suyo. Ahora tenía ocasión de escuchar lo que la *Lux Aeterna* tenía que decir y no le parecía nada mal la oportunidad.

Se puso el bikini rojo y un pareo de flores a juego, cogió la toalla y decidió darse un baño antes que nada. Los *bungalows* no tenían cerradura, pero ella tampoco tenía nada de valor, de modo que se limitó a cerrar la puerta para que no entraran bichos y bajó a buen paso por el sendero que llevaba al mar y en el que no se cruzó con nadie. Seguramente estaban todos descansando, pensó con una sonrisa. ¿Tanto cansaría la vida allí?

Al salir del agua, después de un buen rato disfrutando de las olas y del sol, tan intenso que había tenido que bañarse con gafas, descubrió en la playa una figura inmóvil, totalmente cubierta por un albornoz rojo y con la capucha puesta, mirándola fijamente. Por casualidad o con intención, estaba plantada a menos de tres metros de donde ella había dejado sus chanclas y su toalla, de modo que no tuvo más remedio que acercarse, sintiendo cómo se le iba helando en el rostro la sonrisa que había esbozado para resultar agradable a la persona desconocida.

Conforme se acercaba se iba dando cuenta de que no quería avanzar, que sólo quería alejarse de allí, que aquella figura encapuchada irradiaba peligro igual que una lámpara da luz y una estufa calor. No era nada lógico ni comprensible; era una pura reacción animal que la forzaba a salir corriendo, a quitarse de en medio, mientras que su otra parte, la civilizada, trataba de convencerla de que esa reacción era una estupidez, que la pobre persona del albornoz no le había hecho nada ni se lo iba a hacer, que sólo por casualidad estaba junto a sus cosas mirando el mar.

A pesar de que ya estaba a un par de metros, seguía sin saber si se trataba de un hombre o una mujer. Sólo podía decir que era de una delgadez extrema, que tenía la piel palidísima y lampiña, y llevaba unas gafas de sol tan pequeñas y oscuras que, dentro de la capucha, sus ojos parecían las cuencas vacías de una calavera.

Reprimiendo un escalofrío, llegó a su altura, saludó con un «buenas tardes» en voz baja y se inclinó a recoger la toalla para salir de allí a toda velocidad.

En ese mismo momento, frente al desconocido, algo en su interior le gritó: «¡No lo hagas! Te cortará la cabeza». Fue un aviso tan claro y tan alto que medio segundo



después, dejando la toalla donde estaba, volvió a enderezarse y a buscar con la vista la mano del hombre —¿era un hombre?—, que, como era de esperar, no se había movido de donde la tenía metida en el bolsillo. Llevaba las uñas pintadas de rojo, pero los pies eran obviamente masculinos.

A toda prisa, casi tropezando, se puso las chanclas y echó a andar, olvidándose tanto de la toalla como del pareo y de la bolsa con el bronceador y los demás trastos.

—¿Tanto miedo te doy? —dijo el desconocido de rojo—. ¿Tanto como para abandonar tus pertenencias?

Jara se detuvo a unos pasos de él y se volvió a medias.

—No —mintió, dándose cuenta de que él sabía que estaba mintiendo—. Es sólo que..., que... tengo que ir al baño —terminó como pudo.

—¡Ah! Entonces piensas volver... Te guardaré las cosas, si quieres. —Le sonrió de un modo tan esplendoroso y enloquecido que Jara estuvo a punto de gritar—. Aunque aquí son todos tan buenos, dulces, honestos y decentes que puedes estar segura de que si no vuelves a recogerlas y si no se las llevan los cangrejos, tus propiedades acabarán convirtiéndose en fósiles que intrigarán considerablemente a los arqueólogos dentro de un par de millones de años. —De repente la figura soltó una carcajada chillona que le heló la sangre—. Vete, vete, niña, no quiero ser el culpable de que se te escapen los fluidos. Aunque... —Hizo una larga pausa en la que Jara podría haberse marchado, pero algo en la pausa, en la tensión que representaba el haber comenzado la frase y haberla dejado en suspenso, la obligaba a quedarse—. De hecho, ya no necesitas ir al baño, ¿verdad?

Sin saber bien por qué lo hacía, Jara asintió con la cabeza.

—Me alegro. Así puedes hacerme compañía mientras esperamos la muerte del sol. Ven, sentémonos —dijo, tendiéndole la mano como a una princesa y señalando dos rocas que, casi lamidas por las olas, destacaban en la orilla—, pero antes permíteme que me presente. Soy el duque Pierluigi d'Este, del muy noble y antiguo linaje de los Este, de Ferrara, de los que no quedamos más que un puñado, todos estúpidos salvo este humilde servidor que no ha perdido su inteligencia pero sí gran parte de su razón. Encantado de conocerte, criatura. ¿Con quién tengo el placer?

A Jara no le costó demasiado entender la extraña formulación porque llevaba una vida acostumbrada a oír hablar a su padre como si se hubiese escapado de una novela de caballerías del siglo XVI.

—Me llamo Jara Mendivil Ferrari, soy española y estudiante de historia del arte.

—Hija de navarro o vasco e italiana o argentina, ¿me equivoco?

Ella sonrió.

—Exacto. Navarro y argentina. ¿Cómo lo ha sabido?

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo, según se dice. Y ¿qué hace una bella niña como tú, vestida de rojo, en este lugar donde no se piensa más que en la

muerte?

—¿En la muerte? —Sin darse cuenta, Jara palideció. Nadie le había dicho eso al enviarla a la isla.

—De hecho, no concretamente en la muerte, sino en la vida del más allá. Todos los que vienen aquí son viejos, como yo, hipocondríacos o muertos de miedo que quieren asegurarse que cuando estiren la pata, habrá un ángel atlante a su disposición para hacer de camello (hablo en sentido literal, como animal de carga) de barquero, de taxista o su equivalente espacial y etéreo para llevarlos al otro lado sin tener que mojarse ni pasar frío ni calor. Por un módico precio, se entiende. Todo tiene un precio en esta vida, como sin duda sabes a pesar de tu juventud.

—¿Esa es la filosofía de la Rosa de Luz?

—Es mi resumen personal, políticamente incorrecto, pero bastante certero, aunque sea yo quien lo diga. Esta tarde el Gran Maestro te lo dirá de un modo más eufónico y luego te adjudicarán a una de las hermanas que han sido iniciadas recientemente para que te inicie a su vez. Pero dime, criatura, si no sabías nada de la *Lux Aeterna*, ¿qué haces tú aquí?

Jara tragó saliva. Nunca había sido buena mintiendo y estaba segura de que aquel extraño duque, si lo era, lo notaría instantáneamente, de modo que se decidió por la mentira más cercana a la verdad. Agachó la cabeza para que no le viera los ojos y poder fingir tristeza.

—Penas de amor —susurró, como si le diera una vergüenza enorme.

—¿Y te metes aquí por eso? —D'Este se echó a reír otra vez, la risa chirriante que revolucionaba a las gaviotas y las incitaba a dar vueltas sobre sus cabezas hasta que se tranquilizaban de nuevo—. ¿Entre viejos y chiflados?

—Un amigo de mi padre tiene una sobrina que vino aquí por lo mismo y mejoró muchísimo al parecer. Él me ha regalado la estancia.

—Es lo que yo digo, niña, el mundo está lleno de locos..., de locos cutres, además, sin clase, sin distinción, sin nada. Antes, estar loco tenía algo de divino, de original..., ahora es una vulgaridad. *Una vera volgaritá*. Voy a tener que cambiar de imagen.

Jara estuvo a punto de echarse también a reír oyendo hablar despectivamente de locos a alguien que estaba evidentemente chalado, pero consiguió controlarse. Al menos parecía que el duque se había creído su explicación.

—¿Y, si tan ridículo le parece todo esto, qué hace usted aquí? —Jara estaba empezando a pensar que cuanto más atrevida se volvía, más simpática la encontraba aquel ser.

—Buena pregunta, criatura. Mmm... ¿cómo formularlo con delicadeza? Mmm... He venido a robar. Cuento con tu discreción.

—¿A robar?

—¿Te escandaliza, alma pura?

—Un poco, la verdad.

—No temas. Lo que yo he venido a robar sólo es importante para mí. No es más que información concerniente a mi familia. Olvídalo. No tiene que ver contigo. Dime ¿tiene dinero el amigo de tu padre?

—No sé bien. Supongo.

—Si lo tiene, no habrá problema. Pasarás un rato en el paraíso oyendo las memeces de estos pirados, y si tienes suerte te enseñarán al ángel amaestrado que al parecer guardan en alguna parte para que dé a los adeptos su dosis de asombro y les compense la fortuna que se gastan en su espiritualidad. Pero si no hay dinero y quieres seguir aquí, acabarás teniendo que compartir la cama con el Gran Maestro de la orden que es un tarado de consideración y que recientemente ha debido de comportarse como un niño malo a juzgar por la cicatriz que le cruza la cara y la forma en que cojea.

Jara se quedó mirándolo fijamente, sin saber qué decir, asustada por todo lo que estaba oyendo. Aquel hombre, de cerca, era todavía más escalofriante, con la piel de cera y el pelo disparado en todas direcciones como un retrato de Medusa. Pero parecía encontrarla simpática y eso era muy importante; tenía la sensación de que no caerle bien al duque podía ser un grave problema.

—¿Qué quiere decir?

—Que alguien lo ha castigado cortándole los tendones del talón izquierdo, como advertencia de que la huida es imposible, y marcándole el rostro para que no olvide lo que sea que haya hecho.

—Esos son métodos mafiosos, ¿no?

—No necesariamente. Eran muy comunes en las grandes haciendas esclavistas en Dixieland, por ejemplo. Y te aseguro que no lo inventaron ellos.

Mientras hablaban, el sol iba bajando hacia el horizonte y las sombras se alargaban, como huyendo de los objetos a los que pertenecían para fundirse con las tinieblas del mundo.

En el súbito silencio, los gritos de las gaviotas resultaban ensordecedores. Las olas rompían con fuerza contra las rocas. Jara sintió que la conversación había terminado, que el hombre de rojo se estaba alejando de ella con rapidez aunque su cuerpo siguiera a su lado.

El duque d'Este se puso en pie y le tendió la mano para ayudarla a levantarse de la roca. Su contacto era seco y carente de temperatura, impersonal de algún modo, como si no estuviera vivo.

—Ve a prepararte, Jara Mendivil Ferrari. El Gran Maestro espera.

—Señor... —llamó Jara cuando el hombre ya se había dado la vuelta para marcharse—. Señor duque... —La figura escarlata giró la capucha en su dirección. A

contraluz, recortado contra el cielo de poniente de un violento color carmesí, parecía un engendro del mismo infierno, uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis. Por un instante, Jara se arrepintió de haberlo detenido, pero tenía que continuar—: ¿Es verdad lo del ángel?

Echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada aguda, chirriante.

—¡Oh, sí, cachorrillo mío! ¡Sí, mi dulce! Es totalmente verdad. Ya lo conocerás.

Sin esperarla, se lanzó camino arriba a grandes zancadas hasta perderse a la vuelta de un bosquecillo de tamarindos.



## Lena. Azul. Atlantis

Después del baño en el mar, una ducha de agua dulce, ropa limpia y algo de comer, Lena se sentía otra vez dispuesta a cualquier cosa que Él tuviera prevista.

Se sentaron sobre unos pufs a una mesa baja en una de las cabañas de troncos que habían sido construidas sobre la arena, abiertas por todas partes, con vista al mar, entre hibiscos, orquídeas y otras flores cuyo nombre no conocía y que perfumaban el aire mezclándose con la brisa salada. De vez en cuando pasaba alguien por delante o por detrás de la cabaña y las saludaba con un gesto o una palabra amable. Lena pensó que aquello parecía un cuadro de Gauguin y sonrió para sí misma al bajar la vista y descubrirse vestida con un *sarong* blanco y negro. Él seguía vistiendo de azul y llevaba una flor en el pelo, además de todas las cuentas y conchas que se había trenzado por todas partes.

—¿Te ha hablado Sombra del Tarot? —preguntó Él.

Lena asintió con la cabeza.

—Yo llevo varias vidas intentando averiguar qué arcanos son nuestros conclánidas actuales para poder reunirlos y, cuando las circunstancias sean las adecuadas, intentar por primera vez en dos mil años, abrir de nuevo la puerta que comunica con lo desconocido.

Podría haberle dicho que ella sabía con toda seguridad quién era cada arcano en el Tarot, pero no lo hizo porque el otro tema le interesaba bastante más por el momento.

—Háblame de esa puerta, Él, por favor.

—De acuerdo, pero quiero que sepas que en gran parte nos estamos moviendo en el campo de la especulación porque no queda nadie vivo que la haya visto jamás. —Hizo una aspiración profunda, paseó la vista por las cartas, por el mar, y volvió a Lena—. Según nuestras leyendas, hace varios miles de años los nuestros llegaron a este planeta...

—¿Eran extraterrestres? ¿Somos extraterrestres? —la interrumpió Lena, alarmadísima. Él negó con la cabeza.

—Yo no lo creo. Se trata tan sólo de que probablemente procedemos de otra

realidad paralela a la de este mundo, y hace unos miles de años, por lo que fuera, descubrimos la forma de pasar de una realidad a otra, y decidimos abrir la puerta que comunica los dos mundos y pasar a esta realidad. Según nuestros mitos, ese paso se hacía regularmente y con toda naturalidad y se estuvo haciendo durante muchísimo tiempo, antes incluso de que *haito* se desarrollara y alcanzara la civilización.

»Luego, poco a poco, se fue perdiendo el conocimiento necesario para abrir la puerta y comunicarnos con nuestra realidad de origen. Quizá fuera porque, comparados con *haito*, vivimos tanto tiempo que no tenemos ninguna prisa y, durante generaciones humanas, a ningún *karah* se le ocurrió que sería necesario salvaguardar los conocimientos por si se perdía la memoria de cómo hacerlo.

»El caso es que el último intento de contactar se produjo hace unos mil años y fue un fracaso, de modo que eso significa que el contacto anterior debió de ser mucho antes, al principio de la era cristiana o quizá en la época de esplendor del imperio egipcio o incluso antes, cuando Atlantis estaba habitada por sus pobladores originales, o antes aún, cuando *haito* todavía vivía en cuevas y cazaba mamuts. La verdad es que no hay modo de saberlo, a menos que aparezcan más documentos en los que se refleje algo que desconocemos.

»Por lo que yo sé ahora, y creo que soy de los que más saben sobre el tema, la cuestión es que para intentar abrir esa puerta, necesitamos unas cuantas cosas que, de momento, no es seguro que tengamos.

—¿Qué hace falta, Él?

—Hace falta reunir a un grupo de clánidas de todas las casas, pero no sé cuántos ni si hay que buscar a personas concretas o si sirve cualquiera, siempre que todos los clanes estén representados. Esos clánidas, siempre según las leyendas, deben estar situados en puntos muy concretos, no basta con reunirse en la misma habitación. Como puedes figurarte, necesitamos por encima de todo el plano que indica dónde tienen que colocarse. Y finalmente, lo más importante: necesitamos un nexo.

—¿Que sería...?

—Sería un clánida de sangre mixta. Por eso están tan revolucionados, porque todos creen que ha llegado el momento.

—¡Arek! —dijo Lena con los ojos brillantes de emoción. Era un gran alivio empezar a comprender algo de lo que había sucedido en los últimos meses—. Por eso todo el mundo va detrás de Arek.

—Eso creen todos, sí. Todos los clanes piensan que el niño que acaba de nacer en el clan rojo es, como diría *haito*, la respuesta a nuestras plegarias, y que, ahora que tenemos un nexo, en cuanto ese nexo sea entrenado debidamente por un mentor, podremos intentar abrir la puerta. Si conseguimos reunir el resto de la información, claro. Pero piensan que, como Arek aún es un bebé, tenemos tiempo. Piensan también que tú eres su mentora.

—¿Yo?

—Por eso has sido entrenada por Sombra, dicen.

—Mi entrenamiento se quedó a medias, Él. Desde la aparición del arcángel, el..., el *urruahk*, en casa del clan rojo, Sombra se ha retirado y, aunque cuando fui a verlo me dijo que estaba bien y que volvería, no lo ha hecho aún.

—¿Cómo que has ido a verlo? ¿Adónde? ¿Puedes comunicarte con Sombra?

—Si él me deja, sí.

Él parecía haberse quedado impresionada y, curiosamente, también satisfecha, como si algo de lo que acababa de decir Lena hubieran confirmado algo que ella ya sabía, pero en seguida cambió su expresión y preguntó:

—¿Has dicho que ha aparecido un *urruahk*, un arcángel lo has llamado?

—Eso me dijo Lenny, bueno Nils. Me dijo que en algunos textos antiguos, aquel monstruo era lo que llamaban un arcángel.

—Lo que los textos realmente antiguos llaman arcángeles son efectivamente *urruakhim*, defensores, guardianes y mensajeros que, al parecer, proceden de nuestro mundo de origen. Hemos perdido la cuenta de la última vez que hubo una aparición. Ya creíamos que era un mito. Mmm..., muy interesante. Mucho. Dime, ¿qué sentiste al verlo, Lena? ¿Terror?

Ella lo pensó un momento. No recordaba haber sentido terror, pero quería estar segura antes de hablar, porque su respuesta podía ser importante.

—No —empezó Lena lentamente—. Confusión sí, pero no miedo. Sin embargo, los demás..., todos parecían realmente aterrorizados. Era una sensación de caos espantosa, pero no lo que se suele llamar caos en la vida normal, sino algo mucho más profundo, más intenso... Aquel ser era..., no sé bien cómo explicártelo, Él. Incomprensible. Era el caos en estado puro. No cabía en el cerebro. Los ojos no lo entendían. Era sencillamente imposible. Pero ahora que lo pienso, creo que no sentí terror. Claro, que no tuve tiempo, yo estaba con Nils, tratando de llegar a la puerta, pero en seguida apareció Sombra y me sacó de allí.

—¿Nils Olafson? ¿Clan negro?

—Sí. Él también quería quedarse con Arek.

—Por supuesto.

—Así que por eso he llevado esta vida... —Lena hablaba casi para sí misma—. Porque todo el mundo piensa que me van a necesitar para entrenar a Arek.

—No sólo por eso, Lena. Has llevado esa vida porque hay clánidas que no ven con buenos ojos la posibilidad de abrir la puerta y preferirían verte muerta. Y además... creo que ya es hora de que lo sepas... —Se detuvo de pronto, indecisa—. Aunque..., no sé..., no sé si es el momento de decírtelo.

Lena tenía la mirada clavada en Él. Ni siquiera ella misma estaba segura de si quería saber más o si prefería quedarse como estaba e ir digiriendo la información

poco a poco.

—Sí, creo que sí debes saberlo —decidió por fin Él tras una larga pausa en la que parecía estar debatiendo consigo misma—. Porque crean lo que crean la mayoría de *karah*, algunos, muy pocos, sabemos que no es cierto lo que dicen los clanes. Sabemos que Arek no es el nexa que llevamos dos mil años esperando.

—Entonces, ¿qué va a pasar? Si no hay nexa, no podremos intentar abrir la puerta.

Él se quedó callada y rígida, como vuelta hacia sí misma, a su interior, debatiendo algo que a Lena se le escapaba por completo. De pronto, pareció haber llegado a una decisión, la miró fijamente y dijo:

—Lena, escúchame bien y trata de tomarte con calma lo que voy a decirte. —Hizo una pausa y la miró fijamente—. El nexa eres tú.

—¿Qué? —Se le acababan de desorbitar los ojos y miraba a Él sin querer creer lo que había oído.

—Tú eres el nexa que *karah* lleva milenios buscando, Lena.

—¿Cómo lo sabes? —Tragó en seco, notando que le temblaba la voz.

—Escúchame, querida. Según nuestros conocimientos, y con ese «nuestros» me refiero solamente a dos o tres conclánidas que llevamos siglos estudiando este tema, el nexa debe ser un *karah* en el que, por nacimiento, se mezcle la sangre de los cuatro clanes. Considerando nuestra esperanza de vida y lo reacios que son los clanes a mezclarse entre sí, la planificación del nacimiento de un nexa puede llevarnos más de mil años. Hacen falta tres generaciones como mínimo. Tú eres la tercera y el producto final, por así decirlo, pero algunos de nosotros llevamos varios siglos preparando tu nacimiento, hija.

—¿El mío?

—El tuyo o el de cualquier otro que hubiera nacido de los mismos clánidas que tú. Quiero decir, que el sexo de la criatura no es relevante. No es que esperáramos a una niña con un color de pelo y de ojos concreto ni que tuviera una marca en la frente. Eso da exactamente igual. Lo único que cuenta es que tenga sangre de los cuatro clanes. Y, por supuesto, que una vez en contacto con la Trama, Sombra haga su aparición y la reconozca.

Lena se tapó la boca con una mano y se llevó la otra al medallón que llevaba colgado del cuello.

—Por eso Sombra apareció poco después de que los familiares del clan blanco me dieran esto —dijo, mostrándole a Él la Trama que destellaba a la luz.

—Es lo más probable. Es lo que estábamos esperando y lo que comprobaremos más adelante. Cuéntame todo lo que te ha sucedido desde que saliste de casa, hija. Ahora que sabes más sobre ti misma puedes comprender lo importante que es para nosotros saber todo lo posible. Cuéntamelo todo y después haremos planes de futuro.



Tú eres el nexo y es fundamental que lo entiendas, que lo aceptes, que sepas que debe ser así, porque de tu reacción depende todo. De tu reacción depende el futuro de *karah*.



## Rojo. Negro. Shanghai (China)

Eleonora miraba sin ver los inmensos rascacielos que se alzaban por todas partes como un bosque de bambú de alta tecnología. Se acordaba muy bien de su primer viaje a Nueva York, más de un siglo atrás, cuando habían ido a ver el increíble y recién inaugurado Empire State, y las otras torres que poco a poco iban surgiendo por toda la isla de Manhattan. Ahora era lo mismo en todas partes: en América, en Europa, en Dubai, pero sobre todo en Asia, en las grandes metrópolis como Bangkok, Shanghai, Pekín..., como si *haito*, ante la imposibilidad de realizar su sueño del siglo xx, salir al espacio y colonizarlo, hubiera decidido conformarse con construir edificios cada vez más altos, como brazos alzados hacia las estrellas, impotentes para alcanzarlas.

Se alegraba de que hubieran elegido un lugar neutro para reunirse y, sobre todo, no en lo más alto de una torre; se sentía mejor cerca de la superficie. De algún modo, tenía la sensación de que era más fácil escapar. Y ni siquiera sabía de qué quería escapar ni por qué razón.

A su lado, Dominic tenía también la vista perdida en el horizonte y, abstraído, tamborileaba sobre el móvil que acababa de cerrar.

—¿Era Gregor? —preguntó, para sacarlo de su ensimismamiento.

—Sí. Nos espera en el muelle.

—¿Crees que servirá de algo, Nico?

Él suspiró.

—Al menos nos mantiene activos y quizá, suponiendo que no sea el clan negro el que tiene a Arek, podamos convencerlos de que nos ayuden a encontrarlo. La verdad es que, por teléfono, he tenido la impresión de que Keller agradece nuestra iniciativa.

—Todos los clanes tendrían que estar dando saltos de alegría de que haya nacido Arek, de que por fin haya un nexo.

—Si lo es...

—¿Por qué no iba a serlo? —Eleonora estaba casi ofendida por la duda de

Dominic.

—Primero, querida mía, porque no tenemos ninguna seguridad de que lo sea. Ni siquiera sabemos si es suficiente que tenga sangre de dos clanes. Además, yo casi preferiría que no lo fuera; así no sería más que un hijo del clan rojo, sin ningún interés para nadie más. En principio, tú y yo sólo queríamos dar un hijo a nuestra casa; si Arek no fuera más que eso, nos lo devolverían y nos dejarían en paz.

—Yo elegí a la madre biológica de Arek sabiendo que ese bebé podría ser un nexo, Nico. No me digas ahora que habría dado igual una que otra y que sólo buscábamos tener un niño vulgar.

—Aquí es, señores —dijo el chófer y, con eso, Dominic se ahorró la respuesta. Había veces que Eleonora le parecía de un *snoob* insoportable. «Un niño vulgar», había dicho, como si un niño no fuera un auténtico milagro en sí. Ella no había tenido que pasar, como él, esos diez meses de fingimientos, de sacrificios, de tener que tocar y besar a Clara de vez en cuando para tenerla satisfecha. Para Eleonora, si Arek resultaba no ser el nexo, sería una terrible decepción, mientras que para él el simple hecho de que aquella criatura que estaba en el mundo fuera hijo suyo y tuviera su dotación genética era lo más milagroso que le había sucedido en todos sus siglos de vida. Claro que habría preferido tenerlo con Eleonora o con otra conclánida en lugar de rebajarse a mezclar su sangre con *haito*. Porque, a pesar de que había sido por fecundación artificial en el quirófano de Roma, seguía pareciéndole humillante. Sin embargo, de una u otra forma, Arek era su hijo y no permitiría que nadie le hiciera daño, tanto si resultaba ser el nexo como si no, ni siquiera Eleonora, ni siquiera la gente de su clan, bajo ningún concepto.

Bajaron de la limusina y se dirigieron hacia un yate negro de dos cubiertas anclado en el muelle del río Huang Pu, frente a la silueta de la ciudad moderna.

Un hombre alto, de hombros anchos y abundante pelo oscuro entreverado de gris, vestido con traje de lino antracita y camisa gris sin corbata los esperaba al final de la pasarela.

—¡Bienvenidos, conclánidas! ¡Honor a *karah*! —saludó, en latín, estrechándoles la mano.

Hacía tanto tiempo que no se habían visto que, sin planteárselo siquiera, usaban la lengua que habían hablado en el siglo XVI.

—¡Honor a tu clan, *mahawk*! —contestaron ambos.

—Has vuelto a rejuvenecer, Imre —comentó Dominic con una ligera palmada en el hombro de su anfitrión—. Te queda bien ese aspecto.

—Me cansé de tener sesenta años y he vuelto a los cuarenta y cinco. Más joven ya no me reconozco a mí mismo y habría tenido que cambiar de nombre y de vida otra vez. Así mis empleados sólo creen que me he hecho algún tratamiento terriblemente caro y se limitan a envidiarme. O a odiarme, claro, según los casos.

Entrad, por favor, ponedlos cómodos.

Pasaron al interior y tomaron asiento en un salón decorado en tonos negros y grises con acentos en verde y una pequeña selección de antigüedades chinas extremadamente valiosas. Un segundo después se les unieron Gregor Kaltenbrunn y una mujer alta y elegante que parecía estar hecha de alambre de espino y que Keller presentó como Alix.

—La última vez que nos vimos eras Viola, ¿no es cierto? —preguntó Eleonora, buscando en su rostro la confirmación de su identidad pasada.

—Probablemente —contestó Alix, displicente—. No tengo el menor recuerdo de la última vez que nos vimos. De ti, sin embargo —añadió tendiéndole la mano a Dominic y dándole la espalda a Eleonora—, sí que me acuerdo, conclánida. Singapur, 1950. Me dijiste entonces que era tu primer viaje a Asia y, como no podía ser de otro modo, te llevé a Raffles a tomar un Singapore Sling, que acababa de ser inventado.

—Hablando de cócteles, ¿qué os apetece tomar? —preguntó el Presidente, echando una mirada significativa a Alix para que dejara de coquetear con el único propósito de molestar a su invitada del clan rojo.

Entretanto, el yate se había alejado del muelle y había comenzado a navegar en dirección a la bahía, dejando libre la vista a través de los amplios ventanales a la inconfundible silueta de la moderna ciudad de Shanghai.

Mientras un barman silencioso preparaba y servía sus bebidas, los cinco se dedicaron a observarse haciendo comentarios intrascendentes sobre el panorama que se ofrecía a su alrededor. Cuando se quedaron solos, el anfitrión dejó pasar unos segundos y, con suavidad, comenzó:

—Hace tiempo que no nos relacionamos, conclánidas. Nuestras vidas han discurrido por cauces separados durante muchos años. Decidme, ¿en qué puede ayudaros el clan negro? ¿Por qué, después de tanto, recurrís a nosotros?

Gregor, Dominic y Eleonora cruzaron sus miradas. Habló Gregor:

—Estamos buscando a nuestro miembro más joven, Arek, nacido hace diez días y secuestrado en Villa Lichtenberg.

—¿Por quién? —preguntó Imre con su expresión más neutra.

—Lo ignoramos.

—Pero si estáis aquí, eso significa que no creéis que lo tengamos nosotros, lo que sólo deja dos posibilidades: o lo tiene el clan blanco o el clan azul. ¿Por qué no acudís a ellos?

—O se lo ha llevado el Shane —intervino Alix, encendiendo un cigarrillo negro, muy largo, con boquilla dorada— y no se lo ha dicho a nadie.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Dominic que, de repente, había sentido como un pinchazo en el corazón al darse cuenta de que Alix podía tener razón. El comportamiento del Shane no siempre era comprensible.

—Es el *mahawk* de vuestro clan —siguió explicando Alix—. En principio tiene perfecto derecho a hacer lo que mejor le parezca con el nuevo miembro; es él quien debe decidir sobre su educación. Y además, lo sabéis igual que yo, el Shane está loco y le encanta crear confusión. Igual se le ha ocurrido que podría ser un modo de enemistar más a los clanes.

—Y ¿para qué, según tú? —La voz de la clánida roja era suavemente insultante.

—Querida Eleonora —comenzó Alix, en el mismo tono—, si aún crees que el Shane hace las cosas por algo y para algo es que eres aún más estúpida, o más ingenua —se corrigió al captar la mirada de Imre— de lo que yo suponía.

—¿Has hablado con él recientemente, Alix? ¿Con el Shane? —preguntó Imre mirándola de un modo que hubiera asustado a cualquiera que no fuera ella.

—Brevemente. Nos cruzamos por casualidad en un aeropuerto. Cada día está más misterioso y habla de manera más críptica. Me dijo que iba en busca de un ángel. *Whatever that may mean* —terminó en inglés, encogiéndose de hombros.

Dominic y Eleonora se miraron.

—¿Sabes adónde iba? —preguntó Gregor clavándole su mirada fría.

—A algún lugar del Caribe. No precisó más.

—Entonces —continuó el Presidente—, si lo tiene el Shane es cosa vuestra, de vuestro clan. Si no fuera así, ¿qué queréis de nosotros?

—Primero, la seguridad de que no lo tenéis o, en su caso, el precio que pedís por devolvernos al niño —contestó Kaltenbrunn.

—En otros tiempos, apreciado conclánida, te habría retado por ese insulto y estarías muerto —dijo Imre Keller con engañosa suavidad—. Soy el *mahawk* de mi clan. Quiero pensar que no te has dado cuenta, pero me acabas de llamar primero mentiroso y luego ladrón al pensar que alguno de mis parientes es un secuestrador, o que lo soy yo mismo.

—¿No lo sois ninguno de vosotros? —insistió el médico sin arredrarse.

—No lo somos. Tienes mi palabra.

—Entonces lo que os pedimos —siguió Dominic, conciliador— es que nos ayudéis a encontrarlo. A cambio podéis pedir lo que queráis.

—Nos hemos anticipado a vuestros deseos y Nils ya está siguiendo una pista prometedora.

—¿Que lleva a...? —preguntó Eleonora, impaciente, inclinándose hacia Imre.

—Por lo que yo sé, a Bangkok.

Eleonora se dejó caer de nuevo hacia atrás en su sillón.

—De allí venimos, y no hay nada.

Imre sonrió.

—No perdamos la esperanza. Nils es hombre de recursos. Si no hubiera nada, ya habría regresado. Tened un poco de paciencia. Después de tantos siglos de esperar el

nacimiento de un nuevo hijo del clan rojo, esperar un par de días no es mucho.

—¡No se trata sólo de un hijo del clan rojo! —casi gritó Eleonora, furiosa por la suavidad del *mahawk* negro—. ¿Sois realmente tan estúpidos? ¿No sabéis que ese niño es el nexo que todos llevamos más de mil años esperando? ¿Creéis que os pediríamos ayuda si sólo importara al clan rojo? ¡Arek es la llave que nos abrirá la puerta a todos, maldita sea!

Dominic le puso una mano en el antebrazo y Gregor, que estaba de pie acunando su vaso de whisky, se colocó discretamente detrás de su sillón.

—Y ¿a ti quién te ha dicho que al clan negro le interesa en absoluto abrir esa puerta, conclánida? —Alix rezumaba desprecio por cada uno de sus elegantes poros—. No creemos en esas mamarrachadas y yo, por mi parte —añadió, volviendo a reaccionar a una mirada del *mahawk* de su clan—, no tengo ningún interés en vuestro hijo ni en nexos ni en puertas a otros mundos. «Este» es mi mundo y es el único que me importa.

—Cada clánida tiene derecho a su opinión —zanjó Imre—, pero como *mahawk* negro os prometo mi ayuda y la de mi clan para encontrar al niño. Trabajaremos juntos rojos y negros y compartiremos toda la información que surja hasta haber recuperado al bebé. Después de eso, ya se verá cuál es el próximo paso.

—No pedimos más, *mahawk*. —Dominic se puso en pie y le tendió la mano a Eleonora, que lo imitó—. Gregor, por favor, llama al chófer.

—¿No queréis disfrutar del paseo? —preguntó Alix, medio recostada en el sofá—. No os habéis fijado apenas, pero la vista es realmente impresionante y dentro de poco estará todo lleno de luces. A los europeos os gustan esas cosas, ¿no?

—De hecho —continuó Imre—, me gustaría invitaros a cenar a bordo. —No esperó la respuesta, al darse cuenta de la mirada que intercambiaron los tres clánidas rojos—. Pero si tenéis asuntos pendientes en Bangkok, lo comprendo perfectamente. Otras ocasiones habrá. Alix, ¿te importa pasar las órdenes al capitán mientras yo acompaño a nuestros invitados a cubierta?

La mujer se levantó elegante y flexible como una serpiente, enfundada en su vestido de cuero negro y, acariciando las cuentas de jade de su collar, se dirigió al teléfono interior.

Unos minutos más tarde, apoyados en la borda, los dos miembros del clan negro vieron alejarse la limusina que se llevaba a sus invitados del clan rojo.

—Lo has hecho muy bien, querida —alabó Imre con su voz grave.

—Tú también, Presidente. ¿Crees que se han quedado convencidos de que no tenemos apenas interés en que se intente abrir la puerta?

Imre Keller se encogió de hombros. Estuvo a punto de decirle a Alix que ya no estaba seguro de que fuera ese bebé lo que necesitaban encontrar, pero decidió no hacerlo por el momento. Aún tenía mucho en que pensar.

—¿Has encontrado a Luna? —preguntó el Presidente después de un silencio.

Alix se volvió hacia él. El viento agitaba su melena negra.

—No ha sido fácil, pero sí. Al parecer lleva más de treinta años oculto en un pueblecito de la España interior.

—¿Haciendo qué?

—Nada, por lo que he podido averiguar. Se casó con una mujer *haito* y, a su muerte, crio a la hija de ella.

—¿Podemos contar con él?

—No estaba, así que no he podido hablarle. ¿Sabes quién lo ha encontrado antes que yo?

El Presidente la miró, intrigado.

—Según lo que me han contado por la zona, un tipo alto y fuerte, de melena plateada y ojos fríos ¿te suena de algo?

—Silber Harrid. El *mahawk* blanco. Hace un par de vidas que no sé nada de él. Me pregunto qué estará tramando.

—Luna y él siempre fueron compinches.

El yate se deslizaba por el Huang Pu mientras caía la noche y se iban encendiendo las luces de la gran ciudad.

—Entonces es verdad que viste al Shane en un aeropuerto.

—Por supuesto. Más extraño que nunca. Diciéndome entre risas que aproveche mis últimos meses, que los aztecas, aunque se equivocaran en un par de años, tenían razón y todo acabará pronto.

—¡Qué estupidez! Ahora sí que se ha vuelto loco. —Imre miró a Alix con el rabillo del ojo. No creía que hubiera notado los dos segundos que le había costado decir algo en respuesta al consejo del Shane. Resultaba curioso que todos insistieran en su locura cuando era uno de los mejores cerebros de *karah*. E incluso hablaba con total sinceridad porque, si sus planes se cumplían, lo que le había dicho a Alix era casi la pura verdad: ni a ella ni a nadie le quedaban más que unos años de vida, hasta que el niño creciera, pudiera intentarse abrir la puerta y se desencadenara la masacre que él mismo tendría que empezar a planear para cuando llegara el momento. Era necesario honrar su trato con el *mahawk* rojo; le había dado su palabra y sus sangres se habían mezclado. Antes o después, para poder intentar salvar a Ennis, se vería en la necesidad de cumplir su palabra y empezar a exterminar a los suyos. Lo alarmante era que él siempre había pensado que se trataba de unos años.

Pero el Shane había hablado de meses.

¿Era posible que el Shane supiera mucho más de lo que le había contado a él y la cuenta atrás se hubiese puesto ya en marcha?



## Negro. Haito. Koh Samui (Tailandia)

A pesar de que el viaje con Ulrich le había parecido muy agradable, un buen recuerdo, aunque algo manso, de sus pasadas aventuras, volver a estar solo le resultaba tan maravilloso que, en lugar de seguir todo el tiempo a los *traceurs* y tratar de entablar relación con ellos, se limitó a seguirlos hasta su hostel con extrema discreción para saber dónde encontrarlos en caso de necesidad y decidió dejar para el día siguiente el asunto de abordarlos. Se había ganado unas horas de soledad, de libertad, de tomar decisiones espontáneas guiadas simplemente por sus deseos y caprichos, como había hecho siempre en todas sus vidas, antes de aceptar la responsabilidad de criar a Jara.

Ulrich, como siempre, le había contado sólo medias verdades. Nunca había conocido a nadie tan amante de los secretos como él, pero no le importaba particularmente. Si, por lo que fuera, necesitaba que Jara estuviese en aquella isla del Caribe y eso significaba alejarla del peligro, tanto mejor. Unas vacaciones caribeñas le sentarían bien y además la mantendrían alejada de él y de su reciente aspecto juvenil.

Quizá no hubiera hecho bien manteniendo a Jara al margen de todo. Quizá debería plantearse la idea de hablarle de *karah* e incluso de ofrecerle la posibilidad de alimentarla y convertirla en familiar del clan negro. Pero entonces su preciosa e inocente Jara acabaría convertida en un monstruo de vanidad y egoísmo, como todas las hembras *karah* y sus familiares, él no lo soportaría y tendría que acabar matándola. Y eso no era algo que tuviera previsto; quería demasiado a esa niña, aunque fuera *haito*.

Caminaba por Chaweng disfrutando del calor de la noche, de los retazos de conversaciones en docenas de lenguas, de las misteriosas sonrisas, los colores de los chales de seda, los olores de las varillas de incienso de todas las fragancias, las ofertas de objetos, placeres y diversiones, las luces de colores de los restaurantes, confundido en la alegre masa de turistas, jóvenes en su mayoría, que buscaban un lugar barato para cenar.



Se detuvo en el escaparate de un taller de orfebre que ofrecía joyas de plata, nácar y diferentes conchas marinas y, con toda discreción, echó una mirada al reflejo tratando de localizar al tipo que lo seguía y que no debía de tener mucha costumbre de hacerlo porque él se había dado cuenta de inmediato.

Estaba medio oculto, o eso debía de pensar él, en una tienda de vaqueros en la acera de enfrente y no le quitaba la vista de encima. Era muy joven, unos veinte o veintidós, quizá menos; de altura media, fibroso, pelo oscuro cayéndole sobre la frente y cara de niño malcriado. Guapo, si a uno le gustaban los adolescentes.

Siguió caminando indolentemente mirando a izquierda y derecha, como un turista de verdad. El chico lo siguió, demasiado cerca.

Se planteó tenderle una trampa y averiguar quién era y qué quería, pero decidió dejarlo para después de la cena. Tenía hambre y aquel muchacho no era enemigo para él; podía vencerlo con el estómago lleno, desarmado y con un brazo atado a la espalda.

Se instaló en el Ninja, que una vez había oído recomendar como la mejor comida de Chaweng si a uno no le molestaba que el techo fuera de uralita y los cubiertos de plástico. Considerando que en su juventud comía con la mano o con una cuchara de madera en el mejor de los casos, y que la mayor parte de los tejados eran de paja y dejaban pasar el agua cuando llovía dos días seguidos, aquello era puro lujo. Se sentó en la esquina de una mesa larga donde aún quedaban varios sitios libres; el resto estaba ocupado por un grupo de holandeses ya bastante borrachos.

Un instante después el chico guapo se acercó a su mesa, le hizo un gesto pidiendo permiso y se sentó enfrente fingiendo que no lo conocía, como si no llevara media hora siguiéndolo desde el hostel.

Se enfrascaron en la lectura de la carta, en un inglés lleno de faltas de ortografía, y al cabo de un momento el chico preguntó en inglés.

—¿Quieres compartir unos cuantos de esos? —Hizo un gesto hacia lo que comían en la mesa de al lado, una multitud de platitos con muchas cosas diferentes—. Todos están buenísimos y, si se comparten, puede uno probar más platos.

—Vale. Buena idea. Pide lo que quieras. Me gusta todo.

—Me llamo Gigi. Soy italiano.

—Iker. Vasco.

Se estrecharon la mano con una sonrisa y Gigi le dijo al camarero lo que querían comer.

—¿Estás solo? —preguntó Gigi.

—Ya me ves.

—Quiero decir, ¿viajas solo? ¿O has venido con amigos, o con tu novia?

—Estoy solo. Había venido con un amigo, pero se ha marchado a su aire y yo he decidido quedarme un poco más. Esta tarde he visto una exhibición de *freerunning* y

me ha gustado tanto que he pensado ver si entro en contacto con ellos y aprendo un poco. —Cabía la posibilidad de que Gigi formara parte de los «chicos que se suben por las paredes» y que eso le allanara el camino para entrar en el ambiente de Anaís. Si resultaba que no, tampoco se perdía nada.

El rostro del italiano se iluminó de alegría.

—¡Yo soy *traceur*! Puedo presentarte a quien quieras. Puedo llevarte a todas partes. —No se podía creer la suerte que había tenido. El amigo o novio o lo que fuera aquel armario del pelo de plata se había marchado y él, al menos de momento, tenía el campo libre para intentarlo.

—¡Estupendo! Por mí, empezamos mañana mismo.

Llegó la comida y durante casi una hora se limitaron a probar todas las delicias tailandesas que les pusieron delante. Gigi le explicó la diferencia entre *parkour* y *freerunning*, le habló de los *yamakasi* y la legendaria película de Luc Besson e hizo todo lo que estuvo en su mano por gustarle a Iker.

—¿Nos tomamos una copa en la playa? —propuso, esperanzado—. Hay una calita preciosa cerca de aquí, donde conozco un bar con velas y buena música. ¡Anda, te invito!

Iker sonrió y asintió con la cabeza, lo que puso un ahogo en el pecho de Gigi. Tenía una sonrisa tan atractiva que estaba seguro de que a él se le ponía cara de imbécil cada vez que lo veía sonreír. Pagaron a medias y salieron a la calle, que aún estaba más llena de gente que cuando habían entrado. De vez en cuando sus hombros se rozaban y Gigi tenía que contenerse para no tocarlo. A pesar de todo, aún no estaba seguro de que tuviera interés en él o de que sus intenciones fueran bien recibidas.

El bar de la playa estaba también bastante lleno, pero cogieron dos mojitos y se fueron hacia unas rocas algo apartadas donde bailaba la gente pero donde aún se escuchaba bien la música. Apenas se pusieron cómodos, sentados en la arena, con la espalda apoyada contra una roca aún caliente del sol, Iker preguntó como al desgaire.

—Dime, Gigi, ¿por qué me seguías antes?

Gigi tragó saliva. ¡Se había dado cuenta!

—Yo no te seguía —mintió, con toda la naturalidad que pudo fingir.

—¡Venga ya! Además, lo haces fatal. Si tú me enseñas *parkour*, yo te enseñaré a seguir a la gente de modo que no se note. Eres un auténtico desastre.

Gigi tomó un trago largo del mojito para ganar algo de tiempo.

—Me gustas —dijo por fin, evitando mirarlo—. Te vi esta tarde en el *spot* y decidí seguirte, a ver quién eras. Pero estabas con un amigo y decidí dejarlo para cuando te encontrara solo.

—Tiene sentido.

El italiano lo miró de reojo, a ver cuál podía ser su próximo movimiento. ¿Podría intentar besarle ahora?

Iker estaba totalmente relajado, con las piernas extendidas y el vaso entre las manos, la mirada dirigida hacia arriba, hacia los cientos de estrellas que titilaban en el cielo nocturno. Era tan guapo que dolía, pero no parecía interesado, su cuerpo no vibraba, no mostraba ningún signo ni siquiera de estar dispuesto a dejarse querer.

—Iker —comenzó, después de carraspear—, antes te pregunté si tenías novia, ¿te acuerdas?

—Claro.

—Me dijiste que no.

—Ajá.

—¿Y novio, tienes novio?

—No. Tampoco.

Gigi sintió un gran alivio; no sólo porque estuviera libre, sino porque, al menos, no se había ofendido. Eso no significaba necesariamente que fuera homosexual, pero sí que era una persona de mente abierta.

—Pero... —Gigi no sabía bien cómo formularlo. Iker estaba totalmente sereno y a gusto y, sin embargo, él tenía la sensación de que de alguna manera le estaba tomando el pelo—. ¿Eres..., eres gay? ¿Te gustan los hombres?

—Unos sí y otros no —contestó Iker imperturbable. Se estaba divirtiendo bastante con aquel chaval y por un momento pasó por su mente la idea de contarle algunos episodios de sus vidas anteriores, pero después habría tenido que matarlo y eso no entraba en sus planes por el momento.

No se vive más de setecientos años sin haber probado todo tipo de cosas, a menos que sea uno un *karah* fanático como era el caso de algunos de sus conclánidas que consideraban que el único sentido posible del sexo era la reproducción. Por eso a él lo habían tildado de perverso en varias ocasiones y su automarginación del clan les había resultado bastante llevadera, porque en el fondo había sido un alivio para todos.

Él nunca había llegado a perder la cabeza al estilo del Shane, en plan *glamour y drama queen*, al fin y al cabo no era clánida rojo, tan dados a lo teatral, sino negro, mucho más austeros de carácter, pero sí se había encontrado muchas veces en la posición del extraño, del marginal, del que ve las cosas que afectan a los suyos tan desde fuera que empiezan a resultarle obsesivas y ridículas, y no tiene más remedio que salir fuera de la cueva donde todos se han instalado entre el humo y los hedores. Fuera hace más frío y el peligro es mayor, pero huele a naturaleza y se es libre. Eso, al menos, sí lo había ganado: su libertad de tomar y dejar lo que mejor le pareciera.

Cuando se quiso dar cuenta de que llevaba un rato perdido en sus pensamientos, Gigi le estaba preguntando.

—Entonces, yo... ¿no te gusto?

Se lo quedó mirando con cierta perplejidad. En otras vidas había tenido esporádicas relaciones con hombres, pero nunca así, como le estaba insinuando aquel

adolescente con cara de niño. En el pasado, había compartido aventuras y peligros con algún camarada, con algún hermano de armas, aunque la simple idea de llamar hermano a *haito* hubiera resultado escandalosa a la mayor parte de sus conclánidas, y después de haber sobrevivido a una batalla, o de haber llegado con bien a algún lugar seguro tras todo tipo de luchas, emboscadas y trampas, se habían entregado al sexo para sentir vibrar la vida en la piel del otro, para saber que seguían formando parte del mundo, que su corazón continuaba latiendo. Esas veces habían sido excitantes, bellas, intensas, y maravillosamente efímeras. Al día siguiente habían ensillado de nuevo sus caballos y habían partido en direcciones opuestas, con un abrazo de despedida.

Lo que aquel muchacho le estaba insinuando ahora era pura trivialidad, exactamente como tomarse otro mojito, bañarse en el mar o darse de puñetazos sin ningún motivo. Y eso, para su mente *karah*, a pesar de todo lo *haito* que se había vuelto en los últimos tiempos, era una estupidez, o casi peor, una vulgaridad.

No se le ocurrió que Gigi pudiera haberse enamorado de él. *Karah* nunca había creído en el flechazo amoroso; eso era simplemente un invento literario de *haito* para justificar un comportamiento irracional.

—¿Cómo me vas a gustar si no te conozco? —dijo.

A Gigi la respuesta lo dejó de piedra porque nunca se lo había dicho nadie, pero, siendo sincero consigo mismo, a Iker no le faltaba razón.

—¿Puedo seguir intentándolo?

Se echó a reír suavemente.

—¿Cómo voy a impedirte que intentes lo que quieras intentar? Como mucho, puedo impedirte que lo consigas, pero no que lo intentes.

Gigi sonrió, un tanto inseguro, porque no tenía muy claro qué le estaba diciendo. Su mirada era extraña, intensa, críptica. De golpe aquel chico maravilloso parecía viejo, muy viejo, como si fuera un demonio en un cuerpo juvenil, y lo recorrió un escalofrío. De golpe pensó que daría cualquier cosa por no haberlo conocido.



## Negro. Shanghai (China)

Alix se marchó poco después de que los clánidas rojos hubieran bajado del yate. En cuanto se quedó solo, Imre se retiró a su despacho flotante en la proa de la embarcación, dio orden de navegar hacia la bahía, se sirvió un *scotch* con hielo y se sentó en la oscuridad, en su sillón favorito, frente al escritorio, a reflexionar mientras veía pasar las luces de Shanghai.

Hasta cierto punto le entristecía pensar que, si todo salía como lo había planeado el Shane, muy pronto todo aquel derroche de luces de colores desaparecería. Con la destrucción de *karah* y el exterminio de *haito*, el planeta volvería a convertirse en un pedazo de roca flotando en el espacio. Poco a poco las especies animales y vegetales se recuperarían de la catástrofe que el *mahawk* rojo desencadenaría —no sabía qué horror había previsto el Shane para la humanidad, ni quería saberlo— y, en algún momento del futuro, de la espléndida civilización que *karah* y *haito* habían construido sobre la Tierra no quedarían más que ruinas devoradas por la vegetación, desechos radiactivos y plásticos no degradables.

Se preguntó, casi como deporte mental, qué imagen ofrecería Shanghai, esa misma *skyline*, un par de siglos en el futuro. O incluso un par de décadas.

Para entonces seguramente todos los cadáveres humanos se habrían convertido en huesos. Polvo al polvo. Ceniza a la ceniza. Los grandes rascacielos empezarían a resquebrajarse. Los animales invadirían la ciudad y las calles se convertirían en simples sospechas de caminos entre la maleza, su asfalto rompiéndose bajo el empuje de las malas hierbas.

Las farolas del alumbrado público serían meras cerillas caídas sobre las antiguas carreteras. Las tiendas ofrecerían para nadie, para la soledad y el silencio, sus mercancías podridas, sus joyas cubiertas de polvo, sus lujosos vestidos de fiesta hechos jirones, comidos por las ratas que habrían establecido su reino en la gran ciudad, saliendo por fin de sus alcantarillas a la luz del día.

Igual que había sucedido con Angkor Vat, que él había conocido en todo su esplendor como capital del imperio de Jayavarman VII —¿o era VIII?— y que un par

de siglos después no era más que un cascarón vacío de lo que había sido una ciudad esplendorosa, llena de vida y color.

Shanghai entregado al olvido sería un grandioso espectáculo que, desgraciadamente, ya no podría ver.

Pensó fugazmente si lo que estaban planeando no era la típica locura de todos los ancianos, de los que ven que se han quedado sin futuro, que su vida se acaba, y no consiguen resignarse a que el mundo continúe sin ellos y, por eso, se entregan a fantasías de destrucción.

Sólo que en caso de *karah*, en su propio caso y en el del Shane, no se trataba de una fantasía. Juntos, cumpliendo cada uno con su parte, destruirían toda vida inteligente sobre el planeta.

Y después...

Si conseguían reunir todo lo que hacía falta para abrir aquella puerta que comunicaba con lo inimaginable, ¿qué sucedería después? ¿Qué les esperaba al otro lado?

Pero la pregunta era ociosa. Ya se enterarían a su tiempo. Ahora era mucho más importante empezar a disponer lo necesario para cumplir su parte del trato. Y otra cosa casi más necesaria todavía: enterarse de quién era esa muchacha y cómo era posible que, entrenada por el improbable Sombra, hubiera conseguido atravesar una puerta de madera y metal. No dudaba ni por un momento de que lo había hecho. Confiaba por completo en la palabra de Nils, sobre todo porque no habría ganado nada mintiéndoles mientras que, si era verdad, resultaba bastante molesto haber sido vencido por una niña. Una niña especial, eso sí. Hija de Max y Bianca Wassermann.

Se dio cuenta de que estaba rechinando los dientes y de que el vaso que apretaba en la mano acabaría por romperse si seguía encerrado en su presa titánica, y aflojó.

Le había prometido a Ennis concederles cien años. Cien años de inacción, de ignorancia. Cien años de cerrar los ojos y los oídos y no saber, no entrometerse, vivir y dejar vivir. Y lo había cumplido. Lo había cumplido rigurosamente, porque ella merecía su lealtad, porque ella había sido lo mejor que había tenido en sus muchas y largas vidas.

Pero ahora se daba cuenta de que quizá no debía haber sido tan íntegro, porque ella tampoco lo había sido con él.

¿Cómo había podido rebajarse a tener una hija con aquel *haito*? Y ¿cómo era posible que aquella bastarda fuera ahora la elegida de Sombra, la futura mentora del nexo que había nacido del clan rojo?

Sabía demasiado poco. Nunca se había tomado en serio su función de *mahawk* y ahora lo pagaba; pero las leyendas y los mitos siempre le habían parecido eso exactamente: leyendas y mitos. Nunca había creído de verdad que alguna vez pudieran servirle para pasar al otro lado con la esperanza de que allí alguien fuera

capaz de ayudar a Ennis y devolverla a la vida. Pero ahora era la única posibilidad que le quedaba y, aunque le avergonzara profundamente, no tenía más remedio que intentarlo.

Se sentía impotente, como una fiera en una jaula demasiado pequeña, una fiera a la que azuzan con antorchas para oírle rugir.

Inspiró profundamente tratando de controlar la rabia que sentía. Conocía su capacidad para la furia. Sabía que era muy capaz de ponerse a destrozar todo lo que se le pusiera delante, objetos y seres vivos sin distinción, sólo para calmar su sensación de impotencia; pero de algo debían servirle los años y la experiencia. Ya no era un joven señor feudal del siglo XVIII que salía a maltratar a sus siervos para desahogarse, sino un pragmático hombre de negocios del siglo XXI que controlaba la vida de miles de personas que trabajaban en sus empresas y lo enriquecían día a día.

Volvió a inspirar hondo, se sirvió otro whisky y salió a cubierta, a respirar el aire húmedo, caliente y enrarecido de la ciudad, a tratar de pensar con frialdad por encima del velo rojo que cubría su mente.

No habían pasado cien años, pero necesitaba ver a Wassermann; lo haría traer de donde se estuviera escondiendo y lo obligaría a explicarle todo lo que quería saber. Luego lo mataría, lentamente, disfrutándolo, como había hecho en tantas otras ocasiones en el pasado con tantos otros enemigos, contrincantes. Más que otras veces, porque esta vez se trataba del miserable que le había arrebatado a él, a Imre Keller, al Presidente frente al que cientos de hombres temblaban, lo único que le había importado en sus casi mil años de existencia. Y debía pagar por ello. La promesa hecha a Ennis, a su adorada Alma, no importaba ya. Si ella despertaba, se lo explicaría. Si no, el futuro ya no tendría importancia.

Sacó el móvil y marcó el número de una empresa de confianza que ya había empleado en otras ocasiones. Nunca usaría sus servicios para encontrar a un conclánida, pero no había ningún problema en contratarlos para que buscaran a un simple *haito* y se lo trajeran debidamente empaquetado. Vivo. Al menos por el momento.

Dejó muy claro que lo necesitaba vivo y en buen estado de salud, y sonrió frente al mar abierto y a la luna casi llena que acababa de remontar el horizonte. Tenía muchas ganas de encontrarse con Max Wassermann.



## Haito. Blanco. En vuelo

Daniel se removi6, inquieto, en el inc6modo asiento del avi6n. A su lado, Ritch dormía como un bendito, como suponía que también estaban haciendo los demás, pero cómodamente instalados en primera clase y en otra compañía aérea, Emma y Albert por un lado, con el bebé, Joseph y Chrystelle por otro. Una vez en Bangkok se reunirían en el mismo hotel, pero por el momento volaban en diferentes aviones, como si fueran miembros de la familia real de alg6n país tercermundista.

Estaba cada vez más nervioso porque, aunque estaba deseando llegar a Tailandia y encontrarse con Lena, al mismo tiempo estaba cada vez menos seguro de lo que podía pasar cuando se vieran.

Tenía la sensación de que hacía siglos de la última vez que habían estado juntos, juntos de verdad, con tiempo y tranquilidad y sin las responsabilidades que les habían caído encima de golpe, como la losa de una tumba. Decir siglos era tal vez exagerado, pero llevaban así desde antes de Navidad, desde mucho antes, y ahora estaban ya en pleno verano.

La última vez que habían tenido un rato para ellos había sido en el pequeño hotel de Amalfi, antes de que apareciera Sombra y se la llevara de su lado. Y luego el horrible rato en el aparcamiento junto al mar, cuando todas las gaviotas parecieron volverse locas de golpe y se oían disparos en la casa del clan rojo y, en unos segundos, él se vio con un niño en brazos y los ojos de Lena, hundidos en unas ojeras oscuras, clavados en los suyos.

¿Y ahora?

No sabía qué iba a pasar concretamente. Sólo les habían dicho a él y a Ritch que la familia se trasladaba a Tailandia y que pensaban reunirse allí con Lena. ¿Por qué estaba Lena en Tailandia? ¿Para qué iban? Eso formaba parte de la *need-to-know-basis*, al parecer, y ellos no necesitaban esas informaciones, al menos en opinión de Emma, que era la que obviamente mandaba en el clan, aunque les habían contado que el *mahawk* era Lasha, lo que había dejado a Ritch realmente perplejo; a él no le había hecho ningún efecto porque no conocía al glaci6logo y, por la manera en que



hablaban de él, tampoco tenía prisa en conocerlo.

Sacó el móvil y volvió a mirar por enésima vez la única foto de Lena que tenía, la que él le había tomado una eternidad atrás en la cama, con el pelo suelto y la sábana cubriéndole el pecho. Era preciosa, pero ¿la quería? ¿Seguía queriéndola, después de todo lo que había pasado? ¿Y ella? ¿Lo querría aún o se habría convertido ya en otra cosa, después de tantos meses de compartir su vida con un monstruo?

Ahora se daba cuenta de la razón que había tenido Max en su primera conversación en el restaurante Palmenhaus de Viena, cuando le había advertido de lo peligroso que era querer a su hija y le había aconsejado que no pretendiera saber más.

Pero ahora ya era tarde. Ya sabía demasiadas cosas, tenía razón Ritch, no podía dejarlo todo ahora y seguir con su vida de siempre como si nada.

Sin embargo, a pesar de todo, seguía negándose a dejarse alimentar por los clánidas. Ni siquiera sabía exactamente por qué, pero no quería contaminarse con sangre de aquella extraña gente, ni con la promesa de una vida más larga y con excelente salud. Aún no estaba preparado.

Le habían dicho que podía ser problemático llevarlo con ellos a determinados sitios porque *karah*, en las contadas ocasiones en las que se reunían, hacía controles para comprobar que las personas que acudían a la reunión tenían sangre *karah*, aunque sólo fueran unas gotas. Si no era así, no le permitirían pasar más allá de un punto. Y eso podía significar no ver a Lena.

Pero aceptar sangre *karah* era irreversible. Una vez se empezaba, ya no había vuelta atrás y eso lo ligaría para siempre al clan blanco, o a *karah* en general, o a Lena. Era peor que los matrimonios antiguos, con lo de «hasta que la muerte nos separe», porque en el caso de *karah* incluso la muerte podía tardar mucho, pero mucho, en llegar.

—Deja de pensar en idioteces y trata de dormir un poco, tío —dijo Ritch con voz pastosa—. Ni siquiera sabemos para qué nos van a querer una vez allí, así que es mejor llegar lo más descansados posible.

—Tienes razón.

—No sólo tengo razón, sino que tengo pastillas. Faltan más de seis horas, aún hay tiempo. Toma, trágate una de estas y déjame dormir en paz.

No muy seguro de lo que hacía, Dani le cogió la píldora azul y se la tragó en seco.

—¡Venga, ponte la película más intelectual que encuentres en la lista, con subtítulos en sueco, a ser posible, y verás lo poco que tardas en dormirte! ¡Hasta mañana!



## Haito. Rojo. Isla de la Rosa de Luz (Mar Caribe)

Jara miraba las manos de la hermana Kentra que parecían bailar ingravidas en el aire mientras le explicaba la lucha de los ángeles y los demonios y el terrible hundimiento de Atlantis, la hermosa ciudad, tragada por un tsunami. Eran unas manos verdaderamente de princesa, lo único especial que poseía, el resto era más bien normal, mucho menos esplendoroso de lo que se veía en las fotos cuando iba a inaugurar un hospital o asistía al estreno de una película. Sin maquillar como iba, y vestida de blanco de pies a cabeza, podría haber sido cualquiera.

Después de su primera entrevista con el Gran Maestro, le habían adjudicado a Kentra como tutora para que la fuera iniciando en los misterios de la Orden y ella, como buena española, acostumbrada a hojear las revistas del corazón en la peluquería y en el médico, nada más verla había murmurado para sí misma: «Pero si es la princesa Karla».

«Ahora y aquí sólo soy la hermana Kentra, querida Jara», había contestado ella con su buen inglés de suaves erres francesas.

Desde entonces pasaban juntas casi todo el día. Dormían en habitaciones contiguas, iban juntas al comedor, paseaban, se bañaban cada vez en uno de los muchos estanques que tenía el complejo de templos, hablaban, Jara hacía preguntas y Kentra contestaba lo mejor que podía, supliendo muchas veces el cerebro con el corazón.

Muy inteligente no era y ni siquiera había estudiado una carrera a pesar de todos los millones que tenían tanto su padre como su marido, pero lo compensaba con un intenso fervor religioso y, por lo que parecía, con una gran bondad.

—Es difícil compaginar los dos mundos, ¿sabes? Mi marido no está demasiado contento de que haya entrado en la Orden, pero me quiere tanto que no puede prohibirme nada, siempre que sea una actividad honesta y compatible con mis obligaciones.

—¿Él no se interesa por las verdades de la *Lux Aeterna*? —preguntó Jara, fingiendo inocencia.

—Lamentablemente no. Pero no he perdido las esperanzas de que algún día mis plegarias y las del Gran Maestro lo lleven a ver la Luz.

—Yo también te prometo rezar por él, hermana —contestó Jara, consciente de que era la mejor respuesta posible.

Kentra sonrió y le dio un fuerte abrazo.

—Ven, Jara, no perdamos tiempo. ¿Te apetece que nos bañemos en el estanque de las rosas? Voy a contarte los últimos días de los ángeles atlantes hasta que no quedaron más que los cuatro que ahora están aún con nosotros, por su infinita misericordia, para ayudarnos a llegar a la Luz después de esta vida: Israfil, Aliel, Nanael y Jemael.

—Kentra —preguntó Jara, bajando la voz, antes de que la mujer pudiera seguir contando lo que se había propuesto—. ¿Tú lo has visto, verdad? Al ángel.

El rostro de Kentra se iluminó de placer y asintió con la cabeza, como si se hubiera quedado sin palabras. Sus ojos brillaban llenos de lágrimas.

—Cuéntame eso, por favor. Dime cómo es.

—No puedo, Jara. Es uno de los mayores secretos de la Orden, pero tú también lo verás, si perseveras. Cuando llegue el momento, él te recibirá, te llamará, te dará tu verdadero nombre y, a tu muerte, te llevará consigo a través de las tinieblas hasta llegar a la luz eterna.

—¿Es un hombre?

—¡Es un ángel! Un arcángel, realmente.

—¿De verdad?

—Te lo juro por lo que para ti sea lo más sagrado. No hay duda de ello. No toca el suelo, flota en el aire; te mira y su mirada te atraviesa hasta lo más profundo del corazón; conoce lo más íntimo de tu ser y, cuando te nombra, sabes que siempre te llamaste así. Es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida, Jara.

—¿Más que tu boda? —se le escapó—. La vi en la tele, ¿sabes?

Las dos soltaron una risilla y se taparon la boca en seguida como colegialas.

—Digamos que es algo muy distinto.

—Mis respetos, señoras —dijo una voz que ambas conocían bien y que les puso todo el vello de punta—. ¡Cuánta belleza reunida en un miserable charco!

Aunque ninguna de las dos era particularmente tímida o puritana, ambas se cubrieron disimuladamente el pecho con las manos, ya que se estaban bañando desnudas, como era costumbre en el recinto sagrado.

—Me halagáis al cubriros, hermosas damas. ¿Significa eso que, a pesar de mi edad y mi aspecto aún me consideráis sujeto a las tentaciones de la carne?

—Hermano, que la Luz te acompañe. ¿No tienes un tutor que te guíe? —preguntó Kentra.

El hombre, que iba vestido con túnica corta y pantalones anchos de algodón de un

tono rosado, soltó una risa chillona y metálica.

—A mí nunca me ha podido guiar nadie, hermanita. Soy yo quien siempre ha guiado multitudes.

—Tanto más admirable encuentro que te hayas decidido a abandonar el mundo y buscar la Luz.

—Confieso que no lo había visto nunca exactamente de esa manera. —Volvió a reír como para sí mismo y se ajustó la pequeña mochila roja que llevaba a la espalda—. Os dejo, ninfas. Tengo negocios pendientes.

—¿Vas de camino? ¿Has decidido hacer un tiempo de ayuno y soledad en la montaña?

—Una especie de penitencia, sí. La mochila está llena de piedras, dulces hermanas. Para castigar mi ya enflaquecido cuerpo. —Esta vez la risa fue realmente chirriante, como una uña contra una pizarra—. Adiós, bellas.

—Este hombre me da escalofríos —comentó Jara en cuanto el duque se hubo perdido de vista.

—Desgraciadamente nos pasa a todos. —Kentra parecía genuinamente entristecida—. Sé que es poco caritativo, pero a mí también me supone un gran esfuerzo. Igual que al Gran Maestro. Incluso a él. Pero cuando se presente ante el ángel todo cambiará.

Sin mirar atrás, el Shane caminó hasta el sanctasanctorum a paso elástico, riéndose de vez en cuando. Estaban resultando unas vacaciones considerablemente aburridas, pero no faltaba ya mucho.

Las religiones le aburrían terriblemente y muchísimo más las personas religiosas, sobre todo las que creían de verdad, con bovina estupidez y genuina inocencia, porque no tenían dobleces ni profundidad ni laberintos internos, ni siquiera meandros de comportamiento, y carecían de humor y de ingenio. Aparte de que se empeñaban en cifrarlo todo en la vida de después de la muerte, como si esta, que era la única que poseían con toda seguridad, no tuviera más valor que el de ganarles la entrada en la otra.

Hacía unos siglos, él mismo había sido cardenal de la iglesia católica porque para *karah* era necesario andar con los tiempos y procurar colocarse en cada época en las posiciones de mayor poder y prestigio, de manera que había tenido que fingir no sólo una fe que encontraba ridícula, sino la creencia en unos valores lamentables. Lo único que le había alegrado la existencia en aquellos tiempos, descontando a Beatrice, eran los interesantes episodios y el gran caudal de conocimientos que había adquirido en los oscuros y húmedos sótanos de lo que hoy en día se llamaba la Congregación para la Defensa de la Fe y que entonces, con más sentido práctico y menos corrección política, se llamaba simplemente Tribunal de la Santa Inquisición o Santo Oficio.

Se detuvo al remontar la pequeña colina desde donde el camino bajaba hacia el

templo y el mar, se secó el sudor de la frente, se ajustó mejor las gafas negras y dejó que sus pensamientos se coagularan en torno a aquella Roma maloliente y dorada de principios del siglo XVII, que entonces era el centro del mundo, la *caput mundi* verdadera, la ciudad de donde partía todo lo que valía la pena, la ciudad donde vivía Beatrice di Mirafiori, la mujer más espléndida que habían dado los siglos, la única que —en sus muchas existencias— había considerado una igual.

Mucho antes, cuando él mismo fue mujer durante un tiempo, también había habido alguien a quien había considerado un igual, el mejor de los clánidas negros, el actual *mahawk* del clan. El que hoy se llamaba Imre Keller y, recientemente, se había convertido en su aliado en los planes más gloriosos que nunca se habían hecho para la destrucción de *haito*. Pero con Imre, que entonces era Leonardo Malatesta, un temido *condottiere* florentino, la relación siempre había sido de competencia. Incluso en las mejores épocas y en los momentos de mayor intimidad, Leonardo y Virginia della Rovere, como él se llamaba entonces, eran contrincantes, luchadores que se deseaban, se mordían y se traicionaban por el placer de ver quién resultaba vencedor en cada lid.

Quizá hubiera sido diferente si hubieran podido procrear, pero como sucedía en casi todas las parejas *karah*, incluso de distintos clanes, al cabo de un tiempo se cansaron, tanto de sus cuerpos como de sus intrigas, y emprendieron caminos diferentes. Lo único que permaneció, que permanecía aún tal vez, era la tensión entre ellos, el respeto mutuo, el deseo de luchar y, caso de tener que declararse vencido, ser vencido por el otro, no por un tercero, no por un cualquiera, *haito* o *karah*. Caso de tener que aceptar una derrota, de la mano de él.

Sin embargo, con Beatrice todo había sido tan ligero, tan dulce, tan divertido. Él era el hombre y, aunque como cardenal no podía permitirse demasiada vida pública junto con una mujer tan bella, no habían perdido ocasión de disfrutar de los jardines en verano y los acogedores salones en invierno. Beatrice era la rosa del clan blanco, la joya más valiosa de los clanes, la más bella y, a pesar de que en siglos pasados había tenido una relación muy intensa con un conclánida que había terminado, como todas, por la falta de progenie, con él había recuperado la alegría de vivir, el gusto por el juego, por el arte, por todas las cosas amables de la vida.

¿Dónde estaría ahora la hermosa Beatrice? ¿Qué papel tendría que jugar en los próximos acontecimientos, si seguía viva?

Quizá debía averiguar quién era ahora su antigua amada y pedirle a Imre que le perdonara la vida y le permitiera cruzar la puerta junto con ellos.

Lanzó de nuevo una carcajada.

Estaba empezando a pensar como un miserable *haito*. ¡Qué cursilada! Dos parejitas *karah* huyendo del planeta donde se habían cansado de vivir y que estaba a punto de convertirse en una tumba gigante. Imre Keller y su amada semimuerta,

Ennis; el Shane y Beatrice, quienquiera que fuera en la actualidad. Por los viejos tiempos. *For auld lang syne*, como aún decían los escoceses.

Ya había dado los primeros pasos en el camino que bajaba hacia el templo cuando se detuvo y un pensamiento le cruzó la mente como un latigazo.

Beatrice. Clan blanco. Ennis. Clan blanco. Imre. Clan negro. Él. Clan rojo.

¿Era posible? ¿Era remotamente posible?

Lo que acababa de ocurrírsele abría una interesantísima vía, pero aún no era el momento. Ahora tenía que terminar con el asunto que lo había traído a la isla. Ya lo pensaría más tarde.



## Nexo. Azul. Atlantis

Cuando Lena terminó de contarle a Él todo lo que le había pasado desde que casi diez meses atrás había salido de casa, la tarde estaba cayendo ya sobre las islas y ella sentía la garganta dolorida; hacía mucho tiempo que no hablaba tanto y sobre todo así: con la atención exclusiva de su interlocutora y prácticamente sin interrupciones. Nadie la había escuchado nunca de ese modo, como si todo lo que ella dijera tuviera un enorme peso que se prestara a múltiples interpretaciones. Le asustaba un poco esa posición que le habían adjudicado y que no sentía en absoluto como suya.

Se preguntó, como muchas otras veces, por qué habría actuado así su madre, por qué se habría empeñado en mantenerla totalmente al margen de cosas que iban a ser cruciales en su vida. ¿No habría sido mucho más práctico y más lógico educarla desde el principio para poder cumplir con lo que se esperaba de ella?

Decidió preguntárselo a Él, que, al parecer, había estado implicada en el asunto desde mucho antes de su nacimiento.

—Era necesario —le contestó—. Teníamos que protegerte y desviar la atención de ti hasta que fueras adulta. Habría hecho falta una vigilancia exhaustiva para impedir que una niña de cuatro, seis, diez años, no dejase traslucir en ninguna circunstancia que era especial.

—¿Y por qué no crecí en el clan?

—Bianca no quería que tu verdadero padre supiera que eras hija suya porque tu existencia lo habría puesto en una posición muy difícil. Ellos son muy pocos y necesitan descendencia desesperadamente, pero sólo se mezclan entre sí. Al confesar que se había unido a una mujer de otro clan, el Presidente habría perdido el respeto de los suyos e incluso quizá su posición de *mahawk*. Por otro lado, si Imre hubiera sabido que tenía una hija, habría hecho lo posible y lo imposible por llevarte a su clan. O te habría raptado sin más. Bianca quería mantenerte al margen de todos los clanes y tenía la idea de que si crecías como *haito*, una vez que llegaras a la edad adulta sería más fácil introducirte en todo lo que deberías saber sin correr el riesgo de que te delataras con tu comportamiento. Además, quería darte la posibilidad de tener

una infancia normal. Imagínate lo que habría sucedido si Sombra llega a aparecer en tu vida hace diez años, por ejemplo. Ni siquiera hubieras podido ir al instituto.

—Y así no he conseguido terminarlo —dijo con tristeza—. Hace un par de semanas todos mis compañeros habrán hecho la Matura. —Él la miró sin comprender—. Los exámenes finales del último curso del instituto, algo así como la selectividad que se hace en otros países. Habrán hecho una fiesta y se habrán ido de viaje juntos, a celebrar que se acabó la enseñanza secundaria y todos pueden entrar en la universidad. Todos menos Clara y yo.

—Al menos tú todavía sigues viva —dijo Él, mirándola de manera afectuosa.

A Lena empezaron a resbalarle grandes lágrimas por las mejillas.

—¿Por qué lo hicieron, Él? ¿Por qué tuvieron que matar a Clara?

Él se encogió de hombros, con cierta impaciencia, y desvió la vista hacia el mar.

—Eso no es relevante, Lena. De hecho no tiene importancia, ya te darás cuenta.

*Haito* tiene una vida breve...

—¡Clara podía haber vivido setenta años más! —interrumpió Lena casi gritando.

—Sí, de acuerdo —concedió. Él se esforzaba por resultar conciliadora; no tenía sentido enfurecer al nexo—. Quizá se precipitaran los conclánidas rojos, pero tú eres *karah*, Lena. Tienes que aprender a ver las cosas como las ve *karah*. La muerte de uno de nosotros es trágica. La de *haito* es... a veces lamentable, pero casi nunca trágica. A partir de ahora, siempre que entables una relación del tipo que sea con *haito* serás consciente de que, comparada con tu esperanza de vida, apenas va a durar. *Haito* es efímero. *Karah* permanece.

Lena se cubrió la cara con las manos pensando en Dani, en su padre, Max, que también era *haito*. Si Él tenía razón, aunque ambos vivieran cien años, a ella aún le quedarían casi mil por delante. La idea la mareaba.

—Ven, Lena —dijo Él—. Dentro de una media hora se servirá la cena en la cabaña central. Creo que sería una buena idea que te conozca el clan azul y sus familiares. Vamos a refrescarnos, luego cenaremos y tal vez después, si te sientes con fuerzas, podamos seguir un poco.

Ella se puso en pie sin ganas de discutir con nadie. Lo de refrescarse le parecía una buena idea y lo de comer también. Seguir un poco no le apetecía en absoluto, pero las cosas podían cambiar con el estómago lleno.

Al salir de la cabaña, a contraluz sobre el horizonte de palmeras y nubes incendiadas, vio una figura que le pareció conocida. Se detuvo, agarrando fuerte el brazo de Él, sintiendo una especie de calambre eléctrico extenderse por todo su cuerpo.

—¿Quién es ese hombre?

—No temas, aquí no hay enemigos. Todos son conclánidas o familiares.

Antes incluso de que Él hubiera acabado de contestarle, Lena había echado a



correr hacia la figura masculina que, de espaldas como estaba, no se había dado cuenta de que ella se estaba acercando.

—¿Hans? ¿Eres tú, Hans? —preguntó en alemán.

El hombre se volvió, asombrado.

—¡Eres Hans! —gritó Lena—. ¿Qué haces tú aquí?

Él y el hombre intercambiaron una mirada que decía con claridad que no sabía qué contestar ni si debía hacerlo.

—Vete, Nagai. Déjame hablar a mí. Nos vemos más tarde en el comedor —dijo Él. Un segundo después el hombre se había perdido entre las sombras.

—¡Ese era el padre de Clara! ¿Qué está pasando aquí, Él? ¿Qué hace aquí Hans? ¿Por qué no me explicas todas las cosas, todas, no sólo las que te convienen? ¡Era el padre de mi amiga! El que abandonó a su mujer y a su hija hace dos años sin ninguna explicación. ¡No me digas que no!

—Pues claro que no voy a decirte que no. Es evidente que se trata de él, ¿no? Nadie está intentando mentirte.

—No entiendo nada. Quiero irme de aquí. Quiero desaparecer. —Lena hablaba casi para sí misma, y se iba poniendo más y más furiosa conforme lo hacía—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué narices estáis tramando?

—Ve a darte un baño en el mar. Luego lo hablamos, ahora no estás para entender y aceptar ciertas cosas.

Sin haberlo decidido conscientemente, Lena imaginó que su mano derecha golpeaba a Él en el pecho y, un segundo después, Él volaba un par de metros hacia atrás, hasta chocar con el tronco de una palmera y caer en la arena, medio desmayada.

Lena corrió a arrodillarse a su lado, sin saber qué hacer, realmente angustiada por su reacción.

—Lo siento, Él, lo siento, no sé qué ha pasado, no sé qué ha podido pasar. Perdóname, por favor. No quería...

—Sí querías, claro que querías... Eres *karah* al fin y al cabo; no me explico que se me olvide con tanta frecuencia. Perdóname tú, te he tratado como si fueras una adolescente *haito* sin darme cuenta de tu capacidad de violencia y de tu fuerza.

—¿Mi capacidad de violencia? —repitió ella, muy bajito, asustada de sí misma.

—Eres el nexo. Tu supervivencia está por encima de todo y, ahora lo veo, Sombra ha empezado a liberar los resortes que te tenían sujeta. Al nexo no se le puede negar nada. Te explicaré lo que quieras saber.

Lena se quedó mirándola en silencio. Lo único que quería era marcharse, que la dejaran en paz, salir de allí.

Pero también quería saber. Ganó esa necesidad.

—Explícame lo de Hans. En pocas palabras y sin tonterías. Luego iremos a cenar.

Él se incorporó, apoyó la espalda contra el tronco de la palmera y, mientras se

frotaba el cuello dolorido, le resumió las informaciones más importantes.

—Ya te he dicho que hace tres generaciones que estamos planeando tu nacimiento. Tienes que creerme, Lena, es así. Han sido necesarios muchos conclánidas, muchos cálculos y muchos secretos para traerte al mundo, pero hace unos veinte años todo parecía estar a punto. El clan que más problemas podía causarnos era el rojo porque están convencidos de que hace mucho que no han conseguido procrear y habrían hecho cualquier cosa para destruirte si se hubieran enterado de que ibas a nacer de los clanes blanco y negro. Entonces decidimos arreglarlo todo para que ellos pudieran procrear con una *haito* que, para hacer más creíble la historia de que el bebé podría ser un nexo, tuviera algo de sangre del clan azul.

»Pues bien, cuando supimos que Bianca estaba embarazada de Imre, enviamos a Nagai a Innsbruck con la misión de encontrar a una *haito* con la que tener una hija que, una vez adulta, pudiéramos presentarle al clan rojo como posible futura madre de un posible nexo. ¿Lo entiendes?

—Eso significa que Nagai, con el nombre de Hans, eligió a Brigitte, por lo que sea, para tener a Clara y luego hizo de padre y marido normal durante diecisiete años.

—Sí, eso es. Mientras tanto, nosotros, bueno, yo me dediqué a hacer llegar al clan rojo muy de vez en cuando y de manera muy críptica, informaciones que apuntaban a que en Innsbruck había una niña, nacida de un «error» de un clánida azul que, si se unía a otro clánida, uno de los rojos, por ejemplo, podría eventualmente dar a luz al siguiente nexo.

—Pero tú sabías que eso era mentira.

—Por supuesto. Un nexo tiene que tener sangre de los cuatro clanes, pero eso no lo sabe casi nadie. *Karah* no es muy amante de conservar sus mitos y leyendas; oyen retazos de información importante y no los toman en serio. No me costó mucho trabajo que concibieran la idea de que Dominic podría tener un hijo con Clara y que ese hijo podría ser el nexo.

—¿Y por qué nos pusisteis a las dos juntas en Innsbruck?

—Para que tu madre y Max pudieran seguir los acontecimientos y reaccionar en cuanto sucediera algo. La verdad es que ni Bianca ni yo contamos nunca en serio con que alguien pudiera matarla.

—Sin embargo, ella me dijo en uno de los documentos que heredé que siempre supo que moriría joven.

—Extraño. ¿Eso te dijo? Lo pensaré.

Hubo un silencio en la oscuridad. La noche había caído sobre la isla y sólo aquí y allá brillaban antorchas y velas.

—¿Por qué se marchó Hans? —preguntó Lena en tono neutro.

—Porque era necesario que, cuando todo se pusiera en marcha, cuando Dominic

se acercase a Clara, no hubiera ningún clánida cerca; todos vivimos tanto tiempo que nunca podemos descartar el habernos conocido anteriormente y haberlo olvidado. Era fundamental que las dos mujeres, tu amiga y su madre, se encontraran solas, deprimidas y sin ayuda.

—Sois unos hijos de puta.

Él no contestó y, en la sombra, apenas se podía adivinar la expresión de su rostro.

—*Haito* os da igual de verdad, ¿no? No contáis con sus sentimientos. ¿Puedes hacerte una idea de lo que lloró Brigitte, de lo que sufrió Clara cuando su padre las abandonó?

—Era necesario —dijo Él en voz baja pero firme.

—¡Necesario! ¿Para qué? ¿Para intentar abrir una puerta que ni tan siquiera sabéis si existe? ¿Una puerta que la última vez que se intentó abrir tú misma me lo has dicho hace dos mil años, siguió cerrada? Sois unos verdaderos hijos de puta y estáis todos locos. No contéis conmigo. No contéis conmigo para nada. Digas lo que digas, mi padre es Max, y me importa un bledo el asunto de la sangre; ¡yo soy humana! ¡Y vosotros sois unos neonazis de mierda con vuestras historias de sangre y de eugenesia y de vuestra maldita superioridad! Olvídame para siempre, Él. Mañana mismo me iré de aquí, quieras o no quieras.

—Piénsalo bien, Lena. No puedes escapar de tu destino.

—¡Menuda cursilada! Suenas como una mala actriz en una película de fantasía épica.

Lena dio media vuelta y, caminando por el sendero de arena blanca, se dirigió hacia la playa dejando a Él recostada en la palmera, horrorizada por sus palabras.



## Azul. Nexo. Atlantis

Unos minutos más tarde, tanto Él como Lena habían hecho una llamada telefónica. Lena, más furiosa de lo que nunca hubiera creído posible, había ido a su *bungalow*, le había puesto la batería al móvil y había enviado un mensaje a Joseph.

«Necesito hablar con Daniel. ¿Hay peligro? ¿Dónde está? ¿Dónde está mi padre?».

Estuvo tentada de añadir «¿Dónde estáis vosotros?» por pura cortesía, pero la verdad es que le importaba un pimiento. Estaba hasta las mismas narices de *karah*, de todos sus importantísimos secretos, de tratar con gente que se creía muy por encima de los vulgares humanos. En ese momento estaba hasta las narices incluso de su madre, que a pesar de todo su amor la había engañado, la había hecho cruzar medio mundo huyendo de unos y de otros para encontrarse con que todo había sido previsto sin contar con ella. Llevaban tres generaciones preparando su nacimiento y tenía que enterarse así, de golpe y sin posibilidad de plantearse si quería aceptar esa responsabilidad o no.

Lo único que quería ahora era salir de aquella maldita isla paradisíaca, ver a Dani y a gente normal, humanos de su edad, hablar de todo lo que la angustiaba y tranquilizarse un poco. También quería ver a Max, pero pensaba dejarlo para más tarde porque, conociéndose como se conocía, y sabiendo que ahora era capaz de hacer mucho daño con sólo desearlo, le parecía más sensato esperar a verlo cuando ya no estuviera tan terriblemente rabiosa por haberle ocultado durante diecinueve años que él no era su padre biológico.

Apenas enviado el mensaje, buscó el número de Anaís y escribió otro apresuradamente porque no estaba muy segura de que no fueran a presentarse dos musculosos familiares del clan azul, como Miss Tittiporn, y pedirle educadamente que les entregara el móvil, apagado, por favor.

«¿Dónde os encuentro? Dime exactamente dónde estáis y hasta cuándo, por favor. Necesito veros. Lena».

La respuesta a su primer SMS le llegó casi en el mismo momento de mandar el segundo.

«D. está en Bangkok. Hotel Kingdom of Siam. De Max no sabemos nada. Puedes contactar CON OTRO móvil. ¡Apaga ya! J.»

¿En Bangkok? ¿Qué demonios estaba haciendo Dani en Tailandia?

Ya se enteraría. Ahora sólo tenía que plantearse cómo salir de allí; esperaba no tener que enfrentarse físicamente con nadie porque, a pesar de que Sombra también le había enseñado a luchar, aún no se sentía lo bastante firme en ninguna técnica, y aunque no le gustaba confesárselo ni en sus propios pensamientos, estaba empezando a tener miedo de sí misma, de sus reacciones, de lo que Él había llamado..., ¿cómo, exactamente?..., su capacidad de violencia o algo así.

En el peor de los casos, si le impedían salir de la isla, siempre podía tratar de saltar, como lo había hecho desde Amalfi. El salto la dejaría agotada pero podría huir, que era lo que más le importaba por el momento. Se concentraría en volver a Bangkok y saltaría hasta allí; luego sólo era cuestión de encontrar el hotel donde le había dicho Joseph que se alojaba Dani, meterse en la cama un par de días para recuperarse y, ya con su ayuda y su compañía, decidir el siguiente paso.

Joseph le había ordenado apagar el móvil, pero no pensaba hacerlo hasta recibir respuesta de los *traceurs*. Necesitaba un plan B por si lo de encontrarse con Dani fallaba y, además, la idea de volver a sentirse integrada en un grupo de gente casi le atraía más que la de estar los dos solos en plan parejita romántica. Ya ni siquiera estaba segura de seguir queriéndolo, ya no estaba segura de nada; habían pasado demasiadas cosas, había vivido demasiadas experiencias extrañas como para seguir siendo la chica normal que había sido en octubre, ilusionada con su primer novio de verdad.

Se miró la piedra de luna que llevaba en la mano y la acarició con la yema del índice, sin poder decidir si la llevaba con tanto cariño en recuerdo de Dani o simplemente porque era preciosa y porque de algún modo era perfecta para ella: como unas nubes nocturnas iluminadas por los rayos de la luna llena, un coágulo de niebla con irisaciones azul verdoso. Una piedra que le daba fuerza y seguridad.

Se quitó el *sarong*, se dio una ducha y volvió a vestirse con su ropa después de haberse asegurado de llevarlo todo en los bolsillos y la mochila. Iría a comer algo, a ser posible no en el comedor donde estarían todos reunidos, le explicaría a Él que necesitaba un tiempo de reflexión y se marcharía de allí como fuera. Él había dicho que al nexo no se le podía negar nada, ¿no? Pues entonces tendría que aceptar su decisión.



## Azul. Negro. Atlantis

Mientras Lena hacía planes y recogía sus cosas, Él había llamado a Yerek, le había pedido que llevara a su invitado al pabellón de la playa del oeste y se había apresurado para llegar la primera, pensando a toda velocidad.

Cuando lo había hecho traer a la isla había sido pensando que Lena pronto estaría enterada de todo y dispuesta a dar el siguiente paso, que sería reunir una representación adecuada de los clanes para discutir las siguientes medidas. En ese caso a su actual huésped le correspondería llevar a Imre su invitación al clan negro, así como un documento privado que Bianca le había confiado para cuando se presentara la situación presente.

Sin embargo, ahora Lena se negaba a colaborar y la ayuda que esperaba de su invitado tenía que ser otra.

Llegó a la pequeña cabaña frente al mar, se aseguró de que todo estaba como lo había pedido: la jarra de té con hielo y limón, los vasos, un par de varillas de incienso ardiendo discretamente en un rincón, unas velas anaranjadas y grandes cojines sobre la alfombra de palma. Ahora no quedaba más que esperar.

Unos minutos más tarde, una figura alta y delgada se destacó entre los bambúes que cubrían la ladera. Inmediatamente, Él destapó el candil de aceite y lo acercó a la ventana para que el recién llegado viera su luz y pudiera orientarse hacia la pequeña construcción de madera donde ella lo esperaba.

—¡Bienvenido seas, conclánida! —dijo en cuanto el hombre llegó a la veranda frente al mar, que ahora estaba oscuro y sonaba poderosamente—. ¡Honor a tu clan!

—¡Honor a los cuatro! ¡Honor a tu clan, *mahawk*!

Por un instante se quedaron simplemente mirándose, ambos de pie, ambos con la perfecta concentración de dos fieras decidiendo si va a ser necesaria la lucha. Él fue la primera en relajar la postura y ofrecer al hombre un asiento y un vaso de té helado.

—Si no me equivoco, ahora te llamas Nils Olafson.

—Así es. Tú sigues siendo Joelle, ¿no es cierto?

—Aquí no es necesario cambiar de identidad tan de prisa como en el mundo

exterior. Sí. Soy Él.

—Una auténtica leyenda.

—Gracias, conclánida. Es verdad que soy muy vieja.

—No ha sido mi intención...

—Lo sé.

Nils era consciente de que por fin había llegado el momento de que le explicaran por qué le habían permitido llegar al corazón del clan azul. Había estado en la isla durante dos días sin comunicación con nadie, como era habitual en casos similares, y ahora podía esperar algún tipo de oferta. Posiblemente el clan azul también estaba buscando a Lena, o al bebé, o a ambos, y querrían saber qué había averiguado él o bien ofrecerle ayuda en su búsqueda. Hacía siglos que los clanes no tenían tanto contacto como en las últimas semanas. Resultaba curioso y algo inquietante, pero no desagradable, realmente nada desagradable.

—Imagino que andas buscando a una muchacha en la que todo el mundo parece tener interés.

—Entre otras cosas.

—¡Ajá! Así que, entre «otras» cosas —enfaticó—, buscas a Aliena Wassermann, ¿me equivoco?

—No.

—¿Qué estás dispuesto a ofrecer si te digo dónde encontrarla?

—Dime cuál es tu precio y te diré si puedo pagarlo.

Se miraban a los ojos, en una tensión controlada, mientras el hielo se deshacía en sus vasos de té que iban goteando sobre la madera de teca de la mesa baja que los separaba. Los ojos de Él de un azul casi eléctrico, los de Nils verde gris, como de piedra.

—Sé que sois amigos.

Nils enarcó una ceja.

—Me lo dijo ella misma —aclaró Él.

—Curioso —murmuró Nils—. Me halaga que me considere su amigo.

—Le salvaste la vida.

—Sabes muchas cosas, *mahawk*. ¿De verdad te las ha contado Lena por voluntad propia?

—Si estás insinuando que es prisionera del clan azul, te equivocas, conclánida. Pero es cierto que está aquí.

—Déjame verla.

—La verás. Muy pronto. Pero tengo que pedirte algo.

—Habla.

—Ha habido malentendidos. —Él dejó espacio para que Nils preguntara, pero la espera fue vana. El muchacho se limitó a mirarla, aguardando más información—.

Quiero que hables con ella, que le expliques por qué es importante que intentemos abrir la puerta. Quizá a ti te escuche.

Nils se pasó ambas manos por la cara y se apretó la frente con los dedos.

—Te diré la verdad, Él. No voy a ser capaz de hacer lo que me pides porque yo tampoco lo sé. No sé nada de las puertas, no sé por qué es importante abrirlas..., no sé nada.

Él inspiró un segundo, sorprendida.

—Entonces, ¿para qué la buscas?

—Yo, oficialmente, no estoy buscando a Lena por sí misma; yo busco al bebé del clan rojo, el nexo, por encargo de mi *mahawk*. Eso es todo. La última vez que vi a Lena, ella tenía al bebé en brazos; no tengo ninguna otra pista.

Hubo un silencio. Él se acababa de dar cuenta de que Nils ni siquiera sospechaba que Lena pudiera ser el nexo. Y, al parecer, tampoco había dedicado tiempo a pensar si estaba a favor o en contra de que se hiciera el intento de conectar con la otra realidad.

—Nosotros no tenemos al niño —dijo Él por fin, tanteando.

—Entonces tendré que seguir buscando, aunque, de todas formas, me gustaría hablar con Lena mientras estoy aquí.

Algo en la manera en que lo dijo llamó la atención de Él, quien también se había dado cuenta de que cuando Lena le había hablado de Nils, de Lenny, como lo llamaba de vez en cuando, también había un entusiasmo especial en su voz.

—Lo arreglaré.

Nils se levantó del cojín en el que estaba sentado.

—No tan de prisa, clánida. Concédeme aún unos minutos. —El muchacho se volvió a sentar con una mirada intrigada—. Dime, ¿tú eres partidario de que *karah* intente abrir la puerta que comunica los mundos?

—Nuestro *mahawk* parece estar a favor.

—Me sorprende un poco, la verdad. Imre lleva siglos en contra, y sin embargo ahora... ¿No será que su deseo de tener al nexo obedece simplemente a motivaciones de poder? ¿Una manera de controlar al clan rojo?

Nils sacudió la cabeza.

—No lo creo. El clan negro, al menos en los últimos treinta o cuarenta años, ha seguido la política de vivir y dejar vivir. Somos pocos, Él, y estamos cansados de luchar para nada.

—Nosotros también somos pocos. Por eso es importante que intentemos el contacto, ¿lo entiendes? Necesitamos sangre fresca, necesitamos hijos. A veces incluso pienso que necesitamos volver a casa.

—¿A casa? —Nils parecía genuinamente sorprendido—. ¿Tú no te sientes en casa? ¿O son cosas que suceden con la edad? Imre también parece pensar



últimamente en esos términos.

—Son muchos siglos de luchas y secretos, Nils, tienes razón, realmente para nada. Estoy cansada de ocultar, de guardar, de proteger... sin saber para quién, para qué. Voy a mostrarte algo que casi nadie ha visto en el mundo. Cuando veas la ciudad submarina entenderás que algunos deseamos por encima de todo tratar de alcanzar el lugar de donde surgió todo lo que hay allí; comprenderás que nos hayamos cansado de este mundo en el que ni siquiera podemos reproducirnos adecuadamente. Algunos de nosotros estamos convencidos de que en este mundo hay algo que nos está matando poco a poco, que nos está llevando a la extinción. Si no disponemos pronto de un nexo y no intentamos el paso al lugar del que procedemos...

—Del que procedemos según las leyendas y los mitos heredados en los últimos cinco mil años —interrumpió Nils—. No olvides que no hay ninguna evidencia.

—¡La hay! La verás esta misma noche.

Ambos callaron. Sólo se oía el batir de las olas contra las rocas y el susurro de la brisa en las palmeras.

—¿No tienes miedo de la extinción, Nils Olafson? ¿No te angustia la idea de no poder reproducirte? ¿No querrías tener un hijo?

Nils cerró los ojos y tomó aire por la nariz, lentamente. A la luz anaranjada de las velas, y con el aspecto que había elegido, parecía casi un adolescente a punto de formular el sueño de su existencia.

—Es lo que más deseo en la vida, Él, como todos los clánidas; pero estamos condenados. No funciona. Casi nunca funciona.

—Por eso hay que regresar. Aunque sólo sea a pedir ayuda.

—¿A quién? —preguntó, después de un silencio.

—A los nuestros, conclánida. A *karah*, pero los del otro lado, los que en un pasado remoto nos enviaron aquí, ya no sabemos para qué. Y para poder alcanzarlos, necesitamos al nexo, y tenemos que reunirnos los cuatro clanes para sumar toda la información que poseemos y, al menos, intentar impedir nuestra extinción. ¿Estás dispuesto a ayudar?

—Sí. Creo que sí. ¿Tenéis alguna pista de dónde puede estar ahora el bebé?

Él lo decidió en un instante. No era necesario seguir guardando el secreto con Nils. Muy pronto Imre sabría que Lena era hija suya y podría sumar dos y dos y averiguar que era ella el nexo que buscaban. Nils parecía tener un interés genuino en Lena, a pesar de que era bastante bueno disimulando sus sentimientos; era importante que Lena, aparte de sus propias habilidades, tuviera a alguien que la protegiera mientras estuviera de viaje; aunque, por supuesto, enviaría a alguien más, discretamente, a vigilar; quizá a Arúa, o a Nagai.

—El bebé no tiene ninguna importancia, Nils.

—Creía que necesitábamos al nexo.

—Efectivamente.

—No entiendo...

—El nexa es Lena, conclánida.

Nils se quedó mirándola, con los ojos muy abiertos y una expresión perfectamente neutra, como si estuviera esperando la de ella para reflejarla en su rostro.

—No es posible —susurró.

—Lo es. Créeme. —Él parecía haber crecido a lo largo de las últimas frases y su rostro estaba lleno de orgullo, de seguridad, de nobleza—. Te lo explicaré, pero no ahora. Ahora quiero que veas lo que quería mostrarte, luego te llevaré con Lena. Después... es cosa tuya convencerla. *Karah* te necesita, Nils. *Karah* confía en ti.

—Primero es *karah* —contestó Nils automáticamente, inclinando la cabeza. Por dentro, su mente se había puesto a girar.



## Rojo. Isla de la Rosa de Luz (Mar Caribe)

El Shane llegó al templo que brillaba, casi dorado, bajo la poderosa luz de mediodía que anulaba las sombras y hacía que todo pareciera bidimensional, como un recortable de cartón.

Ladeó la cabeza con algo de pájaro en el movimiento para observar mejor la escena y asegurarse de que no hubiera nadie por los alrededores, como suponía. Las «luciérnagas», como había decidido llamar al conjunto de postulantes, iniciados y servidores de la Rosa, se tomaban muy en serio sus ritos y obligaciones, y, a mediodía, se reunían en la Explanada de la Luz Perfecta para dejarse bañar por los rayos solares durante casi una hora. Una auténtica estupidez, en su opinión, pero que tampoco le hacía daño a nadie y a él le daba el tiempo que necesitaba.

El arquitecto se había inspirado obviamente en los templos egipcios y la semejanza quedaba enfatizada por las palmeras que se movían grácilmente con la brisa del mar y el estanque oblongo que reflejaba el cielo de un azul perfecto, casi añil.

Se acercó al templo a pasos largos y elásticos, sonriendo para sí mismo, entró en la sombra que proporcionaba el saledizo y se quedó unos segundos inmóvil pasando la vista por todas las superficies, buscando el control de la entrada que, por pura lógica, debía de hallarse disimulado en uno de los macizos pilares de piedra.

Lo encontró. Dejó la mochila a sus pies —las dos mosquitas muertas seguramente se habían creído que de verdad llevaba rocas para hacer penitencia— y sacó el instrumental necesario. Una ligera presión bastó para abrir la portezuela disimulada que revelaba un pequeño panel alfanumérico. Podría ser necesario el equipo electrónico, pero decidió probar primero con lo más sencillo. Roció un spray sobre las teclas y en dos segundos el producto químico hizo cambiar de color las teclas que tenían restos de grasa, las más usadas.

Guardó lo que había sacado, se colgó la mochila al hombro y pulsó las teclas; un instante después, en la pared de enfrente se abrió una entrada estrecha y oscura; la franqueó y se encendieron unas luces suaves para iluminar la angosta escalera que

descendía a las profundidades. Detrás de él la puerta volvió a cerrarse silenciosamente.

Bajó tarareando una melodía que ya era vieja cuando nació Napoleón. La escalera era larga; no habían escatimado esfuerzos ni dinero para hacer algo imponente, al parecer.

En el momento en que puso el pie en el último escalón se apagaron las luces. Volvió a subir un peldaño y se encendieron. ¡Ajá! Improvisó un paso de baile subiendo y bajando en los últimos escalones, jugando con las luces que se encendían y apagaban. ¡Qué divertido! Pero pronto se cansó de que siempre se repitiera lo mismo, además no tenía tiempo que perder.

La escalera terminaba en un pasillo estrecho y curvo con dos puertas, una directamente enfrente de él y otra al final.

Abrió la puerta frontera y, para su sorpresa, se encontró en un espacio que estuvo a punto de quitarle la respiración. Era un lugar enorme, redondeado, como una cueva subterránea, donde la vista se perdía en las alturas. Estaba claro que el arquitecto había vaciado la pequeña montaña que se alzaba junto al mar para construir aquella especie de altísima burbuja de piedra y luego había colocado como entrada un sencillo templo de inspiración egipcia para que las asociaciones de cualquier visitante le hicieran esperar un recinto reducido de severas líneas rectas. De ese modo, el contraste entre lo esperado y lo real era tan grande que dejaba sin aliento.

Como no había ningún tipo de decoración en las paredes que se perdían en las tinieblas superiores, y pudo distinguir entre las sombras algunos *beamers*, supuso que todo estaba previsto para una arquitectura luminosa que fingiría en el recinto todo tipo de realidades feéricas o semidivinas. Buen trabajo. Si podía, intentaría quedarse a una ceremonia para ver aquello en toda su esplendor.

Era curioso lo fácil que podía resultar persuadir a *haito* de lo que fuera, con la escenografía adecuada. Deseaban tanto creer en la magia que cualquier cosa que se le pareciera era bienvenida. Siglos atrás, también se habían quedado embobados con la liturgia de las misas solemnes en San Pedro. ¡Imbéciles!

Cruzó el espacio circular con rapidez y llegó a lo que en una iglesia católica sería el equivalente de la zona del altar, aunque allí no había nada, salvo una puerta tan perfectamente ajustada al muro que sólo la había descubierto porque era exactamente lo que estaba buscando. Ahora sólo tenía que encontrar el panel que la abría.

No resultó difícil y no tuvo más que repetir el mismo procedimiento que le había servido en el exterior para que se abriera el paso franco a una cámara acorazada donde se encontraban varias cajas delgadas de un metal que parecía aluminio.

Se puso los guantes, sonriendo para sí mismo, y se cubrió la nariz con una mascarilla. Por si las moscas.

Apostaría los ingresos de un año de todas sus empresas alimentarias a que el

conclánida que hubiera inventado todo aquel cuento chino para proteger aquellos documentos, fuera quien fuese, había tenido buen cuidado de envenenar el papel en el que habían sido copiadas las instrucciones. Al menos es lo que habría hecho él. Lo que había hecho con sus propias manos con la falsificación que iba a sustituir al original.

Cualquiera que tocara aquellos papeles con las manos desnudas, especialmente si estaban sudadas como solía ser el caso, considerando el calor que hacía en aquella cripta, moriría en cuestión de diez o quince minutos, a menos que alguien le suministrara un poderoso antídoto que resultaba realmente difícil de conseguir.

Y quizá había tenido la inteligencia de envenenar también las cajas. En cualquier caso no pensaba arriesgarse.

Sacó una de ellas, presumiblemente la más importante, porque tenía un brillante engastado en el centro de la Rosa de Luz, la depositó en la columna de mármol que hacía las veces de mesa, y la miró con auténtica curiosidad por comparar su antiquísimo recuerdo con la realidad presente.

Levantó la tapa con cuidado, casi conteniendo la respiración, temiendo que la caja estuviera vacía y tener que empezar de cero otra vez. ¿Serían aquellos los documentos que llevaba tanto tiempo buscando?

Se relajó ligeramente al verlos. Sí. Aquellos papeles podían ser auténticos. Al menos así los recordaba de la última vez que los había visto brevemente en algún momento del siglo XVIII. Claro que también podía tratarse de una excelente falsificación, como la que él mismo había traído para dejarla en el templo en lugar de los documentos originales que pensaba llevarse en la mochila roja.

Con los guantes puestos y la mascarilla sobre la nariz fue cambiando el contenido de las cajas por los documentos que él había traído en una carpeta. De aspecto eran relativamente parecidos, pero no engañarían a nadie que conociera los originales durante más de unos minutos, quizá menos, porque él recordaba vagamente que estaban escritos en latín y se acababa de dar cuenta de que aquello era español. Antiguo, pero español, castellano.

Ya no podía hacer nada. Lo importante era terminar de llenar las cajas y salir de allí. Hacía mucho calor y, a pesar de que él casi siempre tenía la temperatura corporal muy baja, ya estaba empezando a molestarle.

Echó una mirada a su reloj. Perfecto. Disponía aún de catorce minutos antes de que las luciérnagas terminaran su adoración a la luz solar. ¡Tarados!

Si le daba tiempo, antes de irse aún quería averiguar cuál de los conclánidas había montado aquel carnaval y, a ser posible, también quería echarle una mirada al ángel. ¿Qué *karah* tenía la imaginación y el *penchant* teatral necesarios para montar aquella opereta? ¿El antiguo Philippe de Clairveaux, quizá, el actual Albert de Montferrat? Los clánidas más viejos aún recordaban la legendaria fiesta que le regaló a su amada,

la condesita Isabelle de Montfleury, en los jardines de su castillo del Loira. Y a él se la había contado con todo detalle la misma Isabelle unos siglos después, cuando ya se había convertido en Beatrice di Montefiori y era su amante. ¿Sería cierto que todo aquel cuento chino había sido diseñado por Albert?

No era fundamental averiguarlo, pero siempre le había gustado saber todo lo posible sobre sus conclánidas. Hacía siglos que se había dado cuenta por sí mismo de una de las grandes verdades que el siglo xx creía haber descubierto: la información es poder.

Quizá podría tener una conversación con el Gran Maestre a quien alguien había castigado recientemente, a juzgar por el estado de sus cicatrices. Una pequeña y amena conversación de hombre a hombre. *Man to man, so to speak*. Basada en el terror, por descontado.

Estuvo a punto de soltar una carcajada, pero, a pesar de que sabía con seguridad que estaba solo, se contuvo, por si acaso. Ya se reuniría con el Maestre, en cuanto pusiera los documentos a buen recaudo.



## Negro. Nexo. Atlantis

Oyó el pitido de su móvil, salió del baño tropezando de impaciencia y leyó el mensaje de Anaís.

«Estamos en Koh Samui, en el festival de *parkour*. Te esperamos. Cuídate mucho. Besos».

Sonrió, feliz, y apagó el móvil. Ahora sí que podía hacerlo; ya tenía dos lugares a los que dirigirse. Si encontraba otro móvil desde el que llamar a Dani, estupendo; si no, al menos sabía en qué hotel estaba y de todas formas quizá fuera mejor aparecer sin anunciarse y ver por sí misma qué estaba haciendo en Bangkok.

Le fastidiaba estar desarrollando esa paranoia, pero ya no podía evitar el pensamiento que había formulado Miss Tittiporn con tanta naturalidad: «Todos mienten. Siempre». ¿Y si era verdad? ¿Y si Dani, desde el principio, había sido también un familiar de alguno de los clanes, enviado para enamorarla y así poder tenerla vigilada? No parecía posible, y sin embargo, lo de Lenny también había sido una sorpresa y también había estado todo preparado desde el principio, desde el mismo momento en que Clara había conocido a Dominic en la fiesta de la empresa de su madre. O incluso antes. El clan negro había enviado a Nils a Innsbruck, aún no sabía bien para qué. Tendría que preguntárselo la próxima vez que se vieran. Si volvían a verse.

Le debía la vida. Nils se había lanzado contra aquella cama llena de cuchillas de afeitar para protegerla, para que no fuera ella la que terminara desangrándose en aquel colchón de Villa Lichtenberg.

¿Por qué lo habría hecho? ¿Porque sabía que ella era el nexo y era necesario protegerla, ya que, sin ella, los clanes no tendrían otra oportunidad en los siguientes mil años?

Había demasiadas preguntas e incluso demasiadas respuestas.

Se encontró de nuevo echando de menos a Sombra, su tutela, su rigidez, su parquedad de respuestas, la sensación que le proporcionaba de que estaba única, total e incondicionalmente de su lado, aunque no fuera por ella misma sino por su papel en

el juego global.

En cuanto tuviera un poco de tranquilidad y estuviera sola en la habitación de un hotel donde nadie pudiera encontrarla, intentaría buscarlo. Con Sombra, la mayor parte de las dudas desaparecerían. Habría tanto que hacer que no tendría tiempo de martirizarse pensando en cuestiones que no podía resolver.

Notó cómo el estómago empezaba a rugirle y empezó a plantearse si le apetecía ir a la cabaña central a comer bajo la mirada de todo el clan azul y sus familiares. No. De hecho no le apetecía lo más mínimo, así que salió a la veranda a ver si alguien había rellenado el frutero que solía estar sobre la mesa.

¡Perfecto! El cuenco estaba cargado de cosas buenas: plátanos, mangostanes, papayas, mangos, piñas pequeñas, manzanas..., y alguien se había molestado también en dejarle una jarra de té frío y dos vasos. ¿Dos? ¿Pensaría Él volver a la carga, a pesar de lo que le había dicho?

Se echó un pareo al hombro, llenó un vaso, cogió dos plátanos y una manzana, las únicas frutas que se podían comer fácilmente a bocados, sin más cubiertos, y caminó los pocos pasos que la separaban de la playa.

La luna había salido ya y parecía cabalgar lentamente sobre una nube larga y tenue que ocupaba un cuarto del horizonte; su brillo ponía una puntilla de plata a la cresta de las olas que rompían mansamente en la arena pálida.

Extendió el pareo, colocó bien el vaso para que no se cayera, y se instaló frente al mar, tratando de disfrutar el momento, el calor de la noche, el olor de la sal mezclado con las flores nocturnas, el sabor dulce de los plátanos y su firme textura, la hermosa soledad, después de tanta información, de tantas conversaciones, de tantas cosas que habían cambiado su vida, su manera de ver el mundo, las verdades sobre las que se había basado su existencia hasta ese momento.

Suspiró profundamente notando cómo, muy poco a poco, se iba tranquilizando, iba volviendo a ser dueña de sí.

—¡Buenas noches, conclánida! —dijo una voz conocida a sus espaldas. Lena sintió cómo, de un momento a otro, su estómago se apretaba y empezaban a sudarle las palmas de las manos—. ¡Honor a tu clan!

—¿Qué haces tú aquí? —La voz le salió brusca.

Lenny siguió hablando en el mismo tono ligero.

—Tienes que contestar «Honor a *karah*. Honor a tu clan».

—¿Por qué?

—Porque es lo que hace un conclánida educado. ¿No te lo enseñaron de pequeña?

—A mí no me enseñaron nada de pequeña. —A su pesar, Lena notaba cómo la furia la envolvía poco a poco, pero trató de controlarla, porque al fin y al cabo Lenny no tenía la culpa.

—Sin embargo, me acabo de enterar de que eres el nexo.



—Él habla demasiado.

—Me figuro que no es una información que se le haya escapado involuntariamente. Él siempre sabe por qué hace las cosas. ¿Puedo sentarme?

—La playa es grande.

—Reformulo: ¿me permites que me sienta a tu lado con el propósito expreso de conversar contigo?

Lena no pudo evitar una sonrisa. Se volvió hacia atrás, levantó la cabeza hacia él y asintió, palmeando el trozo de pareo que quedaba libre a su derecha. Nils se instaló en él, sin dejar de mirarla.

—Te sientan bien los trópicos. Estás muy guapa.

Miró unos segundos hacia abajo, agradecida de que la luz plateada de la luna no dejara ver que se había puesto un poco colorada.

—Tú estás...

—¿Sí?

—No sé bien... Mayor.

—¿Mayor? ¿Mayor que cuándo? Ah, sí, Amalfi... Si no te gusto así, dímelo, puedo cambiar, ¿sabes?

—No lo sabía, pero me lo figuraba. Por eso cuando te conocí parecías un chico de mi edad, cuando eras Lenny, en el instituto, y luego, cuando te vi en la plaza de Amalfi sin que tú lo supieras parecías mucho mayor, y me dijiste que había visto a tu hermano. Después volviste a ser más joven y ahora ya no sé.

—De aspecto estoy sobre los veintidós, ¿no crees?

Ella se encogió de hombros.

—Tú también puedes hacerlo.

—No me apetece ser más joven ni veo la necesidad de envejecer por gusto.

—Tienes razón. Así eres perfecta.

—Deja de hacer eso, Nils. Te llamas Nils, ¿no?

—Me llamo Nils, Lenny y como tú quieras, no importa. ¿Qué es lo que tengo que dejar de hacer?

—Lo sabes perfectamente. Estás conectando el aura esa de esplendor que los clánidas pueden conectar a voluntad. No hace ninguna falta. Déjalo. No me importa lo guapo que te pongas.

—No estoy haciendo nada, Lena, te lo juro. Mírame —dijo cogiéndole la mano y llevándosela al pecho, sobre su corazón—, mírame a los ojos. No estoy tratando de fingir nada. Es que no lo puedo evitar. Quiero gustarte, Lena, quiero gustarte como aquella vez en Innsbruck, en el café, como en Amalfi, cuando estábamos a punto de entrar en la casa del clan rojo.

—Y tratas de manipularme.

—No. Te lo juro. —Hizo una pausa mientras ella se dejaba acariciar la mano que

aún le tenía cogida—. Es como..., bueno..., como una erección, si quieres una comparación muy básica. No tiene nada que ver con la voluntad. Sucede, sin más, cuando se da el estímulo adecuado. ¿Ves? —Le llevó la mano al lugar donde su explicación quedaba tridimensionalmente clara.

Lena sonrió y liberó la mano sin enfado.

Nils le pasó el brazo por los hombros, con suavidad, dándole tiempo para rechazarlo. Al ver que no lo hacía, la atrajo hacia sí y empezaron a besarse cada vez más intensamente hasta que Lena se soltó, jadeando.

—No, Nils, no puedo, no está bien.

—¿Por qué?

—Porque..., mira... —Le enseñó la mano con la sortija de piedra luna.

—¿Eso es un anillo de compromiso?

—No lo sé. Me lo dio Dani en un momento en que no pudimos hablar, pero no soy libre. Primero tendría que volver a verlo, hablar con él..., no sé..., es muy complicado. No puedo hacerle esto, después de todo lo que él ha hecho por mí.

—Entonces, ¿lo sigues queriendo?

Lena suspiró y volvió a refugiarse entre los brazos de Nils.

—No lo sé. Ya no sé nada.

Se besaron otra vez, con dulzura, suavemente.

—Averígualo, Lena. Te esperaré.

—¿De verdad?

—De verdad. Palabra de clánida.

Siguieron abrazados, mirando el mar y la luna que iba subiendo en el cielo.

—Me ha dicho Él que quieres marcharte de aquí. Si quieres, te acompaño a donde tú quieras.

—Me gustaría ir a Bangkok a ver a Dani y tratar de aclararme.

—¿Daniel está en Bangkok?

—Parece que sí. Yo también lo encuentro raro —añadió, interpretando la repentina rigidez del cuerpo de Nils—. Después... quizá... me gustaría ir a ver a Imre Keller. Tú lo conoces, supongo; es de tu clan.

Nils estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Es nuestro *mahawk*. Y algo así como un amigo..., como un mentor..., como un hermano mayor..., no sé bien. ¿Para qué quieres verlo?

—Porque, según Él, Imre Keller es mi padre.



## Haito. Negro. Shanghai (China)

Cuando le quitaron el capuchón negro que había llevado durante horas, Max parpadeó enloquecidamente, tratando de ajustar la vista para reconocer cuanto antes el entorno en el que se encontraba.

No había mucho que ver: una habitación de mediano tamaño con paredes forradas de un material gomoso, suelo de hormigón con un sumidero grande, de rejilla, y una luz potente protegida por un enrejado de metal en un techo muy alto. En los rincones, también muy arriba, cuatro cámaras diminutas. En el centro del cuarto, la silla donde lo tenían esposado.

En el zócalo, varias tomas de corriente o de agua que no quería pensar para qué podían servir. Era un cuarto de tortura de manual básico y, nada más darse cuenta, empezó a sentir un temblor que le recorría todo el cuerpo.

Claro que siempre había sabido que los clanes no se andaban con tonterías cuando alguien se cruzaba en su camino; Bianca se lo había dicho muchas veces, pero nunca había pensado que llegara el momento en que él se encontrara maniatado a una silla sin saber lo que iba a sucederle en las próximas horas. Ni siquiera había hecho nada particularmente ofensivo para ninguno de los clanes. Aunque, evidentemente, su participación en el secuestro del bebé no debía de haber sido muy bien recibida por el clan rojo.

¿Era eso, entonces? ¿Los clánidas rojos esperando sacarle información sobre dónde estaba el niño? Si era eso, no había salida. Lo único que él sabía era que el bebé estaba en posesión del clan blanco. Nada más. No sabía ni dónde estaban, ni qué pensaban hacer con él. Nada. Esperaba que al menos lo creyeran cuando les dijera exactamente eso. Lo único que podía ofrecerles era un número de teléfono para que pudieran contactar directamente con ellos, a través de Joseph. Más no podía hacer, pero ¿le creerían, o estaban dispuestos a matarlo para sacarle una información que él no poseía?

Recordaba que mucho, mucho tiempo atrás, al principio de conocer a Bianca, cuando empezó a contarle a qué se exponía si se quedaba con ella, todo le parecía

bien, ningún riesgo era excesivo. Muchas veces desde entonces había pensado que había estado dispuesto a decir que sí a cualquier cosa simplemente porque no conseguía creer que fuera verdad; sólo muy poco a poco había ido teniendo que aceptar que Bianca, al menos en lo que se refería a la peligrosidad de sus conclánidas, no le había mentado; efectivamente eran unas fieras y no estaban dispuestos a permitir que nadie se metiera en su terreno.

Había conseguido mantenerse al margen durante veinte años y ahora, a juzgar por el lugar donde se encontraba, la buena racha se había acabado.

A pesar de que siempre había intentado cumplir su promesa a Bianca y guardar las distancias con Lena, no había podido evitar ir queriéndola cada vez más a medida que iba creciendo, que se iba desarrollando como persona. No la había engendrado él, pero era tan hija suya como si tuviera su dotación genética. Mucho más, porque él la había cuidado, le había dado biberones y cambiado pañales, se había levantado por las noches a pasearla por la casa cuando lloraba, cuando estaba nerviosa, cuando simplemente no quería dormir. Él la había ayudado a hacer los deberes de matemáticas, le había solucionado todos los problemas, la había llevado a clase de karate, de piano, de todo lo que a Bianca le había parecido necesario, la había enseñado a esquiar y a escalar, le había desinfectado las heridas que se hacía todos los veranos subiéndose a los árboles y trepando a todas partes, y que se curaban solas en cuestión de horas...

Siempre sabiendo que Lena no era hija suya, que la perdería muy joven, en cuanto su madre la introdujera en los malditos misterios de los clanes y se marchara a cumplir su misión o lo que fuera aquello.

Ahora había llegado el momento de dejarla ir, de olvidar que alguna vez, los últimos veinte años de su vida, había tenido una hija. Y no le estaba resultando fácil, nada fácil. Por eso cuando el clan blanco lo había llamado para que los ayudara en Amalfi, ya que la edad de Joseph no le permitía hacer el trabajo que siempre había hecho, había dicho inmediatamente que sí. Porque era una manera de estar con Lena, la única posible; y eso le daba la ocasión de que ella se diera cuenta de que su padre, aunque fuera *haito*, estaba dispuesto a compartir su vida en todo lo que pudiera, a seguir queriéndola como siempre la había querido, aunque tantas veces hubiera tenido que mostrarse frío porque era así como Bianca le había pedido que mantuviera la relación.

A veces no estaba seguro de haber elegido bien al decidir quedarse con Bianca. Pero no había tenido elección. La había querido con locura. La seguía queriendo con locura, ahora que ya llevaba dos años muerta, dejando un agujero en su vida que no se llenaría jamás.

Se preguntó qué diría Bianca si lo viera ahora, esposado a una silla de metal en un cuarto de tortura, sabiendo que probablemente no le quedaban más que unas horas de

vida, que unas horas más tarde él mismo desearía morir para que dejara de doler. Ella, en ocasiones era lo bastante cruel como para decirle con una sonrisa: «Te lo dije, cielo. Tú sabías que podía suceder».

Se abrió una puerta detrás de él y todo su cuerpo se tensó.

Un hombre grande y musculoso, vestido como los policías de las unidades especiales, pero sin casco y sin insignias que pudieran identificarlo, le soltó las esposas de manos y pies y, sin una palabra, salió del cuarto.

El haber podido verle la cara al hombre le dio mala espina porque podía significar que no pensaban dejarlo vivo; el que le soltaran las ataduras le pareció, sin embargo, una luz de esperanza. ¿Se habían dado cuenta de que había sido un error traerlo?

La silla estaba libre, pero no se sentó en ella; siguió de pie, frotándose las muñecas y los tobillos doloridos, intentando restablecer la circulación.

Unos minutos más tarde, la puerta volvió a abrirse y entró un hombre más o menos de su edad, vestido sencillamente con pantalones y jersey negros, con un aire de autoridad tan grande que le hacía sentirse intimidado sólo por estar en su presencia, lo que a él mismo le sorprendió.

Era un poco más alto que él, de hombros anchos, fuerte y elegante, de pelo oscuro con algunas canas, rostro anguloso y ojos penetrantes. Era evidentemente *karah*, uno de los mejores ejemplares que había visto en la vida; a su lado, uno se sentía torpe, pequeño, mal proporcionado, inferior. En una palabra: *haito*.

Max se subió las gafas y esperó de pie, sin ceder terreno, dejándose observar por aquel clánida que lo miraba como si fuera un objeto de estudio.

—Max Wassermann, supongo. —La voz era grave y agradable. Max estuvo a punto de reírse de pura histeria porque la frase era exactamente igual a la mítica «*Dr. Livingston, I presume?*», y el contexto, perfectamente comparable. ¿Cuántas posibilidades había de que él no fuera Max Wassermann, con todas las molestias que se habían tomado para encontrarlo y secuestrarlo?

—Supone bien —contestó. Para su propia satisfacción, su voz no tembló, aunque se sentía recorrido por temblores intermitentes—. ¿Con quién tengo el honor? —Estuvo a punto de decir «placer», pero decidió formular al estilo *karah*, aparte de que la situación no era particularmente placentera.

—Imre Keller. —No le tendió la mano y Max metió las suyas en los bolsillos del pantalón, demostrativamente.

—¿El Presidente, como lo llaman en las revistas? ¿El hombre del año?

—Estupideces, pero sí.

Keller miraba a Wassermann sin poder creer lo que estaba viendo. Veinte años atrás le había jurado a ella no investigar, no buscar siquiera una foto del *haito* con quien había decidido compartir una de sus vidas, antes de regresar con él y volver a intentar reproducirse. Ella le había pedido que desapareciera durante un plazo de cien

años, hasta que el *haito* hubiera dejado de existir. Él había cumplido su parte del trato a pesar de que durante años había tenido pesadillas en las que se imaginaba qué clase de hombre había sido capaz de conquistar a su amada hasta ese punto, a apartarla de su lado después de dos siglos de convivencia.

Era perfectamente consciente de que *haito*, en ocasiones, también era capaz de producir hombres impresionantes que habrían podido pasar físicamente por *karah*, así como otras veces *haito* producía artistas tan magníficos como ningún *karah* podría igualar. Pero el hombre que tenía delante no cumplía ninguna de esas condiciones.

Max Wassermann, el hombre que había vivido con Bianca durante más de veinte años era insignificante: más bien alto, aunque más bajo que él; más bien flaco, aunque el tipo de músculos que tenía hablaban de una persona deportista, escalador probablemente; pelo corto, gafas sin montura, rostro anguloso, ojos claros, manos fuertes. Inteligente, probablemente, al menos para tenerla entretenida. Lo bastante valiente para protestar civilizadamente en un hotel o en un banco, pero de los que nunca en su vida habían empuñado una arma ni sabían por experiencia propia lo que era matar. Un *haito* como otros mil.

¿Cómo era posible que Ennis, su Ennis, la mujer más esplendorosa que había producido *karah* se hubiera rebajado a enamorarse de aquel miserable *haito* y hubiera decidido vivir con él, dejarse amar y tocar por él, tener una hija suya? Tenía que haber algo de especial en aquel hombre, aunque no se viera a primera vista, porque, si sólo era lo que parecía, la elección de Ennis era un insulto; así que era importante averiguarlo.

—¿Es usted artista? —preguntó Imre.

—¿Artista? —Si aquello era un interrogatorio que iba a ser seguido por una sesión de tortura, era bastante poco convencional—. No. En absoluto. Soy abogado.

Keller sacudió la cabeza con incompreensión.

—¿Tampoco músico? —insistió.

Wassermann negó con la cabeza.

—¿Ninguna profesión creativa?

Él volvió a negar.

—Pero estaba usted casado con Bianca Bloom, ¿no es cierto? ¿En Austria?

Max pensó mentirle y decirle que no, que se trataba de un error, pero sabía que no llegaría lejos negando lo evidente.

—Lo sabe usted perfectamente, señor Keller. Supongo que por eso me ha... hecho venir. —Iba a decir «me ha secuestrado», pero decidió no perder las formas, al menos por el momento.

—Efectivamente. Quería saber qué clase de hombre era usted.

—Podíamos habernos citado en algún restaurante y haber charlado un par de horas.

—Yo no hago las cosas de ese modo.

Como no había nada que decir, Max se limitó a guardar silencio. Tenía la sensación de que Keller era un hombre que podía ponerse muy desagradable si se sentía provocado, y estaban no sólo en su terreno, sino en un lugar del que podría no llegar a salir jamás si no se lo permitían.

—Hábleme de su hija —pidió Keller, cortante.

—¿De Lena?

El Presidente asintió con la cabeza.

—¿Qué quiere saber?

—Limítese a hablar.

—Tiene diecinueve años. Como supongo que habrá visto fotos tuyas, no creo que valga la pena describirla, aunque si hace que me devuelvan el móvil, le puedo mostrar algunas. —Keller hizo un gesto hacia la cámara y al cabo de unos segundos se abrió la puerta y el gorila que le había soltado las ligaduras le tendió el teléfono y volvió a salir. Antes de que se marchara, le habló un momento en voz baja y en una lengua que Max no comprendió.

»Aquí tiene. Esta es Lena el otoño pasado, en el jardín de casa. Aquí tenía dieciocho años. Hay dos o tres más.

Imre cogió el móvil y por un momento pensó que no sería capaz de volver a respirar. Era tan parecida a Ennis que dolía y, a la vez, tenía algo diferente, algo más directo, más honesto, menos juguetón. Ennis siempre había tenido, desde que él la conoció como Alma von Blumenthal, esa mirada pícara que hacía cosquillas por dentro; siempre había tenido algo felino, peligroso, algo que decía bien a las claras que uno no podía fiarse de ella y, a la vez, que eso era lo más atractivo que poseía.

Lena tenía una mirada más limpia, más honesta, mucho más directa o ingenua, no sabía bien cómo definirlo. Quizá simplemente porque había sido engendrada por *haito* y había vivido como *haito*. Pero, por mucho que se esforzara, no conseguía ver nada de Wassermann en ella.

—No se parece nada a usted.

—Evidentemente.

—¿Cómo es? —insistió Keller.

—Guapa, como su madre, eso está a la vista. Inteligente, rápida, algo impaciente, fuerte. Hay veces que se pone a llorar y llora durante un buen rato, y duda de sí misma, y se encuentra fea, tonta, sin valor, pero por dentro sigue siendo muy fuerte. Es solidaria, cariñosa, honesta. Apasionada. Trabajadora. Podría estar horas hablando de ella.

—¿Le gusta mentir?

—¿A Lena? No, que yo sepa. Tampoco ha tenido nunca necesidad. La hemos educado para la transparencia, para ser capaz de asumir sus libertades y su

responsabilidad. Es una gran chica.

—La conoce usted bien.

—A pesar de que uno nunca conoce de verdad a nadie, ni siquiera a sí mismo del todo..., sí, la conozco bastante bien. Y la quiero más que a nadie en el mundo —añadió tras una corta pausa. Lena nunca lo sabría, pero él pensaba que se merecía que él lo dijera en voz alta, delante de aquel *karah*, tanto si le gustaba como si no.

—¿Ella sabe quién era su madre? ¿Lo sabe usted?

—¿Se refiere a..., *karah*..., a su clan?

Keller movió apenas la cabeza en señal de asentimiento.

—Yo lo sé desde hace tiempo; unos meses después de conocernos, por obvias razones. Lena nunca supo nada hasta hace poco; se enteró el otoño pasado, al año de morir su madre, unas semanas después de esa foto. Desde entonces no la he visto casi y la última vez que la vi parecía distinta.

—¿Más adulta, quizá?

—Más... furiosa. Más... *karah*.

El Presidente elevó imperceptiblemente un lado de la boca en algo que podría haber sido una sonrisa y que Max no supo cómo interpretar.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé.

El puñetazo de Keller cogió a Max tan desprevenido que su grito fue más de sorpresa que de dolor. En el suelo, se llevó la mano a la nariz y la retiró ensangrentada. Era más que posible que se la hubiese roto.

—Para que el juego quede claro, señor Wassermann, yo pregunto, usted contesta. Sin evasivas, sin retrasos, sin mentiras. Otra vez: ¿dónde está?

—La vi por última vez en Amalfi, hace unas dos semanas.

Max había vuelto a ponerse en pie y el siguiente puñetazo, en el estómago, lo hizo doblarse y caer de rodillas. No tenía ni idea de que un puñetazo pudiera doler tanto, pero de todas formas lo peor era la humillación, la sensación de estar a merced de otra persona que podía golpearte impunemente todo el tiempo que quisiera. Se sentía cada vez más furioso precisamente porque no tenía costumbre de verse humillado ni golpeado, ni de estar de rodillas delante de otro hombre.

—¿Dónde está ahora? —insistió Keller.

—¡No lo sé! Y no lo voy a saber más, por mucho que me pegue, imbécil.

Keller le dio una patada en la mandíbula sintiéndose cada vez más electrizado. Hacía mucho tiempo que no machacaba a nadie con sus propias manos y su cuerpo parecía tener una memoria propia: le ofrecía recuerdos de otras veces que estaba deseando hacer realidad. Pero antes había otras cosas que quería saber. Ya disfrutaría después de lo que de verdad deseaba, que era destruir personalmente a aquel *haito* que se había cruzado en su camino y le había robado los últimos veinte años de la



vida de Ennis, veinte años que en otras circunstancias habrían pasado de prisa y no habrían tenido importancia, pero que se habían revelado como los últimos de su existencia y eran, por tanto, irrecuperables. Wassermann le había robado esos años y tendría que pagar por ello.

—¿Lena está con el clan de su madre?

—No lo sé, pero es muy posible. La última vez que la vi los dos estábamos con el clan blanco.

—¿Es usted familiar blanco? —Si decía que sí, esa sería una prueba más de la traición de Ennis, porque significaría que había tratado de prolongar la vida del *haito* más allá de lo acordado.

—Es difícil de explicar.

—Inténtelo.

—Poco después de conocer a Bianca, cuando ya estaba claro para los dos que nos queríamos y que la cosa iba en serio. —Keller apretó los puños; Max no se dio cuenta porque se acababa de sentar en el suelo, había sacado un pañuelo del bolsillo y se estaba limpiando con cuidado la sangre de la boca, donde la patada del clánida le había roto los labios—, ella me contó muchas cosas de *karah* y de su clan; algunas, menos, de sus vidas anteriores; muy poco, aunque lo suficiente como para darme pesadillas, de un conclánida a quien había querido mucho y con quien había pasado casi dos siglos. A mí todo aquello me daba casi mareo y durante bastante tiempo me negué a creerlo de verdad, pensaba que sólo estaba tratando de hacerse la interesante y de darme celos con aquel *karah*. ¡Idiota de mí!

—¿Quién era ese clánida?

—Lo sabe perfectamente, señor Keller. Ese clánida era usted. Bianca me aseguró que ustedes lo habían hablado todo y habían llegado a un arreglo que nos beneficiaba a los tres y que a nosotros nos permitía estar juntos durante cien años sin injerencias por su parte. Por eso ella me pidió que le permitiera alimentarme, muy poco y sólo de vez en cuando, para aumentar mi esperanza de vida y apurar ese plazo de cien años. Lo que significa que no soy realmente familiar del clan blanco y ahora, de momento, me encuentro en tierra de nadie, desde que ella murió.

—No necesito detalles sobre su vida, Wassermann, pero tengo una curiosidad. Acaba de decir que aquel arreglo nos beneficiaba a los tres, ¿me equivoco?

—No.

—¿Tendría la bondad de decirme en qué me beneficiaba a mí el que usted estuviera viviendo con mi esposa? Le supongo informado de que a principios del siglo xx nos casamos legalmente. Después, por circunstancias, nos perdimos de vista y al volvernos a encontrar me pidió esos cien años de aplazamiento. Y yo se los concedí. Nunca fui capaz de negarle un capricho. —La frialdad que emanaba de Keller era tangible, como si alguien se hubiera dejado abierta una cámara frigorífica.

Max apretó los dientes al oír a Keller definirlo como «capricho» de Bianca.

—Repito la pregunta: ¿qué se suponía que ganaba yo? —Su frialdad estaba empezando a dejar paso a un nuevo ataque de violencia y Max tuvo que decidirse rápido. Tanto si se lo decía como si no, corría el riesgo de que lo matara allí mismo sin que nadie se enterara jamás de qué le había sucedido.

—Usted ganaba que no hubiera disputas sobre si la niña pertenecía al clan negro o al clan blanco. Que su hija estuviera protegida y disfrutara de una vida normal, en incógnito absoluto, hasta que llegara a la edad de ocupar su puesto.

Keller sacudió la cabeza como si se le hubiese taponado un oído.

—¿Qué hija? ¿De qué me está hablando?

—De Lena, evidentemente.

Se quedaron mirándose a los ojos durante medio minuto, mientras Imre trataba de hacer encajar las piezas dispersas.

—¿Me está diciendo que Lena es hija mía?

—¿No lo sabía? ¿No se lo dijo Bianca? —Max parecía haberse quedado perplejo.

El Presidente sacudió la cabeza en una negativa, se apoyó contra la pared de goma y cerró los ojos un momento. Eso lo cambiaba todo. Si el *haito* decía la verdad, todo adquiriría otra perspectiva.

—¿Por qué? —susurró para sí mismo.

—Bianca quería que Lena se criara como humana en un entorno normal, sin que nadie esperara nada especial de ella, precisamente porque iba a ser alguien muy especial. Nunca llegó a contarme todo lo que sabía, pero lo que estaba claro era que ella quería que Lena perteneciera sobre todo a su propio clan, al blanco. Me figuro que si no le contó nada fue porque temía que usted la reclamara para el clan negro y le quitara a ella la posibilidad de decidir sobre la niña. Bianca me explicó que usted es el *mahawk* de su clan y, por tanto, tiene el derecho, dentro de *karah*, de decidir sobre la educación de cualquier nuevo miembro. Bianca tenía otros planes, al parecer. —Max se encogió de hombros y se apoyó también contra la pared—. A mí me dijo que usted lo sabía y estaba de acuerdo en que la criara yo; yo lo entendí como una especie de servicio por mi parte a cambio de esos años de poder estar con Bianca.

—¡Mentirosa! ¡Tramposa! —dijo Keller en voz baja, pasándose la mano por los ojos y sonriendo a la vez. ¡Qué mujer! Una mujer digna del Presidente: atractiva, mentirosa, inteligente, deseosa de poder. Una hembra alfa. Lo tenía todo pensado, todo calculado. Y a él se lo había vendido como un pequeño capricho, unos años de libertad, de cambio, de jugar con un *haito* al que manejar como a un títere en lugar de estar siempre enfrentándose con el gran Imre Keller y con la casi imposibilidad de tener descendencia. Le había prometido que después del interludio de Wassermann volverían a intentarlo. Y seguramente en ese momento ya sabía que estaba embarazada y que su hija tendría sangre de dos clanes.

—¿Sabe Lena que es *karah*? ¿Que pertenece a dos clanes?

—Sí. Incluso antes de saber de *karah*, Bianca la llamaba «mi niña blanca y negra». De algún modo siempre lo supo.

—¿Qué más sabe?

—Que Sombra la está entrenando para ser la mentora del nexo. No sé si sabe más porque, como ya le he dicho, hace tiempo que no la veo.

—¿Puede comunicarse con ella?

—Puedo comunicarme con un familiar del clan blanco.

—Llámelo. Dígale que su vida, Wassermann, depende de que me digan cómo y dónde encontrar a mi hija.

—Temo que mi vida no sea algo que les preocupe demasiado. No creo que estén dispuestos a hacer tratos sobre esa base.

—Eso es algo que todos compartimos, salvo quizá usted mismo. ¿No quiere, al menos, intentarlo? —El Presidente le tendía su móvil.

Max lo cogió con una mano temblorosa y ensangrentada. No quería poner en peligro a Lena, pero la gente del clan blanco sabría qué hacer. Para él era quizá la única oportunidad de salir con vida de allí.

Empezó a escribir un SMS.

—¿Por qué no llama?

—Lo tengo prohibido. No me han dicho por qué.

Keller asintió en silencio, como satisfecho de su obediencia a una orden de *karah*. Max envió el SMS.

—Ahora hay que esperar respuesta.

—Tenemos tiempo.

Se miraron y desviaron la vista, varias veces, cada uno apoyado en una pared.

—¿Sabe, Wassermann? —dijo Imre, como sin darle importancia—. Me gustaría matarlo con mis propias manos.

—¿Sabe, Keller? —contestó Max en el mismo tono—. Es algo que no me había pasado en toda mi vida, pero a mí también.



## Negro. Atlantis. Shanghai (China)

Nils había preferido hablar primero con Lena y luego acudir a la cita con Él, que, como le había avisado, quería enseñarle algo especial antes de que volviera a Shanghai con el mensaje del clan azul al clan negro. Se despidió de Lena en la playa con un largo abrazo y un beso de amigos, y se encaminó hacia la cabaña donde lo esperaba la *mahawk*.

Lena y él habían quedado en reunirse para desayunar y marcharse después hacia Bangkok, donde ella pensaba encontrarse con Daniel para tratar de poner en claro sus sentimientos.

Era realmente exasperante no poder conseguir que Lena se decidiera por él; algo que no le había sucedido jamás, en sus más de doscientos años de vida. Nunca había tenido que pasar por la humillación de que la mujer que había elegido no lo aceptara, ni mucho menos que prefiriera a un simple *haito*. Y, para colmo de males, esta vez ni siquiera era ese el problema principal.

En esta ocasión lo doloroso era que Lena le despertaba un sentimiento auténtico. Más que eso, incluso: un sentimiento que no creía tener en su repertorio, porque no se trataba ya, como habría sido normal en el caso de una conclánida, del comprensible deseo de reproducirse, de dar un hijo a su clan, sino de otra cosa, de algo mucho más profundo.

Si no fuera por lo ridículo que resultaba incluso pensarlo, podría resumirlo diciendo que se había enamorado de Lena. Y eso era absurdo en un clánida; mucho más en un miembro del clan negro. Se imaginaba diciéndole al Presidente que se había enamorado de una clánida blanca de diecinueve años reales y le daba grima pensar en su reacción, aunque había oído decir que en *karah* habían existido parejas que se habían hecho famosas por su pasión compartida: Ragiswind y Eringard, en su propio clan; Philippe e Isabelle en el clan blanco. Todos, casualmente, siglos atrás, de manera que nadie podía saber si se trataba de una realidad, de una leyenda o de una mentira inventada por los otros clanes para desprestigiarlos.

En cualquier caso, él necesitaba intentar hacer realidad su deseo y, para ello, no

tenía más remedio que usar las armas a su alcance, de manera que, aunque fuera poco antes de medianoche, marcó el número de Alix. Le perdonaría que la sacara de la cama porque la propuesta que pensaba hacerle valía la pena.

Al contrario de lo que pensaba, contestó al tercer timbrazo.

—¡Nils! ¡Qué sorpresa! ¿Sigues en Bangkok? —De fondo se oía música y tintineo de copas; debía de estar en uno de sus lugares de jazz favoritos.

—Casi. No puedo hablar mucho, querida, tengo una cita importante, pero necesito que me hagas un favor. Uno grande.

—Dime.

No le había dado tiempo de pensarlo ni de formularlo bien, de modo que decidió ir directamente al grano.

—Necesito que seduzcas a alguien, que consigas que se vuelva loco por ti. Un chico muy joven.

—¿Guapo?

—Va en gustos, pero supongo que no está mal.

—¿Clan?

—Es *haito*.

Se hizo un silencio helado al otro lado del teléfono.

—Es una de tus bromas estúpidas, supongo ¿Tanto has bebido?

—No es una broma. Es importante y estoy dispuesto a pagar bien.

—Ni lo sueñes, conclánida.

—Si me haces ese favor, yo haré lo que me pediste la última vez que nos vimos. Al menos te prometo intentarlo. Si no funciona, estaría incluso dispuesto a pedir ayuda al clan rojo e intentarlo por inseminación artificial. Ellos tienen el equipo necesario y a un familiar especializado. Lo sé seguro porque, según mis investigaciones, es así como el clan rojo consiguió hacerse con el nuevo miembro.

El silencio se alargó hasta hacerse casi insoportable.

—Tratas de humillarme, ¿verdad, Nils?

—No, Alix, te juro que no, pero sólo puedo pedírtelo a ti. Eres la mujer más impresionante que hay en *karah* y eres la única conclánida de mi casa.

—¿Y por qué tiene que ser *karah* para seducir a un chico *haito*? Hay miles de modelos y actrices y toda clase de profesionales y de mujeres con necesidad de dinero que estarían encantadas de hacer el trabajo.

—Ese chico está enamorado de verdad. No será fácil. Por eso tienes que ser tú.

Tuvo la sensación de que la idea del desafío de seducir a un chico enamorado y derrotar con eso a otra mujer, fuera quien fuese, le resultaba más atractiva que todo lo demás.

—Dame sus datos y su dirección. Iré a echar un vistazo, pero que conste que no te prometo nada aún.

Nils le pasó lo que sabía de Daniel y le envió una foto que había descargado de Internet.

—Te llegará en seguida. Ah, querida, además es una manera de fastidiar al clan blanco, si eso te estimula más.

—¿Es familiar blanco?

—Algo parecido.

—En estos momentos preferiría fastidiar a nuestros conclánidas rojos. Detesto a Eleonora. Si se tratase de seducir a Dominic, no lo pensaría dos segundos.

—Lo siento, de momento no hace falta, pero ¿quién sabe? Tengo que irme, Alix.

—Espera. ¿Te ha dicho Imre que ahora colaboramos con el clan rojo para encontrar a ese maldito mocoso y su maldita mentora?

—Sí. Ahora no puedo decirte más, pero tu colaboración en lo que te acabo de pedir ayudará al clan negro a controlar a Lena.

—¿Controlarla? ¿No tendrías que encontrarla primero?

—Muy aguda, bella prima. En ello estoy. Deséame suerte y ponte manos a la obra hoy mismo.

—¿Me lo juras, Nils? ¿Me darás un hijo si te ayudo ahora?

—Te lo juro por *karah*. Tú enamoras a Daniel Solstein y yo cumplo mi palabra en el momento en que me lo pidas. ¡Buenas noches, Alix, que duermas bien!

—¡Nils, espera! ¿Y si lo mato? ¿No sería más fácil hacerlo desaparecer? Podría llevarlo a dar un paseo en helicóptero sobre la bahía.

—Si lo mataras, tendríamos un efecto Romeo y Julieta que ahora no tengo tiempo de explicarte y que no nos conviene nada, mientras que, si lo seduces, el odio causará la reacción que necesitamos, o al menos así lo espero. ¡Adiós, bella! Márchate ya mismo a Bangkok y sácalo de allí cuanto antes. Llévalo a algún hotel bonito y vuélvelo loco.

Nada más colgar, inspiró hasta el fondo de los pulmones y fue soltando el aire poco a poco por la nariz.

La luna estaba ya baja en el horizonte del oeste. El mundo parecía dormido; era fácil engañarse e imaginar que el planeta era feliz, que descansaba soñando hasta que volviera la luz del sol. Él mismo se sentía así, expectante, optimista, deseando que comenzara un nuevo día para trazar el futuro que quería alcanzar. Hacía mucho que no se había sentido de ese modo.

Echó a andar a buen paso hacia la playa donde Él lo esperaba.

Era más que posible que Alix hiciera lo que le había pedido. Y estaba seguro de que tendría éxito; para quien no la conocía en profundidad, como él, Alix era un sueño hecho mujer: largas piernas, pechos perfectos, un rostro como dibujado por un artista, el glamour personificado. No había hombre en el mundo que no se sintiera halagado por su interés. Dani era muy joven, y era *haito*. No podría resistir la

tentación de conseguir a una mujer como Alix. Pensaría que, en el peor de los casos, siempre podría después pedirle perdón a Lena.

La reacción de Lena a la traición de Daniel era calculable y él estaría allí para recogerla cuando se sintiera caer. Lo que podía pasar más tarde, si se enteraba de que él había encargado y preparado esa traición, era algo que ya no podía calcular, de modo que tendría que arriesgarse y confiar en haber establecido una relación con Lena para entonces que le permitiera explicarle lo sucedido sin perder su amor. Si conseguía, en el poco tiempo que tuvieran, enseñarle a ser *karah*, tendría posibilidades de quedarse con ella.

Ahora no podía pensar más en el asunto. Él lo estaría esperando y, por lo que le había insinuado, lo que pensaba enseñarle era realmente impresionante. Ya estaba deseando verlo.



## Haito. Negro. Koh Samui (Tailandia)

Iker se dejó caer sobre la hierba corta que crecía trabajosamente entre la arena con un suspiro mezcla de agotamiento y de felicidad.

—¡Esto es increíble! Me encanta, pero creo que no lo conseguiré jamás —dijo, con los ojos cerrados y una sonrisa iluminándole el rostro.

A su alrededor, los *traceurs* sonreían también.

—Acabas de empezar, hombre. Es cuestión de tiempo y entrenamiento, de no quedarse quieto, de esforzarse constantemente por progresar —dijo Lily, echándole encima una toalla para que pudiera secarse el sudor.

—*Citius, altius, fortius*, como dice el lema olímpico —murmuró desde debajo de la toalla.

—Más lejos, más alto, más fuerte —tradujo Gigi que, de manera misteriosa para sus compañeros, había dejado de estar siempre de mal humor como tenía por costumbre y se había vuelto casi parlanchín.

—Pero todos vosotros estudiáis, o trabajáis o las dos cosas. ¿De dónde sacáis el tiempo?

—Cuando no estamos estudiando, trabajando o las dos cosas, el resto es para el *parkour* —explicó Anaís, como si fuera lo más evidente del mundo—. Los que peor lo tienen son Alec y Nico porque son músicos y también necesitan mucho tiempo para practicar sus instrumentos, pero de una forma u otra, cuando tienes el veneno del *parkour* dentro, te las arreglas como sea; incluso yendo al trabajo saltando todo lo que se te pone por delante.

Gigi había aparecido dos días atrás con Iker, diciendo que era un vasco español que acababa de conocer y que quería aprender a hacer *parkour*, y desde entonces lo habían adoptado como uno más del grupo y todos trataban de enseñarle. A Maël no le resultaba particularmente simpático, pero Anaís parecía haberle cogido cariño o incluso algo más, cosa que a él le resultaba no sólo incomprensible, sino también molesta. Él nunca había querido ligar con Anaís, siempre la había tomado casi como si fuera uno más de los tíos con los que entrenaba, pero ahora, viendo las miradas que



se lanzaban el uno al otro sentía que algo en su interior se rebelaba. Iker era..., no sabía bien cómo explicárselo ni siquiera a sí mismo. Era... falso. Sentía en él una especie de fingimiento, de hipocresía básica, como si estuviera haciendo un papel de teatro.

Y la forma en que lo miraba Gigi era de vómito. Uno tenía la impresión de que se bajaría los pantalones allí mismo si el vasco se lo pedía; o de que estaría dispuesto a hacerlo incluso si no se lo pedía nadie, sólo por ver si había suerte. Gigi debía de ser el único que no se daba cuenta de que a Iker no le iban los tíos, de que a quien le gustaría ligarse era a Anaís.

—Esa es la idea, ¿no? Llegar adonde te has propuesto en la línea más recta posible, saltando los obstáculos que se interponen en tu camino —resumió Iker lo que le habían estado explicando los dos últimos días. Eso le había gustado particularmente porque coincidía con la forma *karah* de hacer las cosas: no dejarse detener ni amilanar por nada, ir en línea recta, apartando o saltando los obstáculos, tanto materiales como humanos. O destruyéndolos.

—Esa es la idea —aprobó Eric.

Estaban todos tumbados en la hierba rala que crecía en la arena, bajo un grupo de palmeras, con el mar turquesa delante de ellos.

—¿Os he dicho que he recibido un sms de Lena? —preguntó Anaís.

Sonaron varias negativas.

—¿Quién es Lena? —preguntó Iker. Él lo sabía muy bien, pero hubiera sido raro que no preguntara.

—Una amiga que conocimos la semana pasada en Bangkok —dijo Anaís—. Pregunta que dónde estamos y dice que lo mismo viene pronto.

—¡Guay! —dijo Maël, lo que le valió una mirada sesgada de Anaís—. Igual podemos enseñarle un poco a ella también. Dijo que le gustaría.

—Estás descubriendo tu vocación de maestro, por lo que veo —comentó Iker.

Maël se encogió de hombros y no contestó.

—No le he dicho nada de la llamada del tipo que dijo ser su primo —añadió Anaís—. No me fío un pelo. Ya se lo diremos cuando llegue. Si de verdad la buscan, es mejor que decida ella misma.

Eso pareció cerrar el tema y todos empezaron a ponerse en pie para una segunda ronda antes de irse al hostel a ducharse y comer.

Luna estaba como electrizado. Había tenido una suerte increíble. Si todo iba bien, Lena aparecería muy pronto y se lo pondría todo en bandeja. Ni siquiera tendría problemas para librarse del cadáver. Con un poco de gracia por su parte, en cuanto empezara a trepar a los edificios la muchacha tendría un lamentable accidente que la devolvería a su país de origen en una bolsa de plástico dentro de un ataúd sellado. Y él podría volver a cambiar de vida. Ahora que había salido de su pequeño pueblo del

valle, había vuelto a descubrir la pasión por viajar, por conocer nuevos escenarios, por entrar en contacto con desconocidos y aprender otras habilidades. Empezaba a ser momento de cambiar otra vez de vida. En cuanto dejara cómodamente instalada a Jara, Iker Mendivil moriría y don Juan de Luna volvería a plantearse cómo se iba a llamar y quién quería ser en adelante.

Sacó el móvil, dispuesto a enviar un mensaje a Ulrich para decirle que él se encargaba de eliminar a la niñata que estaba a punto de llegar, pero antes de empezar volvió a guardarlo. Si Lena de verdad acudía a Koh Samui en los próximos días, era mejor no decirle nada al *mahawk* blanco porque se empeñaría en volver y ocuparse personalmente del trabajo. Y él no quería que nadie le quitara la satisfacción de matar con sus propias manos a la estúpida muchacha que era capaz de adiestrar al nexo para que abriera la puerta que debía permanecer cerrada.

No conseguía explicarse que sus conclánidas, por otra parte bastante pragmáticos, estuvieran ahora enloquecidos con la idea de dejar franco el paso a una realidad y a unos seres que no conocían en absoluto y que no tenían por qué ser de confianza. No comprendía cómo no se les hubiera pasado por la cabeza que podían ser monstruos, depredadores, seres dispuestos a destruirlos y quedarse con todo lo que a lo largo de los siglos y los milenios habían conseguido crear. ¡Cómo se podía ser tan estúpido y tan ingenuo! Que lo fuera esa pobre niña, que al fin y al cabo acababa de salir del cascarón, era comprensible, pero que clánidas como Keller, el Shane o Kaltenbrunn no se hubieran dado cuenta del peligro que podía representar para *karah* y para todo el planeta el invitar a unos extraños a entrar en casa era algo incomprensible. Clánidas que jamás se habían fiado de nadie y que nunca habían mostrado ningún escrúpulo en masacrar a cualquiera que se les enfrentara se comportaban ahora como creyentes religiosos, convencidos de que iban a entrar en contacto con un mundo mejor. Era ridículo.

Era ridículo salvo que tuvieran alguna otra intención oculta. ¿Cuál? ¿Qué otra intención podían tener al desear abrir esa maldita puerta? ¿Sabían ellos algo que él no sabía?

Iba a tener que pensarlo cuidadosamente.



## Rojo. Londres (Inglaterra)

De vuelta en su casa de Londres, lanzó un suspiro de satisfacción. Su viaje no había sido particularmente largo, pero siempre le había molestado el calor de los trópicos y se sentía mucho mejor en lugares donde la temperatura hacía necesaria la vestimenta. Quizá después de tantas vidas, ser de nuevo inglés desde el siglo XIX había conseguido imprimirle un cierto carácter.

Cloqueó, divertido ante su idea, y antes incluso de quitarse el abrigo ligero que llevaba, la chaqueta o los zapatos, subió a la tercera planta de su residencia. En perfecta soledad, porque había dado instrucciones precisas al servicio y a su familiar de confianza de no aparecer frente a sus ojos hasta la caída de la noche.

Todo estaba impoluto, por supuesto, y mientras subía en el ascensor de cristal que ocupaba el centro de la casa y desde el que casi todo era visible a su alrededor, iba pasando la vista por los mil objetos reunidos a lo largo de los tiempos, recuerdos de otras vidas, de amigos y enemigos, marcas en el camino que le permitían trazar su recorrido desde el castillo normando donde había visto la luz, hasta el momento presente; objetos que harían las delicias de cualquier antropólogo *haito* e incluso de algún forense: cuernos y cabezas de toda clase de animales, un hombre y una mujer disecados, armas de todo tipo, instrumentos musicales, autómatas, relojes, espejos, espléndidos trajes de épocas pasadas expuestos en maniqués ultramodernos, plumas de aves extintas, joyas dignas de una emperatriz, máquinas sutiles, esculturas de civilizaciones desaparecidas, cuadros de todas las épocas, conchas marinas, primeras ediciones, partituras musicales, fotografías, marionetas de todas las culturas, instalaciones digitales, libretos de ópera firmados por sus autores, instrumentos médicos, manuscritos de tragedias y comedias que los eruditos creían perdidas... un auténtico gabinete de maravillas, todo en una escenificación perfectamente teatral, barroco-victoriana, donde el escarlata ocupaba un lugar preponderante y en cuyo mismo centro el ascensor de cristal se deslizaba ingrávido, flotando entre las colgaduras rojas que permitían un vislumbre de salones cargados de tesoros,

amueblados con una mezcla de antigüedades y piezas de ultradiseño, donde las pesadas arañas de cristal de Bohemia destellaban sobre divertidas esculturas de plástico japonés, alfombras nepalesas, paisajes de origami, cojines de brocado y cachemira, y objetos escandinavos de usar y tirar en colores neón. Su reino. Tan contradictorio como él mismo. Tan rico, atractivo y temible como el Shane.

Llegó al final del recorrido y las puertas se abrieron a un inmenso salón que ocupaba toda la extensión de la casa y cuyas paredes, de cristal, permitían una vista circular de Londres, el río, la Torre y, muy lejos en la brumosa distancia, la silueta de la cúpula de Saint Paul y una insinuación del London Eye. Su habitación favorita, donde conservaba sus piezas preferidas, sus libros más amados, un cuadro de Magritte que no constaba en catálogo alguno y que nadie había visto, los retratos de Leonardo y de Beatriz tapados por otros para no exponer sus rostros a otros ojos que no fueran los suyos.

Siempre había sido su cuarto favorito, incluso en los tiempos en los que la industria no estaba tan desarrollada como para permitir la construcción de paneles de vidrio de ese tamaño y había tenido que conformarse con abrir varias ventanas hacia todos los puntos cardinales para disfrutar de las intensas brumas del siglo XIX, mezcla de niebla y humo de fábrica, y de las miasmas procedentes de Whitechapel y de los muelles del Támesis. En aquella época, la zona era un auténtico vertedero, hogar de la escoria más abyecta de Inglaterra. Un barrio de miserables, borrachos, putas, estibadores, maleantes, ladrones y asesinos, donde Jack el Destripador se había sentido a sus anchas durante un largo verano, hasta que se aburrió.

Ahora su casa de entonces había sido remodelada por el mismo arquitecto que había reformado Villa Lichtenberg en Amalfi y el barrio se había convertido en lo más chic que había en Londres.

Dejó el abrigo y la chaqueta sobre un sillón, se quitó los zapatos y, en calcetines y apretando en la mano la caja que había traído del Caribe y que contenía todos los documentos que hasta ese momento había custodiado la Rosa de Luz, subió la escalera de caracol de peldaños de metacrilato y sin barandilla que llevaba al lugar más original de una casa ya de por sí imprevisible.

Al terminar la escalera, un pasillo de apenas tres metros, concebido para dar la impresión de hallarse en el espacio exterior, en perfecta oscuridad punteada por miles de estrellas, daba paso a un pequeño cuarto que, según el capricho del usuario, podía figurar también el espacio interestelar o bien permitir que sus cuatro paredes se hicieran diáfanos, de manera que su ocupante lo veía todo a su alrededor mientras seguía siendo invisible desde fuera. De momento, las tinieblas eran tan profundas y bellas como en el pasillo de acceso.

El centro del cuarto lo ocupaba un inodoro escarlata de un diseño tan moderno y atrevido que las pocas personas que habían tenido el honor de verlo ni siquiera sabían

de qué se trataba.

El Shane se agachó frente al objeto, colocó las dos manos en una abertura prevista para ello, dejó que el sistema comprobara sus huellas mientras un brazo mecánico bajaba del techo para leer su iris, y momentos después, el inodoro se elevó unos centímetros para permitir el acceso a la caja de seguridad que se encontraba debajo. Depositó la caja con los documentos y volvió a cerrar suavemente. Ahora estaban totalmente a salvo.

Dio la orden de dejar entrar la luz y las paredes se hicieron transparentes. Sonrió y, bajándose los pantalones, decidió aprovechar la visita a su sanctasanctórum mientras todo Londres se extendía a sus pies y frente a sus ojos, y los papeles que le permitirían negociar con éxito y conseguir sus propósitos reposaban, seguros, justo bajo sus posaderas desnudas.



## Negro. Blanco. Bangkok (Tailandia)

Entrar en el hotel que le había dicho Joseph le costó casi el mismo esfuerzo que librarse de Nils, que estaba empeñado en acompañarla. Desde que habían salido de la isla del clan azul no se había movido de su lado. Habían pasado todo el largo viaje comentando la ciudad submarina, haciendo especulaciones sobre quién podía haber construido aquella maravilla, cuánto tiempo haría y si podía tratarse de la realidad que había dado lugar al origen de todas las leyendas de la Atlántida. Pero si a ella le intrigaba enormemente el funcionamiento de todo lo que había visto allí y le gustaría dejar el asunto en manos de científicos que consiguieran desentrañar todos los secretos que encerraba, a Nils, como típico *karah*, lo que más le interesaba era saber cuántos prodigios más habría allí y cómo hacerlos funcionar para poder usarlos.

Era cuestión de actitud probablemente y no había nada de malo en ello, pero a Lena le molestaba que, al parecer, para *karah* todo era cuestión de uso, de practicidad, y no les interesaba en absoluto saber cómo y por qué funcionaban las cosas de las que se servían.

Una vez en Bangkok, habían cogido una habitación en un buen hotel del centro, nada esplendoroso porque Lena no veía la necesidad de gastar mucho en dormir, aunque Nils le había asegurado que el dinero no era problema, y luego ella se había metido en un taxi para ir donde se suponía que estaba Dani. No se había dejado convencer por los ruegos de Nils, que estaba seguro de que podía haber peligro y quería acompañarla; sin embargo, estaba segura de que la habría seguido y de que, en el caso improbable de que de verdad necesitara su presencia, saldría literalmente de detrás de un arbusto para defenderla.

El hotel que había elegido el clan blanco era enorme y lujoso, con un vestíbulo que parecía un salón de baile imperial, lleno de columnas de mármol de color marfil, palmeras de interior, brocados pálidos y toques de oro tanto brillantes como mates refulgiendo bajo la luz de las gigantescas lámparas de cristal. Nunca había estado en un lugar tan ostentoso y se sentía algo cohibida al entrar con su camiseta de tirantes, sus pantalones de mil bolsillos y la mochila al hombro.

Trató de imaginarse a Dani allí y el pensamiento le dio risa. De todas formas, avanzó hasta el mostrador de recepción con toda la naturalidad que pudo fingir y preguntó por el señor Daniel Solstein.

El recepcionista, un chico tailandés de su edad, muy guapo pero obviamente homosexual, le pidió que esperara mientras él avisaba al señor.

—*Madam*, el caballero que usted desea ver le ruega que lo espere en el Ivory Bar, aquí mismo, junto al jardín. Él bajará en un momento.

Dio las gracias y se alejó hacia el bar con una sonrisa nerviosa cosquilleándole los labios. ¡Era tan raro pensar que estaban a punto de encontrarse, en Tailandia nada menos, a miles de kilómetros de casa, ellos dos solos por fin, como si estuvieran apenas en el café de Herbert! Acarició la piedra luna de su sortija para que le trajera suerte y se instaló en un taburete en la barra mirando hacia la puerta por la que tenía que aparecer él. ¿Habría cambiado mucho?

«¡Pero qué tonta eres! —pensó—. ¿Cómo va a haber cambiado en dos semanas?». Aunque la última vez que lo vio, casi a oscuras, en el aparcamiento del restaurante de Amalfi, justo después del primer salto de su vida, el pobre parecía un fantasma, pálido, con ojeras, totalmente tenso y apretando una ametralladora entre las manos. Casi era mejor que sí hubiese cambiado, que ahora se presentara con un traje claro de lino y una rosa para ella. «¡Qué peliculera te has vuelto!», se dijo a sí misma y el pensamiento le hizo acordarse de Clara, en la que apenas si pensaba ya de tanto en tanto, en su ilusión cuando conoció a Dominic en el baile y en el cubo de rosas que le regaló. ¡Pobre Clara!

Y ella, que había sido su mejor amiga, en lugar de estar día y noche pensando en vengar su muerte, en matar a aquel repugnante médico del clan rojo que la había asesinado en su presencia, perdía el tiempo imaginando escenas de Hollywood.

Pero no quería matar a nadie. Ahora no. Quizá nunca. Lo único que quería era que Dani apareciera en aquel bar, vestido como siempre, con sus vaqueros y una camiseta descolorida, la abrazara y le dijera que había cruzado medio mundo para estar con ella y que no tendrían que separarse más. Eso era lo único que quería.

Un hombre joven apareció de repente en la puerta y se quedó un instante parado allí, pasando la vista por las pocas personas que había en el bar, donde un pianista tocaba con cierta desgana melodías conocidas en un piano de cola blanco.

Tendría unos veinticinco o veintiséis años, era más bien alto, pelirrojo, de pelo muy corto, un salpicado de pecas por la cara y aspecto de inteligencia y rapidez. Llevaba vaqueros y camiseta negros. En la parte frontal de la camiseta una inscripción que decía: «*Gravity is not responsible for people falling in love*». A Lena le hizo gracia y sonrió. Entonces el chico debió de tomar su sonrisa por interés y se dirigió directamente hacia ella.

—Estoy esperando a mi amigo —dijo Lena, antes de que aquel extraño se

acomodara en el taburete de al lado.

—Lo sé. A Daniel, ¿no?

—¿Lo conoces? —Un año atrás, le habría parecido de lo más normal; ahora, el que supiera a quien estaba esperando ya lo hacía sospechoso y así sonó su voz: suspicaz.

—Claro. Somos compañeros. Iba a decir «compañeros de desgracias», pero no es totalmente cierto. Dime qué tomas, anda.

—No sé. Nada. Prefiero esperar a Dani y luego ya veremos qué hacemos.

—Lo siento, Lena, ¿eres Lena, no?, Dani se ha ido a Shanghai. Se fue ayer noche. En su infancia nunca había conseguido entender qué significaba la frase «Se le cayó el alma a los pies»; en ese momento lo captó de golpe.

—¿No..., no está? ¿Cómo que no está? ¿Por qué se ha ido? ¿Con quién?

—Anda, vayamos por partes, como decía el Destripador. —El chico se rio de su propio chiste; Lena siguió seria—. Vamos a sentarnos en el jardín. Es más cómodo y no estamos tan a la vista.

—¿A la vista de quién?

—Yo qué sé, muchacha. Uno nunca sabe quién puede estar mirando. La verdad es que con esta gente acaba uno por volverse paranoico. Dime de una vez qué quieres tomar.

—Lo que tú.

Se acercó al barman, le habló en voz baja y luego, tomándola apenas del codo, la guio hasta el jardín donde se acomodaron en una mesita junto a una cascada artificial.

—No me he presentado. Doctor Richard Thomas Brown. Ritch para abreviar. Geólogo y físico. Desde hace poco pertenezco al clan de tu madre, dentro de lo que una *haito* puede pertenecer a un clan, evidentemente.

—Familiar.

—Claro.

—¿Por qué?

—Porque se están quedando sin chicas para todo, por lo que me dijeron, o sin chicos de los recados, como prefieras llamarlo.

—¿Y por qué aceptaste?

—Porque lo más grande que tengo y lo que realmente me mantiene vivo es la curiosidad. Bueno, y por dinero también, no vamos a despreciar el vil metal. Y por otras razones obvias que no necesito explicarte, siendo tú quien eres. Me gusta la vida y quiero que dure todo lo posible.

Llegó un camarero con dos vasos de un extraño color azul violáceo.

—¿Qué cochinada es esta?

—Es un cóctel de Parfait Amour; lo más sofisticado que conocía hasta que me encontré con esta gente. Se llama Blue Moon y dicen que es una imagen del amor:



por fuera parece precioso, y es a la vez dulce y amargo. Pruébalo, anda, podría ser peor.

Lena obedeció e hizo una mueca al principio; luego, después del primer sorbo, esbozó una sonrisa.

—He tomado cosas peores, tienes razón. ¡Venga, cuéntame!

Ritch dio un largo trago a su bebida, intentando decidir cuánto contarle y cómo. No le iba a gustar un pelo la noticia de que quien había venido a buscar a Dani era una *karah* como sacada de un *Playboy*, pero tampoco podía mentirle porque se enteraría en cuanto se encontrara con la dama en cuestión, y estaba seguro de que eso sucedería necesariamente porque Emma hablaba de una posible reunión de todos los clánidas a instancias del *mahawk* azul, una reunión al parecer inminente.

—No sé mucho, la verdad. Ayer estábamos ahí dentro Dani y yo dándole vueltas al eterno tema de si él debería convertirse en familiar del clan blanco o no, cuando de repente nos dimos cuenta de que había una chica ahí mismo, en la puerta del salón, que nos miraba fijamente.

A Ritch se le desorbitaron los ojos al verla. Nunca, fuera de las páginas de papel satinado de una revista o de una sala de cine con la luz apagada, había visto una mujer así. Apenas si consiguió darle con el pie a Daniel para que no se perdiera la aparición.

Además de ser alta, llevaba unas sandalias negras con tacones de vértigo. La mitad de su cuerpo eran piernas. Dos piernas larguísimas, bronceadas y perfectas que se perdían en la seda negra de un vestido cortado en un lateral casi hasta la cadera redondeada que apoyaba en la jamba de la puerta. Cintura estrecha, pechos altos, firmes y plenos, cubiertos apenas por un pedazo de tela transparente que descubría el escote. Pelo largo y liso, abundante, negrísimo. Y una cara como dibujada por un artista de cómic: ojos inmensos de largas pestañas, nariz pequeña, labios generosos y rosados.

Ni él ni Dani dijeron palabra. Durante más de dos minutos permanecieron mudos, sentados uno junto al otro, mirando a la mujer como el que admira una obra de arte.

De pronto, la obra de arte echó a andar en su dirección y con una voz grave, como hecha de terciopelo, coñac y telarañas, dijo simplemente:

—Traigo un mensaje para el clan blanco.

En ese momento ambos se pusieron de pie, comprendiendo de golpe que era *karah*, que no podía ser otra cosa que *karah*. Ella sonrió y tomó asiento entre los dos.

—Mi nombre es Alix Black y pertenezco al clan negro. Señor Solstein, debo rogarle que me acompañe a Shanghai a entrevistarse con nuestro *mahawk*.

Daniel casi tartamudeó al contestar.

—¿Yo? ¿No sería más... adecuado que fuera el doctor Brown, o incluso algún

clánida blanco?

—Mis instrucciones son precisas, señor Solstein. Y urgentes... —añadió en voz apremiante con una mirada tan intensa que hasta Ritch, que no era el destinatario, se sintió fulminado por el brillo violeta de sus ojos.

—¿Cuándo tendríamos que salir? —Daniel estaba cada vez más nervioso.

—Esta misma noche. Ya mismo. —Le cogió una mano con la suya, elegante, delgada, de uñas pulidas. En el anular llevaba un diamante del tamaño de un guijarro —. Por favor.

—Tendría que pedir permiso.

—Hágalo, pero no tarde.

Sacudió la melena de un modo que todos los hombres del salón sintieron un escalofrío.

Daniel miró a Ritch, azorado, sabiendo que tenía que hacer algo cuanto antes y sin saber bien qué.

—Sube a hablar con ellos, date prisa. Yo le haré compañía a nuestra invitada hasta que vuelvas —dijo Ritch, más formal de lo que había sido en su vida.

La mujer le dedicó una sonrisa helada que mató en un segundo toda la fascinación que le había hecho sentir y en la que, sin embargo, Daniel no reparó porque, con una disculpa, se había levantado de la mesa y se dirigía al interior del hotel. En ese instante Ritch sintió con claridad que no es oro todo lo que reluce y que la belleza del cuerpo de aquella mujer no se correspondía con la belleza de su alma, suponiendo que tuviera alma.

—¿*Karah*?

—¿Cómo dices, Lena?

—Pregunto que si la chica que os miraba desde la puerta era *karah*.

—Sí. Del clan negro. Dijo que se llamaba Alix Black y que venía a traer un mensaje para el clan blanco, que su *mahawk* quería ver a Dani.

—¿Guapa?

—Psé. Vete tú a saber cómo será recién levantada. Además, ya sabes que los clánidas pueden conectar el embrujo ese que los hace fascinantes. Ella anoche puso el turbo a tope.

—¿Y Dani? —No quería preguntarlo por miedo a la respuesta, pero no era capaz de controlarse.

—Fue a pedir permiso, volvió, me dijo que regresaría lo antes posible, que estaría en contacto y que tenía que marcharse.

—La pregunta era si Dani también estaba fascinado por esa Alix.

—Mmm. No sé. No creo.

—Mientes muy mal, Ritch.

—Mira, Lena, yo sé seguro que Dani te quiere; lleva siglos dándome la paliza con lo maravillosa que eres y con lo que te echa de menos y el poco tiempo que habéis pasado juntos, pero la de anoche era una de esas mujeres que uno sabe que no pueden existir fuera del mundo virtual. Y sin embargo era de carne y hueso. Eso impresiona, la verdad. Te voy a ser sincero: te juro que cualquier hombre de los doce a los cien años se quedaría embobado mirándola. Lo que no significa que a uno tenga que gustarle como persona, claro está. Me dio la impresión de que es un bicho peligroso, y no lo digo para tranquilizarte.

Lena se encogió de hombros y se bebió el cóctel azul de un solo trago intentando tragarse las lágrimas que no quería derramar delante de aquel desconocido, por muy simpático y amigo de Dani que fuera. Luego se puso de pie.

—Me marchó, Ritch.

—¿Adónde?

—Ahora a mi hotel. Necesito dormir. Y pensar. Y dormir. Me han pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo. Mañana supongo que seguiré viaje a Shanghai.

—¿Vas a buscar a Daniel?

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Tengo otro asunto pendiente allí, pero quizá nos crucemos. Los tres. —Se le escapó una sonrisa torcida que preocupó a Ritch. Ninguna chica de su edad debería ser capaz de sonreír así.

—No hagas tonterías ni tomes decisiones precipitadas. Confía en Daniel.

—Todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario, ¿no?

—Eso es. No lo olvides. —Ritch sacó una tarjeta del bolsillo y se la tendió—. Sé que no soy más que un extraño, un desconocido, ni siquiera perfecto —y al decir esto sonrió de su propio chiste—, pero si quieres hablar con alguien que no sea *karah*, soy tu hombre. No encontrarás a nadie en el mundo que sepa tanto como yo de sentirse solo y fuera de lugar.

—Gracias.

—De nada. Ha sido un placer. Y por si te sirve de algo, tú eres más guapa que la de anoche.

—Ya te lo he dicho antes, no sabes mentir.

—Pero voy aprendiendo —dijo con una sonrisa.

Lena se encogió de hombros, como quitándole importancia al asunto, aunque era evidente que estaba a punto de llorar. Ritch se quedó mirándola mientras se alejaba, empequeñeciéndose entre las columnas de mármol, con la mochila colgada al hombro y la espalda curvada de pena o de miedo. Le habría gustado ayudarla, pero sabía por experiencia que hay situaciones en las que no hay ayuda posible.

Con el clan blanco, en Viena, acababa de aprender que en alemán se decía, lo

mismo que en inglés, que «lo que no te mata te hace más fuerte». Si eso era cierto, él tendría que ser muy fuerte. Mucho. A lo largo de su vida le habían pasado unas cuantas cosas que no habían conseguido matarlo.

No deseaba que Lena tuviera que pasar por lo mismo.



## Negro. Blanco. Bangkok (Tailandia)

No sabía qué hacer. Se sentía hundida, traicionada, vacía. Intentaba pensar bien y no podía lograrlo. Cabía dentro de lo posible que Dani sólo estuviera cumpliendo órdenes, haciendo lo que tenía que hacer; ahora se daba cuenta de que ni siquiera había caído en preguntarle a Ritch qué estaban haciendo ellos dos en Tailandia, por qué había venido Dani desde Europa y qué papel estaba haciendo para el clan blanco. Eso era importante.

Tenía que volver y preguntarlo, o se pasaría la noche dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño y, cuando lo lograra, aparecerían las pesadillas, como las que la habían acompañado toda la vida casi siempre que estaba de viaje.

Dio media vuelta y caminó medio corriendo hacia el hotel. Con un poco de suerte, conseguiría aún alcanzar a Ritch antes de que regresara a su habitación.

Desde la acera de enfrente, donde estaba oculto entre dos furgonetas aparcadas, Nils la vio volver sobre sus pasos y maldijo en voz baja. Suponía que no habría encontrado a Daniel, que quizá se había entrevistado con algún conclánida y ahora regresaba a casa, a dormir. Su plan era llegar al hotel antes que ella, interceptarla en el vestíbulo y llevarla a cenar o a tomar una copa para tener ocasión de que le contara lo que le había sucedido y poder consolarla. Sin embargo, Lena debía de haber olvidado algo y había decidido volver. Maldijo en voz baja.

Cruzó la calle y la siguió, ya sin el menor disimulo. Lo más probable era que ella supiera que él la estaba siguiendo para protegerla y no le molestara verlo aparecer después de la decepción que acababa de sufrir al encontrarse con que Dani ya no estaba en Bangkok. Al parecer, Alix había cumplido con su parte del trato.

Atravesó el inmenso vestíbulo blanco y dorado y, después de abrir unas cuantas puertas de salones, bares y restaurantes, dio con Lena que, de espaldas a él, hablaba con un hombre joven, pelirrojo. Se retiró al vestíbulo y se instaló en un sillón con un periódico británico como barrera y pantalla. Esperaría hasta que ella terminara.

No tardó mucho. Diez minutos después de haber entrado, la vio despedirse con dos besos en las mejillas y, ya estaba listo para levantarse y seguirla, cuando se dio

cuenta de que Lena pensaba ir al baño antes de salir a la calle, de modo que volvió a acomodarse en el sillón, sin quitar ojo del pasillo que llevaba a los aseos.

Veinte minutos más tarde, no había rastro de Lena, y Nils empezó a ponerse nervioso. Se levantó, recorrió el corto pasillo, que no tenía salida, y entró en el lavabo de caballeros sólo para ver si tenía ventana al exterior. No la tenía.

Salió de nuevo al pasillo y abrió cuidadosamente la puerta en la que se leía «*Ladies*». El interior, blanco y negro, de suelo ajedrezado, como el de caballeros, estaba silencioso y vacío. Tampoco tenía ventana ni ninguna otra salida.

—¿Lena? —llamó.

No hubo respuesta.

Entró y, una tras otra, fue abriendo las puertas de las siete cabinas. Nada. Lena se había esfumado.

—¿Puedo ayudarlo? —Una mujer de mediana edad vestida con un traje de cóctel rosa que habría quedado un poco cursi en una niña de diez años lo miraba desaprobadoramente.

—Perdone, señora. Estoy buscando a mi hermana —improvisó—. Hace más de diez minutos dijo que iba al baño y aún no ha vuelto.

—Salga, salga fuera, yo miraré.

Nils obedeció porque sabía que Lena ya no estaba allí. Al cabo de unos segundos, la mujer asomó la cabeza.

—Aquí no está. Pero en el piso de arriba, junto al restaurante francés, hay otros aseos.

—Muchas gracias, miraré allí.

¿Cabía la posibilidad de que hubiera ido a otro lavabo? Él había visto cómo entraba en ese pasillo; no era posible.

En la pared de enfrente, a la altura de sus ojos, había un gran mapa de Tailandia con todas sus islas. Se acercó a mirarlo como excusa para seguir en aquel pasillo mientras pensaba qué hacer.

En ese momento sonó su móvil. Un mensaje de texto. De Lena.

Lo abrió apresuradamente.

«Siento haberme marchado sin avisar, pero ahora necesito estar sola. Salgo para Shanghai. Dile a Imre que iré a visitarlo. Más tarde. Necesito un descanso. Gracias por todo. Beso».

Se había ido. Se había evaporado delante mismo de sus ojos. ¿Cómo lo había conseguido? ¿Por dónde había salido?

Si en Amalfi había sido capaz de atravesar una puerta blindada, ahora habría podido cruzar un tabique y salir directamente al jardín desde el lavabo. Era más que posible. Y eso significaba que ella sabía que él la estaba esperando y no quería verlo.

Dio un puñetazo rabioso contra la pared y el mapa enmarcado se tambaleó.

¿Dónde estaría ahora? Tendría que ponerse de nuevo a buscarla. Volvió a golpear la pared para descargar la rabia que sentía. El mapa volvió a tambalearse.

—¿Puedo hacer algo por usted? —Un empleado del hotel, joven y amanerado, lo contemplaba con una mezcla de miedo y fascinación, echando miradas por encima del hombro, debatiendo consigo mismo si debía llamar a seguridad.

Nils se acercó a él en dos zancadas y le dio unos cuantos puñetazos rápidos y feroces: mandíbula derecha, mandíbula izquierda, estómago, hígado, rodilla a los testículos, *uppercut* y, cuando ya estaba en el suelo, una leve patada que controló en el último instante, antes de que fuera letal.

Arrastró al chico, desmayado y sangrante, al baño de caballeros, se lavó las manos y salió llamándose imbécil y salvaje. No obstante, tenía que reconocer que ahora se sentía mucho, pero mucho mejor.



## Nexo. En vuelo

Lena se quitó los auriculares y se quedó mirando la oscuridad que era todo lo que se veía por la ventanilla del avión. Sólo estaban encendidas las veladoras y, a la luz amarillenta, su reflejo en el cristal era como el de un fantasma, incierto y nebuloso. Exactamente como se sentía.

Había decidido en el último momento ir a Shanghai, aunque lo que de verdad le apetecía era marcharse a Koh Samui, a encontrarse con el grupo de *traceurs* y volver a sentirse más o menos normal entre gente normal, pero luego se le había ocurrido que cuanto más tiempo dejara pasar, más probabilidades había de que Dani sucumbiera a aquella clánida que, por lo que Ritch le había contado, haría que hasta uno de esos antiguos eremitas del desierto cayera en la tentación.

Claro que también cabía la posibilidad de que ahora ella llegara a Shanghai, los encontrara juntos y Dani le dijera con toda claridad que la dejaba por la otra. Y eso dolería. Dolería mucho. Muchísimo. Pero al menos sabría cómo estaban las cosas, mientras que si se iba a Koh Samui, no dejaría de darle vueltas a lo que podría estar pasando. Había decidido bien. Al menos eso era lo que trataba de creer.

Además, tenía otras cosas en que pensar. En cuanto llegara a Shanghai su prioridad era, aparte de localizar a Dani y su bella acompañante, ver de entrevistarse con el Presidente. Aunque ni siquiera sabía concretamente para qué, le parecía importante conocerlo, ver cómo era ese hombre que, según Él, era su verdadero padre o, mejor dicho, su padre biológico. No tendría más remedio que llamar a Nils y pedirle que le arreglara una cita con el gran hombre porque no creía que una chica desconocida para él tuviera ninguna posibilidad de verlo. Y ver a Nils siempre era un riesgo porque, aunque muchas veces se lo negaba a sí misma, Nils le gustaba mucho, aunque acabara de dejarlo tirado en Bangkok.

Algo en ella, más fuerte que su pensamiento racional, se sentía atraído hacia él, como si supiera que se pertenecían; al fin y al cabo ambos eran *karah* y, cuando estaban juntos, era como si todo encajara de un modo que casi daba miedo.

Por eso, nada más darse cuenta de que él la había seguido hasta el hotel de Dani,



había decidido que no podía permitirse salir de aquel baño y encontrarse con su mirada, con su apoyo, con sus deseos de abrazarla y consolarla y hacerle olvidar todo lo que le había hecho daño. Era más que posible que Dani la estuviera engañando en ese mismo momento, pero ella quería poderle decir, cuando se vieran, aunque sólo fuera para cortar y despedirse, que ella le había sido fiel. Y si veía a Nils en esos momentos de necesidad, ya no estaba nada segura de poder seguir siéndolo, porque lo que de verdad le apetecía era que la quisieran, que la abrazaran, que la protegieran, que le dijeran que todo iba a salir bien. Todo lo que haría Nils en cuanto ella se lo permitiera.

No se lo había pensado mucho. En cuanto se dio cuenta de que él estaba esperando en el vestíbulo a que ella saliera, llorosa, del lavabo de señoras, para pasarle un brazo por los hombros y llevarla de vuelta a su hotel, supo que no podía salir por la puerta y enfrentarse a él. De modo que se limitó a reunir fuerzas, como le había enseñado Sombra, y atravesar la pared que daba al jardín. Desde allí no tuvo más que ganar la calle, subirse en uno de los taxis que había parados delante de la entrada y pedirle que la llevara al aeropuerto. Por fortuna el taxista estaba dispuesto a aceptar euros como pago de la carrera y ya en el aeropuerto cambió en bahts para poder pagar el pasaje a Shanghai. El único problema era que no tenía visado para entrar en China, pero mientras tanto había vivido tantas experiencias extrañas que ni siquiera le preocupaba demasiado. Si el Presidente era tan importante como decían, le arreglaría la cuestión del visado y la sacaría del aeropuerto. De todas formas tendría que ponerse en contacto con Nils y él organizaría todos los trámites. Ahora, mientras estuviera volando, no podía hacer mucho más.

Llamó a la azafata, preguntó cómo hacer para enviar un mensaje telefónico urgente y la mujer la ayudó a hacerlo a través del ordenador de su asiento. No tuvo que pensar demasiado:

«Estoy volando hacia Shanghai. No tengo visado. ¿Puedes arreglarlo y ponerme en contacto con el Presidente? Lo siento, Nils. Ya hablaremos. Un beso».

Dio las gracias a la azafata y se reclinó en el asiento. Como ya no había nada que hacer, podía al menos intentar dormir, de modo que cerró los ojos y trató de relajarse, pero el sueño se le resistía. En cuanto apartaba la vista de la realidad circundante, sus pensamientos empezaban a girar en torno a todo lo que había vivido, aprendido y oído en los últimos meses, y dentro de su cabeza se formaba un tornado, un altísimo embudo que lo arrasaba todo a su paso y la hacía desear desaparecer y olvidar.

Un tornado así había arrastrado a Dorothy a la tierra de Oz y, aunque al principio había tenido mucho miedo de no regresar jamás, Oz le había permitido conocer el valor de la amistad, aprender a creer en sí misma y hacerse adulta. Siempre le había gustado aquella historia que su madre le leía por las noches; siempre había deseado ser Dorothy y avanzar por el camino de losetas amarillas buscando al prodigioso

magos.

Ahora tenía que esforzarse por ver la parte buena de la situación. Ahora, hasta cierto punto, aunque no era así como se sentía, se había convertido en Dorothy. Pero las losetas amarillas no eran tan fáciles de encontrar ni formaban un camino reconocible con un destino único, tampoco tenía compañeros de viaje que buscaran lo mismo que ella, ni había un mago al final, aunque fuera un fraude, ni era evidente quiénes eran los malos y quiénes los buenos. Y ni siquiera tenía unos zapatos de lentejuelas rojas. Aunque eso tenía arreglo. Estaba segura de que en China debían de vender muchos zapatos de lentejuelas rojas. Se compraría unos en Shanghai, aunque sólo fuera para ponérselos cuando estuviera sola en el hotel.

Sonrió a su reflejo del cristal y, después de un rato de intentar relajarse, se enderezó en el asiento, se inclinó, cogió la pequeña mochila donde guardaba lo más preciado que poseía y que siempre llevaba dentro de la grande, y la puso sobre sus rodillas. Acababa de recordar que, antes de salir de la isla del clan azul, Nils le había dado algo de parte de Él. Ahora podía ser buen momento para ver qué era; aún le quedaban un par de horas de vuelo hasta Shanghai, estaba benditamente sola y, ya que no podía dormir, al menos haría algo útil. Incluso los dos asientos de su lado estaban desocupados; habría podido dormir tumbada si hubiera querido, pero los nervios la mantenían despierta. Quizá leyendo lo que fuera que Él había metido en aquel sobre le entrara sueño.

Sacó unas cuantas hojas impresas en colores y otro sobre, este sellado con cera de color marfil. El lacre que mantenía cerrada la solapa era una versión simplificada de la Trama, como una reducción del mismo símbolo que ella llevaba tatuado en el cráneo pero con menos detalle. En la parte de delante del sobre sólo estaba su nombre: Aliena.

Miró primero las páginas sueltas, pero no hizo más que pasar los ojos sobre ellas y en seguida se dio cuenta de que no lograría comprenderlas sin la ayuda de Él o de algún conclánida que tuviera profundos conocimientos de Tarot.

Le parecía extraño que los conocimientos que Sombra había implantado en su mente no se hubieran activado de inmediato al ver lo que la *mahawk* le había hecho llegar, pero así eran las cosas: aquello no le decía nada.

Lo único que resultaba realmente interesante en aquellas páginas es que aparecían muchos nombres de personas que ella ya conocía, o de quienes había oído hablar, y se podía llegar a la conclusión de que toda aquella gente tenía relación con ella.

En la primera página ponía:

I. Mago	Dominic
II. Sacerdotisa	Joelle
III. Emperatriz	Emma
IV. Emperador	Imre
V. Sumo sacerdote	Ragiswind
VI. Amantes	Albert
VII. Carro	Nils
VIII. Justicia	Eringard
IX. Eremita	Tanja
X. Rueda	Arek
XI. Fuerza	Bianca
XII. Colgado	Nagai
XIII. Segador	Gregor
XIV. Templanza	Arúa
XV. Diablo	Alix
XVI. Torre	Lasha
XVII. Estrella	Luna
XVIII. Luna	Flavia
XIX. Sol	Eleonora
XX. Juicio	Yerek
XXI. Mundo	Lena
0. Loco	Shane

El nombre de cada clánida estaba pintado del color de su clan; a los clánidas blancos les habían adjudicado el verde para que resaltara sobre el blanco de la cartilla. Repasó la lista contando los que le resultaban conocidos, once de veintidós, la mitad. Doce nombres si contaba también el suyo, que aparecía junto al arcano XXI, el Mundo, pintado en cuatro colores, exactamente como le había enseñado Sombra poco después de su cumpleaños cuando, desde Madrid, se dirigían a la Cueva del Águila. Eso sí lo recordaba con claridad.

Se preguntó qué podía significar eso, si el Mundo sería una buena carta, si reflejaba su carácter, su futuro o incluso su destino. No tenía forma de saberlo por el momento. Recordaba vagamente qué aspecto tenía el arcano; le sonaba haber preguntado a Sombra si los símbolos que rodeaban la figura de la muchacha desnuda eran los de los Evangelistas. Sombra había contestado que ahora sí, como dándole a entender que eran mucho más antiguos y que la tradición cristiana se los había apropiado. Lo miraría en cuanto llegara a un lugar con acceso a Internet.

Echó un vistazo a otra página en la que aparecían los mismos nombres, pero esta vez relacionados con ella, lo que hacía que ella cambiara de número y de posición mientras que los demás seguían estando representados por los arcanos de la página anterior. Todos, salvo el Shane, que siempre daba la sensación de ser su opuesto: Loco/ Mundo.

No entendía nada, su ignorancia era casi total. Además, ahora ni siquiera había colores y ya no se hablaba de Arcanos Mayores, sino de Arcontes. ¿Sería lo mismo o

significaría algo especial, algo que ella debería saber? ¿Estaría ese conocimiento enterrado también en su mente esperando el momento adecuado de salir a la superficie?

¿No era ya el momento adecuado? ¿No sería ese mismo el mejor momento para comprender lo que Él quería comunicarle?

Resopló, impaciente. Sombra seguía desaparecido. ¿Seguiría «dañado» como él mismo le había dicho? ¿O es que la había abandonado definitivamente a su suerte?

La última hoja sólo contenía unas pocas líneas que no ayudaban a la comprensión de nada:

Rojo – Tierra – Oros  
Negro – Fuego – Bastos  
Azul – Agua – Copas  
Blanco – Aire – Espadas

Volvió a guardar los papeles en el sobre marrón y se concentró en el otro sobre color marfil. Era consciente de que tenía que abrirlo y enterarse de otras mil cosas que de hecho no quería saber; estaba cansada, no quería tener que pasar de nuevo por el descubrimiento de algo que la concernía y de lo que no había tenido conocimiento en todos los años de su vida. Habían sido demasiadas informaciones en muy poco tiempo y no había tenido tranquilidad para poder digerirlas todavía.

Sacó su libro de notas y, antes de animarse a abrir el último sobre que le quedaba, decidió hacer una lista de los datos más importantes que había recibido desde que aquel día lejano de otoño había salido de Innsbruck después de la conversación con el falso notario.

- En el mundo hay dos especies de seres inteligentes y civilizados: *haito* y *karah*.
- Soy *karah*, no *haito* como siempre creí.
- Pertenezco al clan blanco.
- Sombra es mi maestro.
- Max no es mi padre biológico.
- Mi padre biológico es Imre, del clan negro.
- Clara fue concebida a propósito para desviar la atención de mí.
- Mi nacimiento fue preparado hace tres generaciones.
- Voy a vivir mil años, como mínimo.
- Mi misión es abrir la puerta que comunica con otra realidad.
- No soy la mentora del futuro nexo.
- Soy el nexo.

Cualquiera de aquellos puntos era bastante para darle escalofríos, sin contar con

todo lo que había aprendido y con la conciencia de que, en los pocos meses que llevaba viajando, había cambiado tanto que era capaz de una violencia desmedida, hasta el punto de haber llegado a matar.

Pero no quería que sus pensamientos derivaran hacia ese tema. Estaba demasiado cansada y confusa para permitírselo. Ya habría tiempo.

Sin darle más vueltas, rasgó el sello de lacre y abrió el otro sobre. Dentro, había un buen número de páginas escritas en la inconfundible letra de su madre, la letra más bonita que había visto en la vida y que ahora sabía que se había ido formando al correr de los siglos.

«Historia de Bianca», rezaba el título.

Lena se estremeció. ¿Iba a contarle por fin su madre quién era, quién había sido? ¿Iba a encontrar allí una explicación al hecho de que Max no fuera su padre biológico sino Imre Keller, aquel *karah* desconocido, *mahawk* de su clan, el amigo, mentor o hermano mayor de Nils?

Encendió la luz de encima de su asiento y, con avidez, se sumergió en la lectura de aquellas páginas.



## Historia de Bianca

Mi amor, mi preciosa, mi niña blanca y negra:

En el instante en que escribo estas líneas eres aún pequeña y no tengo modo de saber cuándo y dónde llegarás a leerlas. Cuando termine, encerraré estos papeles en un sobre y lo confiaré a Él, mi amiga de tantos años, para que te los entregue cuando haya llegado el momento. Me gustaría ser capaz de hacerlo personalmente, pero me temo que no podrá ser.

Cuando leas esto sabrás muchas cosas que ahora ignoras, tendrás montones de preguntas que en otra fase de esta, tu primera existencia, te habrían parecido ridículas; es posible incluso que estés pensando que soy una mentirosa, una traidora, que te he engañado toda tu vida. No me extrañaría que lo creyeras, así que voy a tratar de explicarte ciertas cosas con la esperanza de que me entiendas mejor.

Es difícil decidir dónde empieza una historia y sé que el resultado depende de cuál sea el principio elegido, por eso he pensado en no apartarme de lo convencional y empezar por mi nacimiento para que sepas —al menos ahora— quién es tu madre y de dónde procedes tú.

Yo misma decidí educarte como *haito*, en un entorno *haito*, y sé que para ti en estos momentos será importante saber de dónde vienes y quiénes son tus antepasados, pero debes saber también que para *karah* todo esto es irrelevante. Lo único que cuenta es la sangre, nuestro *ikhôr*. Si tu sangre es *karah*, tú eres *karah*. Quiénes hayan sido tus abuelos o tus padres carece de importancia y, una vez llegada a la edad adulta, todos tus conclánidas son parejas potenciales, tanto si son antepasados tuyos como si no. *Karah* no tiene el tabú del incesto, tan frecuente en las comunidades *haito*, porque *karah* mejora reproduciéndose entre sí. De manera que, llegado el momento, puedes intentar reproducirte con alguien que, usando los criterios *haito*, es tu abuelo, o tu padre. Hermanos es muy poco probable que llegues a tener, pero también podrías unirte a ellos sin ninguna traba ni genética ni moral.

Quizá cuando seas algo mayor pueda comenzar a explicarte todo esto, pero resulta tan contrario al pensamiento *haito* que me parece mejor dejar que crezcas sin

fisuras y después, cuando seas adulta y realmente capaz de asimilarlo, enseñarte todo lo que debes saber.

Pero, como te decía, empecemos por el principio:

Nací en Madrid, en 1643, en el reinado de Felipe IV de Habsburgo, y me impusieron el nombre de Mariana de Miraflores. Quizá aún te impresionen las fechas y te parezca espantoso tener una madre tan vieja, pero para ayudarte a mantener las proporciones, te daré un consejo: quítale el último dígito a los años y obtendrás una aproximación a las edades de *haito*. Ahora, en el momento en que escribo esta carta, tengo 360; si le quitas el último cero y rebajas un poco aún, puedes hacerte una idea de que, si fuera *haito*, tendría unos 36 años o algo menos, lo que quiere decir que aún soy joven, que en circunstancias normales aún me quedaría mucha vida por delante.

*Karah* no es amante de las genealogías, pero de todas formas, dado que tú estás siendo educada como *haito* y para ti seguramente es importante, te diré que mi madre fue la duquesa Beatriz de Miraflores, miembro del clan blanco, al que tanto tú como yo pertenecemos por decisión de nuestras madres.

Mi padre fue un clánida rojo, en aquella época cardenal de la Iglesia católica, Diego Guerrero, un *karah* extraordinario, *mahawk* de su clan. Nunca he sabido con seguridad, porque mi madre nunca me lo dijo, si mi padre sabía que yo era hija suya. Quizá no, porque de haberlo sabido, habría intentado reclamarme para el clan rojo.

Me educaron en el seno del clan blanco hasta que cumplí los veinte años, Beatriz como madre, el cardenal Guerrero como mentor, y llegué a la edad que entonces se creía adecuada para intentar concebir un hijo. En aquella época, las costumbres sociales hacían necesario que una muchacha tuviera un esposo y, como suele ser el caso entre clánidas, mi madre tomó la decisión de entregarme a un conclánida blanco cuya obligación sería intentar que yo quedara embarazada.

Ya entonces teníamos pocos miembros y, dado que las edades no son relevantes para *karah*, y no hemos tenido nunca el tabú del incesto, como te he explicado ya, ni entre hermanos, ni entre padres e hijos, tíos o abuelos, la elección recayó sobre nuestro propio *mahawk*, que poco antes se había llamado Ulrich von Finsterthal, de nacionalidad alemana, y en la época de la que te hablo se había convertido en el conde-duque Enrique de Sotogrande; un hombre enorme, de pelo plateado y ojos casi transparentes, que sonreía poco y ardía por dentro con una llama devoradora. Yo lo admiraba ciegamente porque era fuerte, inteligente, protector y sabio.

Nos casamos por las leyes *haito* en Madrid, una límpida mañana de primavera; mi mismo padre, satisfecho de verme casada con otro *mahawk* como lo era él mismo, fue quien nos administró el sacramento del matrimonio.

Nunca tuvimos hijos, lo que es habitual entre conclánidas. Tampoco nos veíamos demasiado después de los primeros meses de casados. Enrique, o Ulrich, como prefería que lo llamara cuando estábamos a solas, era un guerrero nato y se alejaba

durante años para tomar parte en las guerras que asolaban Europa.

En mi siguiente vida nos separamos definitivamente, sin rencor ni malicia. Yo marché a Francia y allí tuve una relación relativamente larga con un conclánida rojo de mi misma edad, de la que tampoco hubo herederos. Cuando empezaron las revueltas que más tarde llevarían a lo que tú conoces como Revolución francesa, huí del país y, en lugar de marchar hacia América como hizo el clan negro, me marché hacia Oriente, primero a Egipto, luego hacia la India y de ahí, buscando al clan azul, hacia las islas de Siam.

Llegué finalmente a la zona del Pacífico donde se habían establecido. Allí conocí a Joelle, nos hicimos amigas y pasé un tiempo alejada de los demás conclánidas, explorando la ciudad submarina de Atlantis y sus prodigios. Más tarde, ya casi un siglo después, en el último tercio del siglo XIX, regresé a Europa y me instalé en Austria, en Viena.

Allí conocí a quien sería una de las dos personas más importantes de mi vida: el Gran duque Ivan Nikolaievich Iliakof, un conclánida negro, *mahawk* de su clan por circunstancias (el que lo había sido hasta un par de siglos antes —Ragiswind— había desaparecido y se le daba por muerto), que vino a buscarme al palacio que yo acababa de comprar en la Viena de Francisco José II, para proponerme un negocio.

Tanto él como yo llevábamos mucho tiempo reuniendo todo tipo de informaciones de *karah* concernientes a la posibilidad de abrir la puerta que, según las leyendas, comunica este mundo con el otro del que supuestamente procedemos y que no se sabe si es otra realidad u otro plano temporal que ocupa el mismo espacio, o un universo paralelo.

Los dos estábamos fascinados por la posibilidad de salir de este mundo, de descubrir otras realidades, de ir más allá que todos los que nos habían precedido; ambos ardíamos con el mismo fuego.

Cuando, al cabo de unas semanas, nos dimos cuenta de que la cuestión digamos «profesional» era una simple excusa para vernos con la mayor frecuencia posible, decidimos confesarnos abiertamente que queríamos estar juntos e intentar tener un heredero para uno de los clanes. Yo, evidentemente, quería que ese heredero fuera para el clan blanco y él para el negro. Entonces yo era la baronesa Alma von Blumenthal y todos los primogénitos de las grandes familias se disputaban mi mano. Si alguna vez estás en Viena, en el Kunsthistorisches Museum encontrarás un retrato mío de aquella época, vestida de blanco con detalles de color de rosa y un perrito sobre la falda. Quizá te resulte estúpido, pero entonces era la moda.

Siendo *karah* tanto Ivan como yo, resulta ligeramente embarazoso decir que nos queríamos. Supongo que, mientras tanto, sabes que *karah* no es una especie particularmente emotiva, aunque cuando ambos son clánidas se considera soportable que la unión tenga también toques sentimentales.



Si hubiéramos sido *haito*, yo ahora te diría que estábamos locamente enamorados. Siendo *karah*, te diré que nuestra unión era fuerte y estable, que compartíamos intereses, deseos y metas. Conseguimos reunir una apreciable cantidad de documentos que habían estado dispersos durante siglos y pensamos transportarlos hasta la ciudad submarina del clan azul porque creíamos que sería el lugar donde más seguros podrían estar, además de que contábamos con el apoyo de Joelle, la *mahawk* azul, con quien yo había entablado amistad en mi vida anterior.

Teníamos previsto salir de Viena a principios del verano de 1914, cuando la corte solía ponerse en marcha para pasar unas semanas en Bad Ischl. Y entonces, un 28 de junio, Franz Ferdinand, el príncipe heredero del Imperio Austro-Húngaro, fue asesinado en Sarajevo. Apenas un mes más tarde, se había declarado la guerra.

A comienzos de la Primera Guerra Mundial nos pusimos en camino desde Viena, por Innsbruck y cruzando el paso del Brennero, hacia Génova, donde pensábamos embarcarnos para Egipto y de ahí hacia el Índico.

No habíamos contado con que la frontera entre Austria e Italia sería tan problemática. Había soldados, patrullas y controles por todas partes. Nosotros éramos alta nobleza y normalmente nos permitían pasar por donde queríamos y podíamos avanzar, pero querían controlarnos, saber qué llevábamos en los arcones y maletines que nuestros sirvientes acarreaban.

Joseph, a quien tú conocerás pronto como *oncle* Joseph si todo sale como yo espero, venía conmigo. Entonces era un muchacho muy guapo de unos dieciocho años de apariencia, fascinado por las posibilidades que *karah* le ofrecía como familiar. Era leal como un perro, cariñoso, valiente; dispuesto a darlo todo por mí, tanto que, a veces, Ivan Nikolaievich se sentía celoso.

Yo lo apreciaba enormemente e incluso ahora, que es un anciano a las puertas de la muerte, sigo yendo a París de vez en cuando para alimentarlo, a él y a su hija Chrystelle, e intentar prolongar su vida.

He perdido varios familiares queridos al cabo de los siglos, pero nunca ha habido nadie como Joseph, y cuando por fin le llegue su último día, sé que lloraré amargamente, porque no sólo ha sido mi familiar, mi guardaespaldas, mi confidente y mi amigo. Como ahora mismo te contaré, Joseph me salvó la vida. E incluso algo más.

Sabes que en mi vida actual, la que tú conoces, en la que soy Bianca Wassermann, me dedico a escribir guiones para series de televisión. Eso es bastante raro en *karah*. No somos una especie particularmente creativa; nunca ha salido de entre nosotros ningún artista digno de mención. Siempre hemos sido mecenas, patrocinadores, compradores de arte, nunca artistas.

Sin embargo, yo descubrí hace unas décadas que escribir no me resulta difícil. Sé que no soy genial, que mis guiones jamás serán literatura, pero son ingeniosos, están

bien escritos y gustan al público. Estoy acostumbrada a complicar las cosas sencillas para crear tensión y que los espectadores disfruten de la trama. Y ahora, en esta carta, lo que tengo que hacer es justamente lo contrario: hacer sencillo lo complicado, y eso es lo que me está resultando tan problemático. Espero conseguirlo lo bastante como para que entiendas al menos lo fundamental.

No sé si habrás captado ya el carácter básico de *karah*. Lógicamente, tampoco es posible reducir a unos cuantos adjetivos lo que somos, pensamos y sentimos, pero es importante que entiendas que, aunque somos capaces de amar —espero que sepas y sientas todo lo que te quiero y te he querido incluso desde antes de que nacieras—, nuestros lazos son menos intensos que los de *haito* y, una vez que cambiamos de vida, de nombre, de lugar y de profesión, nuestro pasado suele perder relevancia y los sentimientos que existieron entonces se van difuminando hasta desaparecer. Una puede haber vivido una relación exclusiva o casi exclusiva durante ochenta años con otro conclánida y un par de vidas más tarde ya no queda nada, ni afecto, ni rencor, ni deseos de venganza ni nostalgia por lo perdido..., ese conclánida vuelve a ser un *karah* nuevo, neutro, con el que se puede volver a empezar o que puede convertirse en un enemigo.

Te digo todo esto para que puedas entender mejor lo que voy a contarte ahora.

Cuando Ivan y yo emprendimos el camino que debería llevarnos desde Viena hasta las islas del Pacífico sur donde habitaba el clan azul, tuvimos mucho cuidado de no llamar la atención de los otros clanes que, como siempre, estaban centrados en conseguir nuevos miembros, posiblemente porque sabían que nosotros estábamos viviendo en la corte vienesa y suponían que estábamos, como ellos, intentando procrear para el clan blanco o para el negro.

Recordarás que dos vidas atrás yo había estado unida a Enrique de Sotogrande, el *mahawk* blanco que en otras existencias se había llamado Ulrich von Finsterthal y mucho antes Silber Harrid.

Él era uno de los conclánidas más viejos y tenía una impresionante historia de violencia a las espaldas, pero también era famoso por sus conocimientos sobre mitos y leyendas de *karah*. Se había pasado siglos recopilando briznas de información y reuniendo piezas dispersas que de otro modo se habrían perdido al correr de los tiempos. Fue él precisamente quien estimuló mi interés por la antigüedad y quien despertó esa sed de saber que nunca me ha abandonado. Ya en el siglo XVII, mientras él estaba en alguna de las muchas guerras que asolaban Europa y yo hacía mi vida en nuestro palacio de Madrid, me dediqué a buscar sus escondrijos y a hacer copiar todo lo que iba encontrando, que no era mucho, porque Enrique era un auténtico zorro de la ocultación.

Pero Enrique de Sotogrande no deseaba lo mismo que yo. Yo buscaba información para comprender y para, llegado el caso, intentar el paso a ese otro

mundo, abrir esa misteriosa puerta de comunicación. Él no. Él reunía piezas y documentos para hacerlos desaparecer del alcance de *karah*, para que nadie, nunca, pudiera abrir la puerta. Nunca supe por qué. No sé si teme el fracaso o si teme que pueda darse el contacto y que lo que encontremos al otro lado nos destruya.

En cualquier caso, para Ivan y para mí no había nada más importante que avanzar en esa dirección. Y para eso eran indispensables dos condiciones: encontrar y reunir en una sola mano toda la información existente, y hacer todo lo necesario para producir un nexo.

Cuando, en el verano de 1914, emprendimos aquel viaje hacia las islas del Pacífico sur, viajaban con nosotros todos los documentos, mapas, cuadros y piezas dispersas que habíamos podido reunir en tres siglos de esfuerzos, y confiábamos en que, una vez llegados a Atlantis, con la ayuda de Joelle, todo se aclararía y, si Ivan y yo conseguíamos procrear, nuestro hijo o hija sería el nexo que *karah* llevaba siglos buscando. Y entonces el camino a las estrellas quedaría expedito.

Esa había sido la casualidad más afortunada que hubiéramos podido desear: yo era hija del clan blanco y del clan rojo; Ivan era hijo del clan negro y del clan azul. Cuando nuestras sangres se mezclaran, el nuevo ser sería hijo de los cuatro clanes por primera vez en casi dos mil años.

Pero no contábamos con Sotogrande, el temible Silber Harrid. Ni se nos había ocurrido que el *mahawk* blanco pudiera estar siguiéndonos y fuera a intentar impedir que nuestros planes llegaran a ponerse en marcha.

Él y unos cuantos hombres pagados —pocos, por fortuna, ya que debió de creer que con media docena bastaba para destruirnos— nos interceptaron en el camino que nos llevaba de Austria a Italia. En el Goldener Adler de Innsbruck, el último hotel de calidad donde hicimos alto, nos habían aconsejado no viajar en tren, como habíamos previsto, porque estaban siendo requisados para transportes de tropas, igual que los pocos vehículos de motor que existían en la capital. Lo mejor, nos dijeron, era alquilar un carruaje y desviarnos del camino real para cruzar el paso del Brennero por senderos menos frecuentados y así evitar molestos controles.

Quizá el que nos dio este consejo fue uno de los hombres de Sotogrande, nunca lo sabré; el caso es que nos emboscaron y, a pesar de que Ivan, Joseph y yo, que afortunadamente íbamos armados, conseguimos librarnos de todos los matones del *mahawk* blanco, al final no nos quedó más remedio que separarnos. Ivan se quedó atrás, luchando con el que había sido mi esposo, y me ordenó que me pusiera a salvo con la maleta donde guardábamos los documentos más importantes. Joseph vino conmigo.

Soltamos dos de los caballos del carruaje y emprendimos una loca fuga que nos iba llevando cada vez más alto, entre fisuras de roca que se abrían a nuestros pies como abismos infernales en cuyo fondo brillaba azul el hielo de las lenguas de los

glaciares que iban abriéndose camino hacia el sur, arrastrando tierra y rocas a su paso.

Yo confiaba en Ivan y estaba segura de que sería capaz de vencer a Sotogrande, pero no podía evitar que se me encogiera el corazón al pensar en que Silber Harrid había sido el jefe vikingo más temido de Europa y que no había dejado de luchar un solo día de su vida, mientras que Ivan, en los últimos tiempos de Viena, no había hecho más ejercicio que montar por el Wienerwald, y batirse deportivamente con sus compañeros de esgrima.

Al cabo de varias horas de camino, y cuando vimos que nuestros caballos ya no podrían llevarnos más lejos, desmontamos y continuamos a pie, destrozándonos las botas entre las rocas y temiendo que llegara la noche sin que hubiéramos conseguido descender lo suficiente como para encontrar refugio en alguna aldea.

Aunque era verano, el tiempo era fresco y a lo largo del día las nubes fueron cubriendo el sol hasta que empezamos a sentir que se acercaba una tormenta.

Joseph me azuzaba a no detenerme, a continuar bajando cada vez más de prisa, antes de que comenzaran los rayos. Yo estaba agotada y mis ropas eran las propias de una aristócrata cuando va de viaje: cómodas, pero no pensadas para trepar por las montañas.

La tormenta se acercaba desde el oeste, cubriendo el mundo con un velo negro sólo momentáneamente rasgado por los relámpagos aún lejanos pero que pronto estarían sobre nosotros. El trueno rodaba casi sin interrupción desde el paisaje de montañas que cerraban el horizonte, rojo como la sangre en el mínimo filo que las nubes aún no habían cubierto. Sabíamos que pronto nos tragaría la oscuridad y tendríamos que detenernos porque un paso en falso podría llevarnos para siempre a la sima de un glaciar.

Descendíamos sin mirar atrás, cogidos de la mano para mantener mejor el equilibrio; Joseph cargando con la maleta donde estaba el producto de todos nuestros esfuerzos, yo con el bolso del dinero y los papeles de viaje. Casi no veíamos ya dónde poníamos el pie y Joseph había empezado a buscar un refugio para escondernos durante la noche cuando, de repente, la enorme silueta blanca de Silber Harrid se recortó frente a nosotros, iluminada por un relámpago tan intenso que nos cegó por unos segundos.

Joseph me tiró al suelo de un empujón, tratando de apartarme de un posible disparo; me cerró la mano sobre el asa de la maleta y se alejó de mí para enfrentarse con nuestro enemigo. Yo grité su nombre para que volviera. Un muchacho *haito* de apenas veinte años por su aspecto, aunque en realidad contara más de cincuenta, no era contrincante para el gigante de plata que había matado cientos de hombres a lo largo de varios siglos. Era mejor rendirse. *Karah* no mata a los suyos si no es absolutamente necesario.

Ni siquiera en ese momento pensé que Ivan podría haber muerto. Si Sotogrande

lo había vencido, ahora estaría atado de pies y manos en alguna cueva esperando la suerte de que alguien lo liberara. Pero Joseph era *haito* y no podía esperar ninguna consideración por parte de *karah*.

Volví a llamarlo. Grité a Sotogrande que me rendía, que podía quedarse con lo que había venido a buscar, pero no hubo respuesta. Con el siguiente relámpago no conseguí verlo.

Mientras tanto los rayos caían a nuestro alrededor y los truenos eran ensordecedores, pero no llovía; éramos azotados como peles por una tormenta seca, con un viento caliente que quitaba la respiración y traía un olor extraño, eléctrico. Tenía los cabellos de punta y al pasar la mano por la ropa, en la oscuridad se veían chispas y pequeños relámpagos, como espejismos.

Me puse de pie a pesar del huracán y unos cien metros más abajo, a la derecha, distinguí las siluetas de los dos hombres, no sé si ya luchando, o dispuestos a enfrentarse. Un segundo después regresó la oscuridad y, cuando volví a ver, Joseph había desaparecido y Sotogrande se dirigía hacia mí como un demonio recién escupido del averno, con su pelo de plata agitándose al viento como un ser vivo y esos ojos de hielo taladrándome con su mirada muerta.

Mi furia por haber perdido a Joseph era tan grande que recuerdo haber aullado de rabia al pensar que Enrique me había arrebatado a mi familiar. No tenía miedo. Al contrario, sentía que la ira me daba fuerzas para cualquier cosa y estaba deseando que llegara a mi altura para poder sacarle los ojos con las uñas. Pero antes de tenerlo cerca, se me ocurrió algo mejor.

En ese momento tomé una decisión que todavía no sé si lamento.

Levanté la maleta un segundo antes de que él llegara a mi altura y, con todas mis fuerzas, la lancé al abismo, a una de esas grietas heladas que habían jalonado nuestro camino.

Sobre el fragor de los truenos oí su rugido de desesperación y, sin poder evitarlo, sonreí. Nosotros habíamos perdido, pero Sotogrande no iba a ganar.

Al pasar por mi lado, decidido a lanzarse en pos de la maleta, me echó una mirada de odio puro y, sin detenerse un segundo, me levantó en vilo por la cintura y de un empujón me arrojó con todas sus fuerzas hacia abajo, a una de las grietas de roca, en la oscuridad.

No recuerdo más.

El resto, lo que voy a contarte ahora, sólo lo supe luego, en años posteriores, porque me lo contaron a mí. Yo no tengo recuerdos conscientes de todo ello. Ni siquiera ahora, después de tanto tiempo.

Cuando desperté, o quizá debería decir cuando volví a adquirir conciencia de mí misma, lo primero que recuerdo es un patio con una fuentecilla y bancos de azulejos

blancos, verdes y azules, un cielo límpido, casi de color añil, y el perfume de un limonero que me daba sombra.

Yo estaba sentada en una mecedora y junto a mí, en una sillita baja, de enea, una muchacha joven bordaba flores con un bastidor sobre una tela de batista blanca mientras cantaba en voz baja, en español.

Durante dos canciones no dije nada, no me moví, me limité a estar allí, disfrutando de poder sentir, de ser consciente de mi existencia aunque, en ese momento, ni siquiera sabía quién era yo, cómo me llamaba ni qué hacía allí, bajo el limonero.

Luego, poco a poco, empezaron a acudirme recuerdos sueltos, retazos de imágenes, de voces, de luces del pasado, pero seguí inmóvil, abriendo y cerrando los ojos para disfrutar de la maravilla de ver, de descubrir que lo que veía tenía sentido, que lo que me rodeaba tenía nombre y yo conocía esos nombres: limonero, muchacha, fuente, bastidor, azulejos...

Entonces entró Joseph en el patio y todo pareció iluminarse, como si de repente hubiera salido el sol. Parecía mayor, pero seguía siendo guapo y fuerte. Parecía *karah*. Quizá hubiera seguido alimentándose de mi sangre, pero yo no lo recordaba.

Se acercó a la muchacha que bordaba, su mirada pasó sobre mí y, de repente, sus ojos se clavaron en los míos, se dio cuenta de que yo los tenía abiertos, y cayó de rodillas.

Le tendí las manos y nos abrazamos ante la mirada atónita de la jovencita. Luego supe que ella me conocía desde siempre, pero sólo como la hermosa señora encantada que no era capaz de hablar ni de reír ni de darse cuenta de que estaba viva.

Era el verano de 1932 y estábamos en la costa de Alicante, escondidos desde 1914 en un pueblecito junto al mar. Para los vecinos yo era la hermana de Joseph, una hermana viuda de guerra que había perdido la razón tras la muerte de su esposo; él había tenido una hija, Estrella, y ahora vivíamos reclusos, esperando el milagro de mi recuperación. Él nunca había dejado de creer que era posible; sabía que *karah* sana con facilidad y, aunque mis heridas cerebrales debían de haber sido muy graves, nunca perdió la esperanza. Y el tiempo le había dado la razón.

De Ivan no había vuelto a saber nada, ni tampoco de Sotogrande. En el encuentro final, en las montañas, cuando Joseph vio que no podría vencer al gigante blanco, optó por ocultarse sabiendo que no lo buscaría, que el *mahawk* había venido a buscar algo que era más importante que un muchacho *haito*. Pensó que seguramente Sotogrande lo creería un traidor a su ama, un traidor que no estaba dispuesto a arriesgar su vida por ella.

Joseph esperó a que el *mahawk* desapareciera y luego empezó a buscarme grieta por grieta hasta que dio conmigo, desmadejada como una muñecarota sobre una lengua de hielo, pero aún viva. A costa de grandes esfuerzos me sacó de allí y me

llevó a España, que era neutral en la guerra, y con el dinero que llevábamos en la bolsa compró una casita cerca de la playa y se instaló a esperar. Ni una sola vez tomó de mi sangre, porque le parecía una transgresión, ya que yo no estaba consciente para ofrecérsela, por eso había envejecido, pero en cuanto me sentí de nuevo viva, volví a alimentarlo y, en agradecimiento, convertí también a su hija en familiar.

Pasaron cuatro años en los que yo fui recuperando mis fuerzas y mi antiguo ser, y empecé a plantearme el paso siguiente. Joseph me había dicho que, unos años atrás, una conclánida blanca que decía ser mi madre, había estado buscándome, había venido a verme, apenas una hora, en mitad de la noche, y le había pedido que me protegiera mientras ella tenía que ocultarse. No le había explicado más, salvo que había cambiado de nombre y se llamaba Emma Uribe.

El 18 de julio de 1936 se declaró la guerra en España. Como yo había vivido ya varios momentos históricos previos al comienzo de una guerra, sabía perfectamente lo que se avecinaba y por tanto nosotros habíamos pasado ya a Francia un mes antes, después de vender lo poco que poseíamos, pero el dinero no era problema, ya que yo tenía en un banco de París una auténtica fortuna aún a nombre de Alma von Blumenthal. Tuve que envejecer unos años para que nadie sospechara de mí pero la reclamé, reclamé también el apartamento que había comprado a finales del siglo XIX en el boulevard Delessert y que Joseph ya conocía, instalé allí al padre y a la hija, que ahora se llamaba Chrystelle, y me dediqué durante un tiempo a construir mi nueva vida.

Decidí llamarme Ennis y buscar a la conclánida que había sido mi madre para poder conectar de nuevo con los clanes e informarme de qué había sucedido en mi ausencia. Habría preferido entrar de nuevo en contacto con Ivan, si aún vivía, pero no tenía forma de saber quién era o dónde estaba, así que pensé seguir la única pista real.

Tardé un par de años, durante los cuales me instalé en París, compré un apartamento en la rue Vavin y estudié paleobotánica.

Tienes que comprender que en aquella época no teníamos herramientas como el Internet actual. Lo más que habríamos podido hacer para encontrar a alguien era contratar a una agencia de detectives, pero eso era algo que a ningún conclánida se le hubiera pasado por la cabeza, ya que constituía un peligro para todos nosotros.

Por fin, poco antes de la segunda guerra, me enteré de que la doctora Uribe era arqueóloga y estaba dirigiendo unas excavaciones en la zona de la antigua Mesopotamia. Me trasladé con Joseph y Chrystelle a Egipto y de allí fui sola a encontrarme con Emma, la mujer que con el nombre de Beatriz de Miraflores había sido mi madre en el siglo XVII.

No voy a contarte las cosas con detalle, porque no me parecen relevantes en este momento, pero quiero que sepas que Emma no sabe quién eres y posiblemente tampoco le parezca importante saberlo. Quiero decir que, cuando la conozcas, no

esperes que se comporte como una abuela cuando le digas quién eres. No lo es en el sentido que *haito* le da a las relaciones familiares. Para ella serás una conclánida. O serás el nexo. Te respetará y probablemente tratará de manipularte porque es su carácter, pero es una mujer espléndida y estoy segura de que hará todo lo que esté en su mano para conseguir que logremos nuestros propósitos y también colaborará en la apertura de la puerta.

Sobre 1940, Albert de Montferrat, un clánida blanco del que quizá hayas oído hablar, aunque seguramente por su extraña pasión por Emma a lo largo de los siglos más que por ninguna otra cosa, hizo un descubrimiento increíble en el ártico.

No voy a poner nada de ello por escrito. Estoy segura de que te enterarás a su debido tiempo. De momento basta saber que todo el clan blanco se reunió para fundar una estación de investigación polar, como tapadera para estudiar lo que acababan de descubrir. Desde entonces viven allí.

Yo también estuve allí durante unos años. Para evitar las suspicacias del *mahawk* (el antiguo Silber Harrid, luego Ulrich von Finsterthal, luego Enrique de Sotogrande) ahora llamado profesor Lasha Rampanya, famoso glaciólogo, fui presentada como una mediasangre, hija de Albert y una mujer *haito*, lo que me valió el desprecio y completo desinterés del que había sido, en tiempos, primero mi esposo y luego casi mi asesino.

Si te parece extraño que no me reconociera, tienes que pensar que llevábamos dos siglos sin vernos —nuestro encuentro en las montañas durante la tormenta no le permitió observarme de cerca— y, si yo supe que era él, fue simplemente por su envergadura. De todas formas, yo alteré mi aspecto lo suficiente y me mantuve siempre alejada de él.

Al cabo de un par de años, ya en la década de los sesenta del siglo xx, decidí volver a tomar las riendas de mi vida, me marché de la estación polar y me convertí en Bianca Bloom.

Con mi nueva identidad, y bastante harta de varias vidas como aristócrata y unos cuantos años como científica, decidí cambiar de registro, aprovechando los nuevos vientos que soplaban en el mundo. Quizá te suenen los sesenta y los setenta como los años de la revuelta estudiantil, de la fantasía al poder, del *flower power*, de la eclosión de la era espacial, de los macroconcertos de Woodstock y de la Isla de Wight. Yo me lancé de cabeza a disfrutar de las nuevas libertades, de la alegría que se había apoderado de Occidente después de los tristes años de la guerra mundial y de la guerra fría.

Me dejé crecer la melena, fui a San Francisco, me puse flores en el pelo, como dice la canción, y durante no sé cuánto tiempo me dediqué a viajar, a oír música, a



probar todas las drogas psicotrópicas conocidas, a sentirme libre por fin. Ya te he dicho que *karah* tiene muy buenos mecanismos de defensa y olvido, de modo que no te extrañará que apenas pensara en Ivan, sabiendo que, si seguía vivo, acabaríamos por encontrarnos. Al fin y al cabo, yo era muy joven todavía y no tenía tanta prisa en procrear como otros conclánidas más viejos.

Y un día, al volver a París desde Ibiza, donde había estado un tiempo viviendo en una comuna de músicos y pintores, conocí a alguien que iba a cambiar muchas cosas.

Tenía veinticinco años, acababa de terminar la carrera de Derecho y el viaje a París era el regalo que había decidido hacerse para celebrarlo. Era austríaco y se llamaba Max, Max Wassermann. El hombre que siempre has considerado tu padre.

Nos conocimos de la manera más tópica posible, creo que incluso te lo hemos contado alguna vez. Yo había ido a visitar a Joseph y Chrystelle y a decirles que había pensado quedarme un tiempo en París; salí del metro en la estación de Trocadero y, como hacía un día espléndido, me entretuve en la terraza, mirando la Torre Eiffel, pensando lo moderna que me había parecido casi cien años atrás y lo enternecedora que resultaba en 1976, con ese toque antiguo, como de *steampunk*, que diríamos ahora.

Max estaba enfrente de mí, haciendo fotos con una Hasselblad con la que suponía que yo no iba a notar que me estaba fotografiando, porque es el tipo de cámara que se sujeta a la altura del pecho y no se acerca al ojo como las demás.

Lo encontré simpático y lo dejé hacer, posando cada vez más, para su deleite, sin que llegara a darse cuenta de que yo sabía lo que estaba haciendo. Al cabo de un rato, me levanté del pretil donde estaba sentada y él, sacando otra cámara de la bolsa que llevaba colgada, me preguntó en un francés bastante bueno si me importaría hacerle una foto con la Torre al fondo. Lo hice, nos pusimos a charlar y yo, por primera vez en mis varias vidas, empecé a improvisar para él mi nueva existencia en lugar de prepararlo todo minuciosamente como siempre había hecho.

Cuando me preguntó a qué me dedicaba, le contesté, sorprendiéndome a mí misma, que era agente de grupos musicales y concertaba actuaciones para mis clientes en Francia, Inglaterra y Alemania e incluso algunas veces en Estados Unidos, pero que mi ilusión sería, más adelante, cuando me cansara de viajar, formar una familia y, quizá, dedicarme a escribir.

Conforme hablaba y lo veía sonreír, fui metiéndome en mi nuevo papel y al final de la tarde, cuando después de cenar en un pequeño restaurante del Quartier Latin, nos besamos en la puerta de una residencia de estudiantes donde yo le dije que vivía y que, por supuesto, no había pisado jamás, llegué a la conclusión de que no había dicho una sola mentira. Yo era Bianca Bloom, me dedicaba a arreglar contratos y actuaciones de grupos de rock y algunos de jazz o de blues, y la ilusión de mi vida era encontrar al hombre adecuado, casarme y tener hijos. Y, con suerte, dedicarme a

escribir. Era simplemente perfecto. Y Max también lo era. Simplemente perfecto.

Eso significaba, por supuesto, retrasar mis planes casi un siglo, suponiendo que a Max y a mí nos fueran bien las cosas y nos quedáramos juntos toda su vida, pero de momento no me importaba. No había prisa. *Karah* había pasado sin nexo casi dos mil años; un siglo más no le haría daño a nadie, y yo no creía que hubiera dos clánidas de sangre mixta que pudieran producir un nexo antes que Ivan y yo. Nadie nos iba a ganar la partida.

Podía quedarme con Max y, durante esa vida, viajar por el mundo buscando a Ivan. Si llegaba a encontrarlo, hablaría con él y le pediría cien años de plazo hasta reunirnos de nuevo para volver a intentarlo.

Esa misma noche, en cuanto Max se fue, convencido de que me había acompañado a casa, fui directamente a ver a Joseph y Chrystelle y les expuse mi plan.

Primero me pareció que Joseph se sentía contrariado por el retraso, pero en seguida me di cuenta de que, lógicamente, siendo él *haito*, un retraso de cien años significaba que él ya no tendría la posibilidad de conocer al nexo ni de participar en la gran aventura de intentar el contacto con la segunda realidad. Lo animé, diciendo que quizá no fuera necesario esperar tanto porque, aunque en esos momentos estaba ilusionadísima con Max —el primer *haito* por quien me había sentido realmente atraída en todas mis vidas, descontando a Joseph que no era más que un familiar—, eso tampoco quería decir que hubiera ninguna garantía.

Se lo presenté un par de días después y tanto a Joseph como a Chrystelle les gustó, supongo que, precisamente, por no ser *karah*. Porque era sencillo y natural, porque estaba loco por mí, por su sentido práctico, por lo respetuoso y cariñoso que era. Tú has visto fotos de él, supongo que incluso la primera que le hice, con la Torre Eiffel al fondo. Era un muchacho delgado, de hombros anchos y huesudos, pelo muy corto, gafas metálicas y sonrisa fácil. Luego, con los años, la sonrisa se fue haciendo menos frecuente. Por mi culpa.

A medida que fui introduciéndolo en algunos de los secretos de *karah*, esa alegría despreocupada del principio fue desapareciendo paulatinamente. Pero eso llegó después.

En aquellos momentos, en París, aquel deslumbrante verano, fuimos más felices de lo que nadie tiene derecho a ser.

Quizá debería darme vergüenza confesar que quise a Max, siendo como es un simple *haito*, pero sé que tú me comprenderás. Sé que incluso es posible que en el momento en que leas esto, seas adulta y sepas lo que significa querer a alguien.

Releo lo escrito y me doy cuenta de que he dicho «quise a Max» y realmente debería decir «quiero a Max», porque sigue siendo así, porque no sólo ha sido un excelente esposo para mí, sino un excelente padre para mi niña, para ti, Lena, mucho mejor que tu padre biológico a quien seguramente aún no conoces.

Max y yo decidimos casarnos oficialmente en 1990, después de catorce años de vivir juntos. Al principio de nuestra relación, yo seguí en París dedicándome realmente a mi nuevo trabajo, yendo y viniendo primero a Múnich, donde Max trabajaba en una gran empresa de seguros, y más tarde a Innsbruck, cuando decidió establecerse por su cuenta y elegimos esa ciudad tranquila, de tamaño medio.

A lo largo de esos años yo fui introduciéndolo en la existencia de *karah* y en muchos de los secretos derivados de la vida de los clanes; también empecé a alimentarlo, muy de vez en cuando, porque quería preservar su juventud y alargar su vida en lo posible, sabiendo que nunca volvería a encontrar un hombre como él.

No tuvimos hijos, cosa que a mí me parecía natural porque a *karah* nunca le ha resultado fácil reproducirse, y a Max lo apenaba, pero nunca me presionó para que fuera a un médico, ya que sabía que para mí era imposible acudir a la sanidad *haito* por el riesgo que representaba el que detectaran que yo no pertenecía a su especie.

Vivíamos felices. Aunque yo tenía mucho dinero invertido en diferentes países con diferentes nombres, nos limitábamos a vivir discretamente de lo que ganábamos, sin llamar la atención de nadie y un par de veces al año hacíamos largos viajes de exploración con todo el lujo que nos apetecía; yo había empezado a escribir guiones y a venderlos para la televisión alemana, que pagaba mejor que la austríaca y era más moderna; de vez en cuando iba a París, a ver a Chrystelle y a Joseph, a alimentarlos y a ponerme al día sobre los clanes.

En uno de esos viajes me contaron que habían oído un rumor procedente del clan azul, según el cual muy pronto llegaría el momento de que naciera un nexo. Nadie sabía por qué ni cómo, pero era ese tipo de historia que recorre los clanes como un fuego de rastrojos.

A mí me pareció gracioso porque yo había ido a París precisamente para invitarlos a nuestra boda y era curioso que precisamente en ese momento se empezara a hablar de un bebé que, si estaba destinado a ser un nexo, tendría que ser mío, porque yo era la única madre posible siempre que el padre tuviera también sangre de dos clanes. Desgraciadamente, con el que nunca podría funcionar sería con Max.

Recuerdo la escena con absoluta nitidez. Estábamos en el apartamento frente a la Torre Eiffel, con las ventanas abiertas para que entrara un poco de brisa contra el agobiante calor de agosto. Chrystelle había hecho dos tartas deliciosas: una de peras y otra de fresas, y había descubierto un té con chile y cáscara de cacao que estaba deseando probar.

Yo los había alimentado por la mañana, luego había dormido un rato y había salido a ver una exposición en el Museo de Chaillot. A mi vuelta, los dos estaban esperándome para probar las tartas y la infusión y, cuando les di la noticia de la boda

y de que habíamos decidido que tendría lugar en Mont-Saint-Michel porque a Max y a mí nos fascinaba el lugar, en la primera luna llena de septiembre, Joseph y Chrystelle se miraron, sonrieron y, para mi sorpresa, se pusieron de pie.

«¿Qué pasa? —recuerdo que dije, bromeando—. ¿Adónde vais? No hay ninguna prisa, faltan casi dos meses».

«Es que tenemos un regalo para ti —contestó Joseph con su mirada más críptica—. Te lo íbamos a dar así sin más, sin ningún motivo, pero ahora sabemos que es un regalo de boda. Quizá no sea muy apropiado, dadas las circunstancias, pero puede que te guste, a pesar de todo. Anda, ven».

Me tendieron las manos y así, yo en medio, como si fuera una niña pequeña, me llevaron por el pasillo hasta la habitación de Chrystelle, que daba al mismo lado que el estudio, hacia Trocadero y la Torre Eiffel.

En la puerta me dieron tres besos cada uno y, empujándome levemente por los hombros, me hicieron entrar.

«Cierra los ojos y no los abras hasta que oigas que se ha cerrado la puerta detrás de ti. Sin trampas. Es una sorpresa».

Y fue una sorpresa.

La más grande de mi vida.

En el dormitorio de Chrystelle, recortado contra la luz dorada de media tarde, con el hombro apoyado contra la jamba de la puerta que daba al balconcillo y los ojos fijos en mí, estaba Ivan Nikolaievich Iliakof, más joven y más guapo que cuando nos separamos en 1914, ahora sin barba, con el pelo corto, el rostro anguloso de siempre y la sonrisa de chico travieso. Esplendoroso. Deslumbrante. Más *karah* que nunca.

Me quedé sin palabras.

Hacía muchos años que yo no había visto a un conclánida; casi había olvidado lo que se siente al verlo. Casi había olvidado lo que sentía por Ivan.

Poco a poco me fui acercando a él, que se había separado de la ventana y venía a mi encuentro sin dejar de clavarme con su mirada, y nos abrazamos en silencio con la sensación de haber vuelto a casa. Al menos eso fue lo que yo sentí en ese momento.

Escondí el rostro en su hombro y lo abracé con más fuerza. Aunque ahora usaba otro perfume, su olor era el mismo y su cuerpo era firme y fuerte, como entonces, y temblaba un poco.

—Alma —me susurró al oído—. Por fin.

—Ya no soy Alma, Ivan. He sido Ennis y ahora, en esta nueva vida, soy Bianca.

—No voy a llamarte por tu nombre *haito*. Ellos me lo han contado todo.

—Está bien, llámame Ennis si lo prefieres. ¿Y tú?

—Ahora soy Imre. Imre Keller, el Presidente. —Se echó a reír sin dejar de abrazarme, aunque soltándome lo suficiente como para poder mirarme—. He construido un auténtico imperio primero en Estados Unidos y ahora en Asia. Cuando

te perdí, me sobraba tanto tiempo que me dediqué a trabajar. Ahora podré dejarlo, si tú quieres.

Yo me solté de él con suavidad y me acerqué a la ventana. Estaba confusa. Por un lado me alegraba enormemente haber recuperado a Ivan, saber que estaba vivo, que estaba bien, que seguía queriéndome... Por otro, sin embargo, era muy mal momento para volver a encontrarlo. Yo quería a Max, llevaba catorce años con él, íbamos a casarnos...

No voy a darte detalles, Lena. Quiero que sepas lo que debes saber, pero no más.

Me quedé tres semanas más de lo previsto en París, fui con Imre a Mont-Saint-Michel a asegurarme de que todo estaba listo para la boda. Volví a ser muy feliz con él y antes de separarnos le pedí que me concediera cien años.

Cien años no es demasiado para *karah*, aunque ahora pienso que quizá para Imre sí lo era. Él era mucho mayor que yo y no disponía de tanto tiempo, pero se lo pedí y me lo concedió, aunque a regañadientes. Le pedí que no volviera a buscarme hasta que yo quedara libre para buscarlo a él, que no se informara de quién era el *haito* con el que me iba a casar, que nos olvidara durante una vida humana. A cambio le juré volver con él y hacer todo lo posible por dar un hijo al clan negro que también sería el nexo de los cuatro clanes.

Cuando nos despedimos, yo ya sabía que estaba embarazada, pero no podía decírselo, no quería decírselo, ¿me entiendes, hija?

Si Imre hubiera sabido que ibas a existir, se habría quedado con las dos, ni tú ni yo habríamos podido vivir nuestra vida. Y yo quería que no fueras *karah* desde el principio. Desde que había aprendido a vivir como *haito* con Max, yo sabía que ese era el camino, y sabía también que la única manera de protegerte hasta que fueras adulta, sin encerrarte en una jaula de oro como habría hecho Imre, era precisamente dejarte vivir libre, como *haito*, en un entorno *haito*. Y a la vez, dirigir los rumores y las sospechas en otra dirección.

No fue fácil, puedo asegurártelo, pero creo que lo he conseguido.

Max no supo que no eras hija suya hasta tu décimo cumpleaños. Quizá ahora me lo reproches, quizá me estés juzgando en este momento y pienses que soy una traidora, una persona capaz de mentir y engañar a los únicos dos hombres que he querido de verdad en todas mis vidas. Pero era absolutamente necesario, Lena. Estoy segura de que con el tiempo me comprenderás.

Fue entonces cuando le expliqué todo lo que había sucedido y le pedí que empezara a distanciarse un poco de ti para que la ruptura, cuando llegara, le doliera menos. Ha hecho todo lo que ha estado en su mano, pero creo que nunca ha sido capaz de obedecerme. Te quiere demasiado.

También le mentí sobre tu futuro. Nunca le dije que estaba segura de que eras el nexo que todos deseábamos. Le conté lo mismo que empezaré a contar en los

próximos años, esparciendo rumores discretamente con la ayuda de Joseph y Chrystelle: que si alguien empieza a sospechar que eres algo especial es porque estás destinada a ser la mentora del nexo que nacerá pronto. Es la mejor manera de desviar la atención: no negar lo extraordinario de tu existencia, sino dirigirlo hacia otro lado.

Sé que Lasha intentará matarme en cuanto tenga la impresión de que yo podría concebir un nexo encontrando a la pareja adecuada. Por eso el estar casada con un *haito* es una ligera garantía por el momento. Cuando escribo estas líneas, en 2003, aún no me ha encontrado, aún no sabe dónde estoy ni que tengo una hija. Si en algún momento llega a saberlo, estaré en peligro, y tú también, mi amor.

Mientras tanto, muy cerca de ti y sin que tú lo sospeches, crece otra niña a quien nuestro clan, con la ayuda del clan azul, está preparando para desviar la atención de ti, que eres el centro de todo. Cuando llegue el momento, uno de los otros clanes, el rojo o el negro, oirá rumores de que en Innsbruck hay una muchacha que tiene algo de sangre *karah* y podría servir como madre del nexo. Y mientras todos estén pendientes de esa otra niña llamada Clara, tú vivirás.

Pero todo esto aún está en el futuro, preciosa mía. De momento vivimos en paz, tú eres felizmente ignorante de lo que tiene que traerte la vida. Mientras escribo en el estudio y tú crees que estoy trabajando en otro de mis guiones policíacos, yo te oigo hablar por teléfono con una amiga, quedar para ir a la pista de hielo, te oigo reír con esa risa cantarina, plateada, que tan feliz me hace.

No sé cuánto tiempo podré tenerte a mi lado. No sé cuándo leerás esta carta que te escribo hoy, pequeña. Espero poder acompañarte, poder enseñarte todo lo que debes saber, pero no puedo prometértelo, por desgracia.

Si todo sale como yo quiero, cuando abras esa puerta que comunica con lo desconocido, yo estaré a tu lado y juntas descubriremos lo que hay más allá. Confía en ello. Confía en mí.

Con todo mi amor,

MAMÁ

Lena dejó caer la carta sobre su regazo, cerró los ojos, que se le habían llenado de lágrimas y, echando atrás la cabeza, llenó de aire los pulmones hasta el límite de su capacidad.

Por fin tenía algún tipo de información que le ofrecía un panorama comprensible de los acontecimientos, al menos de algunos de ellos. Y, a la vez, una visión de su madre que apenas si podía poner de acuerdo con la realidad que había vivido durante toda su vida, una visión dolorosa que casi preferiría no haber llegado a tener.

Le gustaba haberse enterado de quién había sido su madre, qué nombres había

llevado, qué amores habían marcado su vida, pero no conseguía aceptar con la misma naturalidad que Bianca lo había hecho todo para conseguir sus propósitos. Lo de haber amado a dos hombres podía comprenderlo. Por desgracia era lo mismo que le estaba pasando a ella. Pero encontraba rastrera la forma de mentirles a los dos sobre la hija que esperaba, la crueldad de ordenar a Max que dejara de tratarla con tanto cariño, su participación en la monstruosa trampa que le habían tendido a Clara.

Automáticamente, los dedos de su mano derecha se dirigieron a la muñeca izquierda y empezaron a jugar con el pequeño colgante en forma de llave que pendía de la pulsera que había sido de su amiga, regalo de Dominic por su cumpleaños, poco antes de llevársela a Roma y a su perdición. Las lágrimas rebosaban de sus ojos cerrados y se deslizaban por sus mejillas.

Su madre sabía que Clara era la niña que había sido concebida como víctima para desviar la atención de los clanes, del rojo y del negro.

Su madre había estado con ellas dos en la cocina infinidad de veces, mientras hacían los deberes y preparaba la comida o la cena; se había sentado con ellas en la sala de estar a ver cientos de películas, desde las de dibujos a los siete años, hasta las más duras, de visionado obligatorio, a los dieciséis, para la clase de filosofía o de inglés; les había dado consejos sobre cómo comportarse con los chicos, cómo maquillarse para una noche especial; se había reído con ellas de todo lo humano y lo divino; había sido la mejor madre del mundo, la más fuerte, la más divertida..., y todo el tiempo había sabido que aquella niña rubia, la amiga de su hija, que era casi una hermana para Lena, iba a ser usada y asesinada por sus conclánidas rojos en cuanto tuviera la edad adecuada.

¿Cómo había sido capaz?

No era bastante decir, como había hecho en sus cartas y mensajes: «Lo hice por ti, Lena, para salvarte». No era bastante. Nadie tenía derecho a hacer algo así por otra persona; ni siquiera una madre por su hija.

Que la hubiera protegido sí, que la hubiera defendido de cualquier ataque, por supuesto. Pero que hubiera contribuido a la explotación y al asesinato de una chica a quien había visto crecer prácticamente en su casa, a la mejor amiga de su propia hija..., eso era una monstruosidad. Igual que lo de Nagai, haciéndose pasar por Hans Gärtner durante veinte años, hasta que el clan le ordenó dejarlas solas para que fueran más fáciles de engañar.

¿Qué otras monstruosidades le tendría preparadas *karah* hasta conseguir lo que deseaba?

De momento le habían robado la vida; y a su mejor amiga; y todos sus planes de futuro. Y a Daniel. Seguramente a Daniel también.

Se tapó la boca con un pañuelo de papel para que no se le escaparan los sollozos y deseó que Sombra la sacara de allí y la llevara a algún lugar donde todo dejara de

tener importancia.





## Negro. Haito. Shanghai (China)

Daniel salió de la ducha, se secó un poco y tal como estaba, desnudo y aún húmedo, con la toalla en la mano, se acercó a los ventanales a disfrutar del panorama de luces de Shanghai, una aglomeración casi excesiva de colores, destellos y cascadas luminosas que se movían como olas sobre algunos edificios mientras que en las enormes fachadas de otros se proyectaban imágenes que pasaban como una cinta sin fin: estrellas, aros, rostros, flores..., todo impresionante, divertido y futurista, una película de ciencia ficción, y a la vez un poco cursi, un poco infantil, como un parque temático de cartón piedra.

Se frotó el pelo con la toalla tratando de no pensar demasiado, de mirar todo aquel despliegue que se presentaba a sus ojos como si aún fuera un niño pequeño y no tuviera que cuestionarse nada de lo que veía. Algunas veces le salía bien, pero ahora no lo lograba. Todo era demasiado extraño, demasiado nuevo, demasiado... sin más. Le venía grande.

Él siempre había sido un muchacho normal, de familia media, de padre austríaco y madre española, que había hecho toda la escolarización con buenas notas, dos años de universidad y medio año de servicio militar. Había tenido unos cuantos trabajos de verano desde los dieciséis años, había salido con tres chicas y ahora, unos meses atrás, había pensado que su vida, por fin, empezaba a tomar forma: sabía que quería volver a la universidad, terminar la carrera de física y dedicarse a la investigación, había conocido a Lena, y se había enamorado de verdad por primera vez y esperaba que por última.

Y entonces, sin saber ni cómo, sin buscarlo ni desearlo, había entrado en contacto con algo tan extraordinario que cualquiera hubiera dado diez años de su vida por estar en su lugar; algo que lo había llevado a Bangkok y ahora a Shanghai. Él sabía que era ridículo decir que no era eso lo que quería. Sin embargo, sin poderlo evitar, era justamente eso lo que sentía: que no quería estar ahí, que no necesitaba esa habitación de cincuenta metros cuadrados en el piso ochenta y dos de un hotel de cinco estrellas, que si lo dejaran elegir preferiría estar con Lena, cada uno con su mochila, en

cualquier hostel de Tailandia enfrente de una playa de arena blanca, sin nadie que los conociera, sin nadie que quisiera nada de ellos, sin formar parte de ningún plan, de ningún diseño crucial para otras personas.

La noche antes, cuando Alix se había presentado en Bangkok y había dicho que era él a quien buscaba, no había podido reprimir un sentimiento de orgullo que casi lo ahogó. La simple idea de salir del hotel caminando junto a una mujer como ella y sentir las miradas de envidia de los otros hombres era suficiente como para cortarle la respiración. Incluso Ritch lo había mirado con más respeto, sólo porque ella había dicho que venía a buscarlo a él.

Luego, habían ido en limusina al aeropuerto y habían volado cuatro horas y media en primera, atendidos casi hasta la náusea por dos azafatas que parecían figuritas de porcelana y a las que Alix trataba como una tirana sin que ellas parecieran ofenderse.

Era evidente que su carácter no era precisamente dulce, sin embargo a él lo trataba como si fuera alguien especial: estaba pendiente de sus palabras, sonreía ante cualquier comentario suyo por banal que fuera, trataba de rozarlo con cualquier excusa. Y a él le gustaba, por supuesto que le gustaba... pero había algo que no acababa de cuadrarle en la ecuación. No era normal, no era en absoluto normal que una mujer como Alix se interesara por un chico como él. Por no hablar del hecho de que ella era *karah*, evidente y esplendorosamente *karah*, y él no era más que un pobre *haito* del montón. No era normal que *karah* se interesara por *haito* de un modo tan evidente, y él, que nunca había sido una persona suspicaz, en esos momentos y después del tiempo que llevaba en contacto con *karah*, estaba empezando a sospechar de todo. ¿Qué quería de él? ¿Qué quería el *mahawk*, el clan negro, de él? ¿Le habían ordenado a Alix que fuera particularmente encantadora con Daniel Solstein porque lo necesitaban para algo que él mismo no podía imaginar?

Tendría que llevar cuidado y no dejarse engatusar.

Habían llegado al hotel al filo del amanecer, Alix lo había acompañado hasta su cuarto para cerciorarse de que todo estuviera perfecto, eso era exactamente lo que había dicho. Había pasado sus elegantes manos por el centro de flores exóticas que adornaba la mesa de la salita, se había sentado brevemente sobre la cama para comprobar la firmeza del colchón, se había asegurado de que las sábanas fueran de seda, y con una mirada intensa que, a su pesar, le dio un escalofrío, y un beso ligero en los labios que, también a su pesar, le produjo una reacción inmediata que ella notó y acogió con una sonrisa pícaro, se despidió hasta la noche.

—Duerme todo lo que puedas, Daniel —le aconsejó al marcharse—. Te recogeré a las siete de la noche para ir a cenar y a enseñarte un poco la ciudad. Quizá después el Presidente pueda recibirte.

Se acercó otra vez, se frotó ligeramente contra él, como una gata mimosa, volvió a darle un beso en los labios cerrados y rozó ligeramente la cremallera de sus

pantalones antes de cerrar la puerta tras ella.

Ahora había dormido casi doce horas, eran más de las seis de la tarde, y no tenía ni idea de qué iba a pasar, lo que por una parte le producía un agradable cosquilleo de excitación pero por otra le molestaba.

Sonaron unos golpes discretos en la puerta y Dani se volvió con un sobresalto porque no esperaba a nadie. De hecho nadie sabía que estaba en Shanghai. Esperaba que no fuera Alix, con más de media hora de adelanto; necesitaba prepararse mentalmente para volver a verla.

—¿Sí? —preguntó desde donde se encontraba, enrollándose la toalla a la cintura.

—Servicio de habitaciones, señor. Traigo un encargo.

Abrió la puerta cautelosamente y se encontró con un camarero uniformado que llevaba una gran bolsa de plástico y varios paquetes. Lo dejó pasar y pronto su carga quedó depositada sobre la cama.

Sólo después de cerrar la puerta tras él cayó en la cuenta de que debería haberle dado una propina, pero ni se le había ocurrido ni tenía dinero chino. Y además estaba desnudo.

Esto último le produjo un ataque de risa que le duró casi un minuto. Cuando consiguió recuperarse, fue al baño, se puso un albornoz tan grueso y mullido que resultaba difícil de abrochar y fue a ver qué le habían traído.

Un traje negro de excelente calidad, de un tejido que no conocía pero que era realmente elegante, una camisa de seda, negra también, *boxer shorts*, calcetines y zapatos de cuero fino. En una caja pequeña brillaban unos gemelos plateados; la tarjeta que los acompañaba decía: «Sé que, como familiar del clan blanco, habrías preferido quizá otro color; espero que me perdones esta pequeña concesión a la estética de mi clan».

Sonrió, divertido por la formulación y agradecido por el color; no se imaginaba en absoluto vestido con traje y camisa blancos, como si fuera un narcotraficante latinoamericano.

Todo le sentaba perfectamente y al mirarse al espejo tuvo que confesarse a sí mismo que estaba realmente bien. Le había costado bastantes años ser capaz de ponerse un traje sin sentirse ridículo y, en los bailes de su adolescencia, en los que el traje era obligatorio para poder entrar, había llevado siempre uno gris oscuro que había sido de su hermano y había tratado de quitarle solemnidad combinándolo con camisas estampadas o de color, a pesar de que su madre insistía en que era una vulgaridad. Pero él no podía evitar sentirse como si fuera su propio abuelo cuando se ponía un traje; se sentía ridículo, disfrazado, perdido sin sus vaqueros, sus camisetas y sus suéters con capucha.

Sin embargo, poco a poco, a medida que iba haciéndose adulto, se había ido dando cuenta del aplomo y la seguridad que puede darle a un hombre el hecho de

llevar un traje con naturalidad; y en ese momento, mirándose al espejo, deseó que su madre pudiera verlo. Y mucho más que pudiera verlo Lena.

¿Dónde estaría? ¿Por qué no se comunicaba con él? ¿Lo tendría prohibido o era simplemente que lo había olvidado, que tenía cosas más importantes que hacer? ¿O que había alguien más en su vida?

Antes de poder seguir haciéndose preguntas a las que no tenía respuesta, sonó el teléfono de la habitación.

—Señor Solstein. Hay una dama esperándolo en el salón Mandarin.

Sintió que el estómago se le contraía hasta convertirse en una bola pulsante. Fue al baño, se pasó una mano por el pelo y otra por la barbilla para comprobar que estaba bien afeitado. Le habría gustado ponerse algún perfume, pero había olvidado su colonia en el hotel de Bangkok y ninguna de las que había en los tres frasquitos de cortesía que olfateó le pareció adecuada, de manera que se encogió de hombros y bajó a reunirse con Alix sin pensar más en ello. Estaba recién duchado, llevaba ropa nueva, comprada por ella probablemente, se había afeitado, más no se podía pedir. Además no se trataba de una cita amorosa, sino de algo que probablemente podría definirse como «negocios». O algo similar.



## Negro. Shanghai (China)

Nada más colgar el teléfono, Imre Keller echó una mirada a la esquina derecha de la pantalla de su ordenador, un pequeño cuadrado por el que controlaba la celda donde se encontraba Wassermann. Amplió la ventana y lo miró durante unos segundos. Estaba tumbado en el catre, despierto, con las manos cruzadas debajo de la cabeza y los ojos abiertos, con la mirada perdida en el techo de la celda.

El clan blanco debía de apreciarlo mucho si con tanta rapidez había enviado a Aliena a Shanghai. Nils acababa de decirle que era necesario arreglarle el tema del visado para que pudiera pasar el control del aeropuerto, y él ya había dado las órdenes adecuadas para resolver la cuestión. Ahora le mandaría un coche para que la trajeran inmediatamente a verlo. Aunque le había enviado un jet de la compañía a recogerlo en Bangkok, Nils no podría llegar hasta más tarde, pero no le molestaba; realmente prefería ver a la muchacha a solas. Wassermann le había asegurado que era hija suya, hija por tanto del clan negro, pero aún no se había atrevido a creerlo. Tenía que verla con sus propios ojos y decidir si en su aspecto o en su carácter había algo de él.

Después de tantos y tantos años intentando tener un hijo con Alma, con Ennis, al final ella había quedado embarazada cuando ya era Bianca. Y no se lo había dicho. Seguramente para evitar que él tomara ciertas decisiones sobre la vida y el futuro de la criatura. Pero ahora Ennis ya no podía intervenir y era él quien tenía la potestad y el deber de mover las piezas de manera adecuada.

Lo primero era averiguar qué sabía ella, de cuánto había sido informada por su madre o por otros clánidas y luego, casi más importante, averiguar qué quería hacer ella, de qué lado estaba en aquel juego.

Volvió a echar una mirada a Wassermann y apretó los puños bajo la barbilla. Unos siglos atrás, aquel *haito* ya estaría muerto; lo habría matado a los tres minutos de conversación, con sus propias manos, por puro placer, para cobrarse lo que le había arrebatado. Sin embargo, su larga vida le había enseñado que no siempre es conveniente ceder al primer impulso, sobre todo cuando ese primer impulso lleva a

matar. No porque matar sea necesariamente malo, sino porque la muerte es irreversible y uno nunca sabe si va a necesitar a esa persona que con tanta alegría ha destruido.

Aliena podría no saber que Wassermann no era su padre biológico, o podría saberlo y no querer aceptarlo. Manteniéndolo vivo tenía una arma para presionarla que, de otro modo, perdería; así que era mejor esperar, tener paciencia, ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Apagó el ordenador y decidió bajar al jardín secreto, ir a hacerle una visita a Ennis, contarle que estaba a punto de conocer a la hija que había engendrado y que debería haber sido criada como clánida negra. Luego iría a la piscina, a nadar unos kilómetros, antes de enfrentarse con el único ser en el mundo que llevaba la sangre de los dos.



## Nexo. Shanghai (China)

El americano de pelo largo y gris que había estado haciendo cola delante de ella durante casi media hora recogió el pasaporte que el policía chino había tardado una eternidad en comprobar —mirada al papel, mirada al americano, al papel, al americano y vuelta a empezar hasta que puso un sello sobre el documento— y avanzó hacia la salida dejando el puesto libre frente a la garita encristalada.

A pesar de la costumbre que empezaba ya a tener de cruzar fronteras y enseñar pasaportes falsos, Lena sintió un calambre de miedo. ¿Y si Nils no había podido ponerse en contacto con la gente de su clan? ¿Y si no le habían arreglado el asunto del visado? ¿La meterían en la cárcel por haber intentado entrar en el país ilegalmente? ¿La interrogarían? ¿La torturarían?

Si alguien intentaba hacerle daño, los atacaría con toda su fuerza, los clavaría en las paredes de manera que ni una taladradora podría sacarlos de allí. Y ella saltaría directamente a Koh Samui, aunque el salto le costara la vida.

No entendía bien por qué, pero tenía un miedo incontrolable. No quería estar en China. Todo era extraño, la mayor parte de los carteles y avisos, y casi toda la publicidad estaban en ideogramas chinos que no era capaz de leer, la gente que la rodeaba era, de momento, occidental, pero en cuanto pasaran aquella frontera se irían diluyendo en la multitud y al final sólo encontraría de vez en cuando a algún europeo o estadounidense en la masa de orientales que estaban en su mundo, en su casa, que sabían leer los anuncios y los periódicos y podían comunicarse unos con otros.

El policía empezó a hacerle señas de que se acercara, moviendo una mano como si se estuviera abanicando.

En el avión se había metido en el lavabo y había estado dudando sobre qué pasaporte le convenía enseñar; al final había decidido pasar con el legal, con el que llevaba su nombre auténtico, el que había cogido de su casa de Innsbruck antes de volar a Bangkok. No llevaba visado, pero los otros tampoco lo tenían, así que era mejor que sólo hubiera un delito —la falta del visado en regla— y no dos —presentar un pasaporte falso—. Además, también había supuesto que si Nils conseguía

arreglarle las cosas con tan poco tiempo, él comunicaría su nombre a la policía o a quien fuera, el único nombre que él conocía, porque él no sabía de la existencia de los otros nombres y los otros pasaportes. De modo que cuando se acercó a la garita del control las manos le temblaban, pero el pasaporte que sostenía era legal y estaba a nombre de Aliena Wassermann, ciudadana austríaca y, por tanto, ciudadana de la Unión Europea. En aquellos momentos, el darse cuenta de que pertenecía a un país con representación diplomática en China, que estaba obligada a ayudarla en caso de necesidad, y el saberse ciudadana europea le proporcionaba un cierto alivio, como un calorillo tranquilizador en medio del miedo helado que la recorría.

Nada más ver su nombre, el policía hizo una seña a un colega antes de empezar la consabida rutina de mirarla alternativamente a ella y al papel. Unos segundos más tarde, un agente con otro tipo de uniforme y con aspecto de tener un rango superior se hizo cargo de su pasaporte, se colgó al hombro la mochila de Lena, y le pidió en un inglés bastante correcto que lo siguiera.

Ella se mordió los labios y asintió con la cabeza. ¿Adónde la llevaba? ¿Querría ver todo lo que llevaba en la mochila? Trató de recordar, ¿llevaba algo ilegal, peligroso, prohibido? No. Nada que pudiera preocupar a la policía.

Juntos, pero sin hablar, recorrieron un laberinto de pasillos llenos de viajeros a pesar de lo temprano de la hora y desembocaron en el control de aduana. Allí su acompañante habló un momento con sus colegas y en unos segundos salieron al exterior donde otro hombre, uniformado pero civil, cogió la mochila y echó a andar delante de ella.

¡Había cruzado la frontera y la aduana! ¡Estaba en China! ¡El clan negro lo había conseguido!

Antes de que pudiera darse cuenta, el militar se había perdido entre el gentío sin que ella hubiera podido siquiera darle las gracias, y tuvo que apresurarse un poco para no perder a su nuevo guía que, poco después, metió la mochila en el maletero de una limusina tan enorme que parecía un chiste con ruedas, y le abrió la puerta de una especie de saloncito que casi resultaba ridículo para el interior de un coche.

—*At your service, madam* —dijo el chófer, antes de cerrar la puerta e instalarse tras el volante.

Ya se había hecho de día y Lena, demasiado agotada para pensar, pero demasiado nerviosa para dormir, se limitó a mirar por la ventanilla tintada del vehículo que creaba una distancia extraña entre ella y el mundo exterior.

Al cabo de unos minutos empezó a adormilarse por el puro cansancio acumulado. En otras circunstancias, la llegada a un nuevo país, a un lugar tan lejano y exótico como China la habría mantenido despierta y en el borde del asiento, haciendo planes para salir de inmediato, nada más instalada en el hotel. Sin embargo, ahora se limitaba a dejarse hacer, como si de repente hubiera perdido su curiosidad natural, su



entusiasmo y su alegría.

No sabía bien a qué había venido. Dani estaría con aquella clánida esplendorosa. Nils estaría tan enfadado con ella, por haberlo dejado tirado en Bangkok sin ninguna explicación, que seguramente ya no querría volver a hablarle, no sabía nada de su padre desde hacía montones de tiempo y el padre que iba a conocer no le interesaba, a pesar de que, por lo que había leído en la historia de Bianca, debía de ser un hombre impresionante.

Paseó la mirada por el entorno: una pantalla plana para ver películas durante el viaje, un minibar lleno de cosas de comer y de beber, sillones de cuero negro profundos como tumbas, altavoces por todas partes... Volvió a cerrar los ojos; no quería comer, ni beber, ni oír música ni nada de nada. Sólo quería dormirse y no despertar. O despertar un año antes y que todo tomara otro rumbo, que Clara siguiera viva hablando mal de David, que ella siguiera angustiada porque su padre salía con la imbécil de Isabella, o que Daniel se hubiera cruzado en su camino mucho antes y en lugar de hacer la mili hubieran decidido irse juntos a recorrer el mundo.

Debía de haberse dormido sin darse cuenta porque cuando despertó con una sacudida, asustada y sin saber dónde estaba, el chófer le abrió la puerta y un botones chino uniformado de rojo que se acababa de cargar al hombro su mochila estaba ya cruzando el vestíbulo de un hotel enorme, donde el color básico era el dorado. Lo siguió hasta la zona de ascensores, subieron hasta la planta cincuenta y tres; al salir se encontraron en un enorme vestíbulo.

Al levantar la cabeza estuvo a punto de desmayarse: hacia arriba, en círculos superpuestos, se veía piso tras piso de barandillas circulares bordeadas de luz, un cilindro inmenso y dorado, como algo sacado de una película de ciencia ficción, parecido al interior de la Estrella de la Muerte, una perspectiva tan extraña e impresionante que Lena sintió un vértigo invertido, como si pudiera caer hacia arriba y perderse en las profundidades del espacio.

—¿Dónde estamos? —preguntó en inglés, casi sin aliento, al llegar al mostrador de recepción.

—En el Grand Hyatt Hotel en la Jin Mao Tower, señora, uno de los más altos del mundo. Este es el atrio. Tiene treinta y tres pisos de habitaciones, del cincuenta y tres al ochenta y ocho. Bienvenida a Shanghai —contestó la recepcionista, tendiéndole una tarjeta al botones para que la acompañara a su cuarto—. Es una de nuestras mejores habitaciones y la vista, ya verá, es espléndida. Esperamos que esté todo a su gusto. Esto es para usted.

Lena cogió el sobre que la mujer le tendía y lo abrió de inmediato, antes de seguir al botones que la esperaba pacientemente junto a los ascensores.

«El clan negro te da la bienvenida a Shanghai, Aliena. Si aceptas mi invitación, el chófer te recogerá a las siete en tu hotel. No tienes más que dejar tu respuesta en

recepción. ¡Honor a *karah!* ¡Honor a tu clan! Imre Keller».

Tragó saliva con fuerza y, antes de poder cambiar de opinión, dijo a la recepcionista.

—Acepto. Estaré lista a las siete.

Con las piernas temblorosas se dirigió al ascensor.



## Nexo. Negro. Shanghai (China)

A las siete menos diez, Lena bajó a recepción con un par de bolsas de papel donde hasta media hora antes habían estado las cosas que acababa de comprarse para la ocasión.

Nada más despertarse a media tarde, aunque apenas si había dormido cinco horas, se dio cuenta de que no quería presentarse delante de aquel hombre a quien todos llamaban el Presidente, y que en vidas anteriores había pertenecido a la alta aristocracia, vestida con los famosos pantalones de los mil bolsillos y una camiseta de tirantes. Una de las cosas que su madre le había inculcado a lo largo de su educación era que la ropa sirve, sobre todo, para tres cosas: para crear la imagen que uno quiere dar de sí mismo; para mostrar el respeto por los demás adecuando la vestimenta a la ocasión; y en tercer lugar, para reforzar la autoestima propia y sentirse más libre y seguro. Sólo una persona tremendamente insegura se pondría la misma ropa para viajar o salir a dar un paseo que para ir a cenar con un gran empresario. Y ella no quería parecer insegura delante de aquel hombre que, al menos desde el punto de vista biológico, era su padre.

De modo que había salido del hotel, se había informado y se había pasado casi dos horas en un centro comercial muy curioso que ocupaba todo el subsuelo de People's Square, una plaza inmensa en el centro de la ciudad, junto a Nanjing Road: cientos de tiendas subterráneas desde diminutas a enormes, unas al lado de otras, pasillo tras pasillo, sin que por fuera nadie pudiera adivinar lo que se extendía bajo el asfalto y los árboles del parque.

Se había comprado un sencillo vestido de verano, blanco, para dejar claro que a pesar de todo ella seguía considerando que el clan de su madre era su propio clan, unas sandalias con un poco de tacón pero cómodas y una bolsa de tela estampada para poder llevar consigo algunas de las cosas que le parecían fundamentales. Y ahí había empezado el problema.

En seguida se había dado cuenta de que no podía acudir a una cita con un conclánida desconocido llevando encima todo el legado de su madre. Ella nunca

había sido así, pero ahora, desde hacía un tiempo, no podía evitarlo: no se fiaba de nadie.

Si el Presidente decidía apropiarse de todos los documentos que Bianca había dejado para ella, no podría hacer nada para evitarlo. Tampoco podía dejarlos en la habitación ni en la caja fuerte del hotel porque el clan negro estaba pagando su estancia, sabían perfectamente dónde se alojaba y nadie les impedía pasarse un rato en su cuarto registrando todos los posibles escondrijos y duplicando el disco duro de su ordenador, por ejemplo, sabiendo como sabían que ella estaba en una cena y tardaría un par de horas en volver al hotel.

Le había costado mucho inventarse una posibilidad de dejar todo lo importante en un lugar donde nadie pudiera hacerse con ello, sin recurrir a lo más obvio: la caja fuerte de su cuarto, la del hotel o la cisterna del váter; aparte de que a su ordenador no le sentaría nada bien ese último escondite.

Al final había tenido una idea que aún la llenaba de orgullo. Lo había metido todo en las bolsas de las tiendas donde había comprado el vestido y los zapatos y, ya arreglada para salir, había bajado al vestíbulo con ellas.

—Perdone —le dijo a la recepcionista, una chica distinta de la que estaba allí cuando ella había llegado por la mañana y que debía de haber empezado su turno poco antes—, ¿podría dejar aquí estas bolsas hasta que vuelva de cenar?

—Por supuesto. Pero también puedo hacer que las suban a su cuarto.

—No, no; quiero que estén aquí para dárselas después a una amiga que pasará un momento a recogerlas —mintió con el aplomo que da la práctica.

—¡Ah! Ya veo. No se preocupe. Las pongo aquí detrás. Yo estaré toda la noche.

—Entonces no es necesario poner mi nombre ni número de cuarto. Las recogeré en persona.

—De acuerdo. ¡Que disfrute la velada!

Se alejó del mostrador con una sonrisa. Si alguien entraba en su habitación no encontraría nada interesante y, aunque se preguntara dónde podía haberlo escondido, no se le ocurriría mirar justo allí donde estaba realmente.

Al pasar hacia la zona de sillones donde pensaba esperar a quien tenía que recogerla, se vio reflejada en un espejo y sonrió. Estaba guapa, al menos vista de lejos, con el pelo recién lavado y el vestido nuevo; se había maquillado también ligeramente, pero a esa distancia no podía apreciarse. En cuanto estuviera instalada en el coche, haría todo lo posible por conectar el famoso «efecto *karah*»; nadie le había enseñado de verdad cómo hacerlo, pero no creía que resultara muy difícil para alguien que era capaz de atravesar paredes, pensó con una sonrisa pícaro.

Se sentó y en lugar de abrir ninguna de las revistas que había sobre la mesa, se dedicó a mirar a los otros turistas que cruzaban el vestíbulo, volviendo de sus excursiones por la zona, con cara de agotamiento y en pantalones cortos, o ya

arreglados para salir a cenar o acudir a un espectáculo. En ese momento, una mujer que parecía recortada de una revista de papel satinado atravesó el vestíbulo como un rompehielos, apartando a la gente a su paso con su simple presencia helada. Llevaba un mono negro con corpiño de cuero y las perneras de los pantalones de gasa abiertas en la parte delantera, de forma que sus piernas, largas y doradas, jugaban al escondite con las miradas de los que la contemplaban fascinados. Llevaba unas altísimas sandalias con las que, sin embargo, parecía capaz de caminar con naturalidad, y su melena lisa era tan negra que tenía reflejos azules. Una mujer así tenía que ser *karah*, aunque no la había visto jamás ni sabía quién podía ser.

Sin poder ni querer evitarlo, Lena sintió una auténtica ola de desagrado pasarle por encima. Era increíble que una mujer tan esplendorosa resultara tan fría que incluso se desprendía de ella una emanación de peligro casi venenosa. Esperaba no tener nunca nada que ver con una persona así.

Un segundo más tarde, justo antes de que la mujer se perdiera de vista detrás de una columna, el mismo chófer que la había recogido en el aeropuerto se acercó a ella y la precedió hacia el exterior donde esperaba un coche también negro como la limusina de la mañana, pero más discreto.

El viaje fue sorprendentemente corto y la llevó al pie de otro rascacielos gigante donde la esperaba una mujer oriental con traje de chaqueta negro y el rostro, hermoso como el de una muñeca de porcelana, totalmente inexpresivo.

—Soy Miss Fu. —Se presentó sin alterar para nada su expresión—. Sígame, por favor, Miss Wassermann. El señor Presidente la espera en su residencia.

Cruzaron un vestíbulo, vacío a aquella hora, donde sólo un par de guardias uniformados vigilaban tras un largo mostrador, subieron en ascensor hasta la tercera planta y desde ahí un largo pasillo enmoquetado y silencioso las llevó a lo que parecía otro edificio, quizá construido junto al gigante y unido a él por un pasadizo. Atravesaron unas pesadas puertas de madera tallada con intrincados dibujos y, de repente, fue como entrar en otro mundo.

La sensación de hallarse de pronto en otro tiempo, en otra época, era sobrecogedora: las paredes estaban enteladas con sedas de un brillo misterioso, los muebles eran antigüedades chinas, había bellas caligrafías y cuadros que mostraban paisajes, flores, montañas envueltas en bruma, dragones y cisnes, y a intervalos regulares, grandes jarrones de porcelana que debían de ser valiosísimos.

La mujer llamó suavemente con los nudillos en una puerta de madera oscura, abrió y dejó pasar a Lena sin un palabra más. Luego cerró tras ella y Lena se encontró mirando una alta silueta masculina que, en la penumbra del salón, se recortaba contra la luz de un gran fuego que ardía en la chimenea, tras el hombre.

Por un segundo pensó que se trataba de Nils y a ella misma le sorprendió la alegría que sintió de golpe, pero en seguida se dio cuenta de que el hombre que se

acercaba a ella con la mano tendida era más ancho de hombros y tenía una aura de edad y de poder que Nils quizá llegara a adquirir con el tiempo, pero que todavía no poseía.

Incluso para los elevados *standards* de *karah*, Imre Keller era un hombre guapo, y no sólo guapo, también muy atractivo, con ese atractivo de los hombres maduros que saben quiénes son y de dónde vienen, que están acostumbrados a mandar y a luchar por lo que desean, y saben tanto ganar como perder.

Iba vestido de negro, como era de esperar. Traje y camisa negros, sin corbata, ojos negros y líquidos, rostro anguloso de facciones marcadas, pelo oscuro con algunas hebras plateadas en las sienes.

Se acercó un par de pasos hasta el punto donde Lena se había detenido, sobre una alfombra de color azafrán con crisantemos blancos, y se quedó mirándola perfectamente serio, como si ella fuera una obra de arte en una subasta. Poco a poco, con mucha lentitud, una leve sonrisa fue insinuándose en su rostro.

—¡Honor a tu clan, Aliena! Por fin nos conocemos. Eres la joya más hermosa del clan blanco. —Se estrecharon la mano ceremoniosamente y él, sin soltarla, la condujo a un sillón junto a la chimenea—. Permíteme ofrecerte algo de beber. ¿Qué sueles tomar?

—Un Martini dulce, por favor.

—Tienes los mismos gustos que tu madre, por lo que veo.

El Presidente se acercó a una mesa lateral repleta de bebidas y volvió con dos: un Martini para Lena y un vaso largo para él, lleno de un líquido rojo.

—Yo soy más aficionado a lo amargo. Campari soda. Dulce y amargo, como el amor, como la vida misma.

—Creía que *karah* se avergüenza del amor. —Sin saber por qué, y a pesar de que aquel hombre era atractivo y amable, Lena sentía una irritación que no conseguía controlar y le salía en el tono que empleaba.

—Algunos de nuestros conclánidas piensan, efectivamente, que el amor es un sentimiento primitivo propio sólo de *haito*. Yo sé que no es cierto —enfaticó el «sé»—; el amor puede resultar doloroso y, de hecho, la vida sin él resulta bastante más cómoda, pero si uno ha tenido la suerte de conocerlo, sabe cuánto más pobre y miserable habría sido su existencia de no haberlo encontrado. ¿Conoces el amor, Aliena?

—Llámeme Lena, por favor. Aliena es el estúpido nombre que me pusieron, pero nunca he dejado que me llamaran así.

—Aliena es un nombre precioso, y muy certero en tu caso, pero no vamos a discutir por eso..., Lena. Ah, y por favor, háblame de tú, somos conclánidas.

Ella lo miró, sorprendida. ¿No sabía que era su padre biológico o no estaba seguro de que ella lo supiera y no quería forzar la situación?

—Y si es cierto lo que he oído —continuó él, como sin darle mucha importancia — también nos une un parentesco especial.

—Según Él, soy hija tuya.

El Presidente no se inmutó. Lena no esperaba que se le saltaran las lágrimas y la abrazara entre suspiros, pero sí había supuesto que reaccionaría de alguna manera y le extrañó la frialdad, la indiferencia con la que siguió mirándola.

—Incluso Él puede equivocarse a veces; sobre todo cuando quiere que algo sea de cierta manera.

—Según mi madre, también.

—¿Tu madre? —Ahora, de repente, el Presidente pareció humanizarse—. ¿Ennis te dijo que yo era tu padre? Dime la verdad, Lena. Es algo muy importante para mí.

Ella asintió con la cabeza y se llevó el Martini a los labios para no tener que hablar.

—¿Cuándo te lo dijo? ¿Cómo?

—Hace unas horas. —El hombre la miró, perplejo primero y en seguida, suspicaz—. Por carta —añadió ella, con una pizca de diversión—. Escribió esa carta cuando yo era aún pequeña y se la entregó a Él para que me la diera cuando nos encontráramos. Yo tampoco sabía nada hasta hace unos días, cuando Él me lo dijo, pero no acabé de creerlo hasta que leí la carta de mamá.

—Cuéntamelo, por favor. —Keller se sentó frente a Lena, junto al fuego, y se quedó mirándola con una intensidad casi dolorosa.

La refrigeración era tan fuerte en el salón que el calor del fuego resultaba agradable y hacía el ambiente más propicio a las confidencias. Lena empezó a contar lo que Bianca le había dicho en la carta y poco a poco el hombre se fue animando hasta que, al final, su rostro mostraba una amplia sonrisa.

—¿No te ofende que te engañara, que no te dijera en Mont-Saint-Michel que estaba embarazada? —A Lena le costaba entender la reacción de Keller.

Él negaba con la cabeza una y otra vez.

—No, Lena, no me ofende. Lo comprendo. Comprendo a Ennis perfectamente. Yo no habría sido capaz de permitir que crecieras lejos de mí, de mi protección, de mi sombra; habría querido verte constantemente, defenderte de todo peligro; habría querido convertirte en una clánida negra, blanca y negra, como mucho, y seguramente no habrías podido desarrollarte como lo que eres: una mezcla de cuatro clanes, de cuatro sangres. Tu madre hizo bien, aunque me duela.

—¿No te importa que se casara con otro?

Una sombra pasó por el rostro de Imre Keller.

—Eso no es asunto tuyo, Lena. ¿Pasamos al comedor? —Se puso en pie y, dejando el vaso de Campari casi lleno, le tendió la mano galantemente.

Atravesando unas cristaleras salieron al aire libre, a un jardín enjardado con

discretas luces de colores.

—¡Qué preciosidad! —se le escapó a Lena.

—Agua, piedra, vegetación y pabellones, los cuatro elementos básicos del jardín chino tradicional combinados del modo más estimulante para la vista y en último término para el alma. A veces me pregunto cómo pude pasar tantos años sin algo así, en medio de la barbarie medieval europea.

—No creo que la barbarie medieval china fuera mucho menos salvaje —dijo Lena con naturalidad. Para su sorpresa, el Presidente se echó a reír.

—Empiezo a pensar que realmente puedes ser hija mía. Me encanta, Lena, de verdad. Hace mucho que nadie me contradice.

—Supongo que te tienen miedo.

—Efectivamente. Ya sabes..., si no puedes hacer que te amen...

—Haz que te teman —terminó ella.

—Parece que hemos leído a los mismos autores.

—Son cosas que se aprenden en secundaria —dijo Lena, quitándole importancia—. Nunca me gustó Maquiavelo; me parece asquerosa la idea de mandar a través del terror. Me parece asquerosa la simple idea de mandar.

—¿No deseas el poder?

—No. —La respuesta fue instantánea—. Yo lo que deseo es que nadie tenga poder sobre mí, pero no me interesa mandar sobre otros, ¿para qué?

—Curiosa pregunta. ¿Quizá para extender tu voluntad y que las cosas sucedan exactamente como te las imaginas?

—Nada sucede nunca exactamente como uno se lo imagina, por muchos esclavos que tenga.

Keller no contestó. Hasta cierto punto, aquella niña tenía razón. Las cosas realmente importantes no solían depender de cuánta gente estuviera obligada a hacer tu voluntad.

Paseando por los senderos tenuemente iluminados, donde los perfumes cambiaban a su paso, habían llegado a un pequeño pabellón donde estaba instalado el comedor: una mesa para dos con mantel blanco y azul, y juego de laca china roja y negra.

—Los cuatro clanes reunidos en una mesa. En tu honor. —Le apartó delicadamente la silla y la instaló en su lugar, frente a un paisaje compuesto por el marco tallado de la ventana que, como un cuadro, permitía ver una pequeña pagoda, un pedazo de lago semicubierto de lotos en flor donde se reflejaban las lucecillas, un árbol desconocido, grácilmente inclinado sobre el agua, y un gran macizo de flores blancas como estrellas perfumadas—. Espero que te guste la cocina china.

—Me encanta.

Inmediatamente, un mayordomo tan silencioso que no lo había oído llegar,



empezó a servir la sopa mientras Keller seguía mirándola intensamente a la luz de la vela que brillaba en una alta tulipa de cristal entre ellos.

—Tienes tanto de Alma, de Ennis, que a veces se me corta la respiración, Lena.

—Yo no me veo tan parecida.

—Son los gestos, sobre todo, el tono, las expresiones, la manera de decir las cosas, de mover las manos, de sonreír...

Imre estaba indeciso sobre cómo comportarse con aquella preciosa muchacha que era su hija, pero que a todos los efectos era también una extraña. Necesitaba ganarla para su causa, necesitaba que estuviera dispuesta a intentar por todos los medios abrir aquella puerta que era probablemente la única posibilidad de que Ennis pudiera volver a la vida, y por una vez en su larguísima existencia, no sabía exactamente cómo hacerlo. No había podido establecer una estrategia antes de conocerla y ahora tenía la sensación de que no habría bastante tiempo para conocerla primero y luego decidir cómo actuar. Tendría que guiarse por su instinto, basándose en que probablemente Lena tendría muchas características en común con su madre: la curiosidad con toda seguridad, si no, no habría venido; la valentía y las ganas de arriesgarse para conseguir respuestas; el sentido del humor, quizá; la pasión de *haito*, con suerte. Y, puestos a soñar, también podría haber heredado la constancia de él, su dureza, su testarudez para no dejarse vencer; o incluso algo de Wassermann, por mucho que le irritara. ¿Qué? ¿La capacidad de sacrificio? Porque, aunque no le gustara reconocerlo, había algo admirable en ese *haito*: había que ser realmente muy hombre para sacrificarse de ese modo por la mujer amada, para criar a la hija de otro, incluso de otra especie; una hija que viviría diez veces más y tendría capacidades que uno mismo no podría ni soñar. Había que ser realmente valiente para eso.

Lena lo miraba observarla, entre cucharada y cucharada de aquella deliciosa sopa, y no sabía qué pensar. En otras circunstancias, el hombre elegante y guapo que se sentaba frente a ella habría sido su padre, su único padre; ella se habría sentido cómoda en su presencia, lo habría abrazado, se habría sentado en sus rodillas y se habría acurrucado contra él para contarle todas las cosas que le habían sucedido últimamente, las buenas y las malas; le habría preguntado por Dani y él la habría ayudado a recuperarlo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó él, dejando la cuchara en el platillo.

—¿Cómo?

—Es evidente que acabas de formularte una pregunta y que piensas que yo puedo saber contestarla.

Lena bajó la vista, avergonzada de ser tan transparente.

—No era nada de importancia.

—Como quieras.

El mayordomo retiró los cuencos y empezó a llenar la mesa de bandejas

humeantes.

—De acuerdo —concedió Lena al cabo de medio minuto de silencio que Keller no hizo nada por aliviar—. Quería preguntarte si has visto ya a Daniel.

—¿Daniel?

—Daniel Solstein. Mi... amigo, mi novio, como quieras llamarlo.

—¿Tienes novio? —Le salió un tono de sorpresa irritada tan evidente que Lena se echó a reír.

—¿Te parezco demasiado joven para tener novio?

—No, claro que no —se apresuró él a responder. No estaba acostumbrado a ignorar datos básicos de sus interlocutores cuando necesitaba que colaboraran en uno de sus proyectos, y el hecho de que Lena tuviera novio era uno de esos datos fundamentales—. ¿Por qué debía yo haber visto al señor Solstein?

—Porque, al parecer, una conclánida tuya ha ido a Bangkok a buscarlo, ya que el *mahawk* negro, es decir, tú, si no me equivoco, quiere entrevistarse con él para transmitir un mensaje al clan blanco.

—Ajá. Ahora ya lo entiendo. —Estaba empezando a ponerse furioso con Alix pero no podía permitir que Lena se diera cuenta—. Perdona; no recordaba el nombre del intermediario.

—Claro, no es más que un simple *haito*, ¿verdad? ¿Para qué ibas a recordar el nombre de un estúpido *haito* que va a hacer de recadero?

—No es un simple *haito*. Es un familiar. Pero aun así, no tengo todos los nombres de los familiares en la cabeza.

Lena sintió como un golpe en el estómago. ¿Dani era familiar? ¿Qué quería decir eso exactamente? ¿Un esclavo del clan blanco? ¿Un hombre de confianza, como *oncle Joseph*? ¿Habían «alimentado» a Dani, como ellos lo llamaban? ¿Le habían hecho beber sangre igual que en aquella escena que su madre le había pedido que leyera, de cuando era Alma von Blumenthal, en Viena, y Joseph, sentado a sus pies, bebía la sangre de su brazo?

La volvía loca saber tan poco de las costumbres de *karah* y no tener a quien preguntarle.

—No. El señor Solstein y yo aún no hemos hablado. Primero eres tú, evidentemente. Quizá mañana.

—¿Qué quieres de ellos, Imre?

—¿Del clan blanco?

Sí, no era mala pregunta. ¿Qué podía querer él del clan blanco justo en esos momentos? Y había otra pregunta mejor: ¿qué demonios podía querer Alix del clan blanco, actuando a sus espaldas?

—Varias cosas —improvisó—. Veo que por deliciosa que sea la cena, te interesa más hablar de negocios que de cuestiones intrascendentes o incluso personales.

—Hace varios meses que en mi vida las cuestiones personales y las de negocios, como tú las llamas, no se pueden separar.

—De acuerdo. Parece que sí has heredado algo de mí. —Sonrió fugazmente y volvió a ponerse serio—. Hablemos, entonces. —Dejó los palillos junto al cuenco, unió las palmas de las manos y con el filo de ambos índices se golpeó los labios unos segundos, organizando sus pensamientos, en un gesto que a Lena acabaría por hacersele habitual—. Él, que como sabes es la *mahawk* de su clan, y yo, y hasta cierto punto incluso el Shane, el *mahawk* rojo, llevamos un tiempo pensando que sería momento de reunirnos todos por primera vez en muchos siglos, aportar todo lo que sabemos y tratar de abrir la comunicación entre las dos realidades. ¿Sabes de qué te hablo?

Ella asintió con la cabeza.

—Para eso necesitamos el acuerdo de todos los conclánidas o de casi todos y eso ya es un pequeño problema. Algunos están ilocalizables desde hace décadas o incluso siglos; otros no estarían jamás a favor, como es el caso del *mahawk* blanco, ¿lo conoces?

Lena negó sin palabras aunque en su mente apareció la imagen que se había hecho a través de la historia de Bianca.

—¿Te refieres al que fue Enrique de Sotogrande, que estuvo casado con mamá en el siglo XVII?

—Sí. Silber Harrid, Ulrich von Finsterthal, Enrique de Sotogrande, no sé cuántos nombres más. Ahora Lasha Rampanya.

—¿No podemos prescindir de él?

A Imre le alegró que Lena hablara en plural.

—Podemos, si se hace necesario. Creo que quedan suficientes clánidas blancos a pesar de todo, aunque, como en nuestro caso, no deben de ser muchos ya. El clan más numeroso es el rojo.

—Y el que más odio. —Había auténtica furia en la voz de Lena.

—¿Puedo preguntar por qué?

Ella se encogió de hombros, inspiró por la nariz y desvió la vista.

—Quizá porque es el clan que más conozco... —Volvió a encogerse de hombros—. Mataron a mi mejor amiga y estuvieron a punto de matarme a mí también.

Imre recordó lo que Nils había contado de la cama de cuchillas preparada por el Shane. Mientras tanto había llegado a la conclusión de que el Shane sólo estaba tratando de probar empíricamente si Lena era realmente el nexo que esperaban. Según sus cálculos, el Shane había pensado que si ella era efectivamente el nexo, Sombra aparecería para salvarla, y si no era más que una vulgar *haito* entrometida, su muerte no causaría ningún trastorno a *karah*. Era un procedimiento un tanto expeditivo, pero muy adecuado.

—Ellos sólo estaban tratando de hacerse con el nexo, Lena. Pensaban que ese niño que iba a nacer era lo que todos buscábamos. ¿Ves como Ennis hizo bien escondiéndote y desviando las expectativas hacia esa otra muchacha?

—Hablas de mi amiga Clara como si su vida o su muerte no tuvieran ninguna importancia, como si ella no fuera más que una basura.

—Era necesaria su muerte para que tú vivieras.

Lena dejó caer la cabeza sobre el pecho, asqueada.

—No consigo quitármelo de la cabeza, Imre. No es justo.

—La justicia es un invento *haito*, querida; un simple *wishful thinking*. La justicia no existe en la naturaleza. Hemos inventado la justicia y a veces nos sirve. Para los casos en los que no sirve, también hemos inventado la retribución.

—¿Me estás hablando de venganza?

—Sí. Si crees que puede ayudarte a sentirte mejor, o a compensar la vida de esa amiga, véngate cuando la situación sea propicia. Mata al Shane, a Dominic y a Eleonora o a Gregor... Si conseguimos que se lleve a cabo esa reunión de los clanes, una vez que sepamos cuántos conclánidas son necesarios para intentar establecer el contacto, puedes matar a todos los que no hagan falta para nuestros propósitos.

—Eso..., ¿eso te parecería bien?

—Debe parecerte bien a ti, Lena. Nada más importa.

—Es decir, que *karah* destruye todo lo que se interpone en su camino.

—*Haito* también, no te engañes. No caigas en la vieja trampa de tomar partido y decidir que unos son los buenos y otros, los malos. No sé si ellos han aprendido de nosotros o nosotros de ellos, o es que los seres vivos somos simplemente así, pero *karah* no es peor que *haito* ni más cruel. Eso sí, tenemos más tiempo y más experiencia; por eso muchas veces podemos servirnos de *haito* con mucha facilidad. Los conocemos bien y podemos explotar sus flaquezas o esperar todo el tiempo que sea necesario. No somos más malvados que ellos, pero jugamos con cierta ventaja.

Hubo un silencio en el que sólo se oía el murmullo de una fuente, una música lejana como de campanillas de cristal y, de vez en cuando, el rumor de las hojas movidas por la brisa en las ramas más altas.

—Dime, Lena —comenzó Imre, después de un carraspeo—. ¿Cuál es tu posición frente a la idea de intentar la comunicación con el otro lado?

Ella levantó la cabeza, sorprendida. Sus pensamientos habían estado muy lejos cuando la voz del Presidente la había sacado de sus imágenes mentales.

—¿Has hablado con Él?

Keller negó con la cabeza. Era verdad que no habían hablado desde hacía mucho, pero igual lo habría negado de haberlo hecho; quería oír lo que Lena tenía que decirle con sus propias palabras.

—Antes de salir de la isla nos peleamos. Bueno..., realmente fui yo quien se

peleó con ella. Empezaba a sacarme de quicio toda aquella palabrería de la pureza de nuestra sangre, y lo de «primero es *karah*» y todo lo demás. No sé si te das cuenta, Imre, probablemente no, pero es puro discurso fascista, nazi, de *skinheads*, de descerebrados de ultraderecha, o al menos es así como a mí me suena. Los superhombres, bellos, longevos, sanos, fuertes, maravillosos, frente a los infrahumanos, feos, débiles, despreciables, prescindibles. Yo no puedo colaborar en eso. No quiero —concluyó con un gesto de la mano—. Además, imagínate que abrimos esa maldita puerta y los del otro lado son como *karah*, pero todavía más fuertes. Si *karah* procede de aquella realidad según las leyendas, y nos hemos desarrollado aquí, es posible que cuando entremos en contacto con los originales, ellos sean más terribles aún que nosotros, que entonces sea *karah* el equivalente de *haito*, ¿no te das cuenta?

—Claro que me doy cuenta. Es justamente lo que siempre ha dicho Lasha. Por eso está dispuesto a lo que sea para mantener la puerta cerrada.

—¿Y no puede tener razón?

Keller perdió la vista en la oscuridad, por encima del hombro de Lena. Claro que Lasha podía tener razón, pero no era eso lo importante. Lo importante era que él necesitaba entrar en contacto con esa otra realidad y salvar a Ennis. El precio que tuviera que pagar era irrelevante. No había ningún precio demasiado alto.

—Hay que intentarlo de todas formas. —Keller apretó los labios hasta que formaron una línea pálida en su rostro bronceado.

—¿Por qué, Imre, por qué hay que intentarlo? —Lena se inclinaba hacia el Presidente clavando su mirada en los ojos del hombre. Durante un segundo tuvo la impresión de que él estaba a punto de decirle algo crucial, pero pasó ese segundo y se limitó a contestar:

—Confía en mí. Créeme.

Lena volvió a apoyarse en el respaldo de su silla.

—No puedo confiar en ti así, sin más, Imre. No te conozco. Y además, en los últimos tiempos, si algo he aprendido, es que no se puede confiar en un clánida.

Durante un par de segundos, la tensión chispeó entre ellos hasta que el hombre decidió ceder.

—Te lo concedo. Debería estar orgulloso; en el fondo es muestra de inteligencia por tu parte. —Keller se planteó por un instante si era el momento adecuado para presionarla diciéndole dónde estaba su padre, Max Wassermann, en esos momentos y todo lo que podría sucederle si ella se negaba a colaborar, pero se decidió en contra. Si Lena había heredado algo de él, por poco que fuera, ese chantaje no haría más que darle un buen motivo para enfrentarse a él y negarse a cualquier cosa que propusiera.

—Estaba segura de que ibas a darme una buena razón, pero parece que no la tienes —insistió Lena.

El Presidente inspiró profundamente, como sopesando lo que podía decir, y algo en la tensión del cuerpo de ella le permitió pensar que estaba dispuesta a creerse lo que le contara.

—No sé si es una buena razón desde tu punto de vista. Llevas tan poco tiempo en este mundo que no sé si podrás comprender a conclánidas como yo, como el Shane, como Joelle, como Ragiswind, dondequiera que esté, si aún existe. Estamos cansados de esto, Lena. Llevamos demasiado tiempo viviendo en este planeta que hemos empezado a destruir. Vemos que nuestro final se acerca, porque, aunque vivamos mucho tiempo comparado con *haito*, también nuestra vida se acaba, y no queremos morir aquí sin más, sin haber intentado alcanzar la otra realidad, que ahora, por primera vez en dos mil años, parece estar a nuestro alcance, y quizá seguir viviendo.

—O sea, que en el fondo es todo cuestión de no querer soltar lo que tenéis desde hace siglos, como cualquier anciano *haito* en una residencia, tratando de arañar un día más. Todo vuestro esplendor, vuestra belleza, vuestra superioridad, vuestra arrogancia... todo es nada en cuanto pensáis que vais a morir como cualquiera, ¿no es eso? Miedo puro y simple; miedo a perder el control, el poder, a desaparecer, a no ser. Miedo a la muerte, como cualquier vulgar *haito*.

Lena comprendió en un relámpago por qué en el esquema de Arcontes que había leído en el avión, el que precisaba la posición del nexo frente a los demás, ella tenía el arcano XIII frente a Imre. El Presidente era el IV, el Emperador, la inteligencia pragmática, el hombre poderoso acostumbrado a mandar y dirigir, pero cuando ella estaba presente, de pronto se sentía algo disminuido, casi asustado, porque ella, Lena, adquiriría la posición del Segador, de la Muerte; ella le recordaba las cosas terribles en las que no quería pensar: que ni siquiera *karah* era inmortal, que todo tenía un fin, y el suyo estaba próximo.

—Sí, quizá —dijo él lentamente primero, cada vez más de prisa y con más pasión, a medida que hablaba—, quizá tengas razón, quizá sea eso. Miedo a morir. Pero no es sólo eso. ¿A ti no te enfurecería la idea de tener que morir sin saber qué hay detrás de esa puerta cuando crees que está a tu alcance, que por primera vez en varias generaciones se podría intentar? ¿No tienes curiosidad?, aunque sólo sea eso, curiosidad. —Los ojos de Imre Keller brillaban como si tuvieran fuego dentro y se inclinaba hacia ella, ávido.

—Sí —concedió Lena—. Curiosidad sí. Pero también tengo miedo, Imre. No sé. Estoy confusa, necesito pensar. Creo que la curiosidad no es una razón lo bastante poderosa. Tengo que darle un par de vueltas. Ni siquiera sé cómo podría hacerse, ni qué tendría que hacer yo..., ni qué me costaría a mí —terminó en voz baja.

Él le cogió la mano y se la acarició con suavidad.

—Piénsalo, querida, piénsalo. Podemos convocar a los clanes, reunir la información, ver qué podríamos hacer, ver si en alguna parte se explica qué pasa

cuando se intenta abrir esa puerta. No tienes que decidir ahora.

Lena cerró los ojos y se llevó las manos a las sienes.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó de inmediato Imre, preocupado.

—¿A casa? —El rostro de Lena se contorsionó casi en una mueca de dolor—. ¿A casa? Nada me gustaría más que eso. Volver a casa. —Sin poder evitarlo, de pronto se echó a llorar con hondos sollozos que la sacudían entera. Keller la levantó de la silla y la abrazó fuerte, como había hecho con Ennis en otros tiempos, hasta que los sollozos fueron calmándose.

—Vamos, Lena, vamos, no llores más; todo se arreglará, te llevaré al hotel y mañana te sentirás mejor. ¿O prefieres quedarte aquí a dormir?

Ella empezó a negar vehementemente con la cabeza.

—De acuerdo, de acuerdo, el hotel entonces. Te llamaré mañana de nuevo y seguiremos hablando. Ni siquiera te has tomado el postre; Mister Chang estará desolado —dijo, tratando de arrancarle una sonrisa—. Pero ahora necesitas descansar. Ven, vamos por el atajo.

La cogió de la mano y, a buen paso, atravesaron una zona más oscura del jardín, bajaron un par de pisos de escaleras y desembocaron en un amplio garaje con varios coches que brillaban en la penumbra anaranjada con un fulgor tranquilo.

—Parece el garaje de Batman —bromeó ella, aún al borde de las lágrimas.

—¡Vaya! ¡Me has descubierto! Tendré que cambiar de escondite, a menos que quieras ser mi Robin.

Lena sonrió y subió al descapotable negro cuya portezuela Imre acababa de abrirle. La puerta del garaje se levantó y, con un rugido del motor, salieron a la noche húmeda y caliente de Shanghai.



## Negro. Shanghai (China)

Nada más regresar a casa, Imre Keller llamó por el interfono a su secretaria.

—Miss Fu, dígame, ¿qué ha averiguado?

—Nada, señor. La muchacha no tenía nada de interés en la habitación. Ni documentos ni objetos ni soportes electrónicos. Nada. Lo lamento.

—¿Y en la caja fuerte?

—Ni en la personal de su cuarto ni en la del hotel había depositado nada.

—Gracias, Miss Fu. Puede retirarse para la noche.


Imre unió las manos y se golpeó los labios pensativamente. Su hija era una chica muy lista y al parecer, aunque supuestamente Ennis la había educado como *haito*, le debía de haber grabado a fuego la desconfianza. Había hecho bien, claro. Los tiempos que corrían no eran como para fiarse de nadie.

Le habría gustado mucho leer lo que Ennis había dejado para la formación de Lena; incluso hasta cierto punto pensaba que tenía derecho a hacerlo, pero, con o sin derecho, le gustaría leer algo escrito por Ennis: sus consejos, sus explicaciones, su punto de vista sobre la situación.

Quizá si llegaba a ganarse la confianza de Lena, podría pedírselo. Y si no, teniendo a Wassermann, siempre podría chantajearla. Se felicitó a sí mismo por no haber cedido a su primer impulso de matarlo.

El gran fuego de la chimenea había quedado reducido a ascuas que brillaban como una ciudad encantada, como una imagen en miniatura del infierno. Se terminó la tercera taza de café y decidió dar por acabado el día, aunque, por una vez, en lugar de desconectar el móvil, optó por dejarlo encendido. Le había dado a Lena su número privado y, a pesar de que suponía que no iba a llamarlo pidiendo ayuda en mitad de la noche, no quería correr el riesgo de que ella lo necesitara y se encontrara con un móvil desconectado. De todas formas, había sido una velada interesante; lo mejor que podían hacer los dos era irse a dormir.





## Nexo. Haito. Negro. Shanghai (China)

Cuando las puertas del ascensor se abrieron y Lena se encontró por fin sola en el enorme vestíbulo del hotel, sintió un alivio tan grande que era casi físico, como si alguien le hubiera quitado por fin una piedra de la espalda.

Había sido una noche interesante, había disfrutado de la conversación con Imre, ahora podía entender hasta cierto punto el amor que su madre había podido sentir por aquel hombre tan carismático, pero había sido como luchar con un contrincante del que uno sabe que está un par de niveles por encima del propio y que podría vencerte con mucha facilidad si le dieras la mínima ocasión. Agotador.

Sin embargo, su cansancio era más mental que físico y no le apetecía realmente subir a su cuarto y ponerse a dar vueltas como un tigre en un zoológico esperando calmarse lo suficiente como para poder dormir. ¿Qué podía hacer? ¿Salir a correr un rato? Le resultaba atractiva la idea, pero no se atrevía a salir sola, de noche, sin saber cuáles eran las zonas buenas y las malas en una megalópolis como Shanghai. El hotel tendría sala de *fitness* con toda seguridad, pero tampoco le apetecía subirse a la cinta y correr estúpidamente frente a la ventana.

—¿Quiere recoger sus cosas? —le preguntó en ese momento la recepcionista, que acababa de salir de detrás del mostrador.

—No, gracias, aún no. Estoy tratando de decidir si irme a la cama o hacer algo, pero no se me ocurre qué.

—¿Por qué no sube a Cloud 9, nuestro bar de la última planta? Hay música y buen ambiente, y cuando se canse no tiene más que bajar a su habitación.

—¡Buena idea! —Aquella muchacha le había salvado la noche.

Se planteó durante un momento si cambiarse de ropa y ponerse los pantalones, pero decidió que en un hotel de cinco estrellas lo más probable era que su vestido blanco no desentonara en un bar que se llamaba Cloud.

Subió al piso ochenta y cinco con el ascensor normal y desde allí, con otro ascensor, al piso ochenta y siete para alcanzar la cima de la Jin Mao Tower, donde estaba ubicado el hotel y que permitía una vista circular de la noche de Shanghai.

Había mucha gente en el bar y la música era más alta y más moderna de lo que esperaba, pero en cualquier caso era bastante mejor que meterse en su cuarto sin nadie con quien hablar. Aquí tampoco conocía a nadie, pero podía sentarse en un taburete de la barra, pedir algún cóctel con nombre de estrella, que eran la especialidad del local, y mirar a los que bailaban mientras su cerebro iba serenándose y poco a poco cernía y clasificaba toda la información, la avalancha de información que había recibido en las últimas veinticuatro horas.

Le trajeron una copa de Blue Moon, que era lo único que conocía de la carta y le recordaba a Ritch. Ahora le gustaría estar con él, charlando de tonterías, riéndose tal vez, viviendo como debería vivir una chica de su edad.

Al otro lado de la barra, un chico oriental, con camisa blanca y traje oscuro, le sonrió esplendorosamente y alzó su copa en un brindis desde lejos. Sin pararse a pensarlo, por puro reflejo, cogió su Blue Moon, apartó la vista y se volvió hacia la zona donde bailaban unas cuantas parejas estrechamente abrazadas. No quería entablar conversación con nadie, no quería que nadie pensara que estaba sola y había subido a ligar, a buscar a alguien para pasar la noche.

De pronto se quedó rígida. Al fondo, ya prácticamente junto a las enormes cristaleras que cerraban el local como una burbuja suspendida en el cielo de Shanghai, le había parecido ver dos figuras conocidas.

Una era la bella y gélida mujer que había visto unas horas antes en el vestíbulo.

La otra era Dani.

Dani, tan elegante que apenas si lo había reconocido, con un traje negro de corte perfecto y unos zapatos tan brillantes como los de un director de orquesta. Dani abrazando a aquella mujer que se le pegaba como una cortina empujada por el viento. Supuestamente estaban bailando, pero apenas se movían. Él estaba de espaldas y Lena podía ver cómo las manos finas y largas de la mujer paseaban por sus hombros, por su cintura, atrayéndolo, apretándolo.

Se quedó mirándolos embobada mientras la mujer, que estaba de frente a ella, echaba ligeramente atrás la cabeza para ofrecerle sus labios al chico que se inclinaba hacia su boca. No podía apartar la vista de ellos, de ese larguísimo beso que era cada vez más urgente y apasionado. Estaba segura de que un minuto más tarde, cuando se separaran sus labios, se marcharían abrazados hacia el ascensor para meterse directamente en la cama.

No podía soportarlo ni un momento más.

Dejó la copa en la barra y, sin volver la mirada atrás, con los ojos llenos de lágrimas, entró en el ascensor, fue directamente a recepción, recuperó sus bolsas, se metió en el baño, se cambió de ropa, volvió a dejar las bolsas casi sin palabras ante la consternación de la recepcionista, que se dio cuenta de que no estaba de humor para dar explicaciones, y salió a la calle sin saber adónde iba ni qué pretendía hacer.

La había engañado. Dani la había engañado. La estaba engañando. Allí mismo, en su mismo hotel, delante de sus ojos.

—*Taxi, Miss?*

Lena alzó la vista, sorprendida, y sin decidirlo realmente, se metió en el taxi que le acababa de ofrecer aquel chino gordito y sonriente.

—*Where to? The Bund?*

Asintió moviendo la cabeza. The Bund era de los pocos lugares que le sonaban. Era el largo paseo junto al río desde el que todos los turistas fotografiaban la silueta del Shanghai más moderno, el conjunto de edificios donde ella tenía su hotel. Podía ser una buena idea ver su hotel desde lejos, con el río por medio, sabiendo que en la cima del edificio el chico que quería estaba abrazando a otra sin pensar en ella para nada.

Ahora sí que se había acabado. Ahora estaba claro que era el final. Después de tantos meses de separaciones, de echarlo de menos, de pensar en él como la tabla de salvación de su vida, ahora él le había demostrado lo que ella significaba de verdad para él. Nada. Nada en comparación con aquella clánida negra que había ido a buscarlo a Bangkok. Y él se había dejado seducir.

En la penumbra del taxi se miró el anillo de piedra luna y sintió que se le iba a romper el corazón. Dani ya no la quería y ella estaba sola, a miles de kilómetros de su casa, sin tener a quien llamar. Su madre estaba muerta, su padre desaparecido, su otro padre era un desconocido para ella, su mejor amiga asesinada... nunca había tenido un mejor amigo de verdad. No había nadie en el mundo a quien le importara lo que le estaba pasando; ella sólo era importante para *karah* porque era el nexo. Y eso era justo lo que no quería ser.

Atravesaron un túnel que pasaba por debajo del río y Lena se encogió en el asiento apretando la bolsa entre las piernas, sintiéndose más sola que nunca.

Suavemente, empezó a llover. El parabrisas del taxi se empañó y un instante después los limpiaparabrisas empezaron a moverse rítmica, hipnóticamente.

Podía llamar a Ritch, pero estaba en Bangkok, y además el clan blanco no le permitía usar el móvil para que nadie pudiera localizarla. Pero eso ya daba igual, lo usaría si se le ocurría a quién llamar. ¿Los *traceurs*? Estaban en la isla, y ella lo que necesitaba era alguien que estuviera allí, en Shanghai, que tuviera una presencia física, alguien a quien abrazarse, que le echara un brazo por los hombros o la mirara a los ojos, aunque fuera para reírse de ella y de sus dolores, como a veces había hecho su madre.

¿Nils? ¿Lenny? ¿El Lenny que le recordaba su otra vida, el chico falsamente joven que había conocido en su propio colegio, cuando las cosas aún eran normales, Clara estaba viva y nadie había oído hablar de *karah*? ¿El Lenny que era Nils, que era un clánida negro y, por tanto, alguien que probablemente tendría sus propios planes y

de quien no se podía fiar? Pero él la había salvado, la había acompañado desde la isla de Él, le había dicho que ella le importaba.

¿Se atrevería a llamar a Nils ahora, después de cómo lo había dejado tirado en Bangkok?

No había nadie más.

Estaba Él, en su isla, pero ¿qué le iba a decir, cómo podría ayudarla ahora? Sólo la idea de llamar a alguien que decía vivir en la Atlántida le parecía ridícula.

¿*Oncle Joseph*? Estaría durmiendo y lo primero que le diría sería: «Apaga el maldito móvil».

No había nadie más.

Sólo quedaba Nils.

Pero ¿qué le iba a decir, si lo llamaba?: «Estoy en Shanghai, Dani se ha ido con otra y yo te echo de menos».

—*Okay here, Miss?* —El taxi acababa de detenerse cerca del Garden Bridge y, a pesar de lo tarde que era, aún había gente paseando o haciendo fotos a las luces de la ciudad.

—*Okay, thank you.* —Pagó y se bajó del taxi. Sacó un pañuelo de papel, se sonó fuerte y se colgó la bolsa en bandolera, mientras empezaba a colocarse los auriculares. De pronto se detuvo, encendió el móvil y tecleó sin pararse a pensar.

«Sé que me he portado mal contigo y lo siento, Lenny. Estoy triste. Te echo de menos».

Volvió a guardarlo en el bolsillo sintiéndose un poco mejor a pesar de todo. Buscó en la lista la canción que quería escuchar para empezar su nueva etapa de soledad, de abandono, y su vista se quedó prendida de una canción que hacía mucho que no escuchaba. Prince. *Purple rain*, la versión larga, ocho minutos.

Antes de que empezaran a sonar los primeros compases, aparcó un autobús casi a su lado y, de golpe, todas las personas que habían estado charlando, riendo y haciendo fotos, subieron al vehículo y desaparecieron, dejándola sola frente a las luces del río y la ciudad, mientras seguía cayendo una fina llovizna cálida.

Justo en ese momento entró la guitarra, con fuerza, y en seguida la percusión.

*I never meant to cause you any sorrow*

*I never meant to cause you any pain*

*I only wanted to one time see you laughing*

*I only wanted to see you laughing in the purple rain*

Sin proponérselo, empezó a moverse al ritmo de la música, cantando con Prince mientras la lluvia iba mojándola poco a poco, pegándole la ropa contra el cuerpo. Las luces destellaban a través de sus lágrimas y era realmente como si la llovizna fuera

violeta, como si la música se ajustara a sus sentimientos como una segunda piel.

*I only wanted to see you bathing in the purple rain*

Su móvil empezó a vibrar en el bolsillo. Lo sacó con manos temblorosas, sin atreverse a esperar algo bueno.

Nils.

Leyó el mensaje.

«¿Dónde estás?».

Tecléo.

«Shanghai. The Bund. Garden Bridge. *Bathing in the purple rain*».

La canción sonaba de un modo casi hipnótico, la percusión latía como un corazón, arrastrando su pena, y la guitarra lloraba como ella mientras la voz de Prince la arropaba como un pañuelo de seda.

*I never wanted to be a weekend lover  
I only wanted to be some kind of friend  
Baby I could never steal you from another  
It's such a shame our friendship had to end*

Las luces se iban volviendo borrosas, la respiración se le aceleraba y los sollozos casi no la dejaban oír la canción. Pensó por un instante que sería bonito morir allí mismo, cuando Prince dejara de cantar, bajo la lluvia violeta, con el anillo de piedra luna brillando aún en su mano.

Pero no, pensó de golpe, casi furiosa. Aquello era una cursilería. Y una estupidez aprendida en cientos de películas para adolescentes.

Lo que le había hecho Dani dolía, claro que dolía; como duele cuando te rompes una pierna o te caes por la escalera. Como duele cuando se muere tu madre y te quedas sola, y crees que tu padre se ha enamorado de una imbécil. Como duele cuando matan a tu amiga delante de tus ojos sin que hayas podido hacer nada por evitarlo. Como duele cuando te enteras de que perteneces a otra especie, una especie más cruel, egocéntrica y manipuladora que la otra, a la que siempre creíste pertenecer. Pero se sobrevive. Se le echa valor, se llora y se sufre, pero se sobrevive. Se trata de luchar y seguir avanzando, con el dolor, con la rabia, con la impotencia de sentirse traicionada y no poder hacer nada para cambiarlo.

Tenía cientos de años por delante. No iba a morir. No le iba a dar a nadie la alegría de morir por él, de que siempre pudiera decir que le rompió el corazón. Ella

era más dura de lo que nadie podía creer. No pensaba morir.

Forcejeó con el anillo para sacárselo del dedo. Sería bonito verlo brillar bajo la lluvia antes de hundirse para siempre en las aguas del Huang Pu.

Un brazo delgado y fuerte cruzó por delante de ella y le rodeó los hombros. Se volvió parpadeando, sin creer lo que veía.

—No lo tires aún, conclánida. Nunca se sabe. ¡Honor a *karah*! —Sonó una voz en su oído.

—¡Honor a tu clan! —contestó ella con la voz estrangulada—. Creía que seguías en Bangkok.

—Imre me envió un jet de la compañía, pero habría venido a pie desde Tailandia sólo porque tú querías verme. No pasa muchas veces, ¿sabes?

Él la soltó y se quedaron mirándose a los ojos, sin tocarse, hasta que poco a poco Lena empezó a sonreír.

—Eso de querer tirar el anillo al río... ¿significa que eres libre? —preguntó él.

Ella asintió con la cabeza.

Nils metió una mano en el bolsillo y le tendió una cajita.

—¿Aceptarías esto? Además del que ya tienes, si lo prefieres.

Era un anillo con una piedra negra tan pulida que parecía una gota de tinieblas, una gota del espacio exterior.

—Es precioso —dijo Lena. Pero algo en su voz hizo temer a Nils una negativa.

Él se apresuró a añadir:

—A ti no te comprometo a nada, si no quieres. A mí sí.

—¿Por qué?

—Porque yo sí quiero comprometerme, Lena. Quiero que me dejes quererte, cuidar de ti, acompañarte, protegerte, estar a tu lado. Para mí no hay nadie más, te lo juro.

Ella empezó a llorar de nuevo. Nils la abrazó con firmeza, con suavidad, hasta que Lena le dijo muy bajito:

—Sí, Lenny, lo acepto; aunque no sé bien qué significa para mí, lo acepto. ¿Puedes vivir con eso?

—He vivido siempre con mucho menos. —Le puso el anillo en el anular de la mano derecha; luego le cogió las dos y se las miró alternativamente—. Clan blanco, clan negro.

—Así me llamaba mi madre. Mi niña blanca y negra. Y yo nunca supe por qué. Pensaba que era una de esas cosas que se dicen por decir. Ahora sé que soy más, incluso, que pertenezco a los cuatro clanes, que soy el nexo y todos esperan tanto de mí... tanto, tanto. Me da miedo, Nils, me da mucho miedo.

—No tienes que tener miedo, Lena. Déjame ayudarte. —Nils tenía las manos sobre los hombros de ella y la miraba intensamente, como si todo lo que los rodeaba

hubiera perdido su importancia. Lena le sonrió, aceptando. Era bueno estar con alguien, estar con él, sentir que él quería cuidarla, quererla—. A todo esto, honorable conclánida —dijo Nils con una sonrisa juguetona, cambiando de tono—, nos estamos mojando seriamente. ¿Y si vamos a algún lugar donde no llueva y nos ponemos ropa seca?

—La lluvia violeta no moja, Lenny. Cura el alma.

—¿Lluvia violeta?

—*Purple rain*. —Le pasó uno de los auriculares y se puso el otro.

Caminaron abrazados bajo la lluvia, al ritmo de *Purple rain*, y ya a punto de subir al coche, se besaron mucho, mucho tiempo, hasta que terminó la canción.



## Blanco. Isla de la Rosa de Luz (Mar Caribe)

Lasha Rampanya posó el helicóptero que pilotaba él mismo en el helipuerto de la isla, en la parte trasera de la colina en cuyo frente se abría el pórtico del templo principal, y durante un minuto miró con los ojos entornados el paisaje de cocoteros brillando al sol de media tarde.

Muy poco después, el Gran Maestro, apoyado en el bastón y cojeando, apareció flanqueado por dos novicios que se quedaron respetuosamente atrás mientras él se acercaba al helicóptero a recibir a su huésped.

Lasha lo miró, inexpresivo. Desde que había tenido que castigarlo por su transgresión, Andrade ya no era el mismo hombre. Ahora su rostro, antes sereno y con una cierta belleza iluminada, se había convertido en una masa de tics, lo que, con el violento costurón de la cicatriz y sus ojos perpetuamente desorbitados, le hacían parecer una especie de profeta loco de los peores tiempos bíblicos, lo que siempre conseguía arrancarle una sonrisa torcida. Desde que podía recordar, el miedo de los hombres le había resultado un poco cómico.

—Es un placer recibirte en la isla —dijo el Gran Maestro, casi tartamudeando.

—No mientas, hermano, para no ser castigado. Pero me has llamado tú mismo y he decidido venir a ver si puedo ayudarte.

—¿No has recibido mi último mensaje, de hace dos días? —El nerviosismo era patente.

Un par de días atrás a Lasha le había llegado efectivamente un mensaje en el que Andrade le decía que el problema se había resuelto solo, que el extraño individuo que tan inquietante le resultaba se había marchado de la isla después de menos de una semana de estancia, y que, por tanto, no era necesario que hiciera el largo viaje hasta el mar Caribe.

—Sí, lo he recibido, pero quería venir de todas formas. Necesito un descanso y tengo curiosidad por ver a Aliel.

—¿A Aliel? —El Gran Maestro se había quedado con la boca abierta y no le faltaba más que babear para parecer un completo imbécil.



—Israfel no acudirá más a este lugar mientras tú vivas. Lo sabes muy bien. Pero los fieles no tienen la culpa de tu traición y Aliel desea confortarlos con su presencia. He recibido el aviso de que aparecerá dentro de cuatro días. ¿Está libre el pabellón de la Gloria Resplandeciente?

—Siempre libre, para ti.

—Entonces haz que lleven allí mi equipaje y que me traigan la cena sobre las ocho. Supongo que tú tendrás que ayunar.

—Por supuesto, Ejecutor.

—No quiero ver a nadie de momento.

—Se hará como tú digas.

El Ejecutor se alejó a grandes zancadas, cubierto por un sombrero de paja, con los ojos helados ocultos tras unas impenetrables gafas de sol, y Andrade tuvo que luchar contra la tentación de sentarse allí mismo en el suelo de arena; tenía la sensación de que las piernas no sostenían su peso.

Mientras los dos acólitos bajaban las bolsas del huésped y recibían sus órdenes sobre adónde había que llevarlas, Andrade se llamaba estúpido por haber cedido al miedo y haber llamado a aquel monstruo, pero temía que, de no haberlo hecho, aún hubiera sido peor. En su anterior visita, lo había arrancado de las garras de la muerte sólo para mutilarlo y marcarlo de por vida. Si ahora volvía a tener queja de él, lo más probable era que lo torturase hasta morir. Tenía que hacer su voluntad hasta en los mínimos detalles esperando que la visita no fuera muy larga.

Sintió una náusea apoderarse de él y, discretamente, para que los muchachos que caminaban delante no lo notaran, vomitó una bocanada de bilis sobre los hibiscos.

En el pabellón de la Gloria Resplandeciente, Lasha conectó al máximo la refrigeración y, sin esperar a que los novicios trajeran el equipaje, abrió los grifos de agua fría de la gran bañera cuadrada que ocupaba el centro de la habitación que daba al mar, se desnudó y se sentó en el suelo de mármol que se iba inundando con rapidez. No le gustaba el calor, y el mal humor que sentía aumentaba el calor y el malestar.

Había tardado casi una semana, una estúpida semana de inactividad, desconexión y falta de control, en adquirir el aspecto que lucía ahora; cada vez tardaba más en rejuvenecer y envejecer, en recuperarse, en cambiar de aspecto. Era evidente —y tendría que haber sido realmente idiota para no darse cuenta y realmente cobarde para no confesárselo—, era evidente que el fin de su vida se estaba acercando con rapidez.

Lo sabía, siempre lo había sabido, pero de algún modo *karah* siempre se las arreglaba para no pensar en ello, para no darle importancia. La muerte era algo que sólo les llegaba a otros, a *haito*, a las criaturas efímeras que vivían unas cuantas décadas y se extinguían como una gota de agua lanzada sobre un hierro al rojo, con un siseo apenas.

Él casi no podía recordar su infancia, los primeros años de su vida. Claro que le acudían imágenes si se empeñaba en conjurar aquella época, pero no sabía con claridad la fecha. En aquella época las fechas no importaban.

Recordaba el placer del agua helada en los riachuelos en los que al influjo de la primavera, la nieve y los hielos del invierno se iban convirtiendo en agua que corría y murmuraba entre florecillas recién surgidas en sus márgenes. Recordaba a las mujeres de largas trenzas rubias y plateadas, con los tirantes de los delantales llenos de objetos de uso doméstico: tijeras, pinzas, atizadores, agujas... que tintineaban cuando se agachaban para sacar del agua a algún bebé llorón. Recordaba las antorchas en la noche, las cabalgadas en pos del enemigo, la sangre caliente chorreando brazo abajo, goteando desde el codo, el dolor a veces paralizante de la escápula y la espalda después de muchas horas luchando, tajando, segando cabezas..., y el placer de beberse de un trago un cuerno de *met* con una conclánida sentada en las rodillas, cosquilleándole la oreja con la lengua.

Entonces él era Silber Harrid y su cuerpo era dúctil, fuerte, la herramienta adecuada para su alma de fuego helado.

Aunque jamás se lo había confesado a nadie, nunca se había sentido realmente bien en su propio clan. El elemento del clan blanco era el aire; su mejor arma, la palabra; su ventaja, la inteligencia; su piedra, la piedra luna; su palo, las espadas. Y de todo ello, con lo único que de verdad se identificaba era con la espada que, en sentido simbólico se refería al ingenio, a la mente afilada que era capaz de cortar cualquier problema, y que él prefería en sentido literal.

Sin embargo, después de muchos siglos de sentirse a sí mismo como guerrero, de manejar la espada, había comprendido que los nuevos tiempos requerían nuevas armas y se había convertido en un científico, pero no había sido capaz de saber qué era lo que había en los hielos del norte, ni para qué servía ni cuándo había llegado aquello allí. Nunca lo sabría.

Ahora se le acababa el tiempo, su fin estaba cerca y no sabía qué podía hacer.

El otoño anterior, cuando le habían llegado los rumores de que en los clanes estaba a punto de nacer un nexo, había pensado que tenía mucho tiempo por delante. Había ido a Austria sin prisa a matar a aquella muchacha de quien se rumoreaba que sería la destinada a parir al nexo y, cuando había fallado el disparo, se había retirado, pensando que ya habría otras ocasiones.

Incluso poco tiempo atrás, cuando fue a reclutar a Luna, su antiguo camarada, seguía sin tener demasiada prisa, pero ahora, de repente, al darse cuenta de que su organismo se estaba ralentizando, había comprendido que no le quedaba tiempo, que cabía la posibilidad de morir antes de haber acabado con el niño del clan rojo y la muchacha que debía entrenarlo.

No tenía miedo de la muerte, o al menos nunca se había planteado si aquella

curiosa trepidación que sentía en su interior podía ser miedo. Más que nada, la idea de morir le despertaba una especie de perplejidad. No podía creer que fuera a pasarle a él, después de todo lo que había sobrevivido.

Además, él había visto morir a miles de *haito*, había causado directa o indirectamente la muerte de centenares de ellos, pero jamás había visto morir a un conclánida..., no conseguía imaginar cómo sería. ¿Sería la muerte de *karah* igual que la de *haito*? ¿Se reflejaría en sus ojos el mismo terror a lo desconocido o a la extinción definitiva que cuando se trataba de un despreciable *haito* luchando por conservar su pequeña y miserable existencia? No era posible que fuese igual. *Karah* no envejecía así, no perdía sus facultades de un modo tan evidente, los clánidas no se arrugaban ni se ponían tan repugnantes como los humanos. Él mismo tenía algo más de mil años y seguía siendo fuerte, flexible, inteligente, rápido. ¿Qué le pasaría cuando llegara el momento?

¿No sería mejor tomar ejemplo de los desaparecidos samuráis japoneses y quitarse él mismo la poca vida que le quedara, pidiendo a Luna, el único ser a quien reconocía como hermano de armas, que lo decapitara en cuanto se hubiera clavado su propia espada en el vientre? Eso sería preferible en cualquier caso a morir en una cama, rodeado de un estúpido personal sanitario tratando de mantenerlo con vida para poder averiguar qué clase de ser era el que se estaba muriendo frente a sus ojos y cuyo genoma no era humano, aunque por su aspecto lo pareciera.

Llevaba todas sus vidas huyendo de esa posibilidad. Todos los clánidas huían de la posibilidad de ser reconocidos como no humanos y si eso, en tiempos pasados, era muy poco probable, a partir del siglo xx, con el desarrollo de la biología y la genética, la cosa se había ido haciendo cada vez más preocupante. Si alguno de ellos tenía la desgracia de caer en manos de alguien que le practicara un análisis genético, *haito* empezaría a cazarlos, a internarlos en centros de investigación para desvelar el secreto de su longevidad.

Y eran tan pocos..., tan pocos... Él mismo, a pesar de su larga vida y de todas las veces que lo había intentado, no había conseguido nunca reproducirse con una conclánida. Sí había tenido varios hijos con mujeres *haito* a lo largo de los tiempos, cuando su juventud lo había llevado a probar todas las perversiones posibles, pero siempre se había avergonzado de ellos y jamás los había reconocido como propios, salvo a Leif Harridson, un hijo al que convirtió en familiar y que le sirvió bien a lo largo de casi doscientos años, hasta que murió arrugado como una ciruela pasa, tumbado en su catre, ahogado en su propia sangre, con los ojos brillando de odio al ver a su padre joven y fuerte a los pies de la cama. Nunca había vuelto a hacerlo. Nunca había vuelto a reconocer a un mediasangre.

Desde entonces, su clan había ido reduciéndose. No quedaban más que Tanja, que se había convertido en un ser semitransparente, fantasmal, también estéril; Emma,

que a pesar de su salud, belleza y larga vida, sólo había sido capaz de concebir una vez, para dar a luz a Mariana de Miraflores, la muchacha con la que contrajo matrimonio en la España de Felipe IV y a la que acabó matando a principios del siglo XX tirándola a la grieta de un glaciar; y Albert, que sólo había dado una mediasangre al clan, Ennis, engendrada en una mujer *haito* que nunca había querido nombrar, y que llevaba casi treinta años desaparecida, lo que en el fondo no lo apenaba demasiado porque nunca le había gustado aquella bastarda, aquella mediasangre a quien apenas si había concedido una mirada cuando apareció con su título bajo el brazo en la estación polar que acababan de fundar. Ahora no quedaban más que Tanja, Emma, Albert y él mismo, que estaba a punto de morir.

Quizá esa fuera la mejor solución para cerrar las puertas definitivamente. En lugar de buscar y cazar al bebé y a la muchacha, volver junto a su clan y matarlos a todos. Según los documentos más antiguos, para poder intentar la apertura de la puerta eran necesarios unos cuantos miembros de cada clan, de todos los clanes, repartidos en lugares concretos del planeta. Si cuando decidieran intentarlo ya no quedaban clánidas blancos, sería imposible y la puerta tendría que permanecer cerrada para siempre.

Sonrió ante la idea.

En cuanto terminara de hacer de ángel para los creyentes de la Rosa de Luz, que constituían su garantía de protección para los documentos que cincuenta años atrás había conseguido arrancarle al glaciar donde su antigua esposa los había arrojado, se marcharía a la estación del norte y mataría a Tanja. Luego averiguaría dónde estaban los demás, volvería con los suyos y terminaría el trabajo.



## Negro. Shanghai (China)

A pesar de su intención de dormir y dejar cualquier asunto para el día siguiente, Imre no conseguía conciliar el sueño. Por una parte la conversación con Lena lo había alborotado un poco, lo suficiente como para no poder desconectar; por otro, había cedido a la tentación y, antes de retirarse a su dormitorio, había bajado al jardín secreto a contarle a Ennis lo que había hablado con su hija. Pero lo que realmente le quitaba el sueño era la idea de que Alix hubiese ido a Bangkok a buscar a un familiar del clan blanco con la excusa de que él quería entrar en contacto con ellos. Eso era intolerable. Que lo hubiera utilizado a él como excusa para algo que él ignoraba era sencillamente in-to-le-ra-ble. Tenía que averiguar cuanto antes qué estaba ocurriendo o acabaría por tener la sensación de que el asunto se le estaba escapando de las manos.

¿Sería excesivo convocar una reunión de urgencia ya mismo?

Sí, probablemente lo sería.

Además, ni siquiera estaba seguro de si Nils habría logrado ya regresar desde Bangkok. Pero tampoco podía dejar que Alix pensara que había conseguido engañarlo.

Por otra parte...

Era evidente que antes o después sería necesario reunir a los clanes. Si el clan blanco pensaba que Alix había ido a buscar a un emisario para comunicarles la propuesta del clan negro, podía ser una buena idea aprovechar la coyuntura y ofrecerles precisamente eso: acudir juntos a Atlantis en un futuro próximo para discutir un posible plan de acción ahora que existía un nexo que podría intentar comunicar los dos mundos.

Tendría que hablar con Él para sugerirle la reunión, preguntar si le parecía adecuado que fuera él mismo quien convocara también al clan rojo y si ella estaba dispuesta a hacer de anfitriona, como había ofrecido en tiempos pasados, cuando Ennis y él pasaban algunas temporadas en la isla.

En ese caso sí era necesario llamar tanto a Alix como a Nils. La primera le debía

una explicación y los dos tenían que ser informados de lo que acababa de decidir lo más rápido posible, ahora que el nexo aún estaba en Shanghai.

De momento, Lena no parecía entusiasmada con la idea de colaborar en la apertura de la puerta, pero él aún tenía tres ases en la manga que ella ignoraba. Uno: si conseguía reunir a todos los clanes, ella casi se vería obligada a participar en el asunto, que interesaba a todos sus conclánidas; al fin y al cabo había sido educada como *haito* en la sociedad occidental democrática y probablemente se dejaría presionar por la mayoría. Dos: Max Wassermann seguía en una celda esperando a que él decidiera su destino, y Lena, incluso reconociendo que se trataba de un chantaje, no dejaría morir al que siempre había considerado su padre. Tres: en último caso, si de verdad pensaba que no había más remedio, llevaría a Lena al jardín secreto. Ese era su as más poderoso. Y el que menos deseaba utilizar.

Pero eso estaba aún en el futuro. De momento había que procurar que las cosas se pusieran en marcha.

Se levantó de la cama, cogió el teléfono —nunca había conseguido acostumbrarse a telefonar acostado—, marcó el número de Alix, el especial, el que sólo tenían él y Nils, y esperó. Seis timbrazos después oyó su voz con ruido de fondo de algún local de música y cócteles.

—¿Dónde estás, conclánida? —preguntó sin más preámbulos.

—De copas, ¿por qué? ¿Pasa algo urgente?

—Dímelo tú.

—No, Imre, claro que no pasa nada.

—¿Y tu viaje a Bangkok? ¿Se encuentran bien nuestros conclánidas blancos?

Sólo le contestó un silencio sorprendido. Imre sonrió en la oscuridad de su cuarto. Aún conseguía desconcertar incluso a los que mejor lo conocían.

—Todo se sabe, querida —añadió suavemente.

—Puedo explicártelo, Imre.

—No me cabe la menor duda. ¿Sería mucho pedir que lo hicieras ahora?

—¿Así, por teléfono?

—Lo deajo a tu elección.

—¿Quieres que vaya a verte?

—Si no te molesta...

—Es que... no es nada..., de verdad.

—Deja que sea yo quien lo juzgue, Alix. Y dile al joven *haito* que te acompaña que mañana a las nueve en punto podrá dedicarle unos minutos. En mi despacho. En punto, por favor.

Colgó sin darle tiempo a decir nada más y volvió a vestirse. No era seguro que viniera, por supuesto; muchas veces intentaba mostrar su independencia desobedeciéndolo, pero tenía la sospecha de que, en la situación actual, hasta Alix se

había dado cuenta de que las cosas estaban cambiando con mucha rapidez.



## Haito. Negro. Shanghai (China)

—Termínate la copa, Daniel. ¡Ya! ¡Nos vamos!

—¿Nos vamos? ¿Adónde? —Era ya su cuarto mojito y, aunque al principio no conseguía relajarse, poco a poco el alcohol y el contacto con el cuerpo de Alix, sin palabras, mientras bailaban y luego empezaban a besarse, lo habían ido haciendo sentir cada vez más cómodo. No le apetecía moverse de aquel bar en el techo del mundo, quería seguir sintiéndose como ahora: flotando en una burbuja entre el cielo y la tierra, con todas las luces a sus pies y la mujer más esplendorosa del mundo mirándolo como si él fuera algo especial.

Aunque, de repente, parecía que la llamada que acababa de recibir había cambiado algo en ella y sólo lo miraba con fastidio e impaciencia.

—¿Qué pasa? —insistió.

—Tengo que irme. Ya.

—¿A estas horas? ¿Adónde?

—Eso no es asunto tuyo.

Nada más dar esa respuesta, Alix sintió con total claridad que si se comportaba siguiendo sus auténticos impulsos, perdería en un par de frases lo que le había costado toda la noche ganar.

—El Presidente quiere verme —explicó—. A ti también, pero mañana, a las nueve en punto. Te recogeré a las ocho menos cuarto.

—¿Tan pronto?

—El tráfico de Shanghai es una locura. Vístete como ahora y espérame en el *lobby* del hotel. —De un momento a otro ya no parecía la maravillosa mujer que desplegaba todo su atractivo con él, sino una ejecutiva nerviosa e impaciente—. Vamos. Es tarde.

—Espera, espera un segundo. —Se volvió hacia ella y trató de abrazarla antes de salir del bar. Ella se soltó, molesta.

—No es momento. Suéltame.

—¿Seguiremos mañana? —preguntó él sonriendo, ya bastante borracho.



—Mañana te duchas con agua fría, te tomas dos aspirinas y bajas al *lobby* en plena forma para encontrarte con el Presidente.

—¿Y nosotros?

—Te he dicho que ahora no. ¡Quítame las manos de encima!

—Alix..., ¿qué te pasa? ¿Qué he hecho mal?

Caminaban ya hacia los ascensores, sin tocarse.

—Nada, maldita sea, no has hecho nada. ¿Qué rayos ibas a hacer, si no eres más que un estúpido *haito*?

Daniel se quedó mirándola, más perplejo que ofendido, hasta que ella se dio cuenta de que no le convenía tratarlo así. Quizá lo de Imre aún se pudiera arreglar y entonces tendría que volver a conquistar al *haito* para cumplir su parte del trato con Nils. No le convenía ofenderlo ahora.

—Perdona, Daniel. —Volvió a acercarse a él, le puso una mano en el hombro y frotó una cadera contra su cuerpo mientras se abrían las puertas del ascensor—. Estoy nerviosa. No sé lo que puede haber sucedido, pero no es normal que Imre me llame a estas horas pidiéndome que vaya a verlo a su casa. Tiene que haber pasado algo fuera de lo común.

—Esperemos que no sea grave.

—Sí. Ojalá. —«Estúpido *haito*», pensó Alix. «Imre está a punto de desbaratar todos mis planes y no se le ocurre otra cosa que decir. Pues claro que es grave. Nuestra descendencia está en juego, nuestra supervivencia. ¿Tú cómo vas a entenderlo, pequeño y estúpido cachorro *haito*?».

Llegaron a la planta ochenta y dos, y el ascensor se detuvo para dejar salir a Dani.

Alix se forzó a ofrecerle una sonrisa cargada de promesas.

—¡Qué lástima! —dijo antes de que se cerraran de nuevo las puertas—. Yo tenía estupendos planes para esta noche.

Él le devolvió la sonrisa, un poco desvaída, borrosa por el alcohol de la cena y de después.

—¿Seguiremos mañana? —preguntó él, casi mareado.

—Sí, mi amor. Seguiremos mañana —terminó ella cuando él casi no podía verla ya, pero no le pasó desapercibido que, mientras pronunciaba esas palabras en un tono cálido y casi erótico, sus ojos miraban el reloj y sus labios no sonreían.



## Nexo. Negro. Shanghai (China)

—¿Imre? ¿Qué pasa? ¿Tú sabes qué hora es? —Nils estaba francamente extrañado de que su móvil sonara de madrugada—. Sí, he llegado hace un par de horas; claro que ya estaba en la cama —mintió. Por el rabillo del ojo veía a Lena moviéndose por la sala de estar de su apartamento, curioseando sus cuadros, sus libros, su música—. Preferiría no tener que ir ahora, la verdad. ¿No puede esperar la cosa hasta mañana? De verdad que me pillas en mal momento.

Lena se esforzaba por no dar la impresión de estar tratando de enterarse de una conversación privada, pero no podía evitar oír lo que Nils estaba diciendo y, hasta cierto punto, le venía bien que él tuviera algo urgente que hacer precisamente ahora. Habían venido a su casa directamente desde The Bund, se habían secado y ella se había puesto un chándal que él le había prestado.

No se arrepentía en absoluto de estar allí con él, pero cada vez que se miraba las dos manos con las dos piedras, la blanca y la negra, tenía la sensación de que una cuerda tensada a la altura de su garganta la estaba estrangulando lentamente. No quería precipitarse. No quería complicar más las cosas. Y, sobre todo, no tenía nada claro lo que quería, salvo meterse en una cama, cerrar los ojos y olvidarse de todo.

Nils había terminado de hablar y se había quedado mirando por las cristaleras, sin ver, reflexionando.

—¿Tienes que irte? —preguntó ella.

Él asintió con la cabeza.

—No sé qué rayos le pasa ahora a Imre.

—Se habrá puesto nervioso con nuestra conversación.

—¿Imre? ¿Nervioso? —En ese instante pareció darse cuenta de lo que ella acababa de decir y se volvió, sorprendido—. ¿Habéis tenido una conversación?

—Hemos cenado juntos. Lo de..., bueno..., lo que te he contado de Dani ha sido al volver a mi hotel, después de la cena. Quizá quiera hablar contigo sobre algo que se le ha ocurrido ahora, algo realmente importante.

—¿Tan importante que no puede esperar a mañana?

—Vamos, pídemme un taxi y así no pierdes tiempo en llegar.

—Me fastidia tener que dejarte ahora, Lena, pero Imre jamás ha hecho una cosa así. Tengo que ir a ver qué pasa.

—Claro, no te preocupes, lo comprendo.

—Eres una maravilla. —La abrazó con fuerza y empezó de nuevo a besarla.

—Venga, vamos. —Ella se soltó con suavidad—. Si seguimos así...

Él se echó a reír.

—¿Me prometes que mañana seguimos?

Lena le ofreció una sonrisa pícara, se dio la vuelta, metió su ropa y sus cosas en una bolsa de plástico que encontró en la cocina y se quedó de pie junto a la puerta, esperando que él se pusiera los zapatos y recogiera su billetera y el móvil.

—Primero te llevo a tu hotel.

—Estupendo. Me caigo de sueño.



## Nexo. Negro. Haito. Shanghai (China). Koh Samui (Tailandia)

Nunca supo qué fue exactamente lo que la despertó. Más tarde, cuando pudo tomarse el tiempo de analizarlo, llegó a la conclusión de que había sido el lejano ruido de los tacones frente a los ascensores; ahí empezaba la moqueta y a partir de ahí ya no debería haberse podido oír nada. Sin embargo, probablemente la estúpida asociación: «Tacones-odiosa mujer-Dani-Dani ya no me quiere» le salvó la vida, porque cuando la puerta de su habitación explotó, ella ya había agarrado la mochila con sus cosas fundamentales y, en camiseta y bragas, se había refugiado en el baño, pasando el pestillo que no parecía poder resistir ni siquiera tanto como la puerta de entrada, pero era mejor que nada.

Nada más encerrarse en el baño, maldijo en voz baja mientras sus ojos se disparaban en todas direcciones buscando una manera de pedir ayuda o de huir. No llevaba zapatos. Si algo tenía profundamente grabado en su programación infantil era que no había nada más importante que los zapatos cuando una tenía que salir corriendo. Eso y «nunca huyas hacia arriba», lo que en la situación en la que se encontraba no tenía aplicación. De aquel cuarto de baño no había forma de escapar. Había un teléfono junto a la bañera, pero estaba casi segura de que no le daría tiempo ni a descolgarlo. Había una ventana de las que no se pueden abrir desde dentro, pero aunque se hubiera podido, ella tendría que ser del equipo de *Misión: Imposible*, o tener el entrenamiento de sus amigos *traceurs* para intentar siquiera huir por ahí. Estaba en el piso ochenta. Los coches se veían como escarabajos y las personas eran demasiado pequeñas para que se pudieran apreciar desde esa altura. ¿Sería capaz Anaís de salir por esa ventana y bajar por la fachada hasta el suelo? En cualquier caso, ella no.

Al otro lado de la puerta se oían pasos, cuchicheos, todo muy discreto en comparación con la forma en que habían entrado, pero ella, acostumbrada a ver cientos de películas de acción, imaginaba un equipo de tres o cuatro hombres vestidos

de negro, con subfusiles, dando y recibiendo órdenes con la mirada, apostándose de dos en dos junto a la puerta del baño donde ella se encontraba y que con toda seguridad sería lo siguiente que volaría por los aires. A menos que decidieran empezar a disparar a través de la puerta.

Saltaría. Era lo único que podía hacer.

—Abre la puerta y sal con las manos en alto. No te va a pasar nada —dijo una voz femenina—. Nadie te va a disparar. Te doy mi palabra de clánida.

¿Era esa la voz de Eleonora? No lo recordaba con claridad, pero era lo más probable.

Si el clan rojo había conseguido localizarla, lógicamente querrían o bien matarla sin más o bien secuestrarla para cambiarla por Arek. Pero no podía arriesgarse.

No necesitó ni tres segundos para pensarlo y para tomar una decisión. No podía arriesgarse a esperar a ver si de verdad sólo habían venido a secuestrarla de parte de uno de los clanes, incluso el propio, o si la mujer había mentido y pensaban matarla en cuanto saliera. Ella era el nexa y, por lo que había podido ir comprendiendo, no todos sus conclánidas tenían interés en que siguiera con vida y pusiera en contacto las dos realidades.

—¡Sal de ahí, Aliena! ¡No me hagas perder la paciencia! —gritó la mujer con su voz más desagradable.

Por un segundo, Lena pensó que no lo conseguiría. No podía concentrarse, no recordaba cómo se hacía. Estaba cansada, atontada, quizá su desesperación no fuera bastante, y además no sabía adónde ir ni cómo saltar a algún lugar.

Se aseguró de llevar la mochila colgada al hombro, agarró con las dos manos el colgante de la Trama, que siempre la acompañaba, clavó los ojos en la puerta que se rompería de un momento a otro y, sin saber de dónde había venido, sintió un fuerte golpe en la cabeza, como si le hubieran dado un martillazo, y en seguida la horrorosa sensación, ya conocida, de que su cuerpo se desintegraba y explotaba en mil millones de piezas que salían despedidas a la velocidad de la luz.

Cayó al suelo prácticamente de boca, aunque consiguió frenar la caída con el hombro libre y rodar sobre él hasta quedar tumbada de espaldas, cara al cielo, ¿al cielo?, sobre una superficie húmeda y fría.

Sus manos se clavaron en el suelo, como agarrándose a él para no seguir cayendo, para que la náusea no la arrastrara, y poco a poco se dio cuenta de que lo que había bajo sus dedos era arena. Un instante después, sintió que algo líquido chocaba contra sus pies descalzos y los mojaba. Cerró de nuevo los ojos, esforzándose por levantar la cabeza para ver dónde estaba, qué era aquello. Le costó terriblemente, pero al final, con mucha dificultad, lo consiguió. Estaba en una playa, la marea estaba subiendo con rapidez y, si no se ponía de pie, pronto las olas la mojarían entera, pero estaba tan cansada que casi pensaba que podía ser mejor esperar a que el mar la levantara y la

ayudara a flotar. Debía de ser todavía temprano, porque las sombras eran largas y no había nadie cerca, al menos en lo que ella alcanzaba a ver desde donde estaba tumbada.

No le quedaba energía en el cuerpo para ponerse en pie ni para moverse; sin embargo la sensación de triunfo era arrolladora.

¡Lo había conseguido! ¡Había logrado saltar!

Unos segundos antes estaba encerrada en el cuarto de baño de su hotel, en el piso ochenta de un rascacielos en mitad de Shanghai y ahora estaba en una playa desconocida, libre de la amenaza de aquella clánida y sus hombres.

Aún no podía decir cuál había sido el precio, pero por lo menos había conseguido salir de aquella ratonera en la que se encontraba, para caer ¿dónde?

La otra vez había aparecido en Innsbruck, en su propia casa, quizá porque, en su desesperación era el único lugar que se le había ocurrido a la hora de buscar refugio. Sin embargo, ahora estaba en una playa que de momento no le sonaba de nada y, a juzgar por la vegetación, se encontraba en los trópicos. ¿Había vuelto a la isla de Él?

¿Por qué habría vuelto a la isla del clan azul si cuando salió no pensaba regresar?

Las olas la mojaban ya hasta la cintura y, aunque el agua no estaba fría, ya no resultaba agradable, sobre todo porque cada vez que una ola se retiraba, la arrastraba un poco hacia abajo, hacia el mar. Se esforzó por enderezarse y sintió una náusea feroz, como si su estómago ya no estuviera en el lugar habitual, como si algo se hubiera roto y ahora quisiera salirse por la boca. No podía ponerse de pie; casi no podía volverse hacia el lado de tierra y alejarse del empuje de las olas. Se había salvado de aquella mujer que la amenazaba a través de la puerta y de sus matones, y ahora no era capaz de levantarse del suelo. Era absolutamente ridículo.

Y tampoco serviría de mucho gritar, primero porque no había nadie en los alrededores y luego porque no estaba segura de que le fuera a salir la voz.

Movió los dedos de los pies, tratando de clavar los talones en la arena para empujarse hacia arriba y sintió con alivio que al menos tenía movilidad. Por un momento se le había ocurrido pensar que podía haberse roto alguna vértebra y haberse quedado parapléjica o, mucho peor, tetrapléjica, pero en seguida se dio cuenta de que, si no tenía suficiente fuerza en los músculos como para levantarse, por lo menos sí conseguía mover los pies y también las manos. Tenía que seguir intentándolo.

Las olas estaban empezando a mojarla entera, incluso a pasarle por encima cada vez con más espuma y más ruido; tenía que calcular cuándo vendría la siguiente para poder respirar entre una y otra y no tragar más agua de la necesaria.

Con el rabillo del ojo vio una figura corriendo por la playa, a unos veinte metros de ella, y empezó a gritar lo más alto que pudo: «*Help! Help me! Help me, please!*», pero incluso mientras gritaba sabía que había muy pocas posibilidades de que aquella

persona oyera sus gritos de auxilio porque nunca había conocido a nadie que saliera a correr sin llevar su música en los oídos y, con el fragor del mar y las dos orejas ocupadas, incluso si prefería la música suave, lo que no solía ser el caso, era casi imposible oír lo que gritaba una pobre chica tirada en la playa, justo donde rompían las olas con más fuerza.

El corredor no parecía haberla visto todavía y Lena tuvo que esforzarse aún más, aunque cada grito le costaba tanta energía que pensaba que pronto tendría que elegir entre gritar y seguir respirando.

De repente, el chico se detuvo, miró en su dirección y echó a correr hacia ella. Casi al mismo tiempo, otra figura salió de entre las filas de palmeras y corrió también.

En unos segundos, un rostro juvenil, con una pequeña barba más bien rubia y una gorra negra entró en su campo visual. El muchacho se acuclilló junto a Lena y antes de tocarla preguntó en inglés.

—¿Qué te pasa? ¿De dónde te has caído? ¿Quieres que te mueva? Podrías tener heridas internas, ¿sabes?

A Lena se le llenaron los ojos de lágrimas. Había tenido la suerte de dar con una persona inteligente.

—Tengo frío —dijo—. No tengo fuerzas para levantarme y alejarme del mar. Ayúdame, por favor.

De un instante a otro, la expresión del chico cambió, como si la reconociera, lo que era absolutamente imposible, y algo extraño se reflejó en su mirada, algo duro y amenazador, peligroso.

«Son imaginaciones mías —se dijo Lena—. Estará pensando cómo moverme o tiene miedo de que de verdad haya heridas internas graves».

Él colocó una rodilla a cada lado del cuerpo de ella y Lena tuvo la sensación de que las manos del chico se cerraban en torno a su cuello, no sabía decir si para comprobar que las vértebras cervicales estuvieran bien o para estrangularla. Cerró los ojos, intentando averiguarlo. Lo único que sabía era que empezaba a tener problemas para respirar. En ese momento sonó una voz femenina junta a ellos y la presa de las manos se aflojó.

—¿Qué le pasa, Iker?

Era una voz conocida que la hizo abrir de nuevo los ojos y tratar de sonreír.

—¿Anaís?

La muchacha se arrodilló a su lado y le apartó el pelo de la cara con suavidad.

—¿Lena? ¡Qué alegría, Lena! Pero ¿de dónde has salido? ¿Cuándo has llegado? ¿Qué haces tú aquí? —El chico se levantó y Anaís se las arregló para colocar sus piernas debajo del cuerpo de Lena y subirla un poco, de modo que la cabeza de su amiga pudiera apoyarse en su regazo.

—Ve a buscar a los demás, Iker. Entre todos la levantaremos con cuidado y la llevaremos al *bungalow* del hostel. Diles que llamen a un médico antes de venir.

Lena empezó a mover la cabeza negativamente.

—No, Anaís, de verdad, no hace falta. Ya estoy mejor. Si me ayudáis los dos, creo que podré levantarme.

Iker pasó el brazo de Lena por su cuello y, con la ayuda de Anaís, consiguió levantarla lo bastante como para cogerla en brazos, como si fuera una novia de película. Anaís cogió la mochila que las olas estaban a punto de llevarse.

—Si peso mucho, puedes dejarme en el suelo. Aquí está seco.

—No te preocupes, estoy aprendiendo a hacer *parkour*. Puedo levantar sesenta kilos durante unos metros.

La mente de Lena trabajaba a toda velocidad. ¿Qué explicación iba a darles de cómo había llegado allí, de por qué no podía moverse? ¿En qué había venido? ¿La habían tirado desde un helicóptero? ¡Qué estupidez! ¿Había venido en barca hasta cerca de la orilla y luego había estado a punto de ahogarse? No se sostenía, no tenía ninguna lógica.

Siguió pensando furiosamente mientras se acercaban a la zona de palmeras donde ya había otros jóvenes madrugadores mirándolos llegar.

Diría que la habían atacado, que había llegado en taxi y luego se le había ocurrido ver el amanecer y caminar por la playa, y entonces alguien..., mejor dos tipos..., sí, dos tipos borrachos pero fuertes la habían atacado, la habían golpeado y debían de haberle hecho algo grave porque durante un tiempo ni siquiera se había podido mover.

Pero entonces insistirían en llamar a la policía y en llevarla a un médico, y eso era algo que no se podía permitir.

Se preguntó fugazmente cómo lo habría arreglado su madre cuando ella era pequeña con los controles médicos obligatorios para todos los niños. Sí recordaba que, mucho más tarde, en la adolescencia, cuando sus amigas habían empezado a ir al ginecólogo por primera vez y ella también quería ir, su madre le había preguntado: «¿Te encuentras mal? ¿Te duele algo? ¿No? Pues entonces no hace falta. Si piensas tener relaciones sexuales, recuerda no hacerlo nunca, pero nunca, sin preservativo. Es la única forma de evitar enfermedades. Por lo demás, cuando estés enferma, irás al médico, pero estando sana es una tontería».

Ahora ya sabía por qué nunca había tenido que ir al médico; porque siendo *karah* nunca había tenido nada que su propio organismo no fuera capaz de curar sin ayuda. Tendría que confiar en que las cosas siguieran así y que su estado mejorara a lo largo del día. Cuando había despertado en Innsbruck, después de su primer salto, también se encontraba muy mal, pero al menos había podido moverse sin muchos problemas. Claro, que ahora recordaba que había dormido un montón de horas antes de intentar



hacer nada más. Eso era justamente lo que necesitaba; que la dejaran tranquila, que la dejaran dormir. La próxima vez, y confiaba en que no se hiciera necesaria una próxima vez, trataría de aparecer en algún lugar seguro donde pudiera estar sola al principio.

El muchacho que la llevaba la depositó en una tumbona que los *traceurs* habían colocado a la sombra de las palmeras e, inmediatamente, todos se sentaron alrededor de ella, esperando que les contara su aventura.

—Vamos —dijo Anaís, con tono de maestra enfadada—, no seáis buitres; dejad que se recupere. Tú, Gigi, tráele un vaso de agua y trae también una botella y dos toallas. No te preocupes, Lena, ahora te van a dejar tranquila hasta que estés mejor. ¿Sigues teniendo frío?

Ella asintió con la cabeza.

—Vaya, parece que el mar se ha debido de llevar tus sandalias. Vas descalza. — Por fortuna, no comentó que el mar también debía de haberse llevado sus pantalones, dado que no llevaba más que unas bragas blancas.

Anaís la cubrió con una de las toallas que Gigi acababa de traer, mojó una punta y empezó a pasársela por la cara mientras Maël la sujetaba por detrás para que Iker le sostuviera el vaso contra los labios.

—¡Qué servicio! —bromeó con voz débil—. Creo que me quedo en este hotel, valga lo que valga.

—Ahora duerme un poco, Lena, luego te encontrarás mejor. Yo me quedo a tu lado para que no te coman los bichos —dijo Anaís, sonriendo.

—Gracias, eres una amiga.

—Claro que soy una amiga, y además estudio enfermería, o sea, que estás en buenas manos. ¡A dormir!

Lena cerró los ojos con un suspiro de alivio y, a pesar del agotamiento y la falta de fuerzas, con la mejor sensación que había tenido en meses. Por primera vez desde hacía mucho, mucho tiempo, sentía que, efectivamente, estaba en buenas manos.



## Blanco. Haito. Bangkok (Tailandia)

—Entonces —dijo Albert—, y corrígeme si me equivoco, Daniel, en resumen, se trata de que nuestros conclánidas negros nos invitan a acudir a una reunión de todos los clanes en la isla de Él para empezar a plantearnos la apertura de la puerta.

—Eso es.

La reunión del clan blanco estaba teniendo lugar en el hotel de Bangkok, en la *suite* que compartían Emma y Albert, a la vuelta de Daniel de Shanghai, quien les acababa de contar la reunión mantenida con Imre Keller.

Dani había quedado con Alix en que ella lo recogería para llevarlo a entrevistarse con el Presidente, pero una hora antes lo había llamado por teléfono para informarle de que debía ocuparse de un asunto urgente y que le enviaría un coche para que lo llevaran a las oficinas del señor Keller. No había vuelto a verla.

—Y el clan rojo acudirá, supone Imre, sobre todo para pedir que se le devuelva al niño, antes de comprometerse a nada más —añadió Emma—. ¿Es eso, Daniel?

—Sí. Oficialmente nadie sabe que lo tenemos nosotros, pero si los rojos están en contacto con los negros y saben que ellos no lo tienen, no hay más que sumar dos y dos.

—Podría tenerlo el clan azul, ¿no? —intervino Ritch.

—Podría, claro, pero como son ellos los impulsores del plan de reunir a los clanes, no es probable que hayan comenzado con un acto hostil para conseguir lo que desean —explicó Emma.

—¿Acto hostil?

—Querido Daniel, ¿cómo llamarías tú al secuestro de un recién nacido? Teníamos y seguimos teniendo nuestras razones para ello, pero sigue siendo un acto hostil, especialmente desde el punto de vista del clan rojo —continuó explicando Emma.

—¿Lo vais a devolver? —La pregunta era de Ritch.

—En principio sí, claro. Depende de qué estén dispuestos a ofrecer ellos.

—Pero si devolvemos a Arek... —Ritch daba la sensación de estar a punto de perderse; miró a Daniel, que le confirmó con la mirada que él sentía lo mismo, y

continuó—. Entonces nos quedamos sin ningún medio de presión. Me explico: si el clan negro desea esa reunión debe de ser porque tienen mucho interés en abrir la puerta y porque tienen algo que aportar, es decir, que piensan que pueden comprar su parte en la empresa común, por decirlo de una forma muy pragmática.

Todos los presentes asintieron con la cabeza.

—Los del clan azul son, por lo que os he oído decir, los que más información tienen de cómo hay que hacer las cosas para llegar a esa comunicación entre planos, realidades, mundos o lo que sea —continuó Ritch. Los demás volvieron a asentir—. Si el clan rojo recupera a Arek, ellos aportan el nexo, los azules, la mayor parte de la información, los negros, no sabemos seguro qué, pero probablemente también una buena cantidad de información. ¿Qué ponemos nosotros? ¿Qué tenemos nosotros que ellos puedan querer, una vez que nos hayamos desprendido del niño?

Emma y Albert, Joseph y Chrystelle se miraron sin hablar. Al cabo de unos segundos, lo hizo Emma.

—Nosotros tenemos a Lena.

—Tenemos a Lena, sí, pero si Lena no estuviera o no colaborara, me imagino que ese tal Sombra podría entrenar directamente a Arek, mejor incluso que ella.

Ahora todos negaron con la cabeza, como marionetas.

—Debe de ser que nos hemos perdido algo —dijo Daniel, ya algo molesto. Estaba claro que los otros sabían mucho más de la situación y no habían decidido todavía si pensaban compartirlo con él y con Ritch o no.

—Arek no es el nexo. —Las palabras de Albert sonaron en el silencio como piedras que caen en un estanque.

—¿Qué? —Daniel estaba perplejo—. Entonces, ¿para qué hicimos toda aquella locura en la costa de Amalfi? ¿Para apropiarnos de un bebé que no es más que un recién nacido normal? ¿Por qué? —Cuando recordaba el peligro que habían corrido él y los Wassermann, pero especialmente Max y Lena, le daban ganas de abofetearlos a todos—. ¿Ya lo sabíais cuando nos enviasteis allí?

—No, Daniel, no lo sabíamos —dijo Albert, tratando de apaciguarlo—. Yo mismo me he enterado hace muy poco y el clan rojo aún no lo sabe.

—Entonces, ¿para qué nos vamos a reunir por el asunto de una puerta misteriosa que no se puede abrir porque falta el nexo, que es el absoluto *sine qua non* del proyecto? —preguntó Ritch, también irritado.

—No nos falta el nexo, muchachos. Paciencia. Lo que estamos tratando de decir es que el nexo es Lena.

—¿Lena pertenece al clan blanco! —casi gritó Daniel—. Me lo dijo su padre y me lo dijo ella misma.

—Lena tiene sangre de los cuatro clanes. Quien te dijo que ella era del clan blanco, Max, no sabía mucho más, y no es su padre biológico, y Lena misma lo

ignoraba hasta hace poco.

—¿Qué? —Daniel miró a Ritch como buscando un apoyo o una confirmación, pero en seguida se dio cuenta de que su compañero también estaba oyendo todo aquello por primera vez—. Entonces, ¿de quién es hija?

—Del clan blanco y del clan negro.

—Pero ¿de quién?

—Eso no hace al caso. Para *karah*, ni quiénes fueron sus padres ni quiénes fueron sus abuelos importa en absoluto. Lo único que importa es el clan. El nexa no sólo debe tener sangre mixta, debe tener sangre de los cuatro clanes, y ese es el caso de Lena. Pero como pertenece por nacimiento y educación a nuestro clan, somos nosotros quienes tenemos la carta más alta. Si ahora devolvemos a Arek al clan rojo, ellos se verán obligados a corresponder con lo que tengan guardado.

—¿Saben ellos que Arek no es el nexa?

Los clánidas y los familiares ancianos se encogieron de hombros.

—En cualquier caso, no pensamos decírselo nosotros; al menos por el momento —dijo Albert—. Lo mejor será dejárselo a Él.

—Joseph —preguntó Emma—. ¿Has consultado al Tarot como te pedí? ¿Es el momento adecuado para una reunión de los clanes? ¿Qué aconsejan los arcanos?

—Dicen que sí, querida. Nos conviene ponernos en marcha cuanto antes.

—¿Sabes dónde está Lena?

—Hasta ayer noche, seguía en Shanghai.

—¿En Shanghai? ¿Lena está en Shanghai? ¡Ritch! ¿No me habías dicho que tú hablaste con ella aquí en Bangkok, anteayer? —Daniel estaba casi furioso y le estaba costando un esfuerzo controlarse y no alzar la voz.

Ritch asintió vigorosamente.

—¿Por qué nadie me dijo nada? Yo también estaba allí. Podríamos habernos visto.

Hubo un silencio que acabó rompiendo Emma.

—Porque no era necesario que lo supieras. Lena no tiene tiempo ahora para amoríos y miraditas dulces. A todo esto, si piensas venir con nosotros a la isla del clan azul y ver allí a Lena, vas a tener que plantearte en serio lo de aceptar que uno de nosotros te alimente, Daniel. Sólo se permite la entrada a clánidas y familiares. Tú aún no lo eres. Sinceramente, me extraña un poco que el clan negro te dejara tomar contacto con ellos sin haberte hecho una prueba.

—¿Qué prueba? —preguntó Dani con suspicacia, temiendo que sí se la hubieran hecho y él no se hubiese dado cuenta.

Emma se acercó a Ritch en dos pasos rápidos, le cogió una mano y, con la uña, le hizo una pequeña rasgadura en la vena de la muñeca izquierda, posó sus labios encima de la herida y aspiró fuerte mientras el muchacho trataba de controlar la

necesidad que sentía de darle un violento empujón y apartar la mano. Fueron apenas unos segundos. Cuando se retiró, Emma se chupaba los labios.

—*Karah* detecta el sabor de la sangre *karah*. No hay posibilidad de engaño. Si tienes unas gotas, cualquier clánida lo nota. ¿Te han hecho algo así?

—¿En la muñeca?

—Donde sea. En el cuello, detrás de la oreja, en la ingle, en la parte interior del brazo a la altura del codo, en la parte de detrás de las rodillas...

—No. En ningún sitio.

—Es extraño. Parece que alguien en quien confían ciegamente les ha dicho que eres familiar nuestro y se lo han creído sin más. Pero para entrar en la isla tendrás que pasar un control. Piénsalo y dime lo que hayas decidido.

—Y ¿si digo que no?

—Te comunicaré mi decisión cuando me comuniqués la tuya.

—¿Me mataríais, si no aceptara?

—Te seré sincera. No lo descarto. Cuando la supervivencia de *karah* está en juego, todas las precauciones son pocas.

—Permíteme una pregunta, Daniel —dijo Albert, mirándolo con curiosidad—. ¿Qué es lo que te da tanto miedo de convertirte en familiar nuestro? Estoy seguro de que habría millones de *haito* dispuestos a lo que fuera por recibir una oferta como la que te hacemos.

—No me gusta la idea de atarme a vosotros para siempre, Albert.

—Tratándose de *haito* nunca es para siempre —dijo Emma, displicente.

—Yo hablo de toda mi vida y, aunque a ti te parezca muy poca cosa, como es lo único que tengo, me preocupa elegir bien. —Daniel casi no se sentía capaz de seguir aguantando la forma que tenía Emma de dirigirse a él; nunca se había sentido tan humillado.

—Pues piénsalo y elige. Aunque, si eres inteligente, te darás cuenta de que, de hecho, ya no tienes elección. Ahora vamos a empezar a trabajar. Albert, ponte en contacto con Tanja y pídele que se reúna con nosotros aquí en un máximo de una semana. Trata de dejarle claro que el clan la necesita y que no estamos dispuestos a aceptar excusas.

—¿Quién va a informar a Lasha? —preguntó Chrystelle.

Emma y Albert se quedaron mirándola.

—Habrás que decírselo, ¿no? —insistió ella.

—Sí, claro, tienes razón, aunque sabemos seguro lo que nos va a contestar.

—Es vuestro *mahawk* —resumió Chrystelle, como si eso lo explicara todo.

—Pues llámalo tú —zanjó Emma—. De alguna extraña forma, siempre has podido hablar con Lasha mejor que todos los demás, aunque normalmente detesta a los familiares.

—Lo que más detesta son los mediasangres, lo sabes muy bien. Por eso odiaba a Ennis.

—Dejemos el pasado, Chrystelle. Llámalo, infórmalo de nuestros planes y si no quiere venir que no venga, pero déjale claro que lo haremos con o sin él.

—Como tú digas.

—Y cuando acabes con lo de Lasha, ven a verme; tenemos que encargarnos de nuestro vestuario antes de pensar en el viaje. Tú, Joseph, consigue un buen sastre que venga al hotel y quédate con nosotras cuando llegue. Yo sé aproximadamente la teoría de lo que manda el protocolo para una reunión de los cuatro clanes, pero me temo que toda mi información estará algo rancia y necesitaré más opiniones. ¿Tú sabes algo de eso?

—Algo sé, Emma. Hasta que venga el sastre, le daré un par de vueltas al tema. Siempre me ha gustado recoger historias y estoy seguro de que en alguna parte tendré apuntado lo que sé sobre esas raras reuniones. Creo que la última fue en la época de Alienor de Aquitania, sobre el siglo XII, de modo que supongo que podemos sentirnos libres para diseñar los trajes. La moda ha cambiado bastante desde entonces.

—¿Nos necesitas para algo? —preguntó Ritch a Emma, viendo que ya se habían repartido las competencias y se habían dado las órdenes.

—En este momento no, pero ya sabéis que siempre tenéis que estar localizables y no alejaros nunca a más de una hora de camino.

—De acuerdo.

—¿Ves? —dijo Daniel a Ritch cuando Emma ya se había alejado de ellos, pero no lo bastante como para no oírlo—. Justamente por eso no tengo claro lo de pertenecer al clan. No me gusta que me den órdenes ni me gusta sentirme como un perro atado a un árbol, por larga que sea la cadena.

—Lo entiendo, compañero, pero me temo que, como dice Emma, ya no tienes elección.

Ritch le dio una palmada en el hombro y juntos salieron de la habitación.



## Haito. Blanco. Isla de la Rosa de Luz (Mar Caribe)

Jara estaba tumbada en su cama del pequeño *bungalow* que le habían asignado, dándole vueltas a tantas cosas que no conseguía dormir, a pesar de que estaba cansada. Las olas sonaban muy cerca en el silencio de la noche y la luz de la luna entraba a raudales por la ventana, pintando de plata y sombra todo su entorno. Si cerraba los ojos, los olores se agudizaban. Podía percibir perfumes de flores mezclados con la fragancia dulce de las velas de cera de abeja que se usaban en el santuario y las más especiadas de las varillas que ardían por todas partes, incluso durante la noche.

Todas las angustias que había experimentado en Madrid y que no habían conseguido curarse visitando a su padre en Arenas de San Pedro se habían ido diluyendo en la isla, quizá por la simple distancia, que le iba quitando importancia a sus preocupaciones, quizá también porque el tiempo allí estaba dedicado básicamente a uno mismo: a reflexionar, a hablar con otras personas dispuestas a escucharte, a dar largos paseos, tomar baños de sol y de mar, rezar de una manera para ella desconocida, hacer yoga, comer sanamente, ir desacelerándose y ajustándose a una rutina tranquilizadora.

Viviendo en la isla, uno empezaba a preguntarse seriamente si tenía algún sentido empeñarse en formar parte de una sociedad con la que no se estaba de acuerdo; si no sería mejor, al acabar aquel período de vacaciones, en lugar de regresar a Madrid a terminar una carrera universitaria que no le daba demasiadas satisfacciones y que no le prometía grandes posibilidades de futuro, apuntarse a un voluntariado. Irse simplemente a algún lugar donde pudiera echar una mano entre gente que la apreciara, a cambio de un sitio donde dormir y una comida sencilla, donde no hubiera ordenadores con acceso a Internet, ni facebook, ni grandes cadenas de tiendas de ropa que te decían cómo vestirte cada tres meses, ni música que una tenía que haber oído, ni libros que era necesario leer.

Mientras tanto, lo que sabía seguro era que no quería quedarse en la isla aunque el Gran Maestro le ofreciera entrar como novicia; las leyendas de los cuatro ángeles

atlantes eran bonitas, pero no se sentía capaz de tomarlas en serio y la constante charla angélica estaba empezando a ponerla de los nervios. No quería ser desagradecida ni arrogante, pero todo aquello le sonaba, cada vez más, a cuento chino, a invento de algún vivales para sacarle dinero, mucho, a todas aquellas personas que pasaban regularmente por la isla a sentirse en contacto con lo trascendente. Si el Gran Maestro lo hubiera declarado simplemente como un balneario, como un *spa* donde acudir a desacelerarse, a sentirse mejor y entrar en contacto con los auténticos valores humanos, le habría parecido perfecto, pero todo aquel cuento de los ángeles y el más allá no sintonizaba en absoluto con ella, a pesar de que Kentra era realmente encantadora, tenía auténtica fe y se esforzaba al máximo para convencerla de las verdades de la Rosa de Luz.

Había tenido mucha suerte con Kentra como mentora y también, sobre todo, con esas vacaciones que Ulli, el amigo de su padre, le había regalado. Era evidente que Lena no estaba y nunca había estado allí, de modo que Jara había llegado a la conclusión de que su padre había convencido a Ulli, su amigo de juventud, de que le regalara aquella estancia caribeña para quedar libre y poder irse de viaje con su amigo sin tener que darle explicaciones a ella. La última vez que los había visto juntos había tenido la sensación de que estaban deseando librarse de ella para lanzarse a hacer travesuras como si tuvieran quince años. Esperaba que al menos lo estuvieran pasando bien.

Cansada de dar vueltas en la cama, decidió levantarse, dar un paseo hasta el mar y volver a intentar dormir media hora más tarde. En la isla todo el mundo se levantaba tan temprano que no le quedaba mucho tiempo, pero mejor unas pocas horas de sueño profundo que muchas de dar vueltas y dormir a saltos.

Bajó a buen paso por el camino que llevaba al mar y, una vez allí, se entretuvo un rato lanzando guijarros a las olas hasta que se cansó y se sentó en una roca, con la espalda apoyada en otra, casi como en un sillón, prácticamente en el mismo sitio donde se había encontrado por primera vez con el extraño aristócrata italiano del albornoz rojo. Hacía días que no lo había visto. Ni siquiera estaba segura de que siguiera en la isla, pero tenía la impresión de que aquel cuento de los ángeles tampoco era para él. Era demasiado inteligente. Quizá hubiera venido por recomendación de alguna amiga y ya se hubiera ido de nuevo, decepcionado.

Le daba miedo ese hombre y a la vez le resultaba extrañamente atrayente: su ironía, la inteligencia que chispeaba en sus ojos, la punta de crueldad que dejaba ver de tanto en tanto y que probablemente era apenas una muestra de la crueldad de la que podía ser capaz, la sabiduría que se desprendía de él como un perfume... Le habría gustado conocerlo mejor y, a la vez, le habría gustado no haberlo visto nunca porque tenía la extraña sensación de que aquel hombre estaba loco, pero con un tipo de locura que le había dejado la memoria intacta y que, por tanto, una vez que te



había visto, no se olvidaba jamás de ti.

Sintió un escalofrío a lo largo de la columna vertebral y, ya se estaba poniendo las sandalias para emprender el regreso, cuando oyó pasos que bajaban por el mismo camino que ella pensaba tomar para volver a su cuarto.

Se quedó totalmente quieta, casi sin respirar, deseando que aquel desconocido no la viera, oculta como estaba entre las sombras de las rocas, que pasara de largo en la noche.

Los pasos se detuvieron unos metros más arriba de donde ella estaba encogida en su sillón de piedra. El extraño debía de estar contemplando el brillo de la luna sobre el mar; el camino ilusorio que rielaba justo delante de ella, como una escalera líquida que llevara al horizonte y de allí al cielo aterciopelado.

Jara lo oyó carraspear. Era hombre. ¿Qué estaría haciendo mirando el mar en mitad de la noche? ¿No podía dormir, como ella, o tenía planes de los que nadie debía saber nada?

¿Sería el ángel que supuestamente iba a aparecer la noche siguiente, según se decía en murmullos por toda la isla? Sonrió frente a lo que a Kentra le parecería una escandalosa irreverencia.

Se lo había contado mirando por encima del hombro, en un par de frases, en voz bajísima, por la mañana cuando iban a bañarse. No era más que un rumor, pero se suponía que procedía del mismo Gran Maestro y, por tanto, lo más probable era que fuera cierto.

Kentra había tenido previsto regresar a su país para cumplir con sus obligaciones de princesa, pero, al enterarse de que el ángel Aliel había decidido acudir a confortar a los suyos, se había encerrado en el despacho del Gran Maestro, el único que tenía ordenador con acceso a la red en toda la isla, y al parecer había discutido durante una eternidad con su marido para que le permitiera quedarse hasta la aparición del ángel.

¿Sería ese extraño el ángel que tenía que aparecérselos la noche siguiente? «¿Qué pensamiento más tonto, Jara! —se dijo—. Los ángeles no carraspean. Aunque, bien mirado..., ¿por qué no? Si tienen forma humana, tienen garganta y, por tanto, la capacidad de carraspear si les apetece».

La espera se le estaba empezando a hacer larga y el extraño aquel al parecer seguía inmóvil, porque no se oía nada. ¿Se habría ido? Entonces tenía que haberlo hecho con mucha más suavidad de la que había usado al llegar.

Arriesgó un movimiento que le permitió ponerse de medio lado y atisbar por el borde superior de la roca justo cuando el hombre se volvía para seguir caminando por el sendero que llevaba, paralelo a la playa, hacia el templo principal.

Era casi un gigante, de hombros poderosos y el pelo, plateado a la luz de la luna, recogido en una trenza a la espalda.

Jara se llevó una mano a la boca para ahogar una exclamación que había estado a

punto de escapársele. ¡Era Ulli!

No podía haber dos hombres en el mundo como él. Tenía que ser el amigo de su padre. ¿Qué narices hacía Ulli en la isla? Sobre todo, ¿por qué estaba en la isla y no se lo había dicho? ¿Se estaba escondiendo de ella y por eso salía a pasear de noche?

Lo siguió con la vista hasta que se perdió en el siguiente recodo y, cuando estuvo segura de que no iba a volver, se levantó de la roca y subió el camino hasta su cuarto a toda velocidad. Si Ulli no quería verla, lo más probable era que no se tomara demasiado bien que ella lo hubiera descubierto, de modo que lo mejor sería desaparecer y, si al día siguiente se encontraban, ya que también era posible que acabara de llegar en barca, dejarse sorprender por su presencia.

Kentra la había invitado a irse con ella y quedarse un par de semanas en su país, en su casa, de hecho en el palacio real. Le había prometido pensarlo y casi había decidido que no lo haría hasta que ahora, al ver la figura silenciosa y maciza de Ulli, todo en su interior había tomado la decisión de desaparecer de allí.

En cuanto se hiciera de día le diría a Kentra que aceptaba encantada ser su invitada y que estaba dispuesta a marcharse en cuanto hubieran tenido el honor de ver al ángel Aliel.



## Nexo. Haito. Koh Samui (Tailandia)

Cuando abrió los ojos, sobresaltada, ya había caído la noche y las palmeras se recortaban sobre un cielo azul profundo donde empezaban a asomar las estrellas. Debía de haber dormido más de doce horas seguidas y, a juzgar por su sensación, había logrado recuperar gran parte de sus fuerzas y todo su apetito. Estaba muerta de hambre. El olor a curry que flotaba en el aire le hacía la boca agua, así que decidió intentar ponerse de pie y ver de conseguir algo de comer. Se sentó con cuidado en la tumbona temiendo un vahído, pero no sintió nada desagradable.

—Vaya, ¡si estás despierta! —dijo una voz detrás de ella, a su derecha.

Se volvió despacio para no marearse y se encontró con la sonrisa de Maël.

—Hola. ¿Llevas mucho rato ahí? —preguntó, agradecida por la compañía.

—Un par de horas, desde que relevé a Anaís.

—Lo siento, Maël, no habría hecho falta.

—Me ha servido para leer un rato. Se me había olvidado lo agradable que puede resultar sentarse bajo una palmera y leer una novela, teniendo además la sensación de que haces algo útil.

—¿Útil?

—Cuidarte a ti. —Volvió a sonreír—. ¿Te encuentras mejor?

—Mucho mejor. Estoy muerta de hambre.

—Están a punto de servir la cena, pero si quieres tengo aquí unas galletas de chocolate.

—¡Mmm, chocolate!

En medio minuto, Lena había devorado todo el paquete de Maël.

—Ups, lo siento. ¿Era tu último paquete?

—Sí, pero hay supermercados. Anda, ven, apóyate en mí, vamos a ver qué han hecho de cenar.

—Puedo andar, no te preocupes.

—Es que esta mañana... la verdad es que nos has dado un susto de muerte. — Bajó la voz y la cabeza para acercar la boca a su oído—. ¿No me quieres contar qué

te ha pasado desde que nos diste esquinazo en el Night Market? —Lena no contestó —. No. Ya veo que no quieres.

—No es eso, Maël, es que estoy pensando qué decir y cómo. Luego, después de la cena, nos reunimos y os cuento unas cuantas cosas realmente muy raras, si queréis. La verdad es que estoy harta de secretos y mentiras.

En ese momento, como si se hubiera abierto un agujero a sus pies, le acudió el recuerdo de Dani con la supermodelo y estuvo a punto de ponerse a gritar, pero se mordió el interior de las mejillas y, al lado de Maël, entró en la cocina del hostel donde todos la recibieron con un entusiasmo que, si no le hizo olvidar el dolor que sentía, al menos le permitió darse cuenta de que había algunas personas en el mundo que se alegraban de verla.



## Negro. Shanghai (China)

Nils cruzó el jardín del restaurante donde el secretario de Alix le había dicho que podría encontrarla, como un torpedo dispuesto a hundir un portaviones.

Sin importarle que estuviera charlando con unos desconocidos trajeados en lo que parecían ser los aperitivos de un almuerzo de negocios, se dirigió hacia ella con el rostro sombrío, y antes de que la mujer pudiera darse cuenta de lo que se le venía encima, la agarró de la melena y la arrastró, chillando y lanzando insultos, hacia un rincón donde la empujó contra el tronco de un árbol y la clavó con su mirada de piedra verde.

—¿Dónde está Lena? —preguntó con la voz ronca de furia—. ¿Qué has hecho con ella?

Una fugaz sonrisa apareció en el rostro de Alix.

—Vaya, parece que te importa la mosquita muerta.

—¿Dónde está? Si tengo que preguntártelo otra vez, primero te habré hecho daño, conclánida, mucho daño, ¿me sigues?

—No sé dónde está. ¿Por qué iba a saberlo?

—Porque esta mañana te has presentado en su hotel con un par de gorilas y la has secuestrado.

—Calumnias.

—No me hagas perder las formas, Alix. Dime dónde está, me marcharé a buscarla y te dejaré tranquila. Parece que tus socios o clientes o lo que sea se están empezando a poner nerviosos —añadió mirando por encima del hombro de ella hacia donde los hombres trajeados cuchicheaban.

—No la he secuestrado.

—¡No mientas, zorra!

—No miento, conclánida. —Volvió a sonreír, esa sonrisa insultante, despectiva, que a Nils, y no sólo a él, le hacía concebir pensamientos de asesinato—. No voy a negarte que he intentado hacerlo. Parece que estás bien informado. Pero yo no la tengo.

—Explícate.

—Después de la instructiva conversación nocturna a la que nos sometió ayer nuestro querido *mahawk*, me di cuenta de que quien tenga a Lena tiene al nexo en su poder, y una mujer de negocios como yo no puede dejar pasar una ocasión así, de modo que nada más volver a casa, se me ocurrió un plan muy simple: llamé a mis hombres de confianza, me libré de Solstein, a quien tenía que haber acompañado a las nueve a entrevistarse con Imre, y me planté en su hotel dispuesta a secuestrarla, como tú bien dices, a pesar de que es una palabra bastante fea y algo exagerada. —Calló un momento y se pasó el dedo índice por los labios, como repartiéndose mejor el color.

—¿Y entonces?

—Entonces los muchachos reventaron la puerta, sin mala intención, ¿entiendes?, puro golpe de efecto, pero esa niña debe de tener excelentes reflejos porque en un par de segundos se encerró en el baño llevándose incluso la mochila donde me imagino que guarda muchas cosas que podrían interesarnos.

—Sigue.

—No te lo vas a creer, Nils. Ni siquiera me lo creo yo todavía.

—Sigue.

—Después de amenazarla y asustarla un poco para que saliera, bueno, y de prometerle que nadie le haría daño, reventamos la puerta y..., en fin..., allí dentro no había nadie.

Hubo unos segundos de silencio.

—Pero tú la viste entrar en el baño.

Alix asintió con la cabeza mientras se arreglaba la melena que el tirón de Nils había desordenado.

—Desde la puerta de la *suite* lo vi con mis propios ojos. Pero cuando conseguimos entrar, ya no estaba. Ni ella ni la mochila. Piso ochenta. En la habitación sólo había una maleta pequeña con algo de ropa..., todo muy vulgar..., pero nada más. Ni documentos ni portátil, nada de nada. Te puedes imaginar mi frustración.

—¿Tu frustración? ¿Has estado a punto de matar a Lena y ahora ha desaparecido y nadie sabe dónde está ni qué le ha pasado, y yo me tengo que imaginar tu frustración? —Casi gritó las dos últimas palabras.

Alix se encogió de hombros y sus labios dibujaron un mohín que otro hombre hubiese encontrado encantador.

Nils se dio la vuelta abruptamente y echó a andar hacia la salida.

—¿Cuándo vas a cumplir tu promesa, conclánida? —dijo ella, como si le disparara por la espalda.

Nils se volvió despacio, con el rostro deformado por la cólera.

—¡Jamás, Alix, jamás! Por mí, podemos extinguirnos para siempre. Nosotros y

ellos. *Karah y haito*. No te saldrás con la tuya.

—¿Tanto te importa esa imbécil?

Consciente de que no debía mostrarse vulnerable —Alix era inteligente, tenía mucha experiencia del mundo y carecía de escrúpulos para usarla—, hizo un gesto despectivo, tratando de quitarle importancia al asunto.

—Esa imbécil, conclánida, es el nexo —dijo con lentitud deliberada, como si estuviera hablando con alguien de escasa inteligencia—. El único nexo que hemos conseguido producir en dos mil años. Y la teníamos en nuestra mano, por su propia voluntad. Llevo meses construyendo esa relación de confianza con ella y ahora llegas tú con un par de descerebrados y lo arruinas todo. —Volvió a acercarse un par de pasos para poder bajar la voz hasta que no fue más que un susurro—. Si ella se niega a colaborar porque nos odia, si muere o si sufre daños permanentes por haber tenido que hacer... lo que sea que la hayas obligado a hacer para desaparecer de un baño cerrado en un piso ochenta..., si perdemos al nexo, Alix, te juro que te mataré. Poco a poco. Dolorosamente. Usando todo lo que he aprendido en mis casi trescientos años de vida. Te encontraré aunque te escondas en el centro de la Tierra y te destruiré.

Con una última mirada de profundo odio, Nils echó a andar de nuevo por el jardín, consciente de que Alix lo seguía a un par de pasos. Cuando llegó al grupo que formaban las personas con las que había estado tomando el aperitivo unos minutos antes, Nils aún pudo oír que le preguntaban:

—¿Quién era ese hombre?

Y la voz de Alix contestando:

—¿Ese tipo? El inútil de mi ex marido. Sigo manteniéndolo por pura lástima, y resulta que no había recibido la transferencia mensual. No tiene importancia; es un pobre hombre. Un error que no volveré a cometer.

Nils pensó por un instante en darse la vuelta y abofetearla, pero fue sólo un instante. Si Imre tenía razón, por poca que fuera, necesitarían a todos los conclánidas para abrir la conexión entre los dos mundos. No podía darse el lujo de matar a Alix. Ni siquiera de ponerla totalmente en su contra. Al menos, todavía no.

Apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas y salió del restaurante. Ahora lo importante era dar con Lena. Lo de Alix tendría que esperar.



## Rojo. Londres (Inglaterra)

Cuando recibió la llamada de Gregor desde Bangkok, el Shane estaba tomando un baño en su casa de Londres. La habitación en la que se encontraba era completamente roja con acentos dorados y, si alguien hubiera podido verlo en ese momento, habría pensado que se estaba bañando en sangre porque, al ser la bañera de color escarlata, el agua reflejaba no sólo su color, sino también el de las paredes y el techo, donde se hallaba la pantalla en la que apareció el rostro cadavérico del doctor Kaltenbrunn.

—¿Shane? ¿Estás ahí? Déjame verte —dijo con la impaciencia que lo caracterizaba.

El *mahawk* soltó una risita chirriante y pulsó el botón de audio.

—Lo siento, conclánida, no estoy presentable. Tendrás que conformarte con oír mi dulce voz.

—Como quieras. Acabamos de recibir una invitación formal de parte del clan azul para una reunión de los cuatro clanes.

—Así que... formal..., dices... —Hubo un silencio que a Kaltenbrunn se le hizo eterno—. Y si es formal, ¿por qué no la he recibido yo? Es el *mahawk* quien debe ser invitado a los cónclaves y es él quien decide si su clan acepta la invitación.

—No te pongas susceptible, Shane. Comprenderás que si ni siquiera los miembros de tu clan sabemos exactamente dónde vives, no resultas fácil de localizar para los de fuera.

Volvió a reírse escandalosamente.

—Parece que nuestros conclánidas no acaban de adaptarse a la revolución digital, o será que se han vuelto sensibles y delicados y temen invadir mi esfera privada.

—¿Qué hacemos?

—Vosotros nada, Gregor. Absolutamente nada. Yo me pondré en contacto con los *mahawks* de los otros clanes y me informaré de qué es lo que quieren de nosotros, qué están dispuestos a ofrecer ellos y qué nos ofrecen. Entonces os comunicaré mi decisión.

—Eleonora está fuera de sí. Quiere que aceptemos de inmediato con la condición



de recuperar a Arek.

—Tranquilízala. Por supuesto que vamos a recuperar a Arek, aunque sólo sea por cuestión de honor.

Los ojos del Shane pasaban por el rostro tenso y grisáceo de su conclánida para perderse en seguida en la multitud de espejos de marco dorado que colgaban de las paredes junto a enormes ramos de flores hechas de huesos humanos y animales, mezcladas con flores naturales, mientras sus dedos largos y finos jugaban con el líquido escarlata que cubría su cuerpo hasta el cuello.

—¿Qué quieres decir?

—Que Arek es, en estos momentos, la menor de mis preocupaciones. Estoy seguro de que, lo tenga quien lo tenga, lo están tratando como corresponde a un niño *karah*.

—Eleonora y Dominic tienen miedo de que no lo estén alimentando adecuadamente y que no pueda desarrollar su potencial cuando llegue el momento.

—¡Tonterías!

—Pero escúchame, Shane, suponiendo que no lo tenga ninguno de los clanes, suponiendo que sea Aliena quien se lo ha llevado, ella ha sido criada como *haito*; no tiene ni idea de cómo se alimenta *karah* en sus primeros meses.

—Deja de preocuparte, Gregor. Llama a Mechthild, a Flavia y a Miles y que se reúnan con vosotros en Bangkok. Si decidimos aceptar la invitación, supongo que el cónclave tendrá lugar en la isla del clan azul, en ese lugar misterioso del que tanto presumen, desde allí viajaremos todos juntos. *Ciao, bello!*

Colgó sin darle tiempo a más, inclinó la cabeza hacia un lado, como solía hacer cuando se le acababa de ocurrir algo prometedor que, sin embargo, necesitaba aún un poco de reflexión, y después de calcular qué hora sería en el Caribe, pidió a su ordenador que lo conectara con el número que tenía grabado como «La isla de los pirados».

En la pantalla apareció el rostro deformado y tenso del Gran Maestro de la orden guiñando desesperadamente el ojo izquierdo en un tic que, al parecer, no era capaz de controlar. Desde la pequeña conversación que habían mantenido poco antes de que él regresara a Inglaterra, el Maestro parecía haberse encogido y haber dado un par de pasos en dirección a la locura o al suicidio. Estaba tan aterrorizado que ensanchaba el corazón y era un auténtico placer verlo retorcerse en la silla.

—¿Ha llegado ya tu invitado? —preguntó sin ningún preámbulo.

El Gran Maestro tenía la boca tan seca que se limitó a asentir con la cabeza.

—Te ha preguntado por mí, supongo.

Otro cabezazo.

—Y tú, lógicamente, como me prometiste, le has dicho que tu reacción había sido excesiva, que yo no era más que un pobre viejo pirado en busca de la inmortalidad, y

que cuando me di cuenta de que no era eso lo que ofrece la *Lux Aeterna*, me marché sin más explicaciones. También le habrás dicho que lamentas mucho haberlo hecho acudir y que no era necesario.

—Sí, señor. Eso le he dicho. Todo eso.

El Shane conectó repentinamente la imagen y sintió un escalofrío de placer cuando a su interlocutor se le desorbitaron los ojos y se tapó la boca con las dos manos en un intento fallido de reprimir un grito que, algo obstaculizado por los dedos, salió como el maullido de un gato torturado.

En la esquina derecha de la pantalla, el Shane se veía a sí mismo como lo estaba viendo aquel pobre hombre: un ser esquelético, pálido, con ojeras oscuras y el pelo rubio blanco disparado en todas direcciones, sumergido en sangre hasta mitad del pecho donde se destacaban dos aros de metal negro taladrándole los pezones incoloros.

La verdad era que a él mismo le daba miedo su imagen, pensó con una sonrisa.

—No me estarás mintiendo, ¿verdad?

—No, señor. Lo juro.

—Y tu invitado..., el Ejecutor lo llamas, ¿no es cierto?, tu invitado ¿se ha creído lo que le has dicho?

—No lo sé. Le juro que no lo sé. Ese hombre no es normal. Nunca sé lo que está pensando.

—Por supuesto que ese hombre no es normal, idiota. Te hacía más listo. Dime, ¿qué planes tiene para los próximos días?

El Gran Maestro empezó a temblar de un modo que resultaba casi cómico.

—Ha traído un mensaje del ángel Aliel. Se aparecerá esta noche a los fieles. El Ejecutor se quedará para garantizar que no haya ningún tipo de incidente. Luego, según me ha dicho, volverá a marcharse mañana.

—¿A qué hora?

—No lo sé.

—¿A qué hora es..., cómo llamarlo..., la aparición del ángel?

—Al atardecer. A pesar de que hoy es luna llena, Aliel ha decidido no visitarnos a medianoche, como era lo habitual en Israfel.

—Bien. Exijo discreción total, ya lo sabes. Ni una palabra a nadie. Esta conversación no ha tenido lugar.

—No señor, por supuesto que no, señor.

—Ahora, una última cosa. Quiero hablar con esa muchacha española que llegó hace poco a la isla, la que se está iniciando con la hermana millonaria y sosa que pertenece a la nobleza.

—¿Con Jara Mendívil?

—Ya me has oído. Ahora. Supongo, amigo mío, que no habrás olvidado lo que

llevas dentro.

El Gran Maestro sacudió la cabeza y, sin poder controlarlo, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Vuelvo en seguida.

La pantalla quedó vacía; donde hasta unos segundos atrás había estado el feo rostro de Andrade, ahora se veía un póster que mostraba círculos concéntricos de distintos colores y que antes le habían servido de aura.

El Shane esperó en el agua roja recordando los mejores momentos de su conversación con el Gran Maestro en la isla.

Lo más fácil del mundo había sido siempre conseguir que alguien obedeciera a través del terror, pero resultaba difícil aterrorizar a alguien que ya estaba aterrorizado y se veía obligado a elegir entre el servicio a uno de dos amos crueles. En general, y en su experiencia, la tendencia era elegir al más antiguo, al que mejor se conoce, al que ya ha causado tanto dolor que uno sabe exactamente dónde están los límites.

Por eso, para que Andrade olvidara su lealtad al primer amo, motivada por el terror que sentía frente a él, no quedaba más remedio que romperlo más o amenazarlo con algo peor. En otros tiempos habría sido necesario quedarse a su lado, encerrarlo en la más profunda mazmorra del castillo más húmedo y repugnante sólo para sacarlo de vez en cuando a la sala de torturas e ir probando todos los instrumentos hasta encontrar el que más terror causaba a la víctima.

Ahora, por fortuna, aunque los sistemas de antaño seguían funcionando magníficamente, había pequeños inventos que permitían controlar, aterrorizar y enloquecer a distancia.

Cuando, al principio, Andrade se había mostrado reacio a traicionar al Ejecutor, el Shane se había limitado a jugar un poco con sus nervios. En el sentido más literal. Electricidad aplicada sobre las conexiones nerviosas del cuerpo humano. Exquisito dolor sin dejar huella. Gran invento.

Así había conseguido, sin apenas cansarse, que Andrade estuviera dispuesto a contarle qué aspecto tenía ese Ejecutor de la voluntad de los ángeles atlantes.

Eso había sido una pequeña sorpresa aunque, de hecho, tendría que haber imaginado que alguien que es capaz de marcar a un *haito* de la manera que Andrade había sufrido —una cicatriz cruzándole la cara y el corte de los ligamentos del talón de Aquiles— no podía ser Albert, quien, posiblemente, era la máxima expresión de paz y dulzura que *karah* había producido en varios miles de años.

Cuando el Gran Maestro, roto por el dolor de las convulsiones eléctricas, acabó confesándole que el Ejecutor era un hombre grande y fuerte, de ojos helados y cabello de plata, se dio cuenta de inmediato de que siempre había sabido que tenía que tratarse de Silber Harrid. Sólo que, al parecer, en todos los siglos transcurridos desde la última vez que se vieron, no sólo había seguido siendo fuerte y salvaje, sino

que había desarrollado suficiente imaginación como para inventarse el cuento de la *Lux Aeterna*, cosa de la que unos siglos antes le habría creído incapaz.

A continuación, cuando Andrade se cansó de sollozar en el suelo de su propio templo, donde ninguno de sus fieles podía oírlo, empezó la segunda parte: convencerlo de que a partir de ese momento era él mismo, el Shane, quien tenía la potestad de darle órdenes y dirigir sus movimientos.

Primero lo ató a las losas del piso con la fuerza que había conseguido ir controlando a lo largo de su dilatada existencia. No era necesario usar cuerdas ni correas cuando se lograba dominar esa técnica, aunque fuera un mínimo, como en su caso.

Luego se tomó mucho tiempo para que Andrade, desde el suelo, viera cómo sacaba los instrumentos del maletín. Poca cosa. Apenas un par de sondas y bujías semirrígidas, un instrumento parecido a una gran jeringa plateada y un par de pequeños objetos indistinguibles. Luego se volvió hacia su presa, la cual, como estaba previsto, empezó a gritar mientras unas manchas húmedas y malolientes se extendían como un espejo oscuro debajo de él, y a su alrededor.

El Shane se agachó junto a Andrade, para que pudiera sentir también su olor a almizcle y su aliento le cosquilleara la mejilla mientras le hablaba con voz suave de enfermera especializada en pacientes terminales.

—Estimado Maestro, no me queda más remedio que recurrir a la última arma de la que dispongo. Admiro tu lealtad para con el Ejecutor y comprendo que temas sus represalias —le había dicho mientras en una mano sostenía el instrumento plateado frente a sus ojos y, con la otra, le acariciaba la bragueta húmeda—. ¿Sabes lo que es una dilatación de uretra?

Andrade empezó a gemir.

—No quiero hacerte sufrir gratuitamente. Es sólo que tengo que introducir algo en tu cuerpo y he pensado que esta es la mejor manera de que no vuelva a salir inadvertidamente, como podría pasar si lo colocara en tu intestino a través del recto, ¿comprendes?

Con un par de gestos le bajó los pantalones y los calzoncillos, se apoderó de su pene flácido y arrugado de puro terror y, con mano experta, le introdujo el tubo metálico, parecido a una antena de coche o de una antigua radio, por la uretra. Poco a poco, sacando cada vez un segmento metálico de mayor diámetro, fue dilatando el tubo hasta que adquirió un tamaño suficiente para poder pasar por él un diminuto objeto de plástico, tan pequeño como un insecto, pero más alargado. Mientras tanto Andrade aullaba, lloraba y producía toda clase de ruidos indignos en un hombre centrado en lo espiritual.

Cuando le retiró el instrumento que había permitido introducir el pequeño objeto en la vejiga, Andrade aún estaba consciente.

Cuando se desmayó fue al oír las últimas palabras del Shane.

—Ahora llevas una pequeña bomba dentro, hermano. Una bomba que puede ser detonada a distancia. Por mí, evidentemente. No importa donde me encuentre. He colocado en la isla un repetidor que recogerá mi señal cuando la envíe, y hará estallar lo que llevas dentro. De modo que mucho cuidado con lo que dices y haces. Ahora me perteneces, ¿está claro?

Al parecer lo estaba porque con su último destello de comprensión, Andrade dejó caer la cabeza sobre el pecho en un asentimiento antes de perder la consciencia.



## Nexo. Haito. Negro. Koh Samui (Tailandia)

Cenaron en el jardín que rodeaba el hostel, a la luz de unas cuantas velas que daban un resplandor anaranjado y hacían brillar los ojos de los *traceurs* reunidos en torno a la mesa, aunque la sensación general era de una leve tristeza por el final de aquellos días de festival. Alex y Nico se habían marchado ya de la isla y los demás tenían las mochilas listas porque su vuelo salía al día siguiente, para unos muy temprano, para otros a media tarde. Eric y Lily tenían pensado pasar aún unos días en Bangkok, los dos solos; Anaís y Maël querían ir a Camboya, a visitar los templos de Angkor antes de volver a París; y Gigi, que también se había reservado una semana antes de su vuelo de regreso, seguía a la espera de conocer los planes de Iker, por si la suerte le sonreía y podían ir juntos a alguna parte.

A todos les daba un poco de lástima que Lena se hubiera animado a visitarlos tan tarde, al final del festival de *parkour*, y Anaís estaba tratando de convencerla de que se uniera a ellos para ir a Camboya.

—¿A ti no te apetece, Iker? —preguntó Gigi—. A mí la verdad es que no se me había ocurrido, pero me han enseñado fotos y debe de ser genial. ¿Y si nos apuntamos y vamos todos juntos?

Iker miró a Anaís.

—¿Qué dices tú?

—Por mí, estupendo, pero que quede claro que pienso levantarme antes de amanecer para ver la salida del sol sobre los templos y que no volveré al hostel hasta después del atardecer. La marcha que llevéis los demás es asunto vuestro.

—Me encantan las mujeres que saben lo que quieren —dijo Iker, sonriendo, sin reparar en que Gigi acababa de hacer una mueca como si hubiera mordido un limón.

—Bueno, Lena —cambió Maël de conversación—, ahora que ya hemos cenado, y que no hay nadie por aquí cerca, ¿no nos ibas a contar tus aventuras? Me muero de curiosidad.

Todas las miradas convergieron en ella, expectantes. Iker también la miraba, pero de otro modo, de un modo que Lena no acababa de entender.

—No sé, chicos. Es todo demasiado extraño; vais a pensar que me he vuelto loca.

—Todos los *traceurs* están un poco locos, así que no es problema. ¡Venga, cuenta! Pero todo, todo, desde que aquel helicóptero te recogió en el edificio del Night Market —insistió Maël.

—¿Cómo sabes eso?

Maël y Anaís intercambiaron una mirada.

—Porque escalamos la fachada para tratar de ayudarte si te hacían algo malo.

Lena tragó saliva y guardó silencio. Aquellos casi desconocidos habían hecho más por ella que todos los conclánidas con los que se había encontrado desde que salió de Innsbruck, tantos meses atrás. Quizá sí se merecieran una explicación. Quizá ella también se sentiría mejor después de contarles aquello que sonaba como una novela y que era la realidad en la que le había tocado vivir. Pero por otro lado tenía miedo o de que no la creyeran y pensarán que estaba loca y trataba de engañarlos, o de que sí la creyeran y eso pudiera ponerlos en peligro.

—Es una historia muy larga. Muy, muy larga, de verdad. Y yo tampoco lo sé todo aún.

—No tenemos ninguna prisa —dijo Anaís cogiéndole la mano—. Cuenta lo que quieras, lo que puedas, lo que te parezca bien. Si podemos, te ayudaremos, Lena.

—Gracias —dijo, realmente emocionada, mientras se preparaba mentalmente para ver dónde podía empezar.

—Perdonad que me meta en vuestros asuntos, tíos —intervino Iker, sirviéndose más vino con total displicencia—, pero creo que lo más sensato es que no metamos las narices donde nadie nos llama. El asunto este de Lena me huele mal, la verdad. Podría resultar peligroso, ¿no, Lena? —La mirada de Iker era extraña, como de advertencia. Se pasó la mano lentamente por el tatuaje que llevaba en medio del pecho, dos mayúsculas enlazadas, una «N» y una «I» con el punto de la «I» dividido en cuatro partes alrededor de un círculo central, y se quedó mirando fijamente a Lena como si esperara que ella reconociera el tatuaje o lo que él trataba de comunicarle. ¿Dónde había visto ella un tatuaje igual a ese? ¿Qué quería decir?

—No seas idiota —contestó Maël a Iker, interrumpiendo los pensamientos de Lena—. No estamos en una película. Y si tanto miedo tienes, puedes largarte ya y no enterarte de lo que nos cuente.

—Iker tiene razón —dijo Lena en voz baja—. Puede ser peligroso para vosotros saber más de la cuenta. Hablo totalmente en serio. Esa gente no tiene ningún escrúpulo para matar. Lo he visto con mis propios ojos.

—Vale, aceptado. Ahora lo sabemos —dijo Maël mientras los demás asentían con la cabeza—. ¡Venga, no te hagas rogar más!

Se miraron entre ellos, con los ojos chispeantes de excitación y curiosidad, esperando una buena historia. Lena se sintió obligada a insistir porque, aunque había

llegado al punto en que estaba deseando contarle, compartirlo con alguien con quien luego pudiera hablarlo una y otra vez, sabía que el peligro era real, que *karah* no tenía ningún tipo de escrúpulos a la hora de eliminar a cualquiera que considerase una amenaza para su seguridad.

—Tengo que avisaros de que el peligro es real. Mi mejor amiga está muerta.

Hubo un silencio en el que Lena volvió a hablar, dirigiéndose más bien a Maël.

—Por eso en Bangkok yo tenía tanto miedo. Sé lo que pueden hacer.

—¡Venga, no te hagas rogar más! —resumió Maël la opinión general.

Todos se inclinaban hacia ella, salvo Iker, que había echado su silla hacia atrás y se balanceaba en las patas traseras, con la copa de vino en la mano.

—Todo empezó el septiembre pasado —comenzó Lena—, en el último curso del instituto, el curso en el que yo debería haber hecho la Matura, el examen final. Hasta entonces mi vida había sido absolutamente normal; hija única, con unos padres estupendos que me querían y me protegían. Hasta que hace dos años mi madre murió en un accidente que luego he llegado a pensar que fue provocado, que fue asesinato.

Los *traceurs* inspiraron casi a coro, se miraron unos a otros y guardaron silencio.

Entonces, poco a poco, mientras las velas se iban apagando e iban siendo sustituidas por otras y las botellas se vaciaban, Lena hizo un resumen de buena parte de lo que le había sucedido en los meses transcurridos desde entonces: el enamoramiento de Clara; el extraño comportamiento de Dominic y sus premoniciones de que aquel chico era peligroso para su amiga; el embarazo y la boda; el alejamiento de Clara; la cita con el notario y los papeles de su madre; la huida a París; el descubrimiento de que en el mundo, además de los humanos, existían otros seres llamados *karah*, terriblemente longevos, ricos y poderosos, que, al parecer, procedían de otra realidad o de otro mundo y estaban intentando reunir las condiciones necesarias para tratar de establecer contacto con ese otro plano.

Aún no les había hablado de Sombra ni había decidido si pensaba decirles que ella era el nexos, sin el cual no existiría la posibilidad de abrir esa puerta cuando, sin más, Lily se puso de pie, le dio un tirón a Eric y con una expresión casi furiosa dijo:

—Bueno, ya está bien de cuentos chinos. Nosotros nos vamos a dar una vuelta y luego a la cama. Mañana nuestro vuelo sale muy temprano y necesito dormir unas horas. Ya nos veremos en París a fin de mes.

Sin esperar ningún tipo de respuesta, fue acercándose a cada uno para darle un abrazo y tres besos y, cuando llegó a Lena, se limitó a decirle:

—Deberías dedicarte a escribir novelas o a hacer guiones, como tu madre. Imaginación no te falta, pero yo esas cosas sólo me las trago en el cine. No sé por qué lo haces, pero no soy idiota y tú debes de estar muy mal de la olla.

Un par de minutos después, Eric y Lily, cogidos de la mano, se perdían en la oscuridad de la playa. Casi antes de que llegaran a la fila de palmeras, Iker se levantó



también.

—Buenas noches, tíos. Nos vemos mañana. Ya pensaré en lo de Camboya y os lo digo en el desayuno. Y tú, Lena, no les tomes más el pelo. Un cuento es un cuento y a veces mola, pero hacerlo pasar por realidad ya es mala leche. Tú verás.

Gigi se quedó mirando a Iker, indeciso. Por una parte estaba totalmente fascinado por lo que contaba Lena y casi le daba igual que fuera verdad o no; por otra parte, si ahora se iba con Iker, tenía la posibilidad de hablar de lo sucedido y de estar a solas con él un buen rato. Seguro que creía que Anaís tenía que ser mema para creerse aquella sarta de tonterías, y eso le podía dar a él una pequeña ventaja; pero tampoco quería parecer un perrito faldero que acompaña a su amo a todas partes sin que le haga mucho caso.

—Yo me quedo un rato más —se atrevió por fin a decir e, instantáneamente, se mordió los labios, por idiota. Iker no le había pedido nada; no tenía sentido darle explicaciones de lo que iba a hacer o no—. A lo mejor me paso luego por el chiringuito. —Otra metedura de pata.

—Tú mismo, tío. —El vasco se dio media vuelta y desapareció en dirección al mar, encendiendo un cigarrillo.

—¡Iker! —gritó Anaís, poniéndose de pie con una prenda en la mano—. ¡La camiseta! ¿La quieres o me la llevo dentro cuando nos vayamos a dormir?

Volvió sobre sus pasos sonriendo, como si el hecho de que Anaís se hubiera dirigido a él le alegrara particularmente.

—Gracias, preciosa. Siempre voy dejándome cosas por ahí. —Levantó los brazos para ponerse la camiseta, se dio la vuelta para marcharse, se agachó unos segundos a recoger algo que se le había caído al suelo y, en ese momento, Lena se dio cuenta de que Iker tenía un tatuaje al final de la columna vertebral en el que no había reparado porque normalmente quedaba tapado por la ropa interior. Era pequeño y no muy intenso de color, como si fuera muy antiguo, pero habría podido jurar que lo que Iker llevaba tatuado en el cóccix era una versión muy simplificada de la Trama con dos letras entrelazadas que no alcanzó a reconocer.



## Haito. Rojo. Isla de la Rosa de Luz (Mar Caribe)

Jara se sentó frente al ordenador del Gran Maestro con un nudo en el estómago. No entendía por qué el extraño duque o lo que fuera aquel tipo quería hablar con ella y, a pesar de que no se trataba de una entrevista cara a cara, era incapaz de controlar sus nervios.

Por fortuna no había imagen y pudo relajarse un poco.

—Soy Jara Mendívil —dijo—. ¿Quería usted hablarme?

—Buenos días, hermosa niña. —La voz era, como siempre, teatral y con un punto de diversión—. ¿Estamos solos? Quiero decir, ¿nos escucha alguien?

—No. El Gran Maestro me ha dejado sola. Me ha dicho que usted lo quería así.

—Te ha informado bien. Gracias por acudir a mi llamada; sólo será un momento y podrás volver a concentrarte en el perfeccionamiento de tu espíritu.

Jara se imaginaba que Kentra se habría tomado aquello totalmente en serio, pero a ella le sonaba a tomadura de pelo de primera clase y así reaccionó.

—¡Venga ya!

—¿No te estás perfeccionando? Entonces ¿qué haces en la isla?

—Pasar unos días de vacaciones pagadas.

—¡Ah! En ese caso no me he equivocado contigo. No eres tonta. Dime, querida, ¿has visto a alguien nuevo por la isla recientemente? Alguien..., ¿cómo decirlo?, muy conspicuo, muy llamativo; digamos... tan conspicuo como yo, pero con otro estilo.

Jara lo pensó un instante. Era evidente que se refería a Ulli; si había un adjetivo que se podía aplicar perfectamente al amigo de su padre era «conspicuo», pero ella no sabía si debía confesar que lo había visto.

El duque pareció sentir su vacilación, cloqueó y dijo:

—Niña, escucha, me consta que hay alguien nuevo en la isla e incluso creo saber quién es. Sólo necesito una confirmación por parte de un testigo visual. Te propongo un juego: yo te doy a elegir entre dos términos y tú me dices cuál es el que mejor encaja con esa persona, ¿bien?

—Bien —contestó Jara, sonriendo a su pesar. El tipo era un viejo zorro y, a distancia, podía resultar incluso simpático.

—¿Grande o pequeño?

—Grande —dijo sin vacilar.

—¿Ojos muy claros o muy oscuros?

—Muy claros.

—¿Largo cabello plateado o corto y negro?

—Está claro que sabe usted de quién se trata, señor duque. Lo primero, claro.

—¿Ha dado su nombre?

—Ulli.

—¿Ulli? ¡Qué vulgaridad! ¿Estás segura?

Jara se mordió los labios. Quizá en la isla hubiera dado otro nombre y ahora su interlocutor se estuviera preguntando cómo sabía ella que se llamaba Ulli. Se sentía como la protagonista del cuento infantil *El enano saltarín*, barajando nombres de los que podría depender su vida.

—Dime, Jara, ya conocías de antes a esa persona, ¿verdad?

Hubo una pausa.

—No tiene nada de particular, querida. Es un viejo conocido mío. Se llama Ulrich von Finsterthal, entre otros nombres. ¿Puedo preguntar de qué lo conoces tú?

La conversación estaba empezando a volverse incómoda, aunque Jara no hubiera podido decir exactamente por qué.

—Es un antiguo amigo de mi padre —dijo al fin, con renuencia.

—En ese caso es más que posible que tu padre y yo nos conozcamos también. Dale recuerdos míos cuando hables con él. Dile que el «jefe rojo» le envía saludos y lo felicita por su bella hija.

—Gracias. Lo haré. —Jara estaba aliviadísima de que no le hubiera preguntado nada sobre su padre. La sensación de miedo que siempre había tenido frente a aquel hombre se había intensificado a lo largo de la conversación. Estaba deseando contárselo a su padre y enterarse de qué significaba eso de «jefe rojo».

—¿Vais a acudir esta noche al templo, tú y la hermana princesa?

—Kentra sí, claro; lo está deseando. Incluso ha conseguido convencer a su marido de que le permita quedarse, a pesar de que tenía un acto importante en su país. Yo... no creo que a mí me dejen. Aún no he sido iniciada y, aunque quisiera, que no quiero, no daría tiempo. Me temo que tendré que perderme la aparición del ángel.

—Si aparece. —Durante unos segundos Jara no oyó más que una risa suave, como para sí mismo—. No me hagas caso, jovencita, soy hombre de poca fe. Pero en agradecimiento por la amabilidad que has tenido conmigo contestando a mis preguntas, te daré un pequeño consejo que prefiero que no compartas con nadie. No te pierdas la puesta del sol desde el templete que hay en el promontorio oeste de la

isla.

—¿La puesta de sol de hoy? ¿En lo que llaman el Pabellón de la Perfecta Calma?

—Puedo asegurarte que será particularmente gloriosa. ¡Adiós, Jara Mendívil!

Antes de que ella pudiera contestar, la línea quedó vacía.

Mirando por encima del hombro para asegurarse de que nadie la veía, Jara buscó dentro del sujetador, sacó el móvil que estaba totalmente prohibido en la isla, y mandó un mensaje rápido a su padre:

«¿Quién es el jefe rojo? ¿Dónde estás? ¿Por qué está Ulli aquí en la isla? Llámame, por favor. Besos».

Luego salió al sol de mediodía dándole vueltas al consejo de aquel extraño ser. ¿Por qué tenía que estar al atardecer en el promontorio? ¿Debía decírselo a Kentra? Ella no se perdería por nada la aparición del ángel, pero le había dado muy mala espina aquel consejo. Le había dicho que se lo daba «en agradecimiento por su amabilidad», o sea, que era algo bueno para ella; pero también podía estar mintiendo.

Tendría que pensarlo con mucho cuidado.



## Nexo. Haito. Koh Samui (Tailandia)

—¡Vaya! —comentó Maël—. Esto parece diez negritos, cada vez somos menos.  
¡Anda, sigue, Lena!

Ella pasó la vista por el reducido círculo de rostros; sólo quedaban tres: Maël, Anaís y Gigi, con el que nunca se había llevado particularmente bien.

—Creo que no tiene sentido seguir.

—¿Por qué no? —preguntó Anaís, un poco picada—. ¿Te parece que los que quedamos no valemos la pena?

—Es que después de lo que me acaban de decir... ¿Vosotros me creéis?

Anaís asintió con la cabeza, Maël se encogió ligeramente de hombros con una leve sonrisa, Gigi acabó por confesar:

—No sé si me lo creo, Lena, la verdad; pero me encanta. Me encantaría que fuera realidad, te lo juro. A mí nunca me ha pasado nada en la vida.

—A mí tampoco me había pasado nada hasta hace un par de meses y te juro que preferiría seguir aburriéndome.

—¿Vas a contarnos más o qué? —insistió Maël.

—De acuerdo, pero bajo vuestra responsabilidad. Voy a contaros cosas realmente extrañas y el que se quede ahora y se entere de todo tiene que estar conmigo, pase lo que pase, porque, si no estamos unidos, el peligro será mayor.

—Estamos todos contigo —dijo Anaís, y tendió la mano al centro de la mesa. Los otros dos pusieron las manos encima de la suya; por último Lena extendió su derecha cubriéndolas todas y se estrecharon fuertemente.

—Como los mosqueteros —dijo Gigi, que por primera vez en su vida tenía la sensación de pertenecer a algo que valía la pena—. Todos para uno; uno para todos.

—*Yamakasi* —añadió Anaís con una sonrisa que la iluminaba entera.



## Haito. Negro. Koh Samui (Tailandia)

Luna encontró a Lily y a Eric donde suponía, sentados entre las rocas altas en la parte de atrás del chiringuito, donde aún se oía la música pero no tan fuerte como para no poder hablar.

Eric se estaba quejando de que siempre era ella la que tomaba las decisiones por los dos y que estaba empezando a hartarse de quedar como un calzonazos delante de los amigos.

—¡A mí me habría gustado quedarme a escuchar a Lena! —estaba diciendo en un tono más irritado que quejumbroso.

—Pues por mí que no quede..., te vuelves con ellos y en paz. Y si prefieres ver Bangkok tú solo o apuntarte a la excursión esa de los templos camboyanos, que sepas que me la rasca. No eres más que un crío; te lo crees todo, te hace ilusión cualquier estupidez... Yo te trato como si fueras un hombre adulto y luego me sales con esas tonterías. —Lily parecía a punto de levantarse y dejar a Eric con la palabra en la boca—. No me digas que te lo estabas creyendo, además. Todas esas historias de una especie diferente a la humana, más longeva, más bella, más de todo... Por el amor de Dios, hay que ser imbécil para creérselo.

—No sé, Lily, no me ha dado tiempo a creérmelo o no.

—Seguro que Iker no se lo ha creído —dijo ella al mirar por encima del hombro, hacia las luces del chiringuito, y darse cuenta de que el vasco estaba allí, a un par de metros de ellos, fumando un cigarrillo frente al mar, y seguramente había oído todo lo que hablaban—. ¿Verdad que no, Iker?

Él soltó una risilla.

—He oído demasiados cuentos en mi vida y no me apetecía oír uno más.

—¿Lo ves?

Eric perdió la vista en las olas oscuras donde destellaban aquí y allá los reflejos de las bombillas de colores de los locales diseminados por la larga playa. De vez en cuando, más lejos, hacia el norte, se veía subir uno de esos pequeños globos de papel con una vela encendida. Deseos que la gente trataba de enviar al cielo esperando que

algún dios se los cumpliera.

Iker se acercó a ellos, se sentó sobre sus talones detrás de Eric y se quedó también mirando subir los globos de los deseos.

—¡Qué ingenuidad! —comentó—. ¡Qué obsesión de creer que hay dioses en el cielo a quienes les importamos nosotros y nuestros deseos!

—¿Tú no lo crees? —preguntó Eric sin volverse hacia él, con la vista perdida en el firmamento nocturno, lleno de estrellas y de globos anaranjados.

—El cielo está vacío —contestó Iker apagando el cigarillo cuidadosamente contra una roca hasta que desaparecieron todas las chispas—. Pronto lo sabrás.

Antes de que ninguno de los dos pudiera reaccionar, Luna había cogido el cuello de Eric con las dos manos y de un golpe seco, girándolo brutalmente, le había roto la columna. Dejó el cuerpo desmadejado del muchacho sobre la roca con tanta suavidad como si siguiera vivo y miró a Lily, que se había quedado pálida al oír el crujido de los huesos de su novio y se tapaba la boca con las dos manos.

—¿Qué has hecho? —susurró.

—Matarlo. Lo has oído tú misma.

Ella dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y empezó a abrir y cerrar la boca como un pez en un acuario.

—No grites, Lily. No vale la pena. No te daría tiempo.

—¿Vas a matarme también?

—Sí.

—¡No me mates, Iker, por favor! —Lily temblaba como una hoja y había empezado a llorar—. Haré lo que tú quieras. Diré lo que quieras. No le contaré nada a nadie. Por favor, por favor..., puedes hacerme lo que quieras, pero no me mates...

Luna inspiró hondo y volteó los ojos hacia arriba, asqueado.

—Sois unos cobardes. *Haito* no tiene dignidad. En cuanto oléis una amenaza, un peligro, estáis dispuestos a pactar con vuestro peor enemigo para salvar la vida. Sois patéticos. «No me mates, no me mates» —imitó la voz plañidera de Lily—. Siempre has sido una mujer dura; eso era lo que me hacía respetarte; siempre has hecho tu voluntad, incluso por encima del hombre que decías querer, y ahora, sólo porque sabes que puedo matarte, estás dispuesta a dejar que te haga cualquier cosa a cambio de salvar tu vida.

De un salto, la derribó y la aplastó con su peso contra el suelo.

—Podría violarte y no te quejarías, ¿verdad? Pero no quiero violarte.

—¿Qué quieres? —preguntó Lily con voz temblorosa.

—Matarte, ya te lo he dicho.

—¿Por qué? —Había empezado a sollozar y no podía detenerse.

—Porque nadie puede conocer la existencia de *karah* y seguir vivo, a menos que nos pertenezca.

—Entonces, ¿todo lo que estaba contando Lena es verdad?

—Basta de charla.

—¡Deja que os pertenezca, Iker! Haré lo que me digas. Dime qué tengo que hacer.

Luna miró los ojos aterrorizados de Lily y, por un segundo, pensó en su propia hija, en Jara, que tenía más o menos la misma edad y también era *haito*. Pero fue sólo un segundo. Sus manos se cerraron en torno al cuello de la muchacha y apretó hasta asfixiarla, hasta que los ojos se le giraron hacia arriba, se perdieron en las cuencas mostrando sólo los blancos, y al cabo de unos instantes dejó de luchar.

Luego arregló los dos cadáveres estrechamente abrazados entre unas rocas, para que cualquiera que pasara por allí pensara que no debía molestar a la pareja, y se fue a buscar una barca con la que los sacaría a mar abierto, a ser posible a algún lugar donde hubiera tiburones o barracudas, pero primero tendría que recoger sus mochilas. Todos sabían que se marchaban muy temprano; no los echarían de menos y era fundamental que su equipaje hubiera desaparecido junto con ellos.

Mientras bajaba a la playa en busca de una embarcación que tomar prestada para unas horas, se puso los auriculares y conectó la conversación que los *traceurs* estaban teniendo con Lena, que se oía con toda nitidez gracias al pequeño micrófono que había instalado debajo de la mesa.

Ahora les estaba contando más sobre *karah*, sobre su capacidad de regenerarse y autorrepararse, sobre los clanes y sus proyectos y la posibilidad de abrir la puerta que comunicaba las dos realidades. Nadie, ningún conclánida tenía derecho a divulgar esa información, a menos que se tratara de un familiar y, por lo que parecía, Lena ni siquiera sabía exactamente qué era un familiar o qué había que hacer para asegurarse la lealtad de *haito* alimentándolo.

La maldita mocosa le iba a dar mucho trabajo. Tendría que eliminar a tres más antes de que acabara la noche.

De ella ya se ocuparía después.





## Blanco. Isla de la Rosa de Luz (Mar Caribe)

Con las manos fuertemente enlazadas a la espalda, como era su costumbre cuando tenía que reflexionar, Lasha paseaba arriba y abajo de su habitación al extremo de la isla, igual que un tigre blanco en un zoológico. Igual que el tigre blanco, a punto de la extinción.

No había sido fácil pero, después de negárselo a sí mismo durante un tiempo, había llegado a la conclusión de que sus fuerzas ya no bastarían para hacer de ángel frente a la comunidad y, un día más tarde, emprender el largo viaje hasta el polo norte para eliminar a Tanja.

Además, como regalo final, acababa de recibir un mensaje de Chrystelle avisándolo de que tenían que hablar de un asunto crucial para el clan; y eso sólo podía significar malas noticias. Cuando Emma y Albert delegaban en una familiar, el mensaje tenía que ser malo, muy malo.

¿Qué podía ser crucial para el clan? ¿Una muerte? ¿Un nuevo miembro? Torció la boca en una sonrisa sin humor. Ninguno de ellos podía ya concebir. La única que había tenido descendencia era Emma en el siglo XVII, al dar a luz a Mariana, la muchacha que había sido su esposa en España y que él mismo había matado siglos después en el glaciar alpino cuando se llamaba Alma von Blumenthal y pensaba huir con su amante del clan negro y con todos los documentos que ahora se encontraban debidamente protegidos y custodiados por los adeptos de la Rosa de Luz.

El pensamiento de la muerte de una conclánida, del «asesinato» de una conclánida como sin duda formularía cualquier *haito*, le llevó a otra idea, una idea realmente satisfactoria.

De repente, se quedó parado en mitad de la sala, sacó el teléfono del bolsillo y marcó el número de Chrystelle. Se le acababa de ocurrir que podía tratarse de la muerte de Aliena. Si Luna había tenido la suerte de dar con ella y había hecho bien su trabajo, podía darse el caso de que tanto su clan como los otros tres estuvieran ahora totalmente revueltos por la noticia. Si la mentora del nexo desaparecía del mapa y el

niño estaba en poder de sus conclánidas, no habría nada que temer. Ni siquiera se vería obligado a matar a Tanja y entonces quizá le alcanzaran las fuerzas para convertirse en el ángel que los fieles esperaban ver y asegurarse así unos años más de protección para los documentos sagrados.

Pero, si Luna de verdad había eliminado a la muchacha, ¿por qué no lo había llamado él mismo?

Antes de que pudiera terminar el pensamiento, Chrystelle contestó en voz falsamente ligera.

—Hola, Lasha. ¡Qué alegría que me llames! ¿Cómo estás?

—Déjate de formalidades y dime qué pasa.

Hubo un breve silencio al otro lado.

—El clan azul ha convocado un cónclave —dijo ya sin más adornos sociales.

—¿Para qué, si puede saberse?

—Supongo que estás enterado de que existe un nexo.

—No hay ninguna prisa; no debe de tener ni tres meses.

Chrystelle carraspeó delicadamente.

—¿Quieres hablar con uno de tus conclánidas, Lasha?

—Dime tú lo que tengáis que decirme. Desde donde estoy no puedo matar al mensajero que me trae las malas noticias. No tengas miedo y habla.

—El nexo no es el bebé del clan rojo que ahora tenemos nosotros.

No hubo respuesta. Ni siquiera se oía la respiración del *mahawk*, lo que llevó a Chrystelle a insistir.

—¿Sigues ahí? ¿Has oído lo que te acabo de decir?

—Lo he oído. Continúa. —La voz de Lasha empezaba a tener un filo de furia.

—Una buena noticia, en la base: el nexo pertenece a nuestro clan.

—¿A nuestro clan? —Detestaba repetir lo que le habían dicho, pero sentía que su cerebro trabajaba como a contracorriente, como si las ideas tuvieran que atravesar un fluido espeso y pegajoso.

—Lena es el nexo, Lasha. Aliena.

—No me parece posible —dijo después de una larga pausa.

—Sombra ha aparecido y ha estado entrenando a Lena. No hay duda, Lasha.

—¿Y por qué me entero yo ahora? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—No lo sé bien. Unos meses, supongo.

—¿Meses? —Su voz ya era un rugido—. ¡Pásame a Emma!

Durante medio minuto no se oyó nada, salvo ruidos lejanos poco reconocibles. Luego una voz de mujer.

—Hola —dijo ella, con cierta resignación en la voz.

—Me acabo de enterar de que me habéis estado engañando durante meses, conclánida. ¡A mí! ¡A vuestro *mahawk*!

—A ti nunca te pareció importante serlo, Lasha. La última vez que te vimos, hace una eternidad, nos dejaste bastante claro que no creías en historias de nexos y posibilidades de contacto. Tanto Albert como yo hemos decidido seguir adelante porque ambos pensamos que vale la pena. Y no grites cuando me hablas, Lasha; te oigo con toda claridad y te recuerdo que el teléfono es un aparato que dispone de una tecla para concluir la conversación unilateralmente.

—¿Estás segura de que Lena es el nexo? —preguntó cuando se hubo calmado lo suficiente como para que su tono sonara civilizado.

—Completamente.

—¿Dónde está?

Hubo una vacilación apenas perceptible. Ni Emma ni ningún otro miembro del clan blanco tenía la menor idea de dónde estaba Lena en esos momentos, pero no pensaba confesárselo a Lasha.

—Siempre en contacto con nosotros, no te preocupes. ¿Vas a acudir al cónclave?

—¿Para qué?

—Porque eres el *mahawk* blanco y porque nos afecta a todos, Lasha, a todos los clanes. Si no vienes, estaremos en desventaja; somos muy pocos, no es necesario que te lo recuerde.

—Dime una cosa, Emma: ¿de dónde ha salido esa Aliena? ¿Cómo podéis decir que pertenece al clan blanco? Tiene que ser una bastarda, una mediasangre.

—Te lo explicaré cuando nos veamos, conclánida. ¿Quieres contestar tú a Él en nombre del clan blanco o prefieres que lo haga yo?

—Hazlo tú. Yo tengo otros asuntos que atender. —Eché una mirada al cielo que empezaba a teñirse de rosa—. Te llamaré en otro momento.

—¿Vendrás?

Lasha cortó la comunicación y se quedó mirando el mar, perdido en sus pensamientos. Si no recordaba mal, aunque el documento que contenía las instrucciones tenía bastantes lagunas de traducción, en alguna parte se decía que para establecer el contacto con el otro lado y abrir las puertas era necesario reunir tres clánidas por casa. Tres. Por parte del clan blanco ¿quién quedaba? Emma, Albert y Tanja. O Emma, Albert y él mismo.

Él jamás estaría dispuesto a prestarse a ese juego, y menos ahora, cuando ya no podría influenciar el futuro ni participar en lo que sucediera a continuación.

De modo que, descontándolo a él, que jamás colaboraría, si faltaba uno de ellos, cualquiera de ellos, sólo quedarían dos, y la comunicación con el otro plano se haría imposible.

Era fundamental que Tanja desapareciera y, en ese caso, tendría que marcharse cuanto antes. Ya mismo. Lamentablemente, el ángel Aliel no podría aparecerse a la congregación. Pero no avisaría a nadie. Dejaría que todos aquellos borregos se

reunieran en el templo y esperaran la visita celestial; ya se inventaría algo Andrade para disculparlo.

Recogió a toda velocidad la bolsa que había traído y, furtivamente, se dirigió al lugar donde lo esperaba su helicóptero.



## Nexo. Haito. Negro. Blanco. Koh Samui (Tailandia)

Se despertó angustiada y lo primero que le vino a la mente fue la imagen de Daniel abrazando a la mujer *karah*.

Volvió a cerrar los ojos, intentando rechazar las imágenes, los recuerdos, el lacerante dolor que le producía la traición de Dani.

No hacía ni tres horas que se había acostado; habían estado siglos hablando. Primero ella contando lo que sabía, lo que había experimentado de primera mano; luego lo que su madre le había dejado en herencia, luego lo que sabía por otros. Y después habían venido las preguntas, montones de preguntas que, en general, ni siquiera sabía contestar. Eso era lo que, en su opinión, había convencido a sus amigos de la veracidad de lo que contaba: que para la mayor parte de preguntas careciera de respuestas. No se trataba de una mentira perfectamente montada y calculada para engañar a nadie. Ella estaba casi tan perdida como los *traceurs* y se notaba en cada una de sus miradas y en cada uno de sus gestos. Al final hasta Maël, que era el más escéptico de los tres, había decidido concederle el beneficio de la duda y, cuando se habían ido a la cama, le había pasado el brazo por los hombros y le había dicho:

—Te creo, Lena, pero es una guarrada total. ¡Ojalá podamos ayudarte! Y, ¿sabes qué? Me alegro de ser *haito*. Esos *karah* parecen unos hijos de puta de mucho cuidado.

Ella había sonreído y, con un beso en la mejilla, se había retirado a su habitación. Anaís también le había dado un beso en silencio y, con la mirada, le había dejado claro que necesitaba pensar antes de decir nada. Luego habían apagado la luz y ahora, después de varios sueños cortos y confusos y más bien pesadillescos, Lena había abierto los ojos de golpe, con un ahogo en el pecho, sabiendo ya que no conseguiría volver a conciliar el sueño.

No había podido dormir más que a ratos, despertándose asustada y volviendo a soñar cosas horribles que había olvidado al despertar, pero que, por el mal sabor de boca que le habían dejado, suponía que tenían que ver con Dani y con esa clánida, con su traición.

Una luminosidad grisácea se filtraba por las persianas de bambú y era evidente que no podía faltar mucho para el amanecer.

Levantó la cabeza para asegurarse de que todo estaba bien a su alrededor y volvió a apoyarla en la almohada. Anaís respiraba profundamente y estaba claro que dormía tranquila. Lily no estaba. Debía de haberse marchado ya para coger su vuelo a Bangkok y lo había hecho de un modo tan respetuoso que ni ella ni Anaís se habían dado cuenta de nada.

Volvió a levantar la cabeza. No había rastro de la mochila. Se había marchado, así que ella podía intentar seguir durmiendo, al menos hasta que saliera el sol y la luz le hiciera imposible el descanso; nunca le había gustado dormir con luz.

Ya a punto de volver a dormirse, tuvo la sensación de que alguien andaba en la habitación contigua, la de los chicos, donde dormían Eric, Iker, Maël y Gigi, ahora que Alex y Nico se habían marchado y no había llegado aún nadie a ocupar las camas vacantes.

Eric se habría ido ya también, con Lily. Iker quizá no hubiera vuelto. Maël le había contado que a veces no regresaba a dormir al hostel y todos se preguntaban si tenía algún ligue por ahí o simplemente prefería dormir en la playa.

Se esforzó por relajarse tratando de controlar la respiración, pero no funcionaba. Algo andaba mal; no sabía qué era ni cómo lo sabía, pero estaba claro que algo iba mal en la habitación de los chicos.

Seguía siendo de noche, aunque había ya una claridad lechosa que permitía ver los volúmenes. Con la cabeza y los párpados pesados, se levantó de todas formas. Si de verdad eran tonterías suyas y no pasaba nada, siempre podría ir al lavabo y volver a acostarse con la vejiga vacía.

El corto pasillo estaba oscuro porque las puertas de las distintas habitaciones estaban cerradas y no tenía más ventanas ni más comunicación con el exterior, pero con cada paso que daba, más claro sentía que había algún peligro cerca, muy cerca.

Estaba desarmada, como siempre, pero sabía que, en caso de necesidad, toda ella podía convertirse en una arma, tanto ofensiva como defensiva. Si le daba tiempo; si no le daba horror la necesidad de tener que hacer daño a otros para defenderse a sí misma.

La puerta de la habitación de los chicos estaba entreabierta y una claridad extraña, plateada, se filtraba hasta el pasillo donde Lena se había quedado quieta, escuchando.

No se oía nada. Sin embargo, estaba claro que había algo que no andaba bien.

Lentamente, casi flotando, como si fuera un fantasma, fue acercándose a la puerta hasta que pudo mirar hacia dentro. La habitación estaba en penumbra, pero había una sombra más oscura inclinada sobre la cama de Maël, una sombra peligrosa. Algo en su posición, en su olor o en su aura le gritaba que tenía que hacer algo. Inmediatamente. Antes de que fuera tarde.

Nunca supo cómo lo reconoció, pero antes de pensarlo conscientemente, se escuchó a sí misma diciendo en voz baja:

—Ni un paso más, conclánida. Aléjate de mi amigo y ponte donde yo te vea.

La sombra se irguió y se quedó quieta como estaba, de espaldas a ella, midiendo sus posibilidades.

—Veo que me has reconocido. ¡Honor a *karah*!

—¡Honor a tu clan! —Lena hizo una pausa mientras trataba de colocarse de modo que pudiera verlo mejor—. A todo esto, ¿cuál es tu clan? —preguntó suavemente.

—Tengo el honor de pertenecer al clan negro, aunque hace tiempo que no me reúno con mis conclánidas.

—¿Al clan negro? ¿Quién eres? Nunca he oído hablar de ti.

—Puedes llamarme Luna. Si no te importa, podemos hablar fuera. Detesto susurrar como un malo de película.

—Sal delante de mí, que yo te vea.

Muy lentamente, la figura se dio la vuelta hacia Lena con las manos en alto, en posición de paz, pero antes de que ella pudiera decidir qué hacer o cómo salir de la habitación sin peligro de ser atacada, él saltó hacia ella empuñando un cuchillo que medio segundo antes no estaba en su mano.

Sin pensar, por puro entrenamiento de años de *aikido*, y a pesar de que hacía meses que no había hecho nada para mantenerse en forma, se apartó del cuchillo y, con suavidad y firmeza, agarró la muñeca de su atacante, desviando todo el impulso del ataque contra él.

Pero el *uke* también debía de ser *aikidoka* porque inmediatamente se dobló sobre sí mismo, librándose de la presa que ella le tenía preparada.

Después de dos o tres ataques, contraataques y caídas, el cuchillo había salido volando y se había perdido debajo de alguna cama. Los dos se miraban sin pestañear en una penumbra que se iba volviendo rosada por momentos.

—No consentiré que hagas daño a mis amigos, Luna.

—Me temo que ya es tarde, conclánida.

Por un segundo, el temor de que fuera cierto, de haber llegado demasiado tarde y no haber podido salvar a Maël y a Gigi fue tan grande que, sin pensarlo, concentró toda su fuerza en las piernas de Luna y, con un crujido que sonó como una rama seca y que arrancó un aullido a la víctima, sus fémures se rompieron y cayó al suelo mordiéndose los labios de dolor.

Sin embargo, a pesar de los gritos, ninguno de los dos chicos se movió de la cama.

—¿Los has matado? —preguntó Lena, horrorizada.

—No, maldita sea, aún no. Sólo les he puesto un somnífero pegajoso en los labios —dijo entre dientes, luchando contra el dolor—. ¿Me vas a matar tú a mí? Ya veo que

puedes hacer cosas que yo no puedo ni soñar.

Ella sacudió la cabeza, como un caballo espantándose las moscas.

—No. No sé. No creo. ¿Para qué iba a matarte?

—*Karah* no mata a *karah*.

—Ya. Lo he oído antes. Somos pocos. No podemos permitirnos matarnos unos a otros. ¿Es eso?

Él asintió, mordiéndose los labios.

—¿Te duele mucho?

—Claro. Me has roto las dos piernas, puta. Mátame si quieres. No tengo miedo. No soy un miserable *haito* rogando por su vida. He vivido más de lo que cualquiera puede imaginar. He probado todo lo que deseaba. No me importa morir.

—No pienso matarte, conclánida. Espera..., voy a tratar de quitarte el dolor, pero no sé si funcionará porque no lo he hecho nunca.

Lena se concentró en el cuerpo de Luna, buscando los lugares donde los tejidos habían sido destrozados, reparando, alisando las células rotas.

—¿Mejor?

—Detesto decirlo, pero sí. Mucho mejor. Aún no podría ponerme de pie, pero ya no duele tanto.

Lena dio dos pasos atrás, sin apartar la vista de Luna, y se sentó en una silla de mimbre algo desvencijada. Estaba cubierta de sudor y el pelo se le pegaba a la frente y a las sienes como si se hubiera dado un baño.

—Ibas a matarnos a todos, ¿verdad? —preguntó en voz baja, natural.

—Sí. Primero es *karah*. Tú lo sabes. No podemos permitir que nadie sepa de nuestra existencia, que nos atrapen, que nos encierren, que nos investiguen y hagan experimentos con nosotros.

—¿Y yo? Yo también soy *karah*, ¿por qué querías matarme?

—Porque eres una pieza fundamental en esa estúpida idea que han concebido nuestros conclánidas de intentar el contacto con..., con lo que sea. Sin embargo..., sin embargo ahora sé que tú tampoco estás a favor de abrir esa puerta.

—¿Cómo lo sabes? —De repente, Lena se sentía agotada; lo único que deseaba era irse a dormir, cerrar los ojos, apagar la mente, olvidarlo todo, todo.

—Puse un micrófono debajo de la mesa del jardín. Cuando me fui de la reunión, seguí escuchando lo que contabas. Sé que tú eres el nexo y ahora ya no sé qué hacer. No me imaginaba que fueras de los nuestros, que tú, precisamente tú, siendo el nexo, estuvieras en contra de establecer el contacto.

—¿De los vuestros? ¿De quiénes?

—Ah, Lena, es difícil. Es muy difícil. Tú eres *karah*, lo sé. No sólo eres *karah*, sino que tienes un papel fundamental en todo esto, pero no sabes casi nada. No te han educado para hacer lo que se suponía que tenías que hacer, no te han explicado nada.



Por eso habría sido más sencillo eliminarte. Pero no ha funcionado. No funciona. Es como si algo, alguien, no sé bien, te protegiera constantemente... no sé. Estoy agotado. Duele. Necesito dormir. Yo quería matarte. Era mi misión. Mi deber. Y ahora me doy cuenta de que de todas formas no eres una amenaza para nosotros porque tú tampoco quieres.

—Empiezas a decir tonterías, Luna.

—Déjame dormir unas horas y luego hablamos, ¿de acuerdo?

—Valiente asesino estás tú hecho, conclánida. ¿Me das tu palabra de *karah* de que no les harás daño a ninguno de los tres?

—Tienes mi palabra.

—De acuerdo. Yo también me caigo de sueño. ¡Honor a tu clan, conclánida!

—¡Honor a tu clan!

—¿Qué me estás haciendo? —gritó Luna antes de que ella saliera del cuarto.

—¿Lo has notado? —No podía evitar sonreír, disfrutando de la confusión que sentía Luna—. Te estoy atando a mí. Te dormirás cuando yo me duerma y no despertarás hasta un rato después de que yo abra los ojos.

—¿Cómo puedes hacer eso?

—No tengo ni idea, pero ya ves que puedo. No me fío un pelo de ti, conclánida.

—Haces bien —suspiró Luna—. ¡Buenas noches!

Lena, vestida con una camiseta larga azul pálido, y Luna, con unos pantalones caqui a media cadera que dejaban ver unos calzoncillos de *smileys*, se arrastraron a sus respectivos catres. Dos minutos después, se habían dormido.



## Haito. Isla de la Rosa de Luz (Mar Caribe)

—¡Cuánto siento que no puedas venir, Jara! —estaba diciendo Kentra mientras se sujetaba el velo blanco con las agujas—. ¡Siento tantísimo que vayas a perderte la posibilidad de ver con tus propios ojos a una criatura celestial!

Jara le arregló el velo por la parte de detrás y suspiró porque sabía que era lo que esperaba Kentra.

—A mí también me da lástima, pero lo comprendo. Supongo que la visión de un ángel no es para cualquiera y yo aún no he sido iniciada. —Trataba de que no se le notara demasiado el escepticismo que sentía frente a la idea de que un auténtico ángel fuera a aparecerse ante aquel grupo de inocentes, pero con frecuencia tenía la sensación de que no conseguía disimular la ironía de su tono.

—Quizá..., quizá podría intentar convencer al Maestro. Últimamente está tan mal... Se nota que ha sufrido mucho... Es posible que se haya ablandado un poco. El dolor amansa cuando es mucho.

—No te molestes por mí, de verdad. Ya habrá otra ocasión. Cuando llegue a merecerlo. Iré a meditar al Pabellón de la Perfecta Calma.

En ese momento, una de las novicias tocó con los nudillos en la jamba de la puerta, más para ganar su atención que para pedir permiso, porque la puerta estaba abierta.

—Hermana Kentra —dijo con los ojos bajos y la voz nerviosa; algunos de los novicios no conseguían acostumbrarse a hablar con la princesa como si fuera una persona normal—, hay una llamada urgente para ti en el despacho del Maestro.

—¿Ahora? —preguntó, consternada—. ¿No puede esperar? ¿Quién me llama?

La novicia alzó los ojos un segundo y volvió a bajarlos mientras sus mejillas se coloreaban.

—Tu esposo, hermana. Dice el Maestro que Su Alteza parecía muy irritado y que no admite demora.

—Pero..., pero... —Se volvió hacia Jara como esperando una confirmación que ella no podía dar—. Si voy ahora al despacho... No es posible. Tengo que ir al

templo. No puedo hacer esperar al ángel Aliel.

—No es por meterme en tu vida —dijo Jara con suavidad—, pero creo que tampoco te conviene hacer esperar al príncipe. Si llama, seguro que es algo importante. Él sabe lo que significa para ti estar presente cuando aparezca Aliel. Debe de tratarse de algo realmente urgente.

De un momento a otro Kentra se había convertido en un manojo de nervios y daba la sensación de necesitar que alguien le dijera con toda claridad qué debía hacer, de modo que Jara, con una mirada significativa a la novicia para que las dejara solas, la cogió por los hombros y la fue llevando hacia fuera.

—Mira, hermana, lo mejor es que vayas cuanto antes a ver qué sucede. Con un poco de suerte, en unos minutos se habrá solucionado y podrás acudir directamente al templo —le decía mientras la acompañaba por el sendero que llevaba a los pabellones privados del maestro, donde estaba el pequeño cuarto que le hacía de despacho.

—Pero —insistió Kentra, haciendo pucheros sin poder evitarlo—, las puertas del templo se cierran en cuanto entra el Gran Maestro. No podré ver a Aliel...

—Anda, ve tú a la oficina y yo intentaré convencer al maestro de que dé orden a los novicios de que te permitan entrar. Al fin y al cabo, aunque eres una hermana más aquí en la isla, también eres alguien muy importante en el mundo, y estoy segura de que el maestro estará dispuesto a hacer una pequeña excepción. Parece muy enfermo y eso ablanda a las personas, tienes razón.

Kentra la miró casi con adoración.

—¿Harías eso por mí?

—Pues claro. Y, en el peor de los casos, si no funciona, ya sabes que yo estaré en el Pabellón del Oeste...

—El Pabellón de la Perfecta Calma —la interrumpió Kentra.

—Eso. Si no pudieras entrar en el templo, ven allí y veremos ponerse el sol. Hay veces que las cosas no salen como uno hubiera deseado, pero siempre es por nuestro bien. Me lo has enseñado tú misma.

—Gracias, hermana Jara. —Le dio un beso en la mejilla y entró en el despacho, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Jara no tenía ni idea de cómo era la relación entre ella y su marido, pero daba la sensación de que no estaban particularmente enamorados; al menos Kentra nunca hablaba de él ni parecía echarlo de menos, a pesar de que hacía menos de un año de su boda.

Lanzó una mirada circular a su alrededor: el complejo de pabellones y templetes estaba vacío. Todos habían acudido al templo principal a esperar la llegada del ángel. Los iniciados, dentro, con derecho a presenciar la aparición y a ser bendecidos; los demás fuera, en la explanada, con la vaga esperanza de que por una vez sucediera algo extraordinario y pudieran echar una mirada al ser divino.

Ya no tenía sentido ponerse a buscar al Maestro; era demasiado tarde. Incluso si lo alcanzaba antes de que entrara en el templo, estaría en mitad de algún rito y sería imposible hablar con él, de modo que no podía cumplir su promesa a Kentra, pero por la experiencia de otras ocasiones estaba segura de que el príncipe no se contentaría con unos minutos de conversación. Debía de parecerle casi insoportable que su mujer, en lugar de dedicarse a él y a sus obligaciones de Estado, se pasara tantas temporadas en aquella isla; y era de suponer que, en cuanto regresaba a palacio, también se pasara el rato hablando de ángeles atlantes y tratando de hacer proselitismo, lo que debía de resultar realmente pesado.

Se dio cuenta al pasar por el helipuerto de que el aparato que había estado posado allí los últimos dos o tres días había desaparecido, y eso era realmente raro. No sabía a quién pertenecía, pero era extraño que el millonario que hubiera venido a propósito para presenciar la aparición del ángel Aliel se hubiera marchado antes de cumplir sus propósitos. En cualquier caso, no era asunto suyo. Aún le quedaba una buena media hora de camino para llegar al Pabellón de la Perfecta Calma, uno de sus lugares favoritos de la isla por la maravillosa vista que ofrecía de la puesta del sol y porque era el punto más alejado de todo el trajín religioso de la comunidad. Allí era raro encontrarse con alguien y, cuando sucedía, siempre era alguien como ella, necesitado de soledad y distancia; por eso se limitaban a saludarse con una breve inclinación de cabeza y a perderse cada uno en sus pensamientos y fantasías, en silencio.

No se cruzó con nadie en todo el camino y, cuando llegó, pudo instalarse en su lugar preferido: una plataforma de madera de teca rojiza cubierta de cojines de colores, justo frente al punto por el que el sol se sumergiría en el mar. Las cortinas del pabellón, blancas y finísimas como niebla, ondeaban suavemente en la brisa y el aire olía bien: a mar, a algas frescas, a tarde de verano, a algún perfume floral ligeramente amargo que podía proceder de los cientos de florecillas de un blanco rosado que habían salido entre las rocas desde hacía unos días.

Se abrazó las rodillas pensando en que el nombre del pabellón estaba bien pensado y en la suerte que tenía de poder disfrutarlo, de poder estar allí, en medio del mar, lejísimos de todo lo que durante el invierno había estado a punto de volverla loca de angustia, con la maravillosa sensación, casi nueva para ella, de que la vida tenía sentido, de que valía la pena estar viva y disfrutar de lo que podían ofrecerle sus cinco sentidos: los perfumes del mar y de las flores; el rumor de las olas al romper mansamente en la arena o chocar contra las rocas un poco más lejos; la suavidad sedosa de los cojines y la madera caliente donde estaba sentada; los colores del mundo, el brillo del mar, la bola roja del sol que iba bajando hacia el horizonte lo transformaba todo en su camino..., la perfecta calma.

Cerró los ojos con un suspiro de felicidad y en ese mismo instante una detonación que hizo vibrar el pabellón entero la sacudió y le hizo mirar a su alrededor, asustada.

¿Qué había sido eso? ¿Un avión militar rompiendo la barrera del sonido? ¿Un petardo particularmente potente? ¿Por qué iba nadie a encender un petardo en la isla cuando estaba a punto de aparecer el ángel atlante?

Apenas cinco segundos después, una tras otra, empezaron a sonar explosiones en cadena que parecían proceder de la zona de los templos. A pesar de la distancia, sonaban tan fuertes que Jara se tiró al suelo por puro instinto de supervivencia, aunque allí donde estaba nada había cambiado: las olas seguían llegando a morir en la playa, el sol continuaba su viaje hacia la oscuridad.

A lo lejos, sin embargo, por la zona donde debía de estar el complejo de templos y pabellones, empezó a alzarse una espesa nube, primero amarillenta y luego cada vez más oscura. Las explosiones continuaban. Había una pequeña pausa, veinte o treinta segundos, y de repente algo volvía a estallar. Algo que no sonaba alegre como los cohetes y los petardos de Nochevieja sino absolutamente ominoso, destructor, terrible.

Jara no sabía qué hacer. Era una locura volver a donde estaba sucediendo aquello y ponerse en peligro de muerte, pero también estaba segura de que habría gente herida que necesitaría ayuda inmediata. Aunque... ¿qué iba a hacer ella para ayudar? No tenía ningún tipo de entrenamiento médico, no había hecho ni un simple cursillo de primeros auxilios en su vida.

Se imaginaba a alguien medio destrozado por una explosión y lo único que se le ocurría era tirarse al suelo y vomitar.

¿Qué estaba pasando allí? ¿Estaba alguien bombardeando la isla? ¿El helicóptero que había desaparecido, quizá? Aunque no tenía mucha idea de armas, suponía que si se trataba de bombas lanzadas desde el aire, debería verlas u oír las caer, pero no se veía nada.

¿Serían bombas como las que ponían los terroristas en coches o en casas? Pero ¿por qué? ¿Para qué?

Si lo que estaba oyendo eran de verdad bombas, ya estaría todo destruido y seguramente todos muertos porque las explosiones los habían cogido reunidos en el templo principal.

Sin haber tomado conscientemente la decisión, se dio cuenta de que ya llevaba un rato caminando en dirección al centro, de donde se elevaban varias columnas de humo negro que, contra el cielo de color amatista, parecían quemaduras en una carne muerta y golpeada. El polvo en suspensión llenaba el aire y tuvo que taparse la nariz y la boca con el pañuelo que llevaba al cuello. Empezaba a oler a destrucción, a miedo, a cosas vivas abrasadas; y la ceniza subía al cielo como una nieve invertida, para caer después sobre el paisaje de desolación que iba descubriendo con cada paso que daba.

Al llegar a la primera colina, desde la que se divisaba el complejo sagrado

extendido hasta el mar, tuvo que abrir y cerrar los ojos varias veces para poder aceptar lo que estaba viendo. No quedaba piedra sobre piedra. Prácticamente todos los edificios habían sufrido daños, los cristales de todas las ventanas habían estallado en un millón de esquirlas que cubrían ahora el suelo y, al reflejar la luz del sol poniente, convertían la explanada en un campo de brasas relucientes donde destacaban docenas de formas humanas ennegrecidas y pedazos irreconocibles de lo que habían sido personas.

Las puertas del templo estaban reventadas, pero como la parte principal se hallaba excavada en la montaña, no se podía apreciar la intensidad de la destrucción. Sin embargo, a juzgar por el exterior y por la duración de las explosiones, el interior del templo debía de ser una auténtica carnicería.

Sintió una bocanada de bilis subirle por el esófago, quemándole la garganta. No había comido nada desde el desayuno y no tenía nada que vomitar, pero las arcadas le levantaban el estómago una y otra vez como empeñándose en sacarlo por la boca.

Cayó de rodillas sobre la capa de ceniza que se iba depositando sobre la hierba, aterrorizada de ser el único ser vivo en toda la isla.

No había el menor movimiento ni el menor sonido salvo el crepitar de las llamas en los lugares donde aún quedaba algo que el fuego podía consumir, y el ir y venir de las olas, imperturbable, indiferente al dolor de los humanos.

Sintió una humedad fría en las mejillas y se dio cuenta de que estaba llorando y de que todo su cuerpo temblaba sin que pudiera controlar o detener el temblor.

Cuando su mente consiguió volver a pensar con un poco más de claridad, era ya casi de noche. Se puso en pie, a pesar de que tenía la sensación de que las piernas se le habían vuelto de goma y, sin saber bien lo que hacía, empezó a bajar la colina dirigiéndose hacia lo que había sido la oficina del Maestro. Era imposible, sabía que era imposible, pero tenía que ver con sus propios ojos si Kentra estaba muerta, allí, frente al ordenador destruido, pero antes de que pudiera llegar, un extraño sonido que le puso el vello de punta, la dejó clavada en el sitio.

Era como un siseo agudísimo que tenía algo de canción infantil y algo de pequeño animal herido, y sonaba a su izquierda, probablemente en el camino que, desde el complejo central, llevaba a las playas del oeste pasando por los pequeños pabellones dormitorio de los novicios.

Estaba cada vez más oscuro y aún no había salido la luna. La brisa que todas las noches se levantaba trayendo el olor del mar ahora sólo removía la ceniza que lo cubría todo y olía a carne y a madera quemadas, a cosas negras y retorcidas, a las docenas de cadáveres mutilados y carbonizados que salpicaban el suelo de la explanada.

El sonido iba y venía según la dirección del viento y Jara avanzaba despacio, forzándose a descubrir qué o quién lo producía, a pesar de que habría dado cualquier

cosa por no tener que ir. Pero podía ser una persona malherida que necesitara su ayuda. Y, además, tampoco tenía adónde ir; en lo que abarcaba la vista no quedaba donde refugiarse, aunque tal vez el pabellón de invitados más lejano hubiera sobrevivido a la destrucción. Ya lo vería después. Ahora tenía que investigar la fuente del sonido.

Estuvo a punto de pasar de largo porque, aunque había sacado el móvil y lo llevaba en la mano para usarlo como linterna cuando hiciera falta, le daba miedo gastar la batería y quedarse incomunicada, de modo que cuando oyó el quejido a su derecha lo tenía apagado y el repentino ruido estuvo a punto de pararle el corazón.

Enfocó la luz hacia el punto aproximado de donde procedían los quejidos, pero la mano le temblaba tanto que sólo consiguió hacer saltar las sombras a su alrededor, como ominosos animales que se escabulleran, alejándose de ella para ocultarse mejor y saltarle encima después, cuando menos lo esperara.

La voz subía y bajaba, ululando quejumbrosamente.

Jara se agachó junto a lo que, en la penumbra, parecía un guiñapo hecho de jirones de tela que una vez había sido blanca. Con mucho cuidado adelantó la mano libre, la que no sujetaba el móvil, mientras hablaba bajito.

—Tranquila, tranquila, estoy aquí. —Hablabla en femenino, aunque no tenía ni idea de si la forma retorcida que se quejaba en el suelo era hombre o mujer.

—Jara —dijo la voz de pronto, y nunca le había sonado así su propio nombre, como si fuera una invocación a un semidios—. Aliel te envía. Gracias sean dadas a los ángeles.

A pesar de la alegría por haberla encontrado y porque quedara alguien más con vida en medio de la catástrofe, la muchacha apretó los dientes; no era momento de entrar en discusiones teológicas, pero encontraba francamente absurdo que la mema de Kentra, porque era Kentra la que yacía a sus pies sobre el suelo de ceniza, tuviera aún palabras de agradecimiento para unos ángeles que no habían salvado de la masacre a sus propios fieles.

—¿Cómo estás? —preguntó, en lugar de insultarla.

—Duele mucho, Jara. Creo que son quemaduras y debo de tener huesos rotos. —Hablabla con dificultad, pero lo bastante despacio como para poder entenderla—. Vendrán pronto a recogerlos. Diles que traigan un barco, uno grande.

—No va a hacer falta que sea muy grande, Kentra, no queda nadie; sólo tú y yo.

La princesa tenía la cara negra de hollín y roja de sangre. Un párpado se le había hinchado tanto que no se le veía ni siquiera el brillo del ojo debajo del bulto amoratado. Jara no quería mirar mucho más, pero la luz del móvil revelaba grandes quemaduras en las piernas. Necesitaba un médico con urgencia.

—Dime a quién tengo que llamar, Kentra. Hay que intentarlo mientras tenga batería.

Ella no contestó. De improviso volvió los ojos hacia arriba y empezó a quejarse de nuevo.

—Dímelo, Kentra, dame un número. —Si se desmayaba o entraba en algún tipo de delirio antes de darle un número de contacto, quizá nunca nadie se enterase de lo que había pasado y se quedaran tiradas allí para siempre.

Pero no era posible. La mujer que gimoteaba a sus pies era una princesa; estaba casada con el príncipe heredero de su país. Era imposible que la dejaran abandonada allí. Antes o después tendrían que pasarse discretamente a ver cómo estaba.

La luna asomó su pálido rostro sobre el horizonte del mar, como una calavera gigante que viniera a informarse del estado de sus nuevas tropas o a recoger a sus muertos para llevarlos consigo. A su luz grisácea, todo lo que abarcaba la vista era desolación: los hermosos pabellones, los gráciles templetos, las casitas bajas donde habían hecho la vida hasta unas horas atrás, los estanques, las alamedas floridas..., todo destruido.

Sintió cómo le salía un grito desde lo más profundo de la garganta y en ese momento una silueta se perfiló sobre el disco blanco de la luna llena; una silueta alta, de hombros anchos, cabeza abultada y un arma en los brazos.

De un segundo a otro, Jara dejó de gritar y se cubrió la boca con las dos manos. ¿Podía ser Ulrich? ¿Sería Ulrich quien había colocado todas aquellas bombas y ahora venía a inspeccionar el resultado, a disfrutar de su obra de destrucción y a rematar a los que pudieran haber sobrevivido? ¿Por qué? ¿Por qué habría querido hacer eso y por qué la habría traído a ella a la isla? ¿Era una venganza contra su padre y la había elegido a ella como víctima? Pero su padre confiaba en Ulrich..., eran amigos.

Miró alocadamente a su alrededor, buscando un lugar donde ocultarse. No era posible. No había nada, ni siquiera una roca detrás de la que esconderse. Y no podía abandonar a Kentra allí, para que le pegaran un tiro en la cabeza.

Otras dos siluetas aparecieron a izquierda y derecha de la primera dirigiéndose hacia ellas. Ahora se daba cuenta de que Kentra había seguido produciendo aquel enervante sonido como el ulular de un animal herido y, lógicamente, cualquiera podía oírlo.

Unos segundos después, tres soldados vestidos con uniformes negros y con todo el aspecto de pertenecer a una unidad de servicios especiales, las rodeaban y en voz baja y tranquila les aseguraban que había pasado el peligro, que estaban a salvo, que iban a ocuparse de llevarlas lejos de allí.

Aún le dio tiempo a ver cómo colocaban a Kentra en una camilla que había aparecido de la nada. Luego, cuando la tumbaron a ella en otra camilla, se desmayó.





## Blanco. Estación de investigación polar. Ártico

Después de varios meses fuera de la estación, el lugar le pareció todavía más desangelado de lo que recordaba. No es que hubiera esperado que los laboratorios, los pasillos blancos que se anillaban en largas curvas suaves en torno al núcleo central o la sala de reuniones le trajeran recuerdos hogareños, pero al fin y al cabo había pasado casi toda una vida allí, contando como contaba *haito*, y sin embargo, ni siquiera su propia habitación le hizo sentirse de vuelta en casa.

Lo que había sido agradable era darse cuenta de que todas las protecciones y sistemas de alarma funcionaban correctamente y de que todos los sistemas automáticos hacían lo que se esperaba de ellos. Al menos por ese lado no tenía de qué preocuparse.

Que Tanja no hubiera salido a recibirlo, a pesar de que debía de saber que había llegado, no le resultaba tampoco demasiado extraño. Nunca había existido simpatía entre ellos y, aunque por supuesto habían intentado procrear en un tiempo tan lejano que casi no lo recordaba, nunca habían coincidido en nada y Tanja siempre había sido un misterio para él: la persona más solitaria y aislada que conocía, en un grupo de seres que casi por definición representaban la soledad y el aislamiento, al ser una especie oculta en el seno de otra.

Lasha fue directamente a sus habitaciones, tomó una larga ducha alternando agua ardiendo y agua helada hasta que la piel se le puso de color crustáceo, se secó la larga melena plateada, se puso un mono blanco de trabajo, fue a la cocina, comió algo de salmón ahumado con pan integral y, mientras masticaba, paseó la vista por el lugar donde había consumido tantos años de su vida y que pronto abandonaría para siempre.

El silencio era sobrecogedor, total, como si estuviera en una tumba profundísima, una tumba blanca como el hielo que la rodeaba y en la que nunca crecería ni una mínima brizna de hierba; sólo se oía, tan bajo que era casi subliminal, el zumbido ocasional del frigorífico o el de los tubos fluorescentes que despedían una luz helada, regular y sin sombras.

Miró distraídamente la pantalla del televisor, pensó en conectarlo y se decidió en contra. En el fondo le daba igual lo que estuviera sucediendo en el mundo. El poco tiempo que le quedaba tenía un empleo riguroso, había un número determinado de actos que cumplir y no podía dejarse distraer por otros asuntos.

Terminó de comer, tiró el plato de cartón en la papelera del reciclaje, se lavó las manos y, pausadamente, recogió la hermosa y antigua catana que había depositado sobre la mesa de la salita frente al conjunto de sofás.

Como miembro del clan blanco y como conclánida, Tanja merecía un final digno. No la iba a estrangular como si fuera una vulgar prostituta en un callejón.

Era la primera vez en todas sus vidas que iba a matar a un ser de su propia especie. La consideraba la primera porque, en el caso de Alma, se había tratado de un mero impulso para impedirle que le arrebatara lo que tanto había deseado y tanto le había costado reunir. Esa muerte no contaba, mientras que ahora la extinción de Tanja era algo calculado, planeado, un acto que llevaría a cabo con la frialdad necesaria y propia de su clan, y que deseaba que fuera limpio, digno, correcto.

De manera que volvió a su cuarto, se quitó el mono de trabajo que sólo se había puesto para comer, y se vistió a la antigua, con las prendas de algodón blanco, la coraza de cuero flexible y la amplia *hakama* que susurraba con cada paso que daba hacia el laboratorio donde Tanja solía pasar los días.

Los pasillos, largos, blancos, curvos, se iban sucediendo, interrumpidos por puertas de seguridad en las que se detenía unos segundos para identificarse y permitir que el sistema lo reconociera.

Como esperaba, Tanja estaba frente al ordenador, trabajando de espaldas a él, tan concentrada que el suspiro neumático de la última puerta al abrirse no le hizo volver la cabeza. En otro de los ordenadores pasaban imágenes de alguna guerra o catástrofe lejana junto al mar donde la cámara mostraba edificios en ruinas, destruidos por alguna explosión. En otro más aparecían imágenes de la princesa Karla junto con fotos de ruinas humeantes. No les hizo ningún caso. Eran las noticias corrientes de un día normal en la tierra; noticias que no tenían nada que ver con él y le interesaban tan poco como a Tanja, que había quitado el volumen y no apartaba la vista de su propia pantalla.

Lasha permaneció allí unos segundos, contemplando a su conclánida: su cabello fino y ondulado, de un rubio ceniza, sus hombros frágiles, su pequeña estatura. Siempre había parecido una muñeca, una muñequita finlandesa, con unos ojos tan claros como los de él, una boca firme de dientes perfectos. Y un carácter tan duro y frío como una espada. La encarnación perfecta del clan blanco.

—¿Has venido a matarme? —preguntó, sin volverse.

Lasha sacó la catana de la vaina con un siseo de metal contra cuero.

—¡Ah! ¡Qué honor! Estás dispuesto a matar a una conclánida, a derramar *ikhôr*

*karah*, pero eso sí, con nobleza, con elegancia. —Se volvió hacia él en la silla giratoria, clavándolo con su mirada de hielo—. Por eso te has puesto tan guapo, en un intento de preservar algo de dignidad dentro de la monstruosidad que se te ha ocurrido para poder tener razón y salirte con la tuya, como siempre. —Hizo una pequeña pausa en la que su vista lo recorrió entero—. A ti tampoco debe de quedarte mucho tiempo, ¿verdad? ¿Lo haces por eso? ¿Porque no puedes soportar que todo continúe sin ti?

—No he venido a hablar contigo, Tanja. No me pongas las cosas más difíciles.

Ella se echó a reír.

—Eres patético, Lasha. No has conseguido superar que ya no eres ni volverás a ser Silber Harrid, que todo lo que nace tiene que morir.

—Exactamente —dijo él, dando un par de pasos hacia ella con la espada apuntando a su pecho.

Ella no pareció inmutarse.

—Lo que resulta un poco idiota es que hayas decidido matarme precisamente ahora.

—¿Por qué no ahora?

—Porque creo que por fin he logrado comprender qué es todo esto. —Hizo un amplio gesto hacia lo que se veía a través de las ventanas blindadas del laboratorio construido en torno al hallazgo que habían hecho tanto tiempo atrás—. Y posiblemente también un par de cosas que te sorprenderían.

—Intenta sorprenderme —dijo Lasha sin bajar la catana.

Tanja negó lentamente con la cabeza, en silencio.

—Es un truco muy viejo, Tanja. No te servirá.

—Como quieras, conclánida, pero te advierto de que en el momento en que me ataques, pulsaré la tecla que está debajo de mi índice izquierdo y todos los grandes periódicos del mundo recibirán a la vez un documento muy interesante en el que les comunico todas mis hipótesis, les doy las coordenadas de este lugar en el que estamos teniendo esta apasionante conversación y, además, les proporciono la lista, quizá incompleta pero a mi mejor saber y entender, de todos los clánidas que actualmente viven en el mundo, más otro par de cosillas que no te detallo para no aburrirte.

Sin bajar aún la espada, Lasha siguió con la vista el brazo izquierdo de la mujer que, efectivamente, reposaba sobre el teclado del ordenador.

—No lo harás —dijo, tratando de sonar convencido.

—¿Quieres que probemos?

—Estarías traicionando a *karah*.

—Pues sí. —Suspiró, encogiéndose de hombros—. Igual que tú.

Lasha bajó la catana lentamente, hasta que la punta volvió a dirigirse hacia el suelo.

—Habrías hecho mejor intentando estrangularme por sorpresa, conclánida — comentó Tanja como sin darle importancia, como quien da un consejo de limpieza o de cocina—. Supongo que estabas tratando de impedirme acudir al cónclave en la isla de Él, aunque no acabo de entender por qué. Recibí ayer el mensaje de Emma con la invitación. ¿Tú vas a ir?

El hombre retrocedió un par de pasos y se apoyó, sin mirar hacia atrás para no apartar los ojos de ella, en uno de los mostradores.

—¿Crees que debería?

—Siempre puedes hacer más estando presente que no estando allí, ¿no crees? Y, aunque no te guste, eres nuestro *mahawk*. Los otros acudirán. Yo ya estaba a punto de salir hacia allá. —Tanja se puso de pie sin quitar la mano del teclado.

Entonces, mirándolo fijamente, pulsó una tecla, mientras su rostro se iluminaba con una sonrisa malvada.

Lasha saltó como una fiera sobre ella, pero Tanja también había saltado un par de metros hacia atrás, poniéndose fuera de su alcance detrás de un mostrador.

—¡Tranquilo, conclánida! Es sólo una pequeña maniobra de seguridad. Esos datos no se enviarán hasta que pasen unas horas, no te diré cuántas. Yo puedo interrumpir la cuenta atrás en cualquier momento, pero sólo yo, con una clave que tardarías siglos en descubrir. Siglos que no tienes. Si no llego a desactivar la cuenta atrás, esa información pasará al público general. Ahora voy a salir por esa puerta y dentro de un rato me habré marchado de aquí; ya lo tengo todo listo. Cuando esté a salvo con los demás en Bangkok, introduciré la clave y el proceso se detendrá, pero si me pasa algo mientras tanto...

Lasha temblaba de rabia y de frustración, pero sabía que no podía hacer nada por el momento.

—Primero es *karah* —dijo entre dientes.

—Sabía que lo comprenderías, conclánida. Nos veremos en Atlantis.

Y con una última sonrisa, abandonó el laboratorio por la puerta más alejada.

Lasha se quedó donde estaba, rígido y quieto como una estatua durante un largo minuto. Luego su rostro se convirtió de pronto en una máscara de cólera, levantó la catana con las dos manos y la descargó con todas sus fuerzas sobre la silla donde Tanja había estado sentada un momento atrás, casi partiéndola en dos mitades.

—Harrid... Harrid... —la oyó decir por los altavoces, con el tono condescendiente que podría emplear una madre con un niño travieso—, pobrecillo, siempre serás un salvaje.



## Nexo. Haito. Koh Samui (Tailandia)

Cuando abrió los ojos, la luz ya era anaranjada y reverberaba en las paredes pintadas de cal colándose en lanzas de fuego por entre los bambúes de la persiana. Por un momento, Lena parpadeó sintiéndose extraña a todo, tanto a sí misma como al lugar en que se hallaba.

Acababa de salir de uno de sus sueños, de esos sueños que la habían acompañado durante toda su vida, en los que siempre sucedían cosas terribles que se sentían más reales que la realidad a la que despertaba, como en ese momento, sudada, con el corazón palpitando como un martillo neumático, y sin saber qué había pasado ni dónde estaba.

No recordaba con precisión lo que había soñado y tampoco quería hacerlo de momento. Quizá a lo largo del día, cuando se encontrara mejor, se concentraría en ello, aunque sólo fuera para librarse de la asquerosa sensación de que algunas hilachas del sueño, pegajosas como telas de araña, se habían quedado prendidas en su mente y flotaban como horribles colgajos alrededor de su conciencia.

Pero de todas formas no había sido tan terrible como otras veces, no había existido esa sensación de haber sido violada, recorrida por algo para lo que no tenía nombre.

Había sido una pesadilla vulgar.

Se sentó en la cama, mirando aún atontada a su alrededor y la formulación del curioso pensamiento de «¡qué maravilla poderme sentar yo sola!» hizo que de pronto los recuerdos acudieran a su mente. Estaba en Koh Samui después de haber saltado desde Shanghai. La noche antes había contado casi todos sus secretos a sus nuevos amigos *yamakasi*. Luna, el clánida negro a quien los otros llamaban Iker sin sospechar quién era, había estado a punto de asesinar a Maël y a Gigi, y había intentado matarla a ella.

¿Qué más?

Ella se había defendido, le había hecho algo, no lo recordaba con claridad, y se habían puesto de acuerdo en dormir primero y discutir el futuro después. Él le había

dado su palabra; de eso sí que se acordaba. Y de que ella le había dicho que *karah* no era de fiar y él se había reído.

Miró a su alrededor. Lily no estaba; su mochila tampoco. Recordó que se había marchado al amanecer. La cama de Anaís también estaba vacía. ¿Se habría ido sin despedirse?

Se puso en pie de un salto, se arrancó la camiseta sudada que se le pegaba desagradablemente a la piel y, envolviéndose en un pareo, salió del cuarto entornando los ojos cada vez más, a medida que iba recorriendo el pasillo y acercándose a la brutal claridad del exterior. Lamentó no haber dedicado un momento a buscar sus gafas de sol pero no quería volver. Necesitaba encontrar a sus amigos y asegurarse de que estaban bien. El sueño le había dejado un poso de angustia y desconfianza que era necesario eliminar cuanto antes.

El pequeño jardín bajo las palmeras donde habían estado hablando casi hasta el amanecer estaba desierto; alguien había recogido los vasos y las botellas. Se oían gritos y risas desde la playa así como la llamada ocasional de algún que otro pájaro desconocido. Las sombras eran muy intensas y parecían querer esconderse debajo de los objetos que las proyectaban, lo que significaba que debía de ser mediodía. No había dormido tanto como pensaba. Si no recordaba mal, sus amigos tenían sus vuelos a media tarde, de manera que debían de andar por allí, pero el hostel parecía no sólo desierto, sino abandonado. Ni siquiera olía a comida, como casi siempre.

Con un mal presentimiento, volvió a recorrer el pasillo en dirección al cuarto de los chicos, pero una vez allí sólo vio a Iker, o Luna, o como se llamara, durmiendo todavía; los otros no estaban.

Cada vez más angustiada, salió de nuevo al exterior mirando al pasar en todas las habitaciones que tenían la puerta abierta, pero todas estaban vacías. Estaba claro que sus habitantes se habían marchado ya al terminar el festival de *parkour* y los nuevos ocupantes no habían llegado todavía.

Caminó los diez o doce pasos que la separaban de la playa y en la línea de palmeras se detuvo haciendo visera con la mano, tratando de distinguir a Anaís, Maël o Gigi, los únicos que quedaban del grupo original y que ya deberían estar recogiendo sus cosas si no querían perder el vuelo. La playa estaba tranquila y sólo unas cuantas parejas estaban tumbadas al sol con las gafas y los auriculares puestos, como si en lugar de haber venido a disfrutar de la naturaleza estuvieran haciendo todo lo posible para bloquearle el paso a sus sentidos.

Fue al darse la vuelta para regresar al hostel, ya que había decidido darse una ducha y esperarlos en el jardín, cuando lo vio plantado en la puerta de la calle, de perfil, y el corazón empezó a latirle con tanta fuerza que temió que él pudiera oírlo.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Cómo la había encontrado? Nadie sabía dónde estaba. El salto la había llevado a Koh Samui sin que ni siquiera ella misma lo

supiera. ¿Cómo era posible que él estuviera ahora precisamente en la puerta de su hostel?

Se abrazó fuerte estrechando los brazos contra su cuerpo, tratando de combatir el dolor de estómago que había empezado a sentir, enviando oleadas de calor por sus venas.

Estaba muy guapo. Iba vestido de un modo que ella no le conocía, con una camisa blanca de mangas arremangadas y vaqueros desgastados de un azul desvaído; llevaba al hombro una mochila mediana; unas gafas pequeñas y muy oscuras cubrían sus ojos y ahora tenía el pelo más largo, pero era él, era él.

Lena no fue consciente de haber producido ningún sonido, sin embargo él volvió la cabeza, la miró de frente y todo su rostro se iluminó con una sonrisa que estuvo a punto de hacerle olvidar lo que había visto en el hotel de Shanghai y salir corriendo a abrazarlo. Pero el recuerdo de aquel apasionado beso en el Cloud 9 y de las manos de la supermodelo paseándose posesivamente por su espalda la mantuvo donde estaba, a la sombra de una palmera, mirándolo primero con incredulidad, luego con desconfianza y al final con rabia.

Sentía una necesidad casi incontrolable de saltarle encima y arañarle la cara por lo que le había hecho, por haberle hecho creer que la quería de verdad y luego haber sido capaz de engañarla de ese modo, y el engaño era evidente porque estaba segura de que después de ese beso del que ella había sido testigo habrían venido muchas más cosas en la habitación de su hotel, cosas en las que prefería no pensar.

—¡Lena! —gritó él mientras se apoyaba en una mano para saltar el murete de piedra que separaba la entrada del jardín—. ¡Lena! ¡Soy yo! ¡Dani! —Su sonrisa blanca en la cara tostada por el sol parecía iluminar toda la isla.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho sujetándose los codos como si de repente tuviera mucho frío. Dani llegó a su altura y, ya iba a abrazarla, cuando se dio cuenta de su mirada sombría, de que no le había sonreído al verlo.

—¿Pasa algo, Lena? —Sus ojos se dispararon en todas direcciones, temiendo que hubiese alguna amenaza oculta de la que ella no podía hablar pero que podría indicarle con la mirada. Sin embargo, al cabo de un momento se dio cuenta de que no se trataba de eso y preguntó, inseguro—. ¿No te alegras de verme?

—No mucho, la verdad. —Sintió una satisfacción enorme cuando a él se le borró la sonrisa de la cara—. ¿Cómo me has encontrado?

—Joseph me ha dicho dónde encontrarte. Vengo a recogerte de parte del clan blanco para llevarte a Bangkok, y que puedan prepararte para el cónclave de los cuatro clanes.

—¡Vaya! ¿Desde cuándo te has convertido en recadero del clan blanco?

Daniel no daba crédito a lo que oía. Jamás habría podido imaginar que Lena lo recibiría así.

—En Amalfi ya colaboraba con el clan blanco; quizá lo recuerdes. Es tu clan, Lena. Y todo lo que he hecho hasta ahora lo he hecho por ti...

—Pues no te molestes más. No necesito que hagas nada por mí —interrumpió ella, casi escupiendo las palabras.

—... y por Max —terminó él.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi padre?

Daniel bajó la vista al suelo.

—Nadie lo sabe. Ha desaparecido sin dejar rastro.

Durante un momento guardaron silencio sin mirarse. Estaban tan cerca que podrían haberse besado con sólo adelantar un poco los labios. Los dos sentían la tensión chiporrotear entre ellos.

—Voy a vestirme —dijo ella, apartándose.

—Nos esperan en Bangkok para la cena. Han alquilado una avioneta.

Ella no contestó. Cuando ya estaba a punto de entrar en la casa, Dani le preguntó de nuevo:

—¿No vas a decirme qué te pasa, Lena? ¿No vas a decirme qué te he hecho, por qué estás así conmigo?

Sonaba tan herido que parecía sincero, pero también ella estaba herida y lo único que quería era hacerle daño, hacérselo pagar. No era como si alguien le hubiera contado un rumor para ponerla en contra de Dani; ella lo había visto con sus propios ojos, pero él no lo sabía y pensaba que podía engañarla haciéndose el dolido y el inocente.

—Luego hablaremos —dijo sin volverse, en un tono cortante que no admitía réplica—. Espérame aquí fuera o vete a la playa si quieres; está llena de mujeres guapas.

Dejándolo boquiabierto, se perdió en la oscuridad del pasillo.





## Nexo. Haito. Negro. Koh Samui (Tailandia)

Antes de que hubiera podido reponerse de su perplejidad aparecieron una chica de pelo corto y dos chicos, uno con rastas, que venían discutiendo acaloradamente y parecían tener mucha prisa. Le hicieron un breve saludo con la cabeza y se adentraron en el hostel mientras él seguía plantado allí sin saber qué hacer ni qué decir, deseando salir a toda velocidad de aquella isla, volver a su país, a su casa y a su vida y sobre todo, sobre todo, olvidar que alguna vez había conocido a Lena.

Por la puerta opuesta a la que se había tragado al trío, salió frotándose los ojos otro chaval de barbita rubia y el pelo plantado en todas direcciones. No llevaba más que unos bermudas caqui muy bajos de caderas que dejaban ver unos boxers de *smileys*, y un tatuaje encima del esternón con dos letras mayúsculas entrelazadas, una «N» y una «I» que parecían de las que se ven en los manuscritos medievales.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó a nadie en particular.

Daniel se encogió de hombros.

—¿Tienes fuego? —De alguno de los muchos bolsillos de los pantalones acababa de sacar un cigarrillo liado a mano que tenía un sospechoso parecido con un canuto.

—Si es lo que parece, mejor lo tiras, porque en Tailandia te puede caer pena de muerte por tenencia de drogas.

—Pues habrá que joderse si me pillan...

—De todas formas no tengo fuego.

El tipo se dio la vuelta y se alejó hacia las palmeras rascándose indolentemente la nalga derecha. Tenía un cuerpo perfectamente entrenado, de músculos definidos, y una coordinación de movimientos llamativa en alguien que parecía recién levantado. Quizá sólo estaba disimulando...

Estaba empezando a desconfiar de todo y de todos, pero también le parecía natural desconfiar de un desconocido cuando ni siquiera su propia novia reaccionaba como sería de esperar después del tiempo que llevaban sin verse.

Estaba casi seguro de que la reacción de Lena se debía a que en las semanas que habían estado separados y sin ningún tipo de contacto, se había enamorado de otro.

Ahora, al verlo así, de golpe, sin haber podido prepararse para decirle con amabilidad que iba a dejarlo, no había sabido qué hacer y se había comportado con esa brusquedad que él no le conocía.

Porque la verdad era que no la conocía casi. Se había puesto en peligro varias veces por ella, había hecho todo lo que estaba en su mano para ayudarla, había dejado a su familia, su casa, su país, todo lo que tenía, para seguirla hasta Asia, estaba incluso considerando permitir que el clan blanco lo alimentara y lo convirtiera en un monstruo para poder pertenecer al mismo clan que ella, aunque sólo fuera como familiar, pero la verdad era que no la conocía. No sabía cómo solía reaccionar ante las contrariedades, no habría podido decir cuál elegiría entre tres vestidos, no sabía cuál era su animal favorito, ni a qué partido votaba, ni si era religiosa.

Salvo las dos o tres primeras veces al poco de conocerse, antes de que empezara toda aquella locura, en que habían podido hablar de temas normales para ir desarrollando una relación normal, nunca habían tenido ni el tiempo ni la tranquilidad necesaria para conversar, para ir acostumbrándose a calcular las reacciones del otro, a saber qué le gustaba y qué no.

Y ahora, después de tantos meses, de tantas esperas, de tantas ilusiones puestas en el momento en que volvieran a encontrarse, Lena iba a dejarlo. Por otro, seguramente. Seguramente por uno de esos clánidas arrogantes y guapos, como el Dominic de la pobre Clara, un *karah* esplendoroso y millonario que podría ofrecerle todo lo que él no podía ni soñar.

Aunque podía equivocarse, por supuesto. Lena podía estar enfadada por algo que él ignoraba, por algo que no tenía relación con él. O podía tratarse de que se había dado cuenta de que él no era más que un muchacho humano, con una esperanza de vida diez veces menor que la de ella.

¿Cómo podía él saber o no saber si a Lena le seguiría pareciendo aceptable un simple *haito* como pareja ahora que sabía que ella no sólo era *karah*, sino que tenía sangre de los cuatro clanes, que era el nexo que todos esperaban?

No. La verdad era que no lo sabía.

«Por desgracia —se dijo—, lo que también es verdad es que la quieres; que hay algo en esa chica que te ata a ella, como un arpón clavado en el pecho y amarrado a una cuerda que ella maneja a su antojo. Y aunque eres un romántico y un imbécil por pensarlo siquiera, sabes que la querrás siempre, pase lo que pase, aunque te haga daño, aunque te deje. Y que siempre estarás dispuesto a ayudarla, a hacer por ella lo que sea, cualquier cosa que te pida. Lo sabes seguro porque, si no, no estarías ahí como un pasmarote esperando a que se digne salir, en el jardín de ese hostel donde si la vida hubiera sido diferente, ahora podrías estar con ella sin pensar en nada más que en ser feliz, como todas las parejas jóvenes que en ese mismo momento están tumbadas en la playa, compartiendo música en el ipod, sintiendo la mano del otro,

caliente de sol, apoyada en la cadera o en el estómago».

—Estamos listos —dijo de repente la voz de Lena, sacándolo de sus cavilaciones.

Detrás de ella, en la puerta, como guardaespaldas, estaban los tres jóvenes que habían entrado discutiendo, ahora serios y con un matiz duro que antes no tenían.

—¿Cómo que «estamos»?

—Ya lo has oído. Son mis amigos. Los únicos en los que puedo confiar. Si voy, voy con ellos. Si ellos no vienen, me quedo.

—Lena, por favor... —Dani no sabía qué decir—. Me han encargado que te lleve de vuelta, a ti. Ni siquiera sé si cabemos todos en la avioneta.

—Pues entonces tú coges un vuelo regular.

—Y Emma no va a permitir que lleves a tres *haito* contigo.

—Tú también eres *haito* y lo permite. Además no sé quién es Emma ni me importa. —Lena sabía por la larga carta que su madre le había dejado contándole toda su historia que la clánida que en la actualidad se llamaba Emma era en realidad, en términos humanos, su abuela materna y una personalidad central del clan blanco, pero no le apetecía darle explicaciones de su comportamiento a Dani.

—Es..., bueno..., yo tampoco sé bien lo que es, pero al menos de momento parece la jefa del clan. Siempre manda ella y los demás la obedecen.

—En ese caso, llámala y dile lo que te acabo de decir. O vamos todos o no hay trato.

Se miraron un momento a los ojos, Lena desafiante, Dani dolido hasta un punto que nunca hubiera creído posible. Él fue el primero en bajar la vista.

—Esperadme aquí. Vuelvo en seguida.

Se retiró hacia la parte trasera de la casa para poder hablar con intimidad, mientras los otros volvían a dejar las pesadas mochilas en el suelo y se miraban dubitativos.

—Si nos vamos ya, aún podemos coger nuestro vuelo y luego nos encontramos en Bangkok —propuso Maël.

—Hemos quedado en que vamos juntos, ¿no? —Anaís lo miraba furibunda—. Con Lena.

—Es que si perdemos el avión y luego al final no podemos ir con Lena, nos quedamos tirados aquí.

Mientras Maël y Anaís discutían, Gigi no hacía más que echar miradas en todas direcciones tratando de ver dónde podía haberse metido Iker. No podía irse sin despedirse de él, sin tener su dirección y su teléfono. Se moriría si no podía volver a verlo más.

Lena tenía el rostro contraído, con una profunda arruga entre las cejas; clavaba la vista en las orquídeas silvestres que crecían sin control por la veranda del hostel y, sin poder evitarlo, odiaba cada uno de sus colores. Sentía crecer una marea de rabia

dentro de su mente, como cuando el mar empieza a hincharse y a subir por la playa, tragándose metros y metros de arena, sin importarle lo que pueda haber allí.

Hizo una inspiración profunda en un intento de controlar la espuma roja que se estaba adueñando de su mente y en ese mismo instante una mano se posó en su hombro y la hizo volverse hasta que sus ojos encontraron los de Nils, que la envolvió en un abrazo firme y protector.

—Lena —le susurró al oído—, menos mal que estás bien.

Antes de que ella pudiera contestar, Nils la estaba besando apasionadamente frente a los ojos sorprendidos de los tres *yamakasi*.

—¿Y este quién es? —preguntó Maël, perplejo.

—Os presento a Nils —dijo Lena cuando pudo soltarse.

Él le lanzó una mirada de advertencia.

—Lenny —dijo—. Detesto mi primer nombre. Soy Lenny. El novio de Lena. He venido a buscarla.

Para Lena las mentiras eran tan evidentes que no se explicaba que los otros se lo estuvieran tragando. Lo miró sin saber qué decir. Algo no iba bien, no iba nada bien. ¿Qué hacía Nils allí? ¿Cómo la había encontrado? ¿Por qué le estaba diciendo a todo el mundo que era su novio? Podía entender lo del nombre y que no quisiera que los demás supieran su nombre clánida actual, pero ¿por qué dar esas explicaciones?

De repente, al mirar hacia el fondo del jardín, lo entendió de golpe. Dani estaba allí, a apenas cinco o seis metros, pálido como un muerto, las gafas oscuras fingiendo en su rostro unas órbitas vacías de calavera. Lo había oído todo. Nils lo había hecho a propósito para que él lo oyera, igual que ahora le estaba pasando el brazo por los hombros y la atraía hacia sí con gesto posesivo.

Por unos segundos luchó consigo misma para no salir corriendo hacia Dani, abrazarlo y decirle que Nils se había precipitado, que no era eso, que ella lo seguía queriendo a él, como siempre, que el anillo con la piedra negra que llevaba en la mano derecha no significaba nada. Pero Dani ya estaba avanzando hacia ellos, quitándose las gafas de sol, mirando a los ojos con sus dulces ojos grises.

—Lena, disculpa —dijo, intentando controlarse, aunque el temblor en su voz era perceptible, al menos para ella—. Se niega a dar su permiso. Lo siento. Tú tienes que venir. Ellos no.

—¿Tengo que ir? ¿Has dicho que «tengo» que ir? ¿Se han vuelto todos locos?

—Lena viene conmigo —dijo Nils, también en tono moderado aunque muy firme.

—¿Tú también? ¿Todo el mundo va a decirme lo que puedo o no puedo hacer? Os recuerdo que vosotros me necesitáis a mí, no al contrario. Por mí podéis iros todos al infierno, clánidas y familiares, ¡todos!

Sonaron unos aplausos desde las palmeras. Iker batía palmas como en una obra de teatro.

—¡Sois geniales! ¡Hacía tiempo que no me divertía tanto! —dijo, sonriendo de oreja a oreja.

—Deja de hacer el imbécil, Luna —dijo Lena, furiosa—. Ayer noche se lo conté todo a los *yamakasi*. Lo sabes. No hace falta disimular.

—¿Luna? —Nils lo miraba, sorprendido y curioso—. ¿Tú eres Luna?

—A vuestro servicio, caballero. —Hizo una reverencia que, curiosamente para los *traceurs*, no tuvo nada de falso, como si fuera su modo normal de saludar, a pesar de que iba medio desnudo y no llevaba sombrero de plumas—. ¿O debo decir conclánida? ¿Con quién tengo el honor?

Nils se encogió de hombros como diciéndose a sí mismo que ahora ya no tenía sentido seguir fingiendo que era un *haito* vulgar. Si Lena ya les había contado tantas cosas a aquellos jóvenes... Ya decidirían después lo que iba a pasar con ellos.

—Nils Olafson, en la actualidad. Si no me equivoco, pertenecemos al mismo clan.

—¿De veras? El mundo es un pañuelo.

Todos los miraban como en un partido de tenis hasta que Maël, de pronto, se dejó caer al suelo con las piernas cruzadas, poniendo punto final a la situación.

—Me temo que ya no llegamos a nuestro vuelo, de modo que id decidiendo con quién vamos a Bangkok. A mí me da igual quien me lleve.

—¡Ah! ¿Vais a Bangkok? —El Iker que los *traceurs* conocían había dejado paso a otra persona, aunque fuera igual de semivestido, y no se hubiese peinado todavía, alguien mucho más viejo y que hablaba y se movía de otro modo—. ¿Puedo preguntar a qué?

Contestó Lena:

—Va a haber un cónclave. ¿No te han avisado?

—Hace años que me precio de ser ilocalizable, conclánida, pero en este momento me gustaría haber hecho una excepción. ¿Puedo ir con vosotros?

Gigi estuvo a punto de desmayarse de la alegría, pero intentó que no se le notara. Nils sólo miraba a Luna mientras su brazo seguía rodeando a Lena, que miraba a Dani mientras él sólo tenía ojos para ella, sin poder comprender por qué no se soltaba de aquel clánida y se acercaba a él y lo besaba por fin.

—Por supuesto. Tengo un *jet* esperando en el aeropuerto.

—¿Cabemos todos? —preguntó Lena, arrancando la mirada de los ojos de Dani.

—Claro. Pero *haito* no viene con nosotros. —El tono de Nils era definitivo—. No es posible, Lena, compréndelo.

Ella sacudió la cabeza varias veces.

—¡Sois increíbles! No podéis hacer nada sin mí y os atrevéis a dictarme normas.

De pronto Daniel se adelantó unos pasos buscando la mirada de Lena.

—Venid conmigo. Lo más probable es que Emma nos mate a todos, pero Lena

tiene razón; es ella la que puede decidir y es bueno que los clánidas lo sepan cuanto antes.

Lena le lanzó una mirada chispeante a Dani, olvidándose por un momento de su traición. Nils la tomó por los hombros para mirarla a la cara.

—Ven conmigo, Lena. Te llevaré a Bangkok. Te entregaré a tu clan.

Ella se soltó con suavidad.

—Iré con el mensajero de mi clan, conclánida. El clan blanco lo ha enviado a recogerme; creo que es lo correcto que llegue con él. Nos veremos en la isla dentro de poco.

—No te dejarán llevar a esos *haito*, Lena. Los matarán.

—Si alguien les hace daño a mis amigos, se arrepentirá. —Nadie había oído nunca ese tono de voz en Lena—. Tú sabes de qué hablo, ¿verdad, Luna?

Iker les regaló su deliciosa sonrisa torcida.

—Sí, y estoy convencido de ello.

—Anaís, llama dos taxis, por favor. Nos vamos al aeropuerto. Y una vez allí, si no cabemos en la avioneta de Dani, nos repartiremos entre los dos aviones. Tú llevarás a mis amigos si es necesario, Nils. Bajo mi responsabilidad. No pienso dejar que me utilicen más, ni que me engañen ni que me traicionen. Se acabó —terminó casi para sí misma, y echó a andar hacia la salida al lado de Anaís, mientras los hombres iban cruzando la puerta tras ellas, uno detrás de otro, y Luna salía disparado a recoger sus cuatro cosas para que no se marcharan sin él.



## Negro. Bangkok (Tailandia)

Una vez en el aeropuerto de Bangkok y con la tarjeta que le había dado Nils del hotel donde se hospedaría el clan negro antes de salir para la isla de Él, Luna se separó del grupo formado por Lena, Daniel y los *traceurs*, y buscó un pequeño hotel donde poder retirarse con garantía de intimidad para ver si había recibido noticias de Jara o de Ulrich, las únicas personas que tenían su número privado.

En Koh Samui había tenido el móvil siempre desconectado porque estaba seguro de que cualquiera de los muchachos, sobre todo Gigi, que parecía haberse prendado de él, no habría dudado en leer todos sus mensajes si hubiese tenido la posibilidad.

Casi como esperaba, tenía dos SMS: uno de su hija y otro de Ulrich. Abrió primero el segundo, el de su hermano de armas, ya que suponía que el de Jara sería sólo para decirle que estaba disfrutando mucho de sus vacaciones caribeñas.

«Iré al cónclave. El tiempo se acaba. Es necesario actuar con absoluta contundencia. Vigila a Tanja».

Ulrich nunca había sido un genio de la literatura, pero aquel mensaje creaba más preguntas de las que contestaba. ¿Por qué demonios se acababa el tiempo? Tiempo era casi lo único que *karah* tenía en cantidades impensables. ¿Y Tanja? ¿Quién era Tanja? No le sonaba en absoluto, lo que era natural porque él había pasado más de cien años alejado de su clan y en general de la vida de los clanes. Ni siquiera sabía a cuál de ellos pertenecía esa Tanja, pero por supuesto estaría alerta en cuanto llegara a la isla. Más no podía hacer.

Le daba una pereza extraña la idea de volver a encontrarse con sus conclánidas, la idea de volver a ver al *mahawk*, como quiera que se llamase ahora, y más que nada la idea de ver a Viola, aquella bella mujer rapaz y devoradora de la que había salido huyendo tanto tiempo atrás, pero si pensaba acudir al cónclave, no había más remedio que reunirse de nuevo con ellos. Ahora intentaría aumentar la velocidad de envejecimiento de su aspecto porque no le apetecía nada presentarse delante de los suyos con la apariencia de un chico de veinte años. Si algo había aprendido con los

siglos, era que la apariencia externa es el más poderoso condicionante de las relaciones personales. No se trata igual a una persona guapa que a una fea, a una elegante que a una vulgar, a un joven que a un viejo, a un soldado que a un florista. Tenía que decidir cómo se iba a presentar ante ellos y empezar a cambiar cuanto antes, lo que le daba una soberana pereza.

Abrió desganadamente el otro mensaje de texto, el de Jara, sabiendo lo que iba a leer y, de pronto, sintió que toda su piel se tensaba.

«¿Quién es el jefe rojo? ¿Dónde estás? ¿Por qué está Ulli aquí en la isla? Llámame, por favor. Besos».

¿Qué estaba pasando? El mensaje de Jara no sonaba como si estuviera disfrutando de unas vacaciones en el Caribe. Al parecer había en el asunto más de lo que Ulrich le había contado. ¿A qué había ido él a la isla? Y, sobre todo..., esa mención al jefe rojo... ¿se refería a un *mahawk*? ¿Estaba Jara preguntando por el *mahawk* rojo? ¿Por el Shane? ¿Cómo era posible que Jara hubiera entrado en contacto con el Shane?

Sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Nunca debía haberse dejado convencer por Ulrich para implicar a Jara en asuntos de *karah*. Le daba espanto imaginar a su hija bajo la mirada de cristal rojo del Shane.

Tenía que llamarla de inmediato; ya hacía más de dos días de ese mensaje y, estando el Shane de por medio, con su hiperactividad, las cosas podían suceder con mucha rapidez, pero no podía telefonar a Jara sin haber preparado las respuestas que ella querría obtener. ¿Le convenía decirle que estaba en Bangkok y que pronto estaría ilocalizable por un tiempo indefinido? Entonces querría saber más todavía y él se negaba a implicar a su hija en otros asuntos para los cuales tendría que dar una infinidad de explicaciones. No era el temor a que ella se sintiera engañada. Jara no era tonta y, en cuanto supiera un poco más, se daría perfecta cuenta de que hay cosas que es mejor ocultar. Siempre la había educado en la creencia de que la verdad, esa verdad desnuda de la que tanta gente hablaba como lo más deseable del mundo, era una figura que, por el contrario, era conveniente presentar vestida, o al menos velada. Sólo los niños muy pequeños y los idiotas clínicos dicen la verdad desnuda, pero después de tantas películas estadounidenses, muchos jóvenes habían sido llevados a pensar que mentir era malo, siempre y en toda circunstancia.

Y eso, simplemente, no era así. Había mentiras razonables, convenientes, generosas, caritativas... Había mentiras que salvaban vidas y mentiras que salvaban el equilibrio mental.

Si él le había ocultado, disfrazado, la verdad a su hija durante tantos años había sido para protegerla. Posiblemente ya no podría seguir siendo así, pero tampoco había por qué contarle todo. Ella confiaba en él. Le contaría que estaba resolviendo un problema del que no convenía hablar por teléfono y que le explicaría en cuanto volvieran a verse. Eso tendría que bastar. Ya era adulta y muy madura para su edad.



Una llamada corta para transmitirle un poco de seguridad sería suficiente.

Jara contestó al segundo pitido, como si tuviera el móvil siempre en la mano, y oír su voz fue un alivio.

—¡Papá! ¡Por fin! ¡Gracias a Dios!

—Jara, pequeña, ¿qué te pasa? ¿Y eso?

—No te has enterado, ¿verdad? No sabes nada de lo que ha pasado.

Luna sintió que todo su cuerpo se envaraba y, sin ser consciente de lo que hacía, se puso de pie y se llevó la mano a la inexistente espada de su flanco izquierdo en un gesto que siempre lo había tranquilizado.

—Cuéntame.

—La isla... —Jara había empezado a sollozar y, aunque intentaba controlar los hipidos, era muy difícil comprender lo que decía—. La isla de la *Lux Aeterna*... ha explotado. Alguien ha puesto montones de bombas por todas partes. No quedan más que ruinas. Papá..., están todos muertos...

—¿Dónde estás tú? ¿Cómo estás, hija?

—Bien, bien. —Lloró un poco más antes de inspirar hondo y contestar—: Yo me he salvado, y Kentra también, aunque está grave.

—¿Quién?

—Kentra. Bueno..., Karla, la princesa Karla.

—¿La princesa Karla?

—Sí. Es una de las iniciadas. Nos sacaron de allí los guardias que la protegen. Ahora estamos en el Hospital Real, en la unidad de vigilancia intensiva. ¿Puedes venir, papá? Dime que vas a venir..., por favor.

Luna tragó saliva.

—¿Qué te ha pasado, hija? ¿Qué tienes?

—Yo nada, papá. Sólo el *shock*. Kentra está toda quemada y tiene muchos huesos rotos; no saben si podrán salvarle el ojo, donde se le clavó un trozo de vidrio. ¿Dónde estás tú, papá?

—Lejos, peque, demasiado lejos para acudir rápido. ¿Te tratan bien?

—Sí, claro. Dicen que he salvado a la princesa; me tratan como si fuera una heroína.

—Pues disfruta de que te traten bien. Te llamaré lo antes posible.

—¡Papá! ¡No cuelgues! No me dejes sola, papá, tengo miedo.

—¿De qué?

—¡De todo! ¡De todo! ¿Quién es el jefe rojo, papá?

Luna cerró fuerte los ojos y guardó silencio durante unos segundos.

—No puedo explicártelo por teléfono —dijo por fin—. Pero no te preocupes, no te hará daño. Voy a verlo pronto y lo tendré vigilado.

—¿Quién es? —insistió ella.

—Un antiguo conocido. Escucha, pequeña, te prometo que lo mataré si trata de hacerte daño, pero ahora tienes que ser valiente y quedarte ahí hasta que yo pueda ir a visitarte, ¿de acuerdo?

—Papá... —La voz sonaba triste pero resuelta—. El..., el jefe rojo..., sea quien sea..., me dio recuerdos para ti, y me ha salvado la vida. Me dijo dónde debía estar cuando empezó a explotar todo. El único sitio donde no había bombas.

—Lo tendré en cuenta.

—¿No puedo ir a donde tú estás, papá?

—¡No! —Se le escapó de golpe, con violencia; luego moderó el tono—. De momento, mejor que no, cariño. Si hay posibilidad, te avisaré, ¿sí?

—No tardes, por favor. Y llámame todos los días.

—Te lo prometo.

—Eso..., eso que has dicho de matarlo... ha sido una broma, ¿verdad?

—Pues claro, tonta. —Se forzó a reír de modo convincente—. ¡Cuídate! ¡Hasta mañana!

Colgó sintiéndose furioso sin saber contra qué o contra quién. Al parecer el Shane había destruido la isla a donde Ulrich había enviado a su pequeña, pero se había tomado la molestia de salvar a Jara, y le había dado recuerdos, con lo que quedaba claro que sabía de quién era hija. Después de todo lo que él había hecho para preservar el anonimato y para que nadie pudiera acercarse a ella, ahora todo se había ido al garete. Si el Shane sabía que Jara era hija de Luna, siempre tendría un as en la manga, siempre podría extorsionarlo amenazándolo con hacer daño a su pequeña. Y eso era algo que no pensaba permitir.

De modo que, si no había otra solución, tendría que eliminar al Shane.



## Nexo. Blanco. Bangkok (Tailandia)

Cuando llegaron al hotel de Bangkok que ella conocía de su anterior visita, les adjudicaron sus habitaciones y se despidieron de los *traceurs* en el vestíbulo. Luego, Daniel la acompañó hasta la *suite* donde estaban reunidos clánidas y familiares. En el ascensor, uno al lado del otro, tan cerca que sus hombros se rozaban, Lena tuvo un impulso casi irresistible de cogerle la mano y decirle que lo perdonaba, que todo iría bien, que ella también se había dejado arrastrar por una situación y había besado a Nils, que la cosa no había tenido ninguna importancia y podían volver a intentarlo, pero en ese momento se abrieron las puertas y subió una pareja con dos niños pequeños, haciendo imposible el gesto que había estado a punto de iniciar.

Ya frente a las puertas blancas y doradas de la *suite*, Dani la detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Lena, espera un segundo. No sé si me van a dejar entrar.

Ella enarcó una ceja, en una pregunta muda.

—No soy familiar. No he sido alimentado por ninguno de los clánidas. Técnicamente no pertenezco en ninguna medida al clan. Me han pedido que tome una decisión antes de que salgamos para el cónclave. —Hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Yo pensaba..., antes de ir a recogerte a la isla, quiero decir..., pensaba que, si tú estabas de acuerdo y..., bueno..., y aún..., me querías —dijo como tirándose a una piscina helada—, entonces yo aceptaría la oferta y pediría que fueras tú quien me alimentara. No, no digas nada aún, déjame acabar o no tendré valor. —Sus miradas se cruzaron unos segundos. Dani bajó los ojos en seguida hacia las puntas de sus deportivas—. Pero, después de lo que ha pasado, de cómo me has recibido, de..., en fin..., de lo de ese tipo del clan negro... Es del clan negro, ¿no?... Pues eso, que ha quedado bastante claro que no tenemos futuro juntos, tú y yo, y que en ese caso sería idiota por mi parte atarme de ese modo a tu clan... y a *karah*. Lo que pasa es que me temo que si no acepto, ahora que ya sé tanto de vosotros, Emma me matará o hará que me maten. —Lena se sobresaltó—. Sí, hablo en serio, me lo ha dicho ella misma. Así que estoy hecho un lío. Sólo quería que lo supieras. Te lo

habría dicho antes, pero no quería explicarte todo esto delante de nadie, espero que lo comprendas. —Notó el nerviosismo de Lena, pero lo malinterpretó—. Vale, ya me callo. Sé que tienes prisa. Tienes que reunirte con los tuyos.

Dani se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y, después de una mirada rápida buscando los ojos de Lena, volvió a desviar la vista.

—No son los míos, Dani —dijo Lena con voz ahogada—. No los conozco, no hay nada que me una a ellos. Yo..., yo sólo te tenía a ti, y a papá. Y ahora él ha desaparecido y tú...

—¿Yo qué, Lena? —Dani estaba pendiente de sus palabras y la miraba a los ojos, esperando ver en ellos la chispa que le permitiera abrazarla.

—Tú sabes muy bien qué —dijo, furiosa de golpe—. ¿O no tienes nada que reprocharte? ¿O lo único que hiciste en Shanghai fue entrevistarte con Imre Keller?

Él la miró sin comprender durante unos segundos. ¿Qué estaba diciendo? Era ella, ella la que había estado besándose apasionadamente con el clánida en la puerta del hostel de Koh Samui. ¿Qué quería insinuar?

De pronto comprendió a qué se refería. Estaba claro que Ritch le había descrito a la mujer que había venido a buscarlo a Bangkok y Lena se había imaginado toda clase de cosas. O bien, dado que los dos habían estado a la vez en Shanghai, cabía la posibilidad de que ella lo hubiera visto con la clánida negra en un mal momento. En cualquier caso, decidió que lo mejor sería poner las cosas claras.

—Te refieres a Alix, supongo.

—No sé cómo se llama ni me importa.

—Sé que suena a película mala, Lena, pero no es lo que parece.

—Claro, nunca es lo que parece —contestó con toda la ironía de la que fue capaz mientras, a la vez, sabía que Dani podía tener razón, que muchas veces las cosas no son lo que parecen desde fuera y que ella habría dicho lo mismo si le hubiera preguntado acerca de Nils.

Le habría gustado poder comprender el comportamiento de Daniel como lo había hecho con Imre, en la cena del jardín, pero Dani no formaba parte de la Trama, no había ningún arcano que lo representara y, por tanto, tampoco ella tenía adjudicada una función frente a él. Tendría que fiarse de su palabra. O no. Dejarse llevar por su corazón. O no.

Él la miraba en silencio, esperando.

En ese momento se abrió la puerta enérgicamente y una mujer que aparentaba unos treinta y cinco años, de pelo color trigo y ojos de ámbar se los quedó mirando fijamente.

—¿No pensáis entrar? ¿O tenéis cosas más importantes de las que hablar que nuestra presencia en el cónclave? —Se hizo a un lado y, prácticamente, los obligó a entrar sin más dilación.

Si alguna vez Lena había imaginado el momento en que conocería por fin al clan blanco en pleno, nunca había sido como lo que se ofrecía en ese momento a su vista.

No había ningún tipo de solemnidad, ni siquiera de orden. El enorme salón de la *suite*, que tenía puertas correderas de cristal abiertas hacia la terraza con piscina privada, estaba lleno de tejidos en todos los matices imaginables de blanco y marfil. En medio del revoltijo de telas, como perdidos, tres sastres, obviamente *sikhs*, a juzgar por el color de sus rostros y los turbantes que llevaban en la cabeza, contemplaban inexpresivamente a los recién llegados, igual que las otras seis personas de la sala, que estaban algo apartadas del centro, donde se amontonaban las telas y los adornos dorados y plateados —cintas, botones, broches, agremanes, plumas— en cajas de cartón de todos los tamaños.

La mujer cerró la puerta tras ellos, se acercó a los sastres, les susurró unas palabras y los tres abandonaron disciplinadamente el salón. Cuando se quedaron solos, volvió a hablar sin apartar la vista de Lena.

—Soy Emma, quizá hayas oído hablar de mí.

Lena asintió con la cabeza. Emma señaló hacia un hombre alto y elegante de aspecto afable, y una mujer menuda de pelo muy claro.

—Este es Albert y esta es Tanja, conclánidas. Sólo tenemos un miembro más, Lasha, nuestro *mahawk*, que aún no nos ha hecho el honor de acudir. —La ironía era ligera pero inconfundible—. El resto son familiares: Joseph, Chrystelle, creo que ya los conoces. —Ambos sonrieron, saludando brevemente con la cabeza—. Willy, a quien creo que también recordarás. —Lena lo miró un segundo sin poder decidir de qué le sonaba aquel hombre ya mayor, pero no dijo nada—. Richard, nuestra más reciente adquisición. —Ritch le sonrió con todos los dientes—. Y Daniel, que nadie sabe bien qué es y que hasta ahora ha sido algo así como una especie de futuro príncipe consorte. Pronto habrá que decidir sobre su estatus. Eso es todo. No hay más. El clan blanco en pleno.

—Yo soy Lena —dijo ella en voz clara—, la hija de Bianca y de Max.

—Sin duda sabes ya que no eres hija de Max —la interrumpió Emma.

—Creía que a *karah* no le importan esas historias *haito* de padres, madres y abuelos. —Lena estaba siendo deliberadamente dura porque quería poner claro desde el primer momento que no estaba dispuesta a dejarse usar y manipular como hasta entonces—. Mi padre, a todos los efectos, es Max Wassermann, que supongo que también consideráis familiar y del que me gustaría hablar después. Yo pertenezco al clan blanco por sangre y nacimiento, y a los otros tres clanes por sangre. Y, por eso, soy el nexo.

—Es verdad, Lena —intervino Albert, quizá para evitar una respuesta más agresiva de Emma—. Bienvenida al clan, querida. Nos alegramos mucho de conocerte por fin y de tenerte entre todos nosotros.

—Como ves —dijo Emma—, estamos en plenos preparativos para el cónclave. Sucede muy pocas veces, pero hay cierto protocolo heredado de otros tiempos que queremos cumplir. Parte de ello es la vestimenta con los colores adecuados, las piedras y los elementos de cada clan. Ahora te tomarán las medidas y empezaremos a diseñar tus trajes para los días del cónclave.

—¿Quién os ha dicho que pienso acudir?

Todos se quedaron mirándola, perplejos.

—¿Qué quieres decir, Lena? —La voz de Emma tenía un ligero tono de furia reprimida, como si hubiera estado a punto de gritarle y en el último segundo se hubiera dado cuenta de que no tenía derecho o de que no le convenía.

—Pues que nadie me ha preguntado nada; todos lo dan por hecho porque creéis que yo, el nexo, quiero hacer lo que se supone que puedo hacer, y por tanto estoy dispuesta a abrir esa puerta. Pero no es así. No quiero hacerlo.

—¿Por qué no, pequeña? —preguntó Joseph.

—Porque no me fío de lo que pueda suceder al abrir esa comunicación, porque no sabemos nada.

—Pero para eso nos vamos a reunir, hija, para juntar toda la información que tenemos dispersa por los clanes, para saber cómo se hace y qué puede pasar. Todavía no te hemos pedido que hagas nada, salvo acompañar a tu clan a las deliberaciones.

—¿Es verdad eso? —preguntó Lena a Emma, dando por hecho que era ella la que tenía la última palabra en el clan blanco.

—Por supuesto que es verdad. Nadie va a obligarte a hacer algo que no quieras hacer. Además de que no veo cómo podríamos obligarte a ello.

Lena parecía confusa.

—Entonces... la puerta o el lugar donde se puede intentar abrir esa comunicación, sea lo que sea, ¿no está en la isla de Él?

—¿En Atlantis? No.

—¿Atlantis? ¿La isla del clan azul es la Atlántida? —La pregunta se le escapó a Ritch sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Dani y Ritch miraron a Emma primero, luego a Lena y a los demás, sorprendidos, con una pregunta en los ojos. Como tantas otras veces en lo referente a los asuntos de *karah*, no tenían idea de si estaban hablando en serio o se habían vuelto locos en su megalomanía.

—¡Ay! Es complicado, es realmente complicado, y resulta agotador estar tratando de explicar a *haito* todas estas cosas. —Emma se pasó la mano por el pelo con desesperación.

—No es cuestión de *haito* o *karah*, Emma —intervino Albert—. Es que para nosotros esas cosas son conocidas y habituales. Hay montones de información que se nos fue dando poco a poco, en la primera infancia y a lo largo de nuestras vidas,

mientras que para ellos todo es nuevo y, por eso, extraño y difícil de aceptar.

—Con vuestro permiso —dijo Chrystelle—, si nos dais un rato, Joseph y yo salimos a la terraza con ellos y les contamos algo más de lo que deben saber, ¿os parece? Mientras tanto vosotras podéis poneros de acuerdo con los sastres para vuestros vestidos y Albert podría alimentar al pequeño; debe de estar a punto de despertarse.

Emma asintió sin palabras, con expresión preocupada.

—¿El pequeño? ¿El bebé de Clara? —preguntó Lena, y su rostro se iluminó de pronto—. ¿Arek sigue con vosotros?

Joseph asintió.

—Ahora duerme. Lo verás luego, en cuanto se despierte.

Chrystelle les hizo una seña en dirección a los ventanales y juntos salieron a la terraza. La humedad y el calor les cayeron encima como una toalla mojada, pero el panorama era maravilloso: a su alrededor, Bangkok desplegaba sus edificios como en un juego de tablero a lo largo del ancho río Chao Phraya, que ahora estaba cambiando de color, del rosa melocotón del atardecer al verde azulado de la noche incipiente. Aquí y allá empezaban a encenderse luces de todos los colores.

—En ese pabellón del fondo encontraréis bañadores y ahí en la barra hay una neverita con refrescos. Poneos cómodos y Joseph y yo os contaremos lo poco que sabemos sobre la isla.



## Blanco. Nueva York (Estados Unidos)

En el aeropuerto de Nueva York, esperando el vuelo para Bangkok, la furia que llenaba a Lasha era tan grande que temía que acabara por explotarle el corazón. En otros tiempos no habría tenido más que coger sus armas, reunir a sus hombres, montar y salir galopando como el viento a tomarse la merecida venganza de su enemigo, después de haber estrangulado a la zorra de la conclánida que se había cruzado en su camino.

Ahora la zorra seguía viva porque había demostrado ser más inteligente que él y su enemigo era un perfecto desconocido, un fantasma contra el que no podía luchar. Y además, en aquel aeropuerto de mierda tenía que comportarse civilizadamente porque sabía muy bien lo que podía suceder si le retorció el pescuezo al inútil del camarero que acababa de traerle un café tibio y con azúcar, cuando él lo había pedido solo, después de haberlo hecho esperar casi cinco minutos.

Lo llamó de nuevo con un gesto imperioso y, cuando el muchacho se acercó, todo sonrisas, se limitó a susurrarle.

—Sin azúcar, ¿lo has entendido, gilipollas? Negro, muy caliente y sin azúcar, o te llevaré ahí detrás y te arrancaré las orejas con las manos desnudas, ¿está claro? Y si vas a quejarte a alguien de cómo te estoy hablando, te cortaré los cojones y así podrás dejar de servir cafés y cantar en un coro de castrados.

La expresión aterrorizada del chico fue una pequeña compensación, pero muy pequeña.

No hacía ni siquiera un cuarto de hora que se había enterado de lo sucedido en la isla de la Rosa de Luz; todavía sentía un temblor interno, como un calambre constante que lo recorriera entero. Después de tantos siglos de imponer su voluntad, todo empezaba a salir mal.

Había visto las imágenes por televisión en un canal de noticias de veinticuatro horas y por eso había decidido instalarse en la cafetería, para poder oírlas también. De momento no había ninguna pista sobre el culpable, ningún grupo terrorista había reivindicado el atentado e incluso se barajaba la idea de que se hubiera tratado de un



suicidio colectivo, aunque ninguna de las dos personas supervivientes había apoyado la teoría.

«¡Menuda estupidez! —pensó Lasha—. Nadie se suicida, por imbécil que sea, llenando de bombas todos los lugares de su comunidad». Era evidente que se había tratado de un ataque contra él y contra los preciosos documentos que guardaba allí. Aunque, por ese lado, le había salido mal al culpable del ataque. La noche antes de marcharse de la isla, sin saber realmente por qué, obedeciendo a uno de esos impulsos que tantas veces le habían salvado la vida, había entrado en el templo y había destruido él mismo los documentos que se conservaban en la caja fuerte. Llevaba mucho tiempo dándole vueltas a la idea y, de un momento a otro, había llegado a la conclusión de que era lo mejor. Le quedaba muy poco tiempo de vida; no tenía a quién pasarle la carga de velar para que las puertas siguieran cerradas. Lo único que garantizaba que fuera imposible abrirlas era, lamentablemente, la destrucción de lo que tanto le había costado reunir.

Le había costado un esfuerzo, pero al final había recogido todos los papeles que se conservaban en las preciosas cajas atlantes, que siglos atrás había cogido de la ciudadela submarina, y al salir a la superficie les había pegado fuego sin echarles siquiera una mirada para evitar caer en la debilidad de salvarlos.

Así que lo único que había conseguido el atacante era masacrar a los cien *haito* que se encontraban en ese momento en la isla y eso no le preocupaba demasiado. Era algo que sucedía periódicamente.

Él mismo, siglos atrás, había destruido a todos los monjes de la orden que había fundado personalmente, porque el poder y la riqueza de la comunidad habían crecido tanto que habían pensado independizarse de él; pero entonces era todo mucho más discreto: una denuncia al papado; una acusación —plausible— de traición y de sodomía; la envidia de todas las demás órdenes y príncipes, tanto del mundo como de la Iglesia... y los Templarios fueron barridos del mapa para convertirse en una simple leyenda.

No. No era la masacre lo que lo enfurecía. Lo que realmente le hacía querer levantarse en ese mismo instante y matar con sus propias manos a todos aquellos cretinos que lo rodeaban era el no saber aún de quién tenía que vengarse y que quizá no le alcanzara el tiempo para eliminar al nexo o, en su defecto, a sus conclánidas blancos y para descubrir al culpable de la destrucción de su isla. Porque, aunque el fin de la Rosa de Luz le hubiera venido muy bien, no pensaba dejar sin castigo a quien hubiera tenido la osadía de destruir lo que tanto le había costado conseguir. No podía dejar esa ofensa sin castigo. Sólo esperaba que le alcanzara el tiempo para ello.

—Negro, muy caliente y sin azúcar —dijo el camarero, tartamudeando y con los ojos bajos, como uno de los estúpidos novicios de la *Lux Aeterna*—, a gusto del señor.

Se tomó el café de un par de sorbos y, de pronto, sacó el móvil. Acababa de tener una idea, quizá incluso una corazonada.

—¿Jara? —preguntó en cuanto oyó una voz al otro lado.

—Sí.

—¡Qué alivio, muchacha! —Los varios siglos de práctica habían hecho de él un excelente actor, al menos de radio. Nadie hubiera dicho que momentos antes apenas podía hablar de pura rabia—. Estoy en un aeropuerto, me acabo de enterar y necesitaba saber si estabas bien. Han hablado de dos supervivientes. Estaba seguro de que tú eras una. ¿Cómo te encuentras?

—No sé, Ulli. Débil, mareada, asustada.

—¿Necesitas algo?

—No, gracias. Me cuidan bien.

—Pero ¿cómo ha podido suceder? Estoy anonadado. Me siento terriblemente culpable de haberte pedido que fueras a la isla, pero ¿cómo podía yo pensar que corrías el mínimo peligro estando allí?

La chica empezó a tranquilizarlo diciendo que él no podía haberse imaginado una cosa así, que no era culpa suya y que ella ya estaba bien, aunque muy triste por todos los que habían muerto bajo las bombas.

Ya parecía que no tenían nada más que decir cuando Lasha, cambiando de tono, dijo:

—Oye, Jara, una pregunta. ¿No sabrás tú por casualidad...? —Nada más comenzar tuvo la sensación de que la chica se envaraba—. Nada grave. Es sólo que la última vez que hablé con el Gran Maestro, me comentó que había llegado a la isla un tipo raro, pero no me explicó mucho más. Luego, en otra llamada, me dijo que ya se había marchado y que no había pasado nada especial. ¿Sabes tú a quién se refería?

Jara tenía bastante claro a quién se refería, pero no estaba segura de si era conveniente decírselo a Ulrich, a quien muy poco antes había considerado culpable de la masacre de la Rosa de Luz; Ulli, a quien había visto en la isla caminando en la oscuridad, sin que nadie supiera que estaba allí. Y eso de que había hablado con el Gran Maestro..., ¿por qué tenía que hablar con el Maestro? ¿No se suponía que él no conocía la *Lux Aeterna*? Se suponía que a ella la había mandado allí para ver de sacar a su sobrina Lena de las garras de la secta, y que él no sabía nada de ellos. Todo era muy extraño. Estaba empezando a pensar que su padre, seguramente sin saberlo, la había metido en un lío muy grande. Pero al fin y al cabo, ella estaba perfectamente protegida en el Hospital Real, como huésped especial de los príncipes, de manera que contestó de la forma menos comprometedora que se le ocurrió.

—Allí había mucha gente rara, Ulli.

—Sí, ya, sé de qué hablas; pero este debía de ser raro de verdad porque el Gran Maestro estaba muy inquieto. Dame alguna pista, Jara. Tu padre y yo no vamos a

dejar las cosas así.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Jara, asustada.

—Nada, pequeña, no te preocupes. Pero la isla era mía, yo se la alquilaba a la Rosa de Luz; no sé si llegué a decírtelo. Seguramente por eso mi sobrina se enteró de la existencia de la secta. En fin. Quiero ver lo que puedo sacar del seguro y a ellos les interesará, incluso más que a la policía, todo lo que podamos averiguar sobre posibles sospechosos. Dime algo, anda.

—No sé. Podría ser un aristócrata italiano siempre vestido de rojo que andaba por allí. Un tipo muy raro, de los que dan escalofríos.

—¿Vestido de rojo? ¿Estás segura?

—Sí.

—¿Qué más sabes de él?

—Nada. Que estuvo unos días y se marchó.

—Gracias, pequeña.


—¿Eso..., eso te sirve de algo?

—Sí. Me parece que sí, querida. Te debo una. Cuídate.

Colgó con un suspiro de satisfacción justo cuando empezaban a anunciar su vuelo. Ya no estaban tan mal las cosas. Ahora el fantasma ya no sólo tenía color, sino nombre. Y, casualmente, al pasar por Bangkok un par de semanas atrás, se había preocupado de contratar un pequeño guardamuebles junto al río donde había dejado unas cuantas armas compradas en uno de los muchos mercadillos de la ciudad, uno, eso sí, menos conocido que los que salen en las revistas femeninas y en las guías turísticas.

Al fin y al cabo había valido la pena mandar a la muchacha a la isla. Su intuición no le había fallado, aunque le estuvieran fallando tantas otras cosas. Ahora sabía de quién tenía que tomar venganza.

Era más que posible que su vida se estuviera acabando, pero los clanes lo iban a recordar durante mucho tiempo.



## Nexo. Haito. Blanco. Bangkok (Tailandia)

—Todos habéis oído hablar de la Atlántida, o Atlantis —dijo Chrystelle en su perfecto inglés, que sólo a veces dejaba escapar un ligerísimo acento parisino—. La primera mención que nos consta se debe a Platón, que nos narra como verídica la historia de una isla situada probablemente más allá de las Columnas de Hércules y que fue destruida por un gran maremoto. Se supone que Poseidón, el dios del mar, se enamoró de una humana llamada Clito, hija del rey de la isla, y para proteger a su amada construyó en el mismo centro una ciudad que estaba rodeada por tres canales, creando así tres círculos concéntricos. Los muros de esos canales estaban hechos de roca roja el primero, blanca el segundo, negra el tercero y, rodeándolo todo, el azul del mar.

Los tres jóvenes, que mientras tanto se habían metido dentro de la piscina, a los pies de Chrystelle y Joseph, que estaban cómodamente tumbados en dos hamacas, cruzaron una mirada.

—Esto lo cuenta Platón en una obra llamada *Critias*; no le he puesto yo los colores para que coincidan con los de los cuatro clanes.

»Poseidón y Clito tuvieron diez hijos que se convirtieron en reyes de diferentes partes de la isla, a la que se le impuso el nombre de Atlántida, derivado del nombre del hijo mayor: Atlas. Como veis, estos diez hijos eran descendientes de un dios y una humana, y por tanto, según Platón, la Atlántida era un lugar paradisíaco donde imperaban la ley, la paz y la armonía hasta que, poco a poco, a medida que los hijos de sus hijos se fueron mezclando con humanos normales, se fue perdiendo la naturaleza divina de los habitantes y acabaron siendo un pueblo belicoso y arrogante, decidido a someter a todos sus vecinos y a llevar la guerra a todos los otros reinos. Por eso fueron castigados. Los dioses enviaron una catástrofe en forma de tsunami, y la Atlántida desapareció tragada por las aguas en menos de veinticuatro horas.

»Para ahorrar explicaciones puedo deciros que jamás se ha encontrado nada que atestigüe la existencia de Atlantis y que ninguna de las muchas expediciones que se han enviado a diferentes lugares del océano Atlántico ha tenido nunca el menor éxito.

—Lógicamente —dijo Joseph—. Porque jamás buscaron donde debían. Y porque los clanes jamás habrían permitido que *haito* encontrara lo que se esconde en las profundidades del Pacífico, y que puede ser la Atlántida o puede no serlo, pero es lo más impresionante que existe en el planeta.

—¿Vosotros lo habéis visto? —preguntó Lena.

Ambos asintieron con la cabeza; los ojos les brillaban.

—Hace tiempo. Cuando acompañamos a Bianca a visitar a Él.

—¡Es increíble, ¿verdad?!

—¿Tú lo has visto, Lena? —preguntó Ritch—. ¿Con tus propios ojos?

—Te lo juro, Ritch. Pero no tiene nada que ver con lo que dice Platón. Es una especie de..., no sé cómo decirlo..., de ciudad submarina, de cúpulas transparentes por las que se ve el fondo del mar, de pasillos como arterias dentro de un cuerpo vivo, de bosques que parecen catedrales de carne y joyas... No os lo puedo describir, tenéis que verlo.

—Los clanes siempre han pensado —siguió Chrystelle— que todas esas leyendas de Atlantis se originaron en la realidad de esa ciudad submarina, por medio de rumores y cuentos de viajeros.

—Pero ¿desde cuándo existe? —preguntó Dani.

Chrystelle se encogió de hombros; contestó Joseph:

—No lo sabemos, pero debe de tener miles de años. La civilización que la construyó estaba más avanzada que la nuestra ahora. O bien se extinguieron, y de ahí vienen las leyendas de la destrucción de la Atlántida, o bien fue la primera ciudad *karah*, cuando *karah* llegó desde la otra realidad y, con el paso del tiempo, sus pocos habitantes fueron dispersándose por todo el planeta hasta que casi olvidaron la existencia de su hábitat original. Por eso, en muchas leyendas *karah*, ellos se llaman a sí mismos atlantes.

»Ya os daréis cuenta, cuando la veáis, de que no se trata de una ciudad ni de un enorme complejo de edificios como Bangkok o París. Se trata de un ente orgánico y cuando digo orgánico soy literal; la ciudad está viva, a su manera, incomprensible para nosotros. Se alimenta, se recicla, hace nacer lo que necesita, destruye lo que le sobra. Y sólo acepta seres con sangre *karah*. Ningún *haito* que no haya sido alimentado con sangre *karah* puede entrar allí.

—Yo creía que era *karah* quien lo había prohibido —dijo Dani.

—No. Es mucho más simple. Si no tienes la sangre adecuada, la ciudad no te reconoce y te trata como simple alimento.

—Te... devora —aventuró Ritch.

—Exactamente. Como una planta carnívora, por poner un ejemplo.

—¡Guau!

—Nosotros la llamamos Atlantis por cuestiones de comodidad, pero nadie sabe

realmente si lo fue, si fue allí donde surgió la leyenda. Al fin y al cabo, en todas las civilizaciones hay historias de mezclas entre especies, siempre dioses y humanos, de las que surgen razas mixtas: los gigantes, los semidioses, los kari, los nefilim... Nosotros creemos que todo eso son formas que *haito* tiene para explicar la existencia de *karah* y el nacimiento, muy de vez en cuando, de niños mixtos. Y probablemente también para explicar la existencia de gente como nosotros, los familiares.

—Aunque las leyendas que se refieren a familiares tienen más bien relación con el vampirismo —dijo Joseph con un cloqueo—. Alguien debió de ver a un humano siendo alimentado por *karah* y lo confundió todo. No podía creer que fuera el amo el que estaba dando sangre a su siervo y lo contó al revés: diciendo que era el señor el que se bebía la sangre de sus siervos y campesinos. Creo recordar que el famoso Vlad Tepes, llamado Drakul, «joven dragón», el señor feudal que dio origen a la primera leyenda europea de vampiros, era un clánida negro.

Chrystelle se lo quedó mirando con la cabeza ladeada. Los jóvenes estaban perplejos.

—¿Quién era? —preguntó Ritch.

—No lo sabemos —dijo Chrystelle a la vez que Joseph añadía:

—Probablemente Ragiswind, el antiguo *mahawk* del clan.

—Y luego vinieron las estúpidas historias en las que el vampiro se enamora de la humana —comentó Chrystelle con una carcajada—. Lo que, para *karah*, vendría a ser, en comparación, como si un humano se enamorara del cerdo cuyas chuletas come con tanto placer, o deseara tener una relación amorosa y sexual con un simio.

Joseph y Chrystelle lo encontraban muy divertido, pero ni a Dani ni a Ritch ni a Lena les hizo ninguna gracia verse colocados en el papel del cerdo y el chimpancé.

—¿Así nos ve *karah*? —preguntó Lena, muy seria—. ¿Como animales que están ahí para comer, pero con los que no se puede tener una relación de igual a igual?

—A ti no, preciosa —dijo Chrystelle, casi ofendida—, tú eres *karah*.

Ella negó vehementemente con la cabeza.

—Yo ya no sé lo que soy y la verdad es que no me importa. Contestad a mi pregunta: ¿*karah* ve a los humanos como una especie de animales inferiores que están ahí para ser usados, sin más?

—No. Eso sería quizá exagerado, pero tampoco nos mirarán nunca totalmente de igual a igual, hija. Tienes que hacerte a la idea. Es así. —Joseph la miraba con dulzura—. Tú has sido criada y educada como *haito* y por eso te cuesta aceptarlo, pero para *karah* es así; no hay vuelta de hoja. Hay excepciones, claro. Tu madre y Max, por ejemplo. Luna, del clan negro, que también eligió a una humana. Pero no está bien visto. Es una..., bueno..., una perversión.

—Me da igual cómo lo vean. —De un momento a otro, Lena se impulsó con un pie, nadó furiosamente hasta el otro lado de la piscina y salió del agua.

—¿Adónde vas? —preguntó Dani sin pensarlo, e inmediatamente se mordió los labios. No tenía ningún derecho a preguntar y no quería que ella le gritara ahora y le hiciera sentir como un animal, después de lo que habían contado Joseph y Chrystelle sobre *haito*. Un sucio animal pretendiendo llegar a ella, que era *karah* por los cuatro costados.

—Necesito un rato para pensar. ¿En qué habitación estás?

—Quinientos setenta.

Sin una palabra más y dejándole un ahogo en el pecho, Lena se envolvió en una toalla y entró en el edificio.



## Nexo. Haito. Blanco. Bangkok (Tailandia)

Casi dos horas después, Daniel, duchado y vestido, intentaba relajarse oyendo música, tumbado en la cama hasta la hora de cenar. Le habría apetecido más bajar al jardín y tomarse una cerveza con Ritch, pero la posibilidad de que Lena apareciera por allí, ahora que sabía su número de cuarto, le había hecho tragarse los nervios y esperar, por si acaso.

La historia de Atlantis le daba vueltas por la cabeza así como los pocos detalles que Lena había nombrado de esa misteriosa ciudad submarina. Tenía que verla con sus propios ojos, pero para poder verla tenía que aceptar la sangre del clan blanco y, si aceptaba, era para siempre.

Pero realmente, ¿tenía aún la posibilidad de elegir? ¿O todos sus pensamientos eran absurdos? Estaba seguro de que Ritch tenía razón: una vez que *karah* sabe que existes y te ha hecho la oferta de vincularte a ellos, dejas de tener elección. O aceptas o mueres. No hay más. ¿Por qué seguía él empeñado en darle vueltas a la cuestión, como si aún pudiera coger su mochila y desaparecer, regresar a su vida de siempre y fingir que nunca había conocido a Lena, que *karah* no existía, que nada de todo aquello era real?

En los auriculares sonaba *Dust in the wind*, una canción antigua de Kansas, que siempre le llegaba al corazón.

*I close my eyes, only for a moment,  
and the moment's gone  
All my dreams pass before my eyes, a curiosity  
Dust in the wind  
All they are is dust in the wind.*

«Todos mis sueños, una curiosidad. No somos más que polvo en el viento», decía después. Era verdad, claro, pero la curiosidad es lo que nos hace humanos, y la



pasión, y la alegría, y el deseo.

«Tengo que ver esa ciudad —se dijo—. Todos tenemos que morir, pero no quiero morir aún, a los veintidós años; quiero ver esa ciudad, tratar de comprenderla y quizá ver también el artefacto del que habla Ritch, el que el clan blanco custodia entre los hielos del Polo Norte. Si eso significa beber sangre *karah* y prolongar mi vida a cambio de atarme a ellos, así sea. No se puede evitar, y al fin y al cabo sólo implica vivir más tiempo, aprender más, conocer más. Incluso tener más tiempo para intentar recuperar a Lena».

La idea le llegó de golpe, de ninguna parte. «Tener más tiempo para recuperar a Lena». Eso era bueno, mucho mejor que darse por vencido y dejar que aquel clánida negro la conquistara para siempre y él quedara apartado como un perro sin amo, como un perro callejero al que se espanta a pedradas.

Se sentó en la cama, casi a oscuras, porque sólo había dejado encendida la lámpara del baño, dispuesto a levantarse para ir en busca de Lena e intentarlo de nuevo, explicárselo todo, pedirle perdón.

En ese momento, sonaron unos golpes discretos en la puerta. Con el corazón martilleándole en el pecho fue a abrir. En su cerebro las frases se amontonaban: las disculpas, las promesas, las palabras de amor.

No era Lena.

Era Ritch, con una camiseta que decía: «*Out of my mind. Back in five minutes*».

Debió de notar una decepción tan profunda en el rostro de Dani que, en lugar de tomarle el pelo como era habitual en él, se limitó a decir:

—Quiere hablar contigo. Te espera en el jardín, en la mesa donde nos sentamos siempre tú y yo.

—¿Quién?

—El Yeti —contestó Ritch muy serio—. Pasaba por aquí y se le ocurrió tomarse una cerveza con el famoso Daniel Solstein.

De repente, Daniel empezó a sonreír sin poder evitarlo.

—No la jodas ahora, ¿vale? —aconsejó Ritch—. Yo creo que ella quiere perdonarte, en serio, pero tienes que ponérselo fácil.

—¿Perdonarme? ¿Por qué?

—¿No te tiraste a aquel bombón del clan negro que te ponía ojitos no me explico por qué?

—No.

—¡Imbécil! —dijo, sonriendo—. Yo no habría dudado ni un segundo.

—Pero tú no tienes a Lena.

—Eso es verdad. Ahora sólo tienes que conseguir que ella te crea. —Echaron a andar juntos por el pasillo y entraron en el ascensor—. A todo esto, me he probado el traje de color marfil que nos han encargado para el cónclave... —dijo mirando a Dani

en el espejo del fondo.

—¿Y?

—Una pena no tener una cadena de oro con medalla de la virgen y no saber bailar la salsa; quedaría guay. ¿Tú sabes?

—Sí.

—*Some guys have all the luck* —dijo y, con una palmada en el hombro, salió del ascensor—. Si corta contigo, puedes venir luego a mi cuarto; tengo una botella de Lagavulin sin estrenar —dijo antes de que las puertas se cerraran.

Lena estaba, efectivamente, en la mesa donde solían instalarse él y Ritch antes y después de la cena, dejando a los clánidas retirarse a sus habitaciones. Se había cambiado de ropa y ahora, por primera vez desde que él la conocía, llevaba un vestido. Un vestido de verano blanco, de una tela muy ligera que mostraba más de lo que cubría. Se había lavado la melena y, con la humedad, tenía el pelo ondulado, rodeándole la cara como una nube. Dani sintió casi mareo al verla, aunque hizo todo lo posible para que no se le notara.

—¿Querías verme?

Ella asintió con la cabeza, bajó los ojos y empezó a trazar con el dedo círculos húmedos en la mesa, con el agua que escurría de su copa llena de un líquido azul violeta.

—Ya te ha convencido Ritch de beber esa porquería —comentó Daniel con voz ligera.

Ella sonrió.

—Quería hablar contigo, Dani.

«Ahora es cuando me dice que lo ha pensado bien, que le da mucha lástima, pero que ha decidido cortar, que me sigue queriendo mucho como amigo y le gustaría que no perdiéramos la amistad, pero que se ha enamorado de otro», pensó Dani, apartando la vista para no tener que verle los ojos cuando lo dijera.

—Quería pedirte perdón —dijo, sorprendiéndolo.

Dani se quedó mirándola fijamente.

—¿Tú? ¿A mí? ¿Por qué?

—Porque me he comportado como una idiota, como una niña malcriada. Ni siquiera te he dejado hablar, no te he dado tiempo de explicarte. Estaba dolida y quería hacerte daño. Lo siento. Eso no es propio de mí. Claro que tú no me conoces. —Esbozó una sonrisa triste—. No nos conocemos casi.

Él le acarició el dorso de la mano con la que ella seguía dibujando círculos en la mesa. Ella no la retiró.

—No sé si te conozco, Lena, pero sé que quiero conocerte. Y que voy a necesitar mucho, mucho tiempo..., años... —Se le quebró la voz, tragó saliva y, al pasar la yema del pulgar por encima de la piedra luna que ella llevaba en el dedo, cambió un

poco de tema—. No llegaste a decirme si te gustó la sortija.

Ella alzó la vista y lo miró de un modo que le provocó un cosquilleo eléctrico en todo su cuerpo. Casi había olvidado lo que podía llegar a sentir cuando Lena lo miraba así. ¡Hacía tanto tiempo!

—Me ayudó mucho en los malos momentos. Me ayudó llevarla, saber que era un regalo tuyo, que tú pensabas en mí.

—Ahora llevas otra en la otra mano. Una negra.

Ella se soltó, levantó las manos y se quedó mirando las dos piedras que adornaban sus anulares.

—Es un ónix, la piedra del clan negro. Son mis dos clanes de nacimiento. Lo raro es que tú acertaras con la piedra luna.

—Me la recomendó un amigo que es orfebre y un poco brujo. Cuando le hablé de ti me aseguró que esta era tu piedra. Se la encargué al poco de conocernos. Soy un poco cursi, Lena, ya te darás cuenta... si seguimos viéndonos.

—¿Cursi? ¿Tú dirías que es cursi comprar una sortija a la chica que quieres?

Dani sacudió la cabeza.

—No, yo no. Pero mucha gente lo diría. Yo lo he leído y lo he visto tantas veces desde pequeño, en novelas, en series, en películas, que desde los dieciséis o diecisiete años estaba deseando que llegara el momento de hacerlo, que apareciera una chica a la que quisiera darle una sortija, bueno, de hecho más bien un anillo, un anillo de compromiso. Claro que nunca pensé que, cuando llegara el momento, sería así: en un aparcamiento, con un fusil colgado al hombro y un bebé desconocido llorando en mi hombro. Yo había imaginado otra escena, claro; pero esa fue la nuestra. No hubo cena maravillosa, ni íbamos bien vestidos, ni había música de violines, ni te pude ofrecer una rosa roja... pero fue nuestro momento, y cuando pienso en él... no me arrepiento. Volvería a hacerlo. Y cuando te he visto hoy en Koh Samui, y he visto que lo llevabas puesto..., me he hecho la ilusión de que...

—¿De qué?

Hubo un silencio, como si estuviera sopesando si valía la pena decirlo, si no sería mucho más doloroso mostrarse tan vulnerable, abriéndose a ella, para que pudiera rechazarlo. Al final decidió decir lo que sentía realmente.

—De que me querías, de que me aceptabas.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Que sí, Dani, que te quiero, que te acepto.

En el rostro de Daniel se dibujó una sonrisa vacilante, insegura.

—Entonces..., ¿lo de Alix? —preguntó, temeroso.

—Olvidado.

—¿Y lo de...?

—Nils —ayudó ella.

—Eso. Nils. ¿Qué pasa con él?

—Olvidado también. Aunque eso es más complicado.

Estuvo a punto de volver a preguntar, a insistir para que le explicara lo que acababa de decir, pero le daba demasiado miedo arriesgar lo que había conseguido y decidió que ya llegaría el momento de saber más. Ahora, si ella estaba dispuesta a olvidar, a intentarlo de nuevo, eso era lo único que contaba.

—¿Qué has decidido, Dani? ¿Vendrás a Atlantis?

—¿Tú quieres que vaya?

—Yo quiero que hagas lo que tú quieras, lo que tú creas que es mejor para ti —dijo, enfatizando los pronombres—. No quiero ser responsable de tu decisión; ya tengo bastantes problemas como para que luego me echés en cara que viniste por mí.

Hubo un corto silencio que Dani acabó rompiendo, después de pensar lo que ella acababa de decir.

—Me gustaría ver esa ciudad submarina, Lena. Me gustaría asistir al cónclave de los clanes, y estar contigo, y ayudarte si me necesitas. Aunque no soy más que *haito* y tú eres *karah* por los cuatro costados.

Tenían las manos fuertemente enlazadas encima de la mesa y se miraban con seriedad. «Como adultos —pensó Lena—. Ya no somos un par de críos deseando meternos en la cama juntos y ver qué pasa. Sin darnos cuenta nos hemos convertido en dos personas mayores, y yo tendré que contarle un día que soy capaz de matar, que tengo no sólo la fuerza, sino el deseo de castigar, de destruir, y que puedo hacerlo. ¿Cómo puedo reprocharle que haya besado a una mujer bellísima cuando yo he hecho lo mismo con Nils, y muchas otras cosas en las que no quiero pensar?».

—Entonces, tendrás que ser alimentado con *ikhôr*, con sangre *karah*. No tiene que ser mucha. Podemos hacerlo como mis padres. Ella también lo alimentaba de vez en cuando, pero muy poco, lo justo para hacerlo más resistente y para que ellos lo aceptaran.

Daniel sonrió cuando la oyó hablar de «ellos»; parecía que no se daba cuenta de que ella formaba parte de ese colectivo. Asintió con la cabeza.

—He llegado a la conclusión de que, de todas formas, no tengo elección. Y quiero estar contigo; así que acepto.

—¿Quieres que te alimente yo?

—Claro. ¿Quién, si no?

—Está Emma. —Dani torció el gesto—. Albert. —Dani sacudió la cabeza—. Tanja... es muy mona... —Dani sonrió y siguió negando.

»Entonces tendremos que ir a verlos para comunicarles tu decisión. Bueno..., y a que me expliquen cómo hacerlo. Todo el mundo habla de ello, pero yo no lo he hecho jamás; ni siquiera he visto cómo se hace.

Él se levantó, la cogió de la mano y luego, con mucho cuidado, como temiendo un rechazo, le pasó el brazo por los hombros, sin atreverse aún a besarla.

—Sé quién nos lo puede explicar antes de ir a ver a los clánidas. Y además, me ha prometido abrir una botella del mejor whisky de malta que existe. Claro que la oferta era para el caso de que cortaras conmigo.

—¡Vaya! ¡Cuánto lo siento! ¿Quieres que lo dejemos?

Él la apretó contra su cuerpo e, inclinándose sobre su cuello, lo besó y le chupó un poco, haciendo ventosa con los labios. Lena sintió unos deliciosos escalofríos recorriéndole la espalda.

—No se hace así, estoy segura. Además, vas a dejar marca y se va a enterar todo el mundo.

Dani sonrió de oreja a oreja.

—Estoy dispuesto a aprender, ama. Y estoy deseando que se entere todo el mundo, además.

Entonces, antes de llegar a la habitación de Ritch, se encontraron mirándose de frente, abrazados y, sin haberlo decidido, se estaban besando con toda la pasión y el deseo acumulados en las semanas que llevaban sin verse.



## Nexo. Haito. Bangkok (Tailandia)

Cuando por fin llegó el momento, después de todas las felicitaciones y explicaciones tanto de los clánidas como de los familiares, Dani estaba más nervioso de lo que había estado en toda su vida. Por fortuna, los habían dejado solos para que pudieran hacer las cosas con calma, a su ritmo, sin testigos molestos.

Después de haber pensado en todos los lugares que ofrecía el hotel, habían decidido hacerlo en la terraza de la *suite* que ocupaba Lena, donde, junto a la pequeña piscina, habían encargado que les instalaran un pabellón de estilo tailandés, con techo de palma, ligeras cortinas blancas que se balanceaban con la brisa, colchones y cojines de colores, y aunque la opinión general del clan blanco era que no debían esperar más, ambos se habían puesto de acuerdo en aguardar hasta el atardecer, encender unas velas y unas varillas aromáticas y dejarse llevar por los sentidos, para que el paso que iban a dar tuviera algo de rito. Al fin y al cabo se trataba de una decisión irrevocable y, en ese sentido, era más que un matrimonio.

Por eso Lena, en cuanto salió a la terraza, a la noche bochornosa que presagiaba una lluvia tropical, pensó de inmediato en sus padres, en su madre sobre todo, en si estaría de acuerdo con lo que estaba a punto de hacer.

Pero al fin y al cabo, ella, que siempre había querido a Imre, desde que lo había conocido como Ivan en Viena, también decidió vivir con Max. La vida era cíclica, al parecer, las cosas se repetían como en una cinta sin fin, como en una *laterna mágica*. Por su parte, ella lo había pensado bien, era consciente de su responsabilidad y había decidido dar el paso. Y sabía que Daniel tampoco había decidido a la ligera. Cuando la sangre de ella, su *ikhôr*, como lo llamaba *karah*, entrara en el cuerpo de él, Dani dejaría de ser sólo humano para convertirse en otra cosa. Para siempre.

Habían pasado casi todo el día en la cama, hablando, haciendo el amor, comiendo un poco, durmiendo a ratos, despertándose sin saber bien dónde estaban, asustados primero y luego felices de encontrar al otro a su lado, su olor, su piel, sus manos.

La terraza estaba oscura; sólo la luz dorada y rojiza de las velas iluminaba la penumbra. Las cortinas del pabellón caían rígidas, inmóviles, a los lados de la cama,

y el agua de la piscina brillaba débilmente, como una superficie de mercurio.

Lena sólo llevaba puesta una bata de seda china que Dani le había traído de Shanghai, una bata blanca con un dibujo de crisantemos de color de rosa. Él, cuando apareció en la puerta que daba a la terraza, iba vestido con unos pantalones largos de lino blanco y se acababa de quitar la camisa. En el exterior, el calor era tangible, como un paño húmedo que los rodeara, pero de algún modo era como estar en algún lugar seguro, protegidos de todo mal, como si estuvieran en un útero esperando el momento de nacer.

Daniel se acercó a Lena, que estaba junto a la baranda, mirando los edificios que se extendían a su alrededor y el gran río por donde navegaban algunos barcos llenos de bombillas de colores, de los que llevaban a los turistas a cenas con baile. La abrazó por detrás y ella sintió con toda claridad que estaba temblando.

—Yo también tengo miedo —susurró ella.

—Yo ya no —dijo él, y no era realmente mentira—. ¿Sabes? He comprendido lo absurdo de lo que nos enseñan en la adolescencia.

—¿Cuál de las muchas cosas absurdas?

—Eso de que cuando uno se hace mayor tiene que desligarse de todo: de su padre, de su madre, de su familia..., que para ser realmente adulto tienes que ser libre, no atarte a nadie, no necesitar a nadie, no depender de nadie... Es una idiotez. No hay nada mejor que saber que quieres a alguien, que esa persona te quiere, que puedes fiarte igual que de pequeño te fiabas de tu familia y lo sigues haciendo. Ser mayor no significa liberarse de los padres, ni significa acostarse con una chica distinta cada fin de semana. Ser adulto es aceptar que uno no puede ser feliz sin atarse a la persona que ama, aunque se pierda muchas otras posibilidades, elecciones, mujeres que nunca conocerás.

—Mi madre me enseñó un poema —dijo ella, mirando las luces de la ciudad, feliz de sentir los brazos de Dani rodeándola— de un poeta español, Luis Cernuda. En ese poema hay un fragmento que me encanta. —Lena empezó a recitar los versos que tan bien recordaba, primero despacio, con cierto esfuerzo, luego de modo cada vez más fluido:

*Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien  
cuyo nombre no puedo decir sin escalofrío,  
alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina  
por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,  
y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu  
como leños perdidos que el mar anega o levanta  
libremente, con la libertad del amor,  
la única libertad que me exalta,*

*la única libertad porque muero.*

*Tú justificas mi existencia:*

*si no te conozco, no he vivido;*

*si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.*

Cuando acabó de hablar, hubo un largo silencio. Daniel tenía la cabeza doblada sobre Lena y escondía el rostro en su cuello.

Ella, con la cabeza hacia atrás, dejaba que las palabras del poema reverberaran en su interior como ecos. Nunca antes había sentido con tanta intensidad el contenido de esas palabras. Se sentía feliz y agradecida de haber podido, por fin, sentir en propia carne lo que expresaba aquel poeta español, lo que siempre le había fascinado y ahora, finalmente, comprendía en lo más profundo de su alma.

—Creo que ya es hora, Lena —dijo Dani con suavidad.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ven.

Caminaron de la mano hasta el pabellón y se tumbaron uno al lado del otro. Ella se levantó la manga del quimono para abrirse la vena del brazo derecho.

—No. —Dani le puso la mano en el antebrazo, para detenerla—. Así lo hacen los clánidas con los criados o asistentes que quieren convertir en familiares.

—¿Entonces?

—Nos han dicho que, además del brazo, lo mejor es la yugular o la femoral.

—La yugular, como en las películas de vampiros. —Ella sonrió—. Muy clásico.

—No, cariño. La femoral.

—¿La femoral? ¿En la ingle?

Él sonrió, travieso.

—Así, cuando acabemos, se me ocurren un par de cosas que podemos hacer, si no estás demasiado agotada.

—Según Ritch, el que estará agotado serás tú.

—Vamos a ver.

Daniel le abrió la bata con delicadeza. Lena estaba desnuda. Extendió los brazos en cruz, disfrutando del calor húmedo de la noche sobre su piel; luego separó también las piernas mientras él, arrodillado junto a ella, la miraba fascinado: su largo pelo ondulado extendido sobre las almohadas alrededor de su cara pálida, de ojos entornados; su cintura estrecha; sus pechos menudos que había besado tantas veces esa misma tarde; el oscuro triángulo del pubis, donde el vello se rizaba como una nube de verano, como una pequeña tormenta nocturna.

—Eres preciosa, mi amor. ¿Te haré daño?

—Dice Ritch que ni Emma ni Albert se han quejado nunca. ¡Anda, prueba!

Daniel se inclinó sobre Lena y, suavemente, pasó sus labios y su lengua por la



ingle de la muchacha. Ella se estremeció.

—No me veo capaz de morderte, Lena. Tienes que ayudarme.

Ella, como había aprendido, usó una de sus uñas, recién afilada, para abrir un surco que apenas le dolió a lo largo de la arteria femoral. Instantáneamente, la sangre empezó a manar, roja y espesa.

—Ahora, Dani, ahora, bebe.

Apenas dudó un par de segundos. Por fortuna, con aquella luz, la sangre no parecía tan roja como si la hubiera visto a la luz del día. Se tumbó al lado de Lena, casi perpendicular, y posó sus labios en la herida. La sangre estaba tibia y era casi cremosa, con un sabor que no se había esperado, algo dulce, con un toque metálico, en absoluto desagradable.

Lo único que resultaba extraño, que hacía que su mente se rebelara ante lo que estaba haciendo, era la posición en la que se encontraba y la idea de que estaba quitándole la sangre, el fluido vital, a la chica que amaba. Pero era embriagador, fascinante, y, sobre todo, sabía que era una prueba de amor, de entrega, de total confianza. Daniel deseó que también fuera posible hacerlo al revés. Desearía por encima de todo ofrecerse a ella, ofrecerle su sangre para que la bebiera y pudieran convertirse en un solo ser.

Al cabo de un tiempo que ninguno de los dos supo medir, Dani alzó la cabeza y miró a Lena, que tenía los ojos brillantes, como afiebrados, y sonreía de una manera que no le conocía.

—Creo que ya basta, amor —dijo Lena—. Me siento muy débil. Una especie de mareo. Como si flotara.

—Yo también —dijo él apartándose de su cuerpo con una última caricia.

Le puso la mano firmemente en la herida de la que había estado bebiendo y apenas un minuto más tarde la sangre había dejado de fluir. Luego, gateó hasta los pies de la cama y los cubrió a los dos con una tela de seda.

—Nos comerán los mosquitos si nos quedamos dormidos aquí fuera —murmuró ella, ya casi dormida.

—Ningún mosquito puede compararse conmigo.

Mientras la brisa movía suavemente las cortinas blancas del pabellón y la ciudad pulsaba a su alrededor con sus miles de luces, Daniel abrazó a Lena por detrás y así, como dos cucharillas en el cajón de los cubiertos, cerraron los ojos y se quedaron dormidos en cuestión de segundos.



# TERCERA PARTE



## Azul. Atlantis (Pacífico Sur)

Desde su atalaya en el punto más alto de la isla, Él miraba el familiar paisaje del mar azul, rocas coronadas de vegetación y barquichuelos de pesca. Turistas no había nunca porque mucho tiempo atrás se habían preocupado de declarar toda la zona reserva marina de protección oficial.

El mar estaba tranquilo, de un color turquesa tan intenso que parecía pintado; los peces saltaban aquí y allá sobre la superficie apenas rizada por unas olas largas coronadas de espumas blancas; las nubes cruzaban perezosamente el cielo, como carros llenos de algodón tirados por bueyes indolentes. El sol de la mañana salpicaba de oro el mar y las palmas de los cocoteros, y hacía brillar la hierba y las flores recién abiertas que despedían un perfume fresco, vital. Era un día perfecto para dar la bienvenida a sus conclánidas.

Casi no podía creer que su espera, su larguísima espera, estuviera tocando a su fin. Sentía cómo se le aceleraba el corazón cada vez que se permitía pensar que pronto estarían reunidos, que en unas horas llegaría el momento que llevaba siglos no sólo esperando, sino propiciando. ¡Lástima que Bianca no pudiera vivirlo con ella!

Habían sido generaciones de preparativos, de intrigas, de planes que unas veces se habían realizado y otras no, pero por fin había llegado el momento y no podía permitir que nada se torciera. Todo estaba dispuesto: la ropa que vestirían, la comida que ofrecerían a sus huéspedes, los pabellones donde dormirían y, sobre todo, la gran cúpula donde tendría lugar el cónclave, el misterioso lugar en lo más profundo de la ciudadela submarina en el que desde siempre, según los manuscritos que conservaban, se había encontrado una especie de mesa de reuniones con capacidad para veintidós personas. Esperaba que nadie se sintiese ofendido por el hecho de que, en la mesa del cónclave, no hubiera sitio para todos los clánidas, pero al parecer los antiguos lo habían dispuesto así: los cuatro *mahawks*, cuatro puestos por clan y un lugar especial reservado al nexo.

Los demás, por supuesto, participarían igualmente, dispuestos según los dibujos de los antiguos manuscritos, en los que existían cuatro estrados rodeando la gran

mesa en forma de estrella de cinco puntas para que cada clan pudiera decidir cuáles de sus familiares y allegados tendrían el privilegio de estar presentes en el cónclave y poder ofrecer un lugar a todos ellos.

Aún sentía una extraña trepidación interior cuando recordaba cómo, la noche anterior, acompañada por Yerek y Arúa, había descendido a la cúpula del cónclave para colocar los nombres y arcanos de los clánidas que ocuparían los sitios y todo había despertado de pronto de un modo que sólo podía describir como mágico.

Nunca había comprendido qué relación había entre los clanes y el Tarot, a pesar de que llevaba siglos estudiándolo. Lo que resultaba evidente era que los antiguos, los que habían construido la ciudad submarina, los atlantes, como prefería llamarlos, habían estatuido el número veintidós como cifra de oro: cuatro *mahawks*, cuatro miembros por clan y dos puestos que representaban la pugna primigenia entre el orden y el caos. El orden era representado en la baraja como el Mundo y llevaba dos mil años vacío porque era la carta del nexos. El caos había existido desde siempre. Siempre había un clánida que estaba llamado a encarnar el caos: el Loco, el arcano 0, además de la carta que le correspondiera por nacimiento, y su existencia era fundamental porque sin caos nada podía ser ordenado. El caos es la materia informe de la que todo surge.

En la gran cúpula submarina que albergaba la superficie en forma de pentagrama había cinco puestos por clan: uno para el *mahawk* de cada clan, en la punta de cada brazo de la estrella, y dos por lado, a izquierda y derecha de él. El nexos ocuparía la quinta punta.

La noche anterior, acompañada de Yerek y Arúa, se dirigió a la cúpula después de haber releído toda la información que los anteriores *mahawks* del clan azul habían dejado para sus descendientes. En ella se explicaba que era necesario colocar los nombres, los colores, los elementos, las piedras y la imagen de cada clánida en su puesto para que el lugar «reviviera» y el cónclave pudiera ser celebrado.

No tenía ni idea de qué querían decir con aquello, ni siquiera qué significaba todo lo que había leído en aquellos papeles que habían sido escritos en el siglo XII, la última vez que los clanes creyeron haber producido un nexos y se celebró la reunión que, después de todo, resultó un fracaso porque el elegido no reunía las condiciones y no era un auténtico nexos.

Cuando llegaron los tres al punto más remoto de la ciudadela submarina, sólo los acompañaba la débil luminosidad verdosa que proyectaban aquellos pasillos, que eran como tallos vegetales, suaves y gráciles, curvándose elegantemente hacia la cúpula que en ese momento estaba oscura. Sólo de vez en cuando, aquí y allá, en el inmenso espacio vacío, destellaba una chispa de luz como una luciérnaga voladora, que se apagaba en seguida para reaparecer en otro lugar. Nadie sabía qué eran esas chispas fugaces o a qué se debían, pero poco a poco se iban intensificando hasta convertirse

en una lluvia de estrellas como la de las Perseidas en una noche de mediados de agosto.

Él se alegró de estar acompañada por sus dos conclánidas. Hacía muchos años de la última vez que, por simple curiosidad, había bajado allí y aún recordaba la sensación de inquietud que la había embargado entonces, la sensación de que aquel lugar estaba lleno de potencialidades, lleno de futuros posibles esperando en una especie de hibernación, con una ligera vibración que no acababa de concretarse, a que alguien que supiera cómo hacerlo lo despertara.

Y ahora había llegado el momento de intentarlo. La recorrió un escalofrío ante la magnitud de lo que estaban a punto de hacer. Los tres cargaban mochilas donde se hallaba todo lo que, según el manuscrito, era necesario.

Al cabo de un par de minutos, cuando el lugar pareció reconocer y aceptar su presencia, la luz empezó a aumentar y pronto pudieron ver lo que se hallaba frente a ellos: una extensión que parecía no tener fin y que no se podía llamar sala ni salón porque no había paredes ni techo. Era una burbuja aparentemente infinita, como flotando en el espacio, similar a la gran cúpula donde Lena había pasado sus primeros días con el clan azul, pero esta parecía estar vacía, hasta que uno se daba cuenta de que en el suelo, hecho de un material parecido al mármol o a un alabastro oscuro, había un bajorrelieve enorme con forma de estrella de cinco puntas.

Él depositó la mochila en el suelo, fuera del pentagrama, y apretando fuerte el bastón que, según el manuscrito, era necesario para dar el primer toque, siguiendo las instrucciones, caminó hasta el centro de la estrella en un silencio tan profundo que podía oír con claridad la respiración agitada de Yerek y Arúa, aunque cada vez estaban más lejos de ella.

Cuando hubo alcanzado el centro hizo una honda inspiración, se concentró, intentando apartar de su mente todo nerviosismo y temor, levantó el bastón visualizando el primero de los arcanos, el Mago, y el suyo propio, el segundo, la Sacerdotisa, levantó el bastón y lo dejó caer cuatro veces en el centro del pentagrama, como si estuviera llamando a una puerta largo tiempo cerrada.

Los cuatro golpes reverberaron en la inmensa burbuja repitiéndose en ecos que parecían no tener fin. Por la mente de Él cruzó por un instante el pensamiento de que acababa de despertar al dragón que había dormido durante veinte siglos, y deseó marcharse de allí para no volver jamás. Pero se mantuvo firme en su puesto, confiando en que sus antepasados hubieran transmitido fielmente el desarrollo de los acontecimientos.

Poco a poco la luz empezó a cambiar, primero de intensidad y luego de color, pasando por todos los colores del arco iris, pero añadiendo unos segundos de negrura total después del violeta y unos segundos de blancura cegadora antes del rojo.

Según las indicaciones del manuscrito era ahora cuando ella debía abandonar su

posición y retirarse con rapidez hasta alcanzar el borde de la estrella.

Lo hizo sin dilación, aunque no sabía qué podía suceder si se quedaba donde estaba. La ignorancia hacía más necesario todavía el seguir las instrucciones al pie de la letra, de modo que se apresuró, caminando a pasos largos, hasta que salió del bajorrelieve.

En ese momento, toda la estrella empezó a elevarse del suelo, con suavidad, en perfecto silencio; no como una losa de piedra que se alza por medios mecánicos en un castillo medieval, sino con la elegancia aérea de la niebla sobre un lago al amanecer.

Los tres clánidas la contemplaban boquiabiertos. Unos segundos más tarde, también desde el suelo y alrededor del pentagrama, empezaron a surgir unos bultos similares a setas que, poco a poco, con gracia vegetal, fueron convirtiéndose en una especie de sitalia rodeando la mesa. Casi a la vez, en torno a cuatro de las puntas de la estrella, aparecieron una especie de mesas alargadas formando una uve paralela a la punta, con varios asientos cada una.

Cuando todo se detuvo y la luz se estabilizó en un tinte verde azulado que daba a los clánidas un aspecto inmaterial, de fantasmas desencarnados, Él soltó con fuerza el aire que había estado reteniendo.

—Parece que funciona —susurró, y sus compañeros sonrieron, aliviados—. Ahora hay que intentar «revivirlo», sea lo que sea eso. Id sacando las cosas, yo voy a ver si consigo saber dónde hay que colocar a los conclánidas.

Mientras Yerek y Arúa vaciaban las mochilas, Él comenzó a caminar pausadamente en torno a la mesa con la mano derecha extendida. Cada vez que su mano pasaba por encima de uno de los puntos donde debía instalarse un miembro del cónclave, la mesa se iluminaba con un resplandor dorado mostrándole un símbolo. No era una representación convencional de los arcanos que tan bien conocía, sino un sencillo dibujo, esquemático, que de momento no reconoció.

Tuvo que dar dos vueltas a la mesa para empezar a tranquilizarse. Estaba casi segura de que aquellos símbolos representaban el atributo fundamental de cada uno de los Arcanos Mayores.

Reconoció el suyo en primer lugar: la luna creciente de la Sacerdotisa, y eso, además de indicarle dónde se sentaría ella misma a lo largo del cónclave, le permitió saber que esa punta de la estrella era la perteneciente al clan azul.

Llamó a sus conclánidas y, entre los tres, colocaron cinco copas de oro cinceladas con bajorrelieves de dragones marinos —las copas era el palo del clan en la serie de los arcanos menores—, frente a los cinco asientos y luego las llenaron con el agua que era el elemento del clan azul.

A continuación, trajeron una caja de joyería y sacaron cinco bellísimas aguamarinas, grandes como huevos de codorniz, que también depositaron en el centro de cada uno de los puestos.

La mesa empezó a despedir un suave brillo dorado con oleadas de color añil.

Por último, Él estudió los otros símbolos hasta dar con los que representaban a sus conclánidas. Dos copas: sólo podía tratarse del arcano XIV, la Templanza. Ahí se sentaría Arúa. Un cuerno de caza o una trompa. El Juicio. Yerek. Una T mayúscula. El Colgado. Nagai. Una balanza. La Justicia. Eringard.

El problema era que Eringard había desaparecido mucho tiempo atrás y no había habido forma de localizarla. Ni siquiera sabían si seguía viva y, por tanto, después de pensarlo mucho, había tomado la decisión de que debía ser sustituida por Nele, el miembro más joven del clan azul. Y si, por un milagro, Eringard aparecía desde la nada, ocuparía su sitio y Nele se sentaría detrás, en la mesa paralela.

Siguió explorando mientras Yerek y Arúa iban desempaquetando lo que habían traído para representar a los tres clanes restantes.

Ahora creía poder decir con seguridad que en cada una de las puntas se sentaba el *mahawk* del clan, de modo que fue a comprobar si sus años de investigación habían sido fructíferos y si la lista que tenía en la cabeza coincidía con lo que estaba inscrito en la mesa.

El *mahawk* blanco tenía como símbolo un rayo. La Torre. Perfecto. El símbolo correspondía a Lasha, el antiguo Silber Harrid.

El *mahawk* negro estaba representado por una T mayúscula coronada por un círculo, en recuerdo del *ankh* egipcio, el símbolo de la vida. El cuarto de los Arcanos Mayores: el Emperador. Imre Keller se sentaría allí, rodeado de los suyos.

El lugar del *mahawk* rojo estaba marcado por un círculo que contenía dos círculos más y un punto central, el buje, alrededor del que podría girar toda la estructura si fuera tridimensional. Cuatro círculos concéntricos: la Rueda de la Fortuna. El Shane, que también encarnaba el caos y estaba representado por el Loco, se sentaría allí hasta que tuviera que actuar como contrincante y contrapeso del nexo. Entonces Arek, el recién nacido, ocuparía su lugar.

A izquierda y derecha de los *mahawks*, Él fue disponiendo los nombres de los otros conclánidas mientras Arúa y Yerek iban colocando los elementos y las piedras: aire para el clan blanco, en forma de pequeñas toberas engastadas en cuencos de cristal tallado que darían un flujo constante mientras duraran las sesiones, y hermosas piedras luna de misterioso brillo; arena para el clan rojo, traída del desierto de Namib, junto con grandes rubíes que parecían gotas de sangre cristalizada; fuego para el clan negro, en pequeños cuencos de obsidiana, junto con grandes ónices tan negros y pulidos que reflejaban las llamas en su superficie.

Después, en lugar de espadas, largas y molestas, se colocaron los puñales para simbolizar al clan blanco, las ramas llenas de brotes —los bastos— del negro, y los discos de oro puro que representaban a los rojos.

Mientras tanto toda la mesa brillaba como un espejismo reflejando los colores en

las superficies de cristal y de piedra pulida.

Por último, de la tercera mochila, extrajeron los holocubos que cada clan había enviado con una imagen de sus miembros, una por clánida, y fueron colocándolos en sus lugares. Al parecer, antiguamente, se había encargado una miniatura a un prestigioso pintor y, si el cónclave hubiera tenido lugar a principios del siglo XX probablemente se hubiera usado un daguerrotipo o una de las primeras fotografías. Pero Él había pensado que lo más adecuado era usar lo mejor que podía ofrecer la técnica del momento presente y había pedido a sus conclánidas que le enviaran un holograma en un cubo de metacrilato. Ahora, veintidós cubos donde flotaban imágenes fantasmales de los veintidós clánidas destellaban bajo la luz de colores cambiantes, reflejando el fuego de los cuencos, que oscilaba con el aire procedente de las toberas engastadas en un cristal tan tallado que salpicaba de arco iris todo el entorno.

Los holocubos de Eringard y Bianca habían sido hechos a partir de fotografías; el de Eringard incluso tomando como base la foto de un retrato al óleo, pero parecía que todo estaba bien porque la estrella las había aceptado.

Él estaba algo confusa. Al pensar en el arcano que siempre había correspondido a Bianca, la Fuerza, sabía que tenía que adjudicárselo a otro clánida, dado que Bianca había muerto dos años atrás, pero muy dentro de su alma no sentía el vacío que hubiera indicado la desaparición de su amiga y le hubiera permitido pasarle ese arcano a su hija, Lena, que entonces tendría, como el Shane, una doble función.

De algún modo sentía que la imagen de Bianca debía formar parte del cónclave, como la de Eringard, a quien nadie había visto en siglos, y la de Ragiswind, también recuperada de la foto de un retrato de la época barroca.

Sin embargo, hacía mucho ya que Imre había aceptado la responsabilidad de ser *mahawk* de su clan, al desaparecer Ragiswind, y Él no conseguía decidirse. Colocó en su lugar el holocubo de Luna, el conclánida recién recuperado. ¿Debía poner también el cubo del conclánida desaparecido? Dudó un instante, buscó dentro de sí misma y acabó por colocar el de Ragiswind. El resplandor dorado de la mesa se intensificó durante unos segundos.

El pentagrama parecía darle la razón de momento. Luego, cuando todos los sitios estuvieran ocupados y esos tres quedaran vacíos, ya verían qué se podía hacer.

Él colocó el holocubo que representaba al nexo en la última y solitaria punta del pentagrama y, con un último roce de dedos, se apartó de la mesa.

No había más indicaciones en el manuscrito. A partir de ahí, ya no sabía qué podía suceder. Probablemente nada, porque ya estaba todo en su lugar y la sinfonía de luz dejaba bien claro que había sido un éxito.

Joelle, Arúa y Yerek se quedaron un momento más contemplando la belleza del lugar: el pentagrama cuajado de símbolos de poder, destellando en la oscuridad de la



burbuja que lo acogía, los sitios preparados para que los conclánidas se reunieran por primera vez en mil años, las mesas adyacentes esperando a ser ocupadas por los demás conclánidas y sus familiares. Hacía mucho que no habían visto nada tan solemne, tan hermoso, y todos se sentían la garganta apretada de emoción.

En ese instante, justo antes de que se volvieran hacia la salida, comenzó una vibración que al principio ni siquiera parecía un sonido; era simplemente una ligera trepidación que se hacía sentir en los huesos que vibraban en sintonía como un diapasón, en el vello del cuerpo que se alzaba creando una ola de cosquilleos por encima de la piel. Los tres se miraron, inquietos.

Lentamente, la vibración fue convirtiéndose en sonido, un sonido que recordaba el de una guitarra eléctrica o un teclado digital y que no acababa de convertirse en música, sino que parecía una extraña fanfarria destinada a llamar la atención, como si anunciara algo que estaba a punto de suceder.

Los tres se quedaron inmóviles, como si hubieran sido convertidos en piedra, con un temor a lo desconocido agazapado en la boca del estómago, mientras en el centro del pentagrama, flotando a unos cinco metros de la superficie, empezaba a aparecer una forma luminosa, difusa, que se iba coagulando poco a poco en unos contornos reconocibles.

Unos segundos después, la figura se desplegaba ante sus ojos fascinados: una inmensa esfinge alada, con cabeza humana o angélica de largos cabellos peinados hacia atrás por un viento inmaterial, poderoso cuerpo de toro, y garras y cola de león. En la mano empuñaba una espada y sus ojos, llenos de luz, parecían contemplar algo que a los clánidas les estaba vedado.

Él tragó saliva y, siguiendo un impulso atávico, estuvo a punto de arrodillarse, como habían hecho sus compañeros.

—Levantaos —dijo en voz baja, pero firme—. No puede vernos. Es sólo un símbolo, una representación de los cuatro clanes. Una muestra de que lo hemos hecho bien y todo puede dar comienzo.

Yerek y Arúa se levantaron aún algo temblorosos, deseando salir de allí, temiendo que la poderosa figura volviera los ojos hacia ellos y los abrazara con su mirada.

—¿Qué es eso? —preguntó Yerek, con miedo en la voz.

—Creo que podría ser una representación visual de lo que en los textos más antiguos llaman el Anima Mundi y que nadie sabe exactamente qué es.

—¿Por qué una esfinge, Él? —preguntó Arúa.

—El cuerpo de toro representa al clan rojo, al elemento de tierra; las garras y la cola de león son fuego, el clan negro; el rostro de hombre o de ángel atlante es símbolo del clan blanco, el aire; las alas de águila somos nosotros, el elemento acuático, el clan azul. Y lleva una espada porque es el palo del clan blanco, el clan de nacimiento del nexo. Todo coincide.

—Entonces —concluyó Arúa—, si es como tú lo acabas de explicar, el Anima Mundi somos nosotros. Todos los clanes reunidos en un solo ser.

—Todos los clanes reunidos —repitió Joelle para sí misma, como saboreando el significado de la frase—. Es muy posible, conclánida. Por de pronto, parece que hemos conseguido atraerlos a todos, y tenemos un nexo. Con un poco de suerte, esta vez lo lograremos.

Se abrazaron en silencio y, con rapidez, volviendo la cabeza de vez en cuando, se dirigieron a la salida, felices de que todo hubiera salido bien y, sobre todo, íntimamente aliviados de haber sobrevivido a los preparativos del cónclave.

Y ahora, menos de veinticuatro horas después, Él estaba preparada, recién bañada y perfumada, vestida enteramente de azul como exigía el protocolo, esperando a que fueran llegando todos los conclánidas al punto de mediodía.

Una semana atrás habían debatido cómo vestirse y, aunque primero habían pensado seguir la tradición y encargarse pesadas ropas decimonónicas, de crinolinas y grandes faldas para las mujeres y levitas y chalecos para los hombres, al final se había impuesto la razón y habían decidido que cada uno eligiera a su gusto. La mayoría había escogido no apartarse de su ya larga costumbre de vestir a la usanza de la zona del mundo donde habían decidido vivir, de manera que ella llevaba un *sarong* en dos tonos de azul, flores de un azul muy pálido en el pelo y la melena surcada de mechas violáceas sobre el gris de sus cabellos. Pero suponía que el resto de los clanes sería más conservador, especialmente el rojo.

Sonrió para sí misma. Estaba deseando que llegara el momento de verlos reunidos en la cúpula del cónclave. Sería como un vislumbre de la corte feérica.

Suspiró, sonrió otra vez y en seguida volvió a fruncir el ceño.

Todavía tenía un temor oculto con respecto a Lena. Era testaruda, había sido educada con *haito* y por *haito*, tenía un carácter tan fuerte como el de Bianca y era más que posible que hubiese heredado la inflexibilidad de Imre. Cuando se marchó de la isla había dicho que no pensaba colaborar y Nils todavía no le había hecho llegar ninguna noticia de sus intenciones, de manera que no sabía si había conseguido convencerla. Sin embargo, el clan blanco había comunicado que asistirían todos y traerían al nexo.

Esperaba que así fuera y que no hubiera problemas.

En cualquier caso, ya le parecía descubrir en el horizonte la silueta de un gran yate oscuro, precedido por una de las lanchas del clan blanco. El primero de los clanes se acercaba.

—Joelle —dijo una voz detrás de ella, sacándola de su contemplación—. Siento molestarte, pero el *mahawk* blanco acaba de llegar y quiere verte.

—¿Ha llegado el clan blanco? —preguntó, sorprendida, ya que no los había visto acercarse a la isla.

—No. Sólo él. Ha llegado en helicóptero hace unos minutos. No sé lo que quiere, pero tiene esa mirada letal que se dice que tenía cuando era Silber Harrid. Huele a muerte y a destrucción, Él. No sé lo que quiere, pero sé que es peligroso. No te quedes sola con él.

Él suspiró. Lasha era la Torre, el arcano que trae la catástrofe y la destrucción, pero cuyo aspecto positivo es el nuevo comienzo, el destruir para reedificar.

—Ven conmigo, Nagai —dijo con dulzura—. No hagamos esperar a nuestro invitado.



## Blanco. Atlantis

En el hidroavión que los llevaba a Atlantis, Lena apoyaba la frente en la ventanilla, recordando la otra vez, cuando había llegado a la isla al amanecer sin saber adónde iba ni para qué. Ahora todo era distinto, estaba con Dani, sabía para qué iba, sabía a quién iba a encontrar y, sin embargo, tenía mucho más miedo que la vez anterior.

Lo primero que tenía que hacer era hablar con Él y dejarle muy claro que el clan blanco no entregaría a Arek si no era a cambio de Max. No necesitaban saber cuál de los clanes lo había secuestrado, cosa que no le constaba a nadie pero era una suposición bastante probable y, después de haberlo aclarado con los miembros de su propio clan, Lena estaba dispuesta a dar ese ultimátum: si Max no aparecía, ella no tomaría parte en las conversaciones.

Emma se lo había puesto muy difícil al principio; no estaba dispuesta a arriesgar todos los planes de *karah* por un miserable *haito* que había perdido su razón de ser con la muerte de Bianca, pero Lena se había mantenido firme y al final habían tenido que ceder.

Otra cosa que le preocupaba era la idea de encontrarse con Nils. Aún le quemaban las palabras del mensaje que le habían dado en el hotel el mismo día de su llegada de Koh Samui, cuando después de que Joseph y Chrystelle les hubieran contado la leyenda de Atlantis, ella se había marchado de la piscina, realmente furiosa por la manera que tanto *karah* como sus familiares tenían de referirse a los humanos normales.

Al salir de la ducha, aún medio enfadada, una llamada en la puerta le había hecho pensar que podía ser Dani y, después de considerarlo unos momentos, había decidido abrir. Quizá venía a pedirle perdón, a explicarle lo sucedido o a decirle simplemente que la quería. No estaba dispuesta a perdonarlo así como así, pero al menos podía escuchar lo que tuviera que decir.

No era Dani; era un botones del hotel con una hoja de papel doblada.

—Mensaje para la señora. Recibido por *e-mail* con el ruego de entrega inmediata. Le cerró la puerta en las narices y desplegó el papel. Estaba escrito en alemán,

probablemente para evitar que el personal del hotel pudiera leerlo con facilidad, como habría sido el caso si hubiera estado escrito en inglés.

«Si te has enterado de lo que pasó en Shanghai entre Daniel Solstein y yo, y estás celosa por lo que pueda haber sucedido, puedes dejar de preocuparte. No tengo por costumbre copular con *haito*; aún no he caído tan bajo. Me limité a hacer que me deseara cumpliendo una promesa hecha a un conclánida que quería tener el campo libre para poder conquistarte, para poder conquistar y así manipular al **nexo** (la palabra estaba subrayada y en negrita). A cambio de mi colaboración me ofreció darme un hijo. Ahora se niega a cumplir su parte del trato, alegando que yo no he cumplido la mía. Supongo que sabes de quién te hablo. Quería que lo supieras, conclánida. ¡Honor a *Karah!*».



## Alix Black

Fue como una puñalada y, a la vez, como un dolor esperado, conocido. Siempre, desde cuando aún lo llamaba Lenny y creía que era un chico normal, había pensado que era un egocéntrico y que todo lo que hacía obedecía a un motivo ulterior que lo beneficiaba. Sin embargo, todas las veces que se habían encontrado, Nils le había hecho sentir que la quería de verdad, que sus sentimientos eran reales, auténticos. Incluso le había salvado la vida, arriesgando la suya.

Sin embargo, aquella nota de Alix que rezumaba veneno y que quizá en otro momento le habría parecido sólo una venganza, la invención de una mentira para hacerle daño tanto a ella como a Nils, ahora le parecía que tenía visos de verdad. Había algo en la formulación, en el mensaje, que sonaba totalmente sincero.

Quizá por eso la noche en que vio a Dani y Alix besándose en el Cloud 9, la noche de la lluvia violeta, Nils llegó tan de prisa al Bund, donde estaba ellateniéndose lástima y dejándose mojar por la llovizna hasta que él apareció para abrazarla.

Nils podía haberlo organizado todo y luego haber esperado el momento propicio para acudir en su ayuda. Sonaba posible. Dolía lo suficiente como para creer que había sido así. ¿Lo había hecho para recuperarla, para quitársela a Daniel, o había sido lo que Alix insinuaba en su nota, que lo único que Nils quería era asegurarse de que el nexo estaba bajo su control por la fuerza del amor y del deseo? Y a cambio estaba dispuesto a procrear con esa Alix. Sintió una sensación de asco apoderarse de ella, y no sólo asco; por mucho que lo detestara, podía reconocer con toda claridad que también sentía celos cuando pensaba en Nils, su Nils, su Lenny, acostándose con esa víbora de piel perfecta y ojos de color violeta.

Siempre que estaban solos, las pocas veces que había sucedido, Nils era dulce, cariñoso, ligeramente gracioso sin llegar nunca a tomarle el pelo de un modo vulgar, como había sido tan frecuente en Innsbruck cuando estaba con chicos de su misma edad. Sin embargo, cuando había aparecido en Koh Samui a buscarla, Nils había actuado de un modo absolutamente arrogante y posesivo, dejando claro que él era

ahora su novio y el único que podía besarla en público. Eso abonaba la hipótesis de que sólo quería tener el control.

¿O era un típico comportamiento de macho marcando su territorio frente a un rival?

En cualquier caso, detestable.

Pero no todo era negativo. La nota le había hecho ver que Dani podía tener razón cuando decía que las cosas no eran como parecían, que tenía que darle una oportunidad.

De hecho, no había sido sólo la nota, sino la breve conversación que había tenido con Ritch, quien se había pasado por su cuarto a ver si ya le había mejorado el enfado de la piscina. Ella le había enseñado el mensaje de Alix y su único comentario había sido: «¡Será puta!», lo que a ella le había arrancado una sonrisa.

—No voy a decirte lo que tienes que hacer —había añadido él—. Al fin y al cabo eres el nexo y yo no soy más que un familiar recién pescado que aún no se entera de la mitad de la película, pero, yo de ti, le daría a Daniel un voto de confianza. Es un tío legal. Y te quiere. Es un simple *haito*, eso sí, y tú eres *karah*, como ese tipo del clan negro. Pero tú verás.

Entonces ella le había pedido que se pasara por el cuarto de Dani y le dijera que quería verlo en el jardín. Antes de que se fuera le había dicho:

—Gracias por todo, Ritch, pero tengo que pedirte otro favor. No le cuentes nada de esto a Dani. —Arrugó el papel en el puño—. ¿De acuerdo?

Y él asintió, le apretó el hombro y se fue a llevar el mensaje a Daniel.

Ahora, en el avión, Lena le daba vueltas y vueltas a aquella nota, asustada de encontrarse de nuevo con Nils, pensando en qué le diría, cómo se saludarían al encontrarse, qué vería en sus ojos cuando se cruzaran sus miradas.

—¿Qué te pasa, cielo? —preguntó Dani en ese momento, sintiendo lo tensa que estaba y cogiéndola de la mano.

—Tengo miedo. —Lena apoyó la cabeza en el hombro de él.

—Si te sirve de algo, yo también.

Se sonrieron y, en ese momento, el avión escoró violentamente y el piloto empezó a descender para el amerizaje.

—Mira, Dani —dijo Lena en un susurro—, ahí está. ¡Atlantis!



## Negro. Azul. Atlantis

El primero en llegar fue el clan negro. A bordo del *Black Shadow*, el gran yate que los había estado esperando en Galápagos para que los clánidas pudieran embarcarse allí, llegaron los cuatro miembros supervivientes del clan que en otros tiempos había sido el más grande y poderoso. Ahora sólo quedaban Alix, Luna, Nils, y su *mahawk*, Imre Keller.

Habían estudiado cuidadosamente los pocos documentos que conservaban en relación con la historia de su clan y habían llegado a la conclusión de que era remotamente posible que hubiese aún una clánida perdida en algún lugar del mundo que tal vez hubiera oído los rumores de un cónclave, pero no era muy probable porque *karah* limitaba mucho el alcance de los círculos donde era posible oír ese tipo de rumores. Según el diario familiar, conservado en la biblioteca de la casa de Imre, la última vez que habían sabido de ella había sido a finales del siglo XVIII, cuando la Revolución francesa los había forzado a marcharse de Europa, en tiempos del nacimiento de Nils.

Al llegar a Estados Unidos se había instalado como todos sus conclánidas primero en Boston y luego en Nueva Orleans hasta que, unos años más tarde, en un viaje al Oeste, había desaparecido sin dejar rastro. Cuando desapareció, su nombre era Jeanette de la Ferrière. Desde entonces no habían vuelto a saber nada de ella y ya casi la habían olvidado.

También habían llegado a la conclusión de que Eringard, a quien siempre habían creído una de los suyos, perdida desde hacía siglos y eterna compañera de Ragiswind, pertenecía realmente por nacimiento al clan azul. Quizá ellos supieran algo de su paradero, aunque era muy poco probable, dado la avanzada edad que ambos tendrían si seguían vivos.

Nils había informado a sus tres conclánidas de que había colocado mensajes encriptados en los lugares a los que, eventualmente, Ragiswind o incluso Eringard y Jeanette podían tener acceso, y que hasta el momento no había recibido noticia



ninguna.

De manera que eran sólo cuatro cuando desembarcaron en el muelle de Atlantis y fueron recibidos por cuatro conclánidas azules mientras los restantes miembros del clan azul, junto con sus familiares, contemplaban la escena desde los pabellones para los invitados.

Imre Keller, Alix Black, Nils Olafson e Iker Mendívil, como se llamaba ahora el recién recuperado Juan de Luna, iban vestidos con ropas modernas, pero, honrando su clan, totalmente de negro, mientras que Joelle, Yerek, Arúa y Nele iban vestidos con *sarongs* azules, flores y collares en toda la gama del azul y el índigo.

Se saludaron primero de modo formal y luego con más familiaridad, mientras caminaban en grupo hacia los *bungalows* donde estarían hospedados.

—Yo dormiré en el yate, Joelle, espero que no lo tomes como un insulto a tu hospitalidad, pero no aguanto este falso ambiente de «paraíso natural con todas las comodidades de la civilización». —En el tono de la mujer se oían con claridad las comillas, pero Él contestó como si no hubiera ningún tipo de ironía en el comentario.

—Como quieras, Alix. Nuestro único deseo es que os sintáis cómodos mientras dure el cónclave.

Imre lanzó a su conclánida una mirada oscura, pero guardó silencio.

Él lo llevó discretamente aparte para pedirle unos minutos de su tiempo lo antes posible. De *mahawk* a *mahawk*.

—Podemos hablar en este mismo momento, si quieres, antes de que llegue todo el mundo y tengas que atender al resto de tus invitados —contestó Imre. Joelle asintió con la cabeza y el Presidente fue a excusarse con su gente y regresó de inmediato.

—Aquí me tienes.

—Es sólo un minuto y te ruego que me escuches sin ofenderte.

Imre enarcó una ceja.

—Tengo que comunicar a todos los *mahawks* una curiosa petición del nexo, a través del clan blanco —continuó Él.

—Tú dirás.

—Quiero que conste que ni yo ni nadie acusa al clan negro y que voy a decirles exactamente lo mismo a los otros *mahawks*. De hecho ya he hablado con el blanco. —Se aclaró la garganta—. Voy al grano: el nexo ha comunicado que no participará en las conversaciones hasta que el *haito* que la crio, el que ella creyó su padre hasta hace poco, Max Wassermann, no se reúna aquí con nosotros.

La expresión de Imre no cambió.

—¿Y qué te hace pensar que nosotros sabemos dónde está?

—Ya te he dicho que estoy hablando con todos los clanes. Hay que encontrar a ese hombre o Lena no colaborará, y la muchacha es terca como una mula, Imre.

—No me explico de quién puede haberlo heredado —dijo, con una leve sonrisa a

la que Joelle respondió de inmediato. Tanto él como Bianca eran conocidos por su terquedad.

—Por favor, si lo tenéis vosotros o si sabéis dónde encontrarlo, no pongáis trabas. La muchacha no sólo no participará en los debates, sino que el clan blanco tampoco devolverá a Arek, el bebé rojo, a su clan. Y entonces, lo que podría ser el principio de la realización de nuestro más largo sueño se convertirá en una guerra.

—Soy consciente de ello, Joelle. Veré qué puedo hacer. Tenemos contactos. Podemos buscar.

—Entonces hacedlo cuanto antes, conclánida. Cuanto antes. Si fuera posible..., si Max Wassermann apareciera..., podríamos empezar esta misma noche. Todo está preparado.

Ambos inspiraron profundamente.

—Hace siglos que sueño con este instante, Joelle.

—Todos nosotros, Imre. ¡Qué pena que Bianca ya no esté!

Imre cerró los ojos con fuerza, apenas un segundo. Cuando volvió a abrirlos, su rostro volvía a estar sereno.

—Pensaremos en ella. La honraremos con nuestro recuerdo. Primero es *karah*. ¡Honor a tu clan!

Dejándola allí parada, bajo las palmeras, Imre se marchó a buen paso a reunirse con los suyos. Nadie que no lo conociera como Joelle se habría dado cuenta de su dolor.



## Rojo. Azul. Atlantis

El clan rojo fue el segundo en arribar a la isla, en un gran velero de casco granate, alquilado en Santiago de Chile y pilotado por Miles, más una tripulación de tres marinos contratados para la ocasión en lo que probablemente sería su último viaje, porque el clan los consideraba totalmente prescindibles una vez cumplida su misión.

En la actualidad el rojo era el clan más numeroso y estaba compuesto por Flavia Brunelleschi, Miles Borman, Gregor Kaltenbrunn, Dominic von Lichtenberg, Eleonora Lavalle, Mechthild Kaiser y el Shane, su *mahawk*. Más Arek, su miembro más joven y que no se encontraba todavía con ellos.

Fueron recibidos en el muelle con la misma cortesía, formal primero y familiar después, con la que Atlantis había acogido al clan negro y, del mismo modo, en cuanto fue posible, Joelle se apartó unos pasos con el Shane, que iba vestido con una larga falda rojo oscuro de inspiración samurái sobre una especie de quimono de un rosa palidísimo, y parecía más que nunca un espantapájaros peligroso y macabro.

—¡Honor a tu clan azul y a tu Atlantis, bella Joelle! Debe de hacer siglos de la última vez que nos vimos —dijo el Shane mirándola fijamente con sus ojos rojos.

—Muchos, Shane.

—Casi no me acordaba de esta isla.

—Sin embargo, tú eres el único que estuvo presente en el cónclave anterior, antes de que los demás nacióéramos.

—Si me estás llamando viejo, tienes toda la razón. —Soltó una carcajada chillona que contagió a los pájaros y consiguió que los monos salieran despavoridos hacia la selva de la colina cercana—. Pero Harrid, Lasha, es también de mi edad; lo que pasa es que no quiso asistir la otra vez. ¿Ha venido ahora?

Joelle asintió con la cabeza.

—¡Qué raro! Se estará volviendo senil... Dime, conclánida, ¿qué querías de mí o de mi clan?

Joelle le resumió la situación de la misma manera que se la había expuesto a Imre poco antes.

—¡Vaya, vaya! Empezamos bien..., Un chantaje, nada menos. Primero un secuestro y ahora un chantaje..., *Karah* siempre superándose a sí misma.

—Espero que no lo veáis así, conclánida. Se trata de eliminar todas las fuentes de conflicto antes de comenzar. Vosotros queréis, con todo el derecho y la razón del mundo, que se os devuelva al pequeño. El nexo quiere que se le devuelva a su padre.

—No es su padre. Es *haito*. Es, como mucho, familiar.

—Lo sabemos, Shane, pero Bianca educó al nexo como *haito* y, aunque está aprendiendo rápido, hay ciertas cosas que aún son importantes para ella.

—Como puedes suponer, Joelle, no tengo nada en contra, ni yo ni mi clan. Sólo podemos salir ganando. El problema es que nosotros no tenemos a Wassermann, o al menos no creo. —Volvió a reírse estrepitosamente—. No puedo jurarlo porque últimamente nadie me cuenta nada. —Bajó la voz y se inclinó hacia el oído de Él—. Creen que estoy loco, ¿sabes? Yo he hecho lo que he podido para afianzar el rumor, lo reconozco... En cualquier caso, me informaré. Pondremos de nuestra parte. Por cierto, ¿ha venido la dulce Beatriz?

—¿Beatriz?

—La más hermosa joya del clan blanco, al menos hace cuatro o cinco siglos. Creo que ahora se llama Emma.

—Aún no ha llegado, pero ha confirmado su presencia.

El Shane se frotó las manos, entusiasmado.

—¡Bien! ¡Muy bien! Hace también mucho tiempo que no la he visto.

Se giró para marcharse y volvió sobre sus pasos.

—Dime, Él, con toda sinceridad. ¿Crees que esta vez tenemos posibilidades? ¿Crees que lo conseguiremos? —Inclinaba la cabeza hacia un lado, como un pájaro loco y curioso mirando intensamente al gusano que piensa tragarse.

—Sí, Shane. Creo que sí —dijo ella, firme, mirándolo de frente, tratando de adivinar qué se ocultaba tras la chispa que acababa de aparecer en sus ojos, una chispa de gozo calculador y maligno, por lo que le había parecido.

—Bien —concluyó, satisfecho, antes de alejarse—. Entonces ha valido la pena esperar.



## Blanco. Azul. Atlantis

El clan blanco llegó cuando los otros dos ya se estaban instalando en sus pabellones. El hidroavión que los traía amerizó frente a la costa de Atlantis y se acercó todo lo posible hasta los botes que esperaban a los recién llegados: Emma Uribe, Albert de Montferrat, Tanja Kurova-Gutridottir y Aliena Wassermann, acompañados de sus familiares: Joseph y Chrystelle Fleury, Richard Brown y Daniel Solstein. Willy se había quedado en Bangkok con el pequeño Arek y suficiente alimento como para resistir casi una semana. También los *traceurs* seguían en la capital tailandesa, aguardando a que Lena los llamara cuando pudieran reunirse con ella en la isla.

Como era de esperar, todos vestían de blanco, ropas cómodas de lino y algodón para viajar. Si alguien extraño a los clanes los hubiera visto llegar al muelle y ser recibidos por el clan azul, habría creído que se trataba de una reunión de viejos hippies o de una boda tropical para adeptos a la New Age. Unas horas más tarde, al caer la noche, habría revisado su opinión, pensando que se trataba más bien de una fiesta de disfraces organizada por los miembros más ricos e influyentes de la *jet set* internacional. Y, aunque no habría sido exacto, no se habría apartado mucho de la verdad. En aquella isla se habían congregado los auténticos amos del planeta, aunque nadie lo supiera con tanta exactitud porque si *karah* apreciaba algo en el mundo era la discreción, que garantizaba desde siempre su supervivencia.

Emma y Joelle se saludaron con un afecto que, sin embargo, no acababa de enmascarar un toque de rivalidad. Ambas habían querido mucho a Bianca y en ocasiones habían competido por su atención y su confianza. Ahora ambas sabían que su muerte las unía más de lo que pudiera separarlas el pasado, pero aún no se habían acostumbrado a la idea.

—Nunca creí que llegara por fin este momento —dijo Emma, alzando los ojos hacia las palmeras que se balanceaban en la brisa cálida—. Llevo tanto tiempo sola, encerrada con lo que queda de mi clan entre los hielos del norte que ya no me atrevía a creer en la posibilidad de este milagro.

—Así nos sentimos casi todos, Emma.

—¿Has hablado con los otros *mahawks* por el asunto de Max Wassermann?

—Con todos.

—¿Y?

Joelle se encogió de hombros.

—Nadie se ha dado por aludido, pero tengo la esperanza de que todo se arregle rápido. Dominic y Eleonora, del clan rojo, ya han protestado enérgicamente por el asunto de su hijo. ¿Lo habéis traído?

—No. Sigue en Bangkok. Cuando aparezca Max, vendrá Arek. Ese es el trato que nos ha impuesto la mocosa insufrible.

—Es el nexo, conclánida.

—Lo sé, lo sé, y por eso aguanto, aunque a veces me cuesta, de verdad. —Hizo una pausa y cambió de tema—. Ha venido Lasha, por lo que has dicho.

—Sí.

—¿Cómo lo has encontrado? —Emma se había colgado del brazo de Joelle y, juntas, caminaban hacia los pabellones donde estaban sus alojamientos. Parecían de generaciones diferentes porque Emma había tenido que rejuvenecer considerablemente para poder pasar por madre del bebé, y Joelle se había acostumbrado a verse a sí misma con aspecto de mujer de sesenta años, con su melena canosa y sus arrugas en torno a los ojos.

—Mal, conclánida, muy mal. No sé si él mismo lo sabe, pero me temo que está llegando al final.

Emma se quedó parada y la miró fijamente.

—¿Tú crees?

—No sería de extrañar, Emma. Debe de tener mil cien o mil doscientos años..., casi ningún *karah* llega a tanto.

—Es difícil imaginar al clan blanco sin él. Tendremos que elegir un nuevo *mahawk*.

—Tú eres el siguiente *mahawk*. ¿Quién, si no?

—Ahora está Lena —dijo Emma con cierta amargura, mirando por encima del hombro para asegurarse de que nadie estuviera escuchando.

—Ella es el nexo. A ti te corresponde ser *mahawk*.

—¿Lo dirás así cuando se plantee la cuestión? Tú eres quien más sabe de estas cosas; todos te respetan.

—Por supuesto que lo diré así, Emma.

Siguieron caminando despacio, perdidas en sus pensamientos, oyendo a Lena comentar a los dos jóvenes familiares del clan blanco los lugares por donde pasaban y que ella ya conocía.

—Emma...

—¿Sí?

—Un pequeño problema... O no. Más que nada un fastidio, un inconveniente que podría retrasarnos un poco. —Hizo un par de segundos de pausa y la miró a los ojos para no perderse su reacción—. Lasha me ha pedido que probéis delante de los cuatro clanes que Lena es efectivamente el nexo. Según él, si lo es, llevará una marca reconocible por todos. ¿Sabes algo de eso?

Emma negó con la cabeza.

—Lasha no hace más que complicar las cosas en lo posible. Ha estado en contra de esto desde el principio; pero me temo que tiene derecho a pedirlo. Hablaré con Lena.



## Nexo. Negro. Atlantis

—Lena, ¿puedo hablar contigo?

Nils, con unas gafas de sol impenetrables, vestido de negro, y aspecto de tener quizá algo menos de treinta años, interceptó a Daniel y a Lena cuando, después del almuerzo, salían del comedor para retirarse un rato.

El clánida miraba sólo a Lena, como si Daniel no fuera más que una mochila colgada del hombro de la muchacha.

—Perdona, Dani, nos vemos en seguida. Espérame en el cuarto.

Daniel hizo lo posible para que su expresión no mostrara la rabia que sentía. Ella le dio un ligero beso en los labios como despedida y se volvió hacia Nils, sabiendo que acababa de ponerse pálida y odiándose por ser tan transparente.

—Dime, Nils.

—Por fin lo has elegido a él, ¿no es cierto? A pesar de todo.

Lena echó a andar hacia la playa, para alejarse del comedor donde había demasiados ojos curiosos para su gusto. Se sentía metida en un papel que no era el suyo, repitiendo la vida de su madre, su indecisión y su angustia, dividida entre dos amores, dos deseos, dos futuros quizá absolutamente distintos. Nunca había creído que alguna vez en su vida pudiera verse envuelta en una situación de triángulo, tan tópica, tan idiota, tan manida a lo largo de los siglos de literatura, de tragedias y comedias y películas tontas. Siempre había pensado que cuando se enamorara sería de verdad, sin dudas, para siempre.

¿Qué era ella para Nils en el esquema de los Arcontes?, se preguntó, tratando de comprender qué le estaba pasando. Se esforzó por recordar y la imagen acudió a su mente con tanta claridad como si la estuviera viendo en una pantalla: él era el arcano número VII, el Carro, el héroe que emprende su camino, el comienzo esperanzado de una gran aventura, el hombre libre y valiente que sale a conseguir lo que desea. La extrañaba tener esos conocimientos, saber con toda seguridad lo que acababa de formular para sí misma. Al parecer, las enseñanzas de Sombra empezaban a revelársele poco a poco.



¿Y ella? ¿Qué era ella enfrentada a él? El arcano XVI: la Torre. Se mordió el interior de las mejillas para no gritar. La catástrofe. La destrucción de todo lo conocido. Inspiró profundamente. Pero, a la vez, el comienzo de algo diferente, la tabula rasa de la que partir para crear un orden nuevo. Positivo y negativo, como todo en la vida.

Se rodeó con los brazos fuertemente, para que él no viera su temblor.

—Sigues llevando mi anillo —dijo él, entonces, maravillado.

—Ya te dije que lo llevaría, aunque la situación no sea nada fácil.

—Y yo te dije que sólo me ata a mí. No creas que lo he olvidado. No te reprocho nada.

En los días pasados junto a Dani, Lena casi había conseguido creer que su elección había sido la única correcta, que Nils era sólo un *karah* egocéntrico y vanidoso, hambriento de poder; una especie de viejo manipulador mentiroso disfrazado de joven para engañarla.

Sin embargo, ahora que lo veía junto a ella, con el rostro tenso y demacrado, con esa vibración eléctrica en su cuerpo que decía bien a las claras que estaba haciendo uso de todo su autocontrol para no cogerla en brazos y llevarla consigo a algún lugar donde no importara nada salvo ellos dos, no podía dejar de quererlo y desear entregarse a su amor. Algo en su interior le decía que Nils era *karah* como ella y la atraía con la fuerza de la naturaleza más elemental.

Pero Dani era su compañero del alma, su primer amor, el chico que se había comprometido por ella hasta el punto de beber su sangre y convertirse en algo monstruoso a sus propios ojos. Sólo por ella. Para poder estar juntos.

Ella era el nexo, algo absolutamente distinto a todo y a todos. ¿Por qué no podía simplemente quererlos a los dos, tenerlos a los dos? ¿Por qué estaba destinada a un sacrificio extremo y a la vez tenía que vivir y comportarse como si fuera una chica normal?

—Nils, por favor... —dijo ella tan bajito que él tuvo que inclinarse para oírla—. Dame un respiro. Todos esperan tanto de mí... No puedo ser el nexo y, a la vez, una chica sin más, rota en dos mitades. Por favor... —Los ojos se le llenaron de lágrimas y le dio la espalda para que él no la viera llorar de ese modo.

—Entonces —susurró; su voz era puro terciopelo y sus labios estaban tan cerca que sentía su aliento cálido en el cuello, en la oreja—, entonces, aún te importo un poco; aún puedo tener esperanza.

—Ay, Nils, por favor..., no puedo más.

Él la cogió muy suavemente por los hombros, dándole tiempo para que decidiera si quería aceptar su abrazo, y la volvió de frente.

—Dime que aún me quieres, aunque sólo sea un poco. Dime que aún puedo esperar y te juro dejarte en paz mientras dure el cónclave, para ayudarte. Si crees que

ahora necesitas más al... —había estado a punto de decir «*haito*» pero se controló a tiempo porque sabía que ella detestaba esa forma que *karah* tenía de tratar a los de fuera—, a Daniel, puedo entenderlo. Él no es *karah*, y eso te evita a ti problemas de lealtades. Lo comprendo. Lo respeto. Pero, por favor, por favor, Lena... dame algo que me permita esperar sin volverme loco.

—¿Cumplirás tu promesa a Alix mientras esperas? —No sabía por qué lo había dicho pero, en cuanto las palabras salieron de su boca, supo que había sido un error. Acababa de cumplir su destino como arcano XVI.

Nils se puso rígido de golpe y los labios empezaron a temblarle.

—Lo siento, Nils, lo siento. —Lena lo abrazó fuerte; él siguió rígido, con los brazos colgando como una marioneta de madera y la vista perdida en la selva por encima del hombro de ella—. Perdóname. Me hizo tanto daño enterarme que..., no sé..., que quería que te doliera a ti también.

—La mataré, Lena. La mataré por lo que nos ha hecho. Tendría que haberla matado hace mucho. —Se apartó de ella y empezó a alejarse de espaldas, para poder seguir mirándola—. Cuando acabe el cónclave, hablaremos. Ahora tienes que concentrarte. No puedo quitarte tiempo ni concentración. Eres el nexo, *karah* te necesita. Primero es *karah*.

—¡Nils! ¡Nils! —llamó ella, desesperada. Él seguía alejándose. El tableteo de un helicóptero acercándose con rapidez se tragaba los gritos de Lena—. ¡Nils, escucha! ¡Escúchame! ¡Te quiero!

Sus palabras se perdieron en el fragor de un helicóptero que aterrizaba en la plaza central. Cuando volvió la vista al sendero, Nils ya no estaba.



## Nexo. Haito. Atlantis

El helicóptero volvió a levantar el vuelo y, cuando el polvo y la arena empezaron a posarse de nuevo, a través de las lágrimas y la neblina de tierra en suspensión, Lena creyó ver una figura masculina que la hizo echar a correr, desesperada, hacia él.

—¿Lena? —preguntó el hombre sin poder creer lo que veía. En algún momento, no sabía cuándo porque le habían quitado el reloj y no tenía manera de medir el tiempo, había aparecido una mujer oriental vestida de ejecutiva y dos gorilas armados. Lo habían sacado de la celda sin ninguna explicación, lo habían llevado a otro lugar en un avión, luego lo habían metido en el helicóptero y ahora acababan de aterrizar en medio del mar, en una isla verde, y lo habían dejado allí tirado ¿para morir? ¿Para que no pudiera comunicarse con nadie?

Y de pronto, milagro de milagros, aparecía aquella figura esbelta que no podía ser más que una alucinación causada por el agotamiento nervioso, el hambre y la sed, y que respondía a su más ardiente deseo.

—¿Lena? ¿Hija? ¿Eres tú?

No era posible que fuera su hija aquella muchacha que venía hacia él con las lágrimas corriéndole por las mejillas, que lo abrazaba ahora con la fuerza de la desesperación, que repetía «papá, papá» como si no hubiera en el mundo mejor palabra que aquella.

Pero sí que lo era, sí que era su hija, su pequeña, la que se agarraba a él ahora como lo había hecho a los dos años, como un monito colgándose del pelaje de su padre. Le habría gustado poder cogerla en brazos como cuando era chiquitina y tumbarse en algún sofá, abrazándola, hasta que fueran capaces de hablar otra vez, pero estaba muy débil; apenas podía tenerse en pie. Si intentaba levantar a Lena, no conseguirían más que caerse juntos.

—Hola, peque. ¿Eres tú de verdad? ¿Qué haces aquí? ¿Puedes darme un poco de agua, hija? Necesito agua, por favor.

—Claro, papá, claro. Anda, ven, vamos a mi cuarto, te tumbas allí y te doy agua y fruta y lo que quieras. Dani también está aquí. Apóyate en mí, llegamos en seguida.

¡Cuánto me alegro de verte, papá!

—¿Dónde estamos, Lena? ¿Cómo se llama esta isla?

—No te lo vas a creer, papá. ¡Bienvenido a la Atlántida! —dijo ella con una sonrisa.



## Rojo. Blanco. Atlantis

Horas más tarde, mientras Max se reponía en la habitación de Lena, el mismo hidroavión que había traído al clan blanco a mediodía, volvió a amerizar frente a la costa cargado esta vez con Willy, que llevaba a Arek en una mochilita de bebé, y los tres *traceurs*. Emma había ordenado traerlos a la isla porque no quería arriesgarse a que desaparecieran del hotel aprovechando la ausencia del clan blanco y se dedicaran a contar historias sobre *karah*. El riesgo se reducía mucho teniéndolos allí, aunque, por supuesto, apartados del cónclave.

Tres horas después de que Arek fuera entregado a su clan y a sus padres, la figura huesuda del Shane, en la penumbra del atardecer tropical, llamó con la contera del bastón a la puerta del *mahawk* blanco.

Lasha se quedó mirándolo con los puños apretados. Se había jurado a sí mismo hacerle pagar la destrucción de su isla y de todos los documentos que llevaba varias vidas reuniendo, pero aún no era el momento. Por un lado, casi se alegraba de que todo aquello se hubiera perdido porque eso reducía las posibilidades de intentar el contacto; por otro, ahora el Shane, al haber llamado a su puerta, se hallaba protegido por las leyes de la hospitalidad entre clanes. Y además tenía curiosidad por saber qué lo había llevado hasta él.

—¡Honor a tu clan, conclánida! —dijo el *mahawk* rojo, echando una mirada rápida por encima del hombro—. ¿Puedo pasar? Sé que tenemos poco tiempo. El cónclave comenzará dentro de apenas una hora y aún no me he vestido. —Se tapó la boca con la mano para evitar que se le escapara la risa.

Lasha se apartó dos pasos y cerró la puerta tras él.

—Me ha dicho Joelle que quieres una prueba de que Lena es efectivamente el nexo.

—Así es.

—Me parece prudente, sobre todo considerando el fracaso del último cónclave, cuando resultó que el nexo no era tal. Esto quedaba lejísimos en el siglo XII. Tardé

meses de incomodidades en llegar hasta aquí y años en volver a la civilización. Hiciste bien en no venir entonces.

—Nunca he deseado abrir esa puerta, conclánida.

—¿Por qué no? —El Shane clavaba en él su mirada de escalpelo, curiosa y afilada.

—Sean quienes sean los antepasados de *karah* no deben de ser precisamente pacíficos. Si son como nosotros, son nuestros enemigos. Si son peores..., quizá ni siquiera consigamos hacerles frente.

—No nos hagas de menos, Harrid. Si algo sabemos hacer es luchar.

—Sí, aquí, contra *haito*, contra esos gusanos que viven ochenta años y ya no pueden luchar a los sesenta.

El Shane se pasó la mano por la barbilla, en un movimiento reflejo conservado de otros tiempos en los que había llevado barba.

—Te apoyaré para que se le haga una prueba a esa niña. Todo mi clan lo desea. Pero si intentas impedir que se abra la puerta, tendrás que enfrentarte conmigo. Quería que lo supieras. Como en los viejos tiempos.

—Es justo. Te seré sincero yo también: si puedo, te mataré —dijo Lasha con contundencia—. Si me matas tú, será una forma honorable de morir.

—Se acaba tu tiempo, ¿verdad, Harrid?

Lasha asintió con la cabeza.

—Y el mío, viejo amigo, y el mío. Por eso tengo que ver lo que hay más allá.

Se estrecharon los antebrazos como en otros tiempos, y se separaron. Tenían que prepararse para el cónclave.



## Negro. Rojo. Atlantis

En aquella maldita isla, como simplemente la llamaba Nils para sí mismo, no Atlantis, como la llamaban todos, el tiempo parecía pasar de otra manera que en el resto del mundo: mucho más lento, más espeso; las horas se estiraban incomprensiblemente como si en lugar de estar en el paraíso estuvieran en el purgatorio, por usar una terminología *haito*.

Estaba furioso, desesperado, harto de todo y de todos. Lo único que deseaba era que pasara de una vez el cónclave y poder marcharse de allí. Se había ocupado de varios de sus negocios por videoconferencia y luego había salido a bucear un par de horas, deseando alejarse de todo, pero no había servido de mucho.

Si no fuera porque no conseguía dejar de pensar en Lena, se habría marchado ya de allí. No le importaban en absoluto los planes que estaban forjando los clanes, no tenía ningún interés en averiguar qué pasos había que dar para establecer ese improbable contacto, no quería comunicarse con nadie de ningún otro plano de realidad. Lo único que deseaba era volver a su vida de un año atrás, antes de conocer a esa maldita muchacha, antes de verse envuelto en toda esa trama que lo llevaba por caminos que no quería recorrer.

Empezaba a comprender a Luna, a Ragiswind, a Eringard y a Jeanette, que habían cortado el contacto con su clan y con *karah* para limitarse a vivir a su manera. Curiosamente, casi todos ellos gentes del clan negro.

O no tan curioso. Al fin y al cabo el clan negro siempre había sido el más restrictivo, el más orgulloso, el que menos facilidades había dado a sus miembros para vivir con libertad.

Decidió pasarse a visitar a Imre. No pensaba contarle sus penas, pero quizá estuviera de humor para tomarse una copa con él y hablar de varios asuntos pendientes que, para variar, no tenían nada que ver con todo aquel ambiente semiesotérico, sino con cuestiones realmente básicas de sus intereses económicos en medio planeta. La desestabilización financiera que habían provocado unos años atrás había dado buenos frutos, pero ahora había que redirigir ciertas cosas para que la

avalancha no se los llevara por delante también a ellos, como le había sucedido a tantos *haito* que se creían en la cima del mundo.

Al pasar junto a la ventana del *bungalow*, Nils vio a Imre frente a la pantalla de su ordenador estudiando unas gráficas —felizmente parecía que no se había olvidado del mundo exterior— y, por puro juego, decidió probar si su modesta habilidad de hacerse un poco invisible una vez dentro de una habitación serviría también para entrar en ella sin ser detectado. Por fortuna, la puerta estaba abierta para que corriera la brisa y no tenía que contar con que los goznes chirriaran.

Se concentró en lo que quería hacer y se coló en el cuarto sin ser advertido por Imre. Bien. Cada vez lo hacía con mayor facilidad. Miró por encima de su hombro; aunque las cifras pasaban a gran velocidad, proporcionaban un cuadro comprensible al que supiera de qué se trataba. Las cosas no iban nada mal. No había pérdidas.

Ya estaba a punto de salir del *bungalow* y volver de nuevo unos minutos después de manera convencional, cuando la silueta de espantapájaros del *mahawk* rojo se dibujó a contraluz en la entrada, de modo que Nils se retiró lentamente, hasta situarse en el rincón más alejado del cuarto, contra la pared, manteniendo la concentración que le permitía ser indetectable. O al menos eso esperaba; podría resultar muy violento que Imre se diera cuenta de que había estado espiando una conversación privada entre *mahawks*.

No había vuelto a ver al Shane desde Villa Lichtenberg, la tarde en la que, oculto en el armario, lo había visto preparar la cama de cuchillas para Lena. Ahora su aura seguía siendo inquietante, pero no parecía tan activamente maligno como en aquella ocasión. De todas formas, habría salido huyendo si hubiera podido, pero no se atrevía a moverse de donde estaba. Esperaba que la conversación fuera breve.

—¡Honor a tu clan, conclánida! —dijo el Shane. Iba vestido con una especie de túnica escarlata de cuello alto y mangas largas que lo hacía parecer un emperador chino.

Los hombros de Imre se tensaron ligeramente, pero no demostró su sorpresa al oscurecer la pantalla y girarse hacia el recién llegado.

Durante un momento el Shane se quedó parado en la puerta, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, como olisqueando el aire. Pareció detectar algo, sus ojos pasaron por donde Nils se apoyaba contra la pared, cabeceó apenas y volvió su atención al *mahawk* negro que acababa de ponerse de pie y le tendía la mano.

—¡Honor a *karah*, *mahawk*! ¡Sé bienvenido! ¿Cómo puedo ayudarte?

El Shane se echó a reír, cruzó el *bungalow* casi a paso de danza ignorando la mano tendida y se detuvo en el centro de la alfombra azul que delimitaba la zona de sofás frente a la veranda con vistas al mar.

—¡Qué bien educado, distinguido conclánida! La gente del clan negro no habéis dejado nunca de ser aristócratas, a pesar de que tuvisteis que salir corriendo de



Europa cuando la Revolución. Nosotros preferimos, ya entonces, aburguesarnos.

Imre esbozó una sonrisa pálida y, poniéndose de pie, se acercó a él. Llevaba pantalones negros y una camiseta negra de manga corta que marcaba, sin enfatizarlo, su cuerpo elegantemente musculoso. La diferencia entre los dos no podía ser más grande.

—Tú dirás.

—Comprendo que tienes miles de asuntos de los que ocuparte, Presidente, pero he empezado a dar cobijo a la sospecha de que has olvidado nuestro trato y venía a recordarte que el tiempo se acaba.

—¿Tú crees? ¿Piensas que vamos a llegar tan de prisa a una decisión común y favorable a nuestros proyectos? ¿Tan seguro estás de que tu clan hará lo que les digas?

Volvió a sonar una carcajada.

—Mi clan hace tiempo que dejó de pensar, querido. Harán lo que yo les diga. Como los tuyos.

Nils tuvo que hacer un esfuerzo para quedarse quieto y callado.

—No creas, Shane. No es tan fácil.

—¿Qué es lo que no resulta fácil, Imre? ¿Cumplir tu palabra o dirigir a los tuyos? —El *mahawk* rojo había inclinado la cabeza hacia un lado y miraba al negro con fijeza de pájaro maligno.

—Ninguno de ellos tiene auténtico interés en establecer ese contacto. Por fortuna tampoco se oponen, con lo cual, te doy la razón, no tendré graves dificultades para que hagan lo que yo deseo. De todas formas, ahora han aparecido dos conclánidas con los que no contaba: Luna y Jeanette. Y otras personas de su entorno que, por lo que parece, han conseguido reunir una gran cantidad de información que todos necesitaremos. Estoy esperando su llegada. Ni siquiera lo sabe aún la gente de mi clan. Con todos ellos hay que llevar un cuidado especial, como puedes comprender. Hace demasiado tiempo que no nos relacionamos. Para mí, Nils y Alix son..., ¿cómo expresarlo?..., son familia. Llevamos siglos juntos, nos entendemos, incluso cuando no conseguimos ponernos de acuerdo. Pero los otros... Necesitaré más tiempo, aunque no dudo del resultado.

—Pero, querido Imre —su voz se dulcificó hasta la caricatura—, resulta que no tenemos tiempo. Si esta noche decidimos que vamos a intentar abrir esa maldita puerta, hay que poner las cartas sobre la mesa, aportar todo lo que tengamos, sin tratar de engañarnos unos a otros como hemos hecho durante los últimos cuatro o cinco siglos y, al margen de todos ellos, tú y yo tenemos que poner en marcha nuestro plan. Ya. ¿Comprendes? Ya mismo. —Dejó unos segundos de silencio para que Imre captara la urgencia de la situación—. Yo ya lo tengo todo dispuesto, estimado conclánida. Mi gloriosa obra de destrucción podría empezar mañana si fuera

necesario. En cualquier momento, ya que ha sido dividida en fragmentos tan pequeños que ninguno de los *haito* que involuntariamente va a colaborar en ella podría darse cuenta de lo que está haciendo. —Soltó una carcajada tan alegre que Imre sintió auténtica grima—. Aunque, ¿para qué voy a negártelo?, me encantaría poner yo, personalmente, el toque final. No me negarás que hay algo extraordinariamente atractivo en la idea de ser el artífice de la destrucción total de la humanidad. ¡Ojalá sea posible! Todo depende de dónde resulte estar el epicentro de la acción.

Mientras el Shane hablaba, Imre miraba el horizonte, impasible en apariencia.

—¿Y tú? —continuó el *mahawk* rojo—. ¿Puedo saber qué has hecho tú para cumplir tu parte del trato?

Imre se volvió hacia él, ceñudo.

—No. No puedes saberlo, Shane. Baste con que sepas que cumpliré. Te he dado mi palabra.

—Ssssí, querido —susurró, acercándose al clánida negro para frotarse como un gato contra él—. ¡Lástima que mis deseos actuales hayan cambiado tanto! Aún eres un hombre muy atractivo. En fin..., sé que honrarás tu palabra. Porque... ¿sabes?, aunque me disgustaría mucho tener que hacerlo, si no cumples tu promesa, ella morirá definitivamente.

—¿Ella? —Imre enarcó una ceja, displicente—. Si destruyes al nexo, no hay paso posible.

—Ella, querido, tú me entiendes. La bella durmiente.

No era fácil sorprender al *mahawk* negro, pero el Shane acababa de conseguirlo, y la expresión de su rostro lo decía con toda claridad.

—¡Ahhh, qué placer verte así, conclánida! Me trae recuerdos de tiempos más felices, cuando tú eras Leonardo Malatesta y yo Virginia della Rovere.

Un segundo después, Imre tenía al Shane agarrado por el cuello mientras este sonreía negando lentamente con la cabeza.

—¡Qué delicia de virilidad! ¡Cuánta testosterona! Pero si me matas ahora, querido, nadie, nadie sobrevivirá. Lo tengo todo calculado. Me conoces. Ya no me queda más placer que el cálculo y la intriga. Tenemos un trato, querido mío. Ella y tú en esa puerta a cambio de la destrucción de *karah*.

Imre dejó caer las manos y apartó la vista del *mahawk* rojo.

—¡Márchate, Shane! ¡Déjame solo!

Aún no se había extinguido la risa del *mahawk* rojo cuando Nils, apartándose con mucho cuidado del rincón desde donde había sido testigo de la conversación, cruzó la puerta con el corazón martilleándole en el pecho.

Imre se había sentado en un sillón y se sujetaba la cabeza con las dos manos, con la expresión más sombría que Nils le hubiera visto jamás.

¿Qué era eso de la destrucción de *karah*? ¿Cuál era el trato que Imre había cerrado con el Shane? ¿Quién era esa «ella» por la que, al parecer, el *mahawk* negro estaba dispuesto a todo, incluso a traicionar y destruir a los suyos? Preguntas sin respuesta que no podía compartir con nadie.

Por obvias razones, era evidente que nadie sabría nada, ni en su clan ni en ninguno de los otros. ¿Tendría Lena alguna idea de lo que estaba sucediendo? ¿Sería ella parte del plan? No. Seguro que no.

El Shane era de esas personas que consideran, con razón, que secreto de dos ya no es secreto. Por tanto, si lo estaba compartiendo con Imre, ya era arriesgarse mucho; nadie más sabría del asunto.

¿Y ahora? ¿Qué podía hacer él? ¿Comunicar a los otros clanes lo que sabía, que no era casi nada? ¿Poner en evidencia a su *mahawk* delante de todo el mundo con prácticamente ninguna información sobre el asunto? ¿Hablar con Imre? Y con eso, ¿qué conseguiría? Si le preguntaba abiertamente y él lo negaba, no podía hacer nada más. Y si no lo negaba, quedaban dos opciones: o Imre le ofrecería participar en el plan y salvarse también, o intentaría matarlo para cerrarle la boca.

Le costaba aceptar la idea de que Imre, que además de ser su *mahawk* siempre había sido una especie de figura paterna para él, pudiera haber caído tan bajo, pero lo que acababa de oír no se prestaba a muchas interpretaciones.

Se dio cuenta con un sobresalto de que estaba a punto de ponerse el sol. Al cabo de unos minutos cada clan se reuniría con los suyos para tomar la decisión definitiva antes del cónclave. Tenía que prepararse.



## Nexo. Blanco. Atlantis

Lena estaba terriblemente nerviosa pero tan feliz de haber recuperado a su padre que incluso había conseguido olvidar, o al menos relegar a algún lugar muy profundo de su cerebro, el dolor que le había causado la conversación con Nils y la tensión entre sus dos amores.

Chrystelle, elegantísima con un vestido de color champán, de amplia falda y escote cubierto con un velo de gasa bordado de diminutas estrellas doradas, había venido a ayudarla a vestirse para el cónclave. Le habían cosido cuatro vestidos que iría poniéndose en los diferentes días, el último de ellos usando los colores de los cuatro clanes; pero ahora era la primera sesión y debía usar el color de su clan. Por tanto, con la ayuda de Chrystelle, se enfundó en un vestido color marfil de inspiración medieval, con mangas de hada y falda ligeramente acampanada. Parecía una novia de estilo neogótico o romántico; sólo le faltaba una corona de flores en el pelo, y eso era precisamente lo que la familiar estaba sacando de la cesta que llevaba: una corona de rosas blancas trenzada con hojas de un verde oscuro y lustroso, y diminutas florecillas, blancas también.

—¡No, Chri-Chri! ¡Flores en el pelo no! —Se le había escapado el nombre que había aprendido en París, la primera vez que se vieron—. Disculpa.

—Me encanta que me llames así. Casi nadie me llama así ya. Y sí, la corona es necesaria. No te quejes, estás preciosa.

Le puso las flores en el pelo, le arregló el bajo del vestido y la pequeña cola, y se quedó mirándola, preocupada.

—¿Te han dicho ya que Lasha, precisamente Lasha, nuestro *mahawk*, va a exigir que presentes una prueba de que eres el nexo?

—Sí. Ya me ha avisado Joelle.

—¿Y no tienes miedo?

—No, Chri-Chri. Sé lo que tengo que hacer.

Chrystelle le dio un abrazo, procurando no estropearle el vestido.

—No te puedes imaginar lo que esto significa para nosotros, hija mía.

Lena se limitó a sonreír.

Le hubiera gustado que su madre estuviera con ella en esos momentos, que hubiera sido ella la que la hubiese ayudado a vestirse. También echaba de menos a su mentor, que le había prometido volver y no había vuelto. Pero ahora la responsabilidad era sólo suya y pensaba hacerlo lo mejor que supiera.

La cuestión de intentar o no abrir la puerta era distinta, sobre eso todavía tenía que reflexionar, pero demostrarles a sus conclánidas que era el nexo que todos esperaban era algo que estaba a su alcance y que pensaba hacer.

Unas cuantas horas atrás, había visto a Dominic por primera vez desde que había salido huyendo de la casa de Amalfi abrazando a Arek y, en cuestión de segundos, todo había vuelto a su mente: la primera vez que Clara le habló de él, cuando le contó que le había regalado un cubo de rosas rojas, su desconfianza inmediata, su búsqueda en Internet para ver de quién se trataba, el momento en que lo conoció y ya, de entrada, le resultó sospechoso: tan guapo, tan rico, tan altivo... Y después su pesadilla, la espantosa pesadilla en la que soñaba que caía por un precipicio y Dominic le tendía la mano para ayudarla, pero luego la dejaba caer al vacío. Y la pobre Clara convertida en un esqueleto de vientre hinchado y ojeras moradas. Y Clara muerta, asesinada para robarle lo único que interesaba al clan rojo: su hijo.

Había tenido que controlarse para no insultarlo, para no escupirle a la cara. Odiaba al clan rojo y, si alguna vez se presentaba una ocasión propicia, trataría de devolverles todo el daño que habían hecho. De momento no podía hacer mucho, pero había algo que sí podía hacer.

Ahora era ella la que tenía en la mano todos los sueños y deseos de *karah*. Iba a demostrarles que todos, todos ellos, tendrían que acatar su voluntad y aceptar sus decisiones si querían conseguir lo que llevaban siglos deseando. Su padre estaba con ella, y Dani, y Ritch; los *yamakasi* estaban también en la isla. *Haito* empezaba a ganar posiciones en un mundo donde siempre se había hecho la voluntad de *karah*.

Sonaron unos golpes en la puerta, Chrystelle fue a abrir. En el exterior esperaba todo el clan blanco, con sus mejores galas, para escoltar al nexo hasta la ciudadela submarina y la cúpula del cónclave. Todos se inclinaron un momento ante ella en un saludo antiguo y solemne. Lena correspondió doblando las rodillas en una reverencia que, curiosamente, no sintió como algo teatral, sino como el movimiento adecuado.

El mar estaba en calma, la luna llena se reflejaba en las aguas con brillo de plata; el sendero estaba flanqueado de antorchas que apenas si se agitaban en la leve brisa de la noche. Olía a flores y a fuego.

Daniel le lanzó una mirada que combinaba fascinación y orgullo; Ritch, vestido con el mismo traje de lino blanco que Dani, le guiñó un ojo, tan irreverente como de costumbre; Max, también de blanco como le correspondía por ser familiar del clan, tenía un brillo húmedo en los ojos, tras los cristales de las gafas. Emma, Tanja y

Albert parecían seres de otro mundo, más bellos que nunca, ataviados con sedas, terciopelos y piedras preciosas.

Y el gigante de pelo de plata ceñido con una diadema de piedra luna, que llevaba una coraza de cuero blando sobre ropas blancas y holgadas, debía de ser Lasha, el guerrero que mil años atrás se llamó Silber Harrid y ahora quería una prueba de su identidad. Su *mahawk*. Su enemigo.

Le saludó con una breve inclinación de cabeza a la que él contestó y, siguiéndolo, se pusieron en marcha procesionalmente hacia la entrada de la ciudad secreta mientras los familiares del clan azul comenzaban a marcar un ritmo de tambores en la noche.



## Nexo. Blanco. Negro. Rojo. Azul. Haito. Atlantis

Lena se preguntaba dónde estarían los otros clanes, pero el recorrido por los pasillos de la ciudadela submarina era tan extraño que pronto dejó de pensar para concentrarse en no perder detalle de lo que les salía al paso, y cuando por fin acabó el último corredor y desembocaron en la sala donde iba a tener lugar el cónclave, sintió que se quedaba sin aliento.

Detrás de ella, los miembros de su clan inspiraron profundamente, sorprendidos también por el esplendor que se ofrecía a sus ojos. Ritch murmuró: «*Oh, my God! It's wonderful!*».

Una enorme burbuja que parecía estar suspendida en el vacío se abría frente a sus ojos. En el centro, una mesa en forma de estrella o de pentagrama. Sentados en tres de las puntas de la estrella, cinco clánidas por color la miraban fascinados, al parecer, por su apariencia.

Lena inclinó levemente la cabeza en reconocimiento de su admiración, sabiendo que debían de ofrecer un hermoso espectáculo: los miembros del clan blanco destacándose como nieve sobre el fondo oscuro del pasillo que acababan de recorrer y contrastando con su blancura frente a los otros colores que llenaban la sala.

Sin poder evitarlo, los ojos de Lena se desviaron inmediatamente de Imre, que había sido el primero en captar su mirada y estaba impresionante vestido con un talar negro de seda de amplias mangas, a Nils, anguloso y pálido, bellísimo, que llevaba una especie de coraza de cuero negro sobre una camisa de mangas anchas y puños estrechos, con cuello alto y rizado.

Nils la miró intensamente, traspasándola con la vista, como una lanza, con un reflejo en los ojos que podía ser del fuego que ardía frente a él, y que ella sintió hasta el fondo de su vientre.

La bella clánida negra, Alix, deslumbrante con un ampuloso vestido de gran cuello y amplio escote, con un corsé de cuero y lentejuelas, miraba a su alrededor con aspecto de aburrimiento y fastidio.

Iker, que había envejecido unos años y estaba casi irreconocible, elegantemente

vestido a la moda del siglo XVI español, como cuando era Juan de Luna, íntegramente de terciopelo negro, se sentaba al lado de ella.

El quinto puesto permanecía vacío.

La mesa paralela la ocupaban un hombre de rostro oriental que debía de ser un familiar de confianza y Miss Fu, la mujer china de apariencia severa que la había acompañado a reunirse con Imre.

El clan rojo resplandecía en su punta de la estrella: Dominic, vestido a la moda de finales del siglo XVIII, con levita y chaleco granates, hermoso como un joven Dorian Gray; Eleonora, resplandeciente como una llamarada con su vestido carmesí bordado de rubíes; el horrible *mahawk* que ella conocía tan sólo por las últimas horas pasadas en Amalfi estaba envuelto en una capa de seda escarlata con la capucha echada; se sentaba a su lado una mujer desconocida de pelo corto y negro con un sencillo vestido de seda de un rojo intenso, y el siniestro asesino de Clara, el médico que la había matado nada más dar a luz y que ahora estaba increíblemente elegante con un esmoquin del color de la sangre coagulada.

Detrás de ellos, en la mesa destinada al resto de conclánidas y familiares, una mujer de mediana edad de aspecto fuerte y resuelto, el otro hombre que conocía de Villa Lichtenberg, el que parecía un banquero o un político, y una mujer más joven que tenía dormido en sus brazos a un bebé que no podía ser otro que Arek, el hijo de su amiga Clara, entregado ahora a su clan a cambio de Max Wassermann.

Los clánidas azules estaban sentados enfrente de los rojos; unos vestían *sarongs* tradicionales y otros habían preferido ropas de otros siglos, más ampulosas, de seda y brocado. Reconoció a Yerek, el clánida que la había acompañado en su primera visita a la isla, a pesar de que ahora iba vestido de esmoquin azul oscuro, y a Él, que le sonrió con cariño. Había también otra mujer desconocida para ella, joven, con un ajustado vestido de lentejuelas de color turquesa profundo, como una sirena. El hombre que había sido el padre de Clara estaba también sentado junto a ellos, elegante y extraño, como un perfecto desconocido. Se cruzaron sus miradas y Lena desvió la vista de inmediato, con profundo desagrado. Había también un sitio vacío. En la mesa de detrás, la más concurrida, se sentaban otros clánidas y familiares.

Sobre la gran superficie del pentagrama rutilaban las joyas, oscilaban las llamas reverberando en los cuencos de cristal tallado, sacando lustre a los cálices de oro, reflejándose en las superficies pulidas de las piedras negras, destellando en las hojas de los puñales. Era tan hermoso que quitaba la respiración.

El clan blanco apenas se había detenido unos segundos en la entrada, pero en esos pocos segundos Lena había tenido la sensación de haber absorbido tantos detalles, tantas impresiones sensoriales que le bastarían para toda una vida.

A un gesto de Él, Lasha volvió a ponerse en marcha y guio a su clan hasta la punta de la estrella que les correspondía. Luego le ofreció la mano, que Lena colocó



sobre la de él con delicadeza, como había visto hacer en las películas, y la condujo hasta su sitio, que esperaba solitario, en la quinta punta del pentagrama. El *mahawk* blanco ocupó su lugar en la cuarta.

En ese instante, la luz, que había sido suave y cambiante, aumentó de intensidad y se hizo dorada, una luz de atardecer que se derramaba como miel sobre los rostros, haciéndolos todavía más bellos y más nobles.

Joelle se puso en pie para dar la bienvenida a todos los clánidas y declarar abierto el cónclave, pero Lasha, sin esperar a que hablara, se levantó y alzó la voz por encima de la de ella.

—Antes que nada, *mahawk*, conclánidas, exijo que esa muchacha que ocupa el lugar reservado al nexos nos dé una prueba fehaciente de su identidad.

Todos los miembros de su clan, a pesar de que sabían lo que iba a preguntar, apretaron los labios; su postura corporal dejaba bien claro que se avergonzaban de él.

—¿No puedes esperar al menos lo que corresponde a la cortesía, *mahawk* blanco? —preguntó Joelle, molesta por la impaciencia y descortesía de su conclánida.

—No quiero bellas palabras hasta que no haya quedado claro quién es esa mujer que podría ser una impostora, una mediasangre.

—¿Alguien más apoya la solicitud del *mahawk* blanco? —preguntó Él al cónclave.

—El *mahawk* rojo, en nombre de su clan, también desea una prueba —dijo el Shane, inclinándose sobre la mesa con expresión rapaz. Cubierto con la capa y con la capucha echada sobre los ojos parecía una ave de mal agüero.

Lena desvió la vista hacia él: el arcano 0, el Loco, su contrario, la otra mitad del todo, el *uke* necesario para desarrollar el movimiento que implicaba a todo *karah*. Por primera vez, en lugar de furia y deseos de venganza, sintió que una pieza encajaba en su lugar y el diseño empezaba a hacerse visible. Estaba bien así; era así como tenía que ser, aunque los demás aún no lo habían captado. Tantos siglos compartiendo su vida con *haito* los habían hecho olvidar cuál era el sentido de su existencia. Ella tampoco lo comprendía aún, pero algo en su interior le decía que muchos conocimientos se le irían revelando poco a poco, que estaba en el principio y que al final todo tendría un sentido.

Hizo una pequeña inclinación de cabeza en dirección al Shane, aceptando su desafío.

Todos los clánidas rojos miraban a Lena con una intensidad inquietante, divididos entre el deseo de verla fracasar y la necesidad de que demostrara que era realmente el nexos que habían estado esperando desde hacía siglos.

—Sea —concedió Él, tratando de que no se le notara la inseguridad que sentía—. ¿Estás dispuesta, Aliena?

Lena asintió sin decir palabra, miró a un *mahawk* y luego al otro, sonrió

inocentemente y se llevó las dos manos a la cabeza para quitarse la corona de flores.

Todos la miraban sin pestañear, sobre todo Daniel y Nils, Max e Imre. Nadie tenía la más remota idea de lo que tenía pensado hacer y los que la amaban sentían miedo por ella.

Lena volvió a sonreír.

Por una vez en su vida estaba segura de lo que iba a hacer, aunque no lo había hecho nunca antes. Primero había pensado que podía atravesar una superficie sólida como prueba de que era realmente el nexo, de que era capaz de hacer cosas que nadie más podía hacer; pero después había decidido que era mejor empezar por mostrarles exactamente lo que querían ver y, además, hacerlo del modo menos exagerado posible, como si fuera algo cotidiano, sin apenas importancia.

Se pasó la mano derecha por delante de la cara y con la palma se recogió todo el pelo a un lado de la cabeza. Entonces, lentamente, sin esfuerzo ni dolor, empezó a arrancarse mechones de la melena, que iba dejando sobre la mesa.

Se oyeron algunas exclamaciones contenidas. Era evidente que no se trataba de un truco, que no era una peluca lo que se estaba arrancando del cráneo. Su expresión era soñadora, juguetona; sus labios se curvaban en una ligera sonrisa, como si estuviera recordando algo hermoso. Cuando terminó y hubo quedado totalmente calva, sus ojos parecían haber aumentado de tamaño y brillaban como estrellas. Entonces, inclinó la cabeza y fue mostrando a cada uno de los clanes el tatuaje que siempre había llevado debajo del cabello: la Trama. El símbolo más sagrado de *karah*. El mismo que aparecía a los pies de la inmensa esfinge de luz que flotaba sobre sus cabezas como símbolo de la unión de los clanes, del Anima Mundi.

Hubo un coro de exclamaciones a medida que los clánidas iban reconociendo el tatuaje.

—¿Estás satisfecho, *mahawk*? —preguntó Joelle.

Lasha tenía el rostro deformado en una mueca de odio puro.

—¡Eso no prueba nada! ¡Cualquiera puede tatuarse cualquier cosa en el cráneo! ¡Eso no es más que un truco estúpido! —Su voz fue subiendo de intensidad mientras sus ojos pasaban de unos a otros, buscando su aprobación.

El Shane guardaba silencio y había decidido no corresponder a las apremiantes miradas que le lanzaba Lasha en demanda de ayuda.

—¡Yo sé cómo probarlo! —gritó Lasha desafortadamente—. ¡Prueba ahora que eres el nexo! ¡Sálvate a ti misma!

Antes de que nadie pudiera comprender lo que trataba de hacer el *mahawk* blanco, ya había cogido dos de las dagas que, como símbolo de su clan, estaban sobre la mesa, y las había lanzado con la pericia de mil años de entrenamiento contra el pecho de Lena.

Nils se puso violentamente de pie y se arrojó sobre la mesa en un intento de

empujar a Lena y apartarla así de la trayectoria de los puñales. Joelle gritó. Max cerró los ojos y dejó caer la cabeza. Dani miró a Ritch con los ojos desorbitados, como pidiéndole a su amigo una explicación que él no podía dar. Una décima de segundo después todos gritaban.

Las dos dagas estaban clavadas en el pecho de Lena hasta la empuñadura.

Lasha soltó un rugido de triunfo. Ni había sido capaz de salvarse a sí misma ni había acudido en su ayuda el misterioso mentor que supuestamente tenía que proteger al nexo. Matándola, acababa de probar que aquella mediasangre era una impostora.

Lena, con las dos dagas clavadas en el pecho, seguía sonriendo.

Poco a poco todos empezaron a comprender que había algo antinatural en ello. Ni una gota de sangre manchaba su vestido blanco.

Levantó los brazos, blancos con estrías de plata, hacia el cielo, como una antigua sacerdotisa en el momento de la consagración de una ofrenda y, lentamente, dejó caer su cabeza pelada hacia atrás, hasta que su mirada se encontró con lo que había aparecido a su espalda.

Detrás de ella, como una torre de tinieblas pulsantes, se acababa de coagular una figura monstruosa que hacía desear cerrar los ojos, tirarse al suelo y aullar de terror.

Sin embargo, Lena sonreía como transfigurada, sin mostrar el menor signo de dolor ni hacer nada por arrancarse las armas que tenía clavadas en el pecho.

En su interior, sintió la vibración de la presencia de su maestro y todo en ella empezó a temblar de alegría. No sentía ningún dolor. Sólo la felicidad de estar de nuevo reunida con su mentor después de tanto tiempo. Su mente recibió el contacto como una caricia largamente anhelada y se dejó caer en la seguridad de su abrazo inmaterial.

La oscuridad viva envolvió la figura blanca de Lena y, de un instante al otro, las dagas se convirtieron en dos estelas de chispas doradas que volaron hacia la mesa y quedaron allí como polvo de estrellas.

Luego, el ser que rodeaba a Lena fue reduciéndose de tamaño hasta convertirse en una imagen humanoide de casi tres metros de alto que, con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba a los reunidos con un rostro inexpresivo y feroz de ojos rasgados, pómulos altos y cráneo liso.

—¡Has venido! —gritó Lena por fin cuando se sintió capaz de exteriorizar lo que sentía, volviéndose hacia él, alborozada. Su voz sonó como una campana de cristal—. ¡Has vuelto!

Luego se volvió hacia el cónclave, miró a sus conclánidas, uno a uno, a los que se sentaban en la mesa y a los que estaban alrededor. Miró a *karah* y a *haito*, clánidas y familiares, haciendo una pequeña inclinación de cabeza frente a cada uno de ellos.

Lasha parecía haberse convertido en una estatua de hielo, blanco y rígido, mirando fijamente a la muchacha.

—*Mahawks* , conclánidas —dijo Lena solemnemente—, familiares, gentes de los clanes, amados y amigos. ¡Hijos de Atlantis!, ¡os presento a Sombra! El cónclave puede comenzar.

Entonces, la cúpula estalló en una ola de luz con todos los colores del arco iris mientras Sombra, extendiendo sus alas de tinieblas, volvía a abrazar la figura frágil y blanca del nexa, cubriéndola con su oscuridad viva, protegiéndola de todo mal.



## Agradecimientos

Quiero dar las gracias a los amigos y familiares que han leído las dos novelas de *Anima Mundi* publicadas hasta ahora —*Hijos del clan rojo e Hijos de Atlantis*— y me han ayudado y animado con sus comentarios: Ruth y Mario Soto Delgado, Michael Bader, Carmen Escribá, Kirstin Bleiel; mi madre, Elia Estevan, y mi hermana, Concha Barceló; Klaus Eisterer —mi marido—, y mis dos hijos —Ian y Nina Eisterer Barceló—, a quienes debo el mayor agradecimiento por su entusiasmo y su absoluta fe en esta trilogía, así como por los buenos ratos pasados hablando de los clanes y los clánidas.

Gracias también a mi editora —Marta Vilagut—, que creyó en el proyecto desde el principio y me apoya con un gran sentido del humor; a mi agente —Alexander Dobler—, que trabaja con un entusiasmo inquebrantable, y a Alba Peña, la mejor jefa de prensa que se pueda desear.

Y por supuesto, también quiero agradecerte —muy especialmente— a ti —lector, lectora— el haber elegido este libro entre los miles que estaban a tu disposición; por acompañarme en el viaje y poner la otra mitad de la historia: la que creas en tu mente al leer mis palabras.

Quizá te suene raro, quizá incluso no lo puedas creer, pero esta historia la estoy escribiendo para ti, solo para ti, para llevarte muy lejos de tu vida cotidiana, para que viajes por el mundo conmigo, con karah y con haito, descubriendo maravillas.

Juntos, llegaremos al final.



ELIA BARCELÓ ESTEVAN. Nace en Alicante el 29 de enero de 1957. Es licenciada en Filología Anglogermánica e Hispánica y Doctora en Literatura Hispánica. Ha trabajado como traductora e intérprete e impartiendo clases de inglés. Durante 10 años fue directora y actriz de teatro universitario en español y alemán.

Desde 1981 vive en Innsbruck (Austria), donde trabaja en el Departamento de Romanística de la Universidad. Imparte clases de literatura hispánica, cultura y civilización españolas, composición y estilística, y escritura creativa. Ha dirigido varios talleres de escritura en solitario y junto a otros autores como Luis Sepúlveda, Laura Grimaldi, etc.

Ha publicado novelas, ensayos y más de cuarenta relatos en antologías y revistas españolas y extranjeras. El género que mejor la define es el fantástico, seguido de cerca por el histórico y el criminal, sin olvidar el terror. Parte de su obra ha sido traducida a más de diez idiomas: francés, italiano, alemán, catalán, inglés, griego, húngaro, holandés, danés, noruego, sueco, chino y esperanto. Y varios de los cuentos de su libro *Futuros peligrosos*, han sido adaptados al cómic. Durante dos años colaboró en el *País de las Tentaciones* con artículos de opinión.

A la pregunta de por qué escribe, la autora responde:

*«Escribo porque me gusta, porque me divierto enormemente y porque, hasta cierto punto, quiero dar a otras personas la satisfacción que yo recibo leyendo las novelas y relatos de otros escritores. Los ratos que pasé leyendo en mi adolescencia fueron de los más felices y plenos de mi vida y me gustaría devolver algo de lo que*

*recibí, dar a los jóvenes de ahora algo de lo que me dieron a mí en esa época y que formó las bases de mi pensamiento y mi comportamiento actual».*

### **Premios**

- Premio Iqnotus 1991, por *La estrella* (cuento).
- Premio Internacional de Novela Corta de Ciencia Ficción de la Universidad Politécnica de Catalunya 1993.
- Premio de Literatura juvenil de Edebé 1997 por *El caso del artista cruel*.
- Accésit en el Concurso Internacional de Paradores de España 2001.
- Accésit en el Concurso Internacional de Paradores de España 2002.
- Segundo Premio Libros Mejor Editados (Modalidad infantil y juvenil) 2004, por *Trafalgar*.
- XV Premio Edebé 2007, en la modalidad juvenil, por *Cordeluna*.
- Premio Internacional UPC, por *El Mundo de Yarek*.
- Premio Los Mejores Libros y para Niños y Jóvenes del Banco del Libro de Venezuela 2008, en la categoría Juveniles Originales, por *Caballeros de Malta*.